



LA IMPORTANCIA DE VIVIR
LIN YUTANG



LIN YUTANG

**LA
IMPORTANCIA
DE VIVIR**

Traducción de Román A. Jiménez
Editorial Sudamericana
Buenos Aires
6^a Edición, Julio 1943

2005

No es la verdad lo que engrandece al hombre, sino el hombre lo que engrandece a la verdad.

confucio.

Solamente quienes toman sosegadamente aquello por lo cual se atarea la gente del mundo pueden atarearse por aquello que la gente del mundo toma sosegadamente.

chang ch' ao.

PREFACIO

Este es un testimonio personal, un testimonio de mi propia experiencia de pensar y de vivir. No lleva la intención de ser objetivo ni tiene pretensión de establecer verdades eternas. En verdad, desprecio casi las pretensiones de objetividad en filosofía; lo que vale es el punto de vista. Me hubiera gustado llamarle "Una filosofía lírica", empleando la palabra "lírica" en el sentido de perspectiva sumamente personal e individual. Pero sería ése un

nombre demasiado hermoso y debo renunciar a él, por temor a apuntar demasiado alto y llevar al lector a esperar demasiado, y porque el principal ingrediente de mi pensamiento es la prosa llana, un nivel más fácil de mantener porque es más natural. Muy contento estoy de no sobresalir, de aterrarme al suelo, de ser semejante a la tierra. Mi alma serpentea cómodamente en la tierra y la arena, y es feliz. A veces, cuando se embriaga uno con esta tierra, el espíritu parece tan ligero que cree que es el cielo. Pero en la realidad pocas veces se alza dos metros sobre el suelo.

También me habría gustado escribir

el libro entero en forma de diálogo, como los de Platón. Es una forma muy conveniente para las revelaciones personales, inadvertidas, para apuntar las significativas trivialidades de nuestra vida diaria, y sobre todo para un ocioso ambular por los prados del pensamiento dulce, silencioso, Pero no lo he hecho. No sé por qué. Por el temor, acaso, de que por estar tan poco de moda hoy esta clase de literatura, nadie la leería probablemente, y al fin de cuentas un escritor quiere ser leído. Y cuando hablo de diálogo, no quiero decir preguntas y respuestas como en las entrevistas periodísticas, ni esos copetes tajeados en breves párrafos; quiero

decir discursos realmente buenos, largos, sosegados, que a veces se extienden por varias páginas, con muchos desvíos y retornos al punto original en discusión por un atajo en el lugar más inesperado, como un hombre que vuelve a su casa trepando sobre un seto, con gran sorpresa para su compañero de caminata. ¡Oh, cómo me encanta volver a casa trepando sobre el seto del fondo, y viajar por sendas laterales! Al menos, mi compañero admitirá que estoy familiarizado con el camino a casa y con la campiña que me rodea...Pero no me atrevo.

No soy original. Las ideas manifestadas aquí han sido pensadas y

expresadas por muchos pensadores de Oriente y Occidente una y otra vez; las que me presta Oriente son verdades de a puño allí. Son, no obstante, mis ideas; han devenido parte de mi ser. Si han echado raíz en mi ser es porque expresan algo original en mí, y cuando las encontré por vez primera mi corazón les dio su instintivo asentimiento. Me gustan como ideas y no porque la persona que las expresó signifique algo. Lo cierto es que he recorrido las sendas laterales en mis lecturas lo mismo que cuando escribo. Muchos de los autores que cito tienen nombres oscuros y pueden sorprender a un profesor chino de literatura. Si algunos resultan muy

conocidos, acepto sus ideas sólo en cuanto despiertan mi aprobación intuitiva, y no porque los autores sean muy conocidos. Tengo por costumbre comprar ediciones baratas, de libros antiguos, oscuros, y ver qué puedo descubrir en ellos. Si los profesores de literatura conocieran las fuentes de mis ideas, quedarían atónitos ante este filisteo. Pero hay un placer mayor en recoger una perla pequeña entre las cenizas que en mirar una más grande en la vidriera de un joyero.

No soy profundo, ni muy leído. Si uno es demasiado culto, no sabe cuándo el bien es bien y el mal es mal. No he leído a Locke, a Hume o a Berkeley, ni

he seguido un curso universitario de filosofía. Técnicamente, mi método y preparación están mal, porque no leo filosofía, sino que leo la vida de primera mano. Es una forma poco convencional de estudiar filosofía: la forma incorrecta. Algunas de mis fuentes son: la señora Huang, un ama de mi familia que tiene todas las ideas que forman la crianza de una buena mujer en China; una batelera de Soochow con su abundante uso de exclamaciones; un motorista de tranvías de Shanghai; la esposa de mi cocinero; un cachorro de león en el zoológico; una ardilla en el Central Park de Nueva York; un camarero de a bordo que dijo una frase

acertada; aquel escritor de una columna sobre astronomía (muerto hace unos diez años ya); todas las noticias en recuadro; y cualquier escritor que no mate nuestro sentido de curiosidad por la vida o que no lo haya matado en sí mismo... ¿cómo puedo enumerarlas todas?

Privado así de un aprendizaje académico en filosofía, tengo menos temor de escribir un libro acerca de ella. Por ello, todo parece más claro y más sencillo, si eso es una compensación a juicio de la filosofía ortodoxa. Lo dudo. Sé que habrá quejas de que mis palabras no son bastante largas, que hago las cosas muy fáciles de comprender y, finalmente, que

carezco de cautela, que no hablo en un susurro ni entro con paso melindroso en las sagradas mansiones de la filosofía, que no parezco temeroso, como debiera. La valentía parece ser la más rara de todas las virtudes en un filósofo moderno. Pero he ambulado siempre fuera de los límites de la filosofía y esto me da valor. Hay un método de apelar al juicio intuitivo, de pensar las ideas propias y formarse juicios propios e independientes, y de confesarlos en público con infantil osadía, y a buen seguro algunas almas similares en otro rincón del mundo convendrán con uno. Una persona que se forma sus ideas de esta manera se asombrará a menudo al

descubrir cómo otro escritor dijo exactamente las mismas cosas y sintió exactamente lo mismo, pero expresó quizá las ideas con mayor facilidad y mayor gracia. Entonces es cuando descubre al autor antiguo, y el autor antiguo le sirve de testigo, y para siempre se hacen amigos en espíritu. Tengo por colaboradores al escribir este libro una compañía de almas afables, que espero me querrán tanto como las quiero. Porque en un sentido muy real, estos espíritus han estado conmigo, en la única forma de comunión espiritual que reconozco como verdadera: cuando dos hombres separados por las edades tienen los mismos pensamientos y

alientan los mismos sentimientos, y cada uno comprende perfectamente al otro. En la preparación de este libro, unos pocos de mis amigos me han servido especialmente con sus colaboraciones y consejos: Po Chüyi del siglo octavo. Su Tungp' o del undécimo, y ese gran conjunto de espíritus originales de los siglos XVI y XVII: el romántico y voluble T'u Ch' ihshui; el juguetón, el original Yüan Chunglang; el profundo, el magnífico Li Chowu; el sensitivo y modernizado Chang Ch' oo; el epicúreo Li Liweng; ese viejo hedonista, feliz y alegre, de Yüan Tsets'ai, y el bullente, el bromista, el efervescente Chin Shengt'an; almas poco convencionales todas,

hombres con demasiado juicio independiente y demasiado sentimiento por las cosas para que gusten a los críticos ortodoxos, hombres demasiado buenos para ser “morales” y demasiado morales para ser “buenos” para los confucianos. La pequeñez de esta selecta compañía ha hecho tanto más valioso y sincero el goce de su presencia. Puede ocurrir que yo no cite a algunos de ellos en— este libro, pero de todos modos están en él conmigo. Su retorno a lo que merecen en China es sólo cuestión de tiempo... Ha habido otros, nombres menos conocidos, pero no menos bienvenidos por sus aptas observaciones, porque expresan también

mis sentimientos. Les llamo mis Amieles chinos: hombres que no hablan mucho pero hablan siempre sensatamente, y cuyo sentido común respeto. También hay otros que pertenecen a la ilustre compañía de los "Anónimos" de todos los países.y todas las épocas, que en un momento inspirado dijeron algo con más sabiduría de la que habían mostrado jamás, como los padres desconocidos de grandes hombres. Finalmente, hay otros más grandes aun, a quienes miro más como maestros que como compañeros de espíritu, cuya serenidad de comprensión es tan humana y empero tan divina, y cuya sabiduría parece haber surgido enteramente sin esfuerzo porque

se ha hecho completamente natural. Tal es Tschuangtsé, y así es T'ao Yüanming cuya sencillez de espíritu desespera a los hombres más pequeños. He dejado a veces que estas almas hablaran directamente al lector, y lo he reconocido debidamente, y en otras ocasiones he hablado por ellos, aunque parezco hablar por mí. Cuanto más antigua mi amistad con ellos, tanto más probable es que mi deuda con sus ideas sea del tipo familiar, elusivo e invisible, como la influencia paterna en una buena educación familiar. Es imposible apuntar con el dedo a un punto definido de semejanza. Además, he escogido hablar como moderno, compartiendo la

vida moderna, y no sólo como chino; dar solamente lo que he absorbido personalmente en mi ser moderno; y no actuar apenas como un traductor de los antiguos. Tal procedimiento tiene sus fallas, pero en conjunto sirve para hacer mejor una tarea. Las selecciones son, pues, tan sumamente personales como los rechazos. No se intenta aquí una presentación completa de un solo poeta y filósofo, y es imposible juzgarlos a través de las pruebas de estas páginas. Por lo tanto, debo concluir diciendo, como de costumbre, que los méritos de este libro, si los tiene, se deben sobre todo a las felices sugerencias de mis colaboradores, y que de las

inexactitudes, deficiencias e inmadureces de juicio sólo yo soy responsable.

Además, debo mi agradecimiento al señor Richard J. Waish y su esposa, primero por sugerir la idea del libro, y segundo por su crítica útil y franca. También debo agradecer al señor Hugo Wade, por cooperar en la preparación del manuscrito para la imprenta, y en las pruebas, y a la señorita Lilian Peffer por hacer el índice.

lin yutang

CAPÍTULO I EL DESPERTAR

I. ACCESO A LA VIDA

En las páginas que siguen presento el punto de vista chino, porque no puedo remediarlo. Sólo me interesa presentar un criterio de la vida y de las cosas como lo han visto los mejores espíritus chinos, y como lo han expresado en su sabiduría popular y su literatura. Es una ociosa filosofía nacida de una vida

ociosa, propugnada en una edad distinta, bien lo sé. Pero no puedo dejar de sentir que este criterio de la vida es esencialmente cierto, y como somos iguales bajo la piel, lo que toca al corazón humano en un país lo toca todo. Tendré que presentar un criterio de la vida como los poetas y los estudiosos chinos la evaluaron con su sentido común, su realismo y su sentido de la poesía. Trataré de revelar algo de la belleza del mundo pagano, una sensación de la ternura y la belleza y el terror y la comedia de la vida, vista por un pueblo que tiene firme comprensión de las limitaciones de nuestra existencia y, no obstante, retiene un sentido de la

dignidad humana.

El filósofo chino sueña con un ojo abierto, considera la vida con amor y dulce ironía, mezcla su cinismo con una bondadosa tolerancia, y alternativamente despierta del sueño de la vida y vuelve a adormecerse, pues se siente con más vida cuando está soñando que cuando está despierto, con lo cual invierte a su vida en vela de una cualidad de mundo de ensueños. Ve con un ojo cerrado y otro abierto la inutilidad de mucho de lo que ocurre a su alrededor y de sus propias empresas, pero conserva suficiente sentido de la realidad para decidirse a seguir adelante. Rara vez se desilusiona, porque no tiene ilusiones, y rara vez se

decepciona, porque nunca ha tenido esperanzas extravagantes. De esta manera está emancipado su espíritu.

Porque, después de recorrer el campo de la literatura y la filosofía chinas, llego a la conclusión de que el más alto ideal de la cultura china ha sido siempre un hombre con un sentido de desapego (takuan) hacia la vida, basado en un sentido de sabio desencanto. De este desapego viene el alto espíritu (k'uanghuai), un alto espíritu que nos permite ir por la vida con tolerante ironía y escapar a las tentaciones de fama y riqueza y logro, y eventualmente nos hace aceptar lo que venga. Y de ese desapego surge también un sentido de

libertad, un amor por el vagabundeo y el orgullo y la despreocupación. Sólo con este sentido de libertad y esta despreocupación llega uno eventualmente a la aguda, a la intensa alegría de vivir.

Es inútil que yo diga si mi filosofía es válida o no para el occidental. Para comprender la vida occidental, sería preciso mirarla como nacido en Occidente, con su temperamento, sus actitudes corporales y su conjunto de nervios. No dudo que los nervios americanos, por ejemplo, pueden soportar los nervios chinos, y viceversa. Bien está que así sea, que todos hayamos nacido diferentes. Y sin

embargo, todo es cuestión de relatividad. Estoy muy seguro de que en medio de la prisa y el ruido de la vida americana hay una gran avidez, un divino deseo de tenderse sobre el césped bajo altos árboles en una tarde ociosa, y no hacer nada. La necesidad de clamores tan comunes como el de "Despertad y vivid" es para mí un buen síntoma de que una sabia porción de la humanidad americana prefiere pasar las horas soñando. El americano, al fin y al cabo, no es tan malo como eso. Sólo se trata de si tendrá más o menos de eso, y de cómo se arreglará para hacerlo posible. Quizá el americano esté tan sólo avergonzado de la palabra

"holganza" en un mundo donde todos hacen algo, pero en cierto modo, tan seguro como sé que también él es animal, a veces le gusta estirar los músculos, tenderse en la arena, o quedarse quieto, acostado, con una pierna cómodamente encogida y un brazo puesto bajo la cabeza como almohada* Si es así, no puede ser muy diferente de Yen Huei, que tenía exactamente esa virtud y a quien admiraba desesperadamente Confucio entre todos sus discípulos. Lo único que deseo es que sea honrado al respecto, y que proclame al mundo que le gusta hacerlo así cuando le gusta; que no es mientras trabaja en su oficina. sino

mientras está tendido en la arena, cuando su alma pronuncia: "La vida es hermosa".

Así, pues, estamos por ver una filosofía y un arte de vivir tal como la mente del pueblo chino en conjunto lo ha comprendido. Me inclino a pensar que, en buen o en mal sentido, no hay en el mundo nada como eso. Porque aquí llegamos a una manera enteramente nueva de mirar la vida por un tipo de espíritu enteramente distinto. Es una perogrullada decir que la cultura de cualquier nación es el producto de su mente. Por consiguiente, donde hay una mente nacional tan racialmente distinta e históricamente aislada del mundo

cultural occidental, tenemos derecho a esperar nuevas respuestas a los problemas de la vida o, lo que es mejor, nuevos métodos de acceso o, aun mejor, un nuevo planteo de los mismos problemas. Conocemos algunas de las virtudes y los defectos de esa mente, por lo menos según nos la revela el pasado histórico. Tiene un arte glorioso y una ciencia despreciable, un magnífico sentido común y una lógica infantil, una bella cháchara mujeriega acerca de la vida, y nada de filosofía escolástica. Es sabido, en general, que la mente china es una mente intensamente práctica, terca, y también es sabido por algunos amantes del arte chino que es una mente

profundamente sensitiva; por una proporción aun menor de gente es aceptada también como mente profundamente poética y filosófica. Al menos, los chinos se caracterizan por tomar las cosas filosóficamente, lo cual es decir más que la afirmación de que los chinos tienen una gran filosofía o cuentan con unos pocos grandes filósofos. Que una nación tenga unos pocos filósofos no es extraordinario, pero que una nación tome las cosas filosóficamente es enorme. Es evidente, de todos modos, que los chinos, como nación, son más filosóficos que eficientes, y que si fuera de otro modo, ninguna nación podría haber

sobrevivido a la alta presión de una vida eficiente durante cuatro mil años. Cuatro mil años de vida eficiente arruinarían a cualquier nación. Una consecuencia importante es que, mientras en Occidente los alienados son tantos que se les pone en asilos, en China los alienados son tan inusitados que los veneramos, como atestiguará todo el que tenga cierto conocimiento de la literatura china. Y a eso, al fin y al cabo, es adonde voy. Sí, los chinos tienen una filosofía ligera, casi alegre, y la mejor prueba de su temperamento filosófico ha de encontrarse en esta sabia y jubilosa filosofía de la vida.

II. UNA FORMULA SEUDOCIENTIFICA

Comencemos con un examen de la conformación mental china, que produjo esta filosofía de la vida: gran realismo, inadecuado idealismo, un alto sentido del humor, y una gran sensibilidad poética hacia la vida y la naturaleza.

La humanidad parece estar dividida en idealistas y realistas, y el idealismo y el realismo son las dos grandes fuerzas que moldean el progreso humano» La arcilla de la humanidad se hace suave y dócil por el agua del idealismo, pero la materia que la tiene unida es, después de todo, la misma arcilla, pues de lo

contrario podríamos evaporarnos todos, convertirnos en Arieles. Las fuerzas del realismo y del idealismo se tironean una a otra en todas las actividades humanas, personales, sociales y nacionales, y el verdadero progreso se hace posible por la apropiada mezcla de estos dos ingredientes, de modo que la arcilla se mantenga en su condición ideal, dócil, plástica, a medias seca y a medias húmeda, ni endurecida e inmanejable, ni disuelta en barro. Las naciones más sanas, como la inglesa, tienen idealismo y realismo mezclados en las debidas proporciones, como la arcilla que se mantiene maleable y no se endurece quedando fuera del estado en que puede

modelarla el artista, ni se hace tan aguada que no pueda conservar la forma modelada. Algunos países se ven arrojados a perpetuas revoluciones porque en su arcilla se ha inyectado algún líquido de ideales extraños que no está debidamente asimilado todavía, y por ello la arcilla no puede mantener su forma.

Un idealismo vago, no crítico, se presta siempre al ridículo, y un exceso de él puede ser un peligro para la humanidad por conducirla en giros constantes e inútiles a la caza de ideales imaginarios. Sí hubiese demasiados de estos idealistas visionarios en cualquier sociedad o pueblo, las revoluciones

estarían a la orden del día. La sociedad humana sería como una pareja idealista que siempre se cansara de un lugar y cambiara de residencia regularmente cada tres meses, por la sencilla razón de que ningún sitio es ideal y el lugar donde uno no está parece siempre mejor porque uno no está allí. Por fortuna, el hombre está también dotado del sentido del humor, cuya función, según la concibo, es la de ejercer la crítica de los sueños del hombre, y ponerlos en contacto con el mundo de la realidad. Es importante que el hombre sueñe, pero es quizá igualmente importante que pueda reírse de sus sueños. Este es un gran don, y los chinos lo tienen en

abundancia.

El sentido del humor, del que trataré con mayor extensión en un capítulo ulterior, parece estar muy íntimamente relacionado con el sentido de la realidad, o realismo. Si el bromista es a menudo cruel al desilusionar al idealista, cumple de todos modos una función muy importante en ese mismo aspecto, al no dejar que el idealista se dé de cabeza contra el muro de piedra de la realidad, y reciba un golpe más rudo. También alivia gentilmente la tensión del acalorado entusiasta y le hace vivir más tiempo. Al prepararle para la desilusión hace probablemente que haya menos dolor en el impacto

final, porque un humorista es siempre como un hombre encargado del deber de dar malas noticias suavemente a un enfermo agonizante. A veces la suave advertencia del humorista salva la vida del enfermo agonizante. Sí idealismo y desilusión deben ir necesariamente juntos en este mundo, debemos decir que la vida es cruel, y no que es cruel el bromista que nos recuerda la crueldad de la vida.

A menudo he pensado en fórmulas por las cuales se puede expresar el mecanismo del progreso humano y del cambio histórico. Me parecen ser así:

Realidad — Sueños — Un ser

animal.

Realidad + Sueños — Un dolor de Corazón (comúnmente llamado Idealismo).

Realidad + Humor — Realismo (llamado también Conservadorismo)

Sueños — Humor — Fanatismo.

Sueños + Humor — Fantasía.

Realidad + Sueños + Humor — Sabiduría.

De modo, pues, que la sabiduría, o el más alto tipo de pensamiento, consiste en atenuar nuestros sueños o idealismo con un buen sentido del humor, apoyado por la realidad misma.

Como puras aventuras en

formulaciones pseudocientíficas, podemos proceder ahora a analizar los caracteres nacionales de la siguiente manera: Digo "pseudocientíficas", porque desconfío de todas las fórmulas muertas y mecánicas para expresar cualquier cosa relacionada con asuntos humanos o con personalidades humanas. Poner los asuntos humanos en fórmulas exactas demuestra ya una falta de sentido del humor y, por ende, una falta de sabiduría. No quiero decir que no se hacen estas cosas: sí, se hacen. Por eso tenemos hoy tanta pseudociencia. Cuando un psicólogo puede medir la inteligencia o la percepción de un hombre (

[\[1\]](#)), es porque estamos en un mundo bastante pobre, y han surgido especialistas que usurpan la escolástica humanizada. Pero si reconocemos que esas fórmulas no son más que modos cómodos, gráficos, de expresar ciertas opiniones, y mientras no arrastremos el sagrado nombre de la ciencia para que nos ayude a dar publicidad a nuestras mercancías, no se hace mal alguno.

Las que siguen son mis fórmulas para los caracteres de ciertas naciones, enteramente personales y completamente al margen de toda prueba o verificación. Todos tienen derecho a discutirlos y a

cambiarlas o agregar otras, siempre que no sostengan que pueden demostrar sus opiniones privadas con una masa de hechos y cifras de estadística. Hagamos que "R" represente al sentido de realidad (o realismo), que "I" valga por sueños (o idealismo), "H" por el sentido de humor y —añadiendo un ingrediente de importancia— "S" por sensibilidad (

[121](#)). Y, además, hagamos que "4" signifique "anormalmente elevado", "3" signifique "elevado", "2" "regular", "1", "bajo", y tendremos las siguientes fórmulas pseudoquímicas para los siguientes caracteres nacionales. Los seres humanos y las comunidades se

comportan diferentemente, pues, según sus distintas composiciones, como los sulfatos y sulfuros, o el monóxido y el bióxido de carbono se comportan diferentemente. Para mí, lo interesante es siempre ver cómo las comunidades humanas o las naciones se comportan diferentemente en condiciones idénticas. Pues no podemos inventar palabras como humorato o humoruro, según se hace en química, lo podremos decir así: "3 granos de Realismo, 2 granos de Sueños, 2 granos de Humor y un grano de Sensibilidad hacen un inglés"([3](#)).

R3I2H2S1 — Los ingleses
R2I3H3S3 — Los franceses
R3I3H2S2 — Los americanos
R3I4H1S2 — Los alemanes
R2I4H1S1 — Los rusos
R2I3H1S1 — Los japoneses
R4I1H3S3 — Los chinos.

No conozco a los italianos, los españoles, los hindúes y otros lo suficiente como para ensayar siquiera una fórmula sobre este asunto, y comprendo que las que anteceden son ya bastante vacilantes, y que de cualquier manera alcanzan para atraer sobre mi cabeza una tormenta de críticas. Probablemente esas fórmulas son más

provocativas que autorizadas. Prometo modificarlas gradualmente, para mí uso particular, a medida que lleguen nuevos hechos a mi conocimiento o se formen nuevas impresiones. Eso es todo lo que significan hoy: un registro del progreso de mi conocimiento y de los vacíos de mi ignorancia.

Acaso sean necesarias algunas observaciones. Es fácil ver que considero que los chinos están muy íntimamente aliados a los franceses en cuanto a su sentido del humor y su sensibilidad, como es muy evidente por la forma en que los franceses escriben sus libros y comen su comida, en tanto que el carácter más volátil de los

franceses viene de su mayor idealismo, que toma la forma de amor por las ideas abstractas (recordemos los manifiestos de sus movimientos literarios, artísticos y políticos). "R4" como señal del realismo chino hace de los chinos el pueblo más realista; "I1" explica algo de la rémora en los cambios de su patrón o ideal de vida. Las altas cifras señaladas para el humor y la sensibilidad de los chinos, así como para su realismo, se deben quizá a mi asociación demasiado estrecha y a lo vivido de mis impresiones. En cuanto a la sensibilidad china, se necesita poca justificación; toda la historia de la prosa, la poesía y la pintura chinas la proclaman... Los

japoneses y los alemanes son muy parecidos en su comparativa carencia de humor (tal es la impresión general de la gente), pero es en verdad imposible poner "cero" para cualquier característica en una nación, ni siquiera para el idealismo en el pueblo chino. Es todo cuestión de grado; afirmaciones como la de una completa carencia de esta o aquella cualidad, no se basan en un conocimiento íntimo de los pueblos. Por esta razón doy a los japoneses y a los alemanes "H1" en lugar de "h0", y creo intuitivamente que estoy en lo cierto. Pero creo que los japoneses y los alemanes sufren políticamente en estos momentos, y han sufrido en el pasado,

por carecer de un mejor sentido del humor. ¡Cómo encanta a un Geheimrat prusiano que le llamen Geheimrat, y cómo ama sus botones y sus alfileres de metal! Cierta creencia en la "necesidad lógica" (a menudo "santa" o "sagrada"), una tendencia a volar con demasiada rectitud hacia una meta en lugar de girar en torno a ella, nos lleva a menudo demasiado lejos. No se trata tanto de lo que uno cree en estas cosas, como de la forma en que se cree y se procede a traducir esa creencia en acción. Con "I3" para los japoneses me refiero a su fanática lealtad por su emperador y por el Estado, que se hace posible por una baja mezcla de humor. Porque el

idealismo debe referirse a cosas diferentes en países diferentes, tal como lo que llamamos sentido del humor comprende en verdad una amplísima variedad de cosas... Hay un interesante tira y afloja entre idealismo y realismo, en América, y a ambos he dado cifras altas; eso produce la energía característica de los americanos. Sería mejor que dejara a cargo de los americanos descubrir qué es su idealismo; pero siempre están entusiasmados por una u otra cosa. Gran parte de este idealismo es noble, en el sentido de que los americanos se sienten fácilmente atraídos por ideales o palabras nobles; pero en parte es

también simple glotonería. El sentido del humor en los americanos significa también algo diferente del sentido del humor en los europeos, pero creo en verdad que, tal como es (el amor por las diversiones y un sentido común innato, amplio), representa el mayor bien de la Nación americana. En los años venideros, de críticos cambios, tendrán gran necesidad de ese amplio sentido común a que se refiere James Bryce y que, espero, les hará pasar esos tiempos críticos. Doy a la sensibilidad americana una cifra baja porque tengo la impresión de que pueden aguantar muchas cosas. Nada vale discutir sobre esto, porque sería discutir acerca de

palabras... Los ingleses parecen ser, en total, la raza más sana: comparemos su "R3I2" con el "R2I3" de los franceses. Yo prefiero "R2I2". Esto habla de estabilidad. La fórmula ideal para mí parecería ser R3I2H3S2, porque tampoco es cosa buena un exceso de idealismo o de sensibilidad. Y si señalo con "Si" la sensibilidad inglesa, y si esa cifra es demasiado baja, ¿quién puede tener la culpa sino los mismos ingleses? ¿Cómo puedo decir si los ingleses sienten algo jamás —alegría, felicidad, enojo, satisfacción— cuando están decididos a parecer tan tristes en todas las ocasiones?

Podríamos aplicar la misma fórmula

a los escritores y los poetas. Tomemos
unos pocos tipos bien conocidos:

Shakespeare

—R4I4H3S4

Heine

—R3I3H4S3

Shelley

—R1I4H1S4

Poe

—R3I4H1S4

Li Po

—R1I3H2S4

Tu Fu

—R3I3H2S4

Su Tungp'ó

—R3I2H4S3

Estas no son más que unas cuantas sugerencias improvisadas. Pero es claro que todos los poetas tienen una sensibilidad alta, pues de lo contrario no serían poetas. Poe, entiendo, es un genio muy firme, a pesar de su extraño don imaginativo. ¿No ama Poe la "raciociniación"?

He vacilado mucho tiempo entre dar a Shakespeare "S4" o "S3". Finalmente, sus Sonetos me decidieron. Ningún maestro de escuela ha experimentado mayor temor y temblor al clasificar un alumno que yo al tratar de clasificar a Shakespeare.

De modo que mi fórmula para la mente nacional china es:

R4I1H3S3

Empezamos con un "S3", que señala alta sensibilidad y que garantiza un adecuado acceso científico a la vida y responde por la afirmación china de que esta vida terrena es hermosa, y el consiguiente amor intenso por esta vida. Pero significa más que eso; en realidad representa el acceso, la aproximación científica aun a la filosofía. Explica el hecho de que el criterio que de la vida tiene el filósofo chino es esencialmente el criterio de la vida que tiene el poeta, y que, en China, la filosofía está enlazada con la poesía más que con la

ciencia, o sea. al revés de Occidente. Ha de resultar bien claro, por lo que sigue, que esta alta sensibilidad a los placeres y dolores, y al flujo y al cambio de colores de la vida es la base misma que hace posible una filosofía ligera. El sentido que tiene el hombre de la tragedia de la vida, llega de su percepción sensitiva de la tragedia de una primavera que pasa, y una ternura delicada hacia la vida proviene de una ternura hacia los agostados pimpollos que se abrieron ayer. Primero, la tristeza y el sentido de la derrota, luego el despertar y la risa del viejo pillo-filósofo.

Por otra parte, tenemos "R4", como

prenda de intenso realismo, lo cual significa una aptitud para aceptar la vida tal como es y para considerar que un pájaro en la mano es mejor que cien volando. Este realismo, por lo tanto, refuerza y complementa a la vez la afirmación del artista, de que esta vida es transitoriamente hermosa, y es lo que salva al artista y al poeta de escapar del todo de la vida. El Sonador dice: "La vida es sólo un sueño", y el Realista responde: "Muy cierto. Y vivamos este sueño tan bellamente como podamos". Pero el realismo del que está despierto es el del poeta, y no el del hombre de negocios, y la risa del viejo pillo no es ya la risa del joven emprendedor que

canta en su camino al triunfo, con la cabeza en alto y el mentón sobresaliente sino la risa de un hombre viejo que se acaricia las barbas y habla en voz baja, apaciguante. Tal soñador ama la paz, porque nadie puede luchar mucho por un sueño. Se le verá más decidido a vivir razonablemente y bien con sus compañeros de sueños. Así se reduce la alta tensión de la vida.

Pero la principal función de este sentido del realismo es la eliminación de todos los factores no esenciales en la filosofía de la vida; significa, digamos, tener a la vida por el cuello, por temor a que las alas de la imaginación la lleven a un mundo imaginario y posiblemente

hermoso, pero irreal. Y, al fin y al cabo, la sabiduría de la vida consiste en la eliminación de lo no esencial, en reducir los problemas de la filosofía a unos pocos solamente —el goce del hogar (la relación entre hombre y mujer y niño), de la vida, de la naturaleza y la cultura — y en echar por la puerta a todas las demás disciplinas científicas y sin importancia, a la inútil persecución del conocimiento. Los problemas de la vida, para el filósofo chino, se hacen, pues, asombrosamente pocos y sencillos. Significa también una impaciencia frente a la metafísica y a la búsqueda de conocimientos que no conducen a ningún efecto práctico sobre la vida

misma. Y también significa, que toda actividad humana, ya sea la adquisición de conocimientos o la adquisición de cosas, debe ser sometida inmediatamente a la prueba de la vida misma y de su dependencia del fin de la vida. Además —y aquí llegamos a un resultado significativo— el fin de la vida no es alguna entidad metafísica, sino tan sólo vivir.

Dotados de este realismo, y con una profunda desconfianza por la lógica y el intelecto mismo, para los chinos la filosofía llega a ser una cuestión de sentir directa e íntimamente la vida misma, y se niegan a enclaustrarla en sistema alguno. Porque hay robusto

sentido de la realidad, un sentido puramente animal, un espíritu de razonabilidad que aplasta a la misma razón y hace imposible el surgimiento de cualquier sistema filosófico estricto. Existen tres religiones en China —el confucianismo, el taoísmo y el budismo—, todas ellas magníficos sistemas de por sí, pero el robusto sentido común a que aludo las diluye y las reduce al problema común de la búsqueda de una feliz vida humana. El chino maduro es siempre una persona que se niega a pensar demasiado, o a creer absolutamente en una sola idea o fe o escuela de filosofía. Cuando un amigo de Confucio le dijo que siempre pensaba

tres veces antes de proceder, Confucio le respondió ingeniosamente: "Pensar dos veces es ya bastante." Quien sigue una escuela de filosofía no es más que un estudiante de filosofía, pero el hombre es un estudiante, o quizá un maestro, de la vida.

El producto final de esta cultura y esta filosofía es que en China, comparada con el Occidente, el hombre vive una vida más cercana a la naturaleza y más cercana a la infancia, una vida en que se da libre juego a los instintos y las emociones, y se les acentúa contra la vida del intelecto, con una extraña combinación de devoción a la carne y arrogancia del espíritu, de

profunda sabiduría y alocada alegría, de suma ponderación e infantil candidez. Yo diría, por lo tanto, que esta filosofía está caracterizada por: primero, un don de ver la vida toda en el arte; segundo, un consciente retorno a la sencillez en la filosofía; y tercero, un ideal de razonabilidad en la vida. El producto final es, extraña decirlo, una veneración por el poeta, el campesino y el vagabundo.

III. EL BRIBÓN COMO IDEAL

Para mí, que soy espiritualmente un hijo de Oriente y Occidente, la dignidad humana consiste en los siguientes

hechos, que distinguen al hombre de los animales: Primero, que tiene una juguetona curiosidad y un genio natural para explorar el conocimiento; segundo, que tiene sueños y un elevado idealismo (a menudo vago, o confuso, o erróneo, es cierto, pero valedero de todos modos); tercero, y aun más importante, que puede corregir sus sueños por un sentido del humor, y restringir así su idealismo por medio de un realismo más robusto y más sano; y finalmente, que no reacciona mecánica y uniformemente ante lo que le rodea, como hacen los animales, sino que posee la capacidad y la libertad para determinar sus propias acciones y cambiar a voluntad lo que le

rodea. Esto último es lo mismo que decir que la personalidad humana es lo último que se reduce a leyes mecánicas; en cierto modo, la mente humana es siempre elusiva, incaptable e impredecible, y consigue escapar de las leyes mecánicas o de la dialéctica materialista que tratan de imponerle los psicólogos chiflados y los economistas solteros. El hombre, por lo tanto, es una criatura curiosa, soñadora, jocosa y díscola.

En suma, mi fe en la dignidad humana consiste en la creencia de que el hombre es el más grande bribón sobre la tierra. La dignidad humana debe estar asociada con la idea de un bribón y no

con la de un soldado obediente, disciplinado y regimentado. El bribón es probablemente el tipo más glorioso de ser humano, así como el soldado es el tipo más bajo, según esta concepción. Parece que en mi último libro, *My Country and My People*

[4], la impresión neta de los lectores fue que yo trataba de glorificar al "viejo pillo". Tengo la esperanza de que la impresión neta del libro presente será la de que hago todo lo posible por glorificar al bribón o vagabundo. Espero tener buen éxito. Porque las cosas no son tan sencillas como parecen a veces. En esta edad nuestra de amenazas a la

democracia y a la libertad individual, probablemente sólo el bribón y el espíritu del bribón nos salvarán de vernos perdidos, como unidades numeradas en serie, en las masas de "coolíes" disciplinados, obedientes, regimentados y uniformados. El bribón será el último y el más formidable enemigo de las dictaduras. Será el campeón de la dignidad humana y de la libertad individual, y será el último en ser conquistado. Toda la civilización moderna depende enteramente de él.

Probablemente el Creador sabía bien, cuando creó al hombre sobre esta

tierra, que producía un bribón, un brillante bribón, es cierto, pero de todos modos un bribón. Las cualidades de bribonería del hombre son, después de todo, sus cualidades más promisorias. Este bribón que produjo el Creador es indudablemente un tipo brillante. Es aún un adolescente muy indócil y desmañado, que se cree más sabio y más grande de lo que es en realidad, que todavía está lleno de travesuras y pillerías, y de amor por una buena refriega. No obstante, hay tanto de bueno en él que quizá el Creador esté dispuesto todavía a poner en él sus esperanzas, tal como un padre pone a veces sus esperanzas en un hijo de

veinte años, brillante pero algo irresponsable. ¿Querrá retirarse Él algún día y entregar el manejo de este universo a ese irresponsable hijo suyo? Quién sabe...

No creo, hablando como chino, que se pueda llamar completa a ninguna civilización hasta que haya progresado de la complejidad a la falta de complejidad, y efectuado un consciente retorno a la sencillez de pensar y de vivir, y no llamo sabio a ningún hombre hasta que baya hecho el progreso desde la sabiduría del conocimiento hasta la sabiduría del alocamiento, y se concierte en un filósofo riente, que primero siente la tragedia de la vida y

luego la comedia de la vida. Porque debemos llorar antes de poder reír. De la tristeza surge el despertar, y del despertar surge la risa del filósofo, con bondad y tolerancia para todos.

El mundo, creo, es demasiado serio, y por ser demasiado serio tiene necesidad de una filosofía sagaz y alegre. La filosofía del arte chino de vivir puede llamarse por cierto "la ciencia alegre", si es que a algo puede aplicarse esa frase usada por Nietzsche. Al fin y al cabo, solamente una filosofía alegre es filosofía profunda; las graves filosofías de Occidente no han empezado siquiera a comprender qué es la vida. Para mí, personalmente, la única

función de la filosofía es la de enseñarnos a tomar la vida con más ligereza y alegría que el común hombre de negocios, porque ningún hombre de negocios que no se retire a los cincuenta años, si puede, es a mi juicio un filósofo. No es éste apenas un pensamiento casual, sino un fundamental punto de vista para mí. Solamente cuando los hombres se hayan imbuido de la ligera alegría de este espíritu podrá hacerse del mundo un lugar más pacífico y razonable para vivir. El hombre moderno toma la vida demasiado en serio, y porque es demasiado serio, el mundo está lleno de preocupaciones. Por lo tanto, deberíamos hacer tiempo

para examinar el origen de esa actitud que hará posible un goce cabal de esta vida y un temperamento más razonable, más pacífico y menos acalorado.

Tengo derecho, quizá, a llamar a esto la filosofía del pueblo chino, más que de una escuela cualquiera. Es una filosofía más grande que Confucio y más grande que Laotsé, porque trasciende a esos y otros filósofos antiguos; extrae de esa fuente corrientes de pensamiento, y las armoniza en un todo, y de la abstracta delincación de la sabiduría de esos hombres ha creado un arte de vivir, visible, palpable y comprensible por el hombre común. Al recorrer la literatura, el arte y la filosofía chinas en su

conjunto, me ha resultado muy claro que la filosofía de un sagaz desencanto y de un franco goce de la vida es su mensaje y su enseñanza comunes: el más característico y el más persistente refrán del pensamiento chino.

CAPITULO II

PUNTOS DE

VISTA DE LA

HUMANIDAD

I. CRISTIANO, GRIEGO Y CHINO

Hay varios puntos de vista de la humanidad: el teológico cristiano tradicional, el pagano griego, y el taoísta-confucianista chino. (No incluyo

el punto de vista budista porque es demasiado triste.) Más profundamente, en su sentido alegórico, estos puntos de vista, después de todo, no difieren tanto uno de otro, especialmente cuando el hombre moderno, con mayores conocimientos biológicos y antropológicos, les da una interpretación más amplia. Pero existen estas diferencias en sus formas originales.

El punto de vista cristiano original, ortodoxo, era que el hombre fue creado perfecto, inocente, tonto y feliz, y que vivía desnudo en el Jardín del Edén. Vino después el conocimiento y la sabiduría, y la Caída del hombre, a la cual se deben los sufrimientos del

hombre, notablemente (1°) trabajarás con el sudor de tu frente, para el varón, y (2°) los dolores del parto, para la mujer. En contraste con la inocencia y la perfección originaria del hombre, se introdujo un nuevo elemento para explicar su actual imperfección, y ese elemento es, claro está, el Diablo, que trabaja sobre todo a —través del cuerpo, mientras su carácter más elevado trabaja por el alma. No sé cuándo se inventó el "alma" en la historia de la teología cristiana, pero esta "alma" llegó a ser un algo más que una función, una entidad más que una condición, y separó decididamente al hombre de los animales, que no tienen

almas dignas de salvar. Aquí se detiene la lógica, porque el origen del Diablo tuvo que ser explicado, y cuando los teólogos medievales procedieron con su acostumbrada lógica escolástica a encarar el problema, se vieron en un aprieto. No les caía muy bien admitir que el Diablo, que era No-Dios, viniera de Dios, ni podían convenir muy bien en que en el universo original el Diablo, un No-Dios, fuera co-eterno con Dios. Por eso, desesperados, convinieron en que el Diablo debió ser un ángel caído, lo cual viene a plantear la cuestión del origen del mal (porque debe haber habido aun otro Diablo que tentara a este ángel caído), y esto es, por ende,

poco satisfactorio; pero tuvieron que dejar las cosas así. No obstante, de todo ello resultó una curiosa dicotomía del espíritu y la carne, una concepción mítica que todavía hoy predomina bastante y es poderosa en cuanto afecta a nuestra filosofía de la vida y nuestra felicidad (

[\[5\]](#)).

Vino después la Redención, que derivaba aún del concepto corriente del cordero de sacrificio, y que se remontaba todavía más, a la idea de un Dios que deseaba el olor de la carne

asada y no podía perdonar si no se le daba algo. En esta Redención se encontró de un golpe el medio por el cual se podían perdonar todos los pecados, y así se halló de nuevo un camino a la perfección. El aspecto más curioso del pensamiento cristiano es la idea de la perfección. Como esto ocurrió durante la decadencia de los mundos antiguos, surgió la tendencia a acentuar la postvida, y la cuestión de la salvación reemplazó a la cuestión de la felicidad, o de la vida misma. La noción era la de cómo salir con vida de este mundo, un mundo que aparentemente se hundía en la corrupción y el caos, y estaba condenado. De ahí la agobiante

importancia asignada a la inmortalidad. Esto representa una contradicción de la historia original del Génesis, donde se lee que Dios no quería que el hombre viviera siempre. El relato que hace el Génesis de la razón por la cual Adán y Eva fueron echados del Jardín del Edén no dice que fue por haber comido del Árbol del Conocimiento, como se concibe popularmente, sino por temor de que desobedecieran por segunda vez y comieran del Árbol de la Vida y vivieran para siempre:

Y el Señor dijo: He aquí que el hombre se ha hecho como uno de nosotros, que conoce el bien y el mal: y

ahora, paca que no extienda la mano, y tome también de! árbol de la vida, y coma y viva por siempre;

Por lo tanto, el Señor Dios le echó del Jardín del Edén, para que labrara la tierra de donde fue tomado.

Y así echó al hombre; y colocó al Oriente del Jardín del Edén unos querubines, y una flamígera espada que se volvía a todos lados, para cuidar el camino del árbol de la vida,

El Árbol del Conocimiento parecería estar en el centro del jardín, pero el Árbol de la Vida estaba cerca de la entrada oriental, donde, por cuanto podemos saber, todavía se hallan los

querubines para evitar la aproximación de los hombres.

En suma, todavía hay una creencia en la depravación total, en que el goce de esta vida es pecado y maldad, en que para estar cómodo hay que ser virtuoso, y que en definitiva el hombre no puede salvarse sino por un poder mayor y externo. La doctrina del pecado es todavía la presunción básica del Cristianismo, como se le practica en general hoy, y los misioneros cristianos que tratan de lograr conversos comienzan en general por llevar a quienes quieren convertir la impresión de una conciencia del pecado y de la maldad de la naturaleza humana (que es,

claro está, el sine qua non para la necesidad del remedio primario que tiene guardado el misionero). En suma, no se puede hacer cristiano a un hombre antes de convencerlo de que es un pecador. Alguien ha dicho con cierta crueldad: "La religión en nuestro país se ha reducido tanto a la contemplación del pecado, que un hombre respetable ya no se atreve a mostrar la cara en la iglesia."

El mundo griego pagano era un mundo diferente, por sí, y por lo tanto su concepción del hombre era también muy diferente. Lo que más me llama la atención es que los griegos hicieron a sus dioses como hombres, en tanto que los cristianos desearon hacer a los

hombres como dioses. Esa compañía olímpica es por cierto jovial, amorosa, cariñosa, embustera, discutidora e irrespetuosa de sus votos; un grupo de personas que aman la caza, que dirigen sus carros y arrojan sus jabalinas como los mismos griegos; y personas que se casaban y que tenían una cantidad increíble de hijos ilegítimos. Por cuanto atañe a la diferencia entre dioses y hombres, los dioses apenas tenían poderes divinos para lanzar centellas en el cielo y hacer crecer la vegetación en la tierra; eran inmortales, y bebían néctar en lugar de vino... las frutas eran casi las mismas. Y uno siente que puede tener intimidad con esta gente, que

puede ir de caza, con una mochila a la espalda, en compañía de Apolo o Atena, o detener a Mercurio a su paso y conversar con él como con un mensajero telegráfico, y si la conversación se hace demasiado interesante, podemos imaginar a Mercurio diciendo:, "Sí. Claro. Lo siento, pero tengo que correr a entregar este mensaje a la calle tal." Los hombres griegos no eran divinos, pero los dioses griegos eran humanos. ¡Qué diferentes del perfecto Dios cristiano! De modo que los dioses no eran más que otra raza de hombres, una raza de gigantes, dotados de inmortalidad, que no tenían los hombres de la tierra. De este ambiente salieron algunas de las

narraciones más inefablemente bellas, las de Démeter y Proserpina y Orfeo. La creencia en los dioses se daba por sentada, porque hasta Sócrates, cuando estaba por beber la cicuta, propuso una libación a los dioses para que le apresuraran el viaje de este mundo al próximo. Una actitud muy parecida a la de Confucio. Era menester que así fuese en aquel período; desgraciadamente, no hay modo de saber qué actitud hacía el hombre y hacia Dios tomaría el espíritu griego en el mundo moderno. El mundo griego pagano no era moderno, y el moderno mundo cristiano no es griego. Esa es la lástima.

En total, los griegos aceptaban que

la suerte del hombre era una suerte mortal, sujeta a veces a un Destino cruel. Una vez aceptado eso, el hombre era bastante feliz tal como se consideraba, porque los griegos amaban esta vida, y este universo, y les interesaba comprender lo bueno, lo verdadero y lo hermoso en la vida, además de estar plenamente ocupados en la comprensión científica del mundo físico. No había un mítico "Período de Oro", en el sentido del Jardín del Edén, ni una alegoría de la Caída del Hombre; los mismos helenos no eran más que criaturas humanas transformadas de las piedras recogidas y arrojadas sobre el hombro por Deucalión y su esposa

Pyrrha, cuando bajaban a la llanura después del Gran Diluvio. Las enfermedades y los males se explicaban cómicamente; se producían por el irrefrenable deseo de una joven por abrir y ver una caja de joyas: la Caja de Pandora. La fantasía griega era hermosa. Tomaban el carácter humano casi como era: los cristianos podrían decir que estaban "resignados" a una suerte mortal. ¡Pero era tan bello ser mortal!; había lugar para el ejercicio de la comprensión, y del espíritu libre, especulativo. Algunos de los sofistas pensaban que la naturaleza del hombre era buena, y algunos pensaban que la naturaleza del hombre era mala, pero no

existía la aguda contradicción de Hobbes y Rousseau. Finalmente, en Platón, se veía al hombre como un compuesto de deseos, emociones y pensamientos, y la vida humana ideal consistía en vivir juntos, en la armonía de esas tres partes del ser, bajo la guía de la sabiduría o la verdadera comprensión.

Platón pensaba que las "ideas" eran inmortales, pero las almas individuales eran bajas o nobles, según amaran la justicia, el conocimiento, la temperancia y la belleza, o no. El alma también adquiriría una existencia independiente e inmortal en Sócrates; nos lo dice en Phaedo: "Cuando el alma existe por sí, y

queda librada del cuerpo, y el cuerpo queda librado del alma, ¿qué es eso sino la muerte?" Evidentemente, la creencia en la inmortalidad del alma es algo que los puntos de vista cristiano, griego, taoísta y confucianista tienen en común. Es claro, nada hay en ello para que salten los modernos creyentes en la inmortalidad del alma. La creencia de Sócrates en la inmortalidad no significaría nada, probablemente, para un moderno, porque muchas de sus premisas en apoyo de tal creencia, como la reencarnación, no pueden ser aceptadas por el hombre moderno.

El punto de vista chino sobre el hombre también llegó a la idea de que el

hombre es el Señor de la Creación ("Espíritu de las Diez Mil Cosas"), y en el criterio confucianista el hombre figura como igual del cielo y la tierra (en el "Trío de Genios"). El ambiente era animista: todo estaba vivo o habitado por un espíritu, las montañas, los ríos, y todo lo que llegaba a una gran edad. Los vientos y el trueno eran espíritus también; cada una de las grandes montañas y cada río estaba regido por un espíritu que era prácticamente su dueño: cada clase de flor tenía en el cielo un hada que atendía a las estaciones y al bienestar de la flor, y había una Reina de Todas las Flores cuyo cumpleaños caía en el duodécimo

día de la segunda luna; cada sauce, pino, ciprés, zorro o tortuga que llegaba a una gran edad, digamos unos centenares de años, adquiriría por ese mismo hecho la inmortalidad y se convertía en un "genio".

Con este ambiente animista, es natural que el hombre sea considerado también una manifestación del espíritu. Este espíritu, como toda la vida en el universo entero, es producido por la unión del principio masculino, activo, positivo, o yang, y el principio femenino, pasivo, negativo, o yin, lo cual, en realidad, no es más que una conjetura afortunada y sagaz sobre la electricidad positiva y negativa. Cuando

este espíritu se encarna en un cuerpo humano se le llama p'o; cuando no está sujeto a un cuerpo y flota como espíritu, se le llama hwen. (Un hombre de poderosa personalidad, o "espíritu", se dice en China, tiene mucho p'oli o energía p'o.) Después de la muerte, ese hwen sigue ambulando. Normalmente no molesta a la gente, pero si nadie sepulta y ofrece sacrificios al extinto, el espíritu se convierte en un "espectro errante", por cuya razón se establece un Día de Todas las Almas en el decimoquinto día de la séptima luna para un sacrificio general a aquellos que se ahogaron en el agua o murieron en alguna tierra extraña y no fueron sepultados. Además, si el

extinto fue asesinado o murió sufriendo un daño que se le infería, el sentido de la injusticia, en el espectro, le obliga a vagar siempre y causar molestias hasta que se venga el daño y se satisface el espíritu. Entonces, todos los inconvenientes se detienen.

Mientras vive, el hombre, que es espíritu hecho forma en un cuerpo, tiene necesariamente ciertas pasiones, deseos, y un flujo de "energía vital", o en lenguaje de más fácil comprensión, "energía nerviosa". En y por sí mismas, estas características no son buenas ni malas, sino apenas algo que se ha dado a la vida humana y es inseparable de ella. Todos los hombres y las mujeres tienen

pasiones, deseos naturales y nobles ambiciones, y también una conciencia; tienen sexo, hambre, temor, enojo, y están sujetos a enfermedades, dolores, sufrimientos y muerte. La cultura consiste en producir en armonía la expresión de estas pasiones y deseos. Este es el punto de vista confucianista, que cree que viviendo en armonía con esta naturaleza humana que se nos ha dado, podemos llegar a ser los iguales del cielo y de la tierra, según se repite al final del Capítulo VI. Los budistas, sin embargo, consideran los deseos mortales de la carne esencialmente como los cristianos medievales: son una molestia de la que hay que librarse.

Hombres y mujeres demasiado inteligentes o inclinados a pensar en demasía, aceptan a veces este punto de vista y se hacen monjes o monjas; pero, en conjunto, el buen sentido confucianista lo veda. Asimismo, y con un toque taoísta, se considera que las jóvenes hermosas y talentosas que sufren una suerte áspera son "hadas caídas", a quienes se castiga por tener pensamientos mortales o haber descuidado sus deberes en el cielo, y se las envía a esta tierra a vivir una predestinada suerte de sufrimientos mortales.

El intelecto del hombre es considerado como una corriente de

energía. Literalmente, este intelecto es "espíritu de un genio" (chingshen), pero tomándose esencialmente la voz "genio" en el sentido en que hablamos de genios de los bosques, genios de las rocas. El equivalente más cercano en este idioma es, como lo he indicado, "vitalidad" o "energía nerviosa", que sube y baja a diferentes momentos del día y de la vida de la persona. Todo hombre nacido en este mundo comienza con ciertas pasiones y deseos y esa energía vital, los cuales siguen su curso en diferentes ciclos durante la niñez, la juventud, la madurez, la ancianidad y la muerte. Confucio dijo: "Cuando joven, cuídate de pelear; cuando fuerte, cuídate del

sexo; cuando viejo, cuídate de las posesiones", lo cual significa sencillamente que al niño le gusta pelear, al joven le gustan las mujeres y al viejo le gusta el dinero.

Frente a este compuesto de bienes físicos, mentales y morales, como frente al hombre mismo y a todos los demás problemas, el chino toma una actitud que puede resumirse en la frase: "Seamos razonables". Esta actitud es de no esperar demasiado, ni muy poco. El hombre, digamos, está colocado entre el cielo y la tierra, entre el idealismo y el realismo, entre pensamientos elevados y pasiones muy bajas: tal es la esencia misma de la humanidad; es humano tener

sed de conocimientos y sed de agua, amar una buena idea y un buen plato de cerdo con gajos de bambú, y admirar una frase hermosa y una mujer hermosa. Por ser éste el caso, el mundo es necesariamente un mundo imperfecto. Es, claro que existe la probabilidad de encargarse de la sociedad humana y mejorarla, pero los chinos no esperan la paz perfecta ni la felicidad perfecta. Hay una narración que ilustra este punto de vista. Había un hombre que estaba en el Infierno, a punto de ser reencarnado, y dijo al Rey de la Reencarnación: "Si quieres que vuelva a la tierra como ser humano, iré solamente según mis condiciones". "Y, ¿cuáles son?",

preguntó el Rey. El hombre respondió: "Debo nacer como hijo de un ministro del gabinete y como padre de un futuro «primer graduado literario» (el estudioso que sale primero en los exámenes nacionales). Debo tener diez mil acres de tierra en torno a mi casa, y estanques con peces, y frutas de todas clases y una bella esposa y bonitas concubinas, todas buenas y amantes, y habitaciones llenas hasta el techo de oro y de perlas, y sótanos repletos de cereal, y arcas atestadas de dinero, y yo mismo debo ser un Gran Canciller o un Duque de Primer Rango, y gozar honores y prosperidad, y vivir hasta los cien años". Y el Rey de la Reencarnación

respondió: "Si en la tierra pudiese haber una suerte así, ¡pues me reencarnaría yo y no lo dejaría para tí!"

La actitud razonable existe, desde que tenemos esta naturaleza humana: comencemos con ella. Además, no hay modo de escapar. Las pasiones y los instintos son, en su origen, buenos o malos, pero no se gana mucho hablando de ellos, ¿verdad? Por otra parte, hay peligro de que nos esclavicen. Quedemos en el medio del camino. Esta actitud razonable crea una especie de filosofía tan llena de perdón que, al menos para un estudioso culto, de amplio criterio, que vive según el espíritu de la razonabilidad, todo error o

mal comportamiento humano, sea legal o moral o político, que pueda clasificarse como "naturaleza humana común" (más literalmente, "pasiones normales del hombre"), es excusable. Los chinos llegan a presumir que el Cielo, o el mismo Dios, es un ser bastante razonable; que si se vive razonablemente, según las mejores luces de cada uno, no se tiene nada que temer; que la paz de la conciencia es el más grande de todos los dones, y que un hombre con la conciencia limpia no tiene por qué temer ni siquiera a los espectros. Con un Dios razonable que vigila los asuntos de seres razonables, y algunos irrazonables, todo está bastante

bien en el mundo. Los tiranos mueren; los traidores se suicidan; se ve al avaro vender sus propiedades; se ve a los hijos de un poderoso y rico coleccionista de curiosidades (de quien se cuentan hechos de codicia y de extorsión por la fuerza) cuando venden la colección por la cual perdió el padre tanto tiempo y dinero, y esas mismas curiosidades se dispersan entre otras familias; se descubre a los asesinos, y hay venganza para los muertos, para las mujeres engañadas. A veces, pero muy raras veces, una persona oprimida clama: "¡El Cielo no tiene ojos!" (La justicia es ciega.) Eventualmente, tanto en el taoísmo como en el confucianismo,

la conclusión y la meta suprema de esta filosofía es una completa comprensión de la naturaleza y una armonía con ella, resultante en lo que puedo llamar "naturalismo razonable", si hemos de buscar un término de clasificación. Un naturalista razonable se allana, pues, a esta vida con una especie de satisfacción animal. Ya lo dicen las mujeres analfabetas de China: "Otras nos dieron a luz, y nosotras damos a luz a otras. ¿Qué más hemos de hacer?"

Hay una terrible filosofía en esa frase: "Otras nos dieron a luz y nosotras damos a luz a otras". La vida se hace una procesión biológica, y la misma cuestión de la inmortalidad queda

soslayada. Porque ese es el sentimiento exacto del abuelo chino que tiene a su nieto de la mano y va a las tiendas a comprar dulces, con la idea de que a los cinco o diez años volverá al seno de la tierra o a sus antepasados. Lo mejor que podemos esperar de esta vida es que nuestros hijos y nietos no lleguen a avergonzarnos. Todo el patrón de la vida china se organiza de acuerdo con esa única idea.

II. SUJETO A LA TIERRA

La situación, pues, es esta: el hombre quiere vivir, pero debe vivir sobre esta tierra. Todas las cuestiones

de vivir en el cielo deben ser dejadas de lado. No dejemos que el espíritu cobre alas y se remonte a las viviendas de los dioses, y olvide la tierra. ¿No somos mortales, condenados a morir? El lapso de vida que se nos concede, setenta años, es muy breve, si el espíritu se encocora y quiere vivir para siempre; pero, por otra parte, es suficientemente largo si el espíritu es un poco humilde. Se puede aprender mucho y gozar mucho en setenta años, y tres generaciones es un tiempo largo, largo para ver las locuras humanas y adquirir humana sabiduría. Todo el que sea sagaz y haya vivido bastante para presenciar los cambios de costumbres, moral y

política, a través del alza y baja de tres generaciones, debería quedar perfectamente satisfecho con levantarse de su asiento y marcharse diciendo, cuando baja el telón: "Fue una buena función".

Porque somos de la tierra, nacidos en ella, a ella sujetos. No hay motivo para no ser felices por el hecho de que, dijéramos, se nos coloca en esta hermosa tierra como huéspedes transitorios. Aunque fuese un sombrío calabozo, tendríamos que hacer de él lo más posible; seríamos desagradecidos si no lo hiciésemos cuando tenemos, en lugar de un calabozo, una tierra tan hermosa para vivir durante una buena

parte de un siglo. A veces nos ponemos demasiado ambiciosos y desdeñamos la tierra humilde, pero generosa. Mas debemos tener un sentimiento por esta Madre Tierra, una sensación de verdadero afecto y apego por esta vivienda temporal de nuestro cuerpo y nuestro espíritu, si aspiramos a poseer un sentido de armonía espiritual.

Necesitaremos, por consiguiente, proveernos de una especie de escepticismo animal, así como de una fe animal, y tomar esta tierra como es. Y hemos de retener la plenitud de la naturaleza que vemos en Thoreau, que se sintió semejante al suelo y compartió largamente su muda paciencia,

esperando en invierno el sol de primavera; que en sus momentos más mezquinos solía pensar que no era cosa suya "buscar el espíritu", sino más bien cosa del espíritu buscarle a él, y cuya felicidad, según la describía, era muy igual a la de las marmotas del bosque. Al fin y al cabo, la tierra es real, como el cielo es irreal; ¡cuán afortunado es el hombre porque nació entre la tierra real y el cielo irreal!

Toda buena filosofía práctica debe comenzar con el reconocimiento de que tenemos un cuerpo. Ya es hora de que algunos de nosotros hagamos la franca admisión de que somos animales, una admisión que es inevitable desde el

establecimiento de la básica verdad de la teoría darwiniana y los grandes progresos de la biología, especialmente de la bioquímica. Ha sido una gran desgracia que nuestros maestros y filósofos perteneciesen a la clase llamada intelectual, con un característico orgullo profesional por el intelecto. Los hombres del espíritu eran tan orgullosos del espíritu como el zapatero de sus 'cueros. A veces ni siquiera el espíritu era suficientemente remoto y abstracto, y tuvieron que emplear las palabras "esencia" o "alma" o "idea", escribiéndolas con mayúsculas para atemorizarnos. El cuerpo humano fue destilado, dentro de esta máquina

escolástica, en un espíritu, y el espíritu fue aun concentrado en una especie de esencia, olvidando que hasta las bebidas alcohólicas deben tener un "cuerpo" —mezclado con agua pura— si se quiere que se las pueda paladear. Y se suponía que nosotros, pobres legos, debíamos beber esa concentrada quintaesencia de espíritu. Este exceso de acentuación del espíritu fue fatal. Nos hizo batallar con nuestros instintos naturales, y mi crítica principal es que hizo imposible un punto de vista, cabal y redondeado, de la naturaleza humana. Provenía, además, de un conocimiento inadecuado de la biología y la psicología, y del lugar de los sentidos, emociones y, sobre todo,

instintos, en nuestra vida. El hombre está hecho de carne y de espíritu a la vez, y debería ser empeño de la filosofía ver que la mente y el cuerpo vivan armoniosamente juntos, que haya una reconciliación entre los dos.

III. ESPÍRITU Y CARNE

El hecho más evidente que los filósofos se niegan a ver es el de que tenemos un cuerpo. Cansados de ver nuestras imperfecciones mortales y nuestros salvajes instintos e impulsos, a veces nuestros predicadores desearían que estuviéramos hechos como los ángeles, y sin embargo estamos del todo

perdidos cuando queremos imaginar cómo será la vida de los ángeles. ' O damos a los ángeles un cuerpo y una forma como los nuestros —salvo el par de alas— o no se los damos. Es interesante que el concepto general de un ángel sea todavía el de un cuerpo humano con un par de alas. A veces creo que hasta para los ángeles es una ventaja tener un cuerpo con los cinco sentidos. Si yo tuviera que ser un ángel, me gustaría tener cutis de colegiala, pero ¿cómo voy a tener cutis de colegiala si no tengo cutis? Todavía me gustaría beber un vaso de jugo de tomate, o de jugo de naranja helado, pero ¿cómo voy a apreciar el jugo de naranja helado sin

tener sed? Y, ¿cómo voy a gozar de la comida, cuando soy incapaz de tener hambre? ¿Cómo pintará un ángel sin pigmentos, cómo cantaré sin escuchar sonidos, cómo sentirá el perfumado aire de la mañana sin nariz? ¿Cómo gozará la inmensa satisfacción de rascarse una picazón, si no tiene piel que le pique? ¡Y qué terrible pérdida en la capacidad de felicidad sería todo eso! O hemos de tener cuerpo y satisfacer todas las necesidades del cuerpo, o somos espíritus puros y no tenemos satisfacción alguna. Todas las satisfacciones implican necesidad.

A veces pienso qué terrible castigo para un ángel o un espectro sería no

tener cuerpo, mirar a un arroyo de agua fresca y no tener pies que sumergir allí para obtener esa deleitosa sensación de frialdad, ver un plato de pato de Pekín o de Long Island y no tener lengua para saborearlo, ver unos bollitos y no tener dientes para comerlos, ver los rostros amados de aquellos a quienes queremos y no tener emociones hacia ellos. Terriblemente triste sería que un buen día volviéramos a esta tierra como espectros y nos allegáramos silenciosamente al dormitorio de nuestros hijos: ver a un niño tendido en su camita y no tener manos para acariciarle ni brazos para abrazarle, ni pecho para que en él penetre su tibieza,

ni redondo hueco entre la mejilla y el hombro para que en él anide su cabecita, ni oídos para escuchar su voz.

Se verá que es sumamente vaga e insatisfactoria una defensa de la teoría de ángeles-sin-cuerpos. El defensor podría decir: "¡Ah, sí! Pero en el mundo del espíritu no necesitamos tales satisfacciones". "Pero, ¿qué tienen ustedes en cambio de ellas?" Completo silencio; o quizá: "Vacío... Paz... Calma". "¿Qué ganan ustedes con eso?" "Ausencia de trabajo y de dolor y de pena". Admito que un cielo así tiene una tremenda atracción para los esclavos que reman en galeras. Ese ideal negativo, esa concepción de la felicidad

están peligrosamente cerca del budismo, y se remontan finalmente hasta Asia (Asia Menor, en este caso) más que hasta Europa.

Estas especulaciones son, necesariamente, ociosas, pero puedo señalar por lo menos que la concepción de un "espíritu sin sentidos", no está justificada, por cuanto cada vez llegamos a sentir más que el universo mismo es un ser sensorio. Acaso el movimiento, y no el quedarse quieto, sea una característica del espíritu, y uno de los placeres de un ángel sin cuerpo sea el girar como un protón en torno a un núcleo, a razón de veinte o treinta mil revoluciones por segundo. Tal vez haya

en ello un agudo deleite, más fascinante que un paseo en el trencito del parque de diversiones. Será, seguramente, una especie de sensación. O quizá el ángel sin cuerpo sea disparado como la luz o los rayos cósmicos en ondas etéreas por el espacio curvo, a la velocidad de 183.000 millas por segundo. Aun debe haber pigmentos espirituales para que los ángeles pinten y gocen alguna forma de creación, vibraciones etéreas para que los ángeles sientan tonos y sonidos y colores, y brisas etéreas que acaricien las mejillas invisibles de los ángeles. De otro modo, el espíritu mismo se estancaría como el agua en un pozo ciego, o se sentiría como se sienten los

hombres en una tarde cálida, sofocante, de verano, sin una ráfaga de aire fresco. Debe haber movimiento y emoción (en cualquier forma) si ha de haber vida todavía; por cierto que no pueden ser completas la quietud y la insensibilidad.

IV. UN PUNTO DE VISTA BIOLÓGICO

El mejor conocimiento de nuestras funciones corporales y procesos mentales nos da un punto de vista más cierto y más amplio sobre nosotros mismos y quita a la palabra "animal" algo de su mal sabor de antes. El viejo proverbio de que "comprender es

perdonar" resulta aplicable a nuestros procesos corporales y mentales. Puede parecer extraño, pero es cierto, que el mismo hecho de tener una mejor comprensión de nuestras funciones corporales nos imposibilita para mirarlas con desdén. Lo importante no es decir si nuestro proceso digestivo es noble o innoble; lo importante es comprenderlo, nada más, y con ello, quién sabe por qué, se hace extremadamente noble. Esto es cierto en cuanto a toda función o todo proceso biológico en nuestro cuerpo, desde la transpiración y la eliminación de desperdicios hasta las funciones del jugo pancreático, la bilis, las glándulas

endocrinas y los más finos procesos emotivos y cogitativos. Uno no desprecia ya el riñón; trata solamente de comprenderlo; y uno no mira ya a un diente enfermo como a un símbolo del perecimiento final de nuestro cuerpo y un recuerdo de que debemos atender al bienestar de nuestra alma, sino que va sencillamente a ver al dentista, lo hace examinar, explicar y componer debidamente. En cierto modo, un hombre que sale del consultorio del dentista ya no desprecia a sus dientes, sino que tiene un acrecido respeto por ellos... porque va a roer manzanas y huesos de pollo con creciente deleite. Y a propósito del metafísico superfino que

dice que los dientes pertenecen al diablo, y de los neoplatónicos que niegan la existencia de dientes individuales, recuerdo que siempre me produce un deleite satírico ver a un filósofo que sufre de dolor de muelas o a un poeta optimista afectado de dispepsia. ¿Por qué no sigue con sus disquisiciones filosóficas, por qué se lleva la mano a la mejilla, igual que usted, que yo o que la mujer de la casa vecina? Y, ¿por qué parece tan poco convincente el optimismo a un poeta dispéptico? ¿Por qué no canta más? ¡Cuan desagradecido es, pues, al olvidar los intestinos y cantar acerca del espíritu cuando los intestinos se portan bien y no

le causan molestia!

La ciencia, si algo nos ha enseñado, es un mayor respeto por nuestro cuerpo, al hacer más profundo el sentido de extrañeza y misterio de sus trabajos. En primer término, genéticamente, comenzamos a comprender cómo estamos aquí, y vemos que, en lugar de estar hechos de barro o arcilla, nos hallamos sentados en lo alto del árbol genealógico del reino animal. Debe ser ésta una hermosa sensación, suficientemente satisfactoria para todo hombre que no se haya embriagado con su propio espíritu. No es que yo crea que hace millones de años vivieron y murieron los dinosaurios a fin de que

nosotros pudiéramos caminar hoy erguidos con las dos piernas sobre la tierra. Sin tan gratuitas presunciones, la biología no ha destruido una pizca de la dignidad humana, ni arrojado dudas sobre el criterio de que somos probablemente los más espléndidos animales jamás aparecidos en esta tierra. De modo que esto es muy satisfactorio para todo hombre que quiera insistir en la dignidad humana. En segundo lugar, nos impresiona más que nunca el misterio y la belleza del cuerpo. El funcionamiento de las partes internas de nuestro cuerpo y la maravillosa correlación entre ellas fuerzan en nosotros una idea de la

extrema dificultad con que se producen esas correlaciones, y la extrema sencillez y finalidad con que, de todos modos, se cumplen. En lugar de simplificar estos procesos químicos internos explicándolos, la ciencia los hace tanto más difíciles de entender. Esos procesos son increíblemente más difíciles de lo que se imagina por lo común el lego sin conocimientos de fisiología. El gran misterio del universo es similar en calidad al misterio del universo interno.

Cuanto más trata un fisiólogo de analizar y estudiar los procesos biofísicos y bioquímicos de la fisiología humana, tanto más aumenta su asombro.

Sucede así hasta el extremo de que a veces obliga a un fisiólogo con espíritu amplio a aceptar el punto de vista del místico, como en el caso del doctor Alexis Carrel. Convengamos o no con él en las opiniones que da en *El hombre*, una incógnita, debemos estar de acuerdo con él en que ahí están los hechos, inexplicados e inexplicables. Comenzamos a adquirir una idea de la inteligencia de la materia misma: Los órganos están correlacionados por los fluidos orgánicos y el sistema nervioso. Cada elemento del cuerpo se ajusta a los otros, y los otros a él. Este modo de adaptación es esencialmente teleológico. Si atribuimos a los tejidos una

inteligencia de la misma especie que la nuestra, como lo hacen los mecanicistas y los vitalistas, los procesos fisiológicos parecen asociados con miras al fin que debe lograrse. Cada parte parece conocer las necesidades presentes y futuras del todo, y procede de conformidad. La significación de tiempo y espacio no es para nuestros tejidos la misma que para nuestra mente. El cuerpo percibe lo remoto así como lo cercano, lo futuro así como lo presente ([16](#)).

Y nos extrañaría, nos dejaría

atónitos, saber, por ejemplo, que nuestros intestinos cierran sus propias heridas, enteramente sin nuestro esfuerzo voluntario:

La vuelta herida se hace inmóvil primero. Queda temporalmente paralizada, y así se impide que la materia fecal pase al abdomen. Al mismo tiempo, alguna otra vuelta intestinal, o la superficie del omento, se aproxima a la herida y, debido a una conocida propiedad del peritoneo, se adhiere a ella. Dentro de las cuatro o cinco horas la abertura queda cerrada. Aunque la aguja del cirujano haya juntado los bordes de la herida, la

cicatrización se debe a una adhesión espontánea de las superficies peritoneales ([71](#)).

¿Por qué despreciamos el cuerpo cuando la misma carne demuestra tal inteligencia? Después de todo, estamos dotados de un cuerpo que es una máquina que se nutre, se regula, se repara, se pone en movimiento y se reproduce por sí sola, que se instala en el nacimiento y dura como un buen reloj de pie durante tres cuartos de siglo, y requiere muy poca atención. Es una

máquina provista de visión y de oído inalámbricos, con un sistema de nervios y linfa mucho más complicado que el más complicado sistema telefónico y telegráfico del mundo. Tiene un sistema de archivo de informes manejado por un vasto complejo de nervios, con tal eficiencia, que algunos archivos, los menos importantes, se guardan en la bohardilla y otros se guardan en un escritorio más conveniente, pero los que se guardan en la bohardilla, que pueden tener treinta años y a los que rara vez se recurre, están siempre allí y a veces pueden ser encontrados con la velocidad de un rayo y con eficiencia. También consigue funcionar como un automóvil,

con amortiguadores perfectos y absoluto silencio en los motores, y si este automóvil tiene un accidente y se rompen sus cristales o el volante, el coche exuda automáticamente o fabrica una sustancia para reemplazar el cristal, y hace lo posible por que crezca un volante, o por lo menos logra atender a la dirección con un extremo hinchado del eje del volante; porque debemos recordar que cuando se corta uno de nuestros riñones, el otro se hincha y aumenta sus funciones para asegurar el paso del volumen normal de orina. Además, esta máquina mantiene su temperatura normal con diferencias de apenas una décima de grado, y fabrica

sus productos químicos para los procesos de transformar alimentos en tejidos vivos.

Sobre todo, tiene sentido del ritmo de la vida, y sentido del tiempo, no sólo de horas y días, sino también de décadas; el cuerpo regula su propia niñez, pubertad y madurez, deja de crecer cuando ya no debe crecer, y produce una muela del juicio en un momento en que ninguno de nosotros pensó jamás en tal cosa. Nuestra sabiduría consciente no tiene nada que ver con nuestra muela del juicio. También fabrica antídotos específicos contra el veneno, en general con asombroso resultado, y hace todas estas

cosas en absoluto silencio, sin el barullo acostumbrado en una fábrica, de modo que el metafísico superfino que conocemos no se perturba y está en libertad para pensar acerca de su espíritu o su esencia.

V. LA VIDA HUMANA COMO POEMA

Creo que, desde un punto de vista biológico, la vida humana es casi como un poema. Tiene su ritmo y su cadencia, sus ciclos internos de crecimiento y decaimiento. Comienza con la inocente niñez, seguida por la torpe adolescencia en la que trata desmañadamente de

adaptarse a la sociedad madura, con sus pasiones y sus locuras juveniles, sus ideales y ambiciones; luego llega a la virilidad de intensas actividades, aprovechando la experiencia y aprendiendo más sobre la sociedad y la naturaleza humana; en la edad madura hay un leve aflojamiento de la tensión, un endulzamiento del carácter como cuando madura la fruta o se hace más suave el vino bueno, y la adquisición gradual de un criterio de la vida más tolerante, más cínico y a la vez más bondadoso; entonces, en el ocaso de nuestra vida, las glándulas endocrinas disminuyen su actividad, y si tenemos una verdadera filosofía de la ancianidad

y hemos ordenado el patrón de nuestra vida conforme a ella, es ésta para nosotros la edad de paz y seguridad y holganza y contento; finalmente, la vida se apaga y llega uno al sueño eterno, para no despertar jamás. Deberíamos ser capaces de sentir la belleza de este ritmo de la vida, de apreciar, como hacemos en las grandes sinfonías, su tema principal, sus acordes de conflicto y la resolución final. Los movimientos de estos ciclos son casi siempre iguales en la vida normal, pero la música debe ser dada por el individuo mismo. En algunas almas, la nota discordante se hace más y más áspera, y finalmente abrumba o sumerge a la melodía

principal. A veces la nota discordante gana tanto poder que ya no puede seguir la música, y el individuo se mata con una pistola o salta a un río. Pero esto es porque su leitmotiv original fue apagado ya sin esperanza, por falta de una buena autoeducación. De otro modo la vida humana normal corre a su fin normal en una especie de digno movimiento, de procesión. Hay, a veces, en muchos de nosotros demasiados ataccatos o impetuosos, y porque el tiempo va mal, la música no es agradable al oído; podríamos tener algo más del grandioso ritmo y el majestuoso tiempo del Ganges, que afluye lenta y eternamente al mar.

Nadie puede decir que una vida con niñez, virilidad y ancianidad no es una hermosa concertación; el día tiene su mañana, mediodía y atardecer, y el año tiene sus estaciones, y bien está que así sea. No hay bien ni mal en la vida, sino lo que está bien de acuerdo con la propia estación. Y si asumimos este criterio biológico de la vida y tratamos de vivir de acuerdo con las temporadas, nadie sino un tonto envanecido o un idealista imposible puede negar que la vida humana puede ser vivida como un poema. Shakespeare ha expresado esta idea más gráficamente en su pasaje acerca de las siete etapas de la vida, y un buen número de escritores chinos han

dicho casi lo mismo. Es curioso que Shakespeare no fuese nunca muy religioso, ni muy interesado en la religión. Creo que ésa fue su grandeza; tomaba la vida humana casi como era, y se entrometía tan poco en el plan general de las cosas como en los personajes de sus obras. Shakespeare era como la Naturaleza misma, y este es el mayor elogio que podemos hacer a un escritor o a un pensador. No hizo más que vivir, observar la vida y marcharse.

CAPITULO III

NUESTRA

HERENCIA

ANIMAL

I. LA EPOPEYA DEL MONO

Pero si este criterio biológico nos ayuda a apreciar la belleza y el ritmo de la vida, también nos muestra nuestras ridículas limitaciones. Al presentarnos

un cuadro más correcto de lo que somos como animales, nos permite comprendernos mejor, y comprender mejor el progreso de los asuntos humanos. Una simpatía más generosa, o aun un cinismo tolerante, llega junto con una comprensión más verdadera y más honda de la naturaleza humana, que tiene sus raíces en nuestra ascendencia animal. Si recordamos amablemente que somos los hijos del hombre de Neanderthal o del hombre de Pekín, y nos remontamos aun más a los antropoides, logramos eventualmente la capacidad para reírnos de nuestros pecados y limitaciones, así como para admirar nuestra habilidad de monos, que

llamamos sentido de la comedia humana. Esta es una bella idea sugerida por el ilustrativo ensayo de Clarence Day, *This Simian World*. Al leer ese ensayo de Day podemos olvidar a todos nuestros prójimos, los censores, jefes de publicidad, redactores fascistas, radioanunciadores nazis, senadores y legisladores, dictadores, peritos económicos, delegados a conferencias económicas y todos los demás entrometidos que tratan de inmiscuirse en la vida de otras personas. Podemos perdonarlos porque empezamos a comprenderlos.

En este sentido, llego a apreciar cada vez más la sabiduría y la visión de

la gran epopeya china de los monos, Hsiyuchi. El proceso de la historia humana puede ser comprendido mejor desde este punto de vista: es tan similar a la peregrinación de esas criaturas imperfectas, semihumanas, al Cielo Occidental. El Mono Wuk'ung representa al intelecto humano, el Cerdo Pachieh representa a nuestra naturaleza inferior, el Monje Sand representa al sentido común y el Abate Hsüantsang representa a la sabiduría y el Santo Camino. El Abate, protegido por esta curiosa escolta, había emprendido un viaje de China a India para procurar libros budistas sagrados. La historia del progreso humano es esencialmente como

la peregrinación de esta diversa compañía de criaturas sumamente imperfectas, que caen continuamente en peligros y en risueñas situaciones debido a sus tonterías y sus travesuras. ¡Cuan a menudo tiene que corregir y castigar el Abate al travieso Mono y al Cerdo sensual, conducidos siempre, por sus mentes tristemente imperfectas y por sus bajas pasiones, a toda suerte de líos! Los instintos de fragilidad humana, de furor, venganza, impetuosidad, sensualidad, de falta de perdón y, sobre todo, de envanecimiento y falta de humildad, aparecen siempre a través de esta peregrinación de la humanidad hacia la santidad. El aumento de

destrucción va de la mano con el aumento de la habilidad humana, porque, como el Mono con poderes mágicos, podemos caminar hoy por las nubes y dar volteretas en el aire (en términos modernos se llama looping-the-loop), quitar pelos de mono de nuestras piernas de mono y transformarlos en monitos, para hostilizar a nuestros enemigos, golpear a las puertas mismas del Cielo, hacer bruscamente a un lado al Celeste Portero y exigir un lugar en la compañía de los dioses.

El Mono era hábil, pero también vanidoso; tenía suficiente magia de mono como para abrirse camino hasta el Cielo, pero no tenía bastante cordura y

equilibrio y templanza de espíritu para vivir pacíficamente allí. Demasiado bueno quizá para esta tierra y su existencia mortal, no era empero bastante bueno para el Cielo y la compañía de los inmortales. Había algo de craso y maligno y rebelde en él, algunas borras sin refinar en su oro, y por eso es que cuando entró en el Cielo, en el episodio preliminar, antes de unirse a la partida de peregrinos, causó allí un susto terrible, como un león salvaje que se escapa de la jaula del circo por las calles de la ciudad. Debido a su incorregible diablura innata, echó a perder la Comida Azul dada por la Reina Madre Occidental del

Cielo a todos los dioses, santos e inmortales en el Cielo. Furioso porque no se le invitó a la fiesta, se hizo pasar por mensajero de Dios y envió al Duende Descalzo, que iba a la fiesta, en otra dirección, diciéndole que se había cambiado el lugar de la fiesta, y entonces se transformó en igual al Duende Descalzo y fue a la fiesta. Muchos otros duendes y hadas y trasgos habían sido enviados por él a otros sitios. Al entrar en el patio, vio que era el primero en llegar. Nadie había allí, salvo los sirvientes que cuidaban las jarras de vino celestial en el corredor. Se transformó entonces en insecto de la enfermedad del sueño, y picó a los

servientes hasta que cayeron dormidos, y bebió las jarras de vino. Casi ebrio ya, pasó al salón y comió los duraznos celestiales tendidos en la mesa. Cuando llegaron los invitados y vieron la comida perdida, ya estaba él haciendo otras hazañas en la casa de Laotsé, donde trató de comer las píldoras de la inmortalidad. Finalmente, aun disfrazado, se marchó del Cielo, temeroso en parte por las consecuencias de sus andanzas de ebrio, pero sobre todo enojado porque no se le había invitado a la Comida Anual. Volvió a su Reino de los Monos, del que era Rey, y así lo dijo a los monitos, y alzó bandera de rebelión contra el Cielo, y en ella

escribió: "El Gran Sabio, Igual al Cielo." Hubo entonces terribles combates entre este mono y los guerreros celestes, en los cuales no fue capturado el Mono hasta que la Diosa de la Misericordia le derribó con un dulce ramito de flores de las nubes.

Tal como el Mono, siempre nos rebelamos, y no habrá paz ni humildad en nosotros hasta que seamos vencidos por la Diosa de la Misericordia, cuyas dulces flores arrojadas desde el Cielo nos harán caer. Y no aprenderemos la lección de verdadera humildad hasta que la ciencia haya explorado los límites del universo. Porque en la epopeya, el Mono se rebeló aun después de su

captura y preguntó al Emperador de Jade en el Cielo por qué no se le daba un título más alto entre los dioses, y tuvo que aprender la lección de humildad mediante una apuesta final con Buda, o Dios Mismo. Apostó que con sus poderes mágicos podía ir hasta el fin de la tierra, y el premio era "El Gran Sabio, Igual al Cielo", o la sumisión completa en caso de perder. Saltó, pues, por el aire, y viajó con velocidad de rayo a través de los continentes, hasta que llegó a una montaña con cinco picos, que juzgó debía estar tan lejos que en ella jamás habían puesto pie los seres mortales. A fin de dejar prueba de que había llegado al lugar, orinó al pie

del pico central, y satisfecho ya con su hazaña volvió y relató su viaje a Buda. Abrió entonces Buda una mano, y le pidió que oliera su propia orina en la base del dedo medio, y le dijo cómo durante todo ese tiempo no había salido siquiera de la palma de la mano. Sólo entonces logró humildad el Mono, y después de estar encadenado a una roca por quinientos años, fue libertado por el Abate y se unió a él en su peregrinación.

Al fin y al cabo, este Mono, que es imagen de nosotros mismos, es una criatura extremadamente simpática, a pesar de su vanidad y sus travesuras. Así deberíamos nosotros, también, ser capaces de amar a la humanidad a pesar

de todas sus debilidades y defectos.

II. A LA IMAGEN DEL MONO

De modo que, en lugar de atenernos al criterio bíblico de que fuimos hechos a imagen de Dios, llegamos a comprender que estamos hechos a la imagen del mono, y que estamos tan alejados de Dios perfecto como, digamos, están alejadas las hormigas de nosotros. Somos muy hábiles, bien seguros estamos de ello; a menudo nos envanecemos un poco de nuestra habilidad, porque tenemos una mente. Pero llega el biólogo a decirnos que la mente, después de todo, es un progreso

muy reciente, en cuanto atañe al pensamiento articulado,' y que entre las cosas que contribuyen a la factura de nuestra fibra moral tenemos, además de la mente, un juego de instintos animales o salvajes mucho más poderosos que aquélla y que son, en realidad, la explicación de que nos comportemos mal, individualmente o en nuestra vida de grupos. Podemos comprender mejor entonces la naturaleza de la mente humana que tanto nos enorgullece. Vemos, en primer lugar, que además de ser una mente comparativamente inhábil, es también una mente inadecuada. La evolución del cráneo humano nos demuestra que no es nada más que el

ensanchamiento de una de las vértebras dorsales y que, por consiguiente, la función del cerebro, como la de la médula espinal, es esencialmente la de presentir el peligro," afrontar el ambiente externo y preservar la vida: no la de pensar. En general, esto de pensar se hace muy pobremente. Lord Balfour debería pasar a la posteridad sólo por haber dicho que "el cerebro humano es un órgano para buscar comida, tal como lo es el hocico de un cerdo". No llamo verdadero cinismo a esto, lo llamo solamente una generosa comprensión de lo que somos.

Comenzamos a comprender genéticamente nuestras imperfecciones

humanas. ¿Imperfectos? Pues sí, pero el Señor no nos hizo jamás de otro modo. Mas no es éste el punto. El punto es que nuestros remotos antepasados nadaban y trepaban y se lanzaban de una rama a otra en la selva primitiva a la manera de Tarzán, o colgaban suspendidos de un árbol como monos, por un brazo o una cola (¹). En cada etapa, esta actividad, considerada por sí misma, era casi maravillosamente perfecta, a mi modo de pensar. Pero ahora se nos pide que realicemos una tarea de reajuste infinitamente más difícil.

Cuando el hombre crea una civilización propia, se embarca en un curso de desarrollo que biológicamente

podría aterrorizar al mismo Creador. En cuanto se refiere a la adaptación a la naturaleza, todas las criaturas de la naturaleza son maravillosamente perfectas, porque ésta mata a las que no se adaptan perfectamente. Pero ahora ya no se nos exige que nos adaptemos a la naturaleza; se nos exige que nos adaptemos a nosotros mismos, a esto que se llama civilización. Todos los instintos eran buenos, eran sanos en la naturaleza;

en la sociedad, en cambio, llamamos salvajes a los instintos. Toda laucha roba —y no es más o menos moral por robar—, todo perro ladra, todo gato se escapa de noche y desgarrá aquello en

que pone sus uñas, todo león mata, todo caballo huye al ver el peligro, toda tortuga duerme las mejores horas del día, y todo insecto, reptil, ave y bestia reproduce su especie

18 en público. Ahora, en términos de civilización, toda laucha es ladrona, todo perro hace demasiado ruido, todo gato es un marido infiel, cuando no es un vándalo salvaje, todo león o tigre es un asesino, todo caballo un cobarde, toda tortuga perezosa y, finalmente, todo insecto, reptil, ave o bestia es obsceno cuando cumple sus naturales funciones vitales. ¡Qué transformación en masa de los valores! Y ésta es la razón por la

cual nos sentamos a ponderar por qué nos hizo el Señor tan imperfectos.

III. DE SER MORTALES

Hay graves consecuencias producidas porque tenemos este cuerpo mortal: primero, ser mortales; después, tener estómago, tener músculos fuertes y tener una mente curiosa. Estos hechos, debido a su carácter básico, influyen profundamente en el carácter de la civilización humana. Porque esto es tan evidente, que jamás pensamos en ello. Pero no podemos comprendernos ni

comprender a nuestra civilización, a menos que veamos claramente estas consecuencias.

Sospecho que toda la democracia, toda la poesía y toda la filosofía nacen del hecho, dado por Dios, de que todos nosotros, príncipes y pobres por igual, estamos limitados a un cuerpo de tal alto y tal ancho y a una vida de cincuenta o sesenta años. En su conjunto, el arreglo es muy cómodo. No somos demasiado largos ni demasiados cortos. Por lo menos yo estoy satisfecho con un metro y sesenta de estatura. Y cincuenta o sesenta años me parecen un tiempo tan horriblemente largo; es, por cierto, cosa de dos o tres generaciones. Se halla todo

arreglado de manera que cuando nacemos vemos a ciertos abuelos que mueren con el correr del tiempo, y cuando llegamos a abuelos vemos a otros chiquitines que nacen. Esto parece la perfección. Toda la filosofía de la cuestión está en el dicho chino de que "Un hombre puede poseer mil acres de tierra, pero duerme en una cama de dos metros". No parece que un rey necesitara más de dos metros y medio, a lo sumo, para su cama, y allí tendrá que ir a estirarse por la noche. Yo, por consiguiente, soy tanto como un rey. Y por rico que sea un hombre, raro es el que excede el límite bíblico de setenta años. Vivir después de esa edad

significa, en China, ser llamado "antiguo-raro", por la frase china de que "es raro para el hombre vivir más de setenta años, desde los tiempos antiguos".

Y lo mismo con respecto a la riqueza. Todo el mundo tiene una acción sobre esta vida, pero nadie es dueño de la hipoteca. Y por eso estamos capacitados para tomar más ligeramente la vida; en lugar de ser terratenientes perpetuos en esta tierra, somos sus huéspedes transeúntes, porque todos somos huéspedes en esta tierra, los dueños de los campos tanto como los que levantan la cosecha. Se priva así de cierto significado a la palabra

"terrateniendo". Nadie es dueño en realidad de una casa, nadie es dueño en realidad de un campo. Ya lo dice el poeta chino:

Junto a la colina, ¡qué hermosos campos dorados!

Otros labraron lo que cosecha el recién llegado.

No os dé goce, recién llegados, vuestra cosecha,

Que otro recién llegado detrás espera.

La democracia de la muerte es rara vez apreciada. Sin la muerte, ni Santa Elena habría significado nada para

Napoleón, y no sé qué sería de Europa. No habría biografías de héroes o conquistadores, y aunque las hubiera, los biógrafos, a buen seguro, perdonarían menos, simpatizarían menos. Perdonamos a los grandes del mundo porque han muerto. Por estar muertos, sentimos que hemos quedado a mano con ellos. Todo cortejo fúnebre lleva un estandarte en que están escritas las palabras: "Igualdad de la Humanidad". Cuánta alegría de vivir se ve en la siguiente balada que el pueblo oprimido de China compuso a la muerte de Ch'in Shih-huang, el constructor de la Gran Muralla y el tirano que, cuando vivo, hizo castigar con la muerte los

"pensamientos calumniosos en el vientre", quemó los libros de Confucio y enterró en vida a centenares de estudiosos de Confucio:

¡Ch'in Shih-huang va a morir! (

[191](#))

Abrió mí puerta
Y se tendió en mi piso;
Comió mi cena,
Y quiso más.
Sin decir por qué era
Paladeó mi vino.
Con mi arco y mis flechas
Le mataré en la muralla.

Mi arco le espera

j Y le hará caer en Schach'iu!

De esto, pues, surgen un sentido de la comedia humana y el material mismo de la poesía y la filosofía humanas. El que percibe la muerte percibe un sentido de la comedia humana, y se hace rápidamente poeta. Shakespeare llegó a ser un poeta profundo cuando hizo que Hamlet siguiera el noble polvo de Alejandro "hasta que lo encuentre un agujero de tarugo"; "Alejandro murió. Alejandro fue enterrado. Alejandro vuelve al polvo; el polvo es tierra; de tierra hacemos barro, y ¿por qué con ese barro, en que quedó convertido, no

podrán tapar un barril de cerveza?" Al fin y al cabo, no hay en Shakespeare un sentido de la comedia más espléndido que cuando hace que el Rey Ricardo II hable de tumbas, de gusanos y epitafios y del bufón que tiene su corte dentro de la hueca corona que contornea las sienas mortales de un rey, o cuando habla de "un gran comprador de tierras, con sus estatuas, sus reconocimientos, sus multas, sus dobles vales, sus cobranzas", y que con todas sus multas termina siendo "un bello cráneo lleno de tierra". Ornar Khayyam y su contraparte china. Chia Fuhsi (alias Mup'itsé, un oscuro poeta chino), derivaron todo su espíritu cómico y su cómica interpretación de la

historia, del mismo sentido de la muerte, porque señalaron los zorros que formaban sus hogares en tumbas de reyes. Y la filosofía china adquirió profundidad y humorismo, por vez primera, con Tschuangtsé, que basó también toda su filosofía en un comentario sobre la vista de un cráneo:

Tschuangtsé fue a Ch'u y vio un cráneo vacío, con su contorno seco y vacío. Lo golpeó con un látigo y le preguntó: "¿Has llegado a esto porque amabas los placeres y vivías desordenadamente? ¿Eras un fugitivo que huía de la ley? ¿Hiciste algo malo que avergonzara a tus padres y tu familia? ¿O padeciste hambre hasta

morir? ¿O llegaste a la ancianidad y moriste de una muerte natural?" Después de decir así, Tschuangtsé tomó el cráneo y durmió con él como almohada...

Cuando murió la esposa de Tschuangtsé, Hueítsé fue a expresar sus condolencias, pero encontró a Tschuangtsé sentado en el suelo y cantando una canción, cuyo ritmo marcaba golpeando un cuenco de barro. "¡Qué! Esta mujer ha vivido contigo y te ha dado hijos. Por lo menos, no debieras abstenerse de llorar cuando muere su anciano cuerpo. ¿No es demasiado, acaso, que golpees ese cuenco y cantes?"

Tschuangtsé respondió: "Estás en

error. Cuando murió, no pude dejar de sentirme triste y emocionado, pero reflexioné que en un comienzo 'ella no tuvo vida, y no solamente vida, que tampoco tuvo forma corpórea; y no solamente forma corpórea, que tampoco tuvo espíritu. Tomada por esta afluencia siempre cambiante de las cosas, llegó a ser espíritu, el espíritu se[^]-o cuerpo, y el cuerpo tuvo vida. Ahora ha cambiado otra vez y ha muerto, y al hacerlo se ha sumado a la eterna procesión de primavera, verano, otoño e invierno. ¿Por qué he de hacer yo tanto ruido, y llorar, y lamentarme por ella, cuando su cuerpo está allí quieto, en la casa grande? Eso sería no poder comprender

el curso de las cosas. Por eso es que dejé de llorar."

Así veo que la poesía y la filosofía comenzaron con el reconocimiento de nuestra mortalidad y un sentido de cómo es pasajero el tiempo. Este sentido de lo pasajero del tiempo respalda a toda la poesía china, así como a buena parte de la poesía occidental: el sentimiento de que la vida es esencialmente sólo un sueño, mientras remamos, remamos en nuestro bote, río abajo, al atardecer de un hermoso día; que las flores no pueden florecer siempre, que la luna crece y disminuye, y que la vida humana misma se une a la eterna procesión de los mundos de las plantas y los animales,

por cuanto nace, crece hasta la madurez y muere para dejar lugar a otros. El hombre empezó a ser filosófico sólo cuando vio la vanidad de esta existencia terrena. Tschuangtsé dijo que una vez soñó que era una mariposa, y mientras estaba en este sueño sentía que podía agitar sus alas, y que todo era real, pero al despertar comprendió que era Tschuangtsé, y que Tschuangtsé era real. Entonces pensó y ponderó qué era lo verdaderamente real, si en verdad era Tschuangtsé que soñaba ser una mariposa, o en verdad una mariposa que soñaba ser Tschuangtsé. La vida, pues, es en verdad un sueño, y los seres humanos somos como viajeros que

flotamos por el eterno río del tiempo, que embarcamos en cierto punto y desembarcamos en otro, a fin de dejar lugar a quienes, río abajo, esperan subir a bordo. La mitad de la poesía del mundo se habría perdido si no sintiéramos que la vida es un sueño, o un viaje con pasajeros transitorios, o simplemente un escenario en que los actores rara vez comprenden que están representando sus papeles. Así escribía un estudioso chino, Liu Tasheng, a su amigo:

De todas las cosas del mundo, aquella en que somos más serios es la de ser un funcionario, y la que llamamos

más frívola es la de ser un actor en una pieza teatral. Pero creo que esto es una tontería. He visto a menudo en el escenario cómo los actores cantan y lloran y se enojan y hacen bromas, creyendo que son personas reales. Pero lo real en una obra no son los viejos caracteres que así se representan, sino los actores que los representan. Todos tienen padres, esposas e hijos, todos quieren alimentar a sus padres, esposas e hijos, y lo hacen cantando, llorando y riendo y enojándose y dirigiéndose bromas. Son los verdaderos personajes antiguos que tratan de retratar. También he visto cómo algunos de estos actores, que llevan una gorra y una capa de

funcionario, y por estar en sus papeles creen ser verdaderos funcionarios, lo creen tanto que piensan que nadie en el mundo sospechará jamás que están representando. No comprenden que mientras se saludan y reverencian uno al otro, y se sientan y hablan y miran a su alrededor, y hasta cuando son los dignos funcionarios ante quienes tiemblan los prisioneros, son solamente actores que con sus cantos y sus llantos y sus risas y sus enojos y sus bromas tratan de alimentar a sus padres, esposas e hijos. ¡Gran desgracia es que haya gentes que se apeguen a cierta obra, a cierto papel, a cierto texto y cierto acento o estilo de enunciación, hasta que todo el don-de

sus intestinos y órganos internos (vale decir, instintos y emociones) esté dominado por la obra, sin comprender una sola vez que son realmente actores!

IV. DE TENER ESTOMAGO

Una de las consecuencias más importantes del hecho de ser animales es que tenemos ese pozo sin fondo llamado estómago. Este hecho ha prestado color a toda nuestra civilización. El epicúreo chino Li Líweng escribió una protesta contra este pozo sin fondo, en la nota que hace de prefacio a la sección sobre comidas de su libro del arte general de vivir.

Veo que los órganos del cuerpo humano, el oído, el ojo, la nariz, la lengua, las manos, los pies y el cuerpo, tienen todos una necesaria función, pero los dos órganos que son totalmente innecesarios pero con los que estamos de todos modos dotados son la boca y el estómago, que causan todas las preocupaciones y los males de la humanidad a través de las edades. Con esta boca y este estómago, el problema de conseguir el sustento se hace complicado, y cuando el problema del sustento se complica aparecen la astucia y la falsedad y la deshonestidad en los asuntos humanos. Con la aparición de la

astucia y la falsedad y la deshonestidad en los asuntos humanos, llega el derecho criminal, de manera que el rey no puede proteger con su misericordia, los padres no pueden complacer su amor, y hasta el bondadoso Creador se ve obligado a ir contra Su voluntad. Todo esto proviene de un poco de falta de previsión, por Su parte, en Su diseño del cuerpo humano en el momento de la creación, y es la consecuencia de tener nosotros estos dos órganos. Las plantas pueden vivir sin boca ni estómago, y las rocas y la tierra tienen su ser sin alimento alguno. ¿Por qué, entonces, se nos ha de dar una boca y un estómago, y dotar de estos dos órganos de sobra? Y aun cuando se nos

tuviera que dotar de estos órganos, Él podría habernos hecho posible extraer nuestra nutrición, como lo hacen peces y moluscos, de las aguas, o el grillo y la cigarra del rocío, pues todos ellos pueden obtener su crecimiento y su energía de esa manera, y nadar o volar o Saltar o cantar. Si as; hubiera sido, no habríamos tenido que luchar en esta vida, y las penas de la humanidad habrían desaparecido. Por otra parte, no sólo nos ha dado Él estos dos órganos, sino que nos ha dotado también de múltiples apetitos o deseos, además de hacer el pozo sin fondo, de modo que es como un valle o un mar que jamás puede ser colmado. La consecuencia es que

trabajamos en nuestra vida con la energía de los otros órganos, a fin de atender inadecuadamente a las necesidades de estos dos. He pensado en este asunto una y otra vez, y no puedo dejar de culpar al Creador. Sé, claro está, que Él debe haberse arrepentido de Su error también, pero ahora piensa sencillamente que ya nada puede hacerse, por cuanto el diseño o patrón está fijado. ¡Cuan importante es para los hombres ser cuidadosos en el momento de concebir una ley o una institución!

Por cierto que nada se puede hacer, ahora que tenemos que llenar este pozo sin fondo, y el hecho de que poseamos un estómago ha coloreado, por decir lo

menos, el curso de la historia humana. Con una generosa comprensión de la naturaleza humana, Confucio redujo los grandes deseos de los seres humanos a dos: alimentación y reproducción, o en términos más simples: comida y bebida y mujeres. Muchos hombres han eludido el sexo, pero ningún santo ha eludido hasta ahora la comida y la bebida. Hay ascéticos que han aprendido a vivir una vida de continencia, pero hasta los más espirituales de los hombres no pueden olvidar la comida por más de cuatro o cinco horas. El refrán más constante de nuestros pensamientos, que se produce sin falta cada pocas horas es: "¿Cuándo como?" Esto ocurre por lo menos tres

veces al día, y en algunos casos cuatro o cinco veces. Las conferencias internacionales, en medio de la discusión de las situaciones políticas más absorbentes y más críticas, tienen que interrumpirse para el almuerzo. Los parlamentarios deben ajustar sus programas de sesiones a las horas de comidas. Una ceremonia de coronación que dure más de cinco o seis horas o entre en conflicto con la comida del mediodía, será denunciada inmediatamente como una molestia pública. Y como estamos dotados de estómago, el mejor arreglo que podemos imaginar cuando nos reunimos para rendir homenaje público a un abuelo, es

darle una comida de cumpleaños.

Esto tiene una razón. Los amigos que se encuentran en la comida se encuentran en paz. Una buena sopa de nidos de pájaros, o un delicioso chow mein, tienen tendencia a suavizar el calor de nuestras discusiones y atenuar la aspereza de nuestros puntos de vista opuestos. Pongamos juntos a dos buenos amigos cuando tienen hambre y no comida, y terminarán invariablemente en una disputa. El efecto de una buena comida no dura solamente unas horas, sino semanas y meses. Vacilamos mucho antes de hacer una crítica desfavorable de un libro escrito por alguien que nos dio una buena comida hace tres o cuatro

meses. Por esta razón es que, con la profunda perspicacia china de la naturaleza humana, todas las disputas y peleas se resuelven en la mesa de la comida, y no en un tribunal de justicia. El patrón de la vida china es tal, que no solamente resolvemos nuestras disputas en la comida, después de haberse producido, sino que prevenimos el surgimiento de disputas por el mismo medio. En China, sobornamos la buena voluntad de todos con frecuentes comidas para abrirnos paso. Es, por cierto, la única guía segura para el triunfo en la política. Si alguien se tomara el trabajo de compilar cifras estadísticas, podría encontrar una

absoluta correlación entre el número de comidas que da un hombre a sus amigos y la proporción o la rapidez de sus promociones oficiales.

Pero, en la forma que estamos constituidos, ¿cómo podemos reaccionar de otra manera? No creo que esto sea peculiarmente chino. ¿Cómo puede un director de correos o jefe de un departamento en Occidente denegar una solicitud privada de favor personal, si la hace un amigo en cuya casa ha comido cinco o seis buenas cenas? Apuesto a que los occidentales son tan humanos como los chinos. La única diferencia es que aquéllos no tienen perspicacia en cuanto a la naturaleza humana, o no han

procedido lógicamente a organizar su vida política de acuerdo con ella. Supongo que hay también algo similar a este modo de vivir de los chinos en el mundo político norteamericano, digamos, por cuanto no puedo sino creer que la naturaleza humana es muy igual siempre, y todos somos muy parecidos bajo la piel. Sólo que no lo veo practicar tan generalmente como en China. Lo único que he sabido de esto en los Estados Unidos es que los candidatos a una función pública dan fiestas a las familias de sus circunscripciones, y sobornan a las madres alimentando a sus hijos con ice cream soda. La convicción inevitable de

la gente después de una alimentación pública es la de que He's a jolly good fellow, y por lo común se manifiesta en cantos. Esto es solamente otra forma de la práctica de los señores y nobles medievales de Europa que, en ocasión de una boda o cumpleaños de nobles, daban a sus campesinos una fiesta generosa, con carnes y vinos en cantidad liberal.

Tan básicamente gravita en nosotros este asunto de la comida y la bebida, que las revoluciones, la paz, el patriotismo, la comprensión internacional, nuestra vida diaria y todo el armazón de la vida social humana, están profundamente influidos por él.

¿Cuál fue la causa de la Revolución Francesa? ¿Rousseau y Voltaire y Diderot? No, apenas la comida. ¿Cuál fue la causa de la Revolución Rusa y el experimento soviético? Apenas la comida, otra vez. En cuanto a la guerra. Napoleón mostró la profundidad esencial de su cordura al decir que "un ejército pelea con su estómago". Y ¿de qué vale decir "Paz, Paz", cuando no hay paz debajo del diafragma? Esto se aplica a las naciones así como a los individuos. Han caído imperios y se han derrumbado los más poderosos regímenes y reinos de terror cuando el pueblo tuvo hambre. Los hombres se niegan a trabajar, los soldados a

combatir, las prima-donnas a cantar, los senadores a debatir, y hasta los presidentes a gobernar el país cuando tienen hambre. Y ¿para qué trabaja y suda durante todo el día en su oficina el marido, sino por la perspectiva de una buena comida en casa? De ahí el proverbio de que el mejor camino hacia el corazón de un hombre pasa por su estómago. Cuando la carne está satisfecha, el espíritu está más tranquilo y más cómodo, y el hombre ama y aprecia más. Se han quejado las esposas de que sus maridos no notan sus nuevos vestidos, nuevos zapatos, nuevas cejas o nuevas fundas de los sillones. Pero, ¿se han quejado jamás las esposas de que

sus maridos no notan un buen bife o una buena tortilla?... ¿Qué es el patriotismo sino el amor por las buenas cosas que comimos en nuestra niñez? He dicho en otra parte que la lealtad al Tío Sam es la lealtad a los buñuelos y al jamón y a las batatas, y la lealtad a la Vaterland alemana es la lealtad al Pfannkuchen y al Stollen de Navidad. En cuanto a la comprensión internacional, entiendo que los tallarines han hecho más que Mussolini por nuestro aprecio hacia Italia. Es lástima que, a juicio de algunas personas, lo que hicieron •los tallarines fue deshecho por Mussolini en la causa de la comprensión entre Italia y el mundo exterior. Esto es porque en los

alimentos, como en la muerte, sentimos la esencial fraternidad de la humanidad.

¡Cómo resplandece un espíritu chino después de un buen festín! ¡Cuan fácil es que proclame la hermosura de la vida cuando están bien llenos su estómago y sus intestinos! De ese estómago bien lleno se desprende e irradia una felicidad que es espiritual. El chino confía en el instinto, y su instinto le dice que cuando está bien el estómago, todo está bien. Por eso es que adjudico a los chinos una vida más próxima al instinto y una filosofía que hace posible un más amplio reconocimiento de él. La idea china de la felicidad es, como lo he señalado en otra parte, estar "tibio, bien

lleno, a oscuras y dulce", con referencia a la condición de ir a la cama después de una buena cena. Por esta misma razón, dice un poeta chino: "Un estómago bien lleno es en verdad una gran cosa; todo lo demás es lujo."

Con esta filosofía, por lo tanto, los chinos no tienen mojigaterías en cuanto a la comida, o en cuanto a comerla con gusto. Cuando un chino toma una cucharada de buena sopa, da un gustoso sorbo. Es claro que éstos no serían modales para la mesa de Occidente. En cambio, sospecho firmemente que los modales de la mesa de Occidente, que nos obligan a tomar la sopa sin ruido y a comer con quietud, sin la menor

expresión de goce, son la verdadera razón de que se haya detenido el desarrollo del arte de la cocina. ¿Por qué hablan tan suavemente y parecen tan desventurados y decentes y respetables los occidentales en sus comidas? En su mayoría no tienen siquiera la sensatez de tomar con la mano un hueso de pollo y roerlo hasta que quede limpio. sino que fingen jugar con él, cuchillo y tenedor en mano, y se sienten terriblemente desventurados y temen decir algo al respecto. Esto es criminal cuando el pollo está bueno de verdad. En cuanto a lo que se llama modales de la mesa, estoy seguro de que el niño tiene su iniciación en los pesares de esta vida

cuando la madre le prohíbe que se relama. Es tal la psicología humana que, si no expresamos nuestra alegría, pronto cesamos hasta de sentirla, y luego vienen la dispepsia, la melancolía, la neurastenia y todos los males mentales que son peculiares de la vida adulta. Deberíamos imitar a esos franceses que suspiran un "¡Ah!" cuando el camarero les lleva una buena costillita de ternera, y hacen un gruñido puramente animal, como "¡Ommm!" después de probar el primer bocado. ¿Qué vergüenza hay en gozar la comida?, ¿qué vergüenza en tener un apetito normal, sano? No, los chinos son diferentes. Tienen malos modales en la mesa, pero gozan

grandemente un festín.

Por cierto que creo que la razón por la cual los chinos no han desarrollado la botánica y la zoología es que el estudioso chino no puede mirar fríamente, sin emoción, a un pez, sin pensar inmediatamente qué sabor tendrá y sin querer comerlo. La razón por la cual no confío en los cirujanos chinos es que temo que cuando un cirujano chino me corte el hígado, en busca de un cálculo, se olvide del cálculo y ponga mi hígado en una sartén. Porque veo que un chino no puede mirar a un puercoespín sin pensar inmediatamente medios y modos de cocerlo y comer su carne sin emponzoñarse. No

emponzoñarse es para los chinos el único aspecto práctico, importante. El sabor de la carne de puercoespín es de importancia suprema, si ha de sumar un nuevo matiz a los que conoce nuestro paladar. Las púas del puercoespín no nos interesan. Cómo nacieron, cuál es su función y cómo están unidas a la piel del puercoespín y se hallan dotadas del poder de erguirse al aparecer un enemigo, son cuestiones que para los chinos parecen eminentemente ociosas. Y también con todos los demás animales y plantas: el punto de vista adecuado es el de cómo podemos gozar de ellos los humanos, y no qué son en sí. El canto del pájaro, el color de la flor, los pétalos de

la orquídea, el sabor de la carne de pollo son las cosas que nos interesan. Oriente tiene que aprender de Occidente todas las ciencias de botánica y zoología, pero Occidente tiene que aprender de Oriente cómo gozar de los árboles, las flores y los peces, aves y animales, lograr una plena apreciación de los contornos y gestos de diversas especies y asociarlos con modos o sentimientos diferentes.

La comida, pues, es una de las pocas alegrías sólidas de la vida humana. Es un hecho feliz que este instinto del hambre está menos rodeado de tabús y códigos sociales que el otro instinto, el sexual, y que, en términos generales, no

se plantea ninguna cuestión moral en relación con la comida. Hay mucha menos mojigatería acerca de la comida que acerca del sexo. Feliz estado de cosas es el de que los filósofos, poetas, comerciantes y artistas puedan unirse en una comida, y cumplir sin un sonrojo la función de alimentarse en público, aunque se sabe de ciertas tribus salvajes que han logrado un sentido de la modestia acerca de la comida, y sólo comen cuando cada individuo está solo. El problema del sexo entrará en consideración más adelante, pero aquí tenemos, por lo menos, un instinto que, por ser menos contenido, produce formas más escasas de perversión,

demencia y comportamiento criminal. Esta diferencia entre el instinto del hambre y el instinto de la reproducción, en sus inferencias sociales, es muy natural. Pero sigue en pie el hecho de que tenemos aquí un instinto que no complica nuestra vida psicológica, sino que es una dádiva pura a la humanidad. La razón es que se trata de un instinto acerca del cual la humanidad es bastante franca. Como aquí no hay problema de modestia, no hay psicosis, neurosis o perversión vinculada con él. Del plato a la boca se pierde la sopa, pero una vez que está la comida en la boca hay, comparativamente, pocos desvíos. Se admite abiertamente que todo el mundo

debe comer, caso que no se da con el instinto sexual. Y una vez complacido, aquel instinto no conduce a ningún mal. A lo sumo, algunas personas comen hasta producirse dispepsia, o úlceras en el estómago, o inflamaciones del hígado, y unas pocas cavan sus tumbas con los propios dientes —hay casos de dignatarios chinos entre mis contemporáneos que así lo hacen—, pero aun así no se avergüenzan de ello antes de sus bodas, pero ¿en qué otra parte del mundo se hace tal cosa? El tema de la comida goza la luz del sol del conocimiento, pero el sexual está todavía rodeado de cuentos de hadas, mitos y supersticiones. Hay luz de sol en

torno al tema de la comida, pero muy poca en torno al tema del sexo.

Por otra parte, es una gran desventura que no tengamos molleja, ni buche, ni cuajo, como las aves. En ese caso, la sociedad humana quedaría alterada hasta ser irreconocible; a la verdad, tendríamos una raza de hombres enteramente distinta. Una raza humana dotada de gáznates o molleja, ya lo veríamos, tendría el carácter más pacífico, contento y dulce, como la oveja o el pollo. Podría crecernos un pico, lo cual alteraría nuestro sentido de la belleza, o tal vez nos bastaría con abandonar los incisivos y los caninos. Podrían ser suficientes las semillas y las

frutas, o acaso podríamos pastar en las verdes colinas, porque la Naturaleza es tan abundante... Como no tendríamos que luchar por nuestro sustento, ni clavar nuestros dientes en la carne del enemigo vencido, no seríamos las terribles criaturas belicosas que hoy somos.

Hay una relación más estrecha entre comida y temperamento —en términos de la Naturaleza— de lo que pensamos. Todos los animales herbívoros son pacíficos de carácter: la oveja, el caballo, la vaca, el elefante, la golondrina, etc.; todos los animales carnívoros son peleadores: el lobo, el león, el tigre, el halcón, etc. Si hubiéramos sido una raza herbívora,

nuestro carácter habría sido más elefantino, por cierto. La Naturaleza no produce un temperamento pugnaz cuando no se necesita combatir. Los gallos pelean aún unos con otros, pero no pelean por la comida, sino por las hembras. Seguiría habiendo algo de lucha de esta suerte entre los machos en la sociedad humana, pero sería sumamente diferente de la lucha por comidas envasadas de exportación que vemos en la Europa del presente.

Nada sé de monos que coman monos, pero sí sé de hombres que comen hombres, porque todas las pruebas de la antropología señalan ciertamente a una práctica muy universal del canibalismo.

Eso se debe a nuestra ascendencia carnívora. ¿Es de extrañar, pues, que todavía nos comamos uno al otro, en más de un sentido: individual, social e internacionalmente? Hay esto que decir en favor de los caníbales: que son sensatos en esta cuestión de matar. Admiten que matar es un mal indeseable pero inevitable, y proceden a sacar algo de ello, comiendo los deliciosos lomos, costillas e hígados de sus enemigos muertos. La diferencia entre los caníbales y los hombres civilizados parece ser que los caníbales matan a sus enemigos y los comen, en tanto que los hombres civilizados matan a sus enemigos y los entierran, ponen una cruz

sobre sus cadáveres y ofrecen plegarias por sus almas. Así sumamos la estupidez al envenenamiento y al mal humor.

Comprendo que estamos en el camino a la perfección, lo cual significa que somos excusablemente imperfectos por ahora. Eso, creo, es lo que somos. Mientras no desarrollemos un temperamento de buche no podremos llamarnos verdaderamente civilizados. Veo a la vez animales herbívoros y carnívoros en la actual generación de hombres: los que tienen temperamento amable y los que no lo tienen. Los hombres herbívoros hacen su camino por la vida interesándose por sus cosas, en tanto que los hombres carnívoros se

ganan la vida metiéndose en las cosas de los demás. Si abjuré de la política hace diez años, después de conocer su sabor durante cuatro meses, fue porque hice muy pronto el descubrimiento de que no era, por carácter, un animal carnívoro, aunque me gusta un buen bife a la plancha. La mitad del mundo pasa el tiempo haciendo cosas, y la mitad pasa el tiempo haciendo que los demás hagan cosas para ellos, o haciendo imposible que los demás hagan algo. La característica del carnívoro es cierto deleite agudo en el pugilismo, en los malos manejos políticos, en tirar de las cuerdas de los títeres, en las traiciones, en la hazaña de ser más astuto que el

enemigo, todo ello con un interés genuino y una verdadera capacidad, para la cual, lo confieso, no tengo el menor aprecio. Pero todo es cuestión de instinto; los hombres que nacen con este instinto pugilístico parecen gozarlo y usarlo con placer, en tanto que la verdadera capacidad creadora, la capacidad para realizar sus tareas o conocer sus asuntos, parece sufrir por lo común una falta de desarrollo. ¡Cuántos profesores, buenos y tranquilos profesores herbívoros carecen totalmente de rapacidad y de capacidad para ir adelante en la competencia con los demás, y, sin embargo, cuánto los admiro! Por cierto que yo podría

aventurar la opinión de que todos los artistas creadores del mundo son mucho mejores cuando se fijan en sus cosas que cuando se fijan en las de los demás, y son, por consiguiente, de la especie herbívora. La verdadera solución de la humanidad consiste en la multiplicación del homo sapiens herbívoro en mayor proporción que la variedad carnívora. Por el momento, sin embargo, los carnívoros deben ser todavía nuestros jefes. Así debe ser en un mundo que cree en los músculos fuertes.

V. DE TENER MÚSCULOS FUERTES

Otra consecuencia importante del

hecho de que seamos animales y tengamos cuerpos mortales es que somos susceptibles al asesinato, y al hombre común no le gusta el asesinato. Es cierto que tenemos un deseo divino de conocimiento y sabiduría, pero con el conocimiento vienen también diferencias de puntos de vista y, por lo tanto, disputas. En un mundo de inmortales, las discusiones durarían siempre, porque no puedo imaginar un modo de resolver una discusión si ninguno de los inmortales que discuten quiere admitir que está equivocado. En un mundo de mortales, la situación es diferente. La parte que discute se hace generalmente tan molesta a juicio de su oponente —y cuando más

molesta parezca tanto más embarazosamente acertados son sus argumentos— que el último le da muerte, y con ello termínala discusión. Si "A" mata a "B", "A" tiene razón; y si "B" mata a "A", "B" tiene razón. Este, casi no necesitamos recordarlo, es el viejo, viejísimo método de resolver discusiones entre brutos. En el reino animal, el león siempre tiene razón.

Esto es, básicamente, tan cierto en cuanto a la sociedad humana, que ofrece una buena interpretación de la historia del hombre, hasta en los tiempos presentes. Después de todo, Galileo se retractó de haber descubierto ciertas ideas acerca de la redondez de la tierra

y del sistema solar. Se retractó porque tenía un cuerpo mortal, susceptible de asesinato o de tortura. Habría exigido infinitas molestias discutir con Galileo si no hubiese tenido un cuerpo mortal, y jamás se le podría haber convencido de que estaba equivocado; y eso habría sido un eterno engorro. Pero, según estaban las cosas, una cámara de tortura, o la celda de una prisión, para no hablar del cadalso o de la pira, bastaban para demostrar cuan equivocado estaba. El clero y los caballeros de la época estaban dispuestos a decidir las cosas con Galileo. El hecho de que Galileo se convenció de su error, afirmó la creencia del clero de aquella época en

que los demás tenían razón. Así se resolvió muy limpiamente el asunto.

Hay algo conveniente, y cómodo y eficiente, en este método de resolver disputas. Las guerras de depredación, las guerras religiosas, el conflicto de Saladino y los cristianos, la Inquisición, la quemazón de brujas, la más moderna prédica del Evangelio cristiano y la proselitización de herejes con cañoneras, la defensa de la Carga del Hombre Blanco por los mismos medios, la propagación de la civilización en Etiopía por los tanques y aeroplanos de Mussolini: todo esto se realiza según esta lógica animal que ha heredado toda la humanidad. Si los italianos tienen

mejores cañones y apuntan mejor y matan más gente, Mussolini lleva la civilización a Etiopía, y sí, en cambio, los etíopes tienen mejores cañones y apuntan mejor y matan más gente, entonces Haile Selassie lleva la civilización a Italia.

En nosotros hay algo del noble león que desdeña las discusiones. De ahí nuestra glorificación del soldado porque pronto arregla las disensiones. La forma más rápida para hacer callar a un hombre que cree tener razón, y que muestra ser propenso a discutir, es colgarle. Los hombres recurren al habla solamente cuando no tienen poder para forzar su convicción sobre los otros. En

cambio, los hombres que proceden y que tienen poder para hacerlo, rara vez hablan. Desprecian las discusiones. Al fin y al cabo, hablamos a fin de influir sobre la gente, y si sabemos que podemos influir a la gente o dominarla, ¿dónde está la necesidad de hablar? A este respecto, ¿no es acaso decepcionante que la Liga de las Naciones hablara tanto durante las últimas guerras de Manchuria y Etiopía? Fue en verdad patético. Hay algo de ominoso en esta cualidad de la Liga de las Naciones. Por otra parte, este método de resolver discusiones por la fuerza puede ser llevado a veces al absurdo, si no hay sentido del humor,

como cuando los japoneses llegan a creer que pueden terminar con el sentimiento antijaponés entre los chinos si los bombardean y ametrallan bien. Por eso es que siempre tardeo en admitir que somos animales racionales.

He pensado siempre que la Liga de las Naciones es una excelente Escuela de Lenguas Vivas, que se especializa en la traducción de idiomas modernos y da a los oyentes una práctica excelente, porque primero hace que un cabal orador pronuncie un perfecto discurso en inglés, y después de enterado así el auditorio del tono y el contenido del discurso, lo hace pronunciar en un francés fluente, infalible, clásico, por un

traductor profesional, con entonación, acento y todo. En verdad, es mejor que la Escuela Berlitz; es una escuela notable para aprender idiomas modernos y la forma de hablar en público. Uno de mis amigos, por cierto, me informó que al cabo de seis meses en Ginebra se había curado de la costumbre del ceceo, que durante años le molestaba. Pero lo sorprendente es que aun en esta Liga de las Naciones, consagrada al cambio de opiniones, en una institución que no puede tener otro propósito que el de hablar, haya una discusión entre Grandes Habladores y Pequeños Habladores, pues los Grandes Habladores son los que tienen Grandes Puños y los —

Pequeños Habladores son los que tienen Pequeños Puños, lo cual demuestra que todo este aparato es muy tonto, si no falso. ¡Como si las naciones con Pequeños Puños no pudieran hablar tan inteligentemente como las otras! Es decir, sí no queremos decir otra cosa que hablar... No puedo menos de pensar que esta creencia inherente en la elocuencia del Puño Grande pertenece a esa herencia animal de que he hablado. (No me gustaría emplear aquí el término "bruto", pero parece el más adecuado a este respecto.)

Es claro que el quid de la cosa reside en el hecho de que la humanidad está dotada de un instinto de charla así

como de un instinto de pelea. La lengua, históricamente hablando, es tan vieja como el puño o como el brazo fuerte. La capacidad para hablar distingue al hombre de los animales, y la mezcla de palabrerío y golpes parece ser un rasgo peculiarmente humano. Esto parecería apuntar a la permanencia de instituciones como la Liga de las Naciones, o el Senado de los Estados Unidos, o una convención de comerciantes: todo lo que dé al hombre una oportunidad para hablar. Parece que los hombres estamos destinados a charlar a fin de encontrar quién tiene razón. Bien está eso: la charla es una característica de los ángeles. El rasgo

peculiarmente humano reside en el hecho de que charlamos hasta cierto punto, hasta que una de las partes de la discusión, aquella que tiene el brazo más fuerte, se siente tan incómoda o enfurecida —"la incomodidad conduce naturalmente al furor", dicen los chinos —, hasta que esa parte incómoda y por lo tanto enfurecida cree que esta charla ya ha durado bastante, golpea la mesa, toma a su adversario por el cuello, le da un puñetazo, y entonces mira a su alrededor y pregunta al público, que es el jurado: "¿Tengo o no razón?" Y, como podemos verlo en cualquier café, el público responde invariablemente: "¡Tiene usted razón!" Sólo los humanos

resuelven las cosas así. Los ángeles resuelven sus discusiones nada más que con la charla; los brutos resuelven sus discusiones con sus músculos y garra; los seres humanos son los únicos que los resuelven con una extraña confusión de músculos y charla. Los ángeles creen decididamente en la razón; los brutos creen decididamente en la fuerza; y sólo los seres humanos creen que la fuerza es la razón. De los dos, el instinto de charla, o el esfuerzo por descubrir quién tiene razón, es, claro está, el instinto más noble. Algún día deberemos charlar y nada más. Esa será la salvación de la humanidad. Por ahora debemos contentarnos con el método de café y la

psicología de café. No importa que resolvamos una discusión en un café o en la Liga de las Naciones; en los dos sitios somos consciente y característicamente humanos.

He presenciado dos de esas escenas de café, o de casa de té, una en 1931-32, y otra en 1936. Y lo más divertido es que en estas dos refriegas hubo la mezcla de un tercer instinto, la modestia. En el asunto de 1931 estábamos en la casa de té y había una persona en discusión con otra, y nosotros, se suponía, éramos los jueces en el asunto. La acusación era por algo así como un robo de cierta propiedad. El tipo de brazo fuerte se sumó al principio a la

discusión, pronunció un discurso para justificarse, habló de su infinita paciencia con su vecino: ¡cuánto refrenamiento, cuánta magnanimidad, cuánto altruismo de motivos en su deseo de cultivar el huerto del vecino! Lo gracioso fue que nos alentó a seguir con nuestra charla mientras escapaba subrepticamente de la sala y completaba el robo plantando una verja en torno a la propiedad robada, para venir luego a pedirnos que fuéramos a ver si no tenía razón. Fuimos todos, vimos la verja que era llevada cada vez más al oeste, porque aun en ese momento estaban cambiándola. "Y bien, pues, ¿tengo o no tengo razón?" Dimos

el veredicto: "¡No tiene razón!"... algo de insolencia hubo en nosotros al decir tal cosa. Entonces el tipo del brazo fuerte protestó que se le insultaba en público, que se lastimaba su sentido de la modestia, y se manchaba su honor. Enfurecido y orgulloso salió de allí, limpiándose el polvo de los zapatos con burlón desprecio, pensando que no éramos buena compañía para él. ¡Imaginad un hombre como ése creyéndose insultado! Por eso digo que el tercer instinto de la modestia complica las cosas. Luego la casa de té perdió buena parte de su reputación como lugar para la científica solución de disputas privadas.

En 1936 fuimos llamados a juzgar en otra discusión. Otro tipo de brazo fuerte dijo que pondría los hechos de la disputa ante nosotros, y pediría justicia. Oí la palabra "justicia" con un estremecimiento. Y le creímos, no sin cierta prevención, en cuanto a lo difícil de la situación y a nuestra dudosa capacidad como jurado. Decididos a justificar nuestra reputación de jueces imparciales y competentes, le dijimos llanamente que no tenía razón, que no era nada más que un matón. También él se sintió insultado; estaba lastimado su sentido de la modestia y manchado su honor. Bien, pues: tomó al adversario del pescuezo, salió y lo mató, y luego

volvió y nos preguntó: "Ahora, ¿tengo o no tengo razón?" Y nosotros hicimos como un eco: "¡Tiene usted razón!" con una profunda reverencia. No satisfecho todavía, nos preguntó: "¿Soy buena compañía para ustedes?", y nosotros gritamos como uno de esos comunes grupos de casa de té: "¡Es claro que sí!" Pero, ¡cuánta modestia por parte del asesino!

Esta es la civilización humana en el Año de Nuestro Señor de 1936. Creo que la evolución del derecho y la justicia debe haber pasado por escenas como la antedicha, en su primera alborada, cuando éramos poco más que salvajes. De esa escena de la casa de té

a la Corte Suprema de Justicia, donde el convicto no protesta que se le insulta con la condena, parece haber un camino largo, larguísimo, de progreso. Durante unos diez años, desde que empezamos los juicios en la casa de té, pensamos que íbamos por el camino de la civilización, pero un Dios más sabio, conociendo a los seres humanos y nuestros rasgos humanos esenciales, podía haber predicho el revés. Desde el principio debía haber sabido que íbamos a fracasar y vacilar, porque sólo somos semicivilizados al presente. Ahora, la reputación de la casa de té ha desaparecido, y hemos vuelto a caer unos sobre otros, a arrancarnos el

cabello y a clavar los dientes en la carne de los demás, en el verdadero, en el gran estilo de la selva... Pero todavía no es total mi desesperanza. Esto que se llama modestia o vergüenza es al fin de cuentas una cosa buena, y también lo es el instinto de la charla. Según me parece, estamos al presente casi desprovistos de verdadera vergüenza. Pero sigamos fingiendo tener un sentido de la vergüenza, y sigamos charlando. Sólo charlando lograremos algún día el bendito estado de los ángeles.

V. DE TENER UNA MENTE

La mente humana, se dice, es

probablemente el producto más noble de la Creación. Esta es una proposición que admiten casi todos, particularmente cuando se refiere a una mente como la de Albert Einstein, que pudo demostrar la curvatura del espacio por una larga ecuación matemática, o la de Edison, que pudo inventar el gramófono y el cinematógrafo, o las mentes de otros físicos que pueden medir los rayos de una estrella que avanza o retrocede, o estudiar la constitución de los átomos invisibles, o la del inventor de las cámaras cinematográficas para obtener colores naturales. Si lo comparamos con la curiosidad sin objeto, vacilante y movediza de los monos, debemos

convenir en que tenemos un noble, un glorioso intelecto, que puede comprender el universo en que hemos nacido.

La mente común, sin embargo, es encantadora más que noble. Si hubiera sido noble la mente común, seríamos seres completamente racionales, sin pecados ni debilidades ni crímenes, y ¡qué mundo insípido sería el nuestro! Seríamos mucho menos encantadores como criaturas. Soy un humanista tal que no me interesan los santos sin pecados. Pero somos encantadores en nuestra irracionalidad, nuestras inconsistencias, nuestras locuras, nuestras jaranas y nuestras alegrías de vacaciones,

nuestros prejuicios, nuestras intolerancias y olvidos. Si todos tuviéramos cerebros perfectos, no tendríamos que prometernos nuevas resoluciones cada Año Nuevo. La belleza de la vida humana consiste en que al revisar, el día de fin de año, nuestras resoluciones del último Año Nuevo descubrimos que hemos cumplido una tercera parte, dejamos sin cumplir otro tanto, y no podemos recordar qué era la otra tercera parte. Pierde interés para mí un plan que ofrece la seguridad de ser cumplido hasta su último detalle. Un general que va a la batalla y está completamente seguro de la victoria, de antemano, y

hasta puede predecir el número exacto de bajas, perderá todo interés en la batalla, y bien podría renunciar a todo. Nadie jugaría al ajedrez si supiera que la mente de su adversario —buena, mala o regular— es infalible. Todas las novelas serían imposibles de leer si supiéramos exactamente cómo va a funcionar la mente de cada personaje y, por consiguiente, pudiéramos predecir el resultado exacto. La lectura de una novela no es más que la caza de una mente vacilante e impredecible que hace sus incalculables decisiones en ciertos momentos, a través de un ovillo de circunstancias. Un padre severo, que no perdona y en ningún momento se

suaviza, cesa de impresionarnos como humano, y hasta un marido infiel que es siempre infiel pierde pronto el interés del lector. Imaginemos a un compositor famoso, orgulloso, a quien nadie puede inducir a que componga una ópera para cierta mujer hermosa, pero que, al saber que un odiado compositor rival piensa hacerlo, emprende inmediatamente la tarea; o a un hombre de ciencia que durante su vida se ha negado siempre a publicar sus escritos en periódicos pero que, al ver —que un hombre de ciencia rival se equivoca en una sola letra, se olvida de la regla y corre a aparecer en letras de imprenta. Ahí hemos puesto el dedo en la cualidad singularmente

humana de la mente.

La mente humana es encantadora en su irrazonabilidad, sus prejuicios inveterados, y su vacilación e impredecibilidad. Si no hemos aprendido esta verdad, nada hemos aprendido de un siglo de estudio de la psicología humana. En otras palabras, nuestras mentes conservan todavía la cualidad sin objeto, la cualidad chapucera de la inteligencia de los simios.

Consideremos la evolución de la mente humana. Nuestra mente fue originalmente un órgano para presentir el peligro y conservar la vida. Considero sólo un accidente que esa

mente haya llegado, con el tiempo, a apreciar la lógica y a comprender una correcta ecuación matemática. No fue creada con ese propósito, por cierto. Fue creada para oler comida, y si después de oler comida también puede oler una abstracta fórmula matemática, tanto mejor. Mi concepción del cerebro humano, como de todos los cerebros animales, es la de que está constituido como un pulpo o una estrella de mar con tentáculos; tentáculos para palpar la verdad y comerla. Hoy hablamos todavía de "palpar" la verdad, más que de "pensarla". El cerebro, junto con los demás órganos sensorios, constituye los tentáculos. Cómo sienten la verdad esos

tentáculos, es todavía en física un misterio tan grande como la sensibilidad a la luz de la púrpura en la retina del ojo. Cada vez que el cerebro se disocia del aparato sensorio colaborador y se embarca en lo que se llama "pensamiento abstracto", cada vez que se aparta de lo que William James llamó realidad perceptual y escapa al mundo de la realidad conceptual, se desvitaliza, deshumaniza y degenera. Todos procedemos según el falso concepto de que la verdadera función de la mente es pensar, falso concepto que ha de conducir a serios errores en la filosofía a menos que revisemos nuestra noción del mismo término "pensar". Es un falso

concepto que puede dejar desilusionado al filósofo cuando salga de su estudio y mire a la multitud en el mercado. ¡Como si pensar tuviera mucho que ver con el comportamiento cotidiano!

El extinto James Harvey Robinson ha tratado de mostrar, en *The Mind in the Making*, cómo resultó gradualmente nuestra mente, y opera todavía sobre cuatro capas subyacentes: la mente animal, la mente salvaje, la mente infantil y la mente civilizada tradicional, y nos ha mostrado además la necesidad de adquirir una mente más crítica, si queremos que continúe la actual civilización humana. En mis momentos científicos me inclino a convenir con él,

pero en mis momentos más sabios dudo de la factibilidad, o aun de la deseabilidad, de tal paso de progreso general. Prefiero que nuestra mente sea encantadora por irrazonable, como al presente. Me indignaría ver un mundo en que todos fuéramos seres perfectamente racionales. ¿Desconfío del progreso científico? No, desconfío de la santidad. ¿Soy antiintelectual? Quizá sí, quizá no. Lo único que ocurre es que estoy enamorado de la vida, y por estarlo desconfío profundamente del intelecto. Imaginemos un mundo en que no haya crónicas de crímenes en los diarios, en que todos sean tan omniscientes que ninguna casa se incendie jamás, que

ningún aeroplano tenga un accidente, que ningún marido abandone a su mujer, que ningún pastor se fugue con una joven del coro, que ningún rey abdique su trono por amor, que ningún hombre cambie de parecer y todos procedan a cumplir con lógica precisión una carrera que se preparó a los diez años de edad: ¡adiós, entonces, a este feliz mundo humano! Toda la excitación y la incertidumbre de la vida habrían desaparecido. No habría literatura porque no existiría pecado alguno, ni mal comportamiento, ni debilidades humanas, ni pasiones violentas, ni prejuicios, ni irregularidades ni, lo peor de todo, sorpresa alguna. Sería como una carrera

de caballos en que cada uno de los cuarenta o cincuenta mil espectadores supiera cuál iba a ganar. La' falibilidad humana es la esencia misma del color de la vida, así como las caídas son lo que presta color e interés a una carrera de obstáculos. ¡Imaginad un doctor Johnson sin sus prejuicios de intolerante! Si todos fuéramos seres completamente racionales, veríamos entonces que, en lugar de elevarnos a una perfecta sabiduría, degeneraríamos hasta ser autómatas, y la mente humana sólo serviría para registrar ciertos impulsos tan infaliblemente como un medidor de gas. Eso sería inhumano, y cualquier cosa inhumana es mala.

Mis lectores pueden sospechar que estoy intentando una desesperada defensa de las fragilidades humanas, que estoy convirtiendo sus vicios en virtudes, pero no es así. Lo que ganáramos en corrección de conducta a través del desarrollo de una mente completamente racional, lo perderíamos en diversión y en colorido de la vida. Y nada es tan poco interesante como pasar la vida con un dechado de virtudes por marido o por esposa. No dudo de que una sociedad de seres tan perfectamente racionales estaría perfectamente adaptada para sobrevivir, pero dudo de que valga la pena tener la supervivencia en esas condiciones. Tener una sociedad

que sea bien ordenada, sí, es claro: pero, ¡no demasiado bien ordenada! Recuerdo a las hormigas que, a mi juicio, son probablemente las criaturas más perfectamente racionales de la tierra. Sin duda las hormigas consiguieron desarrollar un estado socialista tan perfecto que han podido vivir sobre ese patrón durante el último millón de años. Por cuanto atañe a la completa racionalidad de la conducta, creo que debemos dar el primer premio a las hormigas, y dejar que los seres humanos lleguen segundos (dudo mucho que merezcan eso). Las hormigas son trabajadoras, cuerdas, ahorrativas y frugales. Son los seres socialmente

regimentados e individualmente disciplinados que nosotros no somos. No les importa trabajar quince horas al día por el estado o la comunidad; tienen un buen sentido del deber, y casi ningún sentido de los derechos; tienen persistencia, orden, cortesía y coraje, y sobre todo, disciplina individual. Nosotros somos pobres ejemplares en autodisciplina, pues ni siquiera servimos como piezas de museo.

Pasemos por cualquier sala de honor, con estatuas de los grandes hombres de la historia alineadas en los corredores, y percibiremos que la racionalidad de la conducta es probablemente lo último que se recuerda

de sus vidas. Este es Julio César, que se enamoró de Cleopatra, el noble Julio César, tan completamente irracional que casi olvidó (como lo olvidó completamente Antonio) un imperio por una mujer. Aquel es Moisés, que en un ataque de furor rompió las sagradas tablas de piedra, cuya escritura le había llevado catorce días en el Monte Sinaí en compañía de Dios, y no fue en eso más irracional que los israelitas que renegaron de Dios y veneraron el Becerro de Oro durante su ausencia. Ese otro es el Rey David, que fue alternativamente cruel y generoso, alternativamente religioso e impío, que veneró a Dios y pecó y escribió salmos

de arrepentimiento y veneró otra vez a Dios. El Rey Salomón, imagen misma de la sabiduría, que nada podía hacer cuando se trataba de su hijo. Confucio, que mandó decir a un visitante que no estaba en casa y luego, cuando el visitante acababa de salir, cantó en una de las habitaciones de arriba para hacerle saber que estaba en casa... Jesús, con sus lágrimas en Getsemaní y sus dudas en la cruz... Shakespeare, que legó a su esposa, no la mejor, sino "la segunda de sus casas"... Milton, que no podía llevarse bien con su esposa de 17 años y, por lo tanto, escribió un tratado sobre el divorcio, y, al ser atacado, estalló en una defensa de la libertad de

palabra en Areopagítica... Goethe, que realizó en la Iglesia la ceremonia de casamiento, con su esposa, y junto a ellos el hijo de diecinueve años... Jonathan Swift y Stella... Ibsen y Emilie Bardach (él siguió siendo racional: bien por él)...

¿No es evidente que la pasión y no la razón es lo que rige al mundo? ¿Y que estos hombres fueron admirables, fueron humanos, no por su racionalidad, sino por su falta de racionalidad? Las noticias necrológicas y las notas biográficas chinas, de hombres y mujeres, escritas por sus hijos, son imposibles de leer, no tienen interés ni veracidad, porque todos hacen que sus

antepasados aparezcan como seres anormales y totalmente virtuosos... La gran crítica que formularon mis compatriotas a mi libro sobre China es la de que hice demasiado humanos a los chinos, que pinté sus debilidades así como su fuerza. Mis compatriotas (por lo menos los pequeños burócratas) creen que si yo hubiese pintado a China como un paraíso habitado solamente por santos confucianistas, que viven en un milenio de paz y razón, podría haber hecho propaganda más efectiva por mi país. En realidad, no tiene límite la estupidez de los burócratas... Pero el encanto mismo de la biografía, su capacidad de lectura, depende de que

muestre el aspecto humano de un gran personaje, que es tan similar al nuestro. Cada toque de comportamiento irracional en una biografía es un convincente golpe de realidad. Sólo de eso depende el buen éxito de los retratos de Lytton Strachey.

Un ejemplo excelente de una mente perfectamente sana es el que dan los ingleses. Los ingleses tienen mala lógica, pero muy buenos tentáculos en el cerebro para palpar el peligro y preservar la vida. No he podido descubrir nada lógico en su comportamiento nacional o en su historia racional. Sus universidades, su constitución, su Iglesia Anglicana son

conjuntos hechos de retazos, pues constituyen la firme suma de un proceso de crecimiento histórico. La fuerza misma del Imperio Británico consiste en la falta de cerebración de los ingleses, en su total incapacidad para advertir el punto de vista del otro, y en su gran convicción de que el modo inglés es el único modo, y la comida inglesa la única comida. En el momento en que los ingleses aprendan a razonar y pierdan su fuerte confianza en sí mismos, el Imperio Británico se derrumbará. Porque nadie puede salir a conquistar el mundo si tiene dudas de sí mismo. Absolutamente nada se puede sacar en limpio de la actitud de los ingleses hacia

su rey, de su lealtad y su muy genuino afecto por un rey privado por ellos de la libertad de palabra, a quien dicen sumariamente que se porte bien o deje el trono... Cuando la Inglaterra isabelina necesitó piratas para proteger el Imperio, pudo producir piratas suficientes para atender a la situación, y los llevó a la gloria. En cada período, Inglaterra ha podido luchar la guerra exacta, contra el enemigo exacto, con el aliado exacto, del lado ganador, en el momento exacto, y llamarla con el nombre inexacto. No lo hicieron por lógica, ¿verdad? Lo hicieron por sus tentáculos.

Los ingleses tienen un cutis

coloradote, producido, sin duda, por la niebla de Londres y el cricquet. Una piel tan sana no puede menos que desempeñar un papel importante en las ideas, es decir, en el proceso de palpar el camino a través de la vida. Y así como los ingleses piensan con su sano cutis, los chinos piensan con sus profundos intestinos. Los chinos sabemos que pensamos con los intestinos; se dice de los estudiosos que tienen "el vientre lleno de ideas", o "de estudios", "de poesía y literatura", o "el vientre lleno de pesar", o "de rabia", "remordimiento", "pena", o "anhelo". Los amantes chinos que se encuentran separados se escriben cartas para

decirse que "sus apenados intestinos están atados en un centenar de nudos", o que al verse por última vez "sus intestinos quedaron rotos". Los estudiosos chinos que han preparado sus ideas para un ensayo o un discurso, pero no las han fijado en el papel, tienen, se dice, listo el "manuscrito del vientre". Allí tienen sus ideas ya arregladas. Estoy seguro de que es así. Todo esto, naturalmente, es estrictamente científico y susceptible de prueba, en especial cuando los psicólogos modernos lleguen a comprender mejor la calidad emotiva y la composición de nuestro pensamiento. Pero los chinos no necesitan ninguna prueba científica. Lo

sienten allí dentro. Sólo si se aprecia el hecho de que la calidad emocional de las melodías chinas comienza toda debajo del diafragma de los cantantes, se puede comprender la música china con su profundo color emotivo.

No se debe despreciar jamás la capacidad de la mente humana cuando se refiere al universo natural o a cualquier cosa que no sea la relación humana. Optimista en cuanto a las conquistas de la ciencia, tengo menos esperanzas acerca del desarrollo general de una mente crítica en cuanto a los asuntos humanos, o acerca de que la humanidad llegue a una calma y a una comprensión muy por encima del alcance de las

pasiones. La humanidad, en cuanto formada por individuos, puede haber alcanzado austeras alturas, pero en cuanto formada por grupos sociales, está sujeta todavía a pasiones primitivas, a ocasionales retrocesos y apariciones de los instintos salvajes, y a ocasionales olas de fanatismo e histerismo de las masas.

Por conocer, pues, las fallas humanas, tenemos tanta mayor razón de odiar a ese mísero despreciable que en forma demagógica emplea nuestras debilidades humanas para arrearnos a otra guerra mundial; que inculca el odio, del que ya tenemos demasiado; que glorifica el engrandecimiento y el

interés personales, de los que no carecemos; que apela a nuestra intolerancia animal y a nuestros prejuicios raciales; que anula el quinto mandamiento al adiestrar a la juventud, y alienta el crimen y la guerra como cosas nobles,, como si no fuéramos ya criaturas suficientemente guerreras; y que nos azota, y agita nuestras pasiones mortales, como si no estuviéramos ya muy cerca de las bestias. La mente de este miserable, por astuta, por sagaz, por mundanamente sabia que sea, es una manifestación de la bestia. El amable espíritu de la sabiduría está atado a una bestia o demonio en nosotros, que ya ahora hemos llegado a comprender no es

nada más que nuestra herencia animal, o más bien ata a este demonio con una correa vieja y gastada, y lo mantiene en sumisión transitoria. En cualquier momento puede romperse la correa, y quedar suelto el demonio, y en medio de hosannas el carro de Juggernaut (

[\[10\]](#)) pasará brutalmente sobre nosotros, sólo para recordarnos una vez más cuan terriblemente cerca de los salvajes hemos estado todo este tiempo, y cuan superficial es nuestra civilización. La civilización se tornará entonces.

Por la misma razón, se producen menos crímenes sociales por la comida que por el sexo. El código criminal tiene comparativamente poco que ver con los pecados de comer ilegal, inmoral o infielmente, en tanto que tiene una gran sección dedicada a adulterio, divorcio y abuso de las mujeres. A lo sumo, los maridos pueden saquear la heladera, pero rara vez colgamos a un hombre por forzar una Frigidaire. Si alguna vez se presentara ese caso, veríamos al juez lleno de compasión. La franca admisión de que para cada hombre es necesaria la alimentación, es lo que hace posible esto. Se nos vuelca el corazón hacia los pueblos que padecen hambre, pero no

hacia las monjas enclaustradas.

Esta especulación está muy lejos de ser ociosa, porque hay muy poca ignorancia pública acerca del tema de la comida, comparada con la ignorancia pública sobre el tema del sexo, que es terrible. Hay familias manchúes que educan a sus hijas en el arte del amor así como en el arte de la cocina

CAPITULO IV

DE SER

HUMANO

I. DE LA DIGNIDAD HUMANA

En el capítulo precedente hemos visto la herencia mortal del hombre, el papel que comparte con el mundo animal y sus consecuencias sobre el carácter de la civilización humana. Pero todavía vemos que el cuadro no es completo.

Falta algo aún para llegar a un concepto completo de la naturaleza humana y la dignidad humana. ¡Ah, dignidad humana... ésa es la palabra! Hay necesidad de acentuarlo, y hay necesidad de saber en qué consiste la dignidad, para no confundir las cosas y perderla. Porque existe un evidente peligro de que perdamos esa dignidad en el siglo XX y especialmente en la década actual y en las que sigan inmediatamente.

"¿No cree usted que el hombre es el más sorprendente de los animales, si insiste en que somos animales?" Estoy muy de acuerdo. Sólo el hombre ha inventado una civilización, y esto no es

cosa de dejar de lado. Hay acaso animales más hermosos, de mejores formas y estructura más noble, como el caballo; con mejores músculos, como el león; con mejor sentido del olfato y mayor docilidad y lealtad, como el perro; o mejor vista, como el águila; o mejor sentido de la dirección, como la paloma mensajera; con mayor frugalidad y disciplina y capacidad para el trabajo pesado, como la hormiga; con un temperamento más dulce, como la tórtola o el gamo; más paciencia y contento, como la vaca; con mejores voces para el canto, como la alondra; y hay también animales mejor vestidos, como el papagayo y el pavorreal. Pero

hay algo en el mono que me; hace preferirlo a todos estos animales, y algo de la curiosidad del mono y de la habilidad del mono en el hombre, que me hace preferir ser hombre. Admitido que las hormigas son seres más racionales y mejor disciplinados que nosotros, como he señalado, y admitido que tienen una forma de gobierno más estable que la de la España actual, no tienen una biblioteca o un museo, ¿verdad? En el momento en que las hormigas o los elefantes.puedan inventar un telescopio gigantesco o descubrir una nueva estrella variable o predecir un eclipse solar, o que las focas puedan descubrir la ciencia del cálculo o los

castores puedan abrir un canal de Panamá, les reconoceré el campeonato como amos del mundo y señores de la creación. Sí, podemos estar orgullosos de nosotros, pero mejor haríamos en saber de qué hemos de estar orgullosos, cuál es la esencia de la dignidad humana.

Esta dignidad humana, como ya he apuntado al comienzo de este libro, consiste en las cuatro características del pillo, que ha sido glorificado por la literatura china. Son: una juguetona curiosidad, una capacidad para el ensueño, un sentido del humor para corregir esos sueños y, finalmente, cierta indocilidad e impredecibilidad de

comportamiento. Juntas, representan la versión china de la doctrina norteamericana del individuo. Es imposible pintar un retrato del individualista más resplandeciente que el que ha hecho del pillo la literatura china, y no es un accidente, por cierto, que Walt Whítman, el más grande campeón literario del individualismo norteamericano, sea llamado el "Magnífico Ocioso".

II. DE LA JUGUETONA CURIOSIDAD: LA ELEVACIÓN DE LA CIVILIZACIÓN HUMANA

¿Cómo inició el pillo humano su

subida a la civilización? ¿Cuáles fueron los primeros signos promisorios en él, o en el desarrollo de su inteligencia? La respuesta, indudablemente, se ha de encontrar en la juguetona curiosidad del hombre, en sus primeros esfuerzos por andar a tientas con las manos y dar vuelta a todas las cosas para examinarlas, así como un mono, en sus ratos de ocio, vuelve el párpado o el lóbulo de la oreja de otro mono, para buscar piojos o para nada, para volverlo por volverlo. Quien vaya al zoológico y mire a un par de monos que se pellizcan mutuamente las orejas, advertirá la promesa de un Isaac Newton o de un Albert Einstein.

Esta figura de las actividades juguetonas, vacilantes, de la mano humana en exploración, es más que una figura. Es una verdad científica. La base misma de la civilización humana comenzó con la emancipación de las manos, consiguiente a la asunción de un porte erguido por el hombre, y a su conversión en bípedo. Vemos hasta en los gatos esta juguetona curiosidad, en el momento en que sus patas delanteras quedan relevadas del deber de caminar y sostener el cuerpo. Podría haber sido muy posible que se desarrollara una civilización desde los gatos, tanto como desde los monos, salvo que en el caso de los monos los dedos estaban ya bien

desarrollados debido a la necesidad de tomarse de las ramas, en tanto que las patas de los gatos son todavía garras: apenas trozos de carne y cartílago.

Permítaseme que olvide por un momento que no soy un biólogo, y que especule acerca de la elevación de la civilización humana desde esta emancipación de las manos, porque tengo algunas cosas que decir aquí, que acaso hayan y quizá no hayan observado los demás. La asunción de una postura erguida y la consiguiente emancipación de las manos tuvieron resultados sumamente importantes. Produjeron el empleo de herramientas, el sentido de la modestia, la sujeción de las mujeres,

probablemente también el desarrollo del lenguaje, y por fin un prodigioso aumento en curiosidad juguetona y en el instinto de la exploración. Es bien sabido que la civilización humana comenzó con el descubrimiento de las herramientas y que esto surgió del desarrollo de las manos humanas. Cuando el gran mono antropoide descendió parcialmente del árbol, probablemente porque su cuerpo era demasiado pesado, tuvo dos caminos: el del mandril, que camina en cuatro patas, o el del orangután, que aprendió a caminar sobre las patas traseras. La ascendencia humana no pudo ser el mandril, un cuadrúpedo (o cuadrumano),

porque las patas delanteras del mandril estaban demasiado ocupadas. En cambio, con el porte erguido que adquirió más o menos felizmente el orangután, las manos cobraron libertad y ¡cuan significativa fue esta libertad para toda la civilización! Por aquel entonces, el mono antropoide ya había aprendido por cierto a recoger frutas con las manos, en lugar de sus enormes mandíbulas. No fue más que un solo paso, cuando empezó a vivir en una cueva, en lo alto de una montaña, recoger piedras y pedruscos y lanzarlos a sus enemigos. Esa fue la primera herramienta que usó jamás el hombre. Debemos imaginar una constante

actividad de tanteo y manipuleo de sus manos, un constante tomar cosas con algún propósito o sin propósito. Habría allí pedernales aguzados e irregulares trozos de roca que, a través de esos tanteos sin objeto, el hombre descubrió accidentalmente eran más inútiles para matar que las piedras redondeadas. El simple acto de dar vuelta a las cosas, por ejemplo, de mirar por ambos lados el lóbulo de la oreja, debe haber aumentado ya su poder para concebirlas en su totalidad, y por lo tanto también el número de imágenes que llevaba en el cerebro, estimulando así el crecimiento de los lóbulos frontales del mismo.

Creo que el misterio del origen del

pudor sexual en el hombre, totalmente ausente en los animales, se debe también a esta postura erguida. Porque con esta nueva postura, que la Madre Naturaleza nunca intentó, probablemente, en su plan de las cosas, ciertas partes posteriores del cuerpo pasaron de golpe a ocupar el centro del cuerpo, y lo que estaba por naturaleza detrás pasó adelante. Aliados a esta terrible situación nueva hubo otros ajustes defectuosos, que afectaron principalmente a las mujeres y causan todavía frecuentes abortos y perturbaciones menstruales. Anatómicamente, nuestros músculos fueron hechos y se desarrollaron para la posición del cuadrúpedo. La hembra del

cerdo, por ejemplo, lleva su lechada de embriones lógicamente suspendida de la espina dorsal, que está horizontal, como la ropa tendida a secar de una cuerda, con el peso debidamente distribuido. Exigir a la madre humana embarazada que esté erguida de pie, es poner verticalmente la cuerda del lavado y esperar que las ropas conserven su posición. Nuestros músculos peritoneales están mal formados para ello: si hubiéramos sido bípedos originalmente, esos músculos estarían lindamente sujetos al hombro, y todo esto sería un trabajo más agradable. Todo el que tenga un conocimiento de la anatomía de la matriz y los ovarios

humanos se sorprende de que conserven su posición y sigan funcionando, y de que no haya más dislocaciones y perturbaciones menstruales. Todo el misterio de la menstruación no ha sido explicado satisfactoriamente todavía, pero estoy muy seguro de que, aun admitiendo que es necesaria una renovación periódica de los óvulos, debemos reconocer que la función se cumple en forma muy poco eficiente, innecesariamente larga e injustificablemente dolorosa, y no dudo de que esta ineficiencia se debe a la posición bípeda.

Esto, pues, condujo a la sujeción de las mujeres y probablemente también al

desarrollo de la sociedad humana con sus actuales características. No creo que si la madre humana hubiese podido caminar en cuatro patas habría quedado sujeta por su marido. Dos fuerzas entraron en juego simultáneamente. Por una parte, los hombres y las mujeres ya eran por aquel entonces criaturas ociosas, curiosas y juguetonas. El instinto amoroso desarrolló nuevas expresiones. El beso no era todavía del todo placentero, o del todo feliz, como podemos verlo entre dos chimpancés que se besan con mandíbulas duras, tiesas, sobresalientes. Pero la mano logró movimientos nuevos, más sensitivos y más suaves: los

movimientos de acariciar, palmear, pellizcar y abrazar, todos ellos como resultado secundario de la caza de piojos en el cuerpo del otro compañero. No me cabe duda de que la poesía lírica no se habría producido si nuestros peludos antepasados humanos no hubiesen tenido piojos en el cuerpo. Esto, pues, debe haber contribuido considerablemente a desarrollar el instinto amoroso.

Por otra parte, la madre humana, bípeda y embarazada, quedaba sometida o un estado de penoso desamparo durante un período considerablemente más largo. Durante el anterior período de ajuste imperfecto a la postura

erguida, puedo presumir que era aun más difícil para la madre embarazada llevar su carga y andar por ahí, especialmente antes de que las piernas y los talones se modificaran debidamente, y que la pelvis se proyectara debidamente hacia atrás para contrabalancear la carga del frente. En los primeros tiempos, la postura bípeda era tan incómoda que más de una madre del pleistoceno debe haberse puesto vergonzosamente en cuatro patas, cuando nadie miraba, para aliviar el dolor de su espina dorsal. Pues con estos inconvenientes y otras perturbaciones de la mujer, la madre humana empezó a emplear tácticas distintas y a jugar por el amor,

perdiendo así algo de su espíritu de independencia. ¡Buen Dios, sí que necesitaba que la palmearan y acariciaran durante esos períodos de embarazo! La postura erguida prolongó, además, el período de la infancia, porque hizo difícil que aprendiera a caminar la cría humana. En tanto que las crías del elefante o de la vaca pueden trotar prácticamente apenas nacen, la cría humana necesitó dos o tres años para aprender a hacerlo, y ¿quién era la persona que debía cuidarlo, sino la madre? (

[\[11\]](#))

El hombre inició un sendero completamente nuevo de progreso. La sociedad humana se desarrolló por el solo hecho de que el sexo, en el más amplio sentido de la palabra, empezó a dar color a la diaria vida humana. La hembra humana era más consciente y constantemente hembra que una hembra animal: la negra más que la tigre, la condesa más que la leona. La especialización entre hombres y mujeres en el sentido civilizado empezó a desarrollarse, y la hembra, en lugar del macho tradicional, comenzó a adornarse, probablemente por el simple sistema de quitarse cabello de la cara y del pecho. Todo era cuestión de tácticas de

supervivencia. Vemos claramente esas tácticas en los animales. El tigre ataca, la tortuga se esconde, y el caballo huye: todos para sobrevivir. El amor o la belleza y la dulce astucia de la feminidad tuvo entonces un valor de supervivencia. El hombre tenía probablemente un brazo más fuerte, y de nada servía pelear con él; por lo tanto, ¿por qué no sobornarlo, y halagarlo, y comprenderlo? Este es el carácter mismo de nuestra civilización, aun hoy. En lugar de aprender a rechazar y atacar, la mujer aprendió a atraer, y en lugar de tratar de alcanzar su meta por la fuerza, trató en lo que pudo de alcanzarla por medios más suaves. Al fin y al cabo, la

suavidad es civilización. Creo, pues, que la civilización humana comenzó con la mujer más que con el hombre.

Y tampoco puedo dejar de pensar que la mujer desempeñó un papel más importante en el desarrollo del parloteo, que hoy llamamos lenguaje. El instinto del parloteo es tan profundo en las mujeres que creo firmemente que deben haber contribuido a crear el lenguaje humano en modo más importante que los hombres. Los primeros hombres, imagino, eran criaturas muy malhumoradas y silenciosas. Supongo que el lenguaje humano comenzó cuando los primeros antropoides machos estaban de caza lejos de sus moradas en

las cavernas, y dos vecinas discutían ante sus cuevas si Fulano era mejor tipo que Mengano o Mengano era mejor que Fulano, y cómo Mengano se mostró horriblemente amoroso anoche, y cuán fácil es ofenderlo. En una forma así debe haber comenzado el lenguaje humano. No puede ser de otro modo. Es claro que la facultad de tomar la comida con las manos, al librar así a la mandíbula de su doble deber original de tomar y comer los alimentos, hizo posible que la mandíbula retrocediera gradualmente y disminuyera de tamaño, y esto también ayudó al desarrollo del lenguaje humano.

Pero, como he sugerido, la

consecuencia más importante de esta nueva postura fue la emancipación de las manos que empezaron a volver las cosas y examinarlas por todos lados, como se simboliza en el pasatiempo de la caza de piojos por los monos. De esta caza de piojos tuvo su partida el desarrollo del espíritu de libre indagación en el conocimiento. El progreso humano consiste todavía hoy, muy principalmente, en la caza de una u otra forma de piojos que molestan a la sociedad humana. Se ha desarrollado un instinto de curiosidad que obliga a la mente humana a explorar libre y juguetonamente toda clase de temas y de males sociales. Esta actividad mental no

tiene nada que ver con la búsqueda de comida; es un ejercicio del espíritu humano puro y simple.

Los monos no cazan piojos para comerlos, sino por cazarlos. Y esta es la característica de todo el aprendizaje humano valedero, de todo su estudio, un interés en las cosas por sí mismas, y un deseo juguetón, ocioso, de conocerlas según son, y no porque ese conocimiento nos ayude directa e inmediatamente a llenar el estómago. (Si aquí me contradigo como chino, soy feliz, como chino, por contradecirme.) Considero que esto es característicamente humano, y que contribuye mucho a la dignidad humana. El conocimiento, o el proceso

de buscar conocimiento, es una forma de juego; así ocurre por cierto con todos los hombres de ciencia e inventores que algo valen y que en verdad logran resultados valederos. Los buenos médicos investigadores se interesan más por los microbios que por los seres humanos, y los astrónomos tratan de registrar los movimientos de una estrella distante centenares de millones de kilómetros de nosotros, aunque la estrella no puede tener en forma alguna un efecto directo sobre la vida humana de este planeta. Casi todos los animales, especialmente los jóvenes, tienen también el instinto del juego, pero sólo en el hombre la curiosidad juguetona se

ha desarrollado en grado importante.

Por esta razón es que odio a los censores y a todas las reparticiones y formas de gobierno que tratan de controlar nuestros pensamientos. No puedo menos que creer que tal censor o tal gobernador insulta a sabiendas o sin intención a la inteligencia humana. Si la libertad de ideas es la más alta actividad de la mente humana, entonces la supresión de esa actividad debe ser lo más degradante para nosotros como seres humanos. Eurípides definió como esclavo al hombre que ha perdido su libertad de pensar o de opinar. Toda autocracia es una fábrica para producir espléndidos esclavos euripideanos. ¿No

tenemos bellos ejemplos, en Oriente y Occidente, en el siglo XX y en la cuna misma de la cultura? Todo gobierno autocrático, cualquiera sea su forma, es, pues, intelectualmente retrógrado. Lo hemos visto en la Edad Media, en general, y en la Inquisición Española en particular. Los políticos o los clérigos miopes pueden pensar que la uniformidad de creencias y de ideas contribuye a la paz y el orden, pero históricamente la consecuencia es siempre deprimente y degradante para el carácter humano. Tales autócratas deben tener un gran desprecio por el pueblo en general cuando no se reducen a ordenar la conducta externa de una nación, sino

que proceden también a regimentar los pensamientos y creencias íntimos del pueblo. Tienen una ingenua convicción de que las mentes humanas aguantarán esa uniformidad y que les gustará o no les gustará un libro o un concierto o una película cinematográfica, exactamente como se los dice el propagandista oficial o el jefe de la oficina de publicidad. Todo gobierno autocrático ha tratado de confundir la literatura con la propaganda, el arte con la política, la antropología con el patriotismo, y la religión con el culto del gobernante en vida.

No puede hacerse así, sencillamente, y si los que controlan el pensamiento

van muy lejos en esto de marchar contra la misma naturaleza humana, siembran con ello las simientes de su caída. Ya lo dijo Mencio: "Si el gobernante considera al pueblo como matas de césped, entonces el pueblo considerará al gobernante como un ladrón o un enemigo." No hay mayor ladrón en este mundo que quien nos roba nuestra libertad de pensar. Privados de ella, bien podríamos ponernos en cuatro patas, decir que ha sido un error todo el bípedo experimento de caminar en dos piernas, y volver a nuestra temprana postura de hace por lo menos 30.000 años. En términos mencianos, por lo tanto, el pueblo se sentirá agraviado por

este ladrón tanto como éste desprecie al pueblo, y exactamente en la misma proporción. Cuanto más robe el ladrón, tanto más le odiará el pueblo. Y como nada es tan precioso y personal e íntimo como nuestras creencias intelectuales, morales o religiosas, no puede despertarse en nosotros odio mayor que el que sentimos por el hombre que nos priva del derecho de creer en lo que creemos. Pero la miope estupidez es natural en un autócrata, porque creo que esos autócratas son siempre retrógrados intelectuales. Y la resistencia del carácter humano y la libertad invencible de la conciencia humana siempre rebotan y golpean al gobernante

autocrático con tanta mayor fuerza.

III. DE LOS SUEÑOS

El descontento, dicen, es divino; estoy muy seguro, de todos modos, de que el descontento es humano. El mono fue el primer animal malhumorado, porque jamás he visto una cara verdaderamente triste, en los animales, salvo en el chimpancé. Y a menudo he pensado que se trataba de un filósofo, ¡porque la tristeza y el pensar son tan semejantes!. Hay algo en una cara así que me dice que su dueño está pensando. Las vacas no parecen pensar, al menos no parecen filosofar, porque siempre se

muestran tan satisfechas... y aunque los elefantes suelen exteriorizar un furor temible, la eterna agitación de sus trompas parece ocupar el lugar del pensamiento y proscribir toda cavilación de descontento. Sólo un mono puede parecer plenamente aburrido de la vida. ¡Grande en verdad es el mono!

Acaso, después de todo, la filosofía comenzó con el sentido del tedio. De cualquier manera, es característica de los humanos tener un anhelo triste, vago e inquieto por un ideal. El hombre vive en un mundo real, pero tiene la capacidad y la tendencia a soñar con otro mundo. Probablemente la diferencia entre el hombre y los monos es que los

monos están simplemente aburridos, en tanto que el hombre posee aburrimiento más imaginación. Todos nosotros tenemos el deseo de salir de un viejo surco, y todos nosotros deseamos ser alguna otra cosa, y todos nosotros soñamos. El soldado sueña con ser cabo, el cabo con ser capitán y el capitán sueña con ser mayor o coronel. Un coronel, si vale lo que pesa, no piensa que ser coronel es mucho. En frases más galanas, lo llama tan sólo una oportunidad para servir a sus semejantes. Y en realidad no es mucho más. Lo cierto es que Joan Crawford piensa menos de Joan Crawford, y Janet Gaynor piensa menos de Janet Gaynor

que lo que piensa el mundo de ellas. "¿No son ustedes notables?", dice el mundo a todos los grandes, y los grandes, si son grandes de verdad, responden siempre: "¿Qué es lo notable?" El mundo, pues, es muy parecido a un restaurante a la carte. donde todos piensan que la comida que han pedido en la mesa vecina es mucho más gustosa y deliciosa que la propia. Un profesor chino contemporáneo ha pronunciado este aticismo, en punto a deseabilidad: "Las mujeres son siempre mejores si son las de otros, y lo que se escribe es siempre mejor si es de uno". En este sentido, pues, no hay en el mundo nadie completamente satisfecho.

Todos quieren ser alguien, en tanto ese alguien no sea él mismo.

Este rasgo humano se debe indudablemente a nuestro poder de imaginación y a nuestra capacidad de soñar. Cuanto mayor es el poder imaginativo de un hombre, tanto más perpetuamente está insatisfecho. Por eso es que un niño imaginativo es siempre un niño más difícil de tratar: está más a menudo triste y malhumorado como un mono, que feliz y contento como una vaca. Además, el divorcio debe ser necesariamente más común entre los idealistas y las personas más imaginativas que entre los inimaginativos. La visión de un deseable

e ideal compañero de la vida tiene una fuerza irresistible, que nunca sienten los menos imaginativos y los menos idealistas. En conjunto, la humanidad es llevada por mal camino, así como es llevada hacia arriba, por esta capacidad para el idealismo, pero no se puede pensar siquiera en el progreso humano sin este don imaginativo.

El hombre, se nos dice, tiene aspiraciones. Es cosa muy laudable, porque las aspiraciones se clasifican en general como nobles. Y ¿por qué no? Sea como individuos o como naciones, todos soñamos y procedemos más o menos de acuerdo con nuestros sueños. Algunos sueñan un poco más que los

otros, así como en cada familia hay un niño que sueña más y quizá uno que sueña menos. Y debo confesar un secreto cariñoso por el que sueña. Generalmente es el más triste, pero no importa: también es capaz de tener mayores alegrías, y emociones, y alturas de éxtasis. Porque creo que estamos constituidos como un aparato receptor para ideas, como están equipados los aparatos de radio para recibir música del aire. Algunos aparatos con una recepción más fina recogen las ondas cortas más finas, que se pierden para los otros aparatos, y es claro que la música más bella, más distante, es tanto más preciosa, aunque sólo sea porque es

menos fácil percibirla.

Y esos sueños de nuestra niñez no son tan irreales como podríamos pensar. En cierto modo permanecen con nosotros durante toda la vida. Por eso es que, si yo tuviera la facultad de ser cualquier autor del mundo, sería Hans Christian Andersen con preferencia a todos los demás. Escribir el cuento de La Sirena, o aun ser la Sirena, tener los pensamientos de la Sirena y aspirar a crecer para llegar a la superficie del agua, es haber sentido uno de los deleites más agudos y más hermosos de que es capaz la humanidad.

Y así, en el patio, en la bohardilla, o en el granero, o tendido junto al arroyo,

un niño sueña siempre, y los sueños son reales. Así soñó Thomas Edison. Así soñó Robert Louis Stevenson. Así soñó Sir Walter Scott. Los tres soñaron en su niñez. Y del material de esos sueños mágicos tejieron algunas de las telas más finas y más hermosas que jamás hemos visto. Pero esos sueños son compartidos también por niños de menor cuantía. Los deleites que obtienen son tan grandes, aunque sean diferentes las visiones o contenidos de sus sueños. Todo niño tiene un alma que anhela, y lleva un anhelo en su falda y se va a dormir con él, esperando encontrar su sueño hecho realidad cuando despierte en la mañana. A nadie habla de esos

sueños, porque esos sueños son suyos, y por esa razón son parte de su más íntimo yo en crecimiento. Algunos de estos sueños de niños son más claros que otros y tienen una fuerza que exige su realización; en cambio, con la mayor edad se olvidan los sueños menos claros, y todos vivimos a través de la vida tratando de contar esos sueños de nuestra niñez, y "a veces morimos antes de encontrar el lenguaje".

Y así sucede también con las naciones. Las naciones tienen sus sueños y los recuerdos de tales sueños persisten a través de generaciones y siglos. Algunos de ellos son sueños nobles, y otros malignos e innobles. Los sueños

de conquista y de ser más fuerte y más grande que todos los demás han sido siempre malos sueños, y esas naciones tienen que preocuparse siempre más que las otras que tienen sueños más pacíficos. Pero hay otros sueños, sueños mejores, sueños de un mundo mejor, sueños de paz y de naciones que viven en paz unas con otras, y sueños de menos crueldad, injusticia, y pobreza y sufrimiento. Los malos sueños tienden a destruir los buenos sueños de la humanidad, y hay una lucha y un combate entre estos sueños buenos y malos. Las gentes pelean por sus sueños tanto como pelean por sus posesiones terrenales. Y así descienden los sueños del mundo de

las visiones ociosas y entran en el mundo de la realidad, y se convierten en fuerza real en nuestra vida. Por vagos que sean, los sueños tienen un modo de ocultarse y no dejarnos paz hasta que se han traducido en realidad, como semillas que germinan bajo la tierra, y que han de brotar en su busca del sol. Los sueños son cosas muy reales.

Existe también el peligro de que tengamos sueños confusos, y sueños que no correspondan a la realidad. Porque los sueños son también escapes, y un soñador sueña a menudo escapar del mundo presente, pero sin saber dónde. El Pájaro Azul atrae siempre la fantasía del romántico. Hay tal deseo humano de

ser diferente de lo que somos, de salir de los surcos presentes, que todo lo que ofrezca un cambio tiene siempre una enorme atracción para el común de la humanidad. Una guerra es siempre atractiva porque ofrece al empleado de oficina la oportunidad de vestir uniforme y usar polainas y de viajar gratis, en tanto que un armisticio o la paz es siempre deseable al cabo de tres o cuatro años en las trincheras porque ofrece al soldado una oportunidad para volver a su casa y usar, una vez más, ropa de civil y una corbata del color que le gusta. La humanidad necesita evidentemente algo de esta excitación, y si se ha de evitar la guerra, los

gobiernos bien podrían reclutar a las personas de veinte a cuarenta y cinco años, según un sistema de conscripción, y enviarlas en jiras europeas para ver una u otra exposición, una vez cada diez años. El Gobierno Británico gasta cinco mil millones de libras esterlinas en su Programa de Rearme, una suma suficiente para enviar a todos los ingleses en viaje a la Riviera. Es claro que se argumenta que los gastos para la guerra son una necesidad, en tanto que los viajes son un lujo. Me siento inclinado a disentir: los viajes son una necesidad, mientras la guerra es un lujo.

Hay también otros sueños. Sueños de utopía y sueños de inmortalidad. El

sueño de la inmortalidad es enteramente humano —nótese su universalidad— aunque es vago como el resto, y pocas personas saben qué van a hacer cuando se encuentren con la eternidad pendiente de las manos. Al fin y al cabo, el deseo de inmortalidad es muy parecido a la psicología del suicidio, su exacta oposición. Ambos presumen que el mundo presente no es bastante bueno para nosotros. ¿Por qué no es bastante bueno para nosotros el mundo presente? Más nos sorprendería la pregunta que cualquier respuesta a ella, si hubiéramos salido a visitar el campo en un día de primavera.

Y así ocurre también con los sueños

de utopía. El idealismo es simplemente ese estado de ánimo que cree en otro orden del mundo, cualquiera sea la especie de ese orden, en tanto difiera del actual. El liberal idealista es siempre el que piensa que su país es el peor país posible, y la sociedad en que vive la peor de todas las formas de sociedad. Es todavía el tipo del restaurante a la carte que piensa que los pedidos en la mesa vecina son mejores que los suyos. Como lo dice el cronista de "Tópicos" en The New York Times, sólo el Dique de Dniéper en Rusia es un verdadero dique a juicio de esos liberales, y las democracias jamás han construido un dique. Y, es claro, sólo los

Soviets han construido un subterráneo. Por el otro lado, la prensa fascista dice a sus pueblos que solamente en su país ha descubierto la humanidad la única forma de gobierno sensata, cabal y aplicable. En esto radica el peligro de los liberales utópicos, tanto como el de los jefes de propaganda fascista; como correctivo muy necesario, no puede tener nada mejor que un sentido del humor.

IV. DEL SENTIDO DEL HUMOR

Dudo que haya sido plenamente apreciada la importancia del humor, o la posibilidad de su empleo para modificar

la cualidad y el carácter de toda nuestra vida cultural: el papel del humor en la política, en el estudio y en la vida. Porque su función es química, más que física, altera la textura básica de nuestro pensamiento y experiencia. Podemos dar por sentada su importancia en la vida nacional. La incapacidad de reír costó al ex Kaiser Guillermo un imperio, o como diría un norteamericano, costó miles de millones de dólares al pueblo alemán. Guillermo de Hohenzollern podía reír probablemente en su vida privada, pero siempre parecía terriblemente impresionante con sus bigotes hacia arriba en la vida pública, como si estuviera siempre furioso con alguien. Y

luego la calidad de su risa y las cosas de que reía —risa por la victoria, por el buen éxito, por ponerse sobre los demás — fueron factores igualmente importantes para determinar la fortuna de su vida. Alemania perdió la guerra porque Guillermo de Hohenzollern no sabía cuándo reír, ni de qué reír. Sus sueños no estaban contenidos por la risa.

Me parece que el peor comentario que se puede hacer sobre las dictaduras es que los presidentes de las democracias pueden reír, en tanto que los dictadores parecen siempre tan serios: con una mandíbula prominente, un mentón muy resuelto y un labio

inferior echado hacia afuera, como si estuviesen haciendo algo terriblemente importante y el mundo no se pudiera salvar sino por ellos. Franklín D. Roosevelt sonríe a menudo en público: bien por él, y bien para el pueblo norteamericano que quiere ver sonreír a su presidente. Pero, ¿dónde están las sonrisas de los dictadores europeos? ¿O sus pueblos no quieren verlos sonreír? ¿O es que, en verdad, deben parecer atemorizados, o sumamente dignos, o enojados, o, en todo caso, enormemente serios a fin de mantenerse en la silla en que cabalgan? Lo mejor que he leído acerca de Hitler es que procede con completa naturalidad en privado. No sé

cómo restaura esto mi confianza en él. Pero algo debe ir mal en las dictaduras si los dictadores tienen que parecer enojados, o si no, jactanciosos. Todo este temperamento está mal.

No nos entregamos ahora a ociosas tonterías al hablar de las sonrisas de dictadores; es terriblemente grave que nuestros gobernantes no sonrían, porque tienen todos los cañones. Por otra parte, la tremenda importancia del humor en la política sólo puede ser comprendida cuando imaginamos (con esa facultad de soñar que hemos llamado "I") un mundo de gobernantes bromístas. Enviemos, por ejemplo, cinco o seis de los mejores humoristas del mundo a una conferencia

internacional, y démosles poderes plenipotenciarios de autócratas, y el mundo se salvará. Como el humor marcha necesariamente de la mano con el buen sentido y el espíritu razonable, más algunos poderes excepcionalmente sutiles de la mente para notar inconsistencias y locuras y mala lógica, y como ésta es la forma más alta de la inteligencia humana, podemos estar seguros de que cada nación estará representada en la conferencia por su espíritu más cuerdo y más sano. Que Shaw represente a Irlanda, Stephen Leacock a Canadá; G. K. Chesterton ha muerto, pero P. G. Wodehouse o Aldous Huxley pueden representar a Inglaterra.

Will Rogers ha muerto, pero sí viviera haría un buen diplomático en representación de los Estados Unidos; podemos poner en su lugar a Robert Benchley o Heywood Brown. Otros habrá de Italia y Francia y Alemania y Rusia. Enviemos a esta gente a una conferencia en vísperas de una gran guerra, y veamos si pueden iniciar una guerra europea, por mucho que lo intenten. ¿Se puede imaginar a este grupo de diplomáticos internacionales iniciando una guerra, o conspirando siquiera por una guerra? El sentido del humor lo veda. Todos los pueblos son demasiado serios y medio locos cuando declaran una guerra contra otros

pueblos. Tal es la seguridad que tienen de estar con la razón, de que Dios está de su lado. Los humoristas, mejor dotados de sentido común, no piensan lo mismo. Ya veréis que George Bernard Shaw clama que Irlanda no está en lo cierto, y un caricaturista de Berlín sostiene que el error está del lado de Alemania, y Heywood Broun afirma que la parte principal de las equivocaciones corresponde a los Estados Unidos, en tanto que Stephen Leacock, en la presidencia, pide disculpas generales para la humanidad, y •nos recuerda suavemente que en punto a estupidez y pura tontería ninguna nación puede decir que es superior a las demás. ¿Cómo, en

nombre del humor, vamos a iniciar una guerra en esas condiciones?

Porque ¿quiénes iniciaron nuestras guerras? Los ambiciosos, los capaces, los hábiles, los que alientan designios, los cautos, los sagaces, los altaneros, los patriotas en exceso, los inspirados por el deseo de "servir" a la humanidad, los que tienen que hacerse una "carrera" y causar una "impresión" en el mundo, que esperan poder mirar al mundo con los ojos de una figura de bronce montada sobre un caballo de bronce en alguna plaza. Es curioso que los capaces, los hábiles y los ambiciosos y altaneros son al mismo tiempo los más cobardes y confusos, pues carecen de la

valentía y la profundidad y la sutileza de los humoristas. Están siempre dedicados a trivialidades, en tanto que los humoristas, con su mayor alcance de espíritu, pueden pensar en cosas más grandes. Según están las cosas, un diplomático que no susurra en voz baja y parece muy asustado e intimidado y correcto y cauto no es diplomático... Pero ni siquiera tenemos que reunir una conferencia de humoristas internacionales para salvar al mundo. En todos nosotros hay una cantidad suficiente de esta deseable mercancía que se llama sentido del humor. Cuando Europa parece estar al borde de una guerra catastrófica, podemos enviar

todavía a las conferencias a nuestros peores diplomáticos, a los más "experimentados" y seguros de sí mismos, los más ambiciosos, los más murmuradores, los más intimidados y correcta y debidamente asustados, aun a los más ansiosos por "servir" a la humanidad. Si se exige que, al comenzar cada sesión de la mañana y de la tarde, se dediquen diez minutos a la exhibición de una película del Ratón Mickey, y se obliga a todos los diplomáticos a estar presentes, se podrá evitar todavía cualquier guerra.

Esto es lo que concibo como función química del humor: cambiar el carácter de nuestros pensamientos. Creo, en

verdad, que llega a la raíz misma de la cultura, y abre un camino para llegar a la Edad Razonable en el mundo humano del futuro. Para la humanidad no puedo imaginar ideal más grande que el de la Edad Razonable. Porque eso, al fin y al cabo, es la única cosa importante: la llegada de una raza de hombres imbuidos de un espíritu razonable más grande, con mayor predominio del buen sentido, con pensamientos sencillos, un temperamento apacible y una perspectiva culta. El mundo ideal para la humanidad no será un mundo racional, ni un mundo perfecto en sentido alguno, sino un mundo en que se perciban con certeza las imperfecciones y se

resuelvan razonablemente las disputas. Para la humanidad, esto es francamente lo mejor que podemos esperar, y el más noble sueño que razonablemente podemos suponer se hará cierto. Esto parece implicar varias cosas: una simplicidad en el pensamiento, una alegría en la filosofía y un sutil sentido común, que harán posible esta razonable cultura. Pero ocurre que el sutil sentido común, la alegría en la filosofía y la simplicidad en el pensamiento son características del humor y deben nacer de él.

Es difícil imaginar esta especie de nuevo mundo, porque nuestro mundo actual es tan diferente. En conjunto,

nuestra vida es demasiado compleja, nuestros estudios demasiados serios, nuestra filosofía demasiado sombría y nuestros pensamientos y estudios hacen que el mundo presente sea hoy tan desgraciado.

Debe darse por sentado que la sencillez de la vida y de pensamiento es el ideal más alto y más cuerdo de la civilización y la cultura, que cuando una civilización pierde su sencillez y los sofisticados no abandonan la sofisticación, la civilización se perturba cada vez más y degenera. El hombre se convierte entonces en esclavo de las ideas, pensamientos, ambiciones y sistemas sociales que son su producto.

La humanidad, recargada con este peso de ideas y ambiciones y sistemas sociales, parece incapaz de elevarse sobre él. Por suerte, sin embargo, hay en el espíritu humano un poder que puede trascender todas estas ideas, pensamientos y ambiciones, y tratarlos con una sonrisa, y este poder es la sutileza del humorista. Los humoristas manejan los pensamientos y las ideas como los campeones de golf o de billar manejan sus palos o tacos, como los vaqueros campeones manejan sus lazos. Hay en ellos una facilidad, una seguridad, una ligereza de toque que proviene de la maestría. Al fin y al cabo, sólo el que maneja ligeramente sus

ideas es dueño de sus ideas, y sólo el que es dueño de sus ideas no se ve esclavizado por ellas. La seriedad, al fin de cuentas, es sólo un signo de esfuerzo, y el esfuerzo es un signo de imperfecta maestría. Un escritor serio es torpe y está incómodo en el reino de las ideas, como un nuevo rico es torpe y está incómodo en sociedad. Es serio porque no ha llegado a sentirse cómodo con sus ideas.

La sencillez es, pues, paradójicamente, el signo externo y el símbolo de la profundidad del pensamiento. Me parece que la sencillez es lo más difícil de lograr en el estudio y la literatura. Muy difícil es la claridad

de pensamiento, y, sin embargo, sólo cuando el pensamiento se hace claro resulta posible la sencillez. Cuando vemos que un escritor brega con una idea, podemos estar seguros de que la idea es la que brega con él. Esto se demuestra por el hecho general de que las conferencias de un joven instructor ^ ayudante, recién graduado con altas clasificaciones, son por lo común abstrusas y complicadas, y que la verdadera sencillez de pensamiento y facilidad de expresión sólo se encuentran en las palabras de los profesores más viejos. Cuando un profesor joven no habla en lenguaje pedante, es positivamente brillante, y se

puede esperar mucho de él. Lo que se halla envuelto en el progreso de la tecnología a la sencillez, del especialista al pensador, es esencialmente un proceso de digestión del conocimiento, un proceso que comparo estrictamente con el metabolismo. Ningún estudioso culto puede presentarnos su conocimiento especializado en términos sencillos y humanos hasta que haya digerido por su parte ese conocimiento y lo haya puesto en relación con sus observaciones de la vida. Entre las horas de su ardua persecución de conocimientos (digamos el conocimiento psicológico de William James), entiendo que hay muchas

"pausas que refrescan", como una bebida fresca después de un viaje largo y fatigoso. En esa pausa, más de un especialista verdaderamente humano se hará la pregunta tan importante: "¿De qué diablos estoy hablando?" La sencillez presupone digestión y también madurez: a medida que envejecemos, nuestros pensamientos se hacen más claros, podemos los aspectos insignificantes y acaso falsos de una cuestión, que cesan de preocuparnos, las ideas toman formas más definidas, y largas series de pensamientos se ajustan gradualmente en una fórmula conveniente que se nos sugiere en una hermosa mañana, y llegamos a esa

verdadera luminosidad del conocimiento que se llama sabiduría. No hay ya un sentido del esfuerzo, y la verdad se hace fácil de entender porque pasa a ser clara, y el lector obtiene ese supremo placer de sentir que la verdad misma es sencilla y su formulación natural. Esta naturalidad del pensamiento y el estilo, que tanto admiran los poetas y los críticos chinos, es tenida a menudo como proceso de un desarrollo que madura gradualmente. Cuando hablamos de la creciente madurez de la prosa de Su Tungp'o, decimos que "se ha acercado gradualmente a la naturalidad": un estilo que se ha despojado de su juvenil amor por la

pomposidad, la pedantería, el virtuosismo y el exhibicionismo literario.

Es natural que el sentido del humor nutra esta sencillez de pensamiento. En general, un humorista mantiene contacto más estrecho con los hechos, en tanto que un teórico hurga más en las ideas, y sólo cuando trata las ideas mismas se hacen increíblemente complejos sus pensamientos. El humorista, por su parte, se libra a relámpagos de sentido común o de ingenio, que muestran la contradicción de nuestras ideas con realidad y con velocidad de rayo, y así se simplifican mucho las cosas. El contacto constante con la realidad da al

humorista una especie de rebote, y también ligereza y sutileza. Todas las formas de pose, de tontería fingida o culta, de estupidez académica o de pretensión social son echadas a la calle, cortés pero efectivamente. El hombre se hace sabio porque se hace sutil e ingenioso. Todo es sencillo. Todo es claro. Por esta razón es que creo que un espíritu cuerdo y razonable, caracterizado por la sencillez en la vida y en el pensamiento, sólo puede ser logrado cuando hay un predominio mucho mayor del pensamiento humorístico.

V. DE SER DÍSCOLO E

INCALCULABLE

Parece que hoy el bribón va siendo desplazado por el soldado como ideal supremo de un ser humano. En lugar de ser individuos díscolos, incalculables, impredecibles y libres, vamos a tener coolíes racionalizados, disciplinados, regimentados, y uniformados, patrióticos, tan eficientemente controlados y organizados que una nación de cincuenta o sesenta millones puede creer en el mismo credo, pensar las mismas cosas y gustar la misma comida. Es claro que son posibles dos criterios opuestos de la dignidad humana: uno que considera al bribón, y

el otro que considera al soldado como ideal; uno que cree que la persona que retiene su libertad e individualidad es el tipo más noble, y otro que cree que una persona que ha perdido por completo el juicio independiente y ha entregado al gobernante del Estado todos los derechos a creencias y opiniones privadas, es el ser mejor y más noble. Ambos criterios son defendibles, uno por sentido común, y el otro por lógica. No sería difícil defender por la lógica el ideal del autómatas patriótico como ciudadano modelo, útil como medio de servir a otro fin externo, que es la fuerza del Estado, y que existe a su vez para otro fin, que es el de aplastar a otros

Estados. Todo eso puede ser fácilmente demostrado por la lógica, una lógica tan sencilla e ingenua que todos los idiotas se dejan llevar por ella. Por increíble que parezca, tal criterio ha sido sostenido, y es sostenido todavía en muchos países europeos "civilizados" y "cultos". El ciudadano ideal es el soldado que creyó que se le transportaba a Etiopía y se encontró en Guadalajara. Entre tales ciudadanos ideales se pueden distinguir además dos clases, "A" y "B". La clase "A", consistente en los mejores ciudadanos desde el punto de vista del Estado o su gobernante, es aquella de los que, al descubrir que se les desembarca en España, son muy dulces

y amables todavía y elevan sus gracias a Dios, directamente o a través del capellán militar, por haberles enviado, por una suerte de milagro providencial, a lo más rudo de la batalla, para morir por el Estado, La clase "B" sería la de aquellos seres insuficientemente civilizados que sienten un íntimo resentimiento ante el descubrimiento. En cuanto a mí, ese resentimiento íntimo, esa recalcitrando humana, es el único signo de dignidad humana, la única chispa de esperanza que ilumina el cuadro de otro modo sombrío y lúgubre; para mí, la única esperanza en la restauración de la decencia humana en algún mundo futuro y más civilizado.

Es claro, pues, que a pesar de toda la lógica estoy aún en favor del pillo. Estoy del todo en favor del pillo, o del vagabundo, o del que lleva la contra. Nuestra diversidad de pareceres es la única esperanza para la civilización. Mi razón es simple: que descendemos de los monos y no de las vacas, y que por lo tanto somos monos mejores, monos más nobles, por tener pareceres opuestos. Como ser humano soy suficientemente egoísta como para desear un temperamento dulce y satisfecho para las vacas, que pueden ser conducidas al prado o al matadero, según el capricho humano, con igual magnanimidad y nobleza de ánimo,

motivadas por el solo deseo de sacrificarse a su amo. Al mismo tiempo, amo tanto a la humanidad, que no deseo que nos convirtamos en vacas. En el momento en que las vacas se rebelen y sientan nuestra misma recalcitrancia, o comiencen a actuar en forma díscola y menos mecánica, las llamaré humanas. La razón por la cual creo que todas las dictaduras están erradas, es una razón biológica. Los dictadores y las vacas se llevan bien, pero no los dictadores y los monos.

En verdad, mi respeto por la civilización occidental ha disminuido considerablemente desde mil novecientos veintitantos. Me había

avergonzado de la civilización china, y había rendido homenaje a Occidente, porque consideraba una mácula en la civilización china el hecho de que no hubiéramos producido una constitución ni la idea de los derechos civiles, y pensaba decididamente que un gobierno constitucional, republicano o monárquico, era un progreso en la cultura humana. Ahora, en la cuna misma de la civilización occidental, tengo el placer y la satisfacción de ver que los derechos humanos y la libertad individual, hasta los derechos de sentido común, la libertad individual de creencias que gozamos y hemos gozado siempre en China, pueden ser

pisoteados, que ya no se piensa en un gobierno constitucional como la más alta forma de gobierno, que hay más esclavos euripideanos en Europa Central que en China feudal, y que algunas naciones occidentales tienen más lógica y menos sentido común que nosotros los chinos. ¿Qué sería más fácil para mí que jugar la carta de triunfo que tengo en el puño, y presentar el ideal chino del pillo descuidado, desinteresado, el vagabundo, que es el más alto ideal de ser humano para el concepto chino? ¿Tiene Occidente una carta de triunfo para responder, algo que demuestre que su doctrina de la libertad individual y los derechos civiles es una

seria y arraigada creencia o instinto, con suficiente vitalidad para emprender una lucha de desquite y para inclinar el péndulo del pensamiento en la otra dirección, después de desaparecida la moda actual de los coolíes uniformados, glorificados? Estoy esperando verla.

Es fácil ver cómo la tradición europea de la libertad y la independencia individuales ha sido olvidada, y que el péndulo se inclina hoy en la mala dirección. Las razones son dos: primero, las consecuencias del actual movimiento económico hacia el colectivismo, y segundo, una herencia de la perspectiva mecanicista de la época victoriana. Parece que en la actual edad

de naciente colectivismo de todas las clases —social, económico y político— la humanidad olvida naturalmente y renuncia su derecho a la recalcítrancia humana, y pierde de vista la dignidad del individuo. Con el predominio de los problemas económicos y de pensar en términos de economía, que va eclipsando a todas las otras formas de pensamiento humano, quedamos completamente ignorantes e indiferentes a un conocimiento más humanizado y a una filosofía más humanizada, una filosofía que trate los problemas de la vida del individuo. Esto es natural. Tal como un hombre que tiene el estómago ulcerado dedica todos sus pensamientos

a su estómago, una sociedad con una economía enferma y doliente está siempre preocupada por los pensamientos de economía. No obstante, el resultado es que quedamos del todo indiferentes al individuo, y hemos olvidado-casi que existe. Un hombre solía ser un hombre a pesar de todo. Hoy, en general, se le concibe como autómatas que obedece ciegamente leyes materiales o económicas. No pensamos ya en un hombre como hombre, sino como diente de una rueda, miembro de un sindicato o una clase, extranjero a quien se "importa" por cuotas, pequeño burgués al que hay que referirse con desdén, o capitalista a quien se debe

censurar, u obrero al que debemos considerar como camarada porque es obrero. Parece que catalogar a un hombre como "pequeño burgués", o "capitalista" u "obrero" es comprenderlo completamente ya, y que de conformidad con ello se le puede odiar o aclamar convenientemente como camarada. Ya no somos individuos, ya no somos hombres, sino clases. ¿Se me permite sugerir que esto es una supersimplificación de las cosas? El pillo ha desaparecido completamente como ideal, y también ha desaparecido el hombre con sus cualidades, gloriosamente semejantes a las del pillo, de reaccionar libre e incalculablemente

frente a su ambiente externo. En lugar de hombres tenemos miembros de una clase; en lugar de ideas y prejuicios e idiosincrasias personales tenemos ideologías, o pensamientos de clase; en lugar de personalidades tenemos fuerzas ciegas; en lugar de individuos tenemos una dialéctica marxista que controla y prevé todas las actividades humanas con infalible precisión. Todos progresamos feliz y entusiastamente hacia el modelo de las hormigas.

Es claro que comprendo que no hablo más que de un anticuado individualismo democrático. Pero, ¿se me permite recordar también a los marxistas que Carlos Marx era un

producto de la lógica hegeliana de hace un siglo, y de la escuela inglesa clásica de la economía que hubo en pleno período Victoriano? Y nada es hoy tan anticuado como la lógica hegeliana o la escuela precisa y victoriana de economía: nada tan inconvincente e inexacto, nada tan totalmente privado de sentido común, desde el punto de vista humanista chino. Pero podemos comprender cómo se produjo este criterio mecanicista del hombre en un momento en que la ciencia mecánica estaba orgullosa de sus realizaciones y sus conquistas sobre la naturaleza. Esta ciencia fue birlada, su lógica maquinista transferida para que se aplicara a la

sociedad humana, y el nombre siempre imponente de "ley natural" fue muy buscado por los estudiosos de los asuntos humanos. De ahí la predominante teoría de que el ambiente es más que el hombre y que las personalidades humanas pueden ser reducidas casi a ecuaciones. Esto puede ser buena economía, pero es mala biología. La buena biología reconoce al poder de reacción del individuo la categoría de un factor tan importante en el desarrollo de la vida como el ambiente físico, tal como cualquier médico inteligente admitirá que el temperamento y las reacciones individuales del paciente son un factor

de suma importancia en la lucha contra una enfermedad. Los médicos reconocen hoy cada vez más el factor incalculable del individuo. Muchos enfermos que, por toda la fuerza de la lógica y de los precedentes, deberían morir, se niegan sencillamente a hacerlo y asombran al médico con su mejoría. Un médico que prescribe un tratamiento idéntico para una enfermedad idéntica en dos individuos y espera un desarrollo idéntico, puede ser clasificado debidamente como una amenaza social. No menos amenaza social son los filósofos sociales que olvidan al individuo, su capacidad para reaccionar en diferente forma que los otros, y su

comportamiento generalmente díscolo e incalculable.

Quizá no comprenda la economía, pero tampoco me comprende la economía a mí. Por eso es que la economía está naufragando todavía hoy y apenas se atreve a asomar la cabeza como ciencia. Lo triste de la economía es que no es una ciencia, si se detiene en las mercancías y no va más allá, a los motivos humanos; y si va a los motivos humanos tampoco es una ciencia, o a lo sumo es una pseudociencia, si trata de llegar a los motivos humanos por medio de promedios estadísticos. No ha desarrollado siquiera una técnica adecuada "al examen de la mente

humana, y si traslada al reino de las actividades humanas su manera matemática de encarar las cosas y su predilección por el trazado de promedios estadísticos, está aun en peligro más grave de naufragar en la ignorancia. Por eso es que cada vez que está por adoptarse una importante medida económica, dos peritos o autoridades en economía surgen exactamente en lados opuestos. La economía, al fin y al cabo, retrocede hasta las idiosincrasias de la mente humana, y de esas idiosincrasias los peritos no tienen ni asomo de idea. Uno creía que, si Inglaterra abandonaba el patrón oro, se produciría una catástrofe,

en tanto que otro creía, con igual suficiencia, que el abandono del patrón oro por Inglaterra sería la única salvación. Cuándo la gente comienza a vender, y cuándo comienza a comprar, son problemas que los mejores peritos no pueden predecir razonablemente. Se debe enteramente a este hecho el que sean posibles las especulaciones en el mercado de valores. Sigue siendo cierto que el mercado de valores, con el mejor conjunto de datos económicos mundiales, no puede predecir científicamente el alza o la baja del oro o la plata o los productos, como la oficina meteorológica puede pronosticar el tiempo. La razón está, claramente, en

el hecho de que hay en lo primero un elemento humano, que cuando vende demasiada gente algunos van a empezar a comprar, y que cuando compra demasiada gente, unos pocos empezarán a vender. Así se introduce el elemento de resistencia humana y de humana incertidumbre. Es de presumir, naturalmente, que toda persona que vende considera un tonto al que compra lo que él vende, y viceversa. Sólo los acontecimientos futuros pueden demostrar quién fue el tonto. Esto es solamente un ejemplo de la incalculabilidad y la indocilidad del comportamiento humano, lo cual es cierto, no sólo para los tratos duros y

comunes de los negocios, sino también en cuanto a la conformación del curso de la historia por la psicología humana, y para todas las reacciones humanas hacia la moral, las costumbres y las reformas sociales.

VI. LA DOCTRINA DEL INDIVIDUO

El hombre puede vivir hoy en un país democrático amenazado en mayor o menor grado por grandes cambios sociales, o puede vivir en un país comunista que tiende cada vez más a acercarse y volver al ideal democrático, o puede vivir bajo una dictadura que acaso le sobreviva o a la que, más

probablemente, él sobrevivirá. De cualquier modo, su vida individual sigue siendo un todo integrado, conformado por las corrientes de los tiempos, pero que aun así retiene su individualidad.

La filosofía no sólo comienza con el individuo, sino que termina también con el individuo. Porque un individuo es el hecho final de la vida. Es un fin en sí mismo, y no el medio para otras creaciones de la mente humana. El mayor imperio del mundo, el Imperio Británico, existe a fin de que un inglés de Sussex pueda vivir una vida asaz razonable y feliz; una falsa filosofía presumiría que el inglés de Sussex vive a fin de que pueda existir el gran

Imperio Británico. Las mejores filosofías sociales no reclaman mayor objetivo que el de que los seres humanos individuales que viven bajo tal régimen puedan tener felices vidas individuales. Sí hay filosofías sociales que niegan la felicidad de la vida individual como meta final y objeto de la civilización, esas filosofías son el producto de una mente enferma y desequilibrada.

Por cuanto atañe a la cultura, me inclino a pensar que el juicio final sobre cualquier tipo particular de cultura es el de qué tipo de hombres y mujeres produce. En este sentido, Walt Whitman, uno de los más sabios y más previsores

de todos los norteamericanos, lucha en su ensayo *Democratic vistas* por formular el principio de la individualidad o "personalismo", como fin de toda civilización:

Y, si pensamos en ello, ¿en qué descansa la misma civilización, y qué objeto tiene, con sus religiones, artes, escuelas, etc., sino el personalismo rico, lujuriente, variado? A ello todo se inclina; y es porque hacia ese resultado sólo la democracia, en algo que se asemeja a la escala de la Naturaleza, rompe los límites materiales de la humanidad, y planta la semilla, y hace justicia, que los principios de la democracia preceden ahora al resto. La

literatura, canciones, estética, etc., de un país son de importancia principalmente porque proveen los materiales y sugerencias de personalidad para las mujeres y los hombres de ese país, y los aplican en mil formas efectivas.

Hablando de la individualidad como acto final, Whitman dice:

Hay, en las horas más cuerdas, una conciencia, un pensamiento que se alza, independiente, elevado sobre todo lo demás, calmo, como las estrellas, con brillo eterno. Este es el pensamiento de identidad: lo suyo para usted, cualquiera sea, como lo mío para mí. Milagro de

milagros, más allá de toda afirmación, el más espiritual y el más vago de los sueños de la tierra, y no obstante el más firme hecho básico, y entrada a todos los hechos. En esas horas devotas, en medio de las significativas maravillas del cielo y la tierra (significativas sólo por el Yo en el centro), los credos, las convenciones se apartan y pierden importancia ante esta sencilla idea. Bajo la luminosidad de la verdadera visión, sólo esa idea toma posesión, cobra valor. Como el sombrío enano de la fábula, una vez liberada y cuidada, se expande por sobre la tierra toda, y se extiende hasta la bóveda del cielo.

Es fuerte la tentación de citar algo más de la más elocuente glorificación del individuo, hecha por este filósofo típicamente norteamericano, y resumida en la siguiente forma:

...y, como eventual conclusión y resumen (pues de lo contrario todo el plan de las cosas es un despropósito, una burla, un desastre), la simple idea de que la última, la mejor dependencia debe ser sobre la humanidad misma, y sus cualidades inherentes, normales, adultas, sin ningún apoyo supersticioso.

El propósito de la democracia... es, a través de muchas transmigraciones, y en medio de interminables burlas, argumentos y ostensibles fracasos,

ilustrar, contra todos los azares, esta doctrina o teoría de que el hombre, debidamente preparado en la libertad más cuerda y más alta, puede y debe llegar a ser una ley, y una serie de leyes, en sí mismo...

Al fin y al cabo, lo que importa no es lo que nos rodea, sino nuestras reacciones ante ello. Francia, Alemania, Inglaterra y los Estados Unidos viven en la misma civilización de máquinas, pero sus patrones y sus sabores de vida son diferentes, y todas resuelven sus problemas políticos en formas distintas. Es tonto suponer que el hombre debe ser anulado por la máquina en una manera

uniforme, desventurada, cuando comprendemos que hay tanto lugar para la variedad de la vida, cuando vemos que dos peones en el mismo camión entienden en forma distinta la misma broma. Un padre de dos hijos que les da la misma educación y el mismo comienzo en la vida verá cómo conforman gradualmente sus vidas de acuerdo con las leyes internas de sus propios seres. Aunque los dos resultan ser presidentes de bancos con el mismo capital, en todas las cosas que interesan, en todas las cosas que contribuyen a la felicidad, son diferentes, diferentes en su manera de hablar, en su acento, en su temperamento; en sus doctrinas y modos

de resolver problemas; en la forma en que se conducen con su personal, si son temidos o amados, bruscos y exigentes o agradables y complacientes; en la forma en que ahorran o gastan su dinero; y diferentes en sus vidas personales, según el color que les dan sus pasatiempos, sus amigos, sus clubs, sus lecturas y sus esposas. Es tal la rica variedad posible en un ambiente idéntico, que nadie puede leer la página necrológica de un diario sin extrañarse de cómo personas que vivieron en la misma generación y murieron el mismo día han tenido vidas tan enteramente distintas; cómo algunas marcharon hacia una vocación escogida con singular

devoción y hallaron la felicidad en ello; cómo otras tuvieron carreras entrecortadas y varias; cómo algunas inventaron, algunas exploraron, algunas hicieron bromas, algunas fueron saturninas, sin sentido del humor, algunas salieron disparadas hacia la fama y la riqueza y murieron en la frialdad y la oscuridad, y algunas vendieron hielo o carbón y fueron asesinadas en un sótano donde guardaban veinte mil dólares en oro. Sí, la vida humana es enormemente extraña todavía, aun en una edad industrial. Mientras el hombre sea hombre, la variedad será el sabor de la vida.

No hay tal determinismo en los

asuntos humanos, ya sea en la política o en la revolución social. El factor humano es lo que trastorna los cálculos de los que proponen nuevas teorías y sistemas, y lo que vence a los originadores de leyes, instituciones y panaceas sociales, ya sea la Comunidad Oneída, o la Federación Norteamericana del Trabajo, o el matrimonio de compañía del juez Lindsay. La cualidad de la novia y del novio es más importante que las convenciones del casamiento y el divorcio, y los hombres que administran o ejecutan las leyes son más importantes que las mismas leyes.

Pero la importancia del individuo proviene, no solamente del hecho de que

la vida individual es el fin de toda civilización, sino también del hecho de que la mejora de nuestra vida social y política y de las relaciones internacionales procede de la acción y el temperamento sumados de los individuos que componen una nación, y se basa eventualmente en el temperamento y la cualidad del individuo. En la política nacional y la evolución de un país de una a otra etapa, el factor determinante es el temperamento del pueblo. Porque por encima de las leyes del desarrollo industrial está el factor más importante de la forma de hacer las cosas y resolver los • problemas que tiene cada

nación. Tan poco predijo Rousseau el curso de la Revolución Francesa y la aparición de Napoleón, como previo Carlos Marx el desenvolvimiento de sus teorías socialistas y la aparición de Stalin. El curso de la Revolución Francesa no fue determinado por el lema de Libertad, Igualdad y Fraternidad, sino por ciertos rasgos de la naturaleza humana en general y del temperamento francés en particular. Las predicciones de Carlos Marx acerca del curso de la revolución socialista han fracasado lamentablemente, a pesar de su rigurosa dialéctica. Por todas las leyes de la lógica, según predecía él, una revolución del proletariado debió

producirse donde estaba más avanzada la civilización industrial y donde había una fuerte clase de obreros proletarios: primero en Inglaterra, quizá en los Estados Unidos y posiblemente en Alemania. En cambio, el comunismo tuvo su primera oportunidad de ser sometido a prueba en un país agrario como Rusia, donde no había una clase proletaria importante. Lo que olvidó calcular Carlos Marx fue el factor humano en Inglaterra y los Estados Unidos, y la manera de hacer las cosas y de resolver problemas, del inglés o del norteamericano. La gran omisión en toda la economía sin madurez es la que no alcanza a reconocer un factor de je ne

sais quoi en los asuntos nacionales. La desconfianza inglesa con respecto a teorías y lemas, la manera que tiene el inglés de tantear lentamente, si es necesario, pero encontrar lentamente su camino en todo caso, el amor del anglosajón por la libertad individual, el respeto por sí mismo, el buen sentido y el amor por el orden, son cosas que resultan más poderosas en la conformación de los acontecimientos en Inglaterra y los Estados Unidos que toda la lógica del dialéctico alemán.

De modo que la conducta de los asuntos de una nación y el curso de su desarrollo social y político se basan eventualmente en las ideas que rigen a

los individuos. Este temperamento racial, esto que llamamos en abstracto "el genio del pueblo" es, después de todo, una suma de individuos que comprenden esa nación, porque no es nada más que el carácter de una nación en acción, al afrontar ciertos problemas o crisis. No hay nada más falso que la noción de que este "genio" es una entidad mitológica como el "alma" en la teología medieval, como si fuera algo más que una figura de dicción. El genio de una nación no es nada más que el carácter de su conducta y su manera de hacer las cosas. Lejos de ser una entidad abstracta con una existencia independiente y propia, como pensamos

a veces del "destino" de una nación, este genio sólo puede ser visto en acción; es una cuestión de escoger, de tener ciertas selecciones y rechazos, preferencias y prejuicios, que determinan el curso final de acción de una nación en una crisis o situación dadas. Los historiadores de viejo cuño querrían pensar con Hegel que la historia de una nación no es más que el desarrollo de una idea, que procede por una especie de necesidad mecánica, en tanto que un criterio más sutil y realista de la historia es el de que se trata en grado sumo de una cuestión de oportunidad. En cada período crítico de la nación hizo una elección, y en la elección vemos una lucha de fuerzas

opuestas y pasiones en conflicto, y un poco menos de este sentimiento o un poco más de aquel otro decidieron hacia qué lado debía inclinarse la balanza. Lo que se llama genio de una nación, expresado en una crisis dada, es la decisión de la nación de que le gustaría tener un poco más de una cosa, o ya tiene bastante de otra. Porque, después de todo, cada nación ha llevado adelante lo que le gustaba, o lo que apelaba a sus sentimientos, y rechazado lo que no toleraba. Tal elección se basa en una corriente de ideas y un juego de sentimientos morales y prejuicios sociales.

En la última crisis constitucional de

Inglaterra, que llevó eventualmente a la abdicación del rey, vemos más claramente esto que se llama carácter de un pueblo en acción, revelado por sus aprobaciones y desaprobaciones, su marea de emociones cambiantes, en un conflicto entre muchos motivos de presunta validez. Estos motivos eran la lealtad personal a un príncipe popular, el prejuicio contra una divorciada por parte de la Iglesia Anglicana, el concepto tradicional de un rey que tiene el inglés, la cuestión de si un asunto privado del rey era o podía ser un asunto privado, y si el rey debía ser algo más que un títere o si debía tener simpatías claras por el laborismo. Un

poco más de cualquiera de estos sentimientos en conflicto podría haber dado una solución diferente a la crisis.

Y a través de la historia de nuestros días, que Zinoviev, Kamenev y Piatakoff hayan sido ejecutados y Radek apresado, que sean o no amplios los complots "contrarrevolucionarios" y las rebeliones contra el régimen de Stalin, que las iglesias Católica y Protestante de Alemania puedan o no mantener su integridad en la resistencia contra el régimen nazi (es decir, cuánta resistencia humana hay en Alemania), que Inglaterra se haga laborista de verdad, y que el Partido Comunista Norteamericano crezca o disminuya en

favor público; todas son cosas que eventualmente se hallan determinadas por las ideas, sentimientos y carácter de los miembros individuales de los Estados del caso. En todo este movedizo panorama de la historia humana sólo veo cambios determinados por la elección díscola, incalculable e impredecible, propia del hombre.

En ese sentido, el confucianismo conectó la cuestión de la paz mundial con el cultivo de nuestras vidas personales. La primerísima lección que, según han decidido los estudiosos confucianistas desde la dinastía Sung, deben aprender los niños en la escuela, contiene este pasaje:

El pueblo antiguo que deseaba tener una clara armonía moral en el mundo, ordenaba primero su vida nacional; los que deseaban ordenar su vida nacional regulaban primero su vida familiar; los que deseaban regular su vida familiar cultivaban primero sus vidas personales; los que deseaban cultivar sus vidas personales enderezaban primero sus corazones; quienes deseaban enderezar sus corazones hacían primero sinceras sus voluntades; los que deseaban hacer sinceras sus voluntades llegaban primero a la comprensión; la comprensión proviene de la exploración del conocimiento de las cosas. Cuando se gana el conocimiento de las cosas se

logra la comprensión; cuando se gana la comprensión, la voluntad es sincera; cuando la voluntad es sincera, el corazón se endereza; cuando el corazón se endereza, se cultiva la vida personal; cuando la vida personal se cultiva, se regula la vida familiar; cuando se regula la vida familiar, la vida nacional es ordenada, y cuando la vida nacional es ordenada, el mundo está en paz. Desde el Emperador hasta el hombre común, el cultivo de la vida personal es el cimiento para todo. Es imposible que cuando los cimientos no están en orden se halle en orden la superestructura. Jamás ha habido un árbol de tronco delgado cuyas ramas superiores sean

pesadas y fuertes. Hay una causa y una secuencia en las cosas, y un comienzo y un fin en los asuntos humanos. Conocer el orden de precedencia es tener el comienzo de la sabiduría.

CAPITULO V

¿QUIEN PUEDE

GOZAR MEJOR

DE LA VIDA?

I. ENCUÉNTRATE: TSCHUANGTSE

En la vida moderna, un filósofo es quizá la persona más agasajada y menos notada del mundo, si es que existe tal persona. "Filósofo" ha pasado a ser

solamente un término de cumplimentación social. Todo aquel que sea abstruso e ininteligible es llamado "un filósofo". Todo el que no se interese por el presente es llamado también "un filósofo". Y hay, sin embargo, algún significado en la última acepción. Cuando Shakespeare hizo que Touchstone dijera en *As You Like It*: "¿Tienes alguna filosofía en ti, pastor?", lo decía en la segunda acepción. En este sentido, la filosofía es sólo una común, una improvisada perspectiva sobre las cosas o sobre la vida en general, y cada persona la tiene en mayor o menor grado. Todo el que se niegue a tomar el panorama de la realidad según su valor

superficial, o se niegue a creer cada palabra que aparece en el diario, es más o menos un filósofo. Es el tipo que se resiste a que le engañen.

Hay siempre un sabor de desencanto en la filosofía. El filósofo mira a la vida como un artista mira a un panorama: a través de un velo o una niebla. Los detalles crudos de la realidad se suavizan un poco para permitirnos ver su significado. Al menos, eso es lo que piensan un artista chino o un filósofo chino. El filósofo es, por lo tanto, lo directamente contrario al realista completo que, muy ocupado en sus negocios diarios, cree que sus triunfos y fracasos, sus pérdidas y ganancias, son

absolutos y reales. Nada se puede hacer con una persona así, porque ni siquiera duda, y en él no hay nada con qué empezar. Confucio dijo: "Si una persona no se dice: «¿Qué hacer, qué hacer?», por cierto que no sé qué hacer con una persona así..." Uno de los pocos aticismos conscientes que he encontrado en Confucio.

Espero presentar en este capítulo algunas opiniones de filósofos chinos sobre un plan de vida. Cuanto más difieren estos filósofos, tanto más concuerdan: el hombre debe ser sabio y no temer una vida feliz. El criterio menciano, más positivo, y el criterio laotseano, más bribonamente pacifista,

se funden en la filosofía de la Mitad-y-Mitad, que yo podría describir como la religión del común de los chinos. El conflicto entre acción e inacción termina en una transigencia, o en el contento con un cielo en la tierra muy imperfecto. Esto da cauce a una sabia y alegre filosofía de la vida, tipificada eventualmente en la vida de T'ao Yüanming, a mi juicio el más grande poeta y la más armoniosa personalidad de China.

El único problema que todos los filósofos chinos presumen, inconscientemente, que tiene alguna importancia es: ¿cómo gozaremos de la vida, y quién puede gozar mejor de la

vida? Nada de perfeccionismo, nada de brega por lo inasequible, nada de postular lo incognoscible; nada de eso, sino tomar la pobre, la mortal naturaleza humana tal como es, y de ¿cómo organizáremos nuestra vida para poder trabajar pacíficamente, soportar noblemente y vivir con felicidad?

¿Quiénes somos? Esta es la primera pregunta. Es una pregunta casi imposible de responder. Pero todos convenimos en que el yo atareado que se ocupa en las diarias actividades no es del todo el yo real. Estamos muy seguros de que hemos perdido algo en la pura búsqueda de un sustento. Cuando vemos a una persona que corre buscando algo en un campo, el

hombre sabio puede plantear un rompecabezas para que lo resuelvan todos los espectadores: ¿qué ha perdido esa persona? Alguien cree que es un reloj; otro cree que es un broche de diamantes; y otros aventurarán respuestas distintas. Después de fracasadas todas estas respuestas, el hombre sabio, que en verdad no sabe qué busca la persona en el campo, dice a los espectadores: "Les diré. Ha perdido el aliento." Y nadie puede negar que tiene razón. Así olvidamos a menudo nuestro verdadero yo en la búsqueda del sustento, como un pájaro que olvida su propio peligro cuando caza a un insecto, que a su vez olvida su peligro por cazar

otra presa, como se ha expresado tan bellamente en una parábola de Tschuangtsé:

Cuando Tschuangtsé ambulaba por el parque de Tiao-ling, vio un extraño pájaro que venía del sur. Las alas tenían siete pies de ancho. Los ojos, una pulgada de circunferencia. Y voló cerca de la cabeza de Tschuangtsé para posarse en un bosquecillo de castaños.

—¿Qué especie de pájaro es éste?
—gritó Tschuangtsé—. Con alas poderosas, no se aleja volando. Con ojos grandes, no me ve.

Entonces se recogió las faldas y caminó hacia él con su arco, ansioso por cazarlo. En eso vio una cigarra que

gozaba de la sombra, olvidada de todo lo demás. Y vio un cortón, un insecto mayor, que saltaba y la capturaba, olvidando en el acto su propio cuerpo, sobre el cual cayó inmediatamente el extraño pájaro, para hacerlo su presa. Y esto fue lo que hizo que el pájaro olvidara su propio ser.

—¡Ay! —exclamó Tschnangtsé con un suspiro—. ¡Cómo se lastiman unas a otras las criaturas del mundo! La pérdida sigue a la búsqueda de la ganancia.

Entonces abandonó su arco y se marchó a su casa, echado por el guardián del jardín que quería saber qué estaba haciendo allí.

Durante tres meses, después de esto, Tschuangtsé no abandonó su casa; y por fin Lin Chü le preguntó:

—Maestro, ¿cómo es que no sales hace tanto tiempo?

—Mientras cuidaba de mi armazón física —respondió Tschuangtsé— perdí de vista a mi verdadero yo. Por mirar aguas enlodadas, perdí de vista el claro abismo. Además, he aprendido del Maestro lo que sigue:

"Cuando vayas al mundo, sigue sus costumbres". Pues cuando caminaba por el parque de Tiao-Ling olvidé mi verdadero yo. Ese extraño pájaro, que junto a mí voló hasta el bosquecillo de castaños, olvidó su ser. El cuidador del

bosquecillo de castaños me tomó por ladrón. Por esto no he salido ([12](#)).

Tschuangtsé era el elocuente discípulo de Laotsé, como Mencio fue el elocuente discípulo de Confucio, separados ambos de sus maestros por un siglo aproximadamente. Tschuangtsé fue contemporáneo de Mencio, como Laotsé fue probablemente contemporáneo de Confucio. Pero Mencio convino con Tschuangtsé en que hemos perdido algo y que corresponde a la filosofía descubrir y recobrar lo perdido: en este

caso, "un corazón de niño", según Mencio. "Un gran hombre es aquel que no ha perdido el corazón de un niño", dice este filósofo. Mencio considera el efecto de la • vida artificial de la civilización sobre el corazón juvenil nacido en el hombre como algo similar a la deforestación de nuestras colinas:

Hubo una vez una época en que los bosques de la Montaña Níu eran hermosos. Pero ¿se puede considerar hermosa a la montaña desde que, por estar situada cerca de una gran ciudad, los leñadores han talado los árboles? Los días y las noches le dieron descanso, y las lluvias y el rocío

siguieron nutriéndola, y continuamente surgía del suelo una nueva vida, pero luego las vacas y las ovejas comenzaron a pastar en ella. Por eso es que parece tan pelada la Montaña Niu, y cuando la gente ve su calvicie imagina que nunca hubo árboles en la montaña. ¿Es ésta la verdadera naturaleza de la montaña? ¿Y no hay también un corazón de amor y de rectitud en el hombre? Pero ¿cómo puede permanecer hermosa la naturaleza cuando es talada cada día, como derriba el leñador los árboles con su hacha? Es cierto que las noches y los días cicatrizan, y existe el aire nutricio de la primera alborada, que tiende a mantenerle sano y normal, pero este aire

matinal es débil, y pronto le destruye lo que hace el hombre durante el día. Con este continuo talar del espíritu humano, el descanso y la recuperación que se obtienen durante la noche no son suficientes para mantener su nivel, y cuando la recuperación nocturna no basta para mantener su nivel, el hombre se degrada hasta un estado no lejano del de la bestia. La gente ve que procede como una bestia, e imagina que nunca hubo en él un verdadero carácter. Pero, ¿es ésta la verdadera naturaleza del hombre?

II. PASIÓN. SABIDURÍA Y VALENTÍA: MENCIO

El carácter ideal más capaz de gozar de la vida es un alma cálida, despreocupada e intrépida. Menciono enumeró las tres "virtudes maduras" de su "grande hombre" así: "sabiduría, compasión y valentía". Me gustaría tajar una sílaba y considerar que las cualidades de un alma grande son la pasión, la sabiduría y la valentía. Por fortuna, tenemos en este idioma la palabra "pasión", que en su empleo corresponde muy de cerca a la palabra china ch'ing. Ambas palabras comienzan con un significado más estrecho, de pasión sexual, pero ambas tienen una significación mucho más amplia. Como dice Chang Ch'ao: "Una naturaleza

apasionada siempre ama a las mujeres, pero uno que ama a las mujeres no es necesariamente una naturaleza apasionada." Y también: "La pasión sostiene el fondo del mundo, mientras el genio pinta el techo". Porque a menos que tengamos pasión, no tendremos nada con qué comenzar la vida. La pasión es el alma de la vida, la luz de las estrellas, el tono de la música y de la canción, el júbilo de las flores, el plumaje de las aves, el encanto de la mujer y la vida en el estudio. Es imposible hablar de un alma sin pasión, como es imposible hablar de música sin expresión. Es lo que nos da calor interno y esa rica vitalidad que nos permite

afrontar animosamente la vida.

O quizás me equivoque al elegir la palabra "pasión" cuando hablo de aquello a que se refieren los escritores chinos cuando dicen ch'ing. ¿Debería traducirla con la palabra "sentimiento", que es más suave y no sugiere tantas cualidades tumultuosa como una tormentosa pasión? O quizá significamos con esta palabra algo muy similar a lo que llamaron "sensibilidad" los primeros románticos, algo que hallamos en un alma cálida, generosa y artística. Es extraño que, entre los filósofos occidentales, tan pocos, salvo Emerson, Amiel, Joubert y Voltaire, tengan algo bueno que decir de la pasión. Quizá

estemos discutiendo solamente por palabras que significan la misma cosa. Pero entonces, si pasión es diferente de sentimiento y significa algo tumultuoso y turbador, entonces no tenemos una palabra china que la iguale, y tendremos que volver a la vieja voz ch'ing. ¿Es éste un índice de diferencia en temperamentos raciales, o la ausencia, en el pueblo chino, de pasiones grandiosas y apremiantes, que devoran el alma de quien las siente y forman el material de la tragedia en la literatura occidental? ¿Es ésta la razón por la cual la literatura china no ha desarrollado la tragedia en el sentido griego, por la cual los personajes trágicos chinos, en el

momento crítico, lloran, entregan sus amadas al enemigo o, como en el caso de Ch'u Pawang, apuñalan a sus amadas y se clavan luego el puñal en el pecho? Esta clase de final no satisfaría a un público occidental, pero tal como es la vida china es la literatura china. El hombre lucha con el destino, renuncia a la batalla, y la tragedia viene después, en un cúmulo de reminiscencias, de vanos lamentos y anhelos, como lo vemos en la tragedia del Emperador T'ang Minghuang, que después de conceder el suicidio de su amada reina para aplacar a un ejército rebelde, vive en un mundo de sueños, con el recuerdo de ella. El sentido trágico se muestra en

la parte restante de la pieza de teatro, mucho después del desenlace, en un grave crescendo de pesar. Cuando viaja en su destierro, el rey oye la distante música de las campanitas de las vacas, en las colinas, un día lluvioso, y compone la "Canción de la lluvia en las campanitas de las vacas", en honor de su reina; todo lo que ve o toca, un chai perfumado que mantiene todavía el viejo aroma, o una vieja sirvienta de la corte, le recuerdan su amada reina, y la pieza termina cuando el rey busca el alma de su reina con la ayuda de sacerdotes taoístas en la morada de los Inmortales. Así, pues, tenemos una sensibilidad romántica, si no se nos permite hablar

de ella como de una pasión. Pero es pasión dulcificada hasta que es un suave resplandor. Por eso es característico de los filósofos chinos que, si bien desdeñan los "deseos" humanos (en el sentido de las "siete pasiones"), jamás han desdeñado la pasión o el sentimiento mismo, sino que lo han convertido en base misma de una vida humana normal, tanto que consideran "la pasión entre marido y mujer como fundamento mismo de toda vida humana normal".

Es, desgraciadamente, cierto que este asunto de la pasión, o aun mejor, del sentimiento, es algo nato en nosotros, y que tal como no podemos

escoger a nuestros padres, nacemos con una naturaleza dada, cálida o fría. Por otra parte, ningún niño nace con un corazón realmente frío, sino sólo en la proporción en que perdemos el íntimo calor en nosotros. En algún momento de nuestra vida adulta, nuestra naturaleza sentimental es matada, estrangulada, congelada y atrofiada por un ambiente ingrato, sobre todo por nuestra propia culpa, al no cuidar mantenerla viva, o porque no podemos mantenernos fuera de ese ambiente. En el proceso de aprender la "experiencia mundana", hacemos más de una violencia a nuestra naturaleza original, pues aprendemos a endurecernos, a ser artificiales y a

menudo a ser fríos de corazón y crueles, de modo que a medida que uno se envanece de ganar cada vez más experiencia del mundo, sus nervios se hacen más y más sensitivos y entumecidos, especialmente en el mundo de la política y del comercio. Como resultado, vemos al gran "buscavidas", que empuja su persona hasta llevarla a la cumbre y hace a un lado a todos los demás; vemos al hombre de férrea voluntad y firme determinación, en cuyo pecho mueren las últimas ascuas del sentimiento, al que llama estúpido idealismo o sentimentalismo. Esta clase de personas es la que está por debajo de mi desprecio. El mundo tiene demasiada

gente de corazón frío. Si la esterilización de los ineptos ha de cumplirse como política estadual, debería comenzar con la esterilización de los moralmente insensibles, los artísticamente estancados, los duros de corazón, los que triunfan sin misericordia, los fríamente determinados y todos aquellos que han perdido el sentido de la alegría en la vida, y no con los dementes y las víctimas de la tuberculosis. Porque me parece que mientras un hombre con pasión y sentimiento puede hacer muchas cosas tontas y precipitadas, un hombre sin pasión o sentimiento es una burla y una caricatura. Comparado con

Safo, de Daudet, es una lombriz, una máquina, un autómata, una mancha en esta tierra. Más de una prostituta vive una vida más noble que un comerciante que triunfa. ¿Qué tiene que Safo pecara? Pues aunque pecó, también amó, y a quienes mucho aman mucho se perdonará. De todos modos, salió Safo de un ambiente igualmente áspero, de negocios, con más corazón de niño que muchos de nuestros millonarios. El culto de María Magdalena está bien. Es inevitable que la pasión y el sentimiento nos conduzcan a errores por los cuales se nos castiga debidamente, pero hay más de una madre indulgente que por su indulgencia deja a menudo que su amor

prive sobre su mejor juicio y que, sin embargo, estamos seguros, en su ancianidad ha sentido que tuvo con su familia una vida más feliz que muchas almas austeras y rigurosas. Un amigo me relataba el caso de una señora de setenta y ocho años que en cierta oportunidad le dijo: "Cuando miro a estos setenta y ocho años míos, me siento feliz todavía al pensar en cuando pequé; pero cuando pienso que fui estúpida, no puedo perdonarme ni aun ahora."

Pero la vida es áspera, y un hombre con un carácter cálido, generoso y sentimental puede ser engañado fácilmente por sus semejantes más hábiles. Los de naturaleza generosa

yerran a menudo por su generosidad, por considerar demasiado generosamente a sus enemigos y por tener fe en sus amigos. A veces, el hombre generoso vuelve desilusionado a su casa, para escribir un poema lleno de amargura. Este es el caso de más de un poeta y estudioso en China, como, por ejemplo, el gran bebedor de té Chang Tai, que dio generosamente su fortuna, fue traicionado por sus más íntimos amigos y parientes, y fijó en doce poemas los versos más amargos, quizá, que he leído jamás. Pero tengo la sospecha de que siguió siendo generoso hasta el fin de sus días, aun cuando estaba muy pobre ya, pues varias veces se encontró al

borde del hambre, y no dudo que esos amargos sentimientos se desvanecieron como una nube, y que siguió siendo muy feliz.

No obstante, esta cálida generosidad del alma tiene que ser protegida contra la vida por una filosofía, porque la vida es dura, el calor del alma no basta, y la pasión debe sumarse a la sabiduría y a la valentía. Para mí, sabiduría y valentía son la misma cosa, porque la valentía nace de una comprensión de la vida; el que comprende completamente la vida es siempre valiente. De todos modos, no vale la pena tener ese tipo de sabiduría que no nos da valentía. La sabiduría conduce a la valentía al ejercer un veto

contra nuestras tontas ambiciones y emanciparnos del embeleco de moda en el mundo, ya sea un embeleco de pensamiento o un embeleco de la vida.

Hay una gran cantidad de embelecocos en esta vida, pero la multitud de embelecocos pequeños ha sido clasificada por los budistas chinos bajo dos grandes embelecocos: fama y riqueza. Hay un cuento de que el Emperador Ch'ienlung subió cierta vez a una colina que dominaba el mar, durante su viaje al Sur de China, y vio una gran cantidad de buques a vela que surcaba presurosamente el Mar de China. Preguntó a su ministro qué hacían las gentes en esos centenares de barcos, y su

ministro respondió que veía sólo dos barcos, y que se llamaban "Fama" y "Riqueza". Muchas personas cultas han podido escapar al reclamo de la riqueza, pero sólo los muy grandes han podido escapar al reclamo de la fama. Una vez un monje hablaba con su discípulo de estas dos fuentes de preocupaciones mundanas, y dijo: "Es más fácil librarse del deseo de dinero que librarse del deseo de fama. Hasta los estudiosos y los monjes retirados quieren distinguirse y ser bien conocidos entre los suyos. Quieren pronunciar discursos públicos ante grandes auditorios y no retirarse a un pequeño monasterio para hablar a un solo discípulo, como estamos tú y yo

ahora." El discípulo respondió: "Por cierto. Maestro, usted es el único hombre en el mundo que ha vencido el deseo de la fama." Y el maestro sonrió.

Según mis observaciones de la vida, esta clasificación budista de los embelecados de la vida no es completa, y los grandes embelecados de la vida son tres, en lugar de dos: Fama, Riqueza y Poder. Hay una conveniente expresión norteamericana que combina estos tres embelecados en Un Gran Embeleco: Success, o buen éxito. Pero muchos hombres sabios advierten que los deseos de buen éxito, fama y riqueza son nombres eufemísticos de los temores de fracaso, pobreza y oscuridad, y que

estos temores dominan nuestras vidas. Hay muchas personas que ya han logrado la fama y la riqueza, pero todavía insisten en regir a los demás. Son las personas que han consagrado sus vidas al servicio de la patria. El precio es a menudo muy alto. Pedid a un hombre sabio que agite su sombrero de copa a una muchedumbre y pronuncie siete discursos por día, y dadle una presidencia, y se negará a servir a la patria. James Bryce opina que es tal el sistema de gobierno democrático en los Estados Unidos, que es difícil que atraiga a la política a los hombres mejores del país. Creo que la fatiga de una campaña presidencial, por sí sola,

es bastante para atemorizar a todas las almas sabias de los Estados Unidos. Un cargo público exige a menudo que quien lo desempeña asista a seis comidas por semana, en nombre de la consagración de su vida al servicio de la humanidad. ¿Por qué no se consagra a una sencilla comida en casa y a su cama y su pijama? Bajo el hechizo de ese embeleco de la fama o el poder, el hombre es pronto la presa de otros embelecocos incidentales. Esto no tendrá fin. Pronto comenzará a querer reformar la sociedad, elevar la moral de los otros, defender la iglesia, terminar con los vicios, preparar programas para que los demás los cumplan, respaldar programas que otros

han preparado, leer ante una convención un informe estadístico de lo que para él han hecho otros bajo su administración, sentarse en comisiones que examinan los planos de una exposición, hasta inaugurar un asilo para dementes (¡qué desparpajo!): en general, inmiscuirse en las vidas de los demás. Pronto olvida que esta gratuita asunción de responsabilidades, estos problemas de reformar a la gente y de hacer esto e impedir que los rivales hagan aquello, jamás existieron para él, acaso nunca habían entrado en su mente. ¡Cuan completamente desaparecen de la mente de un candidato presidencial derrotado, aun dos semanas después de la elección,

los grandes problemas del trabajo, la desocupación y los aranceles! ¿Quién es él para querer reformar a otras personas y elevar su moral y enviar a otros a un asilo de dementes? Pero esos embelecos primarios y secundarios le mantienen feliz y atareado, si triunfa, y le dan la ilusión de que en verdad está haciendo algo y que es, por lo tanto, "alguien".

Pero hay un embeleco social secundario, casi tan poderoso y universal como aquéllos: el embeleco de la moda. La valentía de ser naturales es una cosa muy rara. El filósofo griego Demócrito pensó que hacía un gran servicio a la humanidad al librarla de la opresión de dos grandes temores: el

temor de Dios y el temor de la muerte. Pero aun eso no nos libra de otro temor igualmente universal: el temor del prójimo. Pocos hombres que se han librado del temor de Dios y el temor de la muerte son capaces de librarse del temor de los hombres. Consciente o inconscientemente, todos somos actores en esta vida, y representamos ante el público un papel y en un estilo aprobado por ese público.

Este talento histriónico, junto con el vecino talento por la imitación, que es parte de aquél, son los rasgos más sobresalientes de nuestra herencia simiesca. Se pueden obtener indudables ventajas de este histrionismo, y la más

clara de ellas es el aplauso del auditorio. Pero cuanto mayores son los aplausos, tanto más aleteos del corazón hay en entretelones. Y esto ayuda también a ganarse la vida, de modo que a nadie se puede culpar porque representa su papel en una forma aprobada por la platea.

La única objeción es que el actor puede reemplazar al hombre y tomar entera posesión de él. Hay unas pocas almas selectas que pueden soportar su reputación y su alta posición con una sonrisa y seguir siendo naturales; son las que saben que están representando cuando representan, que no comparten las ilusiones artificiales de rango, título,

propiedad y riqueza, y que aceptan estas cosas con una sonrisa tolerante cuando se les ponen en el camino, pero se niegan a creer que por ese motivo son ellos diferentes de los seres humanos ordinarios. Son de esta clase de hombres los verdaderamente grandes de espíritu, quienes siguen siendo esencialmente sencillos en sus vidas personales. Porque no alientan tales ilusiones, esa sencillez es siempre la marca de los verdaderamente grandes. Nada muestra más concluyentemente un espíritu pequeño que un pobre burócrata de gobierno que sufre ilusiones de su propia grandeza, o un advenedizo social que muestra sus alhajas, o un

escritorzuelo que cree pertenecer a la compañía de los inmortales y se convierte de inmediato en un ser humano menos sencillo y menos natural.

Tan hondo es nuestro instinto histriónico que a menudo olvidamos que tenemos vidas verdaderas que vivir fuera del escenario. Y por eso sudamos y bregamos y pasamos por la vida, y no vivimos para nosotros de acuerdo con nuestros instintos cabales, sino para la aprobación de la sociedad, como "solteronas que con sus agujas trabajan para hacer vestidos de boda que usarán otras mujeres", como comenta el viejo dicho chino.

III. CINISMO, INSENSATEZ Y DISFRAZ: LAOTSE

Paradójicamente, la filosofía tan perversa de Laotsé, la del "viejo pillo", ha sido responsable por el más alto ideal de paz, tolerancia, sencillez y contento. Estas enseñanzas comprenden la sabiduría de lo insensato, las ventajas del disfraz, la fuerza de la debilidad, y la sencillez de los verdaderamente complicados. El mismo arte chino, con su ilusión poética y su glorificación de la vida simple del leñador y del pescador, no puede existir aparte de esa filosofía. Y en el fondo del pacifismo chino existe la voluntad de soportar

pérdidas temporales y hacer tiempo; la creencia de que, en el plan general de las cosas en que la naturaleza opera por la ley de la acción y de la reacción, nadie tiene una ventaja permanente sobre los demás, y nadie es "un maldito estúpido" para siempre.

La mayor sabiduría parece estupidez.

La mayor elocuencia semeja tartamudez.

El movimiento vence al frío,

Pero la quietud al calor.

Y así él con su límpida calma

Lo corrige todo bajo el cielo (

[\[13\]](#)).

Sabiendo, pues, que en la Naturaleza nadie tiene una ventaja permanente sobre los demás y nadie es un maldito estúpido para siempre, la conclusión natural es que nada vale la contienda. Según las palabras de Laotsé, el hombre sabio "no contiene, y por esa misma razón nadie bajo el Cielo puede contender con él". Y también dice: "Mostradme un hombre de violencia que llegó a buen fin, y le tomaré como maestro." Un escritor moderno podría agregar: "Mostradme un dictador que pueda pasarse sin los servicios de una policía secreta, y seré su discípulo." Por

esta razón dice Laotsé:

"Cuando no predomina el Tao, los caballos son adiestrados para la batalla; cuando predomina el Tao, los caballos son adiestrados para que tiren de carros de estiércol."

Los mejores aurigas no se lanzan al frente;

Los mejores combatientes no exhiben su odio.

El más grande conquistador gana sin trabar batalla;

Quien mejor usa a los hombres procede como si fuera su inferior.

Esto se llama el poder que proviene de no contender.

Se llama la capacidad para usar a

los hombres.

El secreto de estar hermanado al cielo, a lo que otrora fue.

La ley de la acción y la reacción produce la violencia que rebota en violencia:

Quien por Tao se propone ayudar a un señor de hombres, Se opondrá con la fuerza de las armas a toda conquista;

Porque tales cosas han de rebotar. Donde hay ejércitos, crecen espinas y zarzas. La formación de una gran hueste Es seguida por un año de escasez. Por tanto, un buen general logra su propósito y luego se detiene;

No quiere aprovechar más su victoria. Cumple su propósito y no se precia de lo que ha hecho;

Cumple su propósito y no se envanece de lo que ha hecho;

Cumple su propósito, pero no se enorgullece de lo que ha hecho;

Cumple **su** propósito, pero sólo como un paso que no se podía evitar;

Cumple su propósito, pero sin violencia;

Porque lo que tiene un tiempo de vigor tiene también un tiempo de

decaimiento. Esto va contra Tao, Y lo que va contra Tao pronto perecerá.

Mi impresión es que si Laotsé

hubiera sido invitado a ocupar la presidencia de la Conferencia de Versalles, no habría existido hoy un Hitler. Hitler sostiene que él y su obra deben haber sido "bendecidos por Dios", y como prueba da su milagrosa elevación al poder. Me inclino a pensar que el asunto es más sencillo, que Hitler fue bendecido por el espíritu de Clemenceau. El pacifismo chino no es el del humanitario, sino el del viejo pillo: no se basa en el amor universal, sino en un convincente tipo de sutil sabiduría.

Lo que al fin se debe encoger,
Debe ser estirado primero.
Todo lo que se ha de debilitar,

Debe empezar por ser hecho fuerte.

Y para derribar algo,

Es necesario alzarlo primero.

Quien quiere que se le dé

Debe empezar por dar.

Esto se llama suavizar la luz propia.

Así es cómo lo suave vence a lo

duro,

Y lo débil a lo fuerte.

"Mejor es dejar los peces en su estanque;

Mejor es dejar las más aguzadas armas del Estado donde nadie pueda verlas."

Jamás ha habido un sermón más efectivo y más efectivamente pronunciado, sobre la fuerza de la

debilidad, la victoria de los que aman la paz y la ventaja de estarse quieto, que el de Laotsé. Porque el agua ha de ser siempre para Laotsé el símbolo de la fuerza de los débiles: el agua que gotea gentilmente y horada la roca, y el agua que tiene la gran sabiduría taoísta de buscar el nivel más bajo:

¿Cómo obtuvieron su reino sobre el centenar de corrientes menores los grandes ríos y los mares?

Por el mérito de estar más bajos que ellos; así es cómo obtuvieron su reino.

Un símbolo igualmente común es el del "Valle", que representa el hueco, la

entraña y la madre de todas las cosas, la yin o la Hembra.

El Espíritu del Valle nunca muere,
Se llama la Hembra Misteriosa,
Y el Umbral de la Hembra
Misteriosa

Es la base de donde surgieron el
Cielo y la Tierra.

Así está, dentro de nosotros,
siempre;

Bebed de ella a voluntad, jamás se
agotará.

No sería aventurado decir que la
civilización oriental representa el
principio femenino, en tanto que la

civilización occidental representa el principio masculino. De todos modos, hay algo terriblemente parecido a la entraña materna, o al valle, en la fuerza pasiva de China que, en lenguaje laotseano, "recibe en sí a todas las cosas bajo el cielo, y por ser un valle tiene todo el tiempo un poder que basta".

Contra el deseo de Julio César de ser el primer hombre en una aldea, Laotsé da el consejo opuesto: "Nunca seas el primero en el mundo." Esta idea del peligro de ser eminente es expresada por Tschuangtsé en la forma de una sátira contra Confucio y sus muestras de conocimiento. Hubo muchas de estas difamaciones de Confucio en los libros

de Tschuangtsé, porque Confucio había muerto cuando Tschuangtsé los escribió, y no había ley contra las calumnias en China.

Cuando Confucio quedó encerrado entre Ch'en y Ts'ai, pasó siete días sin alimento.

El ministro Jen fue a condolerse, y le dijo:

—Estuvisteis cerca de la muerte, señor.

—Por cierto que sí —respondió Confucio.

—¿Teméis la muerte, señor? —inquirió Jen.

—Sí —dijo Confucio.

—Entonces trataré de enseñaros — dijo Jen— la forma de no morir. En el mar oriental hay ciertas aves llamadas i-erh. Se conducen en la forma más modesta y sin pretensiones, como si no tuvieran habilidades. Vuelan simultáneamente; anidan en conjunto. Al avanzar, ninguna procura ser la primera; al retirarse, ninguna se aventura a ser la última. Al comer, ninguna será la primera en empezar; se considera atinado tomar las sobras de los demás. Por lo tanto, en sus propias filas están en paz, y el mundo externo es incapaz de dañarlas. Y así escapan al mal.

—Los árboles rectos —agregó Jen— son los primeros que se derriban. Los

pozos dulces quedan exhaustos más pronto. Y vos, vos hacéis exhibición de vuestros conocimientos a fin de sorprender a los tontos. Os cultiváis en contraste con la degradación de los demás. Y vais luciendo como si el sol y la luna estuvieran bajo vuestros brazos; por consecuencia, no podéis evitar el mal...

—¡Bien, por cierto! —respondió Confucio, y sin trepidar se despidió de sus amigos, y despidió a sus discípulos, y se retiró a las selvas, donde se vistió con pieles y se alimentó de bellotas y castañas. Pasó por entre las bestias y los pájaros, y no se fijaron en él.

He hecho un poema que para mí resume el mensaje del pensamiento taoísta:

Hay una sabiduría del tonto,
Hay la gracia del torpe,
Hay sutileza de la estupidez,
Hay ventaja en ser pasivo.

Esto debe parecer a los lectores cristianos como el Sermón de la Montaña, y quizá les resulte igualmente inefectivo. Laotsé dio a las Beatitudes un toque astuto cuando agregó: "Benditos sean los idiotas, porque son los más felices sobre la tierra". Luego de la famosa frase de Laotsé de que "La mayor sabiduría parece estupidez; la

mayor elocuencia semeja tartamudez", Tschuangtsé dice: "Escupe de tu interior la inteligencia." Liu Chungyüang, en el siglo VIII, llamó a una colina vecina: "la Colina Estúpida", y a un río cercano: "el Río Estúpido". Cheng Panch'iao, en el siglo XVIII, hizo la famosa frase: "Es difícil ser torpe de espíritu. Es difícil ser hábil, pero aun más difícil progresar de la habilidad a la torpeza." El elogio de la locura no se ha interrumpido jamás en la literatura china. La sabiduría de esta actitud puede ser comprendida en seguida, a través de expresiones occidentales como: "No se haga el vivo", o Don't be too smart. El hombre más sabio es a menudo el que finge ser

"un maldito estúpido".

En la literatura china, por lo tanto, vemos el curioso fenómeno de un alto intelecto que empieza a sospechar de sí mismo y desarrolla, por cuanto yo sé, el único evangelio de la ignorancia y la más antigua teoría del disfraz, del camou-flage, como arma superior en la batalla de la vida. Desde el consejo de Tschuangtsé de "escupir la inteligencia", no hay más que un breve paso a la glorificación del idiota, que vemos constantemente reflejada en las pinturas y en los esbozos literarios del mendigo, o del inmortal disfrazado, o del monje loco, o del recluso extraordinario, según se muestran en Los viajes de

Mingliaotsé (capítulo XI). El sabio desencanto con la vida recibe un toque religioso o romántico y entra en el reino de la fantasía poética, cuando el monje pobre, harapiento y medio loco llega a ser para nosotros el símbolo de la suprema sabiduría y nobleza de carácter.

La popularidad de los locos es un hecho innegable. No dudo que el mundo, sea de Oriente o de Occidente, odia al hombre que es demasiado listo en sus relaciones con los semejantes. Yüan Chunglang escribió un ensayo para demostrar por qué él y sus hermanos decidieron mantener a cuatro sirvientes extremadamente estúpidos y extremadamente leales. Cualquiera

puede recorrer los nombres de sus amigos y allegados y verificar el hecho por sí mismo: aquellos que nos gustan no son los que respetamos por su distinguida capacidad, y aquellos a quienes respetamos por su distinguida capacidad no son los que nos gustan, y nos gusta un sirviente estúpido porque podemos confiar mejor en él, y porque en su compañía estamos más cómodos y no tenemos que establecer una condición de defensa contra su presencia. Casi todos los hombres sabios deciden casarse con una esposa no muy lista, y casi todas las jóvenes sabias eligen a un marido no muy listo como compañero de la vida.

Ha habido buen número de locos famosos en la historia china, todos ellos sumamente populares y queridos por sus chifladuras reales o fingidas. Entre ellos, por ejemplo, está el famoso pintor de la dinastía Sung, Mí Fei, llamado "Mi Tien" ("Mi el Chiflado"), que obtuvo este título porque una vez apareció con túnica de ceremonias para venerar un trozo de mellada roca a la «que llamaba su "suegro". Tanto Mi Fei como el famoso pintor yüan, Ni Yünlín, tenían una débil forma de polvo-fobia, o de extremada limpieza. Hubo también el famoso poeta-monje Hanshan, que ambulaba con los cabellos despeinados y descalzo, haciendo menesteres de

cocina en distintos monasterios, comiendo las sobras, y grabando poesías inmortales en las paredes del templo o de la cocina. El más grande monje loco que ha atraído la imaginación del pueblo chino es indudablemente Chi Tien ("Chi el Chiflado"), o Chi Kung ("Maestro Chi"), que es el héroe de una novela popular que se va alargando siempre con añadidos hasta que tiene ya el triple del tamaño de Don Quijote, y aun parece no terminar. Porque Chi vive en un mundo de magia, medicina, bribonería y ebriedad, y posee el don de aparecer el mismo día en ciudades diferentes, separadas varios centenares de

kilómetros. El templo en su honor se levanta todavía hoy en Hupao cerca del Lago Occidental de Hangchow. En menor grado, los grandes genios románticos de los siglos XVI y XVII, aunque decididamente tan normales como nosotros, tendieron, por lo inconvencional de su aspecto y su conducta, a dar a la gente la impresión de que eran locos, como Hsü Wench'ang, Li Chowu y Chin Shengt'an (literalmente, "el Suspiro del Sabio", un nombre que se dio porque dijo que, al nacer él, se oyó un misterioso suspiro en el templo de Confucio que había en la aldea).

IV. "FILOSOFÍA DE LA MITAD-Y-MITAD": TSESSE

No dudo que una filosofía que proclama la vida libre de cuidados y libre de conciencia tiene una fuerte tendencia a hacernos prevenidos contra una vida demasiado atareada y contra las responsabilidades excesivas, y por lo tanto tiende a disminuir el deseo de acción. Por otra parte, el hombre moderno necesita este refrescante viento de cinismo que no puede sino hacerle bien. Probablemente se hace más daño con una filosofía que mira hacia adelante, que entrega al hombre a una vida de actividades inútiles y

perniciosas, que con todo el cinismo de las filosofías antiguas y modernas combinadas. Hay demasiados impulsos fisiológicos para la acción de todos los hombres, prontos para contrarrestar esta filosofía; y a pesar de la popularidad de esta gran Filosofía del Pillo, el pueblo chino es aún uno de los más industriosos de la tierra. No pueden ser cínicos los hombres en su mayoría, sencillamente porque los hombres no son filósofos en su mayoría.

Por cuanto puedo ver yo, por consiguiente, hay muy poco peligro de que el cinismo se transforme en una moda general para que la siga el rebaño. Aun en China, donde la filosofía taoísta

encuentra una respuesta instintiva en el pecho chino, y donde esa filosofía actúa desde hace varios miles de años, pues nos mira desde cada poema y cada tela donde se ha pintado un panorama, la vida sigue alegremente su marcha, y gran cantidad de personas creen en la riqueza y la fama y el poder, y están muy decididas y ansiosas por servir a la patria. Si así no fuese, no podría seguir siquiera la vida humana. No, los chinos son cínicos y poetas sólo cuando han fracasado: muchos de mis compatriotas son todavía muy buenos histriones. El efecto del cinismo taoísta ha sido solamente el de disminuir el ritmo de la vida, y en los casos. de calamidades

naturales y malos gobiernos humanos, promover confianza en la ley de la acción y la reacción, que produce la justicia al final.

Y hay una influencia opuesta en el pensamiento chino en general, que contrarresta esta filosofía del despreocupado: la filosofía del vagabundo natural. Opuesta a la filosofía de los caballeros de la naturaleza está la filosofía de los caballeros de la sociedad; opuesto al taoísmo está el confucianismo. En tanto el taoísmo y el confucianismo signifiquen solamente las perspectivas negativa y positiva de la vida, no creo que sean chinos sino inherentes a toda la

naturaleza humana. Todos nacemos mitad taoístas y mitad confucianistas. La conclusión lógica de un taoísta cabal sería ir a las montañas y vivir como ermitaño o recluso, imitar en lo posible la vida simple y despreocupada del leñador y el pescador, el leñador que es señor de las verdes colinas y el pescador que es dueño de las aguas azules. El recluso taoísta, semíoculto en las nubes sobre la cima de la montaña, mira al leñador y al pescador que mantienen una intrascendente charla, y señala que las colinas siguen siendo verdes y las aguas siguen fluyendo sólo por su gusto, olvidando por entero a los dos conversadores diminutos. De esta

reflexión obtiene un sentido de paz perfecta. Y, sin embargo, es pobre filosofía la que nos enseña a escapar del todo de la sociedad humana.

Hay una filosofía aun más grande que este naturalismo, y es la filosofía del humanismo. El más alto ideal del pensamiento chino es, por lo tanto, un hombre que no tiene que escapar de la sociedad humana y de la vida humana con el fin de observar su carácter original, feliz. Sólo es un recluso de segunda categoría, esclavo aun de su ambiente, quien tiene que escapar de las ciudades y vivir en la lejanía de las montañas, en la soledad. "El Gran Recluso es el recluso de ciudad",

porque tiene suficiente dominio sobre sí para no temer lo que le rodea. Es, por lo tanto, el Gran Monje (el kaoseng) que vuelve a la sociedad humana y come carne de cerdo y bebe vino y se junta con las mujeres, sin detrimento para su alma. Hay, por ende, la posibilidad de fundir las dos filosofías. El contraste entre confucianismo y taoísmo es relativo, pues las dos doctrinas formulan solamente dos grandes extremos, y entre ellos hay muchas etapas intermedias.

Los mejores cínicos son los cínicos a medias. El más alto tipo de vida, al fin y al cabo, es la vida de dulce razonabilidad enseñada por el nieto de Confucio, Tsessé, autor de El Medio

Dorado. Ninguna filosofía, antigua o moderna, que se refiera a los problemas de la vida humana, ha descubierto todavía una verdad más profunda que esta doctrina de una vida bien ordenada y trazada más o menos entre los dos extremos: La Doctrina de la Mitad-y-Mitad. Es este espíritu de dulce "razonabilidad", que llega a un perfecto equilibrio entre la acción y la inacción, que se muestra en el ideal de un hombre que vive en media fama y media oscuridad; que es a medias activo y a medias perezoso; ni tan pobre que no pueda pagar el alquiler, ni tan rico que no tenga que trabajar un poco o no pueda alentar el deseo de tener algo más para

ayudar a sus amigos; que toca el piano, pero apenas para que le escuchen sus amigos más íntimos, y sobre todo por su placer; que es coleccionista, pero apenas para adornar su chimenea; que lee, pero no demasiado; que aprende mucho pero no se hace especialista; que escribe, pero ve que sus cartas a The Times son rechazadas a veces y publicadas otras tantas: en suma, este ideal de la vida de clase media es el que considero el más cuerdo ideal de la vida jamás descubierto por los chinos. Es el ideal tan bien expresado en La Canción de la Mitad y Mitad, de Li Mi-an:

Con mucho, la mayor mitad he visto ya

De esta flotante vida. ¡Ah mágica
palabra

Esta "mitad"! Tan rica en
sugestiones.

Nos invita a paladear la alegría de
nías

De lo que podremos poseer. La
mitad de camino es

El mejor estado del hombre, cuando
el paso más lento

Le autoriza la calma;

Un amplio mundo yace entre el cielo
y la tierra;

Vivir a mitad de camino entre campo
y ciudad,

Tener granjas a mitad de camino del
arroyo y la colina;

Ser mitad estudioso, y mitad hacendado y mitad Negociante; a medias como los nobles vivir, Y a medias como el común de las gentes;

Y tener una casa que es mitad lujosa, mitad sencilla, Elegantemente amueblada a medias, y a medias desnuda;

Trajes y vestidos que no son viejos ni nuevos,

Y de epicúreo la mitad de la comida, y vulgar la mitad;

Tener sirvientes ni muy hábiles ni muy tontos;

Una esposa que no es demasiado simple, ni demasiado lista... Y entonces siento en el corazón que soy a medias un

Buda, Y casi a medias un bendito espíritu taoista. La mitad de mí al Padre Cielo devuelvo;

La otra mitad a mis hijos dejo...

Pensando a medias para mi posteridad

Cómo proveer, y aun a medias ideando cómo

A Dios responder cuando se tienda a descansar el cuerpo. (

[\[14\]](#))

Es más prudente ebrio quien es ebrio a medias;

Y las flores a medio abrir están más

bellas;

Como navegan mejor las barcas a media vela,

Y mejor trota el caballo a media rienda.

Quien tiene una mitad de más, suma ansiedad,

Pero quien de menos tiene con más ansia posee su mitad.

Pues la vida está de dulce y de amargo compuesta,

Es más sabio y más hábil quien sólo la mitad prueba.

Tenemos aquí, pues, un compuesto de cinismo taoista con la perspectiva positiva confuciana, para formar una

filosofía de mitad-y-mitad. Y porque el hombre nace entre la tierra real y el cielo irreal, creo que, por insatisfactoria que parezca a primera vista a un occidental, con su punto de vista increíblemente dirigido hacia adelante, sigue siendo la mejor filosofía, porque es la más humana. Al fin y al cabo, un Lind-bergh a medias sería mejor, por más feliz, que un Lindbergh completo. Estoy seguro de que Lindbergh sería mucho más feliz si sólo hubiese volado la mitad del camino sobre el Atlántico. Después de admitir debidamente la necesidad de tener en nuestro medio a unos pocos superhombres — exploradores, conquistadores, grandes

inventores, grandes presidentes, héroes que cambian el curso de la historia—, el hombre más feliz sigue siendo el hombre de la clase media que ha ganado escasos medios de independencia económica, que ha hecho un poco, pero apenas un poco, por la humanidad, y que es algo distinguido en su comunidad, pero no muy distinguido. Sólo en este medio de bien conocida oscuridad y de competencia financiera con aprietos, en* que la vida es bastante despreocupada, pero no del todo exenta de preocupaciones, sólo en este medio es feliz y triunfa mejor el espíritu humano. Después de todo, tenemos que seguir en esta vida, y por eso debemos traer la

filosofía del cielo a la tierra.

***V. UN ENAMORADO DE LA VIDA:
T'AO YÜANMING***

Se ha demostrado, por lo tanto, que con la debida fusión de las perspectivas positiva y negativa de la vida, es posible alcanzar una filosofía armoniosa de "mitad-y-mitad" que se encuentra entre la acción y la inacción, entre ser llevado de la nariz a un mundo de inútil atareamiento y la fuga completa de una vida de responsabilidades, y que, hasta donde podemos descubrir con la ayuda de todas las filosofías del mundo, éste es el ideal más cuerdo y más feliz para

la vida del hombre sobre la tierra. Y, lo que es aun más importante, la mezcla de estas dos perspectivas diferentes hace posible una armoniosa personalidad, esa armoniosa personalidad que es el objeto reconocido de toda la cultura y la educación. Y, significativamente, con esta armoniosa personalidad vemos una alegría y un amor por la vida.

Me es difícil describir las cualidades de este amor por la vida; más fácil es hablar en una parábola o narrar la historia de un verdadero enamorado de la vida, según vivió en la realidad. Y el cuadro de T'ao Yüanming, el más grande poeta y el más armonioso producto de la cultura china, se presenta

inevitablemente ante mis ojos. (

[15]) Nadie objetará en China al decir yo que T'ao representa para nosotros el carácter más perfectamente armonioso y más cabal en toda la tradición literaria china. Sin realizar una ilustre carrera oficial, sin poder y sin realizaciones externas, y sin dejarnos mayor herencia literaria que un delgado volumen de poemas y tres o cuatro ensayos en prosa, sigue siendo hasta hoy un faro que luce a través de las edades, símbolo, para siempre, para poetas y escritores de menor cuantía, de lo que debe ser este supremo carácter humano. Hay en su vida, así como en su estilo,

una sencillez tal que inspira pavor, y un reproche constante a naturalezas más brillantes y más complejas. Y hoy está como ejemplo perfecto del verdadero amante de la vida, porque en él la rebelión contra los deseos terrenos no condujo a un intento de escape total, sino que alcanzó una armonía con la vida de los sentidos. Unos dos siglos de romanticismo literario, de culto taoísta de la vida y de rebelión contra el confucianismo habían venido trabajando en China, y habían unido sus fuerzas a la filosofía confuciana de los siglos anteriores, para hacer posible la aparición de esta armoniosa personalidad. En T'ao encontramos que

la perspectiva positiva había perdido su tonta complacencia, y la filosofía cínica había perdido su amarga rebelión (un rasgo que aun vemos en Thoreau: un signo de inmadurez), y que por primera vez llega la sabiduría humana a la madurez plena en un espíritu de tolerante armonía.

T'ao representa para mí esa extraña característica de la cultura china, una curiosa combinación de devoción a la carne y arrogancia del espíritu, de espiritualidad sin ascetismo y de materialismo sin sensualidad, en que los sentidos y el espíritu han llegado a vivir

juntos en armonía. Porque el filósofo ideal es el que comprende el encanto de las mujeres sin ser basto, que ama calurosamente a la vida pero la ama con freno, y que ve la irrealidad de los triunfos y fracasos del mundo activo, y se mantiene algo apartado y elevado, sin serle hostil. Porque T'ao logró la verdadera armonía del desarrollo espiritual, vemos en él una ausencia total de conflicto interno, y su vida fue tan natural y tan sin esfuerzo como su poesía.

T'ao nació hacia fines del siglo cuarto de nuestra era, nieto de un distinguido estudioso y funcionario que, a fin de no mantenerse ocioso, mudaba

una pila de ladrillos de un lugar a otro por la mañana, y la volvía al primer sitio por la tarde. En su juventud T'ao aceptó un cargo oficial de poca importancia a fin de sostener a sus viejos padres, pero pronto renunció y volvió a la granja, a labrar él mismo la tierra, de lo cual obtuvo una especie de mal físico. Un día preguntó a sus parientes y amigos: "¿Estaría mal que saliera a cantar como trovador a fin de pagar el sostenimiento de mi huerta?" Al oírle, algunos de sus amigos le consiguieron un cargo de magistrado de P'engcheh, cerca de Kiukiang. Por ser muy afecto al vino, ordenó que todos los campos pertenecientes al gobierno local

fuesen sembrados con arroz de gluten, del que se puede hacer vino, y solamente las protestas de su esposa le hicieron admitir que una sexta parte fuera sembrada con otras clases de arroz. Cuando llegó a verle un delegado del gobierno, y su secretario le dijo que debía recibirle con la túnica debidamente arreglada, T'ao suspiró y dijo: "No puedo doblarme y hacer reverencias por cinco fanegas de arroz." E inmediatamente renunció y escribió su famoso poema: "¡Ah, a casa vuelvo!" Desde entonces vivió la vida de un granjero, y rechazó repetidamente ofrecimientos de cargos oficiales. Pobre, vivió en comunión con los

pobres, y en una carta a sus hijos expresó cierto pesar paterno porque estaban tan pobremente vestidos y hacían los menesteres de un vulgar labrador. Pero cuando consiguió enviar a sus hijos, porque él estaba lejos, un mozo campesino para que les ayudara en la faena de portar agua y recoger leña, les recomendó: "Tratadle bien, que también él es hijo de alguien". (

[\[16\]](#))

Su única debilidad era su gusto por el vino. " Como vivía mucho para sí, rara vez tenía invitados, pero cada vez

que había vino se sentaba con los demás, aunque no tuviera relación con el dueño de casa. En otras ocasiones, cuando él era anfitrión en una fiesta y se embriagaba el primero, solía decir a sus invitados: "Estoy ebrio y pienso dormir: podéis iros todos." Tenía un instrumento de cuerdas, el ch'in, sin cuerdas ya. Era uno de esos antiguos instrumentos que sólo se pueden tocar en forma sumamente lenta, y sólo en un estado de perfecta calma mental. Después de un festín, o cuando se sentía en ánimo de música, expresaba sus sentimientos acariciando este instrumento sin cuerdas. "Aprecio el sabor de la música; ¿qué necesidad tengo de los sonidos de

las cuerdas?"

Humilde y sencillo e independiente, era muy poco dado a las compañías. Un magistrado, un tal Wang, que le admiraba mucho, quiso cultivar su amistad, pero se vio en aprietos para verle. Con su perfecta naturalidad le dijo T'ao: "Me gusta estar solo porque por naturaleza no estoy hecho para la vida de sociedad, y me quedo en casa por una enfermedad. Lejos está de mí proceder de esta manera a fin de adquirir la reputación de estar por encima y muy lejos de los demás." Wang, pues, tuvo que conspirar con un amigo para poder verle; este amigo hubo de inducir a T'ao a que saliera de casa,

invitándole a un festín. Cuando iba a mitad de camino y se detuvo con el amigo en un pabellón, se le obsequió con vino. Resplandecieron los ojos de T'ao y se sentó alegremente a beber; Wang, que había estado oculto en la vecindad, se presentó entonces. Y T'ao estaba tan feliz que permaneció allí, hablando con Wang, toda la tarde, y olvidó seguir el viaje a la casa de su amigo. Wang vio que tenía descalzos los pies, y ordenó a sus subordinados que le hicieran un par de zapatos. Cuando estos funcionarios pidieron las medidas, T'ao estiró los pies y les dijo que las tomaran. Y después, cada vez que Wang quería verle, tenía que esperar en el

bosque o junto al lago, a fin de encontrar al poeta por casualidad. Una vez que sus amigos estaban haciendo vino, le quitaron el turbante de hilo para emplearlo como colador, y después de colado el vino, T'ao volvió a ponerse el turbante en la cabeza.

Había entonces en las grandes montañas Lushan, a cuyo pie vivía el poeta, una gran sociedad de ilustres budistas Zen, y el jefe, un gran estudioso, trató de hacer que T'ao se sumara a la Sociedad del Loto. Un día le invitaron a una fiesta, y él puso la condición de que se le permitiera beber. Se accedió a este quebranto de las reglas budistas, y T'ao fue a la fiesta.

Pero cuando se trató de inscribir su nombre como miembro de la sociedad, "frunció las cejas y se marchó." Tal sociedad era ésta, que un poeta tan grande como Hsieh Lingyün tuvo siempre grandes deseos de entrar en ella, pero no pudo. Mas el abate budista siguió cortejando la amistad de T'ao, y un día le invitó a beber, junto con otro amigo, un gran taoísta. Eran, pues, tres en un grupo: el abate, que representaba al budismo, T'ao que representaba al confucianismo, y el otro amigo, que representaba al taoísmo. El abate había hecho para toda su vida el voto de no ir jamás allende cierto puente en sus diarios paseos, pero un día en que él y

el otro amigo despedían a T'ao, se vieron tan placentemente ocupados en la conversación que el abate pasó el puente sin saberlo. Cuando se lo hicieron notar, los tres rieron a carcajadas. Este incidente de los tres ancianos riendo pasó a ser el tema de populares pinturas chinas, porque simbolizaba la felicidad y la alegría de tres almas despreocupadas, sabias, que representaban a tres religiones unidas por el sentido del humor.

Y así vivió y murió T'ao, libre de preocupaciones y de dolores de conciencia, humilde campesino-poeta, y anciano alegre y sabio. Pero algo en su pequeño volumen de poemas sobre la

bebida y la vida pastoral, sus tres o cuatro leves ensayos, una carta a sus hijos, tres plegarias de sacrificio (incluso una para él mismo), y algunas de sus frases legadas a la posteridad, demuestran un sentimiento y un genio de la vida armoniosa que llegaron a la naturalidad perfecta y jamás han sido superados. Este gran amor por la vida es lo que se expresa en el poema que escribió un día de noviembre de 405, cuando decidió abandonar las cargas del oficio de magistrado. (

[\[17\]](#))

¡Ah, a casa vuelvo! ¿Por qué no volver, si veo que mi campo y mi huerto de cizaña están llenos? Yo he hecho de mi alma un siervo de mi cuerpo: ¿por qué tener pesares vanos y dolerme a solas?

No me inquiete lo pasado, y camino adelante tome. Sólo breve distancia he hecho el mal camino, y hoy sé que estoy en lo justo, si ayer el error fue completo.

Ligeramente flota y deriva la barca, y suavemente cae y aletea mi túnica. Pregunto el camino a un viandante, y me enoja la semioscuridad del alba.

Luego, cuando aviste mis viejos techos, la alegría dará prisa a mis pasos. Allí habrá servidores para darme la

bienvenida, y a la puerta esperarán los hijos para saludarme.

Invadidos por la hierba, acaso, estarán los senderos del jardín, pero ¡aun habrá crisantemos, y mi pino! ¡Llevaré al más pequeño niño de la mano, y en la mesa habrá una copa llena de vino!

Tendré la copa en la mano, y beberé, feliz de ver en el patio las ramas pendientes. Me inclinaré sobre la ventana meridional con una satisfacción inmensa, y veré que el lugarcito es cómodo, bien cómodo para caminar en su torno.

El jardín se hace más familiar e interesante con las diarias caminatas.

¿Qué de malo tiene que nadie golpee jamás a la puerta siempre cerrada? Con un bastón ambulo en paz, y a ratos miro al azul de arriba.

Allí las nubes se alejan vagas de sus escondrijos en la montaña, sin fin ni propósito, y los pájaros, cuando se cansan de sus ambulantes vuelos, pensarán en el niño. Oscuras, pues, caen las sombras, y pronto para el regreso, acaricio todavía los pinos solitarios, y holgazaneo.

¡Ah, a casa vuelvo! Dejadme que desde ahora aprenda a vivir solo. El mundo y yo no estamos hechos uno para el otro, y ¿por qué girar en redondo como quien busca lo que no ha

encontrado?

Contento estaré con las conversaciones de los míos, y habrá música y libros para pasar las horas. Vendrán los granjeros y me dirán que ha llegado la primavera, y habrá labor que hacer en la granja occidental.

Algunos piden carretas techadas; algunos reman en botes pequeños. A veces exploramos estanques tranquilos, desconocidos, y a veces trepamos montes ásperos, empinados.

Allí los árboles, feliz el corazón, crecen maravillosamente verdes, y el agua de las fuentes salta con risueño sonido. Admiro cómo crecen y prosperan las cosas según sus

estaciones, y siento que así, también, hará su giro mi vida.

¡Basta! ¿Por cuánto tiempo he de guardar esta forma mortal? ¿Por qué no tomar la vida según viene, y por qué darse prisa y quehacer como quien lleva un recado?

Riqueza y poder no son mis ambiciones, y es inasequible la morada de los dioses. Querria partir solo una clara mañana o quizá, clavando el bastón, empezar a quitar las cizañas y a labrar la tierra.

O querría componer un poema junto a un claro, o acaso ir a Tung-kao y dar un largo grito de reclamo en la cumbre de la colina. Así estaría contento de

vivir y morir, y sin interrogar el corazón aceptaría alegremente la voluntad del Cielo.

Contento estaré con las conversaciones de los míos, y habrá música y libros para pasar las horas. Vendrán los granjeros y me dirán que ha llegado la primavera, y habrá labor que hacer en la granja occidental.

Algunos piden carretas techadas; algunos reman en botes pequeños. A veces exploramos estanques tranquilos, desconocidos, y a veces trepamos montes ásperos, empinados.

Allí los árboles, feliz el corazón, crecen maravillosamente verdes, y el agua de las fuentes salta con risueño

sonido. Admiro cómo crecen y prosperan las cosas según sus estaciones, y siento que así, también, hará su giro mi vida.

¡Basta! ¿Por cuánto tiempo he de guardar esta forma mortal? ¿Por qué no tomar la vida según viene, y por qué darse prisa y quehacer como quien lleva un recado?

Riqueza y poder no son mis ambiciones, y es inasequible la morada de los dioses. Querría partir solo una clara mañana o quizá, clavando el bastón, empezar a quitar las cizañas y a labrar la tierra.

O querría componer un poema junto a un claro, o acaso ir a Tung-kao y dar

un largo grito de reclamo en la cumbre de la colina. Así estaría contento de vivir y morir, y sin interrogar el corazón aceptaría alegremente la voluntad del Cielo.

T'ao podría ser tomado por "escapista", pero no lo fue. Trató de escapar de la política, no de la vida misma. Si hubiera sido un lógico, podría haber decidido escapar del todo de la vida, haciéndose monje budista. Con el gran amor que tenía por la vida, no podría haber tenido voluntad de escapar totalmente a ella. Su esposa y sus hijos eran demasiado reales para él, su jardín y las ramas pendientes sobre el patio y

los solitarios pinos que acariciaba eran demasiado atractivos, y por ser hombre razonable, en lugar de lógico, a ellos se apegó. Este fue su amor por la vida y sus celos por la vida, y desde esta actitud positiva, pero razonable, hacia la vida, llegó al sentimiento de armonía con la vida que fue la característica de su cultura. De esta armonía con la vida brotó la más grande poesía de China. De la tierra, y en la tierra nacido, su conclusión no fue escapar de ella, sino "partir solo una clara mañana o quizá, clavando el bastón, empezar a quitar las cizañas y a labrar la tierra". T'ao volvió sencillamente a la granja y a su familia. El fin fue armonía y no rebelión.

CAPITULO VI

EL FESTÍN DE

LA VIDA

I. EL PROBLEMA DE LA FELICIDAD

El goce de la vida cubre muchas cosas: gozar de nosotros mismos, de la vida hogareña, de los árboles, flores, nubes, ríos serpenteantes y cataratas bullentes, y las mil cosas de la

Naturaleza, y gozar también de la poesía, el arte, la contemplación, la amistad, la conversación y la lectura, que son todas, en una u otra forma, la comunión de los espíritus. Hay cosas obvias, como el goce de la comida, de una alegre fiesta o una reunión familiar, un paseo en un hermoso día de primavera; y cosas menos obvias, como el goce de la poesía, el arte y la contemplación. Me ha sido imposible llamar material y espiritual a estas dos clases de goce; primero, porque no creo en esta distinción, y segundo, porque me pierdo cada vez que procedo a hacer esta clasificación. ¿Cómo puedo decir, cuando veo una alegre fiesta campestre

de hombres y mujeres, de ancianos y niños, qué parte de sus placeres es material y qué parte espiritual? Veo a un niño que retoza sobre el césped, a otro que hace una cadena de margaritas, a la madre que va a comer un sandwich, al tío de la familia cuando muerde una manzana roja y jugosa, al padre tendido en el suelo y mirando las nubes plácidas y al abuelo que fuma su pipa. Probablemente, alguien toca un fonógrafo, y de la distancia llega el sonido, de la música y el trueno lejano de las olas. ¿Cuál de estos placeres es material y cuál espiritual? ¿Es tan fácil trazar una distinción entre el goce de un sandwich y el goce del panorama

ambiente, que llamamos poesía? ¿Es posible considerar que el goce de la música, que llamamos arte, sea decididamente un tipo de placer más alto que el de fumar una pipa, que llamamos material? Esta clasificación entre placeres materiales y espirituales es, por ende, confusa, ininteligible e inexacta para mí. Procede, sospecho, de una falsa filosofía, que divide firmemente el espíritu de la carne y que no está apoyada por un escrutinio directo y más cercano de nuestros placeres verdaderos.

¿O he presumido de más, acaso, y he planteado la cuestión del objeto debido de la vida humana? Siempre he

sostenido que el objeto de vivir es gozar verdaderamente la vida. Es así, sencillamente porque es así. Vacilo algo ante la palabra "objeto" o "propósito". Este objeto o propósito de la vida, consistente en su goce verdadero, no es tanto un propósito consciente como una actitud natural hacia la vida humana. La palabra "propósito" sugiere demasiado las acciones de procurar y emprender. La cuestión que afronta a todos los hombres nacidos en este mundo no es la de cuál debe ser su propósito, qué debe tratar de lograr, sino, apenas, qué hacer con la vida, una vida que se le da por un período, digamos, de cincuenta o sesenta años. La respuesta de que debe ordenar

su vida de manera de poder encontrar la mayor felicidad en ella, es más una cuestión práctica, similar a la de cómo debemos pasar un fin de semana, que una proposición metafísica en cuanto a cuál es el propósito místico de su vida en el plan general del universo.

Por el contrario, creo más bien que los filósofos que se lanzan a resolver el problema del propósito de la vida lo dan por resuelto al plantearlo, por cuanto presumen que la vida tiene un propósito. Es indudable que se da a esta cuestión, tan llevada a primer plano entre los pensadores occidentales, esa misma importancia debido a la influencia de la teología. Creo que

presumimos designios y propósitos en demasía. Y el hecho mismo de que tanta gente trate de responder a esta pregunta y dispute por ella y se vean pasmados por ella, sirve para demostrar que es muy vana y muy injustificada. Si hubiese existido un propósito o designio en la vida, no habría sido tan intrigante y vago y difícil descubrirlo.

La cuestión puede ser dividida en dos: la de un propósito divino, que Dios ha fijado para la humanidad, o la de un propósito humano, un propósito que la humanidad debe establecer para sí. En cuanto atañe a lo primero, no pienso entrar en la cuestión, porque procede necesariamente de nosotros mismos todo

lo que creemos que tiene Dios en la mente; esto es sólo lo que creemos que piensa Dios, y en verdad es difícil, para la inteligencia humana, adivinar lo que hay en una inteligencia divina. Por lo común, con esta clase de razonamientos, terminamos por convertir a Dios en sargento de nuestro ejército y en hacerlo tan chauvinista como nosotros: Él, pensamos, no puede tener un "propósito divino" y un "destino" para el mundo, o para Europa, sino para nuestra amada Patria. Estoy muy seguro de que los nazis no pueden concebir a Dios sin un brazal con la svástica. Este Gott está siempre mit uns, y en verdad no puede estar mit ihnen. Pero los alemanes no

son el único pueblo que piensa así.

Por cuanto atañe a la segunda cuestión, el punto en disputa no es lo que es, sino lo que debe ser el propósito de la vida humana, y resulta, por lo tanto, una cuestión práctica y no metafísica. Sobre esta cuestión de lo que debe ser el propósito de la vida humana, cada hombre proyecta sus propios conceptos y su propia escala de valores. Esta es la razón por que disputamos sobre ella, porque nuestras escalas de valores difieren una de otra. En cuanto a mí, quedo contento con ser menos filosófico y más práctico. No debo presumir que tiene que haber necesariamente un propósito, un significado en la

existencia humana. Como dice Walt Whitman: "Soy suficiente como soy." Es suficiente que yo viva '-y tal vez seguiré viviendo unos décadas más— y que exista la vida humana. Considerado en esta forma, el problema se hace sorprendentemente simple y ya no admite dos respuestas. ¿Cuál puede ser el fin de la vida humana sino el goce de la vida misma?

Es extraño que este problema de la felicidad, que es la gran cuestión que ocupa la mente de todos los filósofos paganos, haya sido enteramente descuidado por los pensadores cristianos. La gran cuestión que preocupa a las mentes teológicas no es

la felicidad humana, sino la "salvación" humana, trágica palabra. Esta palabra tiene mal sabor para mí porque en China oigo todos los días a alguien que habla de nuestra "salvación nacional". Todos tratan de "salvar" a China. La palabra sugiere los sentimientos de quienes ocupan un buque que se hunde, un sentimiento de condenación final, y el mejor método de escapar con vida. El cristianismo, que ha sido llamado "el último suspiro de dos mundos agonizantes" (griego y romano) conserva todavía hoy algo de esa característica, en su preocupación por el problema de la salvación. La cuestión de la vida es olvidada por la cuestión de salir con

vida de este mundo. ¿Por qué ha de preocuparse tanto el hombre por la salvación, a menos que tenga la idea de estar condenado? Las mentes teológicas se ocupan tanto de la salvación, y tan poco de la felicidad, que todo lo que nos pueden decir sobre el futuro es que habrá un cielo muy vago, y cuando las interrogamos acerca de lo que haremos allí y cómo seremos felices en el cielo, sólo tienen ideas de las más vagas, como la de que cantaremos himnos y usaremos túnicas blancas. Mahoma, por lo menos, pintó un cuadro de futura felicidad con ricos vinos y frutas jugosas y doncellas apasionadas, de negros cabellos y ojos inmensos, un

cuadro que podemos comprender los legos. A menos que se nos haga más vivido y convincente el cielo, no hay razón para que procuremos llegar a él, a costa de descuidar esta existencia terrena. Alguien ha dicho: "Mejor un huevo hoy que una gallina mañana." Por lo menos, cuando planeamos unas vacaciones estivales nos tomamos el trabajo de conocer algunos detalles sobre el lugar adonde iremos. Si la oficina de turismo es absolutamente vaga sobre el punto, ya no me interesa ir; me quedo donde estoy. ¿Hemos de pugnar y bregar cuando estemos en el cielo, como deben presumir, estoy muy seguro, los que creen en el progreso y el

espíritu de empresa? Pero, ¿cómo podremos pugnar y progresar, si ya seremos perfectos? ¿O vamos a holgazanear y a no preocuparnos, y nada más? En ese caso, ¿no sería mejor que aprendiéramos a holgazanear en esta tierra, como preparación para nuestra vida eterna?

Si hemos de tener un punto de vista sobre el universo, olvidémonos de nosotros y no nos reduzcamos a la vida humana. Estiremos un poco el panorama e incluyamos en él el propósito de toda la creación: las rocas, los árboles y los animales. Hay un esquema de cosas (aunque "esquema" es otra palabra de la que, como de "propósito" y "objeto",

desconfío profundamente)... quiero decir, hay un patrón de cosas en la creación, y podemos llegar a alguna suerte de opinión, por mucho que carezca de finalidad, acerca de este universo, y ocupar después nuestro lugar en él. Este criterio de la naturaleza y nuestro lugar en ella debe ser natural, por cuanto somos parte vital de ella mientras vivimos, y a ella volvemos cuando morimos. La astronomía, la geología, la biología y la historia proveen buen material para ayudarnos a formar un criterio bastante bueno, si no intentamos demasiado ni saltamos a las conclusiones. No importa que, en este criterio más amplio del propósito de la

creación, el lugar del hombre pierda un poco en importancia. Basta con que tenga un lugar, y al vivir en armonía con la naturaleza que le rodea podrá formarse una perspectiva aplicable y razonable sobre la vida humana misma.

II. LA FELICIDAD HUMANA ES SENSORIA

Toda felicidad humana es felicidad biológica. Esto es estrictamente científico. A riesgo de ser mal interpretado, lo diré con mayor claridad: toda felicidad humana es sensoria. Los espiritualistas no me comprenderán, estoy seguro; los espiritualistas y los

materialistas no podrán comprenderse nunca, porque no hablan el mismo idioma, o con la misma palabra quieren decir cosas diferentes. ¿También en este problema de lograr la felicidad hemos de ser engañados por los espiritualistas, y admitir que la verdadera felicidad es solamente la felicidad del espíritu? Admitámoslo de una vez, y procedamos en seguida a condicionarlo, diciendo que el espíritu es una condición del perfecto funcionamiento de las glándulas endocrinas. La felicidad, para mí, es en gran parte cuestión de digestión. Tengo que refugiarme junto al presidente de un colegio norteamericano, para asegurar mi reputación y respetabilidad, cuando

digo que la felicidad es' principalmente cuestión del movimiento de los intestinos. El presidente de un colegio norteamericano, de que hablo, solía decir con gran sabiduría en su discurso ante los alumnos en cada iniciación de cursos: "Sólo hay dos cosas que quiero que tengáis presentes: leed la Biblia y tened libres los intestinos." ¡Qué alma sabia, amable, debe haber tenido para decir esto! Si se mueven los intestinos, se es feliz, y si no se mueven, se es desgraciado. No hay nada más que decir.

No nos perdamos en lo abstracto cuando hablamos de felicidad, sino que vayamos a los hechos y analicemos cuáles son los momentos

verdaderamente felices de nuestra vida. En este punto nuestro, la felicidad es muy a menudo negativa: la completa ausencia de pesares o mortificaciones o dolores físicos. Pero la felicidad puede ser también positiva, y entonces la llamamos alegría. Para mí, por ejemplo, los momentos verdaderamente felices son: cuando me levanto por la mañana después de una noche de perfecto sueño y aspiro el aire matinal y hay una expansividad en los pulmones, que me inclina a inhalar hondamente, y siento una bella sensación de movimiento en torno a la piel y los músculos del pecho, y cuando, por ende, estoy bien para trabajar; o cuando tengo una pipa en la

mano y descanso las piernas en una silla, y el tabaco arde lentamente, parejo; o cuando viajo en un día de verano, seca la garganta de sed, y veo un hermoso arroyo límpido, cuyo sonido mismo me hace feliz, y me quito los zapatos y las medias y hundo los pies en la deliciosa agua fresca; o cuando, después de una comida perfecta, me tiendo en un sillón, cuando a mi alrededor no hay nadie que me desagrade y la conversación marcha con paso ligero hacia un destino ignorado, y estoy física y espiritualmente en paz con el mundo; o cuando en una tarde de verano veo negras nubes que se reúnen en el horizonte y sé por seguro que antes

de un cuarto de hora caerá un chaparrón de verano, pero como me avergüenza que me vean salir en la lluvia sin paraguas, me avergüenza que me vean salir en la lluvia sin paraguas, corro presurosamente a recibir el aguacero en mitad de los familia, sencillamente, que me sorprendió la lluvia.

Tal como me es imposible decir si amo física o espiritualmente a mis hijos cuando oigo la cháchara de sus voces o cuando veo sus rollizas piernecitas, también soy incapaz, totalmente incapaz, de distinguir entre las alegrías de la mente y las alegrías de la carne. ¿Ama alguien espiritualmente a una mujer sin amarla físicamente? Y, ¿es cosa tan fácil

para un hombre analizar y separar los encantos de la mujer que ama, como su risa, sus sonrisas, la forma que tiene de ladear la cabeza, cierta actitud hacia las cosas? Y al fin y al cabo toda mujer joven se siente más feliz cuando está bien vestida. Hay cierta cualidad de elevación del alma en el lápiz para los labios y en el colorete, y una calma y una buena disposición espirituales en el conocimiento de estar bien vestida, que son cosas reales y definidas para la misma joven, y de las cuales no tiene ni asomo de idea el espiritualista. Por estar hechos de esta carne mortal, la división que separa a nuestra carne de nuestro espíritu es sumamente delgada, y el

mundo del espíritu, con sus más finas emociones y su mayor apreciación de la belleza espiritual, no puede ser alcanzado sino con nuestros sentidos. No hay moralidad o inmoralidad en los sentidos del tacto, el oído y la vista. Es muy probable que nuestra pérdida de capacidad para el goce de las alegrías positivas de la vida se deba sobre todo a la disminución de sensibilidad de nuestros sentidos, y a que no los utilicemos en forma completa.

¿Para qué discutir sobre esto? Tomemos casos concretos y recojamos ejemplos de todos los grandes enamorados de la vida, occidentales y orientales, y veamos qué describen

como momentos felices, y cuan íntimamente están ligados a los sentidos del oído y el olfato y la vista. Aquí hay una descripción del alto placer estético que obtuvo Thoreau (1) al escuchar el sonido de los grillos:

Observemos primero el chirrido de los grillos. Es muy general entre estas rocas. Es para mí más interesante el sonido de uno solo de ellos. Sugiere algo tardío, pero sólo cuando llegamos al conocimiento de la eternidad, después de haber trabado cierto conocimiento con el tiempo. Sólo es tarde para todas las búsquedas triviales y presurosas. Sugiere una sabiduría madura, nunca

tardía, que está por encima de todas las consideraciones temporales, que posee la frescura y la madurez del otoño entre la aspiración de la primavera y los calores del verano. Dicen los grillos a los pájaros: "¡Ah! Habláis como los niños, por impulso; la Naturaleza habla por vuestra boca; pero con nosotros es maduro conocimiento. Las estaciones no giran para nosotros; cantamos para arrullarlas." Así cantan, eternos, junto a las raíces de la hierba. Cielo es donde están, y su morada no necesita elevarse. Siempre lo mismo, en mayo y en noviembre [?]. Serenamente sabio, su canto tiene la seguridad de la prosa. No han bebido más vino que el rocío. No es

Un pasajero tono de amor acallado cuando pasa la estación de incubar, sino que es glorificar a Dios y gozarle para siempre. Los grillos se mantienen ajenos a la revolución de las estaciones. Sus acordes son invariables como la Verdad. Sólo en sus momentos más cuerdos oyen los hombres a los grillos.

Thoreau es el más chino de todos los autores norteamericanos en su entera visión de la vida y, por ser chino, me siento muy semejante a él en espíritu. Le descubrí hace apenas unos meses, y el placer del descubrimiento está aún fresco en mi mente. Podría traducir pasajes enteros de Thoreau a mi idioma

y hacerlos pasar como originales de un poeta chino, sin despertar sospecha alguna.

Y veamos cómo contribuyen los sentidos del olfato y de la vista y del oído en Walt Whitman a su espiritualidad, y cuan grande importancia les da el poeta:

Una nevada por la mañana, que continúa casi todo el día. Pero di un paseo de más de dos horas, por los mismos bosques y senderos, entre los copos que caían. Nada de viento, y, sin embargo, se oía el leve murmullo musical entre los pinos, muy pronunciado, curioso, como de

cataratas, ora acallado, ora despierto otra vez. Todos los sentidos, la vista, el oído, el olfato, delicadamente complacidos. Cada copo yacía donde había caído, en las siemprevivas, los acebos, los laureles, la multitud de hojas y de ramas apiladas, montones blancos definidos por bordes de esmeralda... las altas columnas rectas de los abundosos pinos coronados de bronce... un ligero perfume resinoso mezclado con el de la nieve. (Porque hay en todo un olor, aun en la nieve, si se le puede distinguir: no hay dos lugares, ni quizás dos horas, en parte alguna, exactamente iguales. ¡Cuan diferente es el olor del mediodía del de medianoche, o el de otoño del de

invierno, o el de un momento de brisa del de otro de calma!)

¿Cuántos de nosotros podemos distinguir entre los perfumes del mediodía y medianoche, o de invierno y verano, o de un momento de brisa y otro de calma? Si el hombre, en general, es menos feliz en las ciudades que en el campo, es porque estas variaciones y matices del perfume y el sonido son menos marcados, y se pierden en la monotonía general de las grises paredes y las calles de cemento.

Los chinos y los norteamericanos se parecen, cuando sé llega a los verdaderos límites y capacidades y

cualidades de los momentos felices. Antes de traducir los treinta y tres momentos felices mencionados por un estudioso chino, quiero citar, a modo de comparación, otro pasaje de Whitman, que mostrará la identidad de nuestros sentidos:

Un día claro, vivo: aire seco y de brisa, lleno de oxígeno. Entre estos milagros cuerdos, silenciosos, bellos, que me rodean y me funden —árboles, agua, hierba, sol y temprana helada—, el que más miro hoy es el cielo. Tiene ese azul delicado, transparente, peculiar del otoño, y las únicas nubes son pequeñas y blancas, y dan su movimiento espiritual, o su quietud, a la gran concavidad.

Durante todo el día temprano (digamos de 7 a 11) guarda un azul puro, pero vivo. Mas al acercarse el mediodía se hace más ligero el color, gris casi durante dos o tres horas, más pálido luego por un rato, hasta la puesta del sol, 'que veo ennegecedora por los intersticios de un grupo de altos árboles: dardos de fuego y una suntuosa muestra de amarillos claros, de morados y de rojos, con— un vasto resplandor plateado puesto sobre el agua; chispean las sombras transparentes, y hay vivos colores más allá **de** todas las pinturas jamás hechas.

No sé cómo ni por qué, pero me parece que, debido a estos cielos (a

ratos pienso, aunque claro está que los he visto todos los días de mi vida, que jamás he visto de verdad los cielos hasta ahora), he tenido en este otoño algunas horas de maravilloso contento... ¿no puedo decir de perfecta felicidad? Según he leído, Byron, poco antes de su muerte, dijo a un amigo que sólo había conocido tres horas felices en su existencia toda. Hay una vieja leyenda alemana de la campana del rey, en el mismo sentido. Mientras estaba allí en el bosque, en ese maravilloso crepúsculo por entre los árboles, pensé en Byron y el cuento de la campana, y empezó en mí la idea de que vivía una hora feliz. (Aunque nunca anoto mis

momentos quizás más felices; cuando llegan no puedo allanarme a quebrar el encanto escribiendo memorándums. Me abandono a este humor, y lo dejo flotar, llevándome en su plácido éxtasis.)

¿Qué es la felicidad, pues? ¿Es ésta una de sus horas, o es algo semejante? ¿Algo así, impalpable, un suspiro apenas, un matiz desvanecido? No estoy seguro, de modo que déjeseme el beneficio de la duda. ¿Tienes Tú, diáfano, remedio para casos como el mío? (Ah, el temblor físico y el espíritu turbado que hubo en mí estos últimos tres años.) ¿Y lo viertes invisible por el aire sobre mí, sutilmente, místicamente?

III. LOS TREINTA Y TRES MOMENTOS FELICES DE CHIN

Estamos mejor preparados ahora para examinar y apreciar los momentos felices de un chino, según él los describe. Chin Shengt'an, el gran crítico impresionista del siglo XVIII, nos ha dado, entre sus comentarios sobre la obra teatral *Cámara occidental*, una enumeración de los momentos felices, que cierta vez contó con su amigo, cuando estuvieron encerrados diez días en un templo a causa de las lluvias. Estos, pues, son los que él considera momentos verdaderamente felices de la vida humana, momentos en que el

espíritu está inseparablemente atado a los sentidos:

I (

[18]): Es un día caluroso de junio, cuando el sol pende quieto del cielo y no hay un hálito de viento o de aire, ni una traza de nubes; el patio y el jardín son como hornos, y ni un pájaro osa volar. El sudor corre por todo mi cuerpo en arroyitos. Ante mí está la comida del mediodía, pero no la puedo tomar, por el calor. Pido una estera para estirla en el suelo y tenderme, pero la estera está empapada de humedad y las moscas vuelan como en un enjambre y se me posan en la nariz, y no quieren irse. En

este momento, cuando me siento tan completamente desventurado, hay un trueno repentino, y grandes masas de nubes negras tapan el cielo y se acercan majestuosamente como un gran ejército que avanza a la batalla. Comienza a caer el agua de la lluvia como cataratas de los aleros. Cesa el sudor. Desaparece la pegajosidad del suelo. Todas las moscas se marchan para esconderse, y puedo comer mi arroz. ¡Ah! ¿No es esto felicidad?

I: Un amigo, a quien no he visto durante diez años, llega de pronto, a la puesta del sol. Abro la puerta para

recibirle y, sin preguntarle si vino por agua o por tierra, y sin pedirle que se siente en la cama o en la yacija, voy a la cámara interior, y pregunto humildemente a mi esposa: "¿Tienes un galón de vino como la esposa de Su Tungp'o?" Mi esposa se quita alegremente del pelo su horquilla de oro para venderla. Calculo que nos durará tres días. ¡Ah! ¿No es esto felicidad?

I: Estoy solo, sentado en un cuarto vacío, y me va enfureciendo una laucha que siento en la cabecera de la cama, y me pregunto qué significa ese ruidito; qué prenda mía está mordiendo, o qué volumen de mis libros está comiendo. Mientras me encuentro en este estado de

ánimo, y no sé qué hacer, veo de pronto a un gato de feroz aspecto, que agita la cola y mira con los ojos muy abiertos, como si buscara algo. Contengo el aliento y espero un instante, completamente quieto, y de pronto, con apenas un ruido, la laucha desaparece como una ráfaga de viento. ¡Ah! ¿No es esto felicidad?

I: He quitado el hait'ang y el chihching (

[\[19\]](#)) que había frente a mi estudio y acabo de plantar diez o veinte verdes bananeros. ¡Ah! ¿No es esto felicidad?

I: Estoy bebiendo con algunos amigos románticos, en una noche de primavera y me siento a medias embriagado; me es difícil cesar de beber, e igualmente difícil seguir bebiendo. Un sirviente comprensivo, a mi lado trae de pronto una caja de grandes cohetes, alrededor de una docena, y me levanto de la mesa y voy a encenderlos. El olor del azufre me entra por la nariz y me llega al cerebro, y siento todo el cuerpo confortado. ¡Ah! ¿No es esto felicidad?

I: Escuchar a nuestros hijos que recitan los clásicos tan de corrido, como el sonido del agua que se vierte de una jarra. ¡Ah! ¿No es esto felicidad?

I: Por no tener nada que hacer, después de una comida voy a las tiendas y me encapricho por una cosita. Después de regatear un rato, discutimos todavía por una pequeña diferencia, pero el mozo de la tienda se niega a vender. Entonces saco una cosita de la manga, que vale casi lo mismo que la diferencia, y la arrojo al mozo. El mozo sonríe de pronto, y se inclina cortésmente, diciendo: " Oh, es usted muy generoso!"  Ah!  No es esto felicidad?

I: Nada tengo que hacer después de una comida y trato de revisar las cosas guardadas en viejos arcenes. Veo que hay docenas o centenares de pagarés de

gente que debe dinero a mi familia. Algunos han muerto y otros viven todavía, pero de todos modos no hay esperanza de que devuelvan el dinero. Sin que me vean, hago una pila con los papeles, y enciendo con ellos una hoguera, y miro al cielo y veo desaparecer la última huella del humo. ¡Ah! ¿No es esto felicidad?

I: Es un día de verano. Salgo descalzo y con la cabeza descubierta, con un quitasol, para ver a los jóvenes que entonan canciones del pueblo de Soochow mientras trabajan en la rueda de agua del molino. El agua salta sobre la rueda en un tumultuoso torrente, como plata derretida o como nieve fundida en

las montañas. ¡Ah! ¿No es esto felicidad?

I: Me despierto de mañana y me parece oír que alguien suspira y dice que anoche murió alguien. Pregunto inmediatamente quién, y me entero de que es el tipo más astuto, más calculador de la aldea. ¡Ah! ¿No es esto felicidad?

I: Despierto temprano en una mañana de estío, y veo que están aserrando un largo tronco de bambú para emplearlo como caño de agua, bajo un cobertizo de esteras. ¡Ah! ¿No es esto felicidad?

I: Camino por la calle y veo a dos pobres tunantes que discuten acaloradamente, con las caras encendidas y llenos los ojos de furor,

como si fueran enemigos mortales, aunque pretenden ser ceremoniosos, pues alzan los brazos y doblan las cinturas para saludarse, y emplean el lenguaje más culto; se tratan de tú y de ti. y dicen por lo tanto, y ¿no es así/ El palabrerío es interminable. De pronto aparece un hombre grande y morrudo, que agita los brazos y se— acerca a ellos y con un grito les ordena que se marchen. ¡Ah! ¿No es esto felicidad?

I: Ha estado lloviendo un mes entero, y estoy tendido en cama, por la mañana, como un ebrio o un enfermo, y me niego a levantarme. De pronto escucho un coro de pájaros que anuncian un día claro. Corro rápidamente la

cortina, abro la ventana y veo el sol hermoso que brilla y resplandece, y el bosque invita a darse un baño. ¡Ah! ¿No es esto felicidad?

I: De noche me parece escuchar que alguien piensa en mí a la distancia. Al día siguiente voy a visitarle. Entro por su puerta y miro en torno a su cuarto, y le veo sentado ante su escritorio, cara al sur, leyendo un documento. Me ve, asiente suavemente y me toma por la manga para hacerme sentar, diciendo: "Ya que estás aquí, ven a mirar esto." Y reímos y gozamos hasta que han desaparecido las sombras de las paredes. Siente hambre, y me pregunta lentamente: "¿También tú tienes

hambre?" ¡Ah! ¿No es esto felicidad?

I: Sin tener serias intenciones de construirme una casa, empecé a construir, sin embargo, porque inesperadamente me llegó una pequeña suma de dinero. Desde ese día, todas las mañanas y todas las noches se me decía que necesitaba comprar madera y piedras y tejas y ladrillos y argamasa y clavos. Y he explorado y agotado todos los medios de conseguir dinero, todo a causa de esta casa, pero sin poder vivir en ella todo este tiempo, hasta que me resigné a tal estado de cosas. Un día, por fin, está terminada la casa, han blanqueado las paredes y barrido los pisos; se han pegado las ventanas de

papel y colgado pinturas de las paredes. Todos los trabajadores se han marchado, todos mis amigos han llegado y están sentados en sitios diferentes, en orden. ¡Ah! ¿No es esto felicidad?

I: Estoy bebiendo, una noche de invierno, y de pronto noto que la noche se ha puesto sumamente fría. Abro la ventana y veo caer los copos de nieve del tamaño de una mano, y ya hay tres o cuatro pulgadas de nieve en la tierra. ¡Ah! ¿No es esto felicidad?

I: Cortar con un cuchillo afilado una brillante sandía verde sobre una gran fuente escarlata, una tarde de verano. ¡Ah! ¿No es esto felicidad?

I: Hace tiempo he deseado ser

monje, pero me preocupaba porque entonces no me estaría permitido comer carne. Pero si se me permitiera ser monje y comer carne en público, ¡pues entonces calentaría un cuenco de agua y con la ayuda de una aguzada navaja me afeitaría la cabeza en un mes de verano! ¡Ah! ¿No es esto felicidad?

I: Mantener tres o cuatro manchas de eczema en una parte privada de mi cuerpo, y quemarlas o bañarlas de vez en cuando con agua caliente tras puertas cerradas. ¡Ah! ¿No es esto felicidad?

I: Encontrar una carta manuscrita de algún viejo amigo en un arcón. ¡Ah! ¿No es esto felicidad?

I: Un sabio pobre viene a pedirme

dinero, pero tiene timidez antes de mencionar el tema, y por ello deja que la conversación derive sobre otros temas. Veo su incómoda situación, lo hago a un lado, adonde estamos solos, y le pregunto cuánto necesita. Luego entro a casa y le doy el dinero, y después de hacerlo le pregunto: "¿Tiene usted que irse inmediatamente a arreglar este asunto, o puede quedarse un rato y beber algo conmigo?" ¡Ah! ¿No es esto felicidad?

I: Estoy sentado en un bote. Hay buen viento en nuestro favor, pero el bote no tiene velas. De pronto aparece una gran barca, que avanza tan veloz como el viento. Trato de enganchar el

bote a la barca con la esperanza de que nos remolque, e inesperadamente el gancho prende en la barca. Lanzo entonces una cuerda, y nos remolcan, y empiezo a cantar los versos de Tu Fu: "El verde me hace sentir ternura hacia los picachos, y el rojo me dice que hay naranjas." Y estallamos en gozosas carcajadas. ¡Ah! ¿No es esto felicidad?

I: Hace tiempo que busco una casa para compartirla con un amigo, pero no he podido encontrar una que nos acomode. De pronto alguien trae la noticia de que hay una casa, no demasiado grande, sino de unas doce habitaciones, y que da a un gran río y tiene hermosos árboles verdes en torno.

Pido a este hombre que me acompañe a comer, y después de la comida vamos juntos a ver la casa, porque no tenemos idea de cómo es. Al entrar por el portón, veo que hay un gran terreno baldío de unas seis o siete mow, y me digo: "En adelante no tendré que preocuparme por la provisión de verduras y melones." ¡Ah! ¿No es esto felicidad?

I: Un viajero vuelve a su casa después de un largo trayecto y ve la vieja puerta de la ciudad y oye a las mujeres y los niños, en ambas márgenes del río, que hablan su dialecto. ¡Ah! ¿No es esto felicidad?

I: Cuando se rompe una buena pieza de porcelana, ya se sabe que no hay

esperanzas de repararla. Cuanto más vueltas se le dan, cuanto más se la mira, tanto más se exaspera uno. Yo entrego entonces la porcelana al cocinero, y le digo que la utilice como una vasija vieja, y le ordeno que no deje jamás que esa vasija vuelva al alcance de mis ojos. ¡Ah! ¿No es esto felicidad?

I: No soy un santo y, por ende, no estoy libre de pecado. Por la noche hice algo malo, y me despierto por la mañana y me siento muy incómodo. De pronto recuerdo lo que enseña el budismo, que no ocultar los pecados es lo mismo que el arrepentimiento. Y entonces empiezo a contar mí pecado a todos los que me rodean, sean extraños o viejos amigos.

[Ah! ¿No es esto felicidad?

I: Mirar cómo alguien escribe grandes letras de un pie de altura. ¡Ah! ¿No es esto felicidad?

I: Abrir la ventana y hacer que salga del cuarto una avispa. [Ah! ¿No es esto felicidad?

I: Un magistrado ordena que redoble el tambor, y da por terminado el día. ¡Ah! ¿No es esto felicidad?

I: Ver un incendio en la pradera. ¡Ah! ¿No es esto felicidad?

I: Haber terminado de pagar todas las deudas. ¡Ah! ¿No es esto felicidad?

I: Leer el Cuento de Cabeza Ensortijada (

[20]). ¡Ah! ¿No es esto felicidad?

¡Pobre Byron, que sólo tuvo tres horas felices en la vida! Era un espíritu mórbido y enormemente desequilibrado, o sólo fingía el Weltschmerz de moda en su década. Me creo obligado a sospechar que, si no hubiera estado tan de moda el sentimiento de Weltschmerz, Byron habría confesado por lo menos treinta horas felices en lugar de tres. ¿No es evidente, por lo que antecede, que el mundo es en verdad un festín de la vida, que se ha dispuesto para que lo gocemos sencillamente con nuestros

sentidos, y que un tipo de cultura que reconoce estos placeres sensuales nos posibilita con ello para admitirlos francamente? Tengo la sospecha de que la razón por la cual cerramos voluntariamente los ojos a este mundo, glorioso, vibrante con su propia sensualidad, es la de que los espiritualistas nos han llevado a temer los sentidos. Un tipo más noble de filosofía debería restablecer nuestra confianza en este hermoso órgano receptor que tenemos, y que llamamos cuerpo, y desterrar primero el desprecio por nuestros sentidos, y después el temor a nuestros sentidos. A menos que estos filósofos puedan sublimar la

materia y eterealizar nuestro cuerpo, para convertirlo en un alma sin nervios, sin sabor, sin olfato y sin sentidos del color y del movimiento y del tacto, y a menos que estemos prontos para hacer lo mismo que los hindúes que se mortifican la carne, debemos enfrentarnos valientemente con lo que somos. Porque sólo una filosofía que reconozca la realidad puede conducirnos a la verdadera felicidad, y sólo esa clase de filosofía es buena y sana.

IV. INCOMPRESIÓN DEL MATERIALISMO

La descripción que hace Chin de los momentos felices de su vida, nos debe haber convencido ya de que en la vida humana real los placeres mentales y físicos están inseparablemente enlazados. Yo incluiría también los placeres morales. El que predica cualquier clase de doctrina debe estar dispuesto a que se le comprenda mal, como los epicúreos y los estoicos. ¡Cuan a menudo deja de advertir la gente la esencial bondad de espíritu de un estoico como Marco Aurelio, y cuan a menudo la doctrina epicúrea de sabiduría y constreñimiento ha sido interpretada popularmente como la doctrina del hombre de placer! Se dirá

en seguida contra este criterio un poco materialista de las cosas, que es egoísta, que carece por completo del sentido de la responsabilidad social, que enseña a gozar solamente del yo. Esta clase de argumento proviene de la ignorancia; quienes lo emplean no saben de qué están hablando. No conocen la bondad del cínico, ni la suavidad de temperamento de estos amantes de la vida. El amor al prójimo no debe ser una doctrina, un artículo de fe, un punto de convicción intelectual o una tesis apoyada en argumentos. El amor por la humanidad que requiere razones, no es un verdadero amor. Este amor debería ser perfectamente natural, tan natural

para el hombre como es para los pájaros agitar las alas. Debería ser un sentimiento directo y brotar naturalmente de un alma sana que vive en contacto con la Naturaleza. Un hombre que ame de verdad a los árboles no puede ser cruel con los animales o con sus semejantes. En un espíritu perfectamente sano, que obtiene una visión de la vida y de sus semejantes, y un conocimiento verdadero y hondo de la Naturaleza, la bondad es cosa natural. Esa alma no necesita ninguna filosofía o religión hecha por el hombre que le ordene ser buena. Porque su espíritu ha sido debidamente nutrido a través de sus sentidos, algo apartado de la vida

artificial y de las enseñanzas aun más artificiales de la vida humana, ese hombre puede conservar una verdadera salud mental y moral. No se nos puede acusar, pues, de enseñar el egoísmo cuando estamos cavando la tierra y agrandando el pozo del que surgirá naturalmente esta fuente de bondad.

El materialismo ha sido incomprendido, lastimosamente incomprendido. Sobre esto debo dejar que hable por nosotros George Santayana, que se describe como "un materialista, quizá el único que vive", y que, no obstante, como todos sabemos, es probablemente uno de los dulces espíritus de la actual generación. Él es

quien nos dice que nuestro prejuicio contra la filosofía materialista es el prejuicio de quien mira desde afuera. Se obtiene una sensación de asombro ante cierta deficiencia que sólo es aparente en la comparación con el viejo credo propio. Pero se puede comprender de verdad cualquier credo o religión o país extraño sólo cuando se entra a vivir en espíritu en ese nuevo mundo. Hay un sobresalto y una alegría, una totalidad de sentimientos en esto que se llama "materialismo", que no alcanzamos, por lo común, a verlo por entero. Como nos dice Santayana, el verdadero materialista es siempre, como Demócrito, el filósofo riendo. Somos

nosotros, los "materialistas involuntarios", que aspiramos al esplritualismo pero vivimos una egoísta vida material, "quienes hemos sido, en general, torpemente intelectuales e incapaces de risa".

Pero un materialista cabal, nacido con esta fe y no sumergido en ella a medias por un inesperado bautismo en agua fría, será como el soberbio Demócrito, un filósofo riente. Su deleite por un mecanismo que puede caer en tantas formas maravillosas y bellas, y puede generar tantas pasiones excitantes, ha de ser de la misma calidad intelectual que el que siente el visitante en un museo de historia natural, donde ve las

innumerables mariposas en sus cajas, los flamencos y los peces, los mamuts y los gorilas. Sin duda hubo dolores en esa, ¿"ida incalculable, pero pronto pasaron; y ¡cuan espléndido fue entretanto el espectáculo, cuan infinitamente interesante el interjuego universal, y cuan tontas e inevitables esas pasioncillas absolutas! Algo de esta suerte podría ser el sentimiento que despertaría el materialismo en una mente vigorosa: un sentimiento activo, gozoso, impersonal y con respecto a las ilusiones privadas, no sin un asomo de desdén.

Jamás ha sido insensible a los sufrimientos genuinos de las criaturas

vivas la ética que acompaña al materialismo; por lo contrario, como otros sistemas misericordiosos, ha temblado demasiado ante el dolor y tendido a retirar ascéticamente la voluntad, para que la voluntad no fuese vencida. El desprecio por los pesares mortales está reservado para quienes con hosannas conducen el carro de Juggernaut del optimismo absoluto. Pero contra los males nacidos de la vanidad pura y el autoengaño, contra la verborragia con que se persuade el hombre de que es la meta y ja cumbre del universo, la risa es la defensa adecuada. La risa posee también la sutil ventaja de que no tiene por qué pasarse

sin un tono de simpatía y de fraternal comprensión; como la risa que saluda los absurdos y las desventuras de Don Quijote no es una burla de las intenciones del héroe. Su ardor era admirable, pero el mundo debe ser conocido antes de que se le pueda reformar de modo pertinente, y la felicidad, para ser lograda, debe estar colocada en la razón (

[\[21\]](#)).

¿Cuál, pues, es esta vida mental, o esta vida espiritual, de la que siempre hemos estado tan orgullosos, y que

siempre ponemos por encima de la vida de los sentidos? Infortunadamente, la biología moderna tiene la tendencia a seguir al espíritu hasta su cueva, y descubrir que es un conjunto de fibras, líquidos y nervios. Casi creo que el optimismo es un fluido, o por lo menos una condición de los nervios que se hace posible por ciertos fluidos circulantes. ¿De dónde sale la vida mental, de dónde obtiene su ser y deriva su alimento? Desde hace tiempo señalan los filósofos que todo conocimiento humano proviene de la experiencia sensoria. No podemos lograr conocimiento de especie alguna sin los sentidos de la vista y el tacto y el olfato, tal como una cámara no puede

obtener fotografías sin un lente y una placa sensible. La diferencia entre un hombre hábil y un tipo tonto es que el primero tiene un mejor juego de lentes y aparatos de percepción, con el cual logra una imagen más viva de las cosas y la conserva más tiempo. Y para ir del conocimiento de los libros al conocimiento de la vida, no basta tan sólo pensar o ponderar; hay que palpar el camino, tener la sensación de las cosas como son y lograr una impresión correcta de los innumerables aspectos de la vida humana y la naturaleza humana, no como partes sin relación, sino como un todo. En este punto de sentir la vida y de ganar experiencia

cooperan todos nuestros sentidos, y es a través de la cooperación de los sentidos y del corazón con la cabeza como podemos tener calor intelectual. Después de todo, el calor intelectual es lo que importa, porque es el signo de la vida, como el color verde en una planta. Notamos la vida en el pensamiento por la presencia o ausencia de calor en él, como notamos la vida en un árbol casi seco que lucha después de algún accidente desgraciado, al ver el verdor de sus hojas y la humedad y sana textura de su fibra.

V. ¿Y LOS PLACERES MENTALES?

Tomemos los placeres de la mente y del espíritu que se suponen más altos, y veamos hasta qué punto se hallan vitalmente conectados con nuestros sentidos, más que con nuestro intelecto. ¿Qué son esos placeres espirituales más altos que distinguimos de los de los sentidos más bajos? ¿No son partes de la misma cosa, no se arraigan y terminan en los sentidos, no son inseparables de ellos? Al recorrer esos placeres más altos de la mente —literatura, arte, música, religión y filosofía— vemos qué escaso papel representa el intelecto en comparación con los sentidos y los sentimientos. ¿Qué hace una pintura sino darnos un panorama o un retrato y

recordar en nosotros los placeres sensorios de ver un verdadero panorama o un rostro hermoso? Y, ¿qué hace la literatura sino crear de nuevo un cuadro de la vida, darnos la atmósfera y el color, el fragante perfume de los prados o el hedor de los albañales ciudadanos? Todos decimos que una novela se acerca a la norma de la verdadera literatura en la proporción en que nos da personajes y emociones verdaderas. El libro que nos aleja de esta vida humana, o que simplemente, fríamente, hace su disección, no es literatura, y cuanto más humanamente verdadero sea un libro tanto mejor literatura lo consideraremos. ¿Qué novela gusta a un lector si sólo

contiene un frío análisis, si no alcanza a darnos la sal y la aspereza y el sabor de la vida?

En cuanto a lo demás, la poesía no es más que la verdad coloreada con emoción, la música es sentimiento sin palabras, y la religión es sólo sabiduría expresada en fantasía. Como la pintura está basada en el sentido del color y la vista, la poesía se basa en el sentido del oído, del tono y del ritmo, además de su verdad emocional. La música es sentimiento puro, y carece del todo del lenguaje de las palabras, que es el único con el cual puede operar el intelecto. La música puede retratarnos los sonidos de campanas y de mercados y de batallas;

puede retratarnos hasta la delicadeza de las flores, el ondulado movimiento de las olas, o la dulce serenidad de un rayo de luna; pero en el momento en que da un paso fuera del límite de los sentidos y trata de retratarnos una idea filosófica, debe ser considerada decadente, y producto de un mundo decadente.

¿No empezó con la razón misma la degeneración de la religión? Como dice Santayana, el proceso de la degeneración de la religión se debió al exceso de razonamiento: "Esta religión, desgraciadamente, cesó hace mucho tiempo de ser sabiduría expresada en fantasía, para convertirse en superstición recargada de

razonamiento." La decadencia de la religión se debe al espíritu pedante, en la invención de credos, fórmulas, artículos de fe, doctrinas y apologías. Nos hacemos cada vez menos píos, a medida que justificamos más, y racionalizamos nuestras creencias, y nos mostramos tan seguros de estar en lo cierto. Por eso es que toda religión se convierte en estrecha secta, que cree haber descubierto la única verdad. La consecuencia es que cuanto más justificamos nuestras creencias, tanto más estrechos de criterio nos hacemos, como es evidente en todas las sectas religiosas. Esto ha hecho posible que la religión se asocie con las peores formas

de intolerancia, estrechez de criterio y hasta egoísmo puro en la vida personal. Tales religiones alimentan el egoísmo del hombre, no sólo porque le imposibilitan para ser ecuánime con otras sectas, sino también porque convierten la práctica de la religión en un negocio privado entre Dios y él, un negocio por el cual la primera de las partes es glorificada por la segunda, que canta himnos e invoca su nombre en todas las ocasiones posibles, y á cambio de ello la primera de las partes bendice a la segunda, le bendice particularmente, más que a cualquier otra persona, y a su familia más que a cualquier otra familia. Por esa razón vemos que el egoísmo

natural se lleva tan bien con algunas de esas ancianas tan "religiosas" y tan frecuentadoras de iglesias. Al fin, el sentido de la autojustificación, de haber descubierto la única verdad, desplaza a todas las bellas emociones que dieron origen a la religión.

No puedo ver ninguna otra razón de la existencia del arte y la poesía y la religión, salvo la de que tienden a restaurar en nosotros una frescura de visión y un resplandor más emocional y un sentido más vital en la vida. Porque a medida que envejecemos se entorpecen gradualmente nuestros sentidos, se hacen más duras nuestras emociones ante el sufrimiento y la injusticia y la crueldad,

y nuestra visión de la vida se tuerce por la excesiva preocupación debida a realidades frías y triviales. Afortunadamente, tenemos unos pocos poetas y artistas que no han perdido la sensibilidad agudizada, la bella respuesta emotiva y la frescura de visión, y cuyos deberes, por ende, consisten en ser nuestra conciencia moral, en sostener un espejo ante nuestra visión empobrecida, en elevar el tono de nuestros nervios agostados. El arte debería ser una sátira y una advertencia contra nuestras emociones paralizadas, nuestros pensamientos sin vida, y nuestra vida sin naturalidad. Nos enseña la sencillez en un mundo artificial.

Debería devolvernos salud y cordura de vivir, y permitirnos sanar de la fiebre y el delirio causados por el exceso de actividad mental. Debería afinar nuestros sentidos, restablecer la conexión entre nuestra razón y nuestra naturaleza humana, y volver a unir en un todo las partes deterioradas de una vida en dislocación, mediante la restauración de nuestra naturaleza original. ¡Cuitado es en verdad un mundo en que tenemos conocimiento sin comprensión, crítica sin apreciación, belleza sin amor, verdad sin pasión, rectitud sin misericordia, y cortesía sin tibieza en el corazón!

En cuanto a la filosofía, ejercicio

del espíritu por excelencia, es aun mayor el peligro de que perdamos el sentimiento de la vida misma. Puedo comprender que haya deleite mental en la solución de una larga ecuación matemática o en la percepción de un orden grandioso en el universo. Esta percepción de un orden es probablemente el más puro de todos nuestros placeres mentales, y sin embargo, yo la cambiaría por una comida bien preparada. En primer lugar, es de por sí una rareza, un subproducto de nuestras ocupaciones mentales, deleitable porque es gratuita, pero de ningún modo tan imperativa para nosotros como otros procesos vitales.

Ese placer intelectual es, después de todo, similar al placer de resolver con fortuna un problema de palabras cruzadas. En segundo lugar, el filósofo, en este momento, suele engañarse, enamorarse de su perfección abstracta, y concebir en el mundo una perfección lógica mayor de la que en verdad autoriza la misma realidad. Es un cuadro tan falso de las cosas como cuando pintamos una estrella de cinco picos: una reducción a fórmulas, una estilización artificial, una supersimplificación. Mientras no nos excedamos es bueno este placer por la perfección, pero debemos recordar que millones de personas pueden ser felices

sin descubrir esta sencilla unidad de diseño. En verdad, podemos pasarnos en la vida sin ella. Prefiero hablar con una sirvienta negra que con un matemático; las palabras de la primera son más concretas, más animada su risa, y en general logro un mayor conocimiento de la naturaleza humana cuando hablo con ella. Soy un materialista tal, que en cualquier momento prefiero la carne de cerdo a la poesía, y suelo renunciar a un trozo de filosofía por un trozo de lomo, bien asado, jugoso y guarnecido con una buena salsa.

Sólo si ponemos a la vida sobre el pensamiento podemos salir de este calor y del viciado aire de la filosofía, y

recobrar algo de la frescura y la naturalidad del niño. Todo filósofo verdadero debería avergonzarse de serlo cuando ve a un niño, o a un cachorro de león en una jaula. ¡Cuan perfectamente le ha formado la naturaleza, con sus garras, sus músculos, su hermosa piel, sus orejas vivarachas, sus brillantes ojos, su agilidad y su sentido del juego! El filósofo debería avergonzarse de que la perfección hecha por Dios pasa a veces a ser imperfección hecha por el hombre, avergonzarse de usar anteojos, de no tener apetito, de sentirse a menudo dolorido en el espíritu o el corazón, y de no tener conciencia alguna de la

diversión en la vida. Nada puede ganarse de este tipo de filósofo, porque nada de lo que diga puede sernos de importancia. Sólo puede sernos útil la filosofía que se da alegremente la mano con la poesía y establece para nosotros una visión más exacta, primero de la naturaleza, y después de la naturaleza humana.

Toda filosofía de la vida, para ser adecuada, debe basarse en la armonía de nuestros instintos dados. El filósofo demasiado idealista se ve pronto burlado por la misma naturaleza. La más alta concepción de la dignidad humana, de acuerdo con los confucianistas chinos, es la de que el hombre llegue

finalmente a su mayor altura, que sea igual al cielo y la tierra, porque vive de acuerdo con la naturaleza. Esta es la doctrina que se da en El medio de oro, escrito por el nieto de Confucio.

Lo que es dado por Dios se llama naturaleza; seguir a la naturaleza se llama Tao (el camino) (

[1221](#)): cultivar el camino se llama cultura. Antes de que se exprese la alegría, el furor, la tristeza y la felicidad, se les llama el ser interior; cuando se expresan en grado debido se les llama armonía. El ser interior es el correcto fundamento del mundo, y la armonía es el Camino ilustre. Cuando un

hombre ha logrado el ser interior y la armonía, el cielo y la tierra están en orden y con ello se nutren y crecen las mil cosas.

Llegar a la comprensión, desde el ser verdadero, se llama naturaleza; y llegar al yo verdadero desde la comprensión se llama cultura; quien es su yo verdadero tiene por ello comprensión, y quien tiene comprensión encuentra por ello su yo verdadero. Sólo quienes son sus propios seres absolutos en el mundo pueden cumplir su propia naturaleza; sólo quienes cumplen la naturaleza de los otros pueden cumplir

la naturaleza de las cosas; los que cumplen la naturaleza de las cosas merecen ayudar a la Madre Naturaleza a que haga crecer y sostenga la vida: y quienes merecen ayudar a la Madre Naturaleza a que haga crecer y sostenga la vida, son los iguales del cielo y la tierra.

CAPITULO VII

LA

IMPORTANCIA

DE LA

HOLGANZA

I. EL HOMBRE, ÚNICO ANIMAL QUE TRABAJA

El festín de la vida está, pues, ante

nosotros, y la única cuestión es el apetito que tendremos para comerlo. Lo que importa es el apetito, no el festín. Al fin y al cabo, lo más sorprendente que hay en el hombre es su ideal del trabajo, y la cantidad de trabajo que se impone a sí mismo, o que le ha impuesto la civilización. Toda la naturaleza se dedica a la holganza, y sólo el hombre trabaja por su sustento. Trabaja porque tiene que hacerlo, porque con el progreso de la civilización, la vida se hace más compleja, con deberes, responsabilidades, temores, inhibiciones y ambiciones, no nacidas de la naturaleza, sino de la sociedad humana. Mientras estoy aquí sentado ante mi

escritorio, una paloma vuela en torno al campanario de una iglesia, frente a mi ventana, sin preocuparse por lo que va a tener para el almuerzo. Sé que mi almuerzo es cosa más complicada que el de la paloma, y que los pocos artículos alimenticios que tomo afectan a miles de personas en su trabajo y un complicado sistema de cultivo, venta, transporte, entrega y preparación. Por eso es que cuesta más al hombre que a los animales conseguir comida. No obstante, si una bestia de la selva quedara suelta en una ciudad y obtuviera cierta comprensión del significado de la atareada vida humana, sentiría mucho escepticismo y asombro acerca de esta sociedad

humana.

El primer pensamiento que tendría esa bestia de la selva sería el de que el hombre es el único animal que trabaja. Con excepción de unos pocos caballos de tiro y de bueyes, hasta los animales domésticos están privados de la necesidad de trabajar. Los perros de policía son llamados rara vez a cumplir su deber; un perro encargado de la vigilancia de una casa juega casi todo el tiempo, y echa una buena siesta por la mañana, cada vez que encuentra un lugar tibio al sol; el gato aristocrático no trabaja por su sustento, por cierto, y como está dotado de una agilidad física que le permite no tener en cuenta las

paredes del vecino, hasta es inconsciente de su cautividad: va adonde quiere ir. De modo, pues, que tenemos a esta laboriosa humanidad, sola, enjaulada y domesticada, pero no alimentada, porque —por la fuerza de esta civilización y de la compleja sociedad— está en la obligación de trabajar y de preocuparse por el problema de su sustento. La humanidad tiene sus ventajas, bien lo sé: los placeres del conocimiento, los deleites de la conversación y las alegrías de la imaginación como, por ejemplo, presenciar una obra de teatro. Pero sigue en pie el hecho esencial de que la vida humana se ha complicado en demasía, y

la cuestión de alimentarnos, directa o indirectamente, ocupa mucho más del noventa por ciento de nuestras actividades humanas. La civilización es sobre todo el problema de obtener comida, y el progreso es ese camino que hace cada vez más difícil obtener la comida. Si no hubiera sido tan difícil para el hombre obtener su comida, no habría habido razón alguna para que la humanidad trabajara tanto.

El peligro es que nos civilicemos en exceso y lleguemos al punto, como hemos llegado ya en verdad, de que obtener la comida sea tan penoso que perdamos el apetito en el proceso de conseguirla. Esto parece no tener mucho

sentido, desde el punto de vista de la bestia de la selva lo mismo que del filósofo.

Cada vez que veo el horizonte de una ciudad o miro a los techos, me asusto. Es positivamente asombroso. Dos o tres tanques de agua, el reverso de dos o tres armazones de acero para anuncios, quizá un campanario o dos, y una extensión de azoteas de asfalto y ladrillos que suben en contornos cuadrados, agudos, verticales, sin forma ni orden, rociados por algunas chimeneas sucias, descoloridas, unas pocas cuerdas con ropa lavada, y líneas entrecruzadas de antenas radiotelefónicas. Y al mirar hacia abajo,

a una calle, veo otra vez una extensión de paredes grises, o de rojos ladrillos descoloridos, con ventanas pequeñas, y oscuras, uniformes, en filas iguales, a medias abiertas y a medias ocultas por cortinas, y quizá en un alféizar una botella de leche, y unas pocas macetas con enfermizas florecillas en otras. Una niña sube a la azotea con su perro y se sienta en un escalón todas las mañanas para conocer un poco de sol. Y al levantar otra vez la vista veo filas sobre filas de techos, millas de techos extendidos en feos contornos cuadrados hacia la distancia. Más tanques de agua, más casas de ladrillo. Y la humanidad vive aquí. ¿Cómo vive cada familia

detrás de una o dos de esas sombrías
ventanas? ¿En qué trabajan para vivir?
Es pasmoso. Detrás de cada dos o tres
ventanas, una pareja va a la cama noche
a noche, como las palomas que vuelven
al palomar; despiertan y toman el café
matinal, y el marido sale a la calle, a
buscar pan para la familia, mientras la
esposa trata persistente,
desesperadamente, de barrer el polvo y
mantener limpio su lugarcito. A las
cuatro o cinco de la tarde salen a sus
umbrales para conversar con sus
vecinos, para mirarlos y tomar un poco
de aire fresco. Cae después la noche,
están muertos de cansancio y otra vez
van a dormir. ¡Y así viven!

Hay otras gentes, más acomodadas, que viven en mejores departamentos. Habitaciones más "artísticas", más hermosas pantallas en las luces. ¡Más ordenados y más limpios! Tienen un poco más de espacio, pero sólo un poco más. ¡Alquilar un departamento de siete habitaciones, y no hablemos de poseerlo, se considera un lujo! Pero no implica más felicidad, Menos preocupación financiera y no tantas deudas en que pensar, es cierto. Pero, también, más complicaciones emocionales, más divorcios, más maridos-gatos que no vuelven a casa de noche, y más parejas que van a merodear juntas de noche, buscando

alguna forma de disipación. La palabra es diversión. ¡Buen Dios, claro que necesitan una diversión de esas monótonas, esas uniformes paredes de ladrillo, y esos pulidos pisos de madera! Claro está que van a mirar mujeres desnudas. Por consiguiente, más neurastenia, más aspirina, más enfermedades costosas, más colitis, apendicitis y dispepsia, más cerebros blandos y más hígados endurecidos, más duodenos ulcerados e intestinos lacerados, estómagos sobrecargados y riñones excedidos, vejigas inflamadas y bazo maltratado, corazones dilatados y nervios destruidos, más pechos hundidos y alta presión arterial, más diabetes,

enfermedad de Bright, paludismo, insomnio, arteriosclerosis, hemorroides, fístulas, disentería crónica, constipación crónica, pérdida del apetito y cansancio de la vida. Para hacer perfecto el cuadro, más perros y menos niños. La cuestión de la felicidad depende enteramente de la cualidad y temperamento de los hombres y mujeres que viven en estos elegantes departamentos. Algunos tienen, por cierto, una linda vida; otros no. Pero, en conjunto, quizá sean menos felices que la gente trabajadora; tienen más ennui y más tedio. Pero poseen un automóvil y quizá una casa de campo. ¡Ah, la casa de campo: eso es su salvación! De modo,

pues, que la gente trabaja mucho en el campo para poder ir a la ciudad a fin de ganar suficiente dinero y volver otra vez al campo.

Y al dar un paseo por la ciudad vemos que detrás de la avenida principal, con salones de belleza y florerías y agencias de navegación hay otra calle con droguerías, almacenes, ferreterías, peluquerías, lavaderos, restaurantes baratos, puestos de diareros. Atribulamos durante una hora, y si estamos en una ciudad grande, no hemos salido de ella; sólo se ven más calles, más droguerías, almacenes, ferreterías, peluquerías, lavaderos, restaurantes baratos y puestos de

diareros. ¿Cómo se gana la vida esa gente? ¿Por qué ha venido aquí? Muy sencillo. Los lavaderos lavan la ropa de los peluqueros y mozos de restaurante, los mozos de restaurante atienden a los peluqueros y a los empleados del lavadero mientras comen, y los peluqueros cortan el cabello a los lavaderos y camareros. Esto es la civilización. ¿No es asombroso? Apostaría a que algunos de los lavaderos, peluqueros y camareros jamás se aventuran diez cuadras más allá del lugar donde trabajan la vida entera. Gracias a Dios que tienen por lo menos el cinematógrafo, donde pueden ver pájaros que cantan y árboles que

crecen y se mueven en la pantalla. Turquía, Egipto, los Montes Himalayas, los Andes, tormentas, naufragios, ceremonias de coronación, hormigas, orugas, ratas almizcleras, una lucha entre lagartos y escorpiones, colinas, olas, arenas, nubes y hasta la luna: ¡todo en la pantalla!

¡Oh, sabia humanidad, terriblemente sabia humanidad! A ti te canto. ¡Cuan inescrutable es la civilización en que los hombres laboran y trabajan y se preocupan hasta encanecer, por conseguir el sustento, y se olvidan de jugar!

II. LA TEORÍA CHINA DE LA

HOLGANZA

El norteamericano es conocido como un gran buscavidas, así como se conoce al chino como gran holgazán. Y como todos los que están opuestos se admiran recíprocamente, sospecho que el buscavidas norteamericano admira al holgazán chino tanto como el holgazán chino admira al buscavidas norteamericano. Se llama, a estas cosas, los encantos de los rasgos nacionales. No sé si eventualmente se juntarán Oriente y Occidente; lo cierto es que ya se están encontrando, y se encontrarán más y más estrechamente a medida que se extienda la civilización moderna, con

el aumento de facilidades de comunicación. Por lo menos en China no vamos a desafiar a esta civilización de la máquina, y allí habrá que resolver el problema de cómo llegaremos a fundir estas dos culturas, la antigua filosofía china de la vida y la moderna civilización tecnológica, e integrarlas en una especie de manera aplicable a la vida. Es mucho más problemática la cuestión de si la vida occidental será invadida alguna vez por la filosofía oriental, aunque nadie osaría ser profeta.

Después de todo, la cultura de la máquina nos acerca rápidamente a la edad de la holganza, y el hombre se verá obligado a jugar más y trabajar menos.

Es todo cuestión de ambiente, y cuando el hombre encuentre los ratos de ocio pendientes de la mano, se verá forzado a pensar más acerca de los medios de gozar sabiamente de ese ocio, conferido a él contra su voluntad por la rápida mejora de los métodos de producción apresurada. Al fin y al cabo, nadie puede predecir lo que ocurrirá en el siglo próximo. Ya sería muy que se atreviera a predecir la vida que habrá dentro de treinta años. La constante premura del progreso debe llegar por cierto algún día a un punto en que el hombre estará muy harto de todo, y empezará a hacer inventario de sus conquistas en el mundo material. No

puedo creer que, con el advenimiento de mejores condiciones materiales de la vida, cuando se eliminen las enfermedades, disminuya la pobreza, se prolongue la expectativa humana de la vida y abunde la comida, le interesará al hombre ser tan atareado como lo es hoy. No estoy seguro de la imposibilidad de que surja un temperamento más perezoso como resultado de ese nuevo ambiente.

Fuera de ello, el factor subjetivo es siempre tan importante como el objetivo. La filosofía llega como una forma de cambiar la perspectiva del hombre, y también su carácter. Cómo va a reaccionar el hombre hacia esta civilización de la máquina, depende de

qué clase de hombre sea. En el reino de la biología hay cosas tales como la sensibilidad al estímulo, lentitud o rapidez de reacción, y diversos comportamientos de diferentes animales en el mismo medio o el mismo ambiente. Algunos animales reaccionan más lentamente que otros. Aun en esta civilización de la máquina que, entiendo, comprende a los Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Alemania, Italia y Rusia, vemos que de diferentes temperamentos raciales nacen reacciones diferentes hacia la era mecánica. No se eliminan las probabilidades de reacciones individuales peculiares hacia el mismo

ambiente. En cuanto a China, creo que el tipo de vida resultante de ello será muy parecido al de Francia moderna, porque los temperamentos chino y francés son muy semejantes.

América del Norte es hoy el lugar más avanzado en civilización de la máquina, y se ha presumido siempre que el futuro de un mundo dominado por la máquina tenderá al presente tipo norteamericano y a su patrón de vida. Me siento inclinado a debatir esa tesis, porque nadie sabe todavía cuál va a ser el temperamento norteamericano. A lo sumo podemos describirlo como un temperamento en mutación. No creo imposible, de ningún modo, que se

produzca una restauración de ese período de la cultura de Nueva Inglaterra tan bien descrito en el nuevo libro de Van Wyck Brooks. Nadie puede decir que el florecimiento de la cultura de Nueva Inglaterra no fue una cultura típicamente norteamericana, y nadie puede decir por cierto que el ideal que esbozó Walt Whitman en su *Democratic vistas*, señalando al desarrollo de hombres libres y madres perfectas, no es el ideal del progreso democrático. Los Estados Unidos necesitan tan sólo que se les dé un breve respiro, y pueden aparecer —estoy segurísimo de que aparecerán— nuevos Whitman, nuevos Thoreau y nuevos Lowell, y entonces

esa vieja cultura norteamericana, interrumpida literal y figuradamente por la carrera del oro, podrá florecer 'de nuevo. ¿No será entonces el temperamento norteamericano algo muy distinto del actual, y muy próximo al temperamento de Emerson y Thoreau?

La cultura, según la entiendo yo, es esencialmente un producto de la holganza. El arte de la cultura es, pues, esencialmente, el arte de la holganza. Desde el punto de vista chino, el hombre que es sabiamente ocioso es el hombre más culto. Porque parece haber una contradicción filosófica entre ser atareado y ser sabio. Quienes son sabios no han de ser atareados, y quienes están

demasiado atareados no pueden ser sabios. El más sabio de los hombres, por consiguiente, es el que más graciosamente toma la holganza. Trataré de explicar aquí, no la técnica y las variedades de la holganza como se la practica en China, sino más bien la filosofía que nutre este divino deseo de holganza en China y da cauce a ese temperamento despreocupado, ocioso, bienaventurado —y a menudo poético— de los estudiosos chinos y, en grado menor, del pueblo chino en general. ¿Cómo nació ese temperamento chino, esa desconfianza de las consecuciones y los triunfos, y ese intenso amor a la vida misma?

En primer lugar, la teoría china del sosiego, según la expresa un autor comparativamente desconocido del siglo XVIII, Shu Paihsiang, que alcanzó felizmente el olvido, es como sigue: el tiempo es útil porque no se le usa. "El ocio en el tiempo es como el espacio desocupado en un cuarto". Toda joven que trabaja y alquila un cuartucho donde debe ser vitalizado cada centímetro de espacio, se siente sumamente incómoda porque no tiene lugar para moverse, y en cuanto obtiene un aumento de sueldo se muda a un cuarto mayor, donde hay un poco más de espacio sin usar, fuera de aquellos lugares estrictamente útiles ocupados por su cama, su tocador y su

cocinita de gas. Ese espacio desocupado es lo que hace habitable un cuarto, tal como nuestras horas de ocio son las que hacen soportable la vida. Tengo entendido que hay una acaudalada mujer que vive en Park Avenue, que compró un terreno vecino para impedir que construyeran un rascacielo junto a su casa. Paga una gran suma de dinero a fin de tener un espacio plena y perfectamente inútil, y me parece que jamás pudo gastar con mayor sabiduría su dinero.

A este respecto, puedo mencionar una experiencia personal. Nunca llegué a ver la belleza de los rascacielos en Nueva York, y sólo cuando fui a Chicago

comprendí que un rascacielo puede ser muy imponente y muy hermoso, si tiene un buen frente y por lo menos cuatrocientos metros de espacio desocupado a su alrededor. Chicago es afortunado a este respecto, porque tiene más espacio que Manhattan. Los altos edificios están mejor espaciados, y existe la posibilidad de obtener una vista ininterrumpida de ellos, desde una gran distancia. En sentido figurado, también nosotros estamos tan amontonados en la vida que no podemos gozar una libre perspectiva de las bellezas de nuestra vida espiritual. Nos falta frente espiritual.

III. EL CULTO DE LA VIDA OCIOSA

El amor chino por la holganza resulta de una combinación de causas. Nació de un temperamento, fue erigido en culto literario y halló su justificación en una filosofía. Se nutrió en un intenso amor por la vida, fue activamente sostenido por una corriente básica de romanticismo literario a través de las dinastías y, eventualmente, una filosofía de la vida, que en términos generales podríamos llamar taoísta, lo sancionó justo y sensato. La aceptación tan general de este criterio taoísta de la vida sólo prueba que hay sangre taoísta en el temperamento chino.

Y aquí debemos aclarar primero un punto. El culto romántico de la vida ociosa, que hemos definido como producto de la holganza, no fue, decididamente, para la clase acaudalada, según la comprendemos comúnmente. Habría sido ése un error inexcusable en el planteo del problema. Fue un culto para el estudioso pobre y sin buen éxito y humilde, que había escogido la vida ociosa o se vio forzado a llevarla. Al leer las obras maestras de la literatura china, y al imaginar al pobre maestro que enseñaba a los pobres estudiosos esos poemas y ensayos de glorificación de la vida sencilla y ociosa, no puedo dejar de pensar que

deben haber obtenido con ello una inmensa satisfacción personal y un gran consuelo espiritual. Las disquisiciones sobre las desventajas de la fama y las ventajas de la oscuridad resultaban placenteras a quienes habían fracasado en los exámenes civiles, y dichos como "comer tarde (con acrecido apetito) es comer carne" tendían a hacer que el mal ganapán se avergonzara menos ante su familia. No se puede cometer mayor error de juicio sobre la historia literaria que el de los jóvenes escritores proletarios chinos que acusan a los poetas Su Tungp'o y T'ao Yüanming y otros de pertenecer a la odiada inteligencia de la clase holgazana: Su,

que cantó "la clara brisa sobre el arroyo y la luciente luna sobre las colinas", y T'ao, que cantó al "rocío que humedece su falda" y a "una gallina anidada en lo alto de la morera". ¡Como si la brisa del río y la luna en las colinas y la gallina anidada en la morera pertenecieran solamente a la clase capitalista! Estos grandes hombres del pasado fueron más allá de la etapa de hablar de la situación de los campesinos y vivieron por sí mismos la vida de los pobres campesinos y hallaron paz y armonía en ella.

En ese sentido considero que el culto romántico de la vida ociosa es esencialmente democrático. Podemos

comprender mejor este culto romántico cuando nos imaginamos a Laurence Sterne en su viaje sentimental, o a Wordsworth y Coleridge en su caminata por Europa, con una gran sensación de belleza en el pecho pero muy poco dinero en la bolsa. Hubo una época en que no era menester ser rico para viajar, y aun hoy los viajes no tienen que ser sólo un lujo de ricos. En conjunto, el goce de la holganza es algo que cuesta decididamente menos que el goce del lujo. Todo lo que se necesita es un temperamento artístico dedicado a buscar una tarde perfectamente inútil vivida de una manera perfectamente inútil. La vida ociosa, en verdad, cuesta

poquísimo, como se tomó el trabajo de señalar Thoreau en Walden.

Los románticos chinos, en general, eran hombres dotados de una alta sensibilidad y una naturaleza vagabunda, pobres en posesiones terrenas pero ricos en sentimientos. Tenían un intenso amor por la vida, que se mostraba en su odio por toda la vida oficial y en una severa negativa a hacer al alma esclava del cuerpo. La vida ociosa, lejos de ser una prerrogativa de los ricos y poderosos y triunfantes (¡cuan ocupados están los norteamericanos triunfantes!) fue en China una consecución de la altura de ánimo, una altura de ánimo muy cercana al concepto occidental de la dignidad

del vagabundo, que es demasiado orgulloso para pedir favores, demasiado independiente para trabajar, y demasiado sabio para tomar muy en serio los triunfos del mundo. Esta altura de ánimo surgió y estuvo inevitablemente asociada a cierto sentido de desapego en cuanto al drama de la vida; provino de la cualidad de poder ver a través de las ambiciones y las locuras de la vida y las tentaciones de fama y riqueza. Por algún motivo, el estudioso de ánimo superior que estimaba más su carácter que sus realizaciones, su alma más que la fama o la riqueza, llegó a ser, por consenso común, el supremo ideal de la literatura

china. Era, inevitablemente, un hombre con gran sencillez de vida y orgulloso desprecio por el triunfo terrenal tal como lo entiende el mundo.

Los grandes hombres de letras de esta clase —T'ao Yüan-ming, Su Tungp'o, Po Chüyi, Yüan Chunglang, Yüan Tsets'ai— fueron llevados generalmente a cumplir un breve mandato de vida oficial, actuaron maravillosamente en ella, y se exasperaron luego por las eternas reverencias y recepciones y despedidas de otros funcionarios, abandonaron de buena gana las cargas de la vida oficial y volvieron sabiamente a la vida retirada. Yüan Chunglang escribió siete

solicitudes sucesivas a su superior, cuando era magistrado en Soochow, para quejarse de estas eternas reverencias, y para rogar que se le permitiera retornar a la vida del individuo libre y despreocupado.

Encontramos un ejemplo muy singular del elogio de la ociosidad en la inscripción que otro poeta, Po Yüchien, escribió para su estudio, al que llamaba El salón del ocio:

Soy demasiado perezoso para leer los clásicos taoístas, porque Tao no reside en los libros.

Demasiado perezoso para recorrer las Sutras (

[23]), porque no ahondan más en Tao de lo que parecen.

La esencia de Tao consiste en un vacío, claro y fresco. Pero, ¿qué es este vacío salvo ser todo el día como un loco? Demasiado perezoso soy para leer poesía porque, cuando ceso, la poesía se ha marchado;

Demasiado perezoso para tocar el ch'in porque la música muere en la cuerda donde nace;

Demasiado perezoso para beber vino porque allende el sueño del ebrio hay tíos y lagos;

Demasiado perezoso para jugar

ajedrez porque además de peones se pierden y ganan otras cosas;

Demasiado perezoso para mirar colinas y arroyos porque hay una pintura dentro del portal de mi corazón;

Demasiado perezoso para afrontar el viento y la luna porque dentro de mi está la Isla de los Inmortales;

Demasiado perezoso para atender asuntos terrenos porque dentro de mí están mi choza y mis posesiones;

Demasiado perezoso para contemplar el cambio de las estaciones porque dentro de mí hay cortejos celestiales.

Han de secarse los pinos y podrirse las rocas; pero yo seré siempre lo que

soy.

¿No es propio que llame a esto el Salón del Ocio?

Este culto del ocio estaba ligado siempre, pues, a una vida de calma interior, un sentido de despreocupada irresponsabilidad y un goce intenso y pleno de la vida de la naturaleza. Los poetas y los estudiosos se— han dado siempre nombres raros, como "El Huésped de Ríos y Lagos" (Tu Fu); "El Recluso de la Colina Oriental" (Su Tungp'o); "El Hombre Despreocupado de un Lago Nebuloso", y "El Anciano de la Torre Envuelta en Niebla", etcétera.

No, el goce de una vida ociosa no cuesta dinero. La capacidad para el

verdadero goce del ocio se pierde en la clase adinerada y sólo puede encontrarse entre la gente que tiene un supremo desprecio por la riqueza. Debe provenir de la riqueza íntima del alma en un hombre que ama las formas simples de la vida y a quien impacienta a veces el negocio de hacer dinero. Hay siempre mucha vida que gozar para el hombre decidido a gozarla. Si los hombres no alcanzan a gozar esta existencia terrena que tenemos, es porque no aman suficientemente a la vida y permiten que se convierta en una monótona existencia rutinaria. Laotsé ha sido falsamente acusado de ser hostil a la vida; por el contrario, creo que

enseñó a renunciar a la vida del' mundo precisamente porque amaba con tanta ternura a la vida que no podía admitir que el arte de vivir degenerara en el simple negocio de vivir.

Porque donde hay amor hay celos; un hombre que ama intensamente a la vida debe ser siempre celoso de los pocos momentos exquisitos de ocio que tiene. Y debe conservar la dignidad y el orgullo característicos siempre del vagabundo. Sus horas de pesca deben ser tan sagradas como sus horas de negocios, deben ser erigidas en una especie de religión, como lo han hecho los ingleses con el deporte. Le debe impacientar tanto que le hablen del

mercado de valores en la cancha de golf como se impacientan los hombres de ciencia cuando los molestan en el laboratorio. Y debe contar los días de la primavera que se va, con una sensación de triste pesar por no haber hecho más viajes o excursiones, tal como se siente apesadumbrado el comerciante que no ha vendido tantos o cuantos artículos en un día.

IV. ESTA TIERRA ES EL ÚNICO CIELO

Se añade un toque triste, poético, a este intenso amor a la vida, por la comprensión de que esta vida que

tenemos es esencialmente mortal. Aunque extrañe decirlo, esta triste conciencia de nuestra mortalidad hace tanto más agudo e intenso el goce de la vida por el estudioso chino. Porque si esta existencia terrena es todo lo que tenemos, tanto más debemos tratar de gozarla mientras dura. Una vaga esperanza de inmortalidad disminuye el goce cabal de esta existencia terrena. Ya lo dice Sir Arthur Keith con un sentimiento típicamente chino: "Porque si los hombres creen, como yo, que esta tierra presente es el único cielo, tanto mas procuraran hacer un cielo de ella". Su Tungp'o dice: "La vida pasa como un sueño de primavera sin dejar

un rastro", y por esa razón se aferró tan cariñosa y tan tenazmente a ella. Una y otra vez encontramos en la literatura china este sentimiento de nuestra existencia mortal. Este sentimiento de la impermanencia, de la existencia y de la evaporación de la vida, este asomo de tristeza, es lo que sorprende al poeta chino siempre en el momento de su mayor festín y su mayor alegría, una tristeza que se expresa en el pesar de que "la luna no puede ser siempre tan redonda y las flores no pueden verse tan bellas siempre", cuando miramos a la luna llena en compañía de flores hermosas. En el poema en que conmemoraba un espléndido festín, en

Una noche de primavera entre duraznos en flor, Lí Po escribió el verso predilecto: "Nuestra flotante vida es como un sueño; ¿cuántas veces puede uno gozar de sí mismo?" Y en medio de una alegre reunión de sus felices e ilustres amigos, Wang Hsichih escribió su breve ensayo inmortal. El pabellón de orquídeas, que da, mejor que cualquier otra cosa, ese sentimiento típico de la transitoriedad de la vida:

En el noveno año del reino Yungho (353 de nuestra era) nos reunimos en el Pabellón de Orquídeas en Shanyin de Kweich'i para el Festival del Agua, a fin de lavarnos de malos espíritus.

Aquí están reunidas todas las personas ilustres, y se juntan viejos y jóvenes. Aquí hay altas montañas y picos majestuosos, árboles de espeso follaje y altos bambúes. Aquí hay también claros arroyos y torrentes cantarines, que a derecha e izquierda reclaman la mirada. Nos agrupamos en orden, sentados junto al agua, y bebemos en sucesión de una copa que flota por el curvo arroyo; y aunque no hay música de los instrumentos de cuerda y de los de viento en madera, con este alternado beber y cantar nos sentimos bien dispuestos a gozar cabalmente una íntima conversación en calma. Hoy es claro el cielo, fresco el aire y dulce la

'buena brisa. En verdad placentero es mirar el inmenso universo que nos cubre y las mil cosas que hay debajo, recorrer el panorama entero con los ojos y dejar que nuestros sentimientos ambulen a voluntad, agotando así los placeres de la vista y el oído.

Cuando se reúnen personas para conjeturar sobre la vida misma, algunos se sientan y hablan y vierten sus pensamientos en la intimidad de un cuarto, y algunos, dominados por un sentimiento, se lanzan a un mundo allende las realidades corpóreas. Aunque elegimos nuestros placeres «egún nuestras inclinaciones-algunos ruidosos y revoltosos, y otros traauilos

y serenos—, y cuando hemos encontrado aquello que nos place, estamos todos felices y contentos, hasta el punto de olvidar que envejecemos. Y luego, cuando la saciedad sigue a la satisfacción y, con el cambio de las circunstancias», cambian también nuestros caprichos y deseos, surge entonces» una sensación de punzante pesar. En un abrir y cerrar de ojos, los objetos de nuestros previos placeres pasan a ser cosas del pasado, que nos obligan a tener momentos de pesoso recuerdo. Además, sean largas o cortas nuestras vidas, todos terminamos eventualmente en la nada. "Grandes en verdad son la vida y la muerte", decían

los antiguos. ¡Ah! ¡Qué tristeza!

A menudo estudio los júbilos y los pesares de la gente de antes, y a/inclinarme sobre sus escritos y ver que se sentían conmovidos tal como nosotros, me veo frecuentemente vencido por un sentimiento de tristeza y compasión, y me gustaría aclarar las cosas, para mi. ¡Bien sé que es mentira decir que la vida y la muerte son la misma cosa, y que la longevidad o la muerte temprana no hacen diferencia alguna! ¡Ahí Así como los del presente miramos a los del 'pasado, así nos mirará la posteridad a los del presente. Por lo tanto, he fijado un esbozo de mis contemporáneos y sus palabras en esta

fiesta, y aunque cambien el tiempo y las circunstancias seguirá siendo igual la forma en que evocarán nuestros estados de felicidad y de pena. ¡Qué sentirán los lectores del futuro cuando fijen sus ojos en este escrito! ([124](#)).

La creencia en nuestra mortalidad, la sensación de que vamos a quebrarnos y extinguirnos como la llama de un cirio', digo, es algo gloriosamente bello. Nos hace sobrios; nos hace algo tristes; y a muchos nos hace poéticos. Pero, sobre todo, nos hace posible preparar nuestro

ánimo y arreglar nuestra vida sensatamente, verazmente, y siempre con un sentido de nuestras limitaciones. Da también la paz, porque la verdadera paz de espíritu proviene de la aceptación de lo peor. Psicológicamente, creo, significa una liberación de energías.

Cuando los poetas y la gente común de China gozan de la vida, hay siempre en ellos el sentimiento subconsciente de que la alegría no va a durar siempre, y los chinos dicen a menudo al terminar una feliz reunión: "Hasta la feria más gloriosa, con cobertizos de esteras tendidos sobre mil millas, debe llegar a su fin más temprano o más tarde". El festín de la vida es como el festín de

Nabucodonosor. Este sentimiento de la calidad de sueño de nuestra existencia inviste al pagano de una especie de espiritualidad. Ve la vida esencialmente como un artista de Sung ve un escenario de montañas al pintar un panorama: envuelto en una niebla de misterio, lleno a veces el aire de humedad.

Privada de la inmortalidad, la proposición de vivir se hace una simple proposición, Es ésta: que los seres humanos tenemos un limitado plazo que vivir en esta tierra, rara vez más de setenta años, y que por lo tanto hemos de concertar nuestras vidas de manera que vivamos lo más felizmente que podamos bajo un juego dado de circunstancias.

Pisamos aquí terreno contuciano.hay algo mundano, algo terriblemente sujeto a la tierra en esto, y el hombre procede a trabajar con empeinado sentido común, casi con el espíritu que George Santayana llama "fe animal". Con esta fe animal, tomando la vida tal como es, hemos adivinado astutamente ya, sin la ayuda de Darwin, nuestra semejanza esencial con los animales. Nos hizo aferramos a la vida —la vida del instinto y la vida de los sentidos— en la creencia de que, como todos somos animales, sólo podemos ser verdaderamente felices cuando nuestros instintos normales están normalmente satisfechos. Esto se aplica al goce de la

vida en todos sus aspectos.

¿Somos materialistas, pues? Un chino no sabría cómo responder a esta pregunta. Porque con su espiritualidad basada en una especie de existencia material, sujeta a la tierra, no alcanza a ver la distinción entre el espíritu y la carne. Indudablemente, ama las comodidades terrenas, pero las comodidades son cuestión de los sentidos. Sólo a través del intelecto alcanza el hombre la diferenciación entre el espíritu y la carne, en tanto que nuestros sentidos dan la puerta para ambos, como ya lo hemos visto en el capítulo anterior. La música, indudablemente la más espiritual de

nuestras artes, pues eleva al hombre al mundo del espíritu, se basa en el sentido del oído. Y el chino no logra ver cómo una simpatía de gustos en el goce de la comida es menos espiritual que una sinfonía de sonidos. Sólo con este sentido realista podemos considerar los sentimientos hacia la mujer que amamos. Es posible una distinción entre su alma y su cuerpo. Porque si amamos a una mujer, no amamos la geométrica precisión de sus facciones, sino más bien sus modos y sus gestos en movimientos, sus miradas y sonrisas. Pero, ¿son físicas o espirituales las miradas y las sonrisas de una mujer? Nadie puede decirlo.

Este sentimiento de la realidad y espiritualidad de la vida se ve ayudado por el humanismo chino; aun más, por toda la manera china de pensar y vivir. La filosofía china puede ser definida brevemente como una preocupación por el conocimiento de la vida más que por el conocimiento de la verdad. Dejando de lado todas las especulaciones metafísicas, por irrelevantes en cuanto a la cuestión de vivir, y como pálidas reflexiones engendradas en nuestro intelecto, los filósofos chinos se aferran a la vida misma y se hacen la única y eterna pregunta: "¿Cómo hemos de vivir?" La filosofía en el sentido occidental parece eminentemente ociosa

a los chinos. En su preocupación por la lógica, que se ocupa del método de llegar al conocimiento, y por la epistemología, que plantea la cuestión de la posibilidad del conocimiento, ha olvidado tratar del conocimiento de la vida misma. Eso es una insensatez tan grande y una frivolidad de la misma especie que la de hacer el amor y la corte sin llegar al matrimonio y a la producción de hijos, lo cual es tan malo como tener regimientos de rojos uniformes que marchan en desfiles sin ir a la batalla. Los filósofos alemanes son los más frívolos de todos; cortejan a la verdad como ardientes enamorados, pero rara vez se le declaran en

matrimonio.

V. ¿QUÉ ES LA SUERTE?

La contribución particular del taoísmo a la creación del temperamento ocioso reside en el reconocimiento de que no existen cosas tales como la suerte y la adversidad. La enseñanza taoísta por excelencia es la de acentuar el ser sobre el hacer, el carácter sobre los logros, y la calma sobre la acción. Pero la calma interna sólo es posible cuando el hombre no está perturbado por las vicisitudes de la fortuna. El gran filósofo taoísta Liehtsé nos dio la famosa parábola del Anciano del Fuerte:

Un Anciano vivía con su Hijo en un fuerte abandonado sobre la cumbre de una colina, y un día perdió un caballo. Los vecinos llegaron a expresar su pesar por este infortunio, y el Anciano preguntó:

—¿Cómo sabéis que es mala suerte?

Pocos días más tarde volvió su caballo con una cantidad de caballos salvajes, y esta vez vinieron sus vecinos a felicitarle por esta muestra de fortuna, y el Anciano respondió:

—¿Cómo sabéis que es buena suerte?

Con tantos caballos a su alcance, el Hijo empezó a cabalgar en ellos, y un día se fracturó una pierna. Otra vez

llegaron los vecinos a expresar sus condolencias y el Anciano respondió:

—¿Cómo sabéis que es mala suerte?

Al año siguiente hubo una guerra, y porque el Hijo del Anciano estaba lisiado no tuvo que ir al frente.

Evidentemente esta clase de filosofía permite al hombre soportar unos cuantos golpes duros en la vida, con la creencia de que no hay golpes duros sin sus ventajas. Como las medallas, tienen reverso. La posibilidad de la calma, el poco gusto por la acción y el movimiento por sí mismo, y el desprecio del buen éxito y de las realizaciones se hacen posibles con esta especie de filosofía, una filosofía que

dice: Nada importa a un hombre que dice que nada importa. El deseo de un triunfo muere a manos de la corazonada de que el deseo de triunfo significa casi lo mismo que el temor del fracaso. Cuantos más triunfos ha conseguido un hombre, tanto más teme su caída. Las ilusorias recompensas de la fama se ven puestas frente a las tremendas ventajas de la oscuridad. Desde el punto de vista taoísta, un hombre educado es el que cree que no ha triunfado cuando ha triunfado, pero no está tan seguro de haber fracasado cuando fracasa, en tanto que la marca del hombre semieducado es su presunción de que sus triunfos y fracasos externos son absolutos y reales.

Por ende, la distinción entre budismo y taoísmo es ésta: la meta del budista es que no va a necesitar nada, en tanto que la meta del taoísta es que no va a ser necesitado para nada. Sólo quien no es necesitado por el público puede ser un individuo despreocupado, y sólo quien es un individuo despreocupado puede considerarse un ser humano feliz. Con este espíritu, Tschuangtsé, el más grande y mejor dotado entre los filósofos taoístas, nos advierte continuamente que no seamos demasiado prominentes, demasiado útiles y demasiado serviciales. Cuando engordan demasiado, se mata a los cerdos y se les ofrenda en el altar del

sacrificio, y los pájaros hermosos son los primeros que mata el cazador, por su bello plumaje. En este sentido, Tschuangtsé narró la parábola de dos hombres que van a profanar una tumba y a robar el cadáver. Dan martillazos en la frente del cadáver, le quiebran los pómulos y rompen las mandíbulas, todo porque el muerto cometió la tontería de ser enterrado con una perla en la boca.

La conclusión inevitable de todo este filosofar es: ¿Por qué no holgazanear?

VI. TRES VICIOS NORTEAMERICANOS

Para los chinos, por consiguiente, con su bella filosofía de que "Nada importa al hombre que dice que nada importa", los norteamericanos ofrecen un extraño contraste. ¿Merece en verdad la vida toda esta molestia, hasta el extremo de convertir al alma en esclava del cuerpo? La alta espiritualidad de la filosofía de la holganza lo veda. El anuncio más característico que jamás he visto es uno de una firma de ingeniería que tenía estas palabras, en caracteres enormes: "Casi bien no es bastante". El deseo de una eficiencia al cien por ciento parece casi obsceno. Lo malo de los norteamericanos es que cuando una cosa está casi bien, quieren hacerla aun

mejor, en tanto que para un chino, casi bien ya es bastante.

Los tres grandes vicios norteamericanos parecen ser: eficiencia, puntualidad y el deseo de la realización y el triunfo. Son las cosas que hacen tan desventurados y tan nerviosos a los norteamericanos. Les roban el inalienable derecho a la holganza y les birlan más de una tarde buena, ociosa y bella. Se debe partir de la creencia de que no hay catástrofes en este mundo y que, aparte del noble arte de lograr que se hagan las cosas, existe el más noble arte de dejar las cosas sin hacer. En general, sí uno responde prontamente a las cartas, el resultado es tan bueno o tan

malo como si jamás las hubiera contestado. Después de todo, nada sucede, y si bien se pueden haber perdido unas cuantas citas buenas, también se pueden haber evitado unas pocas desagradables. No vale la pena responder a la mayoría de las cartas, si se las guarda en un cajón durante tres meses: al leerlas tres meses después, puede comprender uno cuán absolutamente inútil y qué pérdida de tiempo habría sido contestarlas. Escribir cartas puede llegar a ser un vicio, en realidad. Convierte a los escritores en notables vendedores a comisión, y a los profesores universitarios en eficientes hombres de negocios. En este sentido,

puedo comprender el desprecio de Thoreau por el norteamericano que va siempre al correo.

Nuestra protesta no es por la eficiencia con que logra hacer las cosas, y hacerlas muy bien. Confío siempre en las canillas norteamericanas, más que en las que se hacen en China, porque las canillas norteamericanas no pierden agua. Este es un consuelo. Contra la vieja afirmación de que todos debemos ser útiles, ser eficientes, llegar a funcionarios y tener poder, la vieja respuesta es que siempre hay en el mundo bastantes tontos que desean ser útiles, atarearse y gozar el poder, y de tal manera, no sabemos cómo, los

negocios de la vida podrán ser realizados y se realizarán. Lo único es saber quiénes son más sabios, si los holgazanes o los buscavidas. Nuestra protesta contra la eficiencia no es porque hace hacer bien las cosas, sino porque es una ladrona del tiempo cuando no nos deja ocios para gozar de nosotros mismos y destruye nuestros nervios al tratar de lograr que las cosas estén debidamente hechas. Un director norteamericano encanece por la preocupación de ver que no aparezca un error tipográfico en las páginas de su revista. El director chino es más sabio. Quiere dejar a sus lectores la suprema satisfacción de descubrir por su cuenta

unos pocos errores tipográficos. Aun más: una revista china puede empezar a publicar una novela en folletín, y olvidarse a mitad de camino. En los Estados Unidos, una cosa así haría que se derrumbara el techo sobre los redactores, pero en China no importa, sencillamente porque no importa. Los ingenieros norteamericanos, al construir puentes, calculan tan bien y tan exactamente que los dos extremos se juntan con un décimo de pulgada de diferencia. Pero cuando dos chinos empiezan a excavar un túnel de ambos lados de una montaña, los dos salen por el otro lado. La firme convicción de los chinos es que nada importa, mientras se

excave el túnel, y que si tienen dos en lugar de uno, pues tendrán doble vía, que es mejor. Siempre que no se tenga prisa, dos túneles son mejor que uno, aunque nadie sepa cómo fueron excavados ni terminados, y si el tren puede pasar de algún modo por ellos. Y los chinos son sumamente puntuales, siempre que se les dé abundante tiempo para hacer una cosa. Siempre terminan las cosas a horario, con tal de que el horario sea bastante largo.

El ritmo de la moderna vida industrial prohíbe esta especie de ocio glorioso y magnífico. Pero, peor aun, nos impone un concepto diferente del tiempo, medido por el reloj, y,

eventualmente, convierte al ser humano en un reloj. Esto ha de llegar a ocurrir en China, como es evidente, por ejemplo, en una fábrica de veinte mil obreros. La lujosa perspectiva de veinte mil obreros que lleguen a trabajar según les plazca, a cualquier hora del día, es, naturalmente, algo **que** aterroriza. No obstante, aquel afán es lo que hace a la vida tan dura y agitada. Un hombre que tiene que estar indefectiblemente en determinado lugar a las cinco en punto, ya se ha arruinado la tarde entera, de la una a las cinco. Todo norteamericano adulto arregla su tiempo según el modelo del estudiante: las tres en punto para hacer esto, las cinco para aquello,

las seis y media para cambiarse; las siete menos diez para tomar el taxi y las siete para aparecer en el restaurante. Con esto no se hace más que lograr que la vida no merezca ser vivida.

Y los norteamericanos han llegado ahora a tan triste estado, que no solamente están comprometidos para el día siguiente, o la semana siguiente, sino hasta para el mes siguiente. Una cita con tres semanas de plazo es algo desconocido en China. Y cuando un chino recibe una tarjeta de invitación, tiene la felicidad de no estar obligado a decir si va a aceptarla o no. Puede escribir en la lista de invitación "Iré", si acepta, o "Gracias", si declina, pero en

la mayoría de los casos el invitado se limita a escribir la palabra "Sé", que es una expresión del hecho de que sabe que está invitado, y no una expresión de intenciones. Un norteamericano o un europeo que se marcha de Shanghai puede decirme que va a asistir a una reunión de comisión en París el 19 de abril de 1938, a las tres de la tarde, y que llegará a Viena el 21 de mayo en el tren de las siete. Si ha de condenarse y ejecutarse una tarde, ¿debemos anunciar la ejecución tan por anticipado? ¿No puede nadie viajar y ser amo de sí mismo, llegar cuando quiera y partir cuando le guste?

Pero, sobre todo, la incapacidad de

holganza en el norteamericano proviene directamente de su deseo de hacer cosas y de poner la acción sobre el ser. Debemos pedir que haya carácter en nuestras vidas, como pedimos que haya carácter en todo gran arte que merezca ese nombre. Infortunadamente, el carácter no es una cosa que se puede fabricar de la noche a la mañana. Como la buena calidad del vino añejo, se adquiere con la quietud y con el transcurso del tiempo. El deseo de acción en los ancianos y las ancianas de los Estados Unidos, que por este medio tratan de ganar respeto propio y respeto de la generación menor, es lo que les hace aparecer tan ridículos para un

oriental. El exceso de acción en un anciano es como la transmisión de música de jazz con un megáfono en lo alto de una antigua catedral. ¿No es suficiente que los viejos sean algo? ¿Es necesario que siempre tengan que estar haciendo algo? La pérdida de la capacidad para la holganza ya es mala en los hombres de edad madura, pero esa misma pérdida en la ancianidad es un crimen que se comete contra la naturaleza humana.

El carácter se asocia siempre con algo viejo y lleva tiempo para crecer, como las hermosas líneas faciales en un hombre maduro, líneas que son la firme impresión del progresivo carácter del

hombre. Es algo difícil ver el carácter en un tipo de vida donde cada hombre renuncia a su automóvil del año pasado y lo cambia por el nuevo modelo. Según son las cosas que hacemos, también somos nosotros. En 1937 todo hombre y toda mujer parecen 1937, y en 1950 todo hombre y toda mujer parecerán 1950. Nos gustan las viejas catedrales, los muebles antiguos, la plata vieja, los diccionarios y los grabados de antaño, pero hemos olvidado completamente la hermosura de los hombres viejos. Creo que una apreciación de esa clase de belleza es esencial para nuestra vida, porque la belleza, me parece, es lo que es viejo y sabroso y bien ahumado.

A veces se me ocurre una visión profética, una hermosa visión de un milenio en que Manhattan será lenta, y en que el "buscavidas" norteamericano se convertirá en un holgazán oriental. Los caballeros norteamericanos flotarán con faldas y pantuflas y ambularán por las aceras de Broadway con las manos en los bolsillos, si no con las dos manos metidas en las mangas, a la manera china. Los agentes de policía cambiarán una palabra de saludo con el pausado conductor en una esquina, y los mismos conductores se detendrán y se juntarán y se preguntarán por la salud de las abuelas en medio del tráfico. Alguien se cepillará los dientes frente a su tienda,

hablando plácidamente a la vez con sus vecinos, y de vez en cuando se verá a un estudioso distraído, que cruzará la calle con un volumen metido dentro de una manga. Serán abolidos los mostradores para tomar apresuradamente el almuerzo, y la gente se recostará y se dejará estar en suaves sillones muy hondos, en un Automático, y otros habrán aprendido el arte de pasar toda una tarde en un café. Un vaso de jugo de naranja durará media hora, y la gente aprenderá a saborear el vino en lentos sorbos, interrumpidos por deliciosas frases en la charla, en lugar de tragarlo de un golpe. Se abolirá el registro en los hospitales, serán desconocidas las salas

de emergencia, y los pacientes cambiarán su filosofía con los médicos. Las bombas de incendio marcharán a paso de caracol, y su personal se detendrá en el camino para mirar al cielo y debatir sobre el número de gansos salvajes que vean volar. Es una lástima que no haya esperanzas de que se realice jamás en Manhattan un "reino milenario" de esta clase. ¡Podría haber tantas tardes perfectas de ocio, tantas más que ahora..!

CAPITULO VIII

EL GOCE DEL HOGAR

I. DE PONERSE BIOLÓGICO

Me ha parecido que la prueba final de cualquier civilización es la de qué tipo de maridos y esposas y padres y madres produce. Fuera de la austera sencillez de tal cuestión, todas las demás realizaciones de la civilización

—arte, filosofía, literatura y vida material— palidecen hasta la insignificancia.

Esta es una dosis de remedio calmante que he dado siempre a mis compatriotas dedicados a la agotadora tarea de comparar las civilizaciones china y occidental, y ha pasado a ser una treta mía, porque el remedio siempre da resultado. Es natural que el chino que estudia la vida y las enseñanzas occidentales, sea en China o en el exterior, quede atónito por las brillantes realizaciones de Occidente, desde la medicina, la geología y la astronomía hasta los rascacielos, las hermosas carreteras y las cámaras para fotografiar

en colores. O se entusiasma por tales realizaciones o se avergüenza de China por no haberlas logrado, o ambas cosas a la vez. Se inicia entonces un complejo de inferioridad, y al instante le veréis convertido en el defensor más arrogante y chauvinista de la civilización oriental, sin que sepa de qué está hablando. Como gesto, probablemente, condenará los rascacielos y las carreteras para automóviles, aunque no he encontrado todavía a uno que condene una buena cámara. Su aprieto es casi patético, porque eso le descalifica para juzgar con cordura y desapasionadamente a Oriente y Occidente. Perplejo y atónito y azorado por tales pensamientos de

inferioridad, tiene gran necesidad de lo que llaman los chinos un remedio para "calmar el corazón", a fin de apaciguar su fiebre.

La sugestión de una prueba como la que propongo tiene el extraño efecto de nivelar a toda la humanidad, al dejar de lado lo que no es esencial en la civilización y la cultura, y ponerlo todo bajo una ecuación clara y sencilla. Todas las demás realizaciones de la civilización se ven entonces solamente como medios hacia el fin de producir mejores maridos y esposas y padres y madres. En tanto el noventa por ciento de la humanidad está hecho de maridos y esposas, y el cien por ciento tiene

padres, y en tanto el casamiento y el hogar constituyen el aspecto más íntimo de la vida del hombre, es claro que la civilización que produce mejores esposas y maridos y padres y madres procura una vida humana más feliz y es, por consiguiente, un tipo más alto de civilización. La calidad de los hombres y mujeres con quienes vivimos es mucho más importante que la labor que realizan, y toda joven debería estar agradecida a una civilización cualquiera que le puede presentar un marido mejor. Estas cosas son relativas, y en todas las edades y países pueden encontrarse maridos y esposas y padres y madres ideales. Probablemente, el mejor medio

de obtener buenos maridos y esposas es la eugenesia, que nos ahorra buena cantidad de preocupaciones en la educación de esposas y maridos. Por otra parte, una civilización que pasa por alto el hogar o lo relega a una posición menor, suele rendir productos más pobres.

Comprendo que me estoy poniendo biológico. Soy biológico, igual que todos los hombres y mujeres. De nada vale decir "Pongámonos biológicos", porque lo somos ya, nos guste o no. Todo hombre es biológicamente feliz, biológicamente desgraciado, o biológicamente ambicioso, o religioso, o amante de la paz, todo biológicamente,

aunque no esté advertido de ello. Como seres biológicos, no hay manera de eludir el hecho de que nacimos como bebés, que nos alimentamos del pecho de una madre, y nos casamos y procreamos otros bebés. Todo hombre nace de una mujer, y casi todos los hombres viven con una mujer a través de la vida y son padres de niños y niñas, y toda mujer es también nacida de una mujer, y casi todas las mujeres viven con un hombre por la vida entera, y dan a luz niños. Algunos se han rehusado a procrear, como árboles y flores que se niegan a producir semillas para perpetuar su especie, pero ningún hombre puede negarse a tener padres,

como ningún árbol puede negarse a haber crecido desde una semilla. Llegamos, pues, al hecho básico de que la relación más primaria en la vida es la relación entre hombre y mujer y niño, y no se puede llamar adecuada a ninguna filosofía de la vida, ni se la puede llamar filosofía siquiera, a menos que trate esta relación esencial.

Pero la simple relación entre hombre y mujer no basta, la relación debe resultar en bebés, o es incompleta. Ninguna civilización tiene excusas para privar a un hombre o una mujer de su derecho a tener hijos. Entiendo que es éste un problema muy real en el presente, pues hoy hay muchos hombres

y mujeres que no se casan y muchos otros que, después de casarse, se niegan a tener hijos por una u otra razón. Mi punto de vista es que, cualquiera sea la razón, el hecho de que un hombre o una mujer salgan de este mundo sin dejar hijos es el mayor crimen que pueden cometer consigo mismos. Si la esterilidad se debe al cuerpo, entonces el cuerpo está degenerado, y mal; si se debe a un nivel demasiado alto de casamiento, entonces está mal el nivel demasiado alto de casamiento; si se debe a una falsa filosofía del individualismo, entonces está mal la filosofía del individualismo; y si se debe a toda la armazón del sistema

social, entonces toda la armazón del sistema social está mal. Quizá los hombres y las mujeres del siglo XX llegarán a ver esta verdad cuando hayamos hecho más progresos en la ciencia de la biología y exista una mejor comprensión de nosotros mismos como seres humanos. Estoy muy convencido de que el siglo XX será el siglo de la biología, como el siglo XIX fue el siglo de la ciencia natural comparada. Cuando el hombre llegue a comprenderse mejor y advierta la inutilidad de combatir contra sus propios instintos, de que le ha dotado la naturaleza, apreciará más tan sencilla sabiduría. Ya vemos signos de esta creciente sabiduría biológica y

médica, cuando sabemos que el psicólogo suizo Jung aconseja a las ricas mujeres, que son sus pacientes, que vuelvan al campo y críen pollos, niños y zanahorias. Lo malo de las pacientes ricas es que no están funcionando biológicamente, o que su funcionamiento biológico es vergonzosamente bajo de calidad.

El hombre no ha aprendido a vivir con la mujer, desde que comenzó la historia. Lo extraño es que ningún hombre ha vivido sin la mujer, a pesar de eso. Ningún hombre puede hablar desdeñosamente de la mujer si advierte que nadie ha llegado a este mundo sin una madre. Desde el nacimiento hasta la

muerte está rodeado de mujeres, como madre, esposa e hijas, y aunque no se case tendrá que depender de su hermana, como Willíam Wordsworth, o depender de su ama de llaves, como Herbert Spencer. Ninguna filosofía, por bella que sea, va a salvar su alma si no puede establecer una debida relación con su madre y su hermana, y si no puede establecer la debida relación ni siquiera con su ama de llaves, ¡qué Dios tenga piedad de él!

Hay cierta tragedia en un hombre que no ha logrado la debida relación con la mujer y que ha llevado una vida moral desviada, como Osear Wilde, que aun exclama: "¡El hombre no puede vivir

con una mujer, ni puede vivir sin ella!" De modo que parece que la sabiduría humana no ha progresado un centímetro entre el autor de un cuento hindú y Osear Wilde, en los comienzos del siglo XX, porque ese autor de un cuento hindú de la Creación expresó esencialmente el mismo pensamiento hace cuatro mil años. Según esta historia de la Creación, al crear a la mujer Dios tomó la belleza de las flores, el canto de los pájaros, los colores del arcoiris, el beso de la brisa, la risa de las olas, la dulzura del cordero, la astucia del zorro, la impredecibilidad de las nubes y la volubilidad de la lluvia, y tejió todo en forma de mujer, y la presentó al hombre

por esposa. Y el Adán hindú fue feliz, y él y su esposa ambularon por la hermosa tierra. Al cabo de unos pocos días. Adán fue a Dios y le dijo: "Llévate a esta mujer de mi lado, porque no puedo vivir con ella". Y Dios escuchó este pedido y se llevó a Eva. Adán se sintió solo entonces, y desgraciado, y a los pocos días fue otra vez ante Dios y le dijo: "Devuélveme mi mujer, porque no puedo vivir sin ella". Otra vez escuchó Dios el pedido y le devolvió a Eva. Unos pocos días más tarde, Adán volvió ante Dios y pidió: "Por favor, toma a esta Eva que has creado, porque juro que no puedo vivir con ella". En Su infinita sabiduría. Dios consintió nuevamente. Cuando por

fin Adán se presentó una cuarta vez y se quejó de que no podía vivir sin su compañera. Dios le hizo prometer que no cambiaría otra vez de opinión, y que iba a unir su suerte a la de su mujer, y vivir juntos en esta tierra como mejor pudieran. No creo que haya cambiado mucho este cuadro, aun hoy.'

II. EL CELIBATO, RAREZA DE LA CIVILIZACIÓN

La adopción de un punto de vista biológico tan sencillo y natural implica dos conflictos: primero, el conflicto entre el individualismo y la familia, y segundo, un conflicto más profundo: entre la estéril filosofía del intelecto y la

más cálida filosofía del instinto. Porque el individualismo y el culto del intelecto suelen cegar a un hombre para las bellezas de la vida hogareña, y entre los dos creo que el primero no es tan maligno como el segundo. Un hombre que crea en el individualismo y lo lleve a sus consecuencias lógicas, puede ser aún un ser muy inteligente; pero un hombre que cree en la cabeza fría contra el corazón tibio, es un tonto. Para el colectivismo de la familia como unidad social puede haber sustitutos, pero no para la pérdida de los instintos del apareamiento y el paterno-materno.

Tenemos que partir de la premisa de que el hombre no puede vivir solo en

este mundo y ser feliz, sino que debe asociarse con un grupo en torno. El yo del hombre no está limitado por sus proporciones corporales, pues hay un yo mucho más grande que se extiende hasta donde llegan sus actividades mentales y sociales. En cualquier edad y país, y bajo cualquier norma de gobierno, la verdadera vida que algo significa para el hombre no es coextensiva, jamás, con su país o su edad, sino que consiste en ese círculo menor de sus relaciones y actividades, que llamamos el "yo mayor". En esta unidad social vive y se mueve y tiene su ser. Tal unidad social puede ser una parroquia, o una escuela, o una prisión, o una casa de negocios, o

una sociedad secreta, o una organización filantrópica. Estas pueden ocupar el lugar del hogar como unidad social, y desplazarlo del todo a veces. La misma religión, o acaso un gran movimiento político, puede consumir el ser entero de un hombre. Pero de todos esos grupos, el hogar sigue siendo la única unidad natural y biológicamente real, satisfactoria y significativa de nuestra existencia. Es natural porque cada hombre se encuentra ya en su hogar cuando nace y también porque sigue estando en un hogar durante su vida; y es biológicamente real porque la relación de la sangre presta realidad visible a la noción de ese yo mayor. Quien no

consiga hacer un éxito de esta vida natural del grupo, no puede esperar que hará un éxito de la vida en otros grupos. Confucio dice: "Los jóvenes deberían aprender a ser filiales en el hogar y respetuosos en la sociedad; deberían ser conscientes y honestos, y amar a todas las personas y asociarse con los caballeros bondadosos. Si después de cumplir estos preceptos les queda energía, que lean libros." Aparte de la importancia de esta vida del grupo, el hombre se expresa y se cumple plenamente y llega al más alto desarrollo de su personalidad sólo en el complementamiento armonioso de un adecuado miembro del otro sexo.

La mujer, que tiene un sentido biológico más profundo que el hombre, lo sabe. Subconscientemente, todas las niñas chinas sueñan con la roja falda de bodas y el palanquín nupcial, y todas las niñas occidentales sueñan con el velo de novia y las campanas de la boda. La naturaleza ha dotado a las mujeres de un instinto maternal demasiado poderoso para que se la aparte fácilmente del camino por una civilización artificial. No dudo de que la naturaleza concibe a la mujer sobre todo como madre, más que como esposa, y la ha dotado de características morales y mentales que atañen a su papel como madre, y que encuentran su verdadera explicación y

unidad en el instinto maternal: realismo, juicio, paciencia, paciencia por los detalles, amor por los que son pequeños y desventurados, deseo de cuidar a alguien, fuerte amor y odio animales, gran prejuicio personal % emotivo y una perspectiva generalmente personal sobre las cosas. La filosofía, por lo tanto, ha errado mucho el camino al abandonar el concepto de la naturaleza misma y tratar de hacer felices a las mujeres sin tomar en cuenta este instinto maternal que es el rasgo dominante y la explicación central de todo su ser. Así, en todas las mujeres sin educación o cuerdamente educadas, el instinto maternal no está jamás suprimido, aparece en la niñez y se hace

cada vez más fuerte en la adolescencia hasta la madurez, en tanto que, en el hombre, el instinto paternal rara vez se hace consciente hasta después de los treinta y cinco años de edad, o en cualquier caso hasta que tenga un hijo o una hija de cinco años. No creo que un hombre de veinticinco años piense jamás en ser padre. Se enamora de una moza y accidentalmente produce un bebé y se olvida de todo, en tanto que los pensamientos de su esposa no se ocupan de otra cosa, hasta que un día, pasados ya los treinta años, el padre advierte de pronto que tiene un hijo o una hija a quien puede llevar al mercado y mostrar a sus amigos, y sólo entonces empieza a

sentirse paternal. Pocos hombres de veinte o veinticinco años son los que no se divierten con la idea de llegar a ser padres, y fuera de esa diversión poco es lo que piensan en el asunto, en tanto que tener un hijo, o aun esperarlo, es probablemente la cosa más seria que ocurre jamás en la vida de una mujer, y cambia todo su ser hasta el punto de efectuar una transformación en su carácter y sus costumbres. El mundo se convierte en un mundo diferente para ella, cuando una mujer está por ser madre. Desde ese momento no le queda duda alguna en el ánimo en cuanto a su misión en la vida o al propósito de su existencia. Se la necesita. Y funciona.

He visto la más mimada y regalona hija única de una rica familia china convertida en una mujer heroica, y la he visto perder el sueño durante meses mientras su hijo estuvo enfermo. En el plan de la naturaleza, no es necesario un instinto paternal así, y no se produce tampoco, porque, como el pato o el ganso, tiene poco interés por **su** cría, fuera de haber contribuido con su parte. Las mujeres, por consiguiente, sufren fisiológicamente en grado sumo cuando esta fuerza motriz central de su ser no se expresa y no funciona. Nadie debe decirme cuan buena es la civilización norteamericana con las mujeres, cuando permite que tantas mujeres buenas

queden solteras sin haber tenido culpa.

No dudo que el desajuste de los matrimonios norteamericanos se debe muy principalmente a esta discrepancia entre el instinto maternal de las mujeres y el instinto paternal de los hombres. Lo que se llama "inmadurez emotiva" de los jóvenes norteamericanos no puede tener otra explicación que este hecho biológico; los hombres que se crían bajo un sistema social de exceso de mimos a la juventud, no poseen el freno natural del pensamiento responsable que tienen las niñas debido a su mayor instinto maternal. Sería ruinoso que la naturaleza no proveyera a las mujeres de suficiente sobriedad cuando están fisiológicamente

prontas para llegar a madres, pero la naturaleza lo hace. Los hijos de familias pobres ven incluido en sus sistemas el pensamiento de responsabilidad por las circunstancias más penosas, y de este modo sólo quedan los hijos mimados de familias ricas —en una nación que venera y mimas a la juventud— en una condición ideal para convertirse en incompetentes sociales y emocionales.

Después de todo, sólo nos interesa la pregunta "¿Cómo vivir una vida más feliz?", y no puede ser feliz ninguna vida a menos que allende las consecuencias superficiales de la vida externa jueguen y encuentren un desahogo normal los resortes más profundos del carácter. El

celibato como ideal en la forma de "carrera personal" lleva consigo, no sólo una lacra individualista, sino también otra tontamente intelectual, y por esta última razón se le debe condenar. Siempre sospecho que el solterón o la solterona que lo siguen siendo por elección, son intelectuales inefectivos, demasiado ocupados con sus consecuencias externas, que creen que, como seres humanos, pueden encontrar la felicidad en un defectuoso sustituto de la vida de hogar, o que pueden encontrar un interés intelectual, artístico o profesional profundamente satisfactorio.

Lo niego. Este espectáculo del

individualismo, de la soltería y la carencia de hijos, de tratar de encontrar sustitutos de una vida plena y satisfactoria en "carreras" y realizaciones personales o en campañas para impedir la crueldad con los animales, me ha sorprendido siempre como algo tonto y cómico. Esto es fisiológicamente sintomático en el caso de esas viejas solteronas que tratan de procesar al gerente de un circo por su crueldad con los tigres, porque han despertado sus sospechas las marcas de latigazos en el lomo de los animales. Estas protestas parecen provenir de un instinto maternal mal dirigido, aplicado a una especie que no corresponde, como

si los tigres verdaderos jamás se hubieran ocupado de unos pocos latigazos. Estas mujeres tantean vagamente en busca de un lugar en la vida y tratan con mucho empeño de parecer convincentes, ante sí mismas y ante los otros.

Las recompensas de las realizaciones políticas, literarias y artísticas producen en sus autores solamente una risita pálida, intelectual, en tanto que son imposibles de describir con palabras, e inmensamente reales, las recompensas de ver crecer hijos fuertes y sanos. ¿Cuántos autores y artistas están satisfechos con sus realizaciones cuando llegan a viejos, y cuántos las consideran

sólo simples productos de un pasatiempo, justificables sobre todo como medios de ganarse la vida? Se dice que pocos días antes de su muerte Herbert Spencer hizo apilar sobre su falda los dieciocho volúmenes de La filosofía sintética y que, al sentir su peso frío, se preguntó si no habría sido mejor tener un nieto en lugar de esa obra. ¿No habría cambiado la sabia Elia todo el conjunto de sus ensayos por uno de sus "niños de ensueño"? Ya es malo tener azúcar— Ersatz, manteca-Ersafz, y algodón-Ersafz, ¡pero debe ser deplorable tener hijos-Ersafz! No pongo en duda que hubo una satisfacción moral y estética para John D. Rockefeller en la

idea de que había contribuido tanto a la felicidad humana en tan vastas regiones. Pero, al mismo tiempo, no dudo de que esa satisfacción moral y estética fue sumamente débil y pálida, tanto, que sería fácilmente contrarrestada por un golpe estúpido en la cancha de golf, y que su satisfacción verdadera, perdurable, era John D. (hijo).

Si miramos desde otro lado, la felicidad es sobre todo cuestión de encontrar un trabajo en la vida, el trabajo que uno quiere. Dudo que el noventa por ciento de los hombres y mujeres ocupados en una profesión hayan encontrado el trabajo que en realidad les gusta. Sospecho que la tan

repetida declaración de "Adoro mi trabajo", debe ser tomada con un grano de sal. Nadie dice "Adoro mi hogar", porque es cosa que se da por sentada. El hombre de negocios común va a la oficina casi con el mismo espíritu con que las mujeres chinas producen hijos: todo el mundo lo hace, ¿qué otra cosa puedo hacer yo? "Adoro mi trabajo", así dicen todos. Tal declaración es una mentira en el caso de los ascensoristas y las telefonistas y los dentistas, y una burda exageración en el caso de periodistas, agentes de bienes raíces y corredores de bolsa. Con la excepción del explorador del Ártico o el hombre de ciencia que está en su laboratorio,

dedicado a la labor de descubrimiento, creo que lo mejor que podemos esperar es que nos guste nuestro trabajo, que nos sea llevadero. Pero aun admitiendo una figura de lenguaje, no hay comparación entre el amor por el trabajo y el amor de la madre por sus hijos. Muchos hombres tienen dudas acerca de su verdadera vocación, y cambian de una a otra, pero jamás hay una duda en el ánimo de una madre con respecto al trabajo de su vida, que es cuidar y guiar a sus pequeños. Algunos políticos triunfantes han abandonado la política, algunos redactores afamados han abandonado el trabajo en su revista, algunos aviadores conocidos han dejado de volar, algunos

boxeadores adinerados han dejado el ring, y algunos actores o actrices triunfantes han abandonado las tablas, pero, ¡ imaginad a una madre, triunfante o no en su trabajo, que renuncie a la maternidad! Es inaudito. La madre tiene la sensación de que se la necesita; ha encontrado un lugar en la vida y tiene la honda convicción de que nadie en el mundo puede ocupar su lugar, una convicción más profunda que la de Hitler de que debe salvar a Alemania. ¿Y qué puede dar al hombre o a la mujer una felicidad mayor, más honda, que la satisfacción de saber que tiene un lugar definido en la vida? ¿No es cosa de sentido común decir que en tanto que

menos del cinco por ciento de la gente tiene la fortuna de encontrar y dedicarse al trabajo que ama, el cien por ciento de los progenitores encuentra que el trabajo de cuidar de sus hijos es el más hondo y el más cautivador de los motivos de la vida? ¿No es cierto, entonces, que la probabilidad de encontrar la verdadera felicidad es más segura y mayor para una mujer si está dedicada a ser madre que si está dedicada a ser arquitecto, por cuanto la naturaleza jamás falla? ¿No es cierto que el matrimonio es la mejor profesión para las mujeres?

Mis lectores feministas deben haber presentido esto hace mucho, y poco a poco han comenzado a temblar de rabia,

al entusiasmarme yo más y más por el hogar, sabiendo que la cruz del hogar debe ser llevada eventualmente por las mujeres. Tal es, exactamente, mi intención y mi tesis. Queda por ver quién es más bueno con las mujeres, porque nos interesa solamente la felicidad de las mujeres, no la felicidad en términos de realizaciones sociales, sino en términos de profundidades del ser personal. Aun desde el punto de vista de la aptitud y la competencia, no tengo dudas de que hay menos presidentes de banco realmente aptos para sus funciones que mujeres aptas para la maternidad. Tenemos jefes de departamento muy incompetentes,

gerentes de negocio incompetentes, banqueros incompetentes, y presidentes incompetentes, pero rara vez tenemos madres incompetentes. De modo que cuando las mujeres son aptas para la maternidad, la necesitan y lo saben. Entiendo que ha habido un movimiento en la buena dirección, en la dirección opuesta al ideal feminista, entre las niñas universitarias norteamericanas del día, de modo que ahora la mayoría de ellas pueden mirar a la vida con suficiente cordura como para decir abiertamente que quieren casarse. La mujer ideal, para mí, es la que ama sus cosméticos junto con sus matemáticas, y que es más femenina que feminista/ Que

tengan sus cosméticos, y si todavía les queda energía, como diría Confucio, que jueguen también con las matemáticas.

Debe entenderse que hablamos del promedio ideal del hombre o mujer promedios. Hay mujeres distinguidas y talentosas, como hay hombres distinguidos y talentosos, cuya capacidad creadora es la causa de los verdaderos progresos del mundo. Si pido a la mujer común que considere el matrimonio como profesión ideal y que tenga hijos y quizá también que lave platos, también pido al hombre común que olvide las artes y gane para el pan familiar, cortando cabellos o lustrando zapatos o capturando ladrones o

remendando ollas o atendiendo comensales. Como alguien tiene que tener los hijos y cuidarlos y ver que pasen el sarampión y criarlos para que sean buenos y sabios ciudadanos, y como **los** hombres no sirven para nada si se trata de tener hijos y son terriblemente torpes para alzarlos y bañarlos, pienso naturalmente en las mujeres para hacer ese trabajo. No estoy tan seguro de cuál es el trabajo más noble —comparando los «^promedios —: si el de criar niños o el de cortar el cabello de los demás o luStrar los zapatos de los demás o abrir puertas en las tiendas. No veo por qué tienen que quejarse las mujeres de lavar platos, si

sus maridos tienen que abrir puertas para que pasen unos extraños en las tiendas. Los hombres solían estar detrás de los mostradores, y ahora las jóvenes han corrido a ocupar sus lugares, mientras los hombres abren las puertas, y bienvenidos sean si creen que es un trabajo más noble. Considerado como medio de vida, ningún trabajo es noble y ningún trabajo es innoble. Y río estoy tan seguro de que cuidar sombreros de hombres desconocidos sea necesariamente más romántico que remendar las medias del marido. La diferencia entre la joven del guardarropa y la zurcidora de medias en el hogar es que la zurcidora de medias

tiene un hombre cuyos destinos es su privilegio presidir, en tanto que la chica del guardarropa no lo tiene. Es de esperar, por consiguiente, que quien usa las medias merezca el trabajo de la mujer, pero también sería un pesimismo injustificado establecer como regla general que sus medias no merecen los zurcidos de la mujer. No todos los hombres son tan poco como eso. Lo importante es que no puede denominarse una actitud social cuerda a la presunción general de que la vida hogareña, con su tarea importante y sagrada de criar e influir a los jóvenes de la raza, es demasiado baja para las mujeres. Tal presunción es posible solamente en una

cultura en que no se respeta suficientemente a la mujer, al hogar y a la maternidad.

III. DE LA ATRACCIÓN SEXUAL

Detrás de la fachada de los derechos de la mujer y de los crecientes privilegios sociales para las mujeres, siempre he creído que no se reconoce lo debido a la mujer, ni siquiera en la moderna Norteamérica. Esperemos que mi impresión sea incorrecta y que con el incremento de los derechos de la mujer no haya decrecido la caballerosidad. Porque las dos cosas no van necesariamente juntas: la

caballerosidad, o sea el verdadero respeto por las mujeres, y el permitir a las mujeres que gasten dinero, que vayan donde les plazca, que ocupen cargos ejecutivos y que voten. Me ha parecido (como ciudadano del Viejo Mundo con la perspectiva del Viejo Mundo) que hay cosas que importan y cosas que no importan, y que las mujeres norteamericanas están muy por delante de sus hermanas del Viejo Mundo en todas las cosas que no importan, y siguen estando en la misma situación en todas las cosas que importan. De todos modos, no hay índice claro de una mayor caballerosidad en América que en Europa. La verdadera autoridad que

ejercita la mujer norteamericana deriva todavía de su viejo trono tradicional — el hogar—, desde el cual preside como un feliz ángel guardián. He visto tales ángeles, pero solamente en la santidad de un hogar privado, donde una mujer revolotea en la cocina o en la sala, señora verdadera de un hogar consagrado al amor familiar. En cierto modo se desprende de ella una irradiación que sería inconcebible o estaría fuera de lugar en una oficina.

¿Es solamente porque la mujer es más encantadora y más graciosa en un vestido de gasa que en una chaqueta de negocios, o se trata apenas de mi imaginación? La raíz del asunto está en

el hecho de que las mujeres se hallan en el hogar como peces en el agua. Vestid a las mujeres con chaquetas de negocios y los hombres las considerarán como co-trabajadores, con derecho a criticarlas; pero dejadlas flotar en georgette o chiffon durante una de las siete horas de oficina que tiene el día, y los hombres renunciarán a toda idea de competir con ellas y se limitarán a echarse atrás en sus sillas, y extrañarse y quedar boquiabiertos. Sometidas a la rutina de los negocios, las mujeres se disciplinan muy fácilmente, y resultan mejores trabajadores de rutina que los hombres, pero en cuanto cambia la atmósfera de la oficina, como cuando el personal de una

casa de negocios se encuentra en una fiesta de bodas, veréis que las mujeres vuelven inmediatamente a lo que son, aconsejando a sus colegas masculinos, o a sus patrones, que se hagan cortar el cabello, o dónde pueden conseguir la mejor loción para curar la caspa. En la oficina, las mujeres hablan con civilidad; fuera de la oficina, hablan con autoridad.

Hablando francamente desde un punto de vista de hombre —de nada vale fingir que hablo en otra forma— creo que la aparición de las mujeres en público ha sumado mucho al encanto y la amenidad de la vida, de la vida en las oficinas y en la calle, para beneficio de

los hombres; que en las oficinas las voces son más dulces, los colores más alegres y los escritorios más limpios. Creo también que no poco de la atracción sexual o el deseo de atracción sexual provisto por la naturaleza ha cambiado, pero que en los Estados Unidos los hombres pasan ratos mejores porque las mujeres norteamericanas tratan de complacer a los hombres con más empeño que, por ejemplo, las mujeres chinas, por cuanto se refiere al "sex appeal". Y mi conclusión es que en Occidente se piensa demasiado en el sexo y demasiado poco en las mujeres.

Las mujeres occidentales pasan casi tanto tiempo en arreglarse el cabello

como el que solían emplear las mujeres chinas; atienden a su tocado más abierta, constante y ubicuamente; hacen dieta, ejercicios y masajes y con más asiduidad leen avisos para conservar la silueta; agitan las piernas en la cama para reducir la cintura más religiosamente; se hacen quitar las arrugas y teñir el pelo a una edad en que ninguna mujer china pensó jamás en hacer tales cosas. Gastan más, y no menos, dinero en lociones y perfumes, y dan su auspicio a un gran negocio en coloretes, cremas para el día, cremas para la noche, cremas para quitar el colorete, cremas para poner el colorete, cremas para la cara, cremas para las

manos, cremas para limpiar los poros, cremas de limón, aceites para quemarse al sol, aceites para las arrugas, aceites de tortuga, aceites de palma y todas las variedades que se puedan concebir de aceites aromáticos. Acaso todo eso sea sencillamente porque las mujeres norteamericanas tienen más tiempo y más dinero que perder. Quizá se vistan para complacer a los hombres y se desvistan para complacerse, o todo lo contrario, o las dos cosas a la vez. Tal vez la razón sea solamente que las mujeres chinas tengan menos disponibilidad de tratamientos modernos de belleza, porque vacilo mucho antes de trazar una distinción entre las razas

cuando se trata del deseo femenino de atraer a los hombres. ¡Bien que trataban las mujeres de complacer a los hombres empujándose los pies hace medio siglo, y ahora han hecho alegremente el camino que va desde los pies atados a los tacos altos! No suelo ser profeta, pero puedo decir con profética convicción que en un futuro inmediato las mujeres chinas pasarán diez minutos cada mañana moviendo las piernas de arriba para abajo, para complacerse o para complacer a sus maridos. Pero el hecho evidente está ahí: las mujeres norteamericanas del presente parecen tratar con más empeño de complacer a los hombres, pues dedican más

pensamientos a su "sex appeal" corporal y se visten con una mejor comprensión del "sex appeal". El resultado neto es que la mujer, en conjunto, según la vemos en parques y calles, tiene mejor silueta y está mejor vestida, gracias a los continuos y tremendos esfuerzos diarios de las mujeres por conservar la silueta, con gran deleite para los hombres. Pero imagino cómo debe pesar sobre sus nervios. Y cuando hablo de atracción sexual, lo hago en contraste con atracción de la maternidad, o de la atracción femenina en conjunto. Sospecho que esta fase de la civilización moderna ha estampado su carácter sobre el amor y el matrimonio

modernos.

El arte ha hecho que el hombre moderno tenga conciencia del sexo. No me cabe duda. Primero el arte, y después la explotación comercial del cuerpo femenino, hasta su última curva u ondulación muscular, y hasta la última uña pintada de los dedos del pie. Jamás he visto tan completamente explotada con fines comerciales cada una de las partes del cuerpo de la mujer, y me es difícil comprender cómo se han, sometido tan dulcemente las mujeres norteamericanas a esta explotación de sus cuerpos. Para un oriental, es difícil conciliar esta explotación comercial del cuerpo femenino con el respeto por las

mujeres. Los artistas la llaman belleza, los espectadores de teatro la llaman arte, sólo los productores y gerentes hablan honradamente de "sex appeal", y los hombres en general pasan un buen rato. Es típico de una sociedad hecha por el hombre y regida por el hombre, que se desnude a las mujeres para la explotación comercial, y casi nunca a los hombres, salvo unos pocos acróbatas. En el escenario podemos ver mujeres casi desvestidas, pero los hombres conservan sus trajes; en un mundo regido por las mujeres veríamos, ciertamente, a los hombres semidesnudos, y a las mujeres con largos vestidos. Los artistas estudian

igualmente la anatomía masculina y la femenina, pero no sé por qué les es difícil dar provecho comercial a su estudio del cuerpo masculino cuando es hermoso. El teatro desnuda para excitar, pero generalmente desnuda a las mujeres para excitar a los hombres, y no desnuda a los hombres para excitar a las mujeres. Aun en las exhibiciones de clase superior, donde se procura ser artístico y moral a la vez, se permite a las mujeres que sean artísticas y a los hombres que sean morales, pero jamás se insiste en que las mujeres sean morales y los hombres artísticos. (Todos los hombres que actúan en teatros de variedades se limitan a tratar de ser

graciosos, aun cuando se dediquen a la danza, que se supone es "artística".) Los anuncios comerciales recogen el tema y lo ejecutan en interminables variaciones, de manera que todo lo que necesita hacer hoy un hombre cuando quiere ser "artístico" es tomar un ejemplar de cualquier revista y recorrer las páginas de avisos. El resultado es que las mismas mujeres están tan impresionadas con el deber de ser artísticas, que aceptan inconscientemente la doctrina y pasan hambre o se someten a masajes y rigurosa disciplina, a fin de contribuir a un mundo más hermoso. Las de menos claro entendimiento se ven llevadas casi a pensar que el único modo de conseguir

un hombre y conservarlo es emplear el "sex appeal".

Considero que esta sobreacentuación de la atracción sexual comprende un criterio adolescente e inadecuado de la naturaleza toda de la mujer, con ciertas consecuencias sobre el carácter del amor y el matrimonio, cuya concepción se hace también falsa e inadecuada. Se piensa así en la mujer más como posibilidad de apareamiento que como espíritu que debe presidir el hogar. La mujer es esposa y madre, pero si se acentúa el sexo como tal, la noción de la hembra desplaza a la noción de la madre, e insisto en que la mujer llega a su estado más noble sólo como madre, y

que una esposa que por propia elección se niega a ser madre, inmediatamente pierde una gran parte de su dignidad y seriedad y se halla en peligro de convertirse en un juguete. Para mí, cualquier .esposa sin hijos es una amante, y cualquier amante con hijos es una esposa sea cual fuere su situación legal. Los hijos ennoblecen y santifican a la amante, y la ausencia de hijos degrada a la esposa. Es una verdad de a puño que muchas mujeres modernas se niegan a tener hijos porque el embarazo les arruinaría la silueta.

El instinto amoroso tiene una contribución propia que hacer al enriquecimiento de la vida, pero puede

excederse en detrimento de la mujer misma. El esfuerzo de mantener elevada la atracción sexual cae necesariamente sobre los nervios de las mujeres, no de los hombres. Es injusto, también, porque, al dar primas a la belleza y la juventud, las mujeres maduras se ven ante la desesperanzada tarea de luchar contra las canas y el curso del tiempo. Un poeta chino nos ha advertido ya que la fuente de la juventud es un engaño, que nadie puede "atar un cordel al sol" y detener su carrera. El esfuerzo de la mujer madura por conservar la atracción sexual se convierte así en una ardua carrera con los años, lo cual es insensato. Sólo el humor puede salvar la

situación. Si de nada vale librar una lucha sin esperanzas contra la ancianidad y las canas, ¿por qué no decir entonces que las canas son hermosas? Así canta Chu Tu:

He ganado blancas canas,
centenares, en mi cabeza.

Tan pronto como las quito, aparecen muchas otras.

¿Por qué quitarlas, entonces, por qué no dejarlas solas?

¿Quién tiene tiempo para la lucha contra la plateada hebra?

Todo esto es antinatural e injusto. Es injusto con las madres y las mujeres ancianas, porque así como un campeón de peso pesado debe entregar su título a

los pocos años a un desafiante más joven, y así como un caballo más viejo debe ceder en carrera al que tiene juventud, también las mujeres ancianas libran una batalla perdida contra las mujeres jóvenes, y al fin y al cabo todas luchan contra su propio sexo. Es tonto, peligroso y sin esperanzas para las mujeres maduras enfrentar a las jóvenes en el terreno de la atracción sexual. Es tonto, además, porque hay en la mujer algo más que su sexo, y aunque la corte y los amoríos se basan en gran parte, necesariamente, en los atractivos físicos, los hombres y las mujeres más maduros deberían haber dejado atrás tal cosa.

El hombre, ya lo sabemos, es el animal más enamorado del reino zoológico. Además de su instinto amoroso, sin embargo, hay un instinto paterno o materno igualmente fuerte, cuyo resultado es la vida familiar humana. Los instintos amoroso y paternal están compartidos en común con casi todos los animales, pero parece que los orígenes de la vida familiar del hombre se encuentran entre los gibones. Existe, no obstante, el peligro de que el instinto amoroso subyugue al instinto de familia en una cultura excesivamente compleja que rodea al hombre de constantes estímulos sexuales en el arte, el cinematógrafo y el teatro. En esta

cultura se puede olvidar fácilmente la necesidad del ideal de familia, especialmente cuando, además, hay una corriente de ideas individualistas. En una sociedad así, pues, obtenemos un extraño punto de vista sobre el matrimonio, y pensamos que consiste en eternos besos, que terminan en general con las campanas de la boda, y un extraño punto de vista sobre la mujer, en la que pensamos sobre todo como hembra del hombre y no como madre. La mujer ideal, entonces, llega a ser una joven de perfectas proporciones físicas y de encanto físico, en tanto que para mí la mujer no es jamás tan hermosa como cuando se halla de pie junto a una cuna,

jamás tan seria y tan digna como cuando tiene a un niño sobre el pecho y conduce de la mano a un niño de cuatro o cinco años, y jamás tan feliz como cuando, según he visto en un cuadro occidental, está tendida en cama contra una almohada y juega con el niño que tiene al pecho. Tal vez tenga yo un complejo de maternidad, pero no hay que preocuparse, porque los complejos psicológicos nunca hacen daño a un chino. Siempre me parece ridícula y poco convincente cualquier sugestión de que un chino tenga un complejo de Edipo, o un complejo de padre e hija, o un complejo de hijo y madre. Sugiero que mi criterio de la mujer no se debe a

un complejo de maternidad, sino a la influencia del ideal chino de la familia.

IV. EL IDEAL FAMILIAR CHINO

Creo, casi, que la historia de la Creación en el Génesis debe ser redactada de nuevo y por entero. En la novela china Sueño de la cámara roja, el mozo, que es su protagonista, un sentimental afeminado muy afecto a la compañía de las mujeres, que admira intensamente a sus hermosas primas y llega a sentir lástima de ser varón, dice que "la mujer está hecha de agua y el hombre de arcilla", por la razón de que cree que sus primas son dulces y puras y

hábiles, en tanto que él y sus compañeros son feos y torpes y malhumorados. Si quien escribió el Génesis hubiese sido Paoyü y sabido de qué hablaba, habría escrito un relato diferente. Dios tomó un puñado de barro, lo modeló hasta darle forma humana y le puso su aliento en la nariz, y ya estuvo Adán. Pero Adán empezó a resquebrajarse y a caerse en pedazos, y entonces Él tomó un poco de agua y con el agua modeló la arcilla, y esta agua que entró en el ser de Adán se llamaba Eva, y sólo cuando tuvo a Eva en su ser fue completa la vida de Adán. Al menos, éste me parece que es el significado simbólico del matrimonio. La mujer es

agua y el hombre arcilla, y el agua penetra y moldea la arcilla, y la arcilla retiene el agua y le da su sustancia, en la cual se mueve y vive y tiene su pleno ser el agua.

La analogía de la arcilla y el agua en el matrimonio humano fue expresada hace mucho tiempo por Madame Kuan, esposa del gran pintor yüan. Chao Mengfu, y pintora y maestra ella también en la Corte Imperial. Cuando, ya maduros ambos, se enfriaba el ardor de Chao, o por lo menos ya pensaba en tomar una amante, Madame Kuan escribió este poema, que llegó al corazón y cambió el ánimo de Chao:

Entre tú y yo

Hay demasiada emoción.

Ese es el motivo

De tal conmoción.

Toma un montón de arcilla,

Mójalo, fórmalo,

Y de mí habrá algo en tu arcilla.

Y haz una imagen mía

Y una imagen tuya.

Tíralas luego, rómpelas,

Y agrégales agua.

Une la arcilla y modélala

En una imagen tuya

Y una imagen mía.

Entonces habrá en mi arcilla algo de

tí,

Y jamás nos separará nada;

Vivos, dormiremos en la misma

cama,

Y muertos, juntos nos sepultarán.

Es cosa bien conocida que la sociedad china y la vida china están organizadas sobre la base del sistema familiar. Este sistema determina y da color a todo el patrón de la vida. ¿De dónde vino este ideal familiar de la vida? Rara vez se ha preguntado tal cosa, porque los chinos parecen darla por sentada, en tanto que los estudiantes extranjeros no se sienten competentes para emprender la tarea. Se atribuye a Confucio haber contribuido al fundamento filosófico del sistema de familia, como base de toda la vida social y política, con su enorme énfasis

en la relación de marido y mujer, como fundamento de todas las relaciones humanas, en la piedad filial hacia los padres, las visitas anuales a las tumbas ancestrales, el culto de los antepasados, y la institución del salón ancestral.

El culto chino por los antepasados ha sido llamado religión por ciertos escritores, y creo que es en gran parte así.

Su aspecto no religioso es la exclusión o el lugar mucho menos significativo del elemento sobrenatural. Se deja casi intacto lo sobrenatural, y el culto de los antepasados puede ir de la mano con la creencia en un dios cristiano, budista o mahometano. Los

ritos del culto de los antepasados dan una forma de religión, y son a la vez naturales y justificables porque todas las creencias deben tener un símbolo y una forma externos. No creo que los respetos que se rinden a unas tabletas cuadradas de madera, de unos treinta centímetros de largo y en las que se inscriben los nombres de los antepasados, sean más o menos religiosos que el empleo de un retrato del Rey en un sello de correos británico. En primer lugar, se concibe a esos espíritus ancestrales menos como dioses que como seres humanos, y se les sigue sirviendo como lo fueron por sus descendientes en su ancianidad. No se

les hacen ruegos de dones ni plegarias para que curen enfermedades, y no existe el acostumbrado regateo entre el venerado y el que venera. En segundo lugar, esta ceremonia de culto no es más que una ocasión de piadoso recuerdo de los antepasados desaparecidos, en un día consagrado a la reunión de la familia. A lo sumo, es apenas un pobre sustituto de la celebración del cumpleaños del antepasado cuando vivía, pero en espíritu no difiere de la celebración del cumpleaños de un progenitor, o del Día de la Madre en los Estados Unidos.

La única objeción que llevó a los misioneros cristianos a prohibir a los

chinos conversos que participaran en las ceremonias y las fiestas y festines comunales del culto de los antepasados es la de que quienes rinden este culto se ven obligados a arrodillarse ante las tabletas ancestrales y con ello infringen el primero de los Diez Mandamientos. Este es quizá el ejemplo más flagrante de falta de comprensión por parte de los misioneros cristianos. Las rodillas chinas no son tan preciosas como las rodillas occidentales, porque nos prosternamos ante emperadores o magistrados y ante nuestros padres, cuando viven, en el Día de Año Nuevo. Por consiguiente, las rodillas chinas son por naturaleza más flexibles, y no se

hace uno más o menos hereje por arrodillarse ante una tableta de madera que se parece a un calendario. En cambio, los chinos cristianos de las aldeas y las ciudades se ven forzados a separarse de la vida general de la comunidad, porque se les prohíbe participar en las fiestas, y hasta dar dinero para las representaciones teatrales acostumbradas en tales ocasiones. Los chinos cristianos, por lo tanto, se excomulgan prácticamente de su propio clan.

No hay duda casi de que en muchos casos este sentimiento de piedad y de obligación mística hacía la familia llegó a ser una actitud profundamente

religiosa. Tenemos, por ejemplo, el caso de Yen Yüan, uno de los más grandes dirigentes confucianistas del siglo XVII, que ya anciano emprendió un patético viaje en busca de su hermano, con la esperanza de que ese hermano podría tener un hijo, pues él no lo tenía. Este discípulo del confucianismo, que creía en la conducta más que en el conocimiento, vivía en Szechueü. Su hermano faltaba desde hacía años. Cansado de enseñar las doctrinas de Confucio, un día sintió lo que entre misioneros se consideraría "un llamado divino" para que fuera en busca de su hermano perdido. La situación no ofrecía casi esperanzas. No tenía idea

de dónde podía estar su hermano, ni siquiera sabía si estaba vivo. Un viaje era empresa sumamente peligrosa en esos días, y el país estaba en desorden a causa de la caída del régimen Ming. Pero este anciano emprendió el viaje, un viaje verdaderamente religioso, sin otros medios, para encontrar al hermano, que los que le proporcionaba la colocación de letreros en las puertas de las ciudades y en las posadas por donde iba. Así viajó desde China occidental hasta las provincias del Nordeste, cubriendo más de mil millas, y sólo después de muchos años de desesperada búsqueda fue conducido al hogar de su hermano, porque el hijo de éste

reconoció su nombre en un paraguas apoyado contra una pared mientras su dueño estaba en un retrete público. Había muerto el hermano, pero Yen logró su meta, que era encontrar un descendiente varón para la familia de sus antepasados.

Nadie sabe por qué hizo tanto hincapié Confucio en la piedad filial, pero el doctor John C. H. Wü, en un ilustrativo ensayo (

[\[25\]](#)), ha sugerido que la razón fue que Confucio nació sin padre. La razón psicológica es similar, pues, a la del autor de Home Sweet Home, que no conoció un hogar en toda su vida. Si el

padre de Confucio hubiese vivido cuando éste era niño, la idea de la paternidad no habría sido rodeada por él de tan romántico resplandor, y si hubiera vivido su padre cuando él creció, el resultado podría haber sido más desastroso todavía. Confucio habría podido ver los defectos de su padre, y le habría resultado algo difícil cumplir el precepto de la absoluta piedad. De todos modos, ya había muerto el padre cuando nació Confucio, y no sólo esto, sino que ni siquiera sabía dónde estaba la tumba de su padre. Había nacido fuera de casamiento, y la madre se negó a decirle quién era su padre. Cuando murió la madre, la sepultó (cínicamente,

presumo) en el "Camino de los Cinco Padres", y sólo después de haberse enterado, por una vieja mujer, de la ubicación de la tumba de su padre, atendió Confucio a que se les enterrara juntos en otro lugar.

Hemos de dejar que esta ingeniosa teoría quede en pie por lo que vale. Pero no faltan razones en la literatura china para explicar la necesidad del ideal de familia. Comienza con un criterio del hombre, no como individuo, sino como miembro de una unidad familiar; está respaldada por un criterio de la vida que yo podría llamar la teoría de "la

corriente de la vida", y justificada por una filosofía que considera que el cumplimiento de los instintos naturales del hombre es la meta final de la moral y la política.

El ideal del sistema familiar está opuesto necesariamente al ideal del individualismo personal. Ningún hombre, al fin y al cabo, vive como individuo completamente solo, y no tiene realidad alguna la idea de un individuo así. Si pensamos en un individuo y no le consideramos ni hijo, ni hermano, ni padre, ni amigo, ¿qué es entonces? Tal individuo se convierte en una abstracción metafísica. Y por tener una mente tan biológica, los chinos

piensan naturalmente primero en las relaciones biológicas del hombre. La familia se convierte entonces en la unidad biológica natural de nuestra existencia, y el mismo matrimonio pasa a ser un asunto de familia, y no un asunto individual.

En Mi patria y mi pueblo he señalado los males de este sistema familiar tan absoluto, que puede llegar a ser una forma de egoísmo magnificado, en detrimento del Estado. Pero esos males son inherentes a todos los sistemas humanos, al sistema familiar tanto como al individualismo y el nacionalismo de Occidente, debido a los defectos de la naturaleza humana. En

China, se piensa siempre que el hombre es más grande y más importante que la familia, porque aparte de la familia no tiene existencia real. Los males del nacionalismo son tan aparentes como éstos en la Europa moderna. El Estado puede transformarse fácilmente en un monstruo, como lo está ya en algunos países, engullendo la libertad de palabra del individuo, su libertad de conciencia y de creencias religiosas, su honor personal y hasta la meta última y final de la felicidad individual. Las consecuencias teóricas de un criterio tan colectivista son bien aparentes en el fascismo y el comunismo, y por cierto que han sido formuladas lógicamente ya

por Carlos Marx. La aniquilación total del instinto paternal parece ser un objeto del Estado marxista, en el cual se censura abiertamente el afecto y la lealtad familiares como sentimientos burgueses, que han de extinguirse en un diferente ambiente material. (

[\[26\]](#)) No sé cómo estaba tan seguro Carlos Marx en cuanto a este punto de biología.

Sabio en economía, quizá padeciera de imbecilidad en cuanto a sentido común. Un escolar norteamericano habría adivinado que cinco mil años

sería un plazo demasiado corto para atrofiar un instinto que traía la fuerza de un millón de años de desarrollo. Pero tal argumento, por extraño que parezca, pudo presentarse como estrictamente lógico al intelecto occidental. Es, según las palabras del redactor de los "Tópicos" de The New York Times, "consistencia enloquecida". El concepto de que el hombre libre una guerra de clases en obediencia a ciertas leyes mecánicas priva naturalmente al hombre de su libertad individual de creencias y de acción. Según tan extremo criterio, por lo tanto, tenemos aún menos individualismo que bajo el sistema, familiar.

En lugar de este individualismo y nacionalismo de Occidente, existe, pues, el ideal de familia, en que no se considera al hombre como individuo, sino como miembro de una familia, y como parte esencial de la gran corriente de la vida de familia. Esto es lo que quiero decir cuando hablo de la teoría de la "corriente de la vida". La vida humana, en su conjunto, puede ser tomada como constituida por diferentes corrientes raciales de la vida, pero es la corriente de la vida en la familia lo que siente y ve directamente el hombre. De acuerdo con una analogía que es a la vez china y occidental, hablamos del "árbol de la familia", y la vida de cada hombre

no es más que una sección o una rama de ese árbol, que crece desde el tronco y contribuye con su existencia misma a su mayor crecimiento y a su continuación. La vida humana, por consiguiente, es considerada inevitablemente como un crecimiento o una continuación, en que cada hombre desempeña un papel o un capítulo en la historia de la familia, con sus obligaciones hacia la familia en conjunto, pues da glorias o vergüenzas a sí mismo y a la vida familiar a la vez.

Este sentido de la conciencia y el honor de la familia es probablemente la única forma de espíritu de equipo o de conciencia de grupo en la vida china. A fin de jugar el juego de la vida tan bien

o mejor que otro equipo, cada miembro de la familia debe tener cuidado de no echar a perder el juego, y de no perjudicar a su equipo con un falso movimiento. Si le es posible, debe tratar de llevar la pelota a mayor distancia en la cancha. Un hijo perdido es una vergüenza para sí mismo y para su familia, exactamente en el mismo sentido en que un jugador de fútbol lo es cuando comete un error y pierde la pelota. Y quien ocupa el primer término en los exámenes civiles es como un jugador que marca un tanto. La gloria es para él, y para la familia al mismo tiempo. Los beneficios de ser un chuanyüan ("N° 1" en los exámenes

imperiales), o aun un chinshih de tercera clase, son compartidos, sentimental y materialmente, por los miembros de la familia inmediata, los parientes, el clan y hasta la aldea. Durante cien o doscientos años, los pobladores de la aldea se envanecerán todavía de que produjeron un chuangyüan en tal o cual reinado. En comparación con los regocijos de la familia y de la aldea cuando un hombre obtenía un chuangyüan o un chinshih y volvía a su casa a colocar una tableta de honor, dorada, a gran altura, en su salón ancestral, en tanto que la madre vertía lágrimas, probablemente, y el clan entero se sentía honrado por tan notable

ocasión, la obtención de un diploma universitario es hoy una alegría bastante tonta e insípida.

En este cuadro de la vida de familia hay espacio para muchas variedades y colores. El hombre pasa por las etapas de niñez, juventud, madurez y ancianidad; primero le cuidan los demás, luego cuida a los otros, y en la ancianidad vuelve a ser cuidado; primero obedece y respeta a los otros, y después es obedecido y respetado a su vez, en mayor proporción según envejece. Sobre todo, presta color a este cuadro la presencia de las mujeres. En este cuadro de la continua vida familiar entra la mujer, no como adorno o

juguete, ni siquiera esencialmente como esposa, sino como parte vital y esencial del árbol de la familia: precisamente lo que hace posible la continuidad. Porque la fuerza de cualquier rama particular depende también de la mujer que entra en el hogar y la sangre que entrega a la herencia "familiar. Un patriarca sabio tiene buen cuidado de elegir mujeres de sana herencia, como un jardinero tiene cuidado de elegir la especie debida para injertar una rama. Se sospecha en general que la vida de un hombre, particularmente su vida de hogar, se hace o deshace por la mujer con quien se casa, y todo el carácter de la futura vida familiar está determinado por ella.

La salud de los nietos y el tipo de crianza familiar que van a recibir (sobre lo cual pone mucha atención en China) dependen enteramente de la crianza de la nuera. Hay así una especie de sistema eugenésico amorfo y mal definido, basado en la creencia en la herencia y en la gran preocupación sobre el mentí (literalmente, "puerta y hogar", o linaje o posición familiar), pero basado también, de todos modos, en patrones de conveniencia en cuanto a la salud, la belleza y la educación de la novia, según la ven los padres o los abuelos de la familia. En general, se hace hincapié en la crianza familiar (en el mismo sentido en que un occidental elegiría a

una niña de una "buena casa"), como representación de las bellas tradiciones antiguas de la frugalidad, la laboriosidad, los buenos modales y la cortesía. Y cuando a veces un padre descubre, apenado, que su hijo ha casado con una nuera inservible, de malos modales, siempre maldice en secreto a la otra familia por no criar mejor a sus hijas. Por ende, en la madre y el padre recae el deber de preparar a sus hijas de manera que no se deban avergonzar de ellas cuando, por casarse, pasan a otro hogar: como, por ejemplo, cuando no saben cocinar, o cómo preparar un buen budín de Año Nuevo.

Según la teoría de la corriente de la

vida, tal como se la ve en el sistema familiar, la inmortalidad es casi visible y palpable. Todo abuelo, al ver a su nieto que marcha a la escuela con su cartera, siente que en verdad está viviendo otra vez en la vida del niño, y cuando toca una mano o pellizca las mejillas al niño, sabe que es carne de su carne y sangre de su sangre. Su vida no es más que una sección del árbol de la familia, o de la gran corriente de la vida familiar que fluye siempre, y por lo tanto es feliz al morir. Eso explica que la mayor preocupación de un padre chino sea ver que sus hijos e hijas estén debidamente casados antes de que él muera, porque esta preocupación es aun

más importante que la ubicación de su tumba o la elección de un buen ataúd. Porque no puede saber qué clase de vida vivirán sus hijos hasta que con sus propios ojos vea qué tipo de mujeres y de hombres se casan con sus hijos y sus hijas; y si las nueras y los yernos le parecen satisfactorios, muy dispuesto está a "cerrar los ojos sin pesares" en su lecho de muerte.

El resultado neto de tal concepto de la vida es que se obtiene una mayor perspectiva sobre todas las cosas, porque ya no se considera que la vida comienza y termina con la del individuo. El equipo continúa el juego aun después de quedar fuera de acción uno de sus

componentes. El triunfo y el fracaso comienzan a asumir un aspecto diferente. El ideal chino de la vida es vivir de modo de no causar vergüenza a los antepasados y tener hijos de quienes no haya por qué avergonzarse. Un funcionario chino, al renunciar a su cargo, cita a menudo estos versos:

Pues tengo hijos, contento estoy de la vida;

Sin este cargo, ligero queda mi cuerpo.

Lo peor que puede acontecer a un hombre, probablemente, es tener hijos indignos, que no pueden "mantener la gloria de la familia", o aun la fortuna de

la familia. El padre millonario de un hijo jugador ve dispersa su fortuna, la fortuna que le ha llevado una vida construir. Cuando fracasa el hijo, la derrota es absoluta. En cambio, una viuda que mire a lo lejos puede soportar años de miseria e ignominia y hasta de persecución, si tiene un buen hijo de cinco años. La historia y la literatura chinas están llenas de estas viudas que soportaron toda suerte de dificultades y persecuciones, pero que vivieron para el día en que sus hijos prosperarían, y se convertirían acaso en prominentes ciudadanos. El último caso es Chiang-Kai-Shek en persona, que cuando niño fue perseguido, junto con su madre

viuda, por sus vecinos. La viuda no decayó mientras tuvo la esperanza de su hijo. El buen éxito de las viudas en cuanto a dar a sus hijos una perfecta educación, en carácter y en moral, debido al sentido más realista que tiene la mujer, me ha llevado a menudo a pensar que los padres son totalmente innecesarios, en cuanto atañe a la educación de los hijos. La viuda siempre ríe mejor, porque ríe última.

Esta concertación de la vida en la familia es satisfactoria, pues, porque se toma buen cuidado de la vida del hombre en todos sus aspectos biológicos. Esa fue, al fin y al cabo, la principal preocupación de Confucio. El

ideal final de gobierno, como lo concibió Confucio, era curiosamente biológico: "Se hará que los ancianos vivan en paz y seguridad, que los jóvenes aprendan a amar y ser leales, que dentro de la cámara no haya doncellas solteras, y fuera de la cámara no haya varones solteros." Esto es tanto más notable cuanto que no se trata de una expresión lateral, sino de la meta final de gobierno. Es la filosofía humanista llamada tach'ing, o sea "cumplimiento de los instintos". Confucio quería estar bien seguro de que se satisfacerían todos nuestros instintos humanos, porque sólo así podemos tener la paz moral a través de una vida

satisfactoria, y porque sólo la paz moral es paz verdadera. Es una especie de ideal político que tiende a hacer innecesaria la política, porque será una paz estable y basada en el corazón humano.

V. DE ENVEJECER GRACIOSAMENTE

El sistema familiar chino, según lo concibo yo, es principalmente un arreglo dedicado particularmente a los jóvenes y los viejos, porque como la niñez y la juventud y la ancianidad ocupan la mitad de nuestra vida, es importante que los jóvenes y los viejos vivan una vida

satisfactoria. Es cierto que los jóvenes son más desvalidos y suelen cuidarse menos, pero en cambio pueden pasar, mejor que los viejos, sin comodidades materiales. Un niño advierte escasamente las dificultades materiales, con el resultado de que a menudo un niño pobre es tan feliz o más feliz que otro rico. Tal vez ande descalzo, pero esto es una comodidad, más que un inconveniente, para él, en tanto que andar descalzos es a menudo una dureza intolerable para los viejos. Esto ocurre por la mayor vitalidad del niño, o del joven. Quizá tenga sus pesares momentáneos, pero ¡cuan fácilmente los olvida! No tiene idea del dinero, ni

padece el complejo del millonario, como padecería un viejo. A lo sumo, colecciona marquillas de cigarrillos para comprar una pistola de juguete, mientras una anciana colecciona títulos del Estado. Entre la diversión de una y otra clase de afán coleccionista, no hay comparación. La razón es que el niño no está intimidado todavía por la vida, como lo están los mayores. Sus costumbres personales no están formadas, y no es esclavo de una marca particular de café; toma lo que le dan. Tiene muy escasos prejuicios raciales, y ningún prejuicio religioso. Sus pensamientos y sus ideas no han caído en determinados surcos. Por lo tanto,

aunque parezca extraño, los viejos dependen de los demás mucho más que los jóvenes, porque sus temores son más definidos y sus deseos más delimitados.

Algo de esta ternura hacia la ancianidad existía ya en la conciencia prehistórica del pueblo chino; un sentimiento que sólo puedo comparar a la caballería occidental y al sentimiento de ternura hacia las mujeres. Si los primeros chinos tuvieron alguna caballería, no se manifestó hacia las mujeres y los niños, sino hacia los ancianos. Este sentimiento de caballería encontró clara expresión en Mencio, con frases como: "No debe permitirse a la gente de cabello canoso

que porte cargas en la calle", lo cual se expresó como meta final de un buen gobierno. Mencio describió también las cuatro clases de gente más desvalida en el mundo: "Las viudas, los viudos, los huérfanos y los ancianos sin hijos". De estas cuatro clases, las dos primeras debían ser cuidadas por una economía política concertada de tal modo que no hubiera hombres ni mujeres sin casarse. No dijo Mencio, por cuanto podemos saber, qué se iba a hacer con los huérfanos, aunque siempre han existido, en todas las edades, los orfanatos, así como las pensiones para ancianos. Todos comprenden, no obstante, que los orfanatos y los asilos para ancianos

son pobres sustitutos del hogar. Existe el sentimiento de que solamente el hogar puede proveer algo semejante a un arreglo satisfactorio para los viejos y los jóvenes. Pero en cuanto a los jóvenes, debe darse por sentado que no es menester decir mucho, pues existe el natural afecto paternal. "El agua corre hacia abajo y no hacia arriba", dicen siempre los chinos, y por lo tanto el afecto por los padres y abuelos es algo que tiene más necesidad de ser enseñado por la cultura. Un hombre natural' ama a sus hijos, pero un hombre culto ama a sus padres. Al final, la enseñanza del amor y el respeto por los ancianos se hizo un principio generalmente

aceptado, y si hemos de creer a algunos escritores, el deseo de tener el privilegio de servir a los padres en su ancianidad llegó a ser una pasión dominante. El mayor pesar que podía tener un caballero chino era perder para siempre la oportunidad de servir a sus ancianos padres con remedios y alimentos en su lecho de muerte, o no estar presente a su fallecimiento. Sí un alto funcionario de cincuenta o sesenta años no podía invitar a sus padres a que vinieran de la aldea natal y vivieran con su familia en la capital, para "acompañarles a la cama todas las noches y saludarles todas las mañanas", había cometido un grave pecado del que

debía avergonzarse y por el cual tenía que presentar constantes excusas y explicaciones a amigos y colegas. Este pesar fue expresado en dos versos por un hombre que volvió demasiado tarde al hogar, cuando sus padres ya habían muerto:

El árbol desea el reposo, pero no se detiene el viento;

El hijo desea servir, pero sus padres se han ido ya.

Debe presumirse que si el hombre tuviera que vivir la vida como un poema, podría mirar al ocaso de la vida como el período más feliz, y en lugar de tratar de postergar la tan temida ancianidad debería esperarla con agrado

y prepararse para vivir en ella el período mejor y más feliz de su existencia. En mis esfuerzos por comparar y contrastar la vida oriental y la occidental, no he encontrado diferencias absolutas, salvo en esta cuestión de la actitud hacia la edad, que es clara y no permite posiciones intermedias. Las diferencias de nuestras actitudes hacia el sexo, hacia las mujeres, y hacia el trabajo, el juego y las realizaciones materiales, son apenas relativas. La relación entre marido y mujer en China no es esencialmente diferente de la que hay en Occidente; tampoco lo es, siquiera, la relación entre padres e hijos. Ni aun las ideas de

libertad individual y democracia, y la relación entre el pueblo y su gobernante son tan diferentes, al fin de cuentas. Pero en punto a nuestra actitud hacia la edad, la diferencia es absoluta, y Oriente y Occidente toman puntos de vista exactamente opuestos. Esto se advierte con mayor claridad cuando se pregunta a otra persona qué edad tiene, o se dice la propia. En China, lo primero que pregunta una persona a otra cuando hace una visita oficial, después de inquirir su nombre y apellido, es: "¿Cuál es su gloriosa edad?" Si la persona responde, como disculpándose, que tiene veintitrés o veinticinco años, el interlocutor le conforta generalmente diciendo que

todavía le queda un porvenir glorioso, y que algún día será viejo. Pero si la persona responde que tiene treinta y cinco o treinta y ocho años, el interlocutor exclama inmediatamente con hondo respeto: "¡Buena suerte!"; el entusiasmo crece en la proporción en que este caballero puede anunciar una edad mayor y mayor, y si tiene ya más de cincuenta años, el interlocutor baja en seguida la voz, con humildad y respeto. Por esa razón los ancianos, si pueden, deben ir a vivir a China, donde hasta un mendigo, sí tiene barba blanca, es tratado con extraordinaria bondad. La gente de edad madura espera, en verdad, con impaciencia la época en que podrá

celebrar el 51° cumpleaños, y en el caso de comerciantes o funcionarios de buena posición se llega a celebrar el 41° cumpleaños con gran pompa. Pero el 51° cumpleaños, o sea la marca del medio siglo, es ocasión de regocijo para las gentes de todas clases. El 61° es una ocasión más grande y más feliz que el 51°, y más aun el 71°, y un hombre que puede celebrar su 81° cumpleaños es mirado ya como persona especialmente favorecida por el Cielo. Usar barba llega a ser prerrogativa especial de quienes son abuelos, y el hombre que se la deje crecer sin las condiciones necesarias, sea la de ser abuelo o la de haber pasado de los cincuenta años, está

en peligro de que los demás se burlen de él, a espaldas vueltas. El resultado es que los jóvenes tratan de hacerse pasar por más viejos, imitando el porte y la dignidad y los puntos de vista de los ancianos, y he conocido casos de jóvenes escritores chinos, graduados en las universidades a los veintiuno o veinticinco años, que escribían en las revistas artículos para aconsejar "qué deben y qué no deben leer los jóvenes", y se referían a los tropiezos de la juventud con paternal condescendencia.

El deseo de envejecer y, en todo caso, de parecer viejo, es comprensible cuando se advierte la prima que en general se pone a la ancianidad en

China. En primer lugar, hablar es privilegio de los ancianos, mientras los jóvenes tienen que escuchar y tener quieta la lengua. "El joven debe tener oídos y no boca", dice un proverbio chino. Los jóvenes de veinte años deben escuchar cuando hablan los hombres de treinta, y éstos a su vez deben escuchar cuando hablan otros de cuarenta. Como es casi universal el deseo de hablar y ser escuchado, es evidente que cuanto más avance uno en años más probabilidades tendrá de hablar y ser escuchado cuando hace vida social. Es un juego de la vida en que nadie se ve favorecido, porque todos tienen probabilidades de envejecer a su

tiempo. Así, un padre que aconseja a su hijo se ve obligado a detenerse repentinamente y a modificar su actitud en el momento en que la abuela abre la boca. Es claro que desearía estar en el lugar de la abuela. Y es muy justo, porque, ¿qué derecho tienen los jóvenes de abrir la boca cuando los viejos pueden decir: "He cruzado más puentes que calles has cruzado tú"? ¿Qué derecho a hablar tienen los jóvenes?

Pese a mi vinculación con la vida occidental y la actitud occidental con respecto a la edad, siguen asombrándome continuamente ciertas expresiones para las cuales no estoy preparado. Por todas partes aparecen

nuevas ilustraciones de esta actitud. He oído decir a una vieja dama que ha tenido varios nietos, pero que "fue el primero el que dolió". Aun con pleno conocimiento de que a los occidentales no les gusta que les crean viejos, no espera uno que se dé tal expresión a ese sentimiento. He admitido que personas de edad madura, menores de cincuenta años, quieran dar la impresión, muy comprensible, de que son todavía jóvenes y vigorosas, pero no estoy del todo preparado para encontrarme con una anciana de cabello canoso que lleva maliciosamente el tema de la conversación hacia el tiempo, cuando la conversación, sin culpa por mi parte,

gira en forma natural hacia su edad. Se olvida continuamente esta actitud cuando se permite a un viejo que entre primero en un automóvil o un ascensor; en esos casos me sube a los labios la frase habitual de "después de los años", pero luego me contengo y no sé qué decir en cambio. Un día lo olvidé y solté la frase acostumbrada, como deferencia a un anciano sumamente digno y encantador, y el anciano, sentado en su automóvil, se volvió a su esposa y le dijo, bromeando: —"¡Este joven tiene la desfachatez de pensar que es más joven que yo!"

Todo esto es una insensatez. No alcanzo a ver su significado. Comprendo que las mujeres solteras, jóvenes o

maduras, se nieguen a decir su edad, porque en su caso es perfectamente natural la preferencia por la juventud. También las jóvenes chinas se asustan un poco cuando llegan a los veintidós años y no se han casado ni comprometido. Los años pasan sin merced. Dejan el temor de quedar afuera, lo que llaman los alemanes un Torschlusspanik, el temor de quedar en el parque una vez cerradas las puertas, de noche. Por eso se ha dicho que el año más largo en la vida de la mujer es el vigésimonono; sigue teniendo veintinueve años durante cuatro o cinco. Pero, fuera de esto, el temor de que los demás conozcan nuestra edad es insensato. ¿Cómo nos

pueden considerar sabios si no nos consideran viejos? Y, ¿qué saben los jóvenes de la vida, del matrimonio y de los verdaderos valores? Comprendo, también, que la conformación toda de la vida occidental signifique primas a la juventud y haga, por lo tanto, que los hombres y las mujeres se sientan remisas antes de decir su edad. Una secretaria perfectamente eficiente y vigorosa a los cuarenta y cinco años de edad, es tenida por indigna de su cargo, apenas conocida esa edad, debido a una curiosa tergiversación de razonamiento. ¿Qué de extraño tiene, pues, que desee ocultar su edad a fin de conservar el empleo? Pero esta misma conformación

de la vida y esta prima que se concede a la juventud son cosas insensatas. No tienen absolutamente ningún significado, por cuanto yo puedo advertir. No hay duda de que esta clase de cosas son producto de la vida de los negocios, porque seguramente ha de haber más respeto por la ancianidad en el hogar que en la oficina. No veo forma de salir de eso hasta que se empiece a despreciar el trabajo y la eficiencia y los lucros materiales. Sospecho que cuando un padre norteamericano considere que el hogar y no la oficina es su lugar ideal en la vida, y pueda decir abiertamente, como lo hacen los padres chinos, con absoluta ecuanimidad, que

tiene un buen hijo que ocupa su sitio, y que le honra ser alimentado por él, esperará ansiosamente la época feliz y contará con impaciencia los años hasta llegar a los cincuenta.

Parece un infortunio lingüístico que los viejos sanos y robustos en los Estados Unidos digan a los demás que son "jóvenes" todavía, o que se les diga que son "jóvenes" cuando lo que se quiere decir en realidad es que son sanos. Gozar buena salud en la ancianidad, o ser viejo y sano, es la mayor suerte humana, pero decir "sano y joven" es sólo restarle brillo e imputar imperfección a lo que es en realidad perfecto. Después de todo, no hay nada

más hermoso en este mundo que un anciano lleno de salud y sabiduría, con "sonrojadas mejillas y blancos cabellos", y que habla con voz calmada acerca de la vida según la conoce. El chino lo comprende así, y siempre ha pintado a un anciano con "sonrosadas mejillas y blancos cabellos" como símbolo de la final felicidad humana. Muchos occidentales deben haber visto cuadros chinos del Dios de la Longevidad, con su despejada frente, su rostro sonrosado, su barba blanca ¡y cómo sonríe! Muy vivido es el cuadro. El anciano se mece las flotantes barbas que llegan hasta el pecho, y las acaricia suavemente, en paz y contento, digno

porque le rodea el respeto, seguro de sí porque nadie duda de su sabiduría, y bondadoso porque ha visto tantas penas humanas. Rendimos también a las personas de gran vitalidad el cumplimiento de decir que "cuanto más envejecen tanto más vigorosos son", y en China se llamaría "viejo vivaracho" a una persona cómo David Lloyd George, porque con la edad cobra mayor mordacidad.

En general, veo que faltan ancianos de blancas barbas en el cuadro de la vida occidental. Sé que existen, pero se han unido quizá en una conspiración para ocultarse de mí. Sólo una vez, en Nueva Jersey, ví a un anciano con una

barba que podía llamarse respetable. Quizá sea la máquina de afeitar lo que ha logrado esto, un proceso tan deplorable e ignorante y estúpido como la deforestación de las montañas chinas por agricultores ignorantes, que han privado a China del Norte de sus hermosos bosques y dejado las colinas tan calvas y feas como los mentones de los viejos norteamericanos. Queda aún por descubrir en los Estados Unidos una mina de belleza y sabiduría, que es placentera a la vista y conmovedora para el alma, cuando el norteamericano haya, abierto los ojos e inicie un programa general de reforestación. ¡Ya no existen los grandes ancianos de los

Estados Unidos! Ya no existe el Tío Sam con su barba, porque ha comprado una navaja de seguridad y se ha afeitado, para hacerse igual que un joven frívolo y tonto, con el mentón saliente en lugar de graciosamente retraído, y una dura chispa en los ojos detrás de los anteojos de carey. ¡Qué pobre sustituto de aquella gran figura! Mi actitud sobre lá¹ cuestión de la Suprema Corte de los Estados Unidos (aunque no sea cosa mía) está determinada puramente por mi amor por el rostro de Charles Evans Hughes. ¿Es el único anciano grandioso que queda en los Estados Unidos, o acaso hay más? Es claro que debería jubilarse, porque así lo quiere la bondad, pero toda

acusación de senilidad que se le dirija me parece un insulto intolerable. Tiene un rostro que podríamos llamar "el sueño de un escultor".

No dudo de que el hecho de que los ancianos de Occidente insistan en ser tan atareados y activos puede ser atribuido directamente al individualismo llevado a un extremo de tontería. Se debe a su orgullo y a su amor por la independencia y a su vergüenza de depender de los hijos. Pero entre los muchos derechos humanos que se han establecido en la Constitución de los Estados Unidos, por ejemplo, se ha olvidado extrañamente el derecho a ser alimentado por los hijos, pues es un derecho y una obligación

derivados de servicios hechos. ¿Cómo se puede negar que los padres que han bregado por sus hijos en la juventud, que han perdido más de una noche de sueño cuando los tenían enfermos, que han lavado sus pañales mucho antes de que pudieran hablar, que han pasado un cuarto de siglo educándolos y preparándolos para la vida, tienen derecho a ser alimentados por ellos, y amados y respetados cuando son viejos? ¿No puede uno olvidar al individuo y a su orgullo del yo, en un plan general de la vida hogareña en que los hombres son justamente cuidados por sus padres y, después de haber cuidado a sus hijos, son cuidados justamente también por

éstos? Los chinos no tienen sentido de la independencia individual, porque todo el concepto de la vida se basa en la ayuda mutua dentro del hogar; por ende, no significa vergüenza alguna la circunstancia de ser servido por los hijos en el ocaso de la vida. Más bien, se considera buena suerte tener hijos que cuiden de uno. Nada más que para eso se vive en China.

En Occidente, los viejos se alejan de los demás y prefieren vivir en algún hotel con restaurante en la planta baja, por consideración hacia los hijos y por deseo, absolutamente altruista, de no inmiscuirse en la vida de **su** hogar. Pero los viejos tienen derecho a inmiscuirse,

y si esta ingerencia es desagradable, también es natural, porque toda la vida, especialmente la vida doméstica, es una lección de refrenamiento. Los padres se inmiscuyen en las vidas de sus hijos, de todos modos, cuando son jóvenes, y la lógica de la no ingerencia se advierte ya en los resultados de los Behaviourists, (

[\[27\]](#)) que creen que todos los chinos deben ser separados de sus padres. Si no podemos tolerar a los propios padres cuando están viejos y comparativamente desvalidos, a los padres que tanto han hecho por nosotros, ¿a quiénes podremos tolerar en el hogar? Hay que aprender a contenerse, de todos modos,

pues de lo contrario hasta el matrimonio naufragará. Y ¿cómo pueden reemplazar los mejores camareros de un hotel el servicio personal y la adoración y la devoción de los hijos?

La idea china que sostiene este servicio personal a los padres ancianos se defiende expresamente con la única base de la gratitud. Las deudas con los amigos pueden ser contadas, pero son incontables las deudas con los padres. Una y otra vez, los ensayos chinos sobre el cariño filial mencionan el hecho del lavado de los pañales, que adquiere significación cuando uno llega a ser

padre. A cambio de ello, pues, ¿no está bien que, en su ancianidad, los padres sean servidos con los mejores alimentos, para que puedan ver ante sí sus platos favoritos? Los deberes de un hijo que sirve a sus padres son asaz duros, pero es un sacrilegio hacer comparaciones entre el cuidado de los propios padres y el cuidado que se da a un extraño en un hospital. Por ejemplo, los que siguen son algunos de los deberes del hijo en su hogar, según los prescribió T'u Hsishih y como quedaron incorporados a un libro de instrucción moral muy popular como texto en las viejas escuelas:

En los meses de verano debe uno

atender a sus padres, quedarse a su lado y abanicarles, para quitarles el calor y las moscas y mosquitos. En invierno, debe uno ver que las cobijas de la cama estén tibias y que arda bien el fuego de la estufa, y atenderlo constantemente para que no arda mal. Debe ver también si hay agujeros o grietas en las puertas, y ventanas, para que no haya corrientes, a fin de que sus padres estén cómodos y contentos.

El niño mayor de diez años debe levantarse antes que sus padres por la mañana, y después de asearse debe ir hasta la cama paterna y preguntar si han pasado buena noche. Si ya se han levantado sus padres, debe hacerles una

reverencia antes de preguntarles por su salud, y debe retirarse con otra reverencia después de haberlo preguntado. Antes de ir a la cama, de noche, debe preparar el lecho de los padres cuando éstos vayan a dormir, y permanecer junto a ellos hasta que vea que han quedado dormidos, y correr entonces la cortina de la cama y retirarse.

¿Quién, pues, no querría ser un anciano, o un padre, o un abuelo en China?

Mucho se ríen de estas cosas los escritores proletarios de China, que las llaman "feudales", pero hay en ellas un

encanto que hace que todo anciano del interior se aferré a la costumbre y piense que la China moderna se está echando a perder. Lo importante es que todo hombre envejece con el tiempo, si vive bastante, como en verdad lo desea. Si olvidamos ese tonto individualismo que parece presumir que un individuo puede existir en lo abstracto y ser literalmente independiente, debemos admitir que tenemos que planear de tal modo nuestro patrón de la vida que el período de oro esté por delante, en la ancianidad, y no detrás de nosotros, en la juventud y la inocencia. Porque si tomamos la actitud contraria nos comprometemos, sin saberlo, en una carrera contra la

despiadada marcha del tiempo, temerosos siempre de lo que hay en el futuro; una carrera, casi no es necesario señalarlo, que no nos deja esperanzas y en la que todos somos derrotados. Nadie puede dejar de envejecer; sólo puede hacerse la trampa de no admitir que se envejece. Y como de nada vale luchar contra la naturaleza, bien podríamos envejecer graciosamente. La sinfonía de la vida debería terminar con un gran final de paz y serenidad y comodidad material y contento espiritual, y no con el estampido de un tambor que se rompe o un címbalo que se quiebra.

CAPITULO IX

EL GOCE DE LA VIDA

I. DE TENDERSE EN LA CAMA

Parece que estoy en camino de ser un filósofo de mercado, pero no lo puedo remediar. La filosofía, en general, me parece la ciencia de hacer que las cosas sencillas sean difíciles de comprender, pero puedo concebir una

filosofía que sea la ciencia de hacer sencillas las cosas difíciles. A pesar de nombres como "materialismo", "humanismo", "trascendentalismo", "pluralismo" y todos los otros "ismos" muy largos, sostengo que esos sistemas no son más profundos que mi propia filosofía. La vida, después de todo, está hecha de comer y dormir, de encontrar y decir adiós a los amigos, de reuniones y fiestas de despedida, de lágrimas y risas, de hacerse cortar el cabello una vez cada dos semanas, de regar la flor en una maceta y ver cómo cae desde el techo la del vecino; y vestir nuestras nociones relativas a estos simples fenómenos de la vida con una jerga

académica, no es más que una treta para ocultar una extrema escasez o una extrema vaguedad de ideas por parte de los profesores universitarios. La filosofía, por lo tanto, ha pasado a ser una ciencia por cuyo medio empezamos cada vez más a comprender cada vez menos lo que somos. Lo que han conseguido los filósofos es esto: cuanto más hablan, más confusos quedamos.

Sorprende ver cuan pocas personas tienen conciencia de la importancia del arte de tenderse en cama, aunque en realidad, a mi juicio, las nueve décimas partes de los descubrimientos más importantes del mundo,-tanto científicos como filosóficos, son realizados cuando

el hombre de ciencia o el filósofo se halla acostado en su cama, a las dos o a las cinco de la mañana.

Algunos se acuestan de día y otros se acuestan de noche. Me refiero a la vez a acostarse, a tumbarse o tenderse física y moralmente, porque los dos aspectos coinciden. He notado que quienes convienen conmigo en la creencia de que estar tendido en cama es uno de los más grandes placeres de la vida, son los hombres honestos, en tanto que quienes no creen en la bondad de tenderse en cama, son mentirosos, y en realidad están mucho tiempo tumbados de día, moral y físicamente. Quienes se tienden de día son los que persiguen la

elevación moral, los maestros de Jardín de infantes y los lectores de las Fábulas de Esopo, en tanto que quienes admiten francamente que se debe cultivar conscientemente el arte de tenderse en cama son los hombres honrados, que prefieren leer cuentos sin moraleja, como Alicia en el País de las Maravillas. ¿Cuál es, pues, el significado de tenderse en cama, física y espiritualmente? Físicamente, significa retirarse consigo mismo, cerrarse al mundo exterior, cuando uno asume la postura física más indicada para el descanso y la paz y la contemplación. Hay cierto modo adecuado y lujoso de estar tendido en la cama. Confucio, ese

gran artista de la vida, "nunca yacía derecho" en la cama "como un cadáver", sino doblado hacia un lado. (

[28]) Creo que uno de los mayores placeres de la vida es enroscar o cruzar las piernas en la cama. La postura de los brazos es también muy importante, a fin de lograr el más alto grado de placer estético y poder mental. 'Creo que la mejor postura no consiste en tenderse largo a largo en la cama, sino en apoyarse en grandes y suaves almohadones a un ángulo de treinta grados, con uno o los dos brazos colocados detrás de la nuca. En esta postura, cualquier poeta puede escribir

poesía inmortal, cualquier filósofo puede revolucionar el pensamiento humano, y cualquier hombre de ciencia puede realizar descubrimientos que hagan época.

Es sorprendente ver cuan pocas personas se hallan advertidas del valor de la soledad y la contemplación. El arte de estar tendido en la cama significa algo más que el descanso físico después de haber pasado un día de esfuerzo, y de completo aflojamiento de los nervios después de que toda la gente que ha encontrado uno, todos los amigos que han de decir chistes tontos, y todos los

hermanos y hermanas que han tratado de corregir el comportamiento de uno y de llevarle al cielo, le han arruinado del todo los nervios. Es todo eso, lo admito. Pero es algo más. Si se cultiva debidamente este arte, debe resultar una especie de limpieza mental. En realidad, muchos hombres de negocios que se vanaglorian de marchar a gran paso por la mañana y la tarde, y de tener siempre ocupados tres teléfonos en el escritorio, no alcanzan a comprender que podrían ganar el doble de dinero si se dieran una hora de soledad, despiertos, en la cama, a la una o aun a las siete de la mañana. ¿Qué importa, aunque se quede uno en cama hasta las ocho? Mil veces mejor

sería que se proveyera de una buena caja de cigarrillos sobre la mesita de noche, y que dedicara mucho tiempo a levantarse de la cama y a resolver todos sus problemas del día antes de limpiarse los dientes. Allí, cómodamente estirado o encogido, en pijama, libre de la picante ropa interior de lana o la irritación del cinturón o los tiradores, y de la sofocación de los cuellos y los duros zapatos de cuero, cuando los dedos de los pies están emancipados y han recobrado la libertad que pierden inevitablemente durante el día, puede pensar la verdadera cabeza de los negocios, porque solamente cuando están libres los dedos de los pies se

halla libre la cabeza, y solamente cuando está libre la cabeza es posible pensar de verdad. En esa cómoda posición puede ponderar sobre sus aciertos y errores de ayer, y desbrozar lo importante de lo trivial en el programa del día que tiene por delante. Sería más conveniente llegar a las diez a la oficina, dueño de sí mismo, que aparecer puntualmente a las nueve, o aun un cuarto de hora antes para vigilar a sus subordinados como un patrón de esclavos, y "atarearse por nada", como dicen los chinos.

Pero para el pensador, el inventor y el hombre de ideas, significa aun más tenderse tranquilamente en la cama

durante una hora. Un escritor puede obtener más ideas para sus artículos o su novela en esta posición que sentándose tercamente ante el escritorio toda la mañana y la tarde. Porque allí, libre de los llamados telefónicos y de los visitantes bien intencionados y las comunes trivialidades de la vida cotidiana, ve la vida a través de un cristal o de una cortina de cuentas, diríamos, y se tiende una aureola de poética fantasía en torno al mundo, al que imparte una mágica belleza. Allí ve la vida, no en su crudeza, sino transformada de pronto en un cuadro más real que la vida misma, como las grandes pinturas de Ni Yünlin o Mi Fei.

Lo que realmente ocurre en la cama es esto: Cuando uno está en la cama los músculos descansan, la circulación se hace más suave y más regular, la respiración cobra tranquilidad, y todos los nervios ópticos, auditivos y vasomotores se encuentran más o menos en descanso completo, produciendo una quietud física más o menos total, y con ello se,, hace más absoluta la concentración mental, sea sobre las ideas o sobre las sensaciones. Aun con respecto a las sensaciones, las olfativas o auditivas por ejemplo, nuestros sentidos están más agudizados en ese momento. Toda buena música debe ser escuchada tendido en cama. Li Liweng

dice en su ensayo sobre "Sauces" que se debe aprender a escuchar tendido en la cama el canto de los pájaros al amanecer. ¡Qué mundo de belleza nos espera si aprendemos a despertarnos al alba y escuchar el celestial concierto de los pájaros! En verdad, hay una profusión de música de los pájaros en casi todas las ciudades, aunque estoy seguro de que muchos residentes no lo notan. Por ejemplo, esto es lo que he escrito sobre los sonidos que escuché una mañana en Shanghai:

Esta mañana desperté a las cinco después de dormir muy bien y escuché un glorioso festín de sonidos. Lo que me despertó fue el sonido de las sirenas de

las fábricas en una gran variedad de tonos y de fuerza. Al rato oí un distante repiqueteo de cascos de caballos: debía ser una fuerza de caballería que pasaba por la calle de Yuyuen; y en ese tranquilo amanecer me causó más deleite estético que una sinfonía de Brahms. Hubo luego algunos gorjeos tempranos de cierta especie de pájaros. Lamento no conocer la ciencia de los pájaros, pero gocé lo mismo de los gorjeos.

Hubo otros sonidos, es claro: el "boy" de algún extranjero, seguramente al cabo de una noche de juerga, apareció a eso de las cinco y media y comenzó a golpear una puerta. Se oyó después a un

basurero que barría una calleja vecina con el bisbiseo de su escoba de bambú. De pronto, un pato salvaje, supongo, surcó el cielo, dejando ecos de su ku.ng-tu.ng en el aire. A las seis y veinticinco escuché el distante trueno de la máquina del tren de Shanghai-Hangchow que llegaba a la Estación Jessfield. Hubo uno o dos sonidos de los niños que dormían en el cuarto vecino. Empezó a agitarse entonces la vida y un distante murmullo de actividades humanas en la vecindad cercana y lejana aumentó gradualmente en volumen e intensidad. En la planta baja de la casa se habían levantado ya los sirvientes. Se abrían las ventanas. Se colocaba un gancho en

una puerta. Una tosecilla. Un suave ruido de pisadas. Un golpeteo de tazas y platillos. Y de pronto el bebé gritó: "¡Mamá!"

Este fue el concierto natural que escuché aquella mañana en Shanghai.

Durante toda la primavera, aquel año, mi mayor placer fue escuchar a una especie de ave que se llama, probablemente, codorniz o perdiz en este idioma. Su llamado de amor consiste en cuatro notas (do. mi: re \ —: —. si), de las cuales el re dura dos o tres compases y termina en el medio de un compás, seguido por un si abrupto, entrecortado, en la octava más baja. Es la canción que yo solía escuchar en las

montañas daban los lugares comunes confucianos. Sucedió, empero, que se tradujo la frase "estilo familiar" por una frase china que significa "estilo cachaciento". Esta fue la señal para un ataque del campo comunista, y ahora tengo la indiscutible reputación de ser el más ocioso de todos los escritores ociosos de China y, por ende, el más imperdonable, "mientras vivimos este período de humillación natural".

Admito que me apoltrono en las salas de mis amigos, pero los demás también lo hacen. ¿Para qué son los sillones, de todos modos, sino para que se apoltrone la gente? Si los caballeros y las damas del siglo XX tuvieran que

sentarse erguidos todo el tiempo, con absoluta dignidad, no habría sillones en las salas modernas, sino que nos sentaríamos en tiesos muebles de madera, y los pies de la mayoría de las señoras colgarían a buena distancia del suelo.

En otras palabras, hay una filosofía en repantigarse en el asiento. La mención de la palabra "dignidad" explica exactamente el origen de la diferencia en los estilos de sentarse que tenía la gente de antaño y la moderna. La gente de antes se sentaba con el fin de parecer digna, mientras la gente moderna se sienta a fin de estar cómoda. Hay un conflicto filosófico entre las dos

porque, según las nociones antiguas que existían hace medio siglo, la comodidad era un pecado, y estar cómodo era ser irrespetuoso. Aldous Huxley la ha expuesto con suficiente claridad en su ensayo sobre "Comodidad". La sociedad feudal que hizo imposible el nacimiento del sillón hasta los días modernos, según la describe Huxley, era exactamente lo mismo que la que existió en China hasta hace una generación. Hoy, todo hombre que se diga amigo de otro no debe tener miedo de poner las piernas sobre el escritorio en el cuarto de su amigo, y tomamos esto como muestra de familiaridad, en lugar de falta de respeto, aunque poner las

piernas sobre el escritorio en presencia de un miembro de la generación mayor sería cosa diferente.

Hay una relación más íntima de lo que sospechamos entre la moral y la arquitectura y la decoración de interiores. Huxley ha señalado que las damas occidentales no se bañaban frecuentemente porque temían verse el cuerpo desnudo, y este concepto moral postergó durante siglos el nacimiento de las modernas bañaderas esmaltadas. Podemos comprender por qué en el diseño del antiguo mobiliario chino se prestaba tan poca consideración a la comodidad humana, sólo cuando advertimos el ambiente confuciano en

que vivía la gente. Los muebles chinos de caoba fueron ideados para que la gente se sentara erguida, porque ésa era la única postura aprobada por la sociedad. Hasta los emperadores chinos tenían que sentarse en un trono en el cual yo no querría quedarme más de cinco minutos, y en cuanto a eso los reyes ingleses no lo pasaban mejor. Cleopatra solía andar por ahí reclinada en un canapé llevado por sirvientes, porque, al parecer, jamás había oído hablar de Confucio. Si Confucio le hubiese visto hacer tal cosa, de seguro que le habría "golpeado los tobillos con un bastón", como hizo con uno de sus viejos discípulos, Yüan Jang, a quien encontró

sentado en una postura incorrecta. En la sociedad confuciana en que vivíamos, las damas y los caballeros tenían que mantenerse perfectamente erguidos, al menos en ocasiones formales, y el menor intento de levantar una pierna habría sido interpretado en seguida como muestra de vulgaridad y falta de cultura. Es más: para demostrar mayor respeto, al ver a un funcionario superior, uno tenía que sentarse delicadamente en el borde de la silla, haciendo un ángulo oblicuo, lo cual era una muestra de respeto y la cumbre de la cultura. Hay también una íntima conexión entre la tradición confuciana y las incomodidades de la arquitectura china,

pero no entraremos ahora en eso.

Gracias al movimiento romántico de final del siglo XVIII y principios del XIX, esta tradición de clásico decoro se ha perdido, y estar cómodo ya no es pecado. En cambio, ha ocupado su lugar una actitud más veraz hacia la vida, debida tanto al movimiento romántico como a una mejor comprensión de la psicología humana. El mismo cambio de actitud que obligó a que se cesara de considerar inmorales las diversiones teatrales, y "bárbaro" a Shakespeare, ha hecho posible también la evolución de los trajes de baño de las mujeres, de las bañaderas limpias y de los sillones y divanes cómodos, y un estilo de vivir y

de escribir más veraz y a la vez más íntimo. En este sentido hay una verdadera relación entre mi costumbre de apoltronarme en un sofá y mi intento de introducir una escritura más íntima y fácil en el moderno periodismo chino.

Si admitimos que la comodidad no es un pecado, debemos admitir también que cuanto más cómodamente se disponga un hombre en un sillón, en la sala de un amigo, tanto mayor respeto muestra por su huésped. Después de todo, estar como en su casa y parecer cómodo en casa ajena no es más que ayudar al dueño o dueña de la casa a que tenga feliz éxito en el difícil arte de la hospitalidad. ¡Cuántas dueñas de casa

han temido, han temblado ante la posibilidad de una fiesta en que los invitados no se muestren dispuestos a estar a sus anchas! Siempre he ayudado a los dueños de casa, poniendo una pierna sobre una mesita de té, o cualquier otro objeto cercano, y de ese modo he obligado a todos los demás a desprenderse de la capa de falsa dignidad.

Yo he descubierto una fórmula relativa a la comparativa comodidad de los muebles. Esta fórmula puede ser expuesta en términos muy sencillos: cuanto más baja es una silla, tanto más cómoda resulta. Muchas personas se habrán sentado en cierta silla de la casa

de un amigo, extrañados de que fuera tan cómoda. Antes del descubrimiento de esta fórmula solía pensar yo que los peritos en decoración interior tenían probablemente una fórmula matemática que les daba la proporción entre la altura y el ancho y el ángulo de inclinación de las sillas, para procurar el máximo de comodidad a los que se sientan. Desde el descubrimiento de esta fórmula he visto que era más sencillo. Tómese cualquier mueble de pino de China y córtesele unos centímetros de las patas, e inmediatamente se hace más cómoda; y si se le cortan otros pocos centímetros, más cómoda aun se hace. La conclusión lógica es, claro está, que

uno se siente más cómodo cuando está tendido en cama. Sí, es tan sencillo como eso.

Desde este principio fundamental podemos ir al corolario de que cuando nos vemos sentados en una silla demasiado alta y a la que no le podemos cortar las patas, todo lo que tenemos que hacer es buscar algún objeto sobre el cual podamos descansar las piernas y disminuir así teóricamente la diferencia de nivel entre las caderas y los pies. Uno de los sistemas más comunes que empleo es el de abrir un cajón del escritorio y apoyar en él los pies. Pero dejo al sentido común de cada uno la aplicación inteligente de este corolario.

Para corregir cualquier falsa idea de que acostumbro a estar repantigado durante la dieciséis horas que paso despierto en el día, debo apresurarme a explicar que soy capaz de estarme empecinadamente sentado ante el escritorio o frente a una máquina de escribir durante tres horas seguidas. Cuando quiero exponer claramente que el aflojamiento de nuestros músculos no es necesariamente un crimen, no pretendo decir que debemos tener los músculos flojos todo el tiempo, o que es la postura más higiénica que podemos asumir durante todo el día. Muy otra es mi intención. Al fin y al cabo, la vida humana se cumple en ciclos de trabajo y

de juego, de tensión y aflojamiento. La energía cerebral del hombre y su capacidad para el trabajo se presenta en ciclos mensuales, como el cuerpo de la mujer. William James dijo que cuando se ajusta demasiado la cadena de una bicicleta no se consigue que corra mejor, e igual ocurre con la mente humana. Todo, al fin y al cabo, es cuestión de costumbre. En el cuerpo humano hay una capacidad infinita para nuevos ajustes. Los japoneses, que tienen la costumbre de sentarse en el piso con las piernas cruzadas, deben sufrir calambres, supongo, si se les hace sentar en sillas. Sólo si alternamos entre la postura absolutamente erecta, del

trabajo en las horas de oficina, y la postura de tendernos en un sofá después de un duro día de trabajo, podemos lograr la más alta sabiduría de la vida.

Una palabra para las señoras: cuando no hay nada cerca para descansar los pies, pueden encoger las piernas y enroscarlas sobre un sofá. Nunca parecen ustedes tan encantadoras como cuando están en esa actitud.

III. DE LA CONVERSACIÓN

"Hablar contigo durante una noche es mejor que estudiar libros durante diez años", fue el comentario de un viejo estudioso chino después de tener una

conversación con un amigo. Tiene mucho de cierto esa afirmación, y hoy la frase "una noche de charla" ha llegado a ser expresión corriente para referirse a una feliz conversación con un amigo, de noche, ya sea en el pasado o en el porvenir. Hay dos o tres libros que se parecen a los "ómnibus de fin de semana", publicados en inglés, con títulos como Una noche de charla o Una noche de charla en la montaña. Un placer tan supremo como el de una conversación perfecta con un amigo, de noche, es necesariamente raro, porque como lo ha señalado Li Liweng, los que son sabios rara vez saben hablar, y los que hablan rara vez son sabios. El

descubrimiento de un hombre, en un templo empinado en la montaña, que comprenda realmente la vida y a la vez entienda el arte de la conversación, debe ser, por lo tanto, uno de los placeres más agudos, como el descubrimiento de un nuevo planeta por un astrónomo o de una nueva variedad de plantas por un botánico.

La gente se queja hoy de que el arte de la conversación en torno a una chimenea o a un barril de cohetes se está perdiendo, debido al ritmo de la vida comercial de hoy. Estoy muy seguro de que ese ritmo tiene algo de culpa, pero creo también que la distorsión del hogar, convertido en un departamento sin fuego

de leños, comenzó la destrucción del arte de la conversación y la influencia del automóvil la completó. El ritmo es del todo falso, porque la conversación existe solamente en una sociedad de hombres imbuidos de espíritu de ocio, con su facilidad, su humorismo y su apreciación de los matices más ligeros. Porque hay un evidente distingo entre charlar, sencillamente, y conversar. Esta distinción se hace en el idioma chino entre shuohua (hablar) y t'anhua (conversación), que implica que el discurso es más gárrulo y despacioso y los temas de conversación más triviales y menos de negocios. Puede notarse una diferencia similar entre la

correspondencia comercial y las cartas de literatos amigos. Podemos hablar o discutir de negocios con casi todo el mundo, pero hay muy pocas personas con quienes podemos sostener verdaderamente una conversación nocturna. Por eso, cuando encontramos a un verdadero conversador, el placer es igual, si no superior, al de leer un delicioso autor, con el placer adicional de escuchar su voz y ver sus ademanes. A veces lo hallamos en la feliz reunión de viejos amigos, o entre relaciones que se dedican a sus reminiscencias, a veces en el salón de fumar de un tren nocturno, y a veces en una hostería durante un lejano viaje. Se charlará de duendes y

de espíritus de zorros, junto con entretenidos relatos o apasionados comentarios sobre dictadores y traidores, y a veces, antes de advertirlo, un sabio observador y conversador hace luz sobre cosas que ocurren en determinado país y que son prolegómeno de su inminente caída o de un cambio de régimen. Tales conversaciones quedan entre los recuerdos que acariciamos durante toda la vida.

Es claro que las de la noche son las mejores horas para conversar, porque las conversaciones de día sufren cierta falta de brillo. El lugar de la conversación me parece enteramente sin importancia. Se puede gozar de una

buena conversación sobre literatura y filosofía en un salón siglo XVII o sentado en barriles en una quinta. O acaso sea una noche de viento y de lluvia mientras viajamos en barco por el río y las linternas de los barcos anclados en la margen opuesta lanzan sus reflejos sobre el agua, y oímos que el barquero nos narra anécdotas de la niñez de la Reina. Por cierto que el encanto de la conversación está en el hecho de que las circunstancias en que se produce, la hora y las personas que la emprenden, varían de ocasión en ocasión. A veces recordamos una conversación en una noche llena de luna y de brisas, cuando están en flor las

acacias, y a veces la asociamos en el recuerdo con una noche oscura y tormentosa cuando arde en el hogar un fuego de leños, y a veces recordamos que estábamos sentados en el techo de un pabellón mirando las barcas que surcaban el río y quizá una de ellas se volcó en la rápida corriente, o acaso que estábamos sentados en la sala de espera de una estación ferroviaria, y que había pasado la medianoche. Estos cuadros se asocian indeleblemente con nuestro recuerdo de ciertas conversaciones particulares. Había quizá dos o tres personas en la habitación, o acaso cinco o seis; tal vez el viejo Chen estaba algo ebrio aquella noche, o el viejo Chin

tenía un resfrío y hablaba con un leve tono nasal, que se sumaba a la característica placentera de aquella noche. Es tal la vida humana que "la luna no puede ser redonda siempre, las flores no pueden verse siempre tan hermosas, y los buenos amigos no siempre pueden reunirse", y no creo que los dioses tengan celos de nosotros cuando nos dedicamos a tan sencillo pasatiempo.

Como regla, una buena conversación es siempre igual que un buen ensayo familiar. Su estilo y su contenido son similares a los del ensayo. Los espíritus de zorros, las moscas, la extraña manera de ser de los ingleses, la diferencia

entre la cultura oriental y occidental, las librerías en las márgenes del Sena, un aprendiz ninfomaniaco en cierta sastrería, anécdotas de nuestros gobernantes, estadistas y generales, el método de preservar los "Dedos de Buda" (una variedad cítrica): todos éstos son buenos y legítimos temas de conversación. El punto que más tiene en común con el ensayo es su estilo holgazán. Por mucho peso e importancia que tenga el tema, aunque signifique reflexiones sobre el triste cambio o el estado de caos de la patria, o el naufragio de la misma civilización bajo la corriente de alocadas ideas políticas que privan al hombre de libertad, de

dignidad humana y hasta de la meta de la felicidad humana, o aunque comprenda conmovedoras cuestiones de verdad y justicia, todas las ideas se expresan en forma casual, despaciosa e íntima. Porque en la civilización, por mucho que se irrite y se encone un hombre contra los ladrones de nuestra libertad, sólo se nos permite expresar sentimientos con una leve sonrisa en los labios o en la punta de la pluma. Nuestras tiradas realmente apasionadas, en que damos rienda suelta a nuestros sentimientos, deben ser escuchadas solamente por unos pocos de nuestros amigos más íntimos. Por ende, la condición primordial de una verdadera

conversación es que podamos ventilar nuestras opiniones con calma, en la intimidad de una habitación, con unos pocos buenos amigos y sin tener alrededor personas que no queremos ver siquiera.

Es fácil ver este contraste entre el verdadero género de la conversación y las otras clases de cortés intercambio de opiniones, si nos referimos al contraste similar entre un buen ensayo familiar y las declaraciones de los políticos. Si bien se expresa una cantidad mucho mayor de sentimientos nobles en las declaraciones de los políticos — sentimientos de democracia, de deseo de servir, interés por el bienestar de los

pobres, devoción a la patria, elevado idealismo, amor por la paz y seguridades de infalible amistad internacional— y no se hace una sugestión siquiera de codicia del poder o del dinero o de la fama, hay en ellas cierto olor que nos mantiene a la distancia, como una señora vestida con excesivo lujo y excesivamente pintada. En cambio, cuando escuchamos una verdadera conversación o leemos un buen ensayo familiar, sentimos que hemos visto a una doncella campesina, sencillamente vestida, que lava la ropa junto al río, un poco desordenado el cabello, acaso, y algún botón desprendido, pero encantadora e íntima

y agradable de todos modos. Ese es el encanto familiar y el estudiado descuido a que tiende el négligé de la mujer occidental. Algo, de este encanto familiar de la intimidad debe formar parte de todas las buenas conversaciones y todos los buenos ensayos.

El buen estilo de conversación es, por consiguiente, un estilo de intimidad y despreocupación, en que las partes han perdido su dureza y han olvidado del todo cómo visten, cómo hablan, cómo estornudan, y en que todos colaboran y sienten igual indiferencia en cuanto al camino que toma la conversación. Podemos entablar una verdadera

conversación solamente cuando encontramos a nuestros amigos más íntimos y estamos dispuestos a abrirnos el corazón. Uno ha puesto los pies sobre una mesa vecina, otro se sienta en el alféizar de una ventana, y otro más se ha sentado en el suelo, apoyado en un almohadón que quitó al sofá, dejando así descubierta la tercera parte del asiento. Porque solamente cuando están sueltos los pies y las manos, y cómodo el cuerpo, puede estar cómodo el corazón también. Entonces es cuando:

Ante mis ojos hay amigos que conocen mi corazón,

Y a mi lado nadie hay que me lastime los ojos.

Esta es una condición absolutamente necesaria para toda conversación que merezca el nombre de arte. Y como no nos importa de qué hablamos, la conversación irá a la deriva, cada vez más lejos, sin orden y sin método, y los amigos se marcharán, cuando todo termine, con el corazón feliz.

Es tal la relación entre el ocio y la conversación, y el progreso de la prosa, que creo que la prosa verdaderamente culta de una nación nace en la época en que la conversación ha llegado a ser ya un arte. Lo vemos muy claramente en el desarrollo de la prosa china y griega. No puedo imaginar una explicación de la vitalidad del pensamiento chino en

los siglos que siguieron a Confucio, cuando nacieron las que se llaman "Nueve Escuelas del Pensamiento", si no es la de que se había desarrollado un ambiente culto, en el cual una especial clase de sabios tenía por único cometido el conversar. Como confirmación de mi teoría vemos que hubo entonces cinco nobles, grandes y ricos, famosos por su generosidad, caballerosidad y gusto por los huéspedes. Todos ellos tenían miles de sabios como huéspedes en sus casas, como por ejemplo Mengch'ang, del Reino Ch'i, de quien queda la reputación de que tenía tres mil sabios o "huéspedes", que usaban "zapatos perlados" y eran "alimentados" en su

casa. Podemos imaginar el murmullo de conversaciones que habría en esas casas. El contenido de la conversación de los sabios de esos días se refleja hoy en los libros de Liehtsé, Huainantsé, Chankuotseh y Luían. Es digno de notar, con respecto al último, un libro que se admite escribieron los huéspedes de Lü, pero se publicó con su nombre (en forma similar a la costumbre de los "patrones" de los autores ingleses en los siglos XVI y XVII), que ya en él se desarrollaba la idea del arte del buen vivir, en la fórmula de que sería mejor vivir bien, o no vivir. Había además una clase de brillantes sofistas o conversadores profesionales, a quienes contrataban los

diferentes Estados en guerra, y enviaban como diplomáticos para evitar una crisis o persuadir a un ejército hostil de que se retirara de las murallas de una ciudad sitiada, o para concluir una alianza, como muchos hicieron. Estos sofistas profesionales se distinguían siempre por su ingenio, sus hábiles parábolas y su poder de persuasión. Las conversaciones o los hábiles argumentos de esos sofistas se conservan en el libro Chankuotseh. De ese ambiente de libre y juguetona discusión surgieron algunos de los más grandes nombres de la filosofía: Yang Chu, famoso por su cinismo; Hanfeitsé, famoso por su realismo (similar al de Maquiavelo, pero más

atemperado), y el gran diplomático Yentsé, famoso por su ingenio.

Un ejemplo de la culta vida social que existía en el siglo III antes de nuestra era, hacia el final de este período, puede darlo el relato de cómo cierto estudioso llamado Li Yüan consiguió presentar su culta hermana a la corte de un rico patrono en el Reino de Ch'u. El patrono a su vez logró para esta niña el favor del Rey, lo cual fue eventualmente la causa de la destrucción del Reino de Ch'u por el ejército conquistador del Primer Emperador de Ch'in, que unió al Imperio Chino.

Vivió antaño Li Yüan, que servía como subordinado al Príncipe

Ch'unshen, el Primer Ministro del Rey de Ch'u. Li tenía una hermana de nombre Nühuan, que le habló un día:

—He sabido que el Rey no tiene heredero. Si me presentas al Primer Ministro, por su intermedio podré ver al Rey.

—Pero el Primer Ministro es un alto funcionario —respondió el hermano—. ¿Cómo me atreveré a mencionarle tal cosa?

—No tienes más que ir a verle —dijo la hermana— y decirle que tienes que volver a casa porque ha llegado un noble huésped. Entonces te preguntará quién es ese noble huésped, y puedes responderle que tienes una hermana, que

el Primer Ministro del Reino de Lu ha oído hablar de la reputación que goza y ha enviado un delegado a pedírtela, y que un mensajero de tu casa acaba de traerte la noticia. Entonces te preguntará qué sabe hacer tu hermana. Y le responderás que sé tocar el ch'in, que sé leer y escribir, y que domino los clásicos. Seguro es que me enviará a buscar en esa forma.

Li prometió hacer como se le pedía y a la mañana siguiente, después de ver al Primer Ministro, le dijo:

—Un mensajero de casa me dice que hay un noble huésped de un país distante, y debo regresar para recibirle.

El Primer Ministro Ch'unshen le

preguntó entonces, en efecto:

—¿Quién es ese noble huésped de un país distante? Y Li respondió:

—Yo tengo una hermana, y el Primer Ministro del Reino de Lu ha sabido de su reputación y ha enviado un delegado para pedirla.

—¿Puedo verla?-preguntó el Primer Ministro—. Pídele que vaya a verme en **el Pabellón Li.**

—Sí, señor-respondió Li, y regresó y dijo a su hermana que el Primer Ministro la esperaba la noche siguiente en el Pabellón Li.

—Debes ir tú primero, a fin de estar allí cuando yo llegue —dijo la doncella.

El Primer Ministro llegó a su hora y

pidió ver a Nühuan. Le fue presentada y todos bebieron mucho.

Nühuan tocó el ch'in y antes de que terminara su canción, el Primer Ministro estaba grandemente complacido, y le pidió que _ permaneciera allí toda la noche...

He ahí el ambiente social de damas cultas y sabios desocupados que produjo para nosotros el primer congreso importante de la prosa en China. Había damas que sabían conversar y leer y escribir y tocar un instrumento musical, que contribuían a esa mezcla particularmente ligera de motivos sociales, artísticos y literarios que se

encuentra siempre en una sociedad donde participan a la vez hombres y mujeres. Era una sociedad indudablemente aristocrática por su carácter y su ambiente, porque resultaba difícil ver al Primer Ministro Ch'unshen, pero cuando supo de una dama que podía tocar un instrumento musical y dominaba los clásicos, insistió en verla. Era esta, pues, la vida de ociosidad que vivieron los primeros sofistas y filósofos chinos. Los libros de esos primeros filósofos chinos no fueron más que el resultado de las calmosas conversaciones entre estos sabios.

Es claro que solamente en una sociedad donde hay ocio puede

producirse el arte de la conversación, y es igualmente claro que solamente cuando hay un arte de la conversación pueden darse buenos ensayos familiares. En general, el arte de la conversación y el arte de escribir buena prosa llegaron comparativamente tarde en la historia de la civilización humana, porque la mente humana tuvo que desarrollar cierta sutileza y ligereza de toque, y esto sólo fue posible en una vida de ocio. Estoy muy bien advertido de que hoy, desde el punto de vista de los comunistas, gozar ratos de ocio o pertenecer a la odiada clase ociosa es ser contrarrevolucionario, pero estoy muy convencido de que la meta del

verdadero comunismo y el socialismo es que todas las personas sean capaces de gozar ocios, o que el goce del ocio se haga general. Por lo tanto, el goce del ocio no puede ser pecado, pero por otra parte el progreso de la cultura misma depende de un inteligente empleo del ocio, del cual la conversación es sólo una forma. Los hombres de negocios que están ocupados el día entero y se marchan a la cama inmediatamente después de comer, para roncar como vacas, no han de contribuir mucho a la cultura.

A veces este "ocio" es forzoso y no se produce porque uno ' lo busque. De todos modos, muchas grandes obras de

la literatura se han producido en un ambiente de ocio forzoso. Cuando vemos un genio literario de gran porvenir, que dispersa su energía en inútiles fiestas sociales o escribe ensayos sobre la política del momento, lo mejor y lo más bondadoso que podemos hacer por él es encerrarle en una celda. Porque debemos recordar que el Rey Wen escribió en la prisión su Libro de los cambios, una obra clásica de filosofía sobre los cambios de la vida humana, y Ssema Ch'ien escribió en la cárcel su obra maestra Shihchi (convencionalmente llamada Shiki), la mejor historia que se ha escrito jamás en chino. A veces los autores veían

vencidas sus ambiciones de tener una carrera política, o la situación política era demasiado decepcionante, y se producían entonces grandes obras literarias o de arte. Esta es la razón por la cual tuvimos tan grandes pintores Yüan y dramaturgos Yüan durante el régimen mongol, y tan grandes pintores como Shih T'ao y Pata Shan jen durante el comienzo de la conquista manchú de China. El patriotismo en la forma de un sentido de cabal humillación bajo un régimen extranjero hizo posible su total devoción al arte y la cultura. Shih T'ao es indudablemente uno de los más grandes pintores que ha producido China, y el hecho de que no se le

conozca en general en Occidente se debe a un accidente y a que los emperadores manchúes no querían dar crédito a los artistas que no simpatizaban con su régimen. Otros grandes escritores que habían fracasado en el examen imperial comenzaron a sublimar su energía y dedicarse a la creación, como fue el caso de Shih Naian que nos legó *Todos los hombres son hermanos*, y P'u Liuh sien que nos dejó *Extraños relatos desde un estudio chino*.

Tenemos en el prefacio de *Todos los hombres son hermanos*, atribuido a Shih, una de las más deliciosas expresiones del placer de la conversación entre amigos:

Cuando todos mis amigos se reúnen en mi casa hay dieciséis personas en total, pero rara es la vez que vienen todos. Pero, salvo en días de lluvia o tormenta, es también rara la vez que no venga ninguno. Casi todos los días tenemos seis o siete personas en casa, y cuando llegan no empiezan a beber inmediatamente; toman un sorbo cuando quieren y luego dejan de tomarlo cuando quieren, porque consideran que el placer consiste en la conversación y no en el vino. No hablamos de la política de la corte, no solamente porque está fuera de nuestra debida ocupación, sino también porque a tal distancia la mayoría de las

noticias se basan en cosas de oídas; las noticias de oídas no son más que rumores, y discutir rumores sería malgastar saliva. No hablamos tampoco de los defectos de la gente, porque la gente no tiene defectos, y no debemos calumniarla. No decimos cosas que ofendan a nadie y nadie se ofende;

en cambio, deseamos que la gente entienda lo que decimos, pero aun así la gente no entiende lo que decimos. Porque las cosas de que hablamos yacen en lo hondo del corazón humano, y la gente del mundo está demasiado ocupada para oírlas.

En esta clase de estilo y con esta especie de sentimiento se produjo la

gran obra de Shih, y fue posible tal cosa porque en aquel entonces se gozaba del ocio.

El surgimiento de la prosa griega ocurrió claramente en la misma clase de ambiente social descansado. La lucidez del pensamiento griego y la claridad del estilo griego de la prosa deben su existencia al arte de la conversación calmada, como se revela tan claramente en el título mismo de los Diálogos de Platón: En El Banquete vemos un grupo de sabios griegos reclinados en el suelo que conversan alegremente en una atmósfera de vino y de frutas y hermosos donceles. Porque estos hombres habían cultivado el arte de hablar, su

pensamiento fue tan lúcido y su estilo tan claro, dando un contraste tan refrescante con la pomposidad y la pedantería de los modernos escritores académicos. Estos griegos habían aprendido evidentemente a manejar con ligereza el tema de la filosofía. La encantadora atmósfera conversacional de los filósofos griegos, su deseo de hablar, el valor que atribuían a una buena charla y la elección de lugar para conversaciones se ven bellamente descritos en la introducción de Fedra. Esto nos da una visión interior del surgimiento de la prosa griega.

La misma República de Platón no comienza, como lo harían algunos de los

escritores modernos, con frases como "La civilización humana, vista a través de sus sucesivas etapas de desarrollo, es un movimiento dinámico que va desde la heterogeneidad a la homogeneidad", o alguna otra tontería igualmente incomprensible. Comienza, en cambio, con una frase afable: "Bajé ayer al Pireo, con Glauco, el hijo de Aristo, para rendir mis devociones a la diosa y deseoso de observar, a la vez, en qué forma iban a celebrar el festival, pues estaban por hacerlo por primera vez". El mismo ambiente que encontramos entre los primeros filósofos chinos, cuando el pensamiento era más activo y viril, lo tenemos en el cuadro de los griegos

reunidos para discutir el tema de si un gran escritor de tragedias debe ser o no un escritor de comedias también, según lo describe El banquete. Había un ambiente de seriedad y alegría y chispeantes preguntas y respuestas. La gente se burlaba de la capacidad de Sócrates como bebedor, pero allí seguía él, bebiendo o no según le diera en gana, sirviéndose una copa cuando se le antojaba, sin preocuparse por lo demás. Y así habló Sócrates la noche entera hasta que todos los comensales quedaron dormidos, salvo Aristófanes y Agatón. Cuando hubo hecho dormir a todos mientras hablaba, y fue el único que quedó despierto, abandonó el

banquete y fue al Liceo para darse un baño matinal, y pasó el día tan fresco como siempre. En este ambiente de amistoso discurrir nació la filosofía griega.

No hay duda que necesitamos la presencia de las mujeres en una conversación culta, para que cobre la necesaria frivolidad, alma de la conversación. Sin frivolidad y alegría, la conversación se torna tonta y extraña a la vida. En todos los países y todas las edades se ha visto que siempre que hubo una cultura interesada en comprender el arte de vivir, se desarrolló la moda de dar la bienvenida a las mujeres en la sociedad. Tal fue el caso de Atenas en la

época de Pericles, y así ocurrió en los salones franceses del siglo XVIII. Aun en China, donde la compañía mixta era tabú, los sabios exigían la presencia de mujeres que pudieran intervenir en su conversación. En las tres dinastías. Chin, Sung y Ming, en que se cultivó y se puso de moda el arte de la conversación, aparecieron siempre damas muy cultas, como Hsieh Taouyün, Ch'aoyün, Liu Jushih y otras. Pues aunque los chinos requerían que sus esposas fuesen virtuosas y se abstuvieran de ver a otros hombres, no cesaron por eso de desear para sí la compañía de mujeres de talento. La historia literaria china está muy

mezclada, al fin y al cabo, con las vidas de cortesanas profesionales. La demanda de un toque de encanto femenino en un grupo de gente durante la conversación, es una demanda universal. He conocido señoras alemanas que podían hablar desde las cinco de la tarde a las once de la noche y me he encontrado con señoras inglesas y norteamericanas que me asustan por su familiaridad con la economía, tema que desespero de estudiar jamás, por falta de valor. Pero me parece que aun cuando no haya señoras que puedan debatir conmigo acerca de Carlos Marx y Engeis, la conversación se ve siempre placenteramente estimulada cuando hay

unas pocas señoras que saben cómo escuchar y parecer dulcemente pensativas. Me resulta siempre más delicioso que hablar con hombres de estúpido aspecto.

IV. DEL TÉ Y LA AMISTAD

No creo que, desde el punto de vista de la cultura y la felicidad humanas, haya habido en la historia de la humanidad inventos más significativos, más vitalmente importantes y de mayor contribución a nuestro goce de la holganza, la amistad, la sociabilidad y la conversación, que los inventos de fumar, beber y el té. Los tres tienen varias

características en común: primero de todo, que contribuyen a nuestra sociabilidad; segundo, que no nos llenan el estómago, como la comida, y pueden ser gozados, por consiguiente, entre las comidas; y tercero, que los tres pueden ser gozados a través de la nariz, porque actúan sobre nuestro sentido del olfato. Tan grande es su influencia sobre la cultura, que tenemos salones de fumar junto a comedores, y tenemos tabernas y casas de té. En China e Inglaterra, por lo menos, beber té ha llegado a ser una institución social.

El goce adecuado del tabaco, la bebida y el té sólo se puede desarrollar en una atmósfera de holganza, amistad y

sociabilidad. Porque solamente con hombres dotados del sentido de la camaradería, extremadamente selectos en cuanto se trata de formar amigos, y provistos de un amor natural por la vida holgazana, se hace posible el pleno goce del tabaco y la bebida y el té. Si se les quita el elemento de sociabilidad, estas cosas no tienen significado. El goce de estas cosas, como el goce de la luna, la nieve y las flores, debe ocurrir en la debida compañía, porque considero que ésta es la condición en que más frecuentemente insisten los artistas de la vida en China: que ciertas clases de flores deben ser gozadas con ciertos tipos de personas, ciertas clases de

escenarios deben estar asociados con ciertas especies de mujeres, que el sonido de las gotas de lluvia debe ser gozado, si se le ha de gozar plenamente, cuando uno está tendido en un lecho de bambú dentro de un templo muy metido en las montañas y en un día de verano; que, en suma, el talante es lo que importa, que hay un talante apropiado para todo, y que una mala compañía puede echar a perder por completo el estado de ánimo. Por ende, el comienzo de todo artista de la vida es que él, o cualquiera que desea aprender a gozar la vida, como condición absolutamente necesaria debe encontrar amigos del mismo tipo de temperamento, y

preocuparse tanto por ganar y mantener su amistad como se preocupan las esposas por mantener a sus maridos, o como un buen jugador de ajedrez hace viajes de miles de kilómetros para encontrarse con otro jugador de ajedrez.

El ambiente, pues, es lo que vale. Se debe comenzar con el debido concepto del estudio del sabio y el ambiente general en que va a gozar su vida. Primero, los amigos con quienes ha de compartir ese goce. Debe elegir diversos tipos de amigos para diferentes tipos de ambiente. Sería un grave error salir de cabalgata con un amigo estudioso y pensativo, como lo sería ir a un concierto con una persona que no

comprende la música. Un escritor chino ha expresado esto así:

Para gozar de las flores hay que asegurarse amigos de gran corazón. Para ir a las casas de canto a mirar las mozas hay que asegurarse amigos atemperados. Para subir a lo alto de una montaña hay que asegurarse amigos románticos. Para ir en bote hay que asegurarse amigos de carácter expansivo. Para mirar la luna hay que asegurarse amigos de fría filosofía. Para esperar la nieve hay que asegurarse amigas hermosas. Para una fiesta de vino hay que asegurarse amigos con sabor y encanto.

Después de elegir y formar amigos para el debido goce de diferentes

ocasiones, busca uno el ambiente adecuado. No es tan importante que la casa de cada uno esté ricamente adornada como que se halle en un hermoso país, con la posibilidad de caminar por los arrozales o de tenderse bajo umbríos árboles junto a la orilla de un río. Muy sencillas son las exigencias sobre la casa misma. Puede uno: "tener una casa con varios cuartos, campos de cereales sobre varios mow, un estanque hecho de un cuenco y ventanas hechas de jarros rotos, las paredes hasta la altura de los hombros y un cuarto del tamaño de una fanega de arroz, y en el momento de holganza, después de gozar la tibieza de los colchones de algodón y una

comida de sopa de verduras, puede uno llegar a ser tan grande que su espíritu se expanda y llene el universo todo. Para un quieto estudio así, debe uno tener árboles wut'ung hacia adelante y algunos bambúes verdes hacia atrás. Al sur de la casa los aleros se extenderán osadamente hacia afuera, en tanto que al norte habrá ventanas pequeñas, que puedan cerrarse en primavera e invierno para abrigo contra la lluvia y el viento, y abrirse en verano y otoño para la ventilación. La belleza del árbol wut'ung reside en que se caen todas las hojas en el invierno y la primavera, lo cual nos permite el goce pleno de la tibieza del sol, en tanto que en verano y otoño su

sombra nos protege del calor agobiante". O, según lo ha expresado otro escritor, debe uno:

"Construir una casa de varios aleros, plantar una cerca de árboles chin y cubrir un pabellón con un techado de heno. Tres mow de tierra se dedicarán a plantar bambúes y flores y frutales, mientras que dos mow se dedicarán a plantar verduras. Las cuatro paredes de un cuarto estarán desnudas y el cuarto vacío, con la excepción de dos o tres ásperas camas colocadas en el pabellón. Se mantendrá a un mozo campesino para que riegue las verduras y quite la maleza. Y entonces puede uno armarse de libros y una espada contra la soledad,

y procurarse un ch'in (instrumento de cuerdas) y un ajedrez para anticipar la llegada de buenos amigos."

Una atmósfera de familiaridad dominará entonces el lugar. "En mi estudio, todas las formalidades quedarán abolidas, y solamente serán admitidos los más íntimos amigos. Se les dará ricos y pobres alimentos como yo los como, y charlaremos y reiremos y olvidaremos hasta nuestra existencia. No discutiremos lo bueno o lo malo de otras personas y seremos del todo indiferentes a la gloria y a la riqueza mundana. En nuestra holganza discutiremos los antiguos y los modernos, y en nuestra quietud

jugaremos con montañas y con ríos. Entonces tendremos té flojo y claro, y buen vino para que cuadren en la atmósfera de deliciosa reclusión. Este es mi concepto del placer de la amistad."

En tan simpático ambiente, estamos, pues, prontos para complacer los sentidos, los sentidos del color y el olor y el sonido. Entonces es cuando debe uno fumar y debe uno beber. Transformamos entonces nuestros cuerpos en un aparato sensorio para percibir la maravillosa sinfonía de colores y sonidos y olores y gustos que proveen la Naturaleza y la cultura. Nos sentimos como si fuéramos buenos violines en que están por tocar maestros

violinistas. Y así: "quemamos incienso en una noche de luna y tocamos tres compases de música en un instrumento antiguo, e inmediatamente las mil preocupaciones de nuestro pecho quedan proscritas y todas nuestras tontas ambiciones o deseos se olvidan. Inquiriremos entonces cuál es la fragancia de este incienso, cuál es el color de este humo, cuál es la sombra que pasa a través de las ventanas empapeladas de blanco, cuál es este sonido que se alza desde las puntas de mis dedos, cuál es este goce que nos hace tan quietamente felices y tan olvidados de todo lo demás, y cuál es la condición del infinito universo."

Casto así de espíritu, tranquilo de ánimo y rodeado por adecuada compañía, está uno en aptitud de gozar el té. Porque el té se ha inventado para las compañías tranquilas, como se inventó el vino para ruidosas fiestas. Hay en el carácter del té algo que nos conduce a un mundo de quieta contemplación de la vida. Sería desastroso beber té mientras en torno lloran unos niños, o con mujeres de voz potente, u hombres que hablan de política; tal como recoger té en un día lluvioso o nublado. Recogido en la primera alborada de un día claro, cuando el aire matutino sobre la montaña es aún ligero y despejado, y

todavía está en las hojas la fragancia del rocío, el té queda por siempre asociado con la fragancia y el refinamiento del mágico rocío cuando de él se goza. Dentro de la insistencia taoísta en el retorno a la naturaleza, y su concepto de que el universo se mantiene en vida por el interjuego de fuerzas masculinas y femeninas, el rocío representa en realidad el "jugo del cielo y la tierra" cuando se unen de noche los dos principios, y es corriente la idea de que el rocío es un alimento mágico, bueno y claro y etéreo, y todo hombre o animal que beba bastante de él tiene grandes probabilidades de ser inmortal. De Quincey dice muy certeramente que el té

"será siempre la bebida favorita del intelectual", pero los chinos parecen ir más lejos y asociarlo con el recluso de alta inteligencia.

El té es, pues, símbolo de la pureza terrena; exige la más minuciosa limpieza en su preparación, desde que se le recoge, tuesta y conserva, hasta la infusión final, hasta beberlo: fácil es trastornarlo o arruinarlo con la más leve contaminación de manos grasosas o tazas grasosas. Por consiguiente, su goce es apropiado en un ambiente donde toda ostentación o sugestión de lujo ha sido vedada a nuestros ojos y nuestros pensamientos. Después de todo, goza uno de la presencia de las jóvenes en la

casa de cantos, con vino y no con té, y cuando estas jóvenes son aptas para beber té con ellas, pertenecen ya a la clase que favorecen los poetas y los sabios chinos. Su Tungp'o comparó una vez el té a una dulce doncella, pero un crítico posterior, T'ien Yiheng, autor de Chuch'üan Hsiaop'in (Ensayo sobre hervir agua de una fuente) (

[1291](#)) puso inmediatamente una condición, añadiendo que si se ha de comparar el té con las mujeres, la comparación debe hacerse solamente con el Hada Maku, y que "en cuanto a belleza de mejillas con colores de durazno y cinturas de sauce, se las debía

encerrar en lechos con cortinas, y no permitirles que contaminen las rocas y los manantiales". Porque el mismo autor dice: "Uno bebe té para olvidar el ruido del mundo; no es para quienes comen ricas comidas y visten pijamas de seda."

Debe recordarse que, según Ch'alu: "la esencia del goce del té reside en la apreciación de su olor, fragancia y sabor, y los principios de la preparación son refinamiento, sequedad y limpieza". Es necesario, pues, un elemento de quietud para la apreciación de estas cualidades, una apreciación que proviene de un hombre que puede "mirar

a un mundo acalorado con una cabeza fría". Desde la dinastía Sung, los conoedores han considerado generalmente que una taza de té pálido es lo mejor, y el sabor delicado del té pálido puede pasar fácilmente inadvertido para quien está ocupado con pensamientos atareados, o cuando la vecindad es ruidosa, o disputan los sirvientes, o cuando lo sirvan feas doncellas. Debe ser pequeña también la compañía. Porque: "al beber té es importante que los huéspedes sean pocos. Muchos huéspedes harían ruido, y el ruido le resta culto encanto. Beber té a solas se llama beber retirado; beber de a dos es estar cómodos; tomarlo con

tres o cuatro se llama encantador; tomarlo con cinco o seis se llama vulgar; y beberlo con siete u ocho se llama (despreciativamente) filantrópico." Ya dijo el autor de Ch'asu:

"Servir el té una y otra vez de una gran tetera, y beberlo de un sorbo, o calentarlo otra vez al cabo de un rato, o pedir que tenga un gusto extremadamente fuerte, sería semejar a campesinos o artesanos que beben té para llenarse el vientre después de un trabajo rudo; sería imposible hablar entonces de la distinción y la apreciación de sabores."

Por esta razón, y por consideración a la mayor corrección y limpieza en la preparación, los chinos que han escrito

sobre el té insistieron siempre en que debe prestarse atención personal, o como esto resulta necesariamente inconveniente, que se prepare especialmente para este trabajo a dos sirvientes mozos. El té se hierve usualmente en una pequeña estufa, separada, en la habitación donde se le toma o en la vecina, no en la cocina. Los sirvientes deben ser enseñados a hacer el té en presencia de su amo y a observar una rutina de limpieza, lavando las tazas todas las mañanas (sin secarlas jamás con un trapo), lavándose a menudo las manos y manteniendo muy limpias las uñas. "Cuando hay dos o tres huéspedes basta con una estufa, pero

cuando hay cinco o seis personas se necesitarán dos estufas separadas y dos teteras, y un mozo atenderá a cada estufa, porque si se exige que uno solo atienda a las dos podrá haber retrasos o tropiezos." Los verdaderos conoedores, sin embargo, consideran que la preparación personal del té depara un placer especial. Sin haber cobrado el carácter de un sistema rígido como en el Japón, la preparación y la degustación del té es siempre un acto de intenso placer, importancia y distinción. Por cierto que la preparación es la mitad del deleite de tomar té, como romper semillas de melón con los dientes es la mitad del placer de comerlas.

Por lo común se pone una estufa frente a una ventana, y se la enciende con carbón de leña, bueno y duro. Cierta sensación de importancia se invierte en el huésped que abanica la estufa y contempla el vapor que sale de la marmita. Arregla metódicamente una pequeña tetera y cuatro tazas diminutas, por lo común menores que pocillos de café, en una bandeja. Atiende a que estén en orden, coloca el pote de peltre con las hojas de té cerca de la bandeja y lo prepara, conversando siempre con sus invitados, pero no tanto que olvide sus deberes. Se vuelve a mirar la estufa, y desde el momento en que la marmita empieza a cantar ya no la abandona, sino

que sigue abanicando el fuego más que antes. Quizá se incline a retirar la tapa y mirar las burbujitas, que se llaman técnicamente "ojos de pescado" o "espuma de cangrejo", cuando aparecen en el fondo de la marmita, y vuelva a poner la tapa. Este es el "primer hervor". Escucha cuidadosamente mientras el suave canto aumenta de volumen hasta ser una "gárgara", cuando las burbujitas suben por los costados del recipiente, lo cual se llama técnicamente el "segundo hervor". Entonces es cuando vigila más cuidadosamente el vapor que emite el pico de la marmita, y apenas antes de llegarse al "tercer hervor", cuando el agua llega a hervir

plenamente, "como olas revueltas", quita la marmita del fuego, procede a escalfar la tetera por dentro y por fuera con el agua hirviendo, agrega inmediatamente la debida cantidad de hojas y hace la infusión. El té de esta clase, como el famoso "Diosa de Hierro de la Merced", que se bebe en Fukien, se hace muy espeso. La pequeña tetera apenas puede contener cuatro pocillos y un tercio de ella se llena de hojas. Como es grande la cantidad de hojas, se vierte inmediatamente el té en las tazas y se le bebe sin tardanza. Esto termina la tetera, y la marmita, llena de agua fresca, va otra vez al fuego, a fin de preparar la segunda tetera. Si se habla estrictamente,

la segunda tetera es la mejor; la primera es comparable a una niña de trece años, la segunda a una dulce doncella de dieciséis, y la tercera a una mujer. En teoría, los conocedores desautorizan la tercera infusión de las mismas hojas, pero en la realidad trata uno de vivir con "la mujer".

Lo que antecede es una estricta descripción de los preparativos para tomar una clase especial de té, según los he visto en mi provincia natal, arte que se desconoce en general en China del Norte. En China, en general, se emplean teteras mucho mayores, y el color ideal del té es un amarillo claro, pálido, dorado, jamás el rojo oscuro del té

inglés.

Es claro que estamos hablando del té como lo beben los conocedores y no como se sirve en general entre tenderos. No puede esperarse tal delicadeza de la humanidad en general, cuando todos los que llegan toman té por galones. Por eso el citado autor de Ch'asu, Hsü Ts'eshu, dice: "Cuando hay una gran reunión, en que salen y entran los visitantes, sólo se puede cambiar con ellos copas de vino, y entre extraños recién conocidos o entre amigos comunes sólo debemos servir té de calidad ordinaria. Sólo cuando han llegado nuestros amigos íntimos y de igual temperamento, y todos somos felices, todos brillantes en la

conversación y todos capaces de dejar de lado las formalidades, podemos pedir al sirviente que haga fuego y saque agua, y decidir el número de estufas y de tazas que usaremos de acuerdo con la compañía presente." De tal estado de cosas dice él autor de Ch'achieh:

"Estamos sentados de noche en un pabellón de la montaña, y preparamos té con agua del manantial. Cuando el fuego ataca al agua empezamos a sentir un sonido similar al canto del viento entre los pinos. Vertemos té en una taza y el suave resplandor de su luz juega en todo el lugar. El placer de tal momento no puede ser compartido con gente vulgar."

En un verdadero amante del té, el

placer de manejar todos los accesorios es tal que prefiere gozarlo por sí mismo, como en el caso de Ts'ai Hsiang, que ya en su ancianidad no podía beberlo pero seguía gozando de la preparación del té como una costumbre diaria. Hubo también otro sabio, llamado Chu Wenfu, que preparaba y tomaba té seis veces por día, a horas establecidas desde el amanecer al crepúsculo, y que tanto amaba a su tetera que se hizo enterrar junto con ella cuando murió.

El arte y la técnica del goce del té, pues, consisten en lo siguiente: primero, como el té es sumamente susceptible a la contaminación de otros sabores, se le debe preparar con la mayor limpieza, y

se le debe tener lejos de vinos, inciensos y otras sustancias olorosas, y de las personas que manejan esas sustancias. Segundo: se le debe mantener en un lugar fresco, seco, y durante las temporadas húmedas hay que tener una cantidad razonable en recipientes especiales y pequeños, de preferencia de peltre, para no abrir los grandes potes de reserva sino cuando sea necesario; y si se enmohece una parte de esa reserva se la debe someter a una suave tostadura sobre un fuego lento, descubierto y constantemente abanicado, de manera de impedir que las hojas se pongan amarillas o descoloridas. Tercero: la mitad del arte

de hacer té reside en la obtención de buena agua con un "filo agudo"; primero viene el agua de manantiales de montaña, después la de río y después la de pozo; el agua de la canilla, si viene de un dique, por ser esencialmente agua de montaña, es satisfactoria. Cuarto: para apreciar tazas extraordinarias, debe tener uno amigos tranquilos, y no muchos a la vez. Quinto: el buen color del té en general es un amarillo pálido, dorado, y todo té rojo oscuro debe ser tomado con leche o limón o menta, o cualquier cosa que cubra su horrible sabor tan agudo. Sexto: el mejor té tiene un "sabor de retorno" (hweiwei), que se siente aproximadamente medio minuto

después de beberlo y una vez que sus elementos químicos han tenido tiempo para actuar sobre las glándulas salivales. Séptimo: el té debe ser hecho y bebido inmediatamente, y si se quiere tomar buen té no se le debe dejar mucho tiempo en la tetera, porque entonces se pasa la infusión. Octavo: se le debe hacer con agua que llegue apenas al hervor. Noveno: todos los adulterantes son tabú, aunque pueden admitirse diferencias individuales para las personas que prefieren una leve mezcla de algún sabor extraño (por ejemplo, jazmín o casia). Décimo: el sabor que se espera en el mejor té es el delicado sabor de "carne de bebé".

De acuerdo con la práctica china de prescribir el momento adecuado y el ambiente mejor para gozar de una cosa, Ch'asu, el excelente tratado sobre el té, dice:

MOMENTOS ADECUADOS PARA TOMAR TE:

Cuando se tienen el corazón y las manos ociosas.

Cansado después de leer poesía.

Cuando están perturbadas las ideas.

Si se escuchan canciones y cantilenas.

Cuando se termina una canción.

Encerrado en el hogar durante una fiesta.

Tocando el ch'in y mirando pinturas.

Dedicado a la conversación muy tarde en la noche.

Ante una clara ventana y un escritorio limpio.

Con amigos encantadores y gráciles concubinas.

De regreso de una visita a los amigos.

Cuando el día es claro y dulce la brisa.

En, un día de leves chaparrones.

En un bote pintado cerca de un puentecito de madera.

En un bosque de altos bambúes.

En un pabellón que mira sobre flores de loto en un día de verano.

Después de haber encendido

incienso en un pequeño estudio.

Después de terminada una fiesta y marchados los huéspedes.

En **un** templo tranquilo, escondido.

Cerca de manantiales famosos y rocas extrañas.

MOMENTOS EN QUE SE DEBE
CESAR DE BEBER TE:

Trabajando.

Mirando un juego.

Abriendo cartas.

Durante grandes lluvias o nevadas.

En un largo festín de vinos con gran
compañía.

Revisando documentos.

En días atareados.

En las condiciones contrarias, en general, a las enumeradas en la sección anterior.

COSAS QUE SE DEBEN EVITAR:

Agua mala.

Utensilios malos.

Cucharas de bronce.

Marmitas de bronce.

Jarras de madera (para el agua).

Madera **en** el fuego (a causa del humo).

Carbón de leña blando.

Sirviente ordinario.

Doncella de mal talante.

Trapos sucios.

Toda clase de incienso y remedios.

COSAS Y LUGARES QUE HAY
QUE TENER LEJOS:

Cuartos húmedos.

Cocinas.

Calles ruidosas.

Niños llorones.

Personas acaloradas.

Sirvientes discutidores.

Cuartos calientes.

V. DE FUMAR Y DEL INCIENSO

El mundo se divide hoy en fumadores y no fumadores. Es cierto que

los fumadores causan alguna molestia a los no fumadores, pero tal molestia es física, en tanto que la molestia que los no fumadores causan a los fumadores es espiritual. Hay, claro está, muchos no fumadores que no tratan de entrometerse con los fumadores, y se puede adiestrar a las esposas hasta que toleren que sus maridos fumen en cama. Este es el signo más seguro de un matrimonio feliz y afortunado. Se presume a veces, sin embargo, que los no fumadores son moralmente superiores, y que tienen algo de qué enorgullecerse, sin comprender que les falta uno de los grandes placeres de la humanidad. Estoy dispuesto a admitir que fumar es una debilidad

moral, pero por otra parte debemos precavernos del hombre sin debilidades morales. No se puede confiar en él. Es fácil que sea siempre sobrio y no cometa un solo error. Seguramente sus costumbres han de ser regulares, su existencia más mecánica, y su cabeza mantendrá siempre la supremacía sobre su corazón. Por mucho que me gusten las personas razonables, odio a los seres completamente racionales. Por esa razón estoy siempre atemorizado e incómodo cuando entro en una casa donde no hay ceniceros. Suele ocurrir entonces que la habitación sea demasiado limpia y ordenada, que los almohadones estén en su debido lugar y que la gente sea

correcta y no emotiva. E inmediatamente debo asumir mi mejor comportamiento, lo cual significa el comportamiento más incómodo.

Los beneficios morales y espirituales no han sido apreciados jamás por estas almas correctas y rígidas e inemotivas y poco poéticas. Pero como los fumadores somos atacados generalmente por el aspecto moral, y no el artístico, debo empezar con una defensa de la moral del fumador, que es, en conjunto, más alta que la del no fumador. El hombre que tiene una pipa en la boca es el hombre que atrae mi corazón. Es más afable, más sociable, tiene más indiscreciones

íntimas que revelar, y a veces es muy brillante en la conversación, y de cualquier modo se me ocurre que gusta de mí tanto como yo gusto de él. Estoy en un todo de acuerdo con Thackeray, que escribió: "La pipa extrae sabiduría de los labios del filósofo, y cierra la boca del tonto; genera un estilo de conversación que es contemplativo, pensativo, benevolente y llano".

Un fumador puede tener las uñas más sucias, pero esto no importa cuando su corazón es cálido; y de cualquier manera, un estilo de conversación contemplativo, pensativo, benevolente y llano es algo tan raro que uno está dispuesto a pagar alto precio por

gozarlo. Y, lo más importante, un hombre que tiene una pipa en la boca es siempre feliz y, al fin y al cabo, la felicidad es la más grande de las virtudes morales. Maggin dice que "ningún fumador de cigarros se ha suicidado jamás", y es aun más cierto que ningún fumador de pipa disputa jamás con su esposa. La razón es perfectamente clara: no se puede tener una pipa entre los dientes y gritar a la vez a todo lo que da la voz. Jamás se ha visto a nadie hacer tal cosa. Porque uno habla naturalmente en voz baja cuando fuma en pipa. Lo que ocurre cuando un marido fumador se enoja, es que enciende inmediatamente un cigarrillo o una pipa y queda

malhumorado. Pero no le durará mucho. Porque su emoción ha encontrado ya un escape, y aunque quiera seguir pareciendo enojado a fin de justificar su indignación o su idea de haber sido insultado, no puede hacerlo, porque el suave humo de la pipa es demasiado agradable y calmante, y al dejar escapar el humo también parece que deja salir, aliento tras aliento, su furor almacenado. Por eso, cuando una esposa que es prudente ve que su marido está por ser dominado por la rabia, debe ponerle suavemente una pipa en la boca y decirle: "¡Vamos! No te acuerdes más". Esta fórmula siempre da resultado. Una esposa puede fallar, pero una pipa

nunca.

El valor artístico y literario de fumar puede ser apreciado mejor solamente cuando imaginamos lo que pierde un fumador al dejar de fumar por un breve período. Todo fumador, en algún momento alocado, ha intentado abjurar de su lealtad a la Señora Nicotina, y después de cierta lucha con su imaginaria conciencia, ha recobrado los sentidos. Una vez cometí la tontería de dejar de fumar durante tres semanas, pero al fin de ese período mi conciencia me instó irresistiblemente a que tomara otra vez el buen camino. Juré que jamás reincidiría, que seguiría siendo un devoto de su altar hasta mi segunda

niñez, en que puede concebirse que será presa de algunas señoras de la Sociedad de Templanza. Cuando llega esa desgraciada ancianidad, es claro, ya no es uno responsable de sus acciones. Pero en tanto me quede cierta fuerza de voluntad y sentido moral, no lo intentaré de nuevo. Como si no hubiera visto la tontería de una cosa así, la absoluta inmoralidad de tratar de negarse la fuerza espiritual y el sentido de bienestar moral que da este útil invento. Porque, según Haldane, el gran bioquímico inglés, fumar se cuenta como uno de los cuatro inventos en la historia de la humanidad que han dejado una honda influencia biológica en la cultura

humana.

La historia de esas tres semanas en que hice el juego del cobarde ante mi mejor yo, y me negué voluntariamente algo que sabía era de gran fuerza de elevación del alma, es por cierto una historia vergonzosa. Ahora que puedo recordarlo en una forma desaprensiva y racional, me resulta imposible comprender cómo duró tanto ese ataque de irresponsabilidad moral. Si fuera a detallar mi odisea espiritual de día y de noche durante esas tres semanas, a la manera de Joyce, estoy seguro de que podría llenar tres mil buenas líneas homéricas en verso, o ciento cincuenta páginas de prieta impresión en prosa. Es

claro que, para empezar, era ridículo el objeto. ¿Por qué, en nombre de la raza humana y del universo, no ha de fumar uno? No puedo responder ahora. Pero ocurren al hombre a veces estos ataques de irresponsabilidad, supongo yo, cuando desea hacer algo contra la corriente tan sólo por el placer de vencer una resistencia, y en esta forma emplea un momentáneo exceso de energía moral. Fuera de ello, no puedo explicar mi repentina e impía resolución de dejar de fumar. En otras palabras, me sometí a una prueba moral, muy a la manera de esa gente que se dedica a la gimnasia sueca, o sea el movimiento por el movimiento mismo, sin cumplir un

trabajo útil para la sociedad. Fue, aparentemente, esta especie de lujo moral el que yo me di, y eso fue todo.

Es claro que en los tres primeros días tuve una extraña sensación de acoquinamiento en algún sitio del canal digestivo, especialmente en la parte superior. Para aliviar esa extraña sensación tomé goma de mascar de menta doble, buen té de Fukien, y pastillas de lima. Vencí y maté a esa sensación en tres días, exactamente. Esa fue la parte física de la batalla, y por lo tanto la más fácil y, a mi juicio, la más despreciable. La gente que cree en eso reside toda la impía lucha contra el tabaco, no tiene idea de lo que dice.

Olvida que fumar es un acto espiritual, y quienes no tienen una idea de la significación espiritual de fumar no deben meterse jamás en estas cosas. Al cabo de tres días llegué a la segunda etapa, en la cual comenzó la verdadera batalla espiritual. Se me cayó la venda de los ojos y vi que había dos razas de fumadores, una de las cuales no merece siquiera el nombre. Para estas gentes, la segunda etapa no ha existido jamás. Comencé a comprender por qué oímos hablar de "fáciles conversiones" de muchos fumadores que parecen haber abandonado el tabaco sin lucha alguna. El hecho de que han podido detener ese hábito tan fácilmente como si se tratara

de tirar un cepillo de dientes gastado, demuestra que nunca aprendieron a fumar de verdad. Se les atribuye una "gran fuerza de voluntad", y lo cierto es que estas personas nunca son verdaderos fumadores, y jamás lo han sido en su vida. Para ellos, fumar es un acto físico, como lavarse la cara y los dientes todas las mañanas: una costumbre física, animal, sin ninguna cualidad que satisfaga al alma. Dudo que esta raza de gente común sea capaz de entonar el alma en extática respuesta al Skylark de Shelley o al Nocturno de Chopin. Estas gentes no pierden nada si dejan de fumar. Es probable que sean más felices leyendo las Fábulas de Esopo con sus

esposas, que pertenecen a la Sociedad de Templanza.

Pero para nosotros, los verdaderos fumadores, existe un problema del que no tienen siquiera sospecha las señoras de la Sociedad de Templanza o sus maridos lectores de Esopo. Para nosotros, como en mi caso, pronto se hace aparente la injusticia que cometemos con nosotros mismos, y la insensatez de la resolución. En mí, el buen sentido y la razón pronto empezaron a rebelarse y a preguntar: ¿por qué razón, social, política, moral, fisiológica o financiera, ha de emplear uno conscientemente la fuerza de voluntad para impedirse el logro del

completo bienestar espiritual, de esa condición de percepciones agudas, imaginativas, y de plena y vibrante energía creadora, una condición necesaria para que gocemos perfectamente de la conversación con un amigo a la vera del fuego, o para crear verdadero calor en la lectura de un libro antiguo, o para producir esa perfecta cadencia de palabras y pensamientos del alma que conocemos como buena literatura? En esos momentos, uno siente instintivamente que buscar un cigarrillo es la única cosa moralmente justa que se puede hacer, y que meterse un trozo de goma de mascar en la boca sería criminalmente perverso. De esos

momentos, sólo unos pocos puedo relatar aquí.

Mi amigo B... había llegado de Peiping para visitarme. No nos habíamos visto durante tres años. En Peiping, que entonces se llamaba Pekín, solíamos charlar y fumar durante toda la noche, discutiendo de política y filosofía y arte moderno. Y ahora había llegado junto a mí y nos dedicábamos a la fascinadora tarea de reunir reminiscencias. Discutimos todo el grupo de profesores, poetas y chiflados que solíamos tratar en Peiping. A cada frase feliz yo buscaba mentalmente un cigarro, pero en lugar de hacerlo me inhibía y sólo me levantaba y me volvía

a sentar. Mi amigo, en cambio, parloteaba entre el humo de su cigarro, con perfecto contento. Le había dicho que había dejado de fumar, y tenía suficiente amor propio como para no renunciar a mi renuncia en su presencia. Pero en lo hondo de mi corazón sabía que yo no estaba bien, y que me obligaba injustamente a parecer frío y racional, cuando deseaba compartir la plena comunión de las dos almas con una rendición completa de las emociones. La conversación siguió, algo unilateral, pues sólo la mitad de mi yo estaba allí, y por fin se fue mi amigo. Yo había resistido con cierta tristeza. Según esa ficción de "la fuerza de voluntad"

había "vencido", pero sólo sabía que era desgraciado. Unos pocos días más tarde, mi amigo, ya en viaje, me escribió que no había encontrado en mí al viejo yo, vibrante, extático, y sugería que quizá hubiera algo de culpa en vivir en Shanghai. Hasta hoy, no me he perdonado por no fumar aquella noche.

Otra noche había en un club una reunión de ciertos "intelectuales", que, por lo común, daba ocasión para fumar furiosamente. Después de la copiosa cena, alguno de nosotros leía generalmente un trabajo. Esta vez el orador era C... y hablaba sobre "Religión y Revolución", un trabajo salpicado de muchas frases brillantes.

Una era la de que mientras Feng Yüshiang se había unido a la Iglesia Metodista Septentrional, Chiang Kai-Shek había escogido la Iglesia Metodista Meridional. Alguien sugería, pues, que no pasaría mucho tiempo antes de que Wu Peifu se uniera a los metodistas occidentales. Mientras giraban estas frases crecía la densidad del humo, y me pareció que la misma atmósfera estaba cargada de pensamientos perversos, fugitivos. El poeta H... estaba sentado en el centro y trataba de enviar sucesivos anillos de humo al aire recargado, casi como un pez que echa burbujas de aire por el agua, perdido aparentemente en sus

pensamientos, y feliz. Yo era el único que no fumaba, y tenía la impresión de ser un pecador olvidado por Dios. Cada vez era más aparente para mí la insensatez de lo que hacía. En ese momento de clara visión advertí que era un loco al no fumar. Traté de pensar en las razones por las cuales había decidido dejar de fumar, y no se me ocurrió ninguna valedera.

Después, mi conciencia empezó a roerme el alma. Porque, me dije, ¿qué es el pensamiento sin la imaginación, y cómo puede echarse a vuelo la imaginación con las alas cortadas de un alma sombría que no fuma? Por fin, una tarde visité a una señora. Ya estaba

mentalmente preparado para la reconversión. No había nadie más que nosotros, y al parecer íbamos a tener un verdadero tete-á-tete. La señora, joven, estaba fumando con un brazo apoyado en la rodilla cruzada, un poco inclinada hacia adelante, y parecía ávida de conversar en su mejor estilo. Sentí que había llegado el momento. Me ofreció la caja, y saqué un cigarrillo, firmemente, lentamente, sabiendo que con este acto me había recobrado de mi ataque temporal de degradación moral.

Volví a casa e inmediatamente envié a mi sirviente a que me comprara una caja de Capstan Minum. Del lado derecho de mi escritorio había una

marca regular, quemada en la madera por mi costumbre de colocar cigarrillos encendidos en el mismo sitio. Yo había calculado que se necesitarían de siete a ocho años para quemar el espesor de la madera, y había lamentado observar que después de mi vergonzosa resolución, sólo permanecía quemado hasta medio centímetro. Con gran deleite, pues, tuve el placer de poner otra vez el cigarrillo encendido en la vieja marca, y allí está trabajando felizmente ahora, tratando de reanudar su largo viaje adelante.

En contraste con el vino, hay comparativamente pocos elogios del tabaco en la literatura china, porque la costumbre de fumar recién fue

introducida, por los marineros portugueses, hacia el siglo XVI. He recorrido toda la literatura china desde ese período, pero sólo he encontrado unas pocas líneas dispersas e insignificantes, indignas por cierto de la fragante hoja. Tiene que provenir evidentemente de algún graduado de Oxford una oda en alabanza del tabaco. El pueblo chino, no obstante, tuvo siempre un alto sentido del olfato, como se evidencia en su aprecio por el té y el vino y la comida. En ausencia del tabaco ha desarrollado el arte de quemar incienso, que en la literatura china se clasifica siempre en la misma categoría, y se menciona en el mismo plano que el

té y el vino. Desde la época más temprana, ya en la Dinastía Han, cuando el Imperio Chino extendía su dominio a Indochina, el incienso, traído como tributo desde el sur, se empleaba en la corte y en las casas de hombres ricos. En los libros sobre el arte de vivir se han dedicado siempre algunas secciones a una discusión de las variedades y la calidad y la preparación del incienso. En el capítulo respectivo del libro K'aop'an Yüshih, escrito por T'u Lung, tenemos la siguiente descripción del goce del incienso:

Los beneficios del uso del incienso son múltiples. Los sabios reclusos y muy inteligentes, dedicados a sus discusiones

sobre la verdad y la religión, sienten que quemar una ramita de incienso les despeja la mente y les complace el espíritu. En la cuarta división de la noche, cuando pende del cielo la luna solitaria y se siente uno frío y desprendido de la vida, el incienso emancipa el corazón y permite silbar con holganza. Cuando uno examina viejas muestras de caligrafía ante una ventana clara, o canta ociosamente una poesía con un matamoscas en la mano, o cuando lee de noche a la luz de la lámpara, el incienso ayuda a desterrar el Demonio del Sueño. Se le puede llamar, pues, "el antiguo compañero de la luna". Cuando está uno junto a una dama de

rojo pijama, y se la tiene de la mano junto al incensario, y se murmuran mutuos secretos, el incienso enciende el corazón e intensifica el amor. Se le puede llamar, pues, "el antiguo estimulante de la pasión". O cuando ha despertado uno de la siesta de la tarde y está sentado frente a una ventana cerrada en un día de lluvia, y practica caligrafía y prueba el suave sabor del té, el incensario empieza a calentar y su sutil fragancia flota en torno y rodea al cuerpo. Aun mejor es cuando uno despierta de un festín de bebidas y luce una luna llena en la clara noche, y mueve uno de los dedos a través de las cuerdas, o da un silbido en una torre vacía, a

plena vista las verdes colinas en la distancia, y el humo apenas visible de la brasa restante flota junto a la cortina de la puerta. También es útil para dispersar los malos olores y la maligna influencia de un pantano: es útil en todas y en cualquier parte adonde uno vaya. El de mejor calidad es chianan, pero es difícil obtenerlo, pues no es accesible para el hombre que vive en las montañas. Después de ése está el áloe, o madera de águila, que es de tres grados. El grado superior tiene un perfume demasiado fuerte, que tiende a ser acre y punzante; el grado inferior es demasiado seco, y demasiado lleno de humo también; el grado mediano, que cuesta

alrededor de seis o siete centavos la onza, es el más calmante y fragante, y se le puede considerar exquisito. Después de haber hecho una taza de té se puede utilizar el carbón en brasas y ponerlo en el incensario y dejar que el fuego lo caliente con lentitud. En ese satisfactorio momento uno siente como si le transportaran a la morada celestial en compañía de los inmortales, del todo olvidado de la existencia humana. ¡Ah, grande es el placer, por cierto! La gente carece hoy de apreciación para la verdadera fragancia, y se dedica a nombres extraños y exóticos; cada uno trata de ser mejor que el prójimo con mezclas de diversas clases, sin

comprender que la fragancia del áloe es enteramente natural, y que el mejor de su clase tiene una sutileza y una suavidad indescriptibles.

Mao Pichíang, en sus Reminiscencias de mi concubina, cuando describe el arte de la vida de este rico poeta y su amante, tan ilustrada y comprensiva, da varias descripciones del goce del incienso, una de las cuales es la que sigue:

Mi concubina se sentaba a menudo conmigo en su fragante alcoba para probar o juzgar inciensos famosos. El "incienso de palacio" es de seductora

calidad, en tanto que la manera popular de preparar el áloe es vulgar. Las personas ordinarias ponen a menudo el áloe en medio del fuego, y su vapor fragante se apaga muy pronto por la resina que arde. De este modo, no solamente se impide que salga toda la fragancia, sino que se deja un olor humoso, ahogante, en torno a nuestro cuerpo. La especie dura, con vetas horizontales, llamada hengkoch'en, tiene una fragancia soberbia; es una de las cuatro clases de áloes, pero se distingue porque tiene fibras horizontales. Hay otra variedad de esta madera, conocida como p'englaihsiang, que es del tamaño de un hongo y de forma cónica, pues aun

no se ha desarrollado del todo. Teníamos todas estas variedades y ellas quemaba sobre arena muy fina, con fuego lento, de manera que no era visible el humo. El sutil perfume llenaba la cámara como el perfume de la madera de chianan dispersado por una brisa, o el de las rosas cubiertas de rocío, o de un trozo de ámbar calentado por fricción, o de un licor fragante que se vierte en una taza de cuerno. Cuando la ropa de la cama se perfuma según este método, su fragancia se funde con la de la carne de la mujer, dulce y embriagadora hasta en sueños.

VI. DE LA BEBIDA Y DE LOS

JUEGOS DE VINO

No soy bebedor y, por lo tanto, carezco de capacidad para hablar de vinos y licores. Mi capacidad es la de tres copas de vino de arroz, shaohsing, y hasta soy capaz de marearme con un vaso de cerveza. Esto es, evidentemente, cuestión de un don natural, y parece que no marchan juntos los dones de beber té y vino y fumar. He encontrado entre mis amigos algunos grandes bebedores que se enferman antes de poder fumar la mitad de un cigarro, en tanto que yo fumo durante todas las horas en que estoy despierto, sin sufrir efectos apreciables, pero no soy muy bueno para

los licores. De todos modos, Li Liweng ha dejado escrita su opinión jurada de que los grandes bebedores de té no son afectos al vino, y viceversa. El mismo Li era un gran conocedor de té, pero confesaba que no tenía pretensiones de ser bebedor de vino. Es, por lo tanto, un deleite especial y una confortación descubrir tantos distinguidos autores, que me gustan y que no tenían sino una capacidad muy escasa para el vino, y lo decían. Me ha llevado cierto tiempo coleccionar estas confesiones en sus cartas y otros escritos. Li era uno, Yüan Tsets'ai, Wang Yüyang y Yüan Chunglang fueron otros, Todos ellos, no obstante, eran personas que tenían "el

sentimiento del vino", sin la capacidad de tomarlo.

A pesar de mi inhabilitación, no puedo pasar por alto este tema, porque, más que cualquier otra cosa, ha hecho una contribución importante a la literatura y, en la misma medida que fumar, donde se conocía la costumbre de fumar, ha ayudado considerablemente a la potencia creadora del hombre, con resultados perdurables. El placer de beber vino, especialmente lo que llaman los chinos "un traguito", que encontramos tan constantemente en la literatura china, me pareció siempre un misterio, hasta que una hermosa dama de Shanghai, semiembriagada, se explayó

sobre sus virtudes con tal poder de convicción que finalmente pensé que era real la situación así descrita. "Uno parlotea y parlotea en un estado de semiembriaguez, que es el estado mejor y más feliz", me dijo esta dama. Parece darse una sensación de júbilo, de confianza en el propio poder de vencer todos los obstáculos, y una sensibilidad aguzada, y el poder humano del pensamiento creador, que parece residir en la frontera del hecho con la fantasía, es elevado a un tono más alto que el normal. Parece haber una fuerza de confianza en sí mismo y de emancipación, tan necesarias para el momento creador. Cuando lleguemos a

la sección sobre el arte haremos muy clara la importancia de este sentido de confianza y de emancipación con respecto a las reglas y a la técnica.

Hay una sabia idea en la indicación de que los modernos dictadores de Europa son tan peligrosos para la humanidad porque no beben. En mis lecturas de literatura corriente durante el año, no encontré escrito mejor ni más sabio ni más ingenioso que un artículo de Charles W. Ferguson sobre "Los dictadores no beben", en Harper's de junio, 1937. Vale la pena seguir esta idea, y se halla tan bien escrita que me siento tentado a reproducir el artículo entero, pero debo abstenerme de

hacerlo. El señor Ferguson parte de la idea siguiente: "Stalin, Hitler y Mussolini son modelos de sobriedad... Los hombres que simbolizan la tiranía en la forma moderna, que son los actuales conductores de hombres, son individuos dignos de emulación por cualquier joven ambicioso que desee ir adelante. Cualquiera de ese grupo sería un buen yerno y marido. Representan el ideal evangelista de la rectitud moral... Hitler no come carne, no bebe, no fuma. A estas virtudes sofocantes suma otra y más notable, la virtud de la continencia... Mussolini es más animal en lo que come, pero con empecinada entereza se abstiene de las bebidas

espiritosas, pues sólo de vez en cuando toma un tentador vaso de vino ligero; pero nada que pueda inmiscuirse seriamente en asuntos tan altos como el sojuzgamiento de un pueblo inferior. Stalin vive frugalmente en un departamento de tres habitaciones; viste modestamente y con enorme sencillez, come frugalmente algunas cosas sencillas, y paladea el coñac como un conocedor." Pero, ¿qué significa todo esto para nosotros? "¿Indica que estamos hoy en poder de una camarilla de hombres esencialmente presumidos, desastrosamente rectos, enconadamente conscientes de su tremenda rectitud, y por ende tan peligrosos que el mundo en

general estaría mucho mejor si pudiera llevarlos a emborracharse bien?"... "Ningún hombre podría ser un dictador peligroso si le quedara el efecto matinal de una borrachera. Quedaría destruida su sensación de ser Dios Todopoderoso. Se consideraría basto y humillado en presencia de sus súbditos. Se habría convertido en uno más de la masa —uno de los más bajos de todos— y la experiencia habría surtido efecto sobre su inaguantable engreimiento." El escritor piensa que debería realizarse un "cocktail party" internacional, sólo con la concurrencia de estos jefes escogidos, en el cual "el objeto principal sería simplemente emborrachar a los

dignatarios tan tranquila y tan rápidamente como fuese posible". Y a la mañana siguiente, "lejos de ser los irreprochables superhombres de hoy, los mejores del mundo, habrían pasado a ser tipos ordinarios, afligidos como sus menores partidarios, y quizá con ánimo de encarar los asuntos como hombres y no como semidioses".

La razón por la que no me gustan los dictadores es que son inhumanos, y todo lo que sea inhumano es malo. Una religión inhumana no es religión, una política inhumana es una política tonta, un arte inhumano es solamente mal arte y una manera inhumana de vivir es la manera de vivir que tiene la bestia. Esta

prueba del humanismo es universal y puede ser aplicada a todos los aspectos de la vida y todos los sistemas de pensamiento. El más grande ideal a que puede aspirar un hombre no es el de ser un dechado de virtudes, sino el de constituir un ser humano afable, agradable y razonable.

Mientras los chinos pueden enseñar muchas cosas sobre el té a los occidentales, los occidentales pueden enseñarles a los chinos acerca del vino. Un chino se sorprende fácilmente ante la variedad de botellas y etiquetas cuando entra en una tienda de vinos en Occidente, porque, en su país, en cualquier sitio que se encuentre ve

shaohsing, más shaohsing y nada más que shaohsing. Hay seis o siete variedades más, y hay también licores destilados del mijo, el kaoliang, además de la clase de vinos medicinales, pero la lista pronto se agota. Los chinos no han logrado la fineza de servir vinos diferentes con diferentes platos de comida. Por otra parte, la popularidad del shaohsing es tal en el lugar que da su nombre a este vino, que tan pronto como nace una niña sus padres hacen una jarra de vino, de modo que para cuando se case tenga por lo menos una jarra de vino de veinte años como parte de su ajuar. De ahí proviene el nombre huaitao, el nombre exacto de este vino,

que significa "floralmente adornado", por los adornos de la jarra.

Los chinos compensan esta falta de variedad de vinos con una mayor insistencia en el momento y el ambiente en que se debe beber. El sentimiento en cuanto al vino es esencialmente correcto. El contraste entre el vino y el té se expresa en esta forma: "El té se parece al recluso, y el vino al caballero; el vino es para la buena camaradería, y el té para el hombre de callada virtud". Al especificar los estados de ánimo y los lugares adecuados para beber, un escritor chino dice: "El acto formal de beber debe ser lento y ocioso; beber sin restricciones debe tener algo de elegante

y romántico; un enfermo debe beber poca cantidad, y una persona triste debe beber hasta embriagarse. Beber en primavera debe tener lugar en un patio, en el verano en las afueras de la ciudad, en otoño en un bote y en invierno en la casa, y de noche se debe gozar la bebida en presencia de la luna".

Otro escritor dice: "Hay un momento y un lugar adecuados para embriagarse. Uno debe embriagarse ante las flores, de día, a fin de asimilar sus luces y colores; y uno debe embriagarse con la nieve, de noche, a fin de despejar las ideas. El hombre que se embriaga cuando se siente feliz por un triunfo debe cantar, a fin de armonizar su espíritu; y el hombre

que se embriaga en una fiesta de despedida debe pulsar una nota musical, a fin de fortalecer su espíritu. Un sabio embriagado debe tener cuidado de su conducta, a fin de evitar humillaciones; y un militar ebrio debe pedir vino en abundancia y poner más banderas, a fin de aumentar su esplendor militar. En una torre se debe beber en verano, a fin de aprovechar el ambiente fresco; y en el agua se debe beber en otoño, a fin de aumentar la sensación de jubilosa libertad. Estas son las debidas formas de beber, en cuanto a estados de ánimo y escenario, y violar estas reglas es perder el placer de la bebida."

La actitud china en cuanto al vino y

al comportamiento durante un festín de vino es incomprensible o reprehensible para mí, en parte, y en parte elogiosa. La parte reprehensible es la costumbre de buscar el placer de obligar a un hombre a que beba allende su capacidad. No creo que exista esa práctica, o que sea común, en la sociedad occidental. Es usual, entre bebedores, poner un valor místico en la mera cantidad de la bebida, ya sea la que uno consume o la que consumen todos. No hay duda que se desprende cierta hilaridad de ello, y esta incitación a beber se hace con espíritu juguetón o amistoso, lo cual da generalmente por resultado mucho ruido y escándalo y confusión, que se suman a

lo divertido de la ocasión. Es hermoso ver cuando la compañía llega a un estado en que todos se olvidan de sí y los invitados gritan pidiendo más vino o abandonan o cambian sus sitios, y nadie recuerda quién es el dueño de casa y quiénes los invitados. Esto degenera comúnmente en un desafío a quién bebe más, que juegan todos con gran orgullo y sutileza y finura, y siempre con el deseo de ver al contrario bajo la mesa. Hay que tener cuidado de que no se hagan trampas, y precaverse de las tácticas engañosas del contrario. Probablemente en esto está la diversión, en el espíritu de lucha.

El aspecto elogioso de esta

costumbre de beber reside en el ruido. Comer en un restaurante chino hace pensar a veces que está uno en un partido de fútbol. ¿Cómo se produce ese volumen de ruido, y de dónde vienen esos ruidos con hermoso ritmo, que parecen vítores y gritos en un match de fútbol? La respuesta está en la costumbre de los "dedos adivinadores", en que cada una de las partes eleva cierto número de dedos simultáneamente con el adversario y grita el número de la suma total de los dedos que opina alzarán las dos partes. Los números, "uno, dos, tres, cuatro", etcétera, se dan en frases poéticas, polisilábicas, como "siete estrellas" (Ch'ich'iao, la

constelación, la Osa Mayor), u "ocho caballos", u "ocho inmortales cruzando el mar". La necesidad de una acción perfectamente oportuna y simultánea al levantar los dedos fuerza a las frases en claros compases, en los cuales hay que comprimir las sílabas variables, y durante el intervalo se acompaña esto con una frase introductora, fija, que ocupa otro compás musical, de manera que la canción se lleva rítmicamente, sin interrupciones, hasta que una de las partes hace una conjetura correcta y la otra parte tiene que beber una copa llena, grande o pequeña, o dos o tres, según se haya convenido previamente. Adivinar el total no es sólo una ciega

conjetura, sino que se basa en la observación de la costumbre que tiene el rival de seguir o alternar los números, y exige un rápido proceso mental. La diversión y el impulso del juego dependen enteramente de la velocidad y del ritmo ininterrumpido de los jugadores.

Hemos llegado al punto exacto relativo al concepto de una fiesta de vino, porque solamente con ello se da una explicación satisfactoria de la duración de un festín chino, el número de platos y el método de servicio. No se sienta uno a un festín para comer, sino para pasar un buen rato, como es el de decir cuentos y bromas y toda clase de

rompecabezas literarios y juegos poéticos, mientras se sirven los diferentes platos. La reunión parece más el momento de hacer juegos orales, interrumpidos cada cinco o siete o diez minutos por la aparición de un plato en la mesa y uno o dos bocados de los comensales. Esto produce dos efectos: primero, la vociferación de los juegos orales ayuda indudablemente a que las bebidas espirituosas se evaporen del sistema, y segundo, cuando uno llega al fin de un festín que dura más de una hora, parte de la comida se ha digerido ya, de manera que cuanto más come uno tanta más hambre tiene. El silencio, al fin y al cabo, es un vicio mientras se

come; es inmoral porque es antihigiénico. Todo extranjero, en China, que tenga dudas perdurables acerca de que los chinos sean un pueblo alegre y feliz, con un toque de alegría latina, que se aferré a"la preconcebida noción de que el pueblo chino es silencioso, calmo y poco emotivo, debe verles mientras comen, porque entonces está el chino en su elemento natural y son completas sus perfecciones morales. Si el chino no pasa un buen rato cuando está comiendo, ¿cuándo lo pasa?

Famosos como son los chinos por sus rompecabezas, sus juegos de vino son menos conocidos. Con el vino como premio o castigo, se ha inventado una

gran variedad de juegos que a la vez son pretextos para beber. Todas las novelas chinas registran debidamente los nombres de los platos que se sirven en una comida, y describen también debidamente las pruebas de poesía, con las que no tienen dificultad en llenar un capítulo entero. La novela feminista Chinghuayüan describe tantos juegos entre las literatas (incluso nombres en fonética) que parece hacer de ellos el tema principal de la narración.

El juego más sencillo es shehfu, en que una sílaba que forma el comienzo de una palabra y el fin de otra queda oculta uniendo las otras sílabas en una palabra, y el jugador tiene que adivinar cuál es la

sílaba que falta. Así, "bro" es la sílaba común a "libro" y "brocal"; la adivinanza se formula en la combinación "lical", y el otro jugador tiene que proveer la sílaba que falta. Si se juega debidamente, la persona que ha adivinado la sílaba central no debe declararla, sino formar una contraadivinanza con la sílaba "bro", en este caso, y anunciar sencillamente, por ejemplo, "eneche" (enebro-broche), con lo cual quien hizo la adivinanza puede saber si tiene la respuesta exacta, mientras sigue siendo un misterio para los demás. A veces hay que aceptar una respuesta que no es originalmente correcta pero resulta mejor que la

ideada por el iniciador del juego. Las dos partes pueden plantearse adivinanzas de sílabas mutuamente, para resolverlas al mismo tiempo. Algunas son sencillas y otras se ocultan cuidadosamente, como sería, por ejemplo, "a-mar", por la sílaba "ere", de "acre" y "cremar", en tanto que otras pueden ser fácilmente halladas, como por ejemplo "gemilor", por "gemido" y "dolor". Se pueden emplear palabras raras y difíciles, y cuando los estudiosos practican este juego suelen usar raros nombres históricos, que ponen a prueba los estudios del rival: nombres de una de las piezas de Shakespeare, o de las novelas de Balzac.

Son infinitas las variaciones de los juegos literarios. Uno muy popular entre los estudiosos consiste en que cada persona, a su turno, diga un verso de siete palabras, para que el otro responda con el verso siguiente, hasta que el poema resulta una gran tontería. Los versos comienzan comúnmente con algún comentario sobre un objeto o persona presente o el escenario. Cada persona tiene que decir dos versos, el primero de los cuales completa un pareado que comenzó la persona precedente, y el segundo da pie a un nuevo pareado que debe terminar el sucesor. El primer verso da la rima, de manera que el tercero, quinto, séptimo, y

así siempre, deben conservarla. En un ambiente de literatos, que saben de memoria cada uno de los nombres y frases de los Cuatro libros o del Libro de la Poesía, quien propone el brindis puede exigir que se hagan citas ilustrativas de un tema (por ejemplo: "Niña tímida", "niña feliz", "niña llorona"). A menudo se incluyen los nombres de cuartetas populares y versos de los poemas de T'ang. O puede exigirse a la otra parte que dé nombres de remedios o flores que respondan a la descripción de un título de una tonada popular dada. Las posibilidades de estas combinaciones dependen de la belleza de los nombres que el idioma da a las

flores, remedios, árboles, etc. En los idiomas occidentales, por ejemplo, se podrían usar apellidos para recordar nombres de canciones populares (como en el caso de "Castillo", que podría dar pie a "En un castillo de Flandes"), La gracia de tales yuxtaposiciones depende del ingenio de cada uno, y en estos juegos la diversión reside en la espontaneidad y la fantasía, pero no necesariamente en la cultura, de las asociaciones. Los alumnos de universidades pueden pasar un rato divertido haciendo juegos de vino con los nombres de sus profesores.

Los juegos más complicados requieren fichas especialmente

diseñadas. En la novela Sueño de una orquídea se encuentra, por ejemplo, una descripción del siguiente juego. Tres series de fichas (que se pueden hacer de papel) contienen la siguiente combinación de seis personas que hacen seis cosas en seis lugares distintos:

Un petimetre

anda a caballo

por la avenida

Un abate

reza

en el cuarto del abate

Una dama

borda

en la alcoba de la dama

Un carnicero

pelea

en las calles

Una cortesana

hace el amor

en el barrio de la luz roja

Un mendigo

duerme

en el cementerio

Una persona retira fichas de las tres series, que pueden formar extraordinarias combinaciones, como: "Un abate hace el amor en la alcoba de la dama", "Una cortesana reza en el cementerio", "Un mendigo duerme en el barrio de luz roja", "Una dama pelea en el cuarto del abate", etcétera, con los

cuales se harían buenos títulos periodísticos. Cualquiera de esas situaciones forma el tema principal, y cada persona debe dar un verso de cinco palabras, de un poema conocido, seguido por el nombre de una canción, y rematado todo con un verso del Libro de la poesía, de modo que el tal describa cabalmente la situación temática.

No debe extrañar, pues, que un festín de vino dure dos horas. El objeto de una comida no es comer y beber sino divertirse y hacer mucho ruido. Por esa razón, quien bebe la mitad bebe mejor; como el poeta T'ao Yüanming que tocaba música en un instrumento sin cuerdas, para el bebedor lo que importa

es el sentimiento. Y se puede gozar del sentimiento del vino sin tener capacidad para beberlo. "Hay personas que no saben leer, pero tienen el sentimiento de la poesía; personas que no pueden repetir una sola plegaria pero tienen el sentimiento de la religión; personas que no pueden beber una gota pero tienen el sentimiento del vino, y personas que no comprenden una pizca acerca de las rocas pero tienen el sentimiento de la pintura." Estas son las personas que constituyen apta compañía para poetas, santos, bebedores y pintores.

VII. DE COMIDAS Y REMEDIOS

Un criterio amplio de la comida debe considerarla esencialmente como formada por todas las cosas que nos nutren, así como un criterio amplio de la casa debe incluir todo lo que se relaciona con las condiciones de la vida. Como somos animales, es sólo de sentido común decir que somos lo que comemos. Nuestras vidas no están en la falda de los dioses, sino en la falda de nuestros cocineros. Por ende, todo caballero chino trata de bienquistarse con su cocinero, porque una gran parte del goce de la vida depende de él, que tiene el poder de darlo o de quitarlo según le parezca. Los padres chinos, y supongo que también los occidentales,

tratan siempre de obtener el cariño del ama de leche y de tratarla regiamente, porque comprenden que la salud del bebé depende del humor y la felicidad y la vida en general del ama de leche. Parí passu, deberíamos dar a nuestros cocineros, que nos alimentan, el mismo trato regio, si nos interesa nuestra salud tanto como la de nuestros hijitos. Si un hombre sensato, una linda mañana, tendido en su lecho, cuenta con los dedos cuántas cosas de la vida le causan verdadero placer, descubre invariablemente que la comida es la primera. Por lo tanto, la prueba invariable para saber si un hombre es sabio y cuerdo consiste en establecer si

tiene buena comida en su casa.

El ritmo de la moderna vida ciudadana es tal que cada vez dedicamos menos tiempo y menos pensamiento a la cuestión de cocinar y alimentarnos. No se puede culpar de nada a la dueña de casa que a la vez es una brillante periodista, si sirve a su marido sopa y porotos en lata. No obstante, es una vida muy demente la que nos lleva a comer para trabajar y no a trabajar para comer. Necesitamos tener cierta bondad y generosidad con nosotros mismos antes de aprender la bondad y generosidad con los demás. ¿Qué bien hace a una mujer salir a la calle a pronunciar discursos o mejorar

la situación social, si tiene que cocinar en un aparato de dos hornallas y permitirse solamente diez minutos para comer? Confucio se habría divorciado indudablemente de ella, como se divorció de su esposa porque no cocinaba bien.

No es muy clara la historia acerca de si Confucio se divorció de ella, o fue ella quien tuvo que huir a fin de librarse de las exigencias de este exigente artista de la vida. Para él "el arroz nunca puede estar bastante blanco ni la carne picada suficientemente picada". Se negaba a comer "cuando no se servía la carne con su debida salsa", "cuando no se la cortaba cuadrada", "cuando no estaba

bien de color" y "cuando no estaba bien de sabor". Estoy muy seguro de que aun así podría haberlo aguantado su esposa, pero cuando un día, imposibilitada de encontrar víveres frescos, la mujer envió a su hijo Li a que comprara vino y carne fría en una tienda, y Confucio anunció que "no bebería vino que no fuese hecho en casa, ni probaría carne traída de las tiendas", ¿qué otra cosa podía hacer ella, salvo juntar sus cosas y huir? Este atisbo en la psicología de la esposa de Confucio es mío, pero las severas condiciones que él impuso a la pobre mujer figuran hoy en los clásicos confucianos (

Si adoptamos, pues, un criterio amplio de la comida como nutrición, los chinos no hacen distinción alguna entre comida y remedio. Lo que es bueno para el cuerpo es remedio y comida a la vez. La ciencia moderna sólo ha llegado en el siglo pasado a comprender la importancia de la dieta en la cura de enfermedades, y felizmente todos los hospitales modernos tienen hoy un buen equipo de dietéticos. Si los médicos modernos dieran un paso más adelante y enviaran a esos dietéticos a prepararse en China, quizá emplearían menos

frascos de cristal. Un escritor médico primitivo, Sun Ssemiao (siglo sexto de nuestra era), dice: "Un verdadero médico descubre primero la causa de la enfermedad, y una vez descubierta trata de curarla primero con la comida. Cuando falla la comida prescribe remedios." Así encontramos que el primer libro chino sobre comida cuya existencia se conozca, escrito por un médico imperial en la Corte Mongólica en 1330, considera esencialmente a la comida como régimen de salud, y hace estas afirmaciones introductorias: "Quien quiera tener buen cuidado de su salud debe ser frugal en sus gustos, proscribir sus preocupaciones, atemperar sus

deseos, contener sus emociones, tomar cuidado de su fuerza vital, ahorrar sus palabras, considerar con ligereza el triunfo y el fracaso, ignorar las penas y las dificultades, desechar tontas ambiciones, evitar los grandes agrados y desagradados, calmar su vista y oído, y ser fiel en su régimen interno. ¿Cómo puede uno tener enfermedades si no cansa su espíritu ni aflige su alma? Por lo tanto, quien quiera nutrir su naturaleza debe comer solamente cuando tiene hambre, y no llenarse de comida, y debe beber solamente cuando tenga sed y no llenarse de bebida en exceso. Debe comer poco y a largos intervalos, y no mucho ni muy constantemente. Debe

tender a sentir un poco de hambre cuando está lleno, y a estar un poco lleno cuando siente hambre. Estar bien lleno hace daño a los pulmones, y tener hambre hace daño al flujo de la energía vital." Este libro de cocina, como todos los demás en China, parece, pues, una farmacopea.

Al caminar por Honan Road en Shanghai y pasar por las tiendas que venden remedios chinos, se ve uno en dificultades para decidir si venden más remedios que víveres o más víveres que remedios. Porque allí se encuentra corteza de canela junto a jamón, tendones de tigre y riñones de castor junto con babosas de mar, y cuernos de

ciervos jóvenes junto a hongos y dátiles de Peipíng. Todo esto es bueno para el cuerpo, y todo nos nutre. La distinción entre la comida y el remedio es positivamente imposible en el caso de una botella de "tendón de tigre y vino de quina". Felizmente, un tónico chino no consiste en tres gramos de hipo-fosfatos y 0.02 gramos de arsénico. Consiste en un tazón de caldo de pollo, muy hervido con rehmannia lútea. Esto se debe enteramente a la práctica de la medicina china, porque mientras en Occidente se toman los remedios en píldoras o sellos, los remedios chinos se sirven como guisos y se llaman literalmente "sopas". Y se idea y prepara un remedio en China

en la misma forma que una sopa ordinaria, con debido cuidado para la mezcla de sabores e ingredientes. Puede haber de siete u ocho a veinte ingredientes en un guiso chino, preparado de manera que nutra y fortalezca el cuerpo en general, y no para que ataque a la enfermedad solamente. Porque la medicina china coincide esencialmente con los médicos occidentales más modernos al pensar que cuando está enfermo el hígado no es solamente el hígado sino todo el cuerpo el que funciona mal. Después de todo, lo que puede hacer la medicina se reduce al principio esencial de fortalecer nuestra energía vital, mediante una

acción sobre ese sistema tan complicado de órganos y fluidos y hormonas que se llama cuerpo humano, y dejando que el cuerpo se cure solo. En lugar de dar a sus enfermos sellos de aspirina, los médicos chinos les piden que tomen grandes tazones de té medicinal para provocar la transpiración. Y en lugar de tomar tabletas de quinina, los pacientes del futuro, quizá, tendrán que beber una rica sopa de tortuga con hongos, hervida con trozos de corteza de quina. El departamento dietético de un hospital moderno tendrá que ser amplio, y el hospital del futuro se parecerá mucho a un sanatorio-restaurant. Eventualmente tendremos que llegar al concepto de la

salud y la enfermedad fundidas una en otra, de manera que los hombres coman para prevenir las enfermedades, en lugar de tomar remedios para curarlas. No se acentúa bastante este punto en Occidente, porque los occidentales van a ver al médico cuando están enfermos, y no le ven cuando están bien. Antes de que llegue esa época tendrá que ser abolida la distinción entre el remedio que nutre el cuerpo y el remedio que cura la enfermedad.

Tenemos que felicitar, pues, al pueblo chino por su feliz confusión de remedios y comidas. Con esto se hace que sus remedios sean menos remedios, pero su comida más comida. Parece

haber una simbólica significación en el hecho de que el Dios de la Glotonería apareció ya en nuestro período semihistórico, pues el Dios T'aot'ieh se encuentra como motivo predilecto entre nuestras primeras esculturas en bronce y en piedra. El espíritu de T'aot'ieh está en nosotros. Hace que nuestras farmacopeas parezcan libros de cocina y nuestros libros de cocina parezcan farmacopeas, y hace imposible el progreso de la botánica y la zoología como ramas de la ciencia natural, porque los hombres de ciencia de China no hacen más que pensar qué sabor tendrá una serpiente, un mono o la carne de cocodrilo o la joroba de camello. La

verdadera curiosidad científica en China es una curiosidad gastronómica.

Con la confusión de la medicina con la magia, que se encuentra en todas las tribus salvajes, y como los taoístas chinos han hecho de "la nutrición de la vida" y la búsqueda de la inmortalidad o la larga vida su objeto central, vemos que la comida y la medicina descansan a menudo en sus manos. En el Libro de Cocina Imperial de la Dinastía Mongólica, a que ya se ha hecho referencia, Yinshan Chengyao, hay capítulos dedicados a los medios de vivir mucho tiempo y de evitar enfermedades. Con la apasionada devoción del taoísmo a la Naturaleza, la

tendencia consiste siempre en destacar las frutas y las comidas de carácter vegetariano. Hay una especie de combinación de la poesía y el desapego taoísta de la vida, que considera que comer frescas semillas de loto, con ese delicado sabor nacido del rocío, es lo máximo del refinado placer del estudioso. El mismo rocío bebería, si pudiera. A esta clase pertenecen las semillas de pino, arrurruz y china, a las que se considera convenientes para pretender una larga vida, porque aclaran el corazón y purifican el alma. Se presume que no padece uno deseos mortales, como el deseo sexual, cuando come semillas de loto. Mas como

remedios, tomadas constantemente como parte de la comida, y muy apreciadas para prolongar la vida, son las siguientes: asparagus lucidus, rehmannia lútea, lycium chínense, atratylis ovata, polygonatwn giganteum, y particularmente ginseng y astragalus hoantely.

La farmacopea china ofrece un inmenso campo que espera la investigación científica occidental. La medicina occidental ha descubierto, apenas en la última década, el alto valor del hígado como constructor de sangre, en tanto que los chinos lo han considerado siempre como un tónico importante para los ancianos. Sospecho

que cuando un carnicero occidental mata a un cerdo tira como desperdicios todas las partes que tienen el más grande valor nutritivo: riñones, estómago, intestinos (que deben estar llenos de jugo gástrico), sangre, médula y sesos. Se empieza a descubrir ahora que el hueso es el sitio donde se fabrican los glóbulos rojos de la sangre, y no puedo menos de pensar que tirar los huesos de cordero y de cerdo y de vaca sin hervirlos para hacer un hermoso caldo es un terrible desperdicio de valor alimentario.

Hay muchas comidas occidentales que me gustan, y en primer término debo mencionar el melón honeydew (rocío de

miel), porque su sugestión del rocío es tan china. Si a uno de los taoístas antiguos se le diera un pomelo, podría imaginar el descubrimiento del elixir de la inmortalidad, porque el pomelo tiene el sabor exótico de las frutas extrañas y desconocidas que buscaban los taoístas. El jugo de tomate debe ser clasificado como uno de los grandes descubrimientos occidentales en el siglo XX, porque los chinos, como los occidentales de hace un siglo, solían considerar que los tomates no servían para comer. Después viene el apio crudo, que es lo más próximo a la idea china de comer cosas por su textura, como los brotes de bambú. El espárrago

es bueno, cuando no es verde, pero nos es desconocido en China. Finalmente, debo confesar una gran inclinación por el "roast beef" inglés, y por todos los asados. Toda comida es buena cuando se la hace y se la saborea en su país original y en la debida temporada. Siempre me ha gustado la comida norteamericana servida en los hogares norteamericanos, pero jamás he probado comida que me pareciera buena en los mejores hoteles de Nueva York. No es culpa de los hoteles o restaurantes, porque aun en los restaurantes chinos es imposible obtener buena comida a menos que se avise con mucha anticipación y se la prepare con cuidado

individual.

Por otra parte, hay grandes deficiencias en la cocina norteamericana y europea. Muy adelantada en pastelería y en la fabricación de dulces y postres, la cocina occidental da la impresión de ser muy tonta e insípida y extremadamente limitada en su variedad. Después de comer en cualquier hotel o casa de pensión o vapor durante tres semanas, y después de haber tenido pollo a la kmg, costillas de vaca y costillas de cordero y lomo por décima vez, la comida empieza a perder sabor en el paladar. La rama menos desarrollada en la cocina occidental es la de preparar verduras. En primer

lugar, las verduras son de variedades muy limitadas; en segundo lugar, se las cocina con exceso, hasta que pierden el color y parecen una pulpa. Las espinacas, calamidad para todos los niños, no se cocinan debidamente jamás en occidente; se las deja formar una pasta, pero si se las fríe en una sartén muy caliente con aceite y sal y se las retira antes de que hayan perdido su frescura, constituyen una de las comidas más sabrosas. La lechuga preparada de la misma manera es también deliciosa, y el único cuidado que se debe tener es el de no dejarlas demasiado en la sartén. En Occidente se considera que el hígado de pollo es una delicadeza, lo mismo

que los riñoncitos de cordero, pero hay una gran cantidad de comidas de la misma clase que no han sido probadas siquiera. Esto explica la falta de variedad de la comida occidental. La molleja de pollo, frita, junto con el hígado de pollo frito, con mucha sal, cuenta entre los platos más comunes en China. La cabeza de carpa, con la delicada carne que rodea la boca, se sirve como plato especial, de gran delicadeza. Las tripas de cerdo son mi comida favorita, y también algunas partes de las tripas de buey. Hacen una espléndida sopa, con fideos, o se las puede echar en una sopa hirviendo sobre un fuego muy fuerte, sacándolas

inmediatamente, de manera que tienen una fragilidad casi como la del apio crudo. Los caracoles grandes (solamente la materia espesa que les cubre la boca) son una delicadeza muy buscada en Francia, y también son una delicadeza en China. En sabor y textura y resistencia a los dientes son prácticamente lo mismo que los abalones y las pechinas.

La limitada variedad de las sopas se debe a dos causas. Primero, la falta de experimentación sobre mezclas de verduras con carnes. Mediante combinaciones y permutas, cinco o seis ingredientes, como los camarones secos, hongos, brotes de bambú, melón, cerdo, etc., pueden dar un centenar de

variedades de sopas diferentes. La sopa de melón es desconocida en Occidente, y, sin embargo, hecha con diferentes variedades y preparada con un poco de camarones secos, es uno de los platos veraniegos más delicados. En segundo lugar, • la falta de variedad en la sopa se debe a que no se emplea plenamente el producto de los mares. En Occidente las pechinas se comen fritas, siempre, pero secas son uno de los elementos más importantes para hacer una buena sopa, lo mismo que los abalones. En cuanto al guiso de almejas, jamás he podido oler siquiera las almejas que contiene, y claro está que nunca se ve verdadera carne de tortuga en la sopa de tortuga.

Una verdadera sopa de tortuga, hervida hasta que resulte pegajosa en los labios, es uno de los platos cantoneses favoritos, preparada a veces con patas de pato o de ganso. El pueblo de Shaohsing, en Chekiang, tiene un plato favorito llamado "las grandes esquinas", que consiste en alas y patas de pollos, porque hay una feliz combinación de piel y tendones y carne en las patas y las alas de los pollos. Pero la mejor sopa que he probado es una hecha de carpa y pequeñas almejas de concha blanda. En general, la prueba a que se debe someter a la sopa hecha con mariscos es la de que no sea grasosa.

Como ejemplo del sentimiento chino

en cuanto a la comida, puedo citar aquí parte del ensayo de Li Líweng sobre "Cangrejos", en la sección que habla de la comida, de su libro Arte de vivir:

Nada hay, en comidas y bebidas, cuyo sabor no pueda describir yo con la mayor comprensión e imaginación. Pero en cuanto a los cangrejos, las jaibas, mi corazón los quiere, mi boca se deleita con ellos, y jamás puedo olvidarlos por un año y un día; pero me es imposible decir en palabras por qué los quiero, me deleitan y no puedo olvidarlos. ¡Ah, esto ha pasado a ser en mí una debilidad en la comida, y es un fenómeno extraño del universo! Todos mis días me han gustado extremadamente. Año tras año, cuando

llega la temporada de los cangrejos, aparto algo de dinero para ese fin, y porque mi familia dice que "el cangrejo es mi vida", llamo a este dinero "el rescate de mi vida". Desde el día en que aparecen en el mercado hasta el fin de la temporada, jamás me han faltado una sola noche. Mis amigos, que conocen esta debilidad mía, me invitan siempre a comer en esta época, y por lo tanto llamo "otoño de cangrejos" a octubre y noviembre... Tuve una doncella muy dedicada a atender al cuidado y preparación de los cangrejos, y yo la llamaba "mi doncella de cangrejos". ¡Ahora se ha marchado! ¡Oh, cangrejo, mi vida comenzará y terminará en ti!

La razón que dio finalmente Li para este aprecio suyo por los cangrejos fue que eran perfectos en los tres requisitos de la buena comida: color, fragancia y sabor. El sentimiento de Li sobre los cangrejos es compartido muy generalmente hoy por chinos de todas clases; los que se comen son los de lagos de agua dulce.

Para mí, la filosofía de la comida parece reducirse a tres cosas: frescura, sabor y textura. El mejor cocinero del mundo no puede hacer un plato sabroso a menos que tenga cosas frescas que cocinar, y cualquier buen cocinero dirá que la mitad del arte de cocinar reside

en la compra. Yüan Tsets'ai, el gran epicúreo y poeta del siglo XVII, escribió bellas cosas acerca de su cocinero, que era un hombre que se comportaba con gran dignidad y se negaba rotundamente a hacer un plato que se le pedía a menos que sus ingredientes estuvieran en lo mejor de la temporada. El cocinero tenía mal genio, pero confesaba que seguía sirviendo al poeta porque éste comprendía los sabores. Hoy hay un cocinero de más de sesenta años de edad en Szechuen, a quien se debe invitar cortesmente si se desea que prepare una comida en alguna ocasión especial, y concederle, además, una semana de plazo a fin de que reúna y

compre cosas, dejándole en completa libertad para que sea el único señor y juez del menú que se ha de servir.

Para la gente común que no puede darse el lujo de tener cocineros costosos, existe confortación en el conocimiento de que todo sabe bien en su temporada, y que siempre es mejor confiar en que la naturaleza y no la cultura nos ha de proveer los mayores deleites epicúreos. Por esta razón, la gente que tiene su huerta o vive en el campo puede tener la seguridad de que dispone de la mejor comida, aunque no tenga el mejor cocinero. Por la misma razón, se debe probar la comida en su lugar de origen antes de pronunciar un

juicio sobre ella. Pero es inútil toda discusión de valores epicúreos con una esposa que no sabe cómo comprar víveres frescos o un hombre que está dispuesto a pasarse con comidas conservadas.

La textura de la comida, en lo que atañe a ternura, elasticidad, fragilidad y suavidad, es sobre todo cuestión de ajustar el calor del fuego. Los restaurantes chinos pueden producir platos que no son posibles en el hogar, porque están equipados con buenas cocinas. En cuanto a sabor, hay claramente dos clases de comidas: las que se sirven mejor en su propio jugo, sin alteración, salvo la de la sal y la

salsa de soya, y las que saben mejor cuando se las combina con el sabor de otra comida. Así, en el caso del pescado, la trucha fresca o el pez mandarín deben ser preparados en sus propios jugos para obtener el sabor completo, en tanto que los pescados más grasosos, como el sábalo, tienen mejor gusto con habas chinas en vinagre. El succotash, un potaje norteamericano de maíz tierno, fríjoles y habas, es un ejemplo de perfecta combinación de sabores. Hay en la naturaleza ciertos sabores que parecen hechos uno para el otro, y se logra su más alto grado de deleitabilidad solamente en recíproca combinación. Los brotes de bambú y la

carne de cerdo parecen formar una pareja perfecta; pues cada ingrediente quita sabor al otro y le presta el suyo. El jamón, no sé por qué, se combina bien con los sabores dulces, y uno de los platos que más enorgullecen a mi cocinero en Shanghai es el jamón con ricos dátiles dorados de Pekín, hervidos juntos en una cacerola. También se combinan muy bien los negros hongos de troncos de árboles con huevos de pato, en sopa, y la langosta de Nueva York con el nanju chino, una salsa de gelatina de habas en vinagre. En realidad, hay una gran clase de comestibles cuya principal función parece ser la de prestar sabor a otras comidas: hongos,

brotos de bambú, tsats'ai de Szechuen, etc. Y hay una numerosa clase de comidas, la que más valoran los chinos, sin sabor propio, que dependen enteramente del sabor que les prestan otros ingredientes.

Las tres características necesarias de las delicadezas chinas más caras son su condición de: incoloras, inodoras e insípidas. Estos artículos son las aletas de tiburón, los nidos de pájaros y los "hongos plateados". Todos son gelatinosos y no tienen color, sabor ni olor. La razón de su gusto maravilloso es que siempre se los prepara en la más costosa de las sopas que sea posible hacer.

VIII. ALGUNAS CURIOSAS COSTUMBRES OCCIDENTALES

Una gran diferencia entre la civilización oriental y la occidental es que los occidentales se estrechan mutuamente las manos, mientras nosotros nos estrechamos las manos propias. De todas las costumbres occidentales ridículas, creo que la de estrecharse las manos es una de las peores. Yo puedo ser muy progresista y capaz de apreciar el arte occidental, la literatura, las medias de seda norteamericanas, los perfumes franceses y hasta los acorazados británicos, pero no puedo concebir cómo los europeos,

tan progresistas, han permitido que persista hasta hoy esta ridícula costumbre de estrecharse las manos. Sé que hay en Occidente grupos particulares de individuos que protestan contra esta costumbre, así como hay gente que protesta contra la igualmente ridícula de usar sombreros o cuellos. Pero parece que estas personas no progresan y que aparentemente se les toma por gente que se ahoga en un vaso de agua y que desperdicia su energía en trivialidades. Como chino, debo sentir más fuerte oposición que los europeos contra esta costumbre occidental, y siempre prefiero estrecharme mis propias manos, cuando encuentro o me

separo de otras personas, según la antiquísima etiqueta del Celeste Imperio.

Claro está que todo el mundo sabe que esta costumbre sobrevive a los días bárbaros de Europa, como la costumbre de quitarse el sombrero. Estas costumbres se originaron en los barones y los caballeros, los ladrones medievales, que tenían que levantarse la visera o quitarse los guanteletes de acero para demostrar que estaban amistosa o pacíficamente dispuestos hacia el otro individuo. Claro está que es ridículo, en los días modernos, repetir los mismos gestos, cuando ya no usamos cascos ni guanteletes; pero

persistirán siempre las cosas que sobreviven a las costumbres bárbaras, como lo demuestra la persistencia de los duelos hasta nuestros días.

Me opongo a esta costumbre, por razones higiénicas y muchas otras. Darse la mano es una forma de contacto humano sujeta a las mayores variaciones y distinciones. Un estudiante norteamericano de ideas originales bien podría escribir, para doctorarse, una tesis sobre "Estudio en tiempo y movimiento de las variedades del apretón de manos", pasarle revista en debida forma, en cuanto a presión, duración, humedad, respuesta emotiva, y cosas así, y estudiarlo también en todas

sus posibles variaciones con respecto al sexo, la altura **de** la persona (dándonos, seguramente, muchos "tipos de diferencias marginales"), la condición de la piel en cuanto **es** afectada por el trabajo profesional y la diferencia de clases sociales, etc. Con unas pocas cartas y tablas de porcentajes, estoy seguro de que el candidato no tendría dificultad en graduarse, siempre que hiciera suficientemente abstruso y fatigoso todo ese estudio.

Consideremos ahora las objeciones higiénicas. Los extranjeros en Shanghai, que dicen que nuestras monedas de cobre son depósitos de bacterias y no quieren tocarlas, piensan aparentemente

que no hay nada de malo en dar la mano a Tom, Dick y Harry en la calle. Esto es en verdad ilógico, porque, ¿cómo se puede saber que Tom, Dick y Harry no han tocado esas monedas de las que escapan los demás como si fueran veneno? Lo peor es que a veces se ve a un hombre de aspecto tuberculoso que se cubre higiénicamente la boca con la mano mientras tose, y un instante después extiende la mano para estrechar amistosamente la de otra persona. En este sentido, nuestras costumbres celestiales son en verdad más científicas, porque en China cada uno se estrecha las manos propias. No sé cuál fue el origen de esta costumbre china,

pero sus ventajas, desde el punto de vista médico o higiénico, no pueden ser negadas.

Existen también objeciones estéticas y románticas al apretón de manos. Cuando uno estira la mano, queda a merced de la otra persona, que está en libertad de estrecharla tanto como quiera y todo el tiempo que quiera. Como la mano es uno de los órganos más delicados y dúctiles del cuerpo, es posible efectuar todas las variedades posibles de presión. Se puede citar, primero, el apretón tipo Y. M. C. A.; esto ocurre cuando el otro nos palmea el hombro con una mano y nos da un violento sacudón con la otra, hasta que

nos parece que nos están por saltar todas las coyunturas. En el caso de un secretario de la Y. M. C. A. que sea a la vez un buen jugador de cualquier deporte —y las dos cosas suelen darse juntas a menudo—, la víctima no sabe si reír o gritar. Junto a su manera francachona e imperativa, este tipo de apretón de manos parece decir: "Oiga, ahora está usted en mi poder. Tiene que comprarme una entrada para la próxima reunión o prometerme que se llevará un folleto, antes de que le suelte la mano." En tales circunstancias, siempre me muestro muy dispuesto a sacar la cartera.

Si bajamos en esta escala,

encontramos diferentes variedades de presión, desde el apretón indiferente, que ha perdido todo significado, hasta esa especie de apretón furtivo, trémulo, remiso, que indica que el dueño de la mano tiene miedo de la otra persona, y finalmente la elegante dama de sociedad que se digna ofrecer las puntitas de los dedos, en una forma que casi ordena mirarle las uñas pintadas. Todas las clases de relaciones humanas, pues, se reflejan en esta forma de contacto físico entre dos personas. Algunos novelistas pretenden poder decir el carácter que tiene un hombre por su tipo de apretón de manos, y distinguen las manos dominantes, las furtivas, las deshonestas

y las débiles y pegajosas que nos causan instintiva repulsión. Yo deseo librarme de la preocupación de analizar el carácter moral de una persona cada vez que tengo que verla, o saber, por el grado de la presión de su mano, el aumento o disminución de su afecto por mí.

Aun más insensata es la costumbre de quitarse el sombrero. Encontramos aquí toda clase de estúpidas reglas de etiqueta. Así, una señora tiene que quedarse con el sombrero puesto durante la misa o en un té servido bajo techo. No me atrevo a decir si esta costumbre de llevar el sombrero dentro de la iglesia tiene algo que ver con las costumbres de

Asia Menor en el siglo I de nuestra era, pero sospecho que proviene de un insensato respeto por la afirmación de San Pablo de que las mujeres deben tener la cabeza cubierta cuando están en la iglesia, pero los hombres no; y esto se basa en la filosofía asiática de la desigualdad sexual, que desde hace tanto tiempo repudian los occidentales. En cuanto a los hombres, existe esa ridícula costumbre de quitarse el sombrero en el ascensor, cuando hay damas presentes. No puede haber absolutamente ninguna defensa de esta inexplicable costumbre. En primer lugar, el ascensor no es más que una continuación del corredor, y si no se exige a los hombres que se quiten

el sombrero en un corredor, ¿por qué han de hacerlo en el ascensor? Cualquiera puede advertir la insensatez de todo esto si va de un piso a otro del mismo edificio con el sombrero puesto. En segundo lugar, el ascensor no se puede distinguir, por ningún análisis lógico, de otros tipos de transporte, el automóvil por ejemplo. Si un hombre, sin reparos de conciencia, puede conservar el sombrero mientras va en automóvil en compañía de señoras, ¿por qué se le ha de prohibir que haga lo mismo en el ascensor?

En conjunto, nuestro mundo es muy loco. Pero no me sorprende. Al fin y al cabo, vemos la estupidez humana que

nos rodea por doquier, desde la estupidez de las modernas relaciones internacionales hasta la del moderno sistema de educación. La humanidad puede ser bastante inteligente como para inventar la radiotelefonía, pero la humanidad no tiene suficiente inteligencia para detener las guerras, ni la tendrá nunca. De modo que estoy dispuesto a dejar que pase la estupidez en las cosas más triviales y contentarme con mirarlas muy divertido.

IX. LA INHUMANIDAD DEL VESTIDO OCCIDENTAL

A pesar de la popularidad de la ropa

occidental entre los turcos, egipcios, hindúes, japoneses y chinos modernos, y a pesar de su universalidad como hábito oficial de la diplomacia en el mundo entero, todavía me aferró a la vieja vestimenta china. Muchos de mis mejores amigos me han preguntado por qué uso ropas chinas y no extranjeras. ¡Y esas personas se dicen mis amigos! Igual sería que me preguntaran por qué me paro en dos piernas. Las dos cosas están relacionadas, como trataré de demostrar. ¿Por qué debo dar razones para usar la única vestimenta "humana" en el mundo? ¿Necesita alguien, cuando en sus ropas nativas puede andar por su casa y fuera de ella en pijama y zapatillas, dar

razones por las cuales no le gusta estar metido en un sistema de cuellos, chalecos, cinturones, tiradores y ligas que le sofocan? El prestigio de la vestimenta extranjera no descansa en base más segura que el hecho de estar asociado con cañoneras superiores y con motores Diesel. No se la puede defender por motivos higiénicos, morales, estéticos o económicos. Su superioridad, simplemente, no es más que política.

¿Es solamente una pose esta actitud mía, o es sintomática de mis progresos en el conocimiento de la filosofía china? No lo creo. Al tomar esta actitud estoy apoyado por todas las personas

conscientes, de mi generación, que hay en China. La vestimenta china es usada por todos los caballeros chinos. • Además, todos los estudiosos, pensadores, banqueros y otras personas que han prosperado en China, no han usado jamás ropas extranjeras o han vuelto rápidamente a sus vestidos nacionales en cuanto "llegaron", política, financiera o socialmente. Volvieron rápidamente cuando tuvieron seguridad de sí mismos y no sintieron ya la necesidad de un saco de aspecto extranjero para ocultar su mal conocimiento del inglés o su inferior preparación mental. Ningún secuestrador de Shanghai pensaría

quiera en secuestrar a un chino vestido con ropas extranjeras, por la sencilla razón de que no vale la pena. ¿Quiénes usan ropas extranjeras actualmente en China? Los estudiantes de colegio, los empleados que ganan cien dólares por mes, los buscavidas políticos que están siempre a punto de pescar trabajo, los jóvenes tangpu (

[\[31\]](#)), los nuevos ricos, los badulaques, los retardados...

Y también, es claro, tenemos a Henry P'uyi, que tiene el gusto incomparablemente malo de adoptar un

nombre extranjero, ropa extranjera y un par de anteojos oscuros. Esta presentación suya, por sí sola, matará todas sus probabilidades de volver al Trono del Dragón, aunque tenga en su apoyo todas las bayonetas del Mikado. Porque se puede decir cualquier mentira al pueblo chino, pero no se le puede convencer que un tipo que usa ropa extranjera y anteojos oscuros es su "emperador". Mientras use esa ropa y mientras se llame Henry, Henry estará como en su casa en los muelles de Liverpool, pero no en el Trono del Dragón.

La filosofía que inspira a la vestimenta china y a la occidental es que

la última trata de revelar la forma humana, en tanto que la primera trata de ocultarla. Pero como el cuerpo humano es esencialmente como el del mono, cuanto menos de él se revele tanto mejor será por lo general. ¡Pensad en Gandhi y su taparrabo! Solamente en un mundo de personas ciegas al sentido de la belleza es tolerable el vestido extranjero. Sería un lugar común decir que pocas veces se ve la figura humana perfecta. Quien tenga dudas sobre esto puede ir a cualquier playa popular, para ver cuán hermosa es la forma humana. Pero la vestimenta occidental está diseñada de tal modo que cualquiera puede decirnos en la calle si tenemos setenta o noventa

centímetros de cintura. ¿Por qué ha de proclamar uno al mundo que tiene setenta o noventa centímetros de contorno, y si es mayor que lo normal, por qué no hemos de tener derecho a guardar el secreto como asunto privado?

Por esa razón creo también en la vestimenta extranjera para las mujeres de buena figura y entre veinte y cuarenta años, y para todos los niños cuyo ritmo corpóreo natural no ha sido sujeto todavía a nuestra incivilizada forma de vivir. Pero exigir que todos los hombres y las mujeres revelen su figura a los ojos del mundo, es otro cantar. Mientras la mujer graciosa, en un vestido de fiesta occidental, resplandece y encanta en

forma jamás soñada siquiera por las modistas orientales, el común de las mujeres de cuarenta años, que han dormido y han comido con exceso, al encontrarse en la platea o los palcos de un teatro de ópera, presentan uno de los espectáculos más desventurados que ha inventado Occidente. Con ellas es más bondadosa la vestimenta china. Como la muerte, iguala a los grandes y los pequeños, los feos y los hermosos. El vestido chino es, pues, más democrático.

Esto en cuanto a consideraciones estéticas. Veamos ahora las razones de higiene y sentido común. Ningún hombre cuerdo puede pretender que el cuello, que ha sobrevivido a los tiempos del

cardenal Richelieu y de Sir Walter Raleigh, es bueno para la salud, y todos los hombres conscientes de Occidente han protestado de viva voz contra él. Mientras la vestimenta femenina ha logrado a este respecto un alto grado de comodidad que antes se negaba al bello sexo, el cuello humano masculino es considerado todavía por el público educado de Occidente como una cosa tan fea e inmoral y tan impresentable socialmente que se la debe ocultar tanto como se debe revelar el contorno de la cintura. Este aparato satánico hace imposible la debida ventilación en verano, hace imposible la debida protección contra el frío en invierno y

hace imposible pensar en todo tiempo.

Del cuello para abajo, sólo encontramos un continuo e injustificado ultraje al sentido común. El hábil extranjero, que puede inventar las luces Neón y los motores Diesel, no tiene bastante sentido común para ver que la única parte del cuerpo que le queda libre es la cabeza. Pero ¿a qué meternos en detalles: la ropa interior muy ajustada, que molesta la libre ventilación, el chaleco que no permite flexibilidad al cuerpo, y los tiradores o el cinturón que no admiten una diferencia natural en distintos estados de nutrición? De todo esto, lo menos lógico es el chaleco. Todo el que estudie las

formas naturales del cuerpo humano desnudo sabe que, salvo cuando está en una posición perfectamente recta, las líneas de la espalda y del frente no son iguales. Todo el que use una camisa de pechera dura sabe también por experiencia propia que se arquea cada vez que se inclina el cuerpo hacia adelante. Pero el chaleco está confeccionado con la presunción de que esas líneas siguen siendo siempre iguales, lo cual nos obliga a mantener una posición perfectamente erguida. Como nadie puede responder estrictamente a este patrón, la consecuencia es que el extremo del chaleco sobresale o cae en arrugas que

se aprietan al cuerpo en todo movimiento. En el caso del hombre que es víctima de la obesidad, el chaleco describe un arco convexo y termina invariablemente en el aire, y desde ese punto el arco es continuado por el cinturón y los pantalones. ¿Puede ser más grotesca cualquier cosa inventada por la mente humana? ¿Es de extrañar que haya surgido un movimiento nudista como protesta y como reacción contra esta grotesca esclavitud del cuerpo humano?

Pero si la humanidad estuviera todavía en la etapa de los cuadrúpedos, habría cierta justificación para el cinturón, que se podría ajustar entonces

como se ajusta la cincha a un caballo. Mas aunque la humanidad ha adoptado la posición erecta, su cinturón está diseñado según la presunción de que todavía es un cuadrúpedo, tal como la anatomía de los músculos del peritoneo demuestra que están diseñados para la posición cuadrúpeda, con todo el peso suspendido de la columna vertebral. La consecuencia desastrosa de esta posición erguida es que, así como las madres humanas suelen tener abortos y malos partos, de que están exentos los animales, el cinturón de la vestimenta masculina también tiene tendencia a gravitar hacia abajo. El único modo de impedirlo es ajustar tanto el cinturón que

no pueda gravitar, pero con el resultado de que molesta todos los movimientos naturales del intestino.

Estoy muy convencido de que cuando los occidentales hayan hecho más progresos en las cosas impersonales llegarán un día a dedicar más tiempo también a sus cosas personales, y a ejercer más sentido común en la cuestión de la ropa. Los hombres de Occidente purgan un severo castigo por su conservadorismo en esta cuestión de la vestimenta y por su temor a las innovaciones, en tanto que las mujeres de Occidente lograron hace mucho tiempo la sencillez y el sentido común en la forma de vestirse. No hablo

de las décadas inmediatas, sino de los siglos distantes, pero estoy convencido de que a la larga los hombres idearán una vestimenta lógica y concordante con su posición bípeda, como ya se ha logrado en la ropa femenina. Gradualmente, todos los cinturones y los tiradores incómodos quedarán eliminados, y la vestimenta masculina estará hecha de tal modo que colgará naturalmente desde el hombro, en forma graciosa y adecuada. No habrá hombros acolchados y solapas insensatas, y en lugar del traje actual se usará un tipo mucho más cómodo, que se parecerá más a la bata de entrecasa. A mi juicio, la gran diferencia que habrá entonces

entre la vestimenta masculina y la femenina será solamente que los hombres usarán pantalones y las mujeres usarán faldas. Por cuanto atañe a la parte superior del cuerpo, predominará la misma consideración esencial, la comodidad. Los hombres tendrán el cuello tan libre como las mujeres, desaparecerá también el chaleco, y la chaqueta se empleará más o menos en la misma forma en que ahora usan sacos las mujeres. Durante la mayor parte del tiempo los hombres andarán sin chaqueta, como lo hacen hoy las mujeres.

Esto significa, claro está, una revolución en nuestro actual concepto de

la camisa. En lugar de esta prenda que ahora usamos como interior, se hará de un material más oscuro y se usará afuera; será de la seda más ligera o del más pesado material de lana, según la estación, y estará cortada de modo que mejore su aspecto. Y entonces los hombres podrán ponerse encima la chaqueta, cuando quieran, pero más por razones de temperatura que por ser formales, porque esta prenda del futuro será correcta y aceptable en cualquier compañía. A fin de destruir los cinturones y tiradores tan insoportables, habrá una especie de combinación de camisa y pantalones, que se pondrá por la cabeza, como hacen hoy las mujeres

con sus vestidos, con ciertos ajustes, fingidos o reales, en torno a la cintura, para mejorar la figura.

Aun en nuestros días es posible una reforma para eliminar el cinturón o los tiradores, sin cambiar el actual patrón del traje masculino. El principio básico es: el peso debe estar suspendido de los hombros y distribuido en forma pareja, y no debe estar pegado a la pared vertical del abdomen por la sola fuerza de la adhesión, fricción y compresión, y la cintura masculina debe ser liberada de sus actuales funciones, para que sea posible un sistema de ropa interior muy suelta. Si iniciamos el camino del progreso sin el chaleco, los hombres

podrán abotonar las camisas a los pantalones, como se hace hoy con los niños. Con el tiempo, pues, cuando la camisa se haga prenda exterior, se confeccionará en material más fino, probablemente del mismo color y calidad que los pantalones, o haciendo juego con ellos. O podemos iniciar la reforma del vestido manteniendo el chaleco como parte necesaria, y en tal caso deberíamos tener una combinación de chaleco y pantalones, sin cambiar su forma actual, pero hechos de una sola pieza, y reducida la espalda del chaleco a dos tiras diagonales. Aun sin tales reformas, podríamos eliminar fácilmente los cinturones y tiradores, con la

adopción de seis pequeños apéndices, cuatro delante y dos detrás, cosidos al interior del chaleco, con ojales que calcen en los botones de los pantalones. Como el chaleco queda fuera del pantalón, no habrá diferencia visible entre los chalecos que se usan ahora y los que propongo. Una vez iniciadas las innovaciones, y en cuanto los hombres comiencen a pensar que su vestimenta actual no es tan eterna como el universo, será posible modificar gradualmente y eliminar el chaleco mismo, haciendo que esta prenda de combinación esté cortada de manera que luzca mejor que un traje de mecánico, pero respondiendo al mismo principio.

No se necesita imaginación para ver que, en cuanto al ajuste a la variación de las condiciones climáticas, la vestimenta china es la única moda lógica. En tanto que el occidental se ve obligado a usar ropa interior, una camisa, quizá un chaleco, y el saco, esté bajo cero o sobre cuarenta grados la temperatura ambiente, la vestimenta china es infinitamente flexible. Se narra el cuento de la buena madre china que pone una túnica a su niño cuando estornuda una vez, otra cuando estornuda dos veces y una tercera cuando estornuda tres veces. Ninguna madre occidental puede hacer lo mismo; se vería en grave aprieto al tercer estornudo. Todo lo que podría

hacer sería llamar al médico. Me inclino a creer que lo único que salva a la nación china de ser exterminada por la tuberculosis y la neumonía, es la túnica acolchada de algodón.

X. DE LA CASA Y LOS INTERIORES

La palabra "casa" debe incluir todas las condiciones de vida o el ambiente físico de la casa de cada uno. Porque todos saben que al elegir una casa es más importante saber qué se puede ver desde la casa que lo que se ve en ella. La ubicación y el panorama que la rodea son lo que importa. He visto en Shanghai algunos hombres ricos muy orgullosos

de un pedacito de tierra que poseen, con un estanque para peces de unos tres metros de ancho, y una colina artificial que en tres minutos puede trepar una hormiga, y esos hombres no saben que un pobre que viva en una choza, en la ladera de una montaña, es dueño de todo el panorama de la montaña, el río y el lago, tanto como de su huerto privado. No puede haber comparación entre las dos cosas. Hay casas situadas en un escenario tan hermoso, en las montañas, que no tiene objeto cercar un lote de terreno como propiedad, porque vaya uno por dondequiera es siempre dueño del panorama entero, incluso las blancas nubes recostadas en las colinas, las aves

que vuelan por el cielo, y la sinfonía natural de las cataratas y el canto de los pájaros. El hombre que así vive es rico, sin comparación con cualquier millonario que viva en la ciudad. El hombre que vive en la ciudad puede ver nubes fugitivas, también, pero rara vez llega a verlas, y aun cuando lo consiga, las nubes no se destacan sobre un fondo de azules colinas, y entonces, ¿qué objeto tiene ver las nubes? El telón de fondo es falso.

El concepto chino de la casa y el jardín está determinado, pues, por la idea central de que la casa misma es solamente un detalle que forma parte de la campiña que la rodea, como una joya

en su engarce, y que armoniza con ella. Por esta razón, se deben ocultar en lo posible todos los signos de artificialidad, y las líneas rectas de las paredes deben ser ocultadas o cortadas por ramas que penden sobre ellas. Una casa perfectamente cuadrada, hecha como una magnífica pieza de ladrillo, es justificable como edificio para una fábrica, porque allí se debe considerar primero la eficiencia. Pero una casa perfectamente cuadrada, como hogar para vivir, es una atrocidad de primer orden. El concepto chino del hogar ideal ha sido sucintamente expresado por un escritor, de la siguiente manera:

Pasada la puerta del jardín hay un

sendero y el sendero debe ser sinuoso. Junto al recodo del sendero hay un tabique al aire libre y el tabique debe ser pequeño. Detrás del tabique hay una terraza y la terraza debe ser bien nivelada. A los bordes de la terraza hay flores y las flores deben ser frescas. Allende las flores hay un muro y el muro debe ser bajo. Junto al muro hay un pino y el pino debe ser viejo. Al pie del pino hay rocas y las rocas deben ser raras. Sobre las rocas hay un pabellón y el pabellón debe ser sencillo. Detrás del pabellón hay bambúes y los bambúes deben ser delgados y ralos. Donde terminan los bambúes hay una casa y la casa debe hallarse aislada. Junto a la

casa hay un camino y el camino debe tener una encrucijada. En el punto donde se unen varios caminos hay un puente y el puente debe tener a que se le cruce. Al extremo del puente hay árboles y los árboles deben ser altos. A la sombra de los árboles hay césped y el césped debe ser verde. Más allá del césped hay una acequia y la acequia debe ser angosta. Donde nace la acequia hay un manantial y el manantial debe ser cantarín. Sobre el manantial hay una colina y la colina debe ser grande. Junto a la colina hay una casa y la casa debe ser cuadrada. En la esquina de la casa hay un huerto de verduras y el huerto debe ser grande. En el huerto hay una cigüeña y la cigüeña

debe danzar. La cigüeña anuncia que hay un huésped y el huésped no debe ser vulgar. Cuando el huésped llega hay vino y el vino no debe ser declinado. Durante el servicio del vino hay embriaguez, y el huésped ebrio no debe querer marcharse a su casa.

El encanto de una casa radica en su individualidad. Li Liweng tiene varios capítulos sobre casas e interiores en su libro acerca del Arte de vivir, y en las notas de introducción acentúa los dos puntos de familiaridad e individualidad. Entiendo que la familiaridad es más importante que la individualidad. Porque, por grande y pretenciosa que

sea una casa, siempre hay una habitación particular que el dueño prefiere y en la que vive realmente, y esa habitación es invariablemente pequeña y sin pretensiones, desordenada y familiar y tibia. Así dice Li:

El hombre no puede vivir sin una casa, como su cuerpo no puede pasarse sin vestidos. Y tal como es cierto que la ropa debe ser fresca en verano y abrigada en invierno, lo mismo es cierto de una casa. Es muy imponente vivir en un salón de diez o veinte metros de largo con grandes vigas en el techo, pero una casa así es adecuada para el verano y no para el invierno. La razón de que tiritemos al entrar en la mansión de un

funcionario es su espacio. Es como usar un abrigo de piel demasiado amplio que no se puede ajustar al cuerpo. En cambio, la casa de un pobre, con paredes bajas y espacio apenas suficiente para doblar las rodillas, aunque tenga la virtud de la frugalidad, es adecuada para el dueño, pero no para atender invitados. Por ese motivo nos sentimos acalambrados y deprimidos sin razón cuando entramos en la choza de un sabio pobre... Tengo la esperanza de que las moradas de los funcionarios no sean demasiado altas y grandes. Porque una casa y la gente que en ella viva deben armonizar como en un cuadro. Los pintores panorámicos tienen una fórmula

que dice: "montanas de diez pies y árboles de un pie; caballos de una pulgada y seres humanos del tamaño de una arveja". No estaría bien dibujar árboles de dos o tres pies en una montaña de diez pies, o dibujar un hombre del tamaño de un grano de arroz o mijo en un caballo de una pulgada de alto. Bien estaría que los funcionarios vivieran en salones de seis o treinta metros de alto, si sus cuerpos fueran de tres o seis metros. De lo contrario, cuanto más alto es el edificio, tanto más bajo parece el hombre, y cuanto mayor el espacio, tanto más delgado parece el hombre. ¿No sería mucho mejor hacer su casa un poco más pequeña y algo más

grueso su cuerpo?...

He visto altos funcionarios o parientes de funcionarios que despilfarran miles y decenas de miles de dólares para construir un jardín y que empiezan diciendo al arquitecto: "Para el pabellón, copie usted el proyecto de Fulano, y para la terraza techada que mira a un estanque, siga el modelo de Zutano, hasta el último detalle". Cuando se termine la mansión, el dueño dirá orgullosamente a los demás que cada detalle de la casa, desde las puertas y ventanas hasta los corredores y las torres, ha sido copiado de alguna mansión famosa, sin la menor desviación. ¡Ah, qué vulgaridad!...

El lujo y el mucho costo son las cosas que más se deben evitar en arquitectura. Es así por que no solamente la gente común sino también los principes y los altos funcionarios deben abrigar la virtud de la sencillez. Porque lo importante en una casa donde se vive no es el esplendor sino el refinamiento; no son los adornos complicados, sino la originalidad y la elegancia. Las gentes gustan exhibir su rico esplendor, no porque lo quieran, sino porque carecen de originalidad y, fuera de tratar de exhibirse, se ven perdidos si quieren inventar algo. Por eso también tienen que conformarse sólo con el esplendor. Pedid a dos personas

que se pongan trajes nuevos, uno sencillo y elegante y original y el otro rico y decorativo, pero vulgar. ¿No se dirigirá la mirada de los espectadores al traje original más que al traje vulgar? ¿Quién no conoce el valor de la seda y el brocado y la gasa, y quién no los ha visto? Pero un traje sencillo, simple, con un diseño novedoso, atraerá los ojos de los espectadores, porque jamás lo han visto.

Hay algunos puntos del diseño de casas e interiores que Li Liweng trata con plenitud en su libro. Los temas de que habla se refieren a casas, ventanas, tabiques, lámparas, mesas, sillas, adornos, gabinetes, camas, arcenes,

etcétera. Por tener una mente excepcionalmente original e inventiva, tiene algo nuevo que decir sobre todos los temas, y algunos de sus inventos han pasado a formar parte de la tradición china hasta nuestros días. Sus contribuciones más sobresalientes son el papel de carta, que se vendía en su época como "papel de carta Chiehtseyüan", y sus diseños de ventanas y de tabiques. Aunque su libro sobre el Arte de vivir no es tan conocido, en general, se le recuerda siempre con respecto a los Patrones de pintura Chiehtseyüan, el manual de pintura china más usado por los principiantes, y sus Diez comedias,

porque fue dramaturgo, músico, epicúreo, diseñador de vestidos, experto en belleza e inventor aficionado, todo en uno.

Li tenía ideas nuevas acerca de las camas. Decía que cada vez que se mudaba a una casa lo primero que hacía era mirar y atender a la cama. La cama china ha sido siempre un aparato con cortina y armazones, parecido a un gran gabinete o a una habitación pequeña en sí misma, con postes, estantes y cajones contruidos en torno a los postes, para colocar en ellos libros, teteras, zapatos, medias y quisicosas. Li tuvo la idea de que se debían poner flores también en la cama. Su método fue construir un estante

de madera, delgado, pequeño, de algo más de treinta centímetros de largo pero apenas dos o tres pulgadas de ancho, y sujetarlo a la cortina bordada. Según él, el estante de madera debía estar forrado en seda bordada, para que se pareciera a una nube flotante, con ciertas irregularidades. Allí ponía las flores de la estación, o quemaba incienso Saliva de Dragón, o guardaba Dedos de Buda o membrillos, por su fragancia. Así, dice: "Mi cuerpo no es ya un cuerpo, sino una mariposa que vuela y duerme y come (

[\[32\]](#)) entre las flores, y el hombre no es ya un hombre sino un espíritu que ambula y se sienta y se tiende en el

paraíso. Así he sentido una vez mientras dormía, pero semi-despierto, la fragancia de las flores de ciruelo, de modo que tenía la garganta y los dientes y las mejillas llenos de esta sutil fragancia, como si me saliera del pecho. Y sentí tan ligero el cuerpo que casi pensé que no vivía en un mundo humano. Después de despertar dije a mi esposa: —¿Quiénes somos nosotros para gozar de esta felicidad? ¿No estamos «reduciendo» el conjunto de felicidad que se nos ha destinado? (

[\[33\]](#)) Mi esposa respondió: —Quizá sea esa la razón por la cual siempre somos pobres y bajos. Esto es cierto, no

una mentira."

Creo que la contribución más sobresaliente de Lí está en sus ideas sobre las ventanas. Inventó las "ventanas de abanico" (para las casas de placer flotantes que se usan en los lagos), las ventanas panorámicas y las ventanas de flores de ciruelo. La idea de tener ventanas en forma de abanico a los lados de las casas flotantes se vincula con la costumbre china de pintar y escribir en los abanicos, y coleccionar esas pinturas de abanicos en álbumes. La idea de Li consistió en que si se pone una ventana en forma de abanico en un

barco, como marco, tanto la persona que dentro del barco mira al escenario de las márgenes, como la gente que camine por las orillas y mire a quienes se divierten tomando vino o té en el barco, verán el espectáculo como un cuadro en un abanico chino. Porque la significación de la ventana reside en el hecho de que es, primariamente, algo que permite mirar a una vista externa, y por eso decimos que el ojo es la "ventana" del alma. Debe estar hecha de manera que dé al mejor panorama posible y que nos permita percibir esa vista del modo más favorable, introduciendo así el elemento de la naturaleza en el interior de una casa, por

cuanto hace suyo algo del panorama exterior, como lo ha dicho Li. Así:

Cuando alguien se sienta en el barco, la luz del lago y el color de las montañas, los templos, nubes, neblina, bambúes, árboles de las orillas, así como los leñadores, los pastores, los ancianos ebrios y las damas que pasean, estarán reunidos dentro del marco del abanico y formarán una pieza de pintura natural. Además, es un cuadro vivo y en movimiento, que cambia siempre, no solamente cuando el barco se mueve y nos da una nueva vista con cada movimiento del remo y un nuevo espectáculo con cada empujón de la pértiga, sino hasta cuando el barco está

anclado, cuando se mueve el viento y se riza el agua, cambiando de forma a cada momento. Así podemos gozar centenares y millares de hermosos cuadros de montañas y agua en un día, por medio de esta ventana en forma de abanico...

He hecho también una ventana para mirar a las colinas, llamada ventana panorámica y conocida también como "pintura no intencional". Diré cómo llegué a hacer una. Detrás de mi estudio, el Estudio del Blanco Espumoso (que significa "beber"), hay una colina de unos diez pies de alto y siete de ancho, solamente, adornada con un escenario en miniatura, de tojos acantilados y agua azul, espesos bosques y altos bambúes,

pájaros cantores y cataratas, chozas de paja y puentes de madera, completa en todas las cosas que vemos en una aldea de montaña. Fue porque al principio un modelista en arcilla hizo de mí una figura de arcilla, con expresión maravillosa y, además, como mi nombre Líweng significa "un anciano con sombrero de bambú", también me representó como pescador, con una caña y sentado en lo alto de una roca. Entonces pensamos que, como había una roca, también debía haber agua, y como había agua debía haber también una colina, y como había colina y agua también debía haber un retiro en la montaña para que el anciano con

sombrero de bambú se retirara a pescar en su ancianidad. Así fue cómo construimos gradualmente todo el escenario. Es evidente, pues, que la colina artificial nació de una estatua de arcilla, sin la menor idea de que sirviera para el propósito de dar una vista a la ventana. Más adelante vi que, si bien todas las cosas eran en miniatura, el universo que sugerían era grande, y parecía recordar el criterio budista de que una semilla de mostaza y los Himalaya son de igual tamaño, y por lo tanto me quedaba todo el día mirando aquello, y no podía allanarme a cerrar la ventana. Y un día, inspirado, me dije: "Esta colina puede ser convertida en un

cuadro, y este cuadro en una ventana. Todo me costará apenas el dinero de un día de bebida, para el «montaje» de esta pintura". Pedí, pues, a un sirviente que cortara varios trozos de papel y los pegara arriba o abajo y a los lados de la ventana, para que sirvieran como el marco de un cuadro verdadero. Así quedó completo el montaje, y se dejó vacante tan sólo el espacio que suele abarcar el cuadro mismo, cuyo lugar ocupaba la colina que había detrás de mi casa. Así, cuando uno se sienta y la mira, la ventana no es ya una ventana sino una pintura, y la colina no es ya la colina que hay detrás de mi casa sino una colina de la pintura. No pude menos

que reír a carcajadas, y mi esposa e hijos, al oír mi risa, vinieron a ver y también se rieron de lo que yo reía. Este es el origen de la "pintura no intencional" y la "ventana panorámica".

En cuanto a mesas y sillas y gabinetes, Li tuvo también muchas ideas novedosas. Sólo puedo mencionar aquí su invento del sillón con calefacción, para el invierno. Es un invento muy práctico y muy útil cuando no hay bastante calefacción en un cuarto. Se trata de un gran diván de madera, sobre una plataforma de madera construida junto con el mismo diván. La plataforma tiene dos o tres pies de fondo, con paneles de madera a los lados, de la

altura, más o menos, de un escritorio más bien bajo. El frente del diván está provisto también de dos paneles de madera (

[34]), como puertas, y al subir uno a la plataforma cierra la puerta, que junto con los paneles de los lados forma un apoyo perfecto para una mesa transportable. Uno queda así encerrado detrás de esta mesa o escritorio. La plataforma misma está provista de un cajón que contiene cenizas calientes y carbón de leña, bien encendido ya, para que no haga humo. El diván está hecho de modo que uno pueda sentarse y trabajar en él, y tenderse también cuando

está fatigado. Li sostenía que el costo de un lugar tan perfectamente templado y cómodo para trabajar no subía a más de cuatro trozos de carbón por día, dos por la mañana y dos por la tarde. Sostenía, además, que al viajar se podían sujetar dos bambúes fuertes a los lados, y utilizar el diván como un palanquín común, con la certeza de no tener los pies fríos y la ventaja adicional de mantener caliente la comida o la bebida que se quisiera llevar en el viaje. En cuanto al verano, pensó también en un banco parecido a una bañera, con una bañera de porcelana, construida de manera que contuviera el banco. Ésta podía ser llenada con agua fría, hasta el

respaldo del banco, que se enfriaría entonces.

El mundo occidental ha inventado camas rotativas, plegadizas, ajustables, y convertibles, lo mismo que sofaes y sillones de peluquería, pero no sé cómo no ha dado en la idea de las mesas y los estantes divisibles. Esto es algo que ha tenido largo desarrollo en China, y demuestra considerable ingenio. El principio de las mesas divisibles, llamadas venchi, se originó en un juego similar a los cubos con que los niños occidentales juegan a construir cosas; según este principio, una colección de

bloques de madera que formen un cuadrado perfecto puede asumir las más diversas figuras simbólicas de animales, seres humanos, utensilios y muebles, en una superficie chata. Una mesa venchi de seis piezas podía ser arreglada de modo que formara una o varias mesas de diferentes tamaños, cuadradas o rectangulares o en forma de T, o con las tablas superiores en diversos ángulos, de modo que se hace un total de cuarenta maneras de arreglarlas. (

[\[35\]](#))

Otro tipo, llamado tiehchi, o "mesas

mariposas", difiere de las venchi en que tiene piezas triangulares y líneas diagonales, y por ende las formas resultantes de las piezas juntas presentan una gran diversidad de contornos. En tanto que el primer tipo de mesa venchi respondía sobre todo al deseo de que sirvieran como mesas para comer o jugar a las cartas, en distintos tamaños, a veces con un espacio vacante en el centro para los candelabros, este segundo tipo sirve para mesa de comedor y de juego y para sostén de flores y curiosidades también, porque los pies para floreros y curiosidades requieren una gran diversidad de arreglos. Estas mesas mariposas

consisten en trece piezas, y cuando se las une forman mesas cuadradas, rectangulares, en forma de diamante, con o sin diversas clases de huecos, pues la posibilidad de hacer nuevos arreglos con las distintas piezas solamente está limitada por el ingenio de la dueña de casa. (

[\[36\]](#))

Entre las dueñas de casa, tanto de Oriente como de Occidente, hay un gran deseo de modificar el arreglo de los interiores, y las mesas y mesitas divisibles parecen dar la posibilidad de

infinitas variaciones. Las formas que resultan de tales mesas parecen extrañamente modernas, porque los muebles modernos acentúan la idea de sencillez de líneas que es también característica de los muebles chinos. El arte parece residir en la combinación de variedades de líneas con sencillez. He visto, por ejemplo, un viejo mueble chino, en pino rojo, hecho de tal manera que las patas no son perfectamente rectas, sino que presentan una ligera curva en el medio. En cuanto a variación de arreglos, el modo más sencillo sería, no encargar una mesa redonda o cuadrada, sino hacer que la mesa redonda consista en dos mitades

semicirculares, y la mesa cuadrada de dos mitades triangulares, que forman un cuadrado teniendo como diagonal la base de los triángulos. Cuando no se las necesita para jugar a las cartas, estas mesas redondas o cuadradas pueden ser divididas en dos y colocadas contra la pared, con la base del triángulo o del semicírculo contra ella, y pueden ser usadas para tener floreros o libros. Con las mesas mariposas se puede tener, en lugar de una mesa triangular contra la pared, otra similar, pero con los vértices hacia afuera, como dos picos de una montaña. Es posible agrandar o achicar las mesas de juego, según las personas que haya presentes. Las mesas de té

pueden semejarse a dos cuadrados que se superponen en una de las esquinas, o asumir forma de T, o de U, o de S. Podría ser muy interesante reunir a unas cuantas personas a comer en un pequeño departamento y sentarlas a una mesa en forma de U o de S.

Existe hoy una copia perfecta de una biblioteca desarmable hecha de cedro, que se encontró en Ch'angshu, Kiangsu. Las bibliotecas seccionales son comunes en Occidente, pero lo novedoso en ésta es que sus secciones están hechas de tal modo que cuando se las desarma se puede colocar una dentro de otra, y el total no ocupa más espacio que una valija grande. Tal como está armada,

parece una biblioteca sumamente moderna. Pero es posible modificarla de manera de hacer dos o tres bibliotecas pequeñas, de doce, dieciocho o veinticuatro pulgadas de largo, para ponerlas junto a las camas o los sofaes, en lugar de una sola biblioteca situada siempre en un mismo punto de la habitación.

El ideal de los interiores chinos consiste en las dos ideas de sencillez y espacio. Una habitación bien arreglada tiene siempre pocos muebles, que son, por lo común, de caoba, con la superficie muy lustrada y de líneas sencillas, generalmente curvadas en los extremos. La caoba se lustra a mano, y

esta diferencia en el lustre, que significa enorme mano de obra, importa una gran diferencia de precio. Generalmente se pone una mesa larga, sin cajones, junto a una pared, y sobre ella un gran jarrón "hígado". En otro rincón quizá haya uno, dos o tres pedestales de caoba, para floreros o adornos, de distinta altura todos, y quizá unos pocos banquillos que tienen enredadas raíces como patas. A un lado hay una biblioteca o gabinete, con secciones de diversas alturas y niveles, que le dan un efecto extrañamente moderno. Y en la pared hay apenas uno o dos pergaminos, ya sea de caligrafía, para mostrar la alegría pura del movimiento del pincel, o de

pintura, con más espacio vacío que pinceladas. Y como la pintura misma, el cuarto debe ser k'ungling, o "vacío vivo". El factor más distintivo del diseño de una casa china es el patio con piso de piedra, similar en efecto a un claustro español, y que simboliza la paz, la quietud y el reposo.

CAPITULO X

EL GOCE DE

LA

NATURALEZA

I. ¿PARAÍSO PERDIDO?

Es curioso que entre las mil creaciones del planeta, mientras toda la vida vegetal se ve impedida de tomar una actitud hacia la Naturaleza y

prácticamente todos los animales se encuentran también vedados de tener una "actitud", por así decirlo, haya una criatura llamada hombre que tiene a la vez conciencia de sí mismo y conciencia de lo que le rodea y que, por lo tanto, puede adoptar una actitud hacia ello. La inteligencia del hombre empieza por interrogar al universo, explorar sus secretos y encontrar su significado. Hay una actitud científica y otra moral hacia el universo. El hombre científico se interesa por encontrar la composición química del interior y de la costra de la tierra en que vive, el espesor de la atmósfera que la rodea, la cantidad y la naturaleza de los rayos cósmicos que

andan disparados por las capas superiores de la atmósfera, la formación de sus montañas y sus rocas, y la ley que rige la vida en general. Este interés científico tiene una relación con la actitud moral, pero en sí mismo no es más que el deseo de conocer y explorar. La actitud moral, en cambio, varía mucho, pues a veces es de armonía con la naturaleza, a veces de conquista y sojuzgamiento, o de dominio y utilización, y a veces de altanero desdén. Esta última actitud de altanero desdén hacia nuestro planeta es un producto muy curioso de la civilización y de ciertas religiones en particular. Nace de la ficción del "Paraíso

Perdido" que, extraña decirlo, se acepta generalmente hoy como cierta, como resultado de una primitiva tradición religiosa.

Es asombroso que nadie ponga en duda jamás la verdad del relato sobre un Paraíso perdido. Después de todo, ¿cómo era de hermoso el Jardín del Edén, y cómo es de feo el actual universo físico? ¿Han cesado de florecer las plantas desde que pecaron Eva y Adán? ¿Ha maldecido Dios al manzano y le ha prohibido que tenga frutos porque pecó un hombre, o ha decidido que sus pimpollos sean de colores más feos, más pálidos? ¿Han cesado de cantar las oropéndolas y los

ruiseñores y las alondras? ¿No hay ya nieve en la cima de las montañas ni reflejos en los lagos? No hay ya rosadas puestas de sol, ni arcoiris, ni amaneceres sobre las aldeas; no hay cataratas y arroyos cantarines; no hay árboles umbríos? ¿Quiénes, pues, inventaron el mito de que el "Paraíso" estaba "perdido" y que hoy vivimos en un feo universo? En realidad, somos desagradecidos y malcriados hijos de Dios.

Hay que escribir una parábola sobre este hijo malcriado. Érase que se era un hombre cuyo nombre no mencionaremos todavía. Llegó hasta Dios y se quejó de que este planeta no era bastante para él,

y dijo que quería un Cielo de Perladas Puertas. Y Dios señaló primero a la luna en el cielo y le preguntó si no era un buen juguete, y él sacudió la cabeza. Dijo que no quería mirarlo siquiera. Entonces Dios señaló a las colinas azuladas, en la distancia, y le preguntó si no tenían hermosas líneas, y él dijo que eran vulgares y ordinarias. Luego Dios mostró los pétalos de la orquídea y el pensamiento, y le pidió que extendiera los dedos y tocara la aterciopelada superficie, y le preguntó si no eran exquisitos los colores, y el hombre dijo: "No". En su infinita paciencia. Dios le llevó a un acuario y le mostró los gloriosos colores y formas de los peces

hawaianos, y el hombre dijo que no le interesaban. Dios le llevó entonces bajo un árbol umbrío y ordenó que soplara una fresca brisa y preguntó si no era deleitable aquello, y otra vez respondió el hombre que no le hacía impresión alguna. Después Dios le condujo a un lago en la montaña y le mostró la luz en el agua, el sonido de los vientos que silbaban en un pinar, la serenidad de las rocas y los bellos reflejos en el lago, y el hombre dijo que todavía no estaba complacido. Con la idea de que esta criatura Suya no era de temperamento tranquilo y quería vistas más excitantes, Dios le llevó entonces a la alto de los Andes, al Gran Cañón del Colorado, a

cavernas con estalactitas y estalagmitas, y géisers y médanos de arena, y los cactus con formas de dedos de hadas en un desierto, y la nieve del Himalaya, y los riscos de la Garganta del Yangtsé, y los picos de granito de los Montes Amarillos, y la pasmosa Catarata del Niágara, y le preguntó si no había hecho Dios todo lo posible por hacer hermoso este planeta, por deleitarle los ojos y los oídos y el estómago, y el hombre siguió clamando por un Cielo de Perladas Puertas.

—Este planeta —dijo el hombre— no es bastante para mí.

—¡Presuntuoso y desagradecido! — contestó Dios—. ¿De modo que este

planeta no es bastante para ti? Te enviaré, pues, al Infierno, donde no verás el paso de las nubes ni la flor de los árboles, ni escucharás el canto de los manantiales, y por siempre jamás vivirás allí, hasta el fin de tus días.

Y Dios le envió a vivir en un departamento de la ciudad. El hombre se llamaba Cristiano.

Es evidente que este hombre es muy difícil de complacer. Existe la duda de que Dios pueda crear un cielo que le satisfaga. Estoy seguro de que, con su complejo de millonario, quedará bastante harto de la Perladas Puertas, durante su segunda semana en el Cielo, y Dios no sabrá qué hacer para inventar

algo que complazca a su hijo malcriado. Debe ser cosa generalmente aceptada ya, que la astronomía moderna, al explorar todo el universo visible, nos va forzando a aceptar esta tierra como un cielo, y el Cielo que soñamos debe ocupar espacio, y por ocupar espacio, debe estar entre las estrellas del firmamento, a menos que esté en el vacío interestelar. Y como ese Cielo tiene que encontrarse en alguna estrella, con o sin lunas, mi imaginación no alcanza a concebir un planeta mejor que el nuestro. Es claro que quizá haya una docena de lunas en lugar de una sola, que sean de distintos colores, rosado, púrpura, azul de Prusia, verde, naranja,

topacio, aguamarina y turquesa, y que también haya arcoiris mejores y más frecuentes. Pero sospecho que un hombre a quien no satisface una luna se cansará también de una docena, y si no le complace alguna escena de nieve o arcoiris también se cansará de arcoíris mejores y más frecuentes. Tal vez haya seis estaciones por año, en lugar de cuatro, y alguna hermosa alternación de primavera y verano y día y noche, pero no advierto qué diferencia puede hacer esto. ¿Si no goza uno de la primavera y el verano en la tierra, cómo puede gozar de la primavera y el verano en el Cielo? Debo estar hablando ahora como un gran tonto o como un hombre sumamente

sabio, pero lo cierto es que no comparto el deseo budista o cristiano de escapar a los sentidos y a la materia física presumiendo que hay un cielo que no ocupa espacio y está construido de puro espíritu. En cuanto a mí, prefiero vivir en este planeta que en cualquier otro. De seguro que nadie puede decir que es estancada y monótona la vida en este planeta. Si no satisface a un hombre la variedad del tiempo y el cambio de colores en el cielo, el exquisito sabor de las frutas que aparecen por rotación en estaciones diferentes, y las flores que se abren por rotación en los distintos meses, ese hombre haría mejor en suicidarse y no tratar de seguir la inútil

caza de un Cielo imposible, que acaso satisfaga a Dios pero nunca satisfará al hombre.

Tal como se presentan hoy los hechos del caso, hay una coordinación perfecta, casi mística, entre las vistas, sonidos, olores y sabores de la naturaleza y nuestros órganos de la vista, el oído, el olfato y el gusto. Esta coordinación entre **las** vistas y sonidos y olores del universo y nuestros órganos **de** percepción es tan perfecta que constituye un argumento perfecto en favor de la teología, que tan en ridículo puso Voltaire. Pero no todos tenemos que ser teólogos. Dios puede habernos invitado a esta fiesta, o no. La actitud

china es **que** participaremos de la fiesta, invitados o no. No tiene sentido, sencillamente, dejar de participar de la fiesta cuando la comida parece tan tentadora y tenemos tanto apetito. Que **los** filósofos prosigan sus indagaciones metafísicas y traten de descubrir si estamos entre los invitados, pero el hombre sensato tiene que servirse la comida antes de que se enfríe. El hambre está siempre acompañada de sentido común.

Nuestro planeta es un planeta muy bueno. En primer lugar, tenemos la alternación de noche y día, de amanecer y puesta de sol, y un fresco atardecer que sigue a un día caluroso, y una

alborada silenciosa y clara que presagia una mañana activa, y nada hay mejor que esto. En segundo lugar, tenemos la alternación de verano e invierno, perfectos en sí mismos, pero aun más perfeccionados porque son introducidos gradualmente por la primavera y el otoño, y nada hay mejor que esto. En tercer lugar, tenemos los árboles silenciosos y dignos, que nos dan sombra en verano y no tapan el sol tibio en invierno, y nada hay mejor que esto. En cuarto lugar, hay flores que se abren y frutas que maduran por rotación en meses diferentes, y nada hay mejor que esto. En quinto lugar, hay días nublados y neblinosos que alternan con días

claros y de sol, y nada hay mejor que esto. En sexto lugar, hay chaparrones de primavera y truenos de verano y el viento seco y vigorizante del otoño y la nieve del invierno, y nada hay mejor que esto. En séptimo lugar, hay pavorreales y papagayos y alondras y canarios que cantan canciones inimitables, y nada hay mejor que esto. En octavo lugar, tenemos el zoológico, con monos, tigres, osos, camellos, elefantes, rinocerontes, cocodrilos, focas, vacai, caballos, perros, gatos, zorros, ardillas, picamaderos y animales que responden a tal-variedad e ingenio que jamás pudimos imaginarlo, y nada hay mejor que esto. En noveno lugar, tenemos el

pez arcoiris, el pez espada/anguilas eléctricas, ballenas, mojarras, almejas, abalones, langostas, camarones, tortugas y animales de tal variedad e ingenio que jamás pudimos imaginarlo, y nada hay mejor que esto. En décimo lugar, hay magníficos pinos rojos, volcanes que lanzan fuego, cavernas magníficas, picachos majestuosos, colinas onduladas, lagos plácidos, ríos serpenteantes y frescas márgenes, y nada hay mejor que esto. El menú es prácticamente interminable para atender a los gustos individuales y lo único sensato que se puede hacer es ir a participar del festín, y no quejarse de la monotonía de la vida.

II. DE LO GRANDE

La Naturaleza es de por sí, y siempre, un sanatorio. Aunque no pueda curar otra cosa, puede sanar al hombre enfermo de megalomanía. Hay que "poner en su lugar" al hombre, y se ve siempre puesto en su lugar frente al telón de fondo de la naturaleza. Así vemos que en los cuadros chinos se pinta siempre a los seres humanos tan pequeños en el panorama. En un panorama chino llamado "Mirando a una montaña después de la nieve" es muy difícil encontrar a la figura humana que se supone mira a la montaña después de

nevar. Al cabo de una búsqueda cuidadosa se le descubrirá bajo un pino: su cuerpo es apenas de una pulgada en un cuadro que tiene quince de alto, y está hecho de unas pocas pinceladas rápidas. Hay otro cuadro Sung de cuatro figuras de estudiosos que ambulan por un bosque otoñal y alzan las cabezas para mirar a las ramas entrelazadas de los majestuosos árboles que los cubren. Hace bien sentirse terriblemente pequeño a veces. Una vez pasaba yo el verano en Kuling, y tendido en lo alto de la montaña empecé a ver dos criaturas diminutas, del tamaño de hormigas, que a cien millas de distancia, en Nanking, se odiaban y tejían intrigas una contra

otra por una oportunidad para servir a China, y el tamaño hacía que todo pareciese un poco cómico. Por eso es que los chinos suponen que un viaje a la montaña surte efecto catártico, pues limpia el pecho de una cantidad de tontas ambiciones y de preocupaciones innecesarias.

El hombre suele olvidar cuan pequeño, y a menudo cuan **inútil es**. Un hombre que ve un edificio de cien pisos de alto se siente envanecido, a menudo, y el mejor modo de curar esa inaguantable vanidad es transportar con la imaginación ese rascacielo hasta una montaña, pequeña, despreciable, y ganar un sentido más veraz de lo que podemos

y lo que no podemos llamar "enorme". Lo que nos gusta del mar es su infinitud, y lo que nos gusta de la montaña es su enormidad. Hay en Huangshan o en los Montes Amarillos, picos que están formados por simples trozos de granito de trescientos metros de altura desde su base visible, en el suelo, hasta su cima, y que tienen media milla de largo. Estos picachos son los que inspiran a los artistas chinos, y su silencio, su rugosa enormidad y su eternidad aparente explican en parte el amor de los chinos por las rocas en los cuadros. Es difícil creer que hay rocas tan enormes hasta que se visita Huangshan, y hubo una Escuela Huangshan de pintura, en el

siglo XVII, que se inspiraba en estos silenciosos picachos de granito.

Por otra parte, por asociación con la enormidad de la naturaleza, puede ser grande también el corazón del hombre. Hay una manera de mirar a un panorama como si fuera una película; un modo de mirar a las nubes tropicales en el horizonte como el telón de fondo de un escenario, y no contentarse con nada menos grande como telón de fondo; un modo de mirar a los bosques de la montaña como un jardín particular, y no contentarse con nada menos grande como jardín; un modo de escuchar a las rumorosas olas como un concierto, — y no contentarse con nada menos como

concierto, y un modo de mirar a la brisa montañesa como sistema de enfriamiento del aire, y no contentarse con nada menos como enfriamiento del aire. Así nos hacemos grandes, tal como son grandes la tierra y los firmamentos. Como el "Hombre Grande" que describió Yüan Tsi (210-263 de nuestra era), uno de los primeros románticos de China, "vivimos en el cielo y la tierra como si fueran nuestra casa". El mejor "espectáculo" que jamás he visto ocurrió una tarde en el Océano Indico. Era en verdad inmenso. El escenario tenía un centenar de millas de ancho y tres de alto, y en él la naturaleza representó un drama que duró media hora: con

dragones gigantescos, dinosaurios y leones que se movían por el cielo — ¡cómo se hinchaban las cabezas de los leones y se extendían sus melenas, y cómo se inclinaban y se retorcían los lomos de los dragones!—; y ejércitos de soldados con uniformes blancos y grises y oficiales con entorchados dorados, que marchaban y contramarchaban y se unían en combate y se retiraban otra vez. A medida que proseguía la batalla y la persecución, cambiaban las luces del escenario, y los soldados de blancos uniformes aparecieron de color naranja y los soldados de uniformes grises parecieron ponerse otros purpúreos, mientras el telón de fondo era una llama

de oro iridiscente. Luego, cuando los técnicos de la naturaleza fueron apagando gradualmente las luces, el púrpura venció y tragó al naranja, y fue siendo un malva y gris más y más profundo, y durante los últimos cinco minutos se presentó un espectáculo de inenarrable tragedia y de sombrío desastre, antes de que se extinguieran del todo las luces. Y no pagué un solo centavo para presenciar el más grandioso espectáculo de toda mi vida.

Tenemos también el silencio de las montañas, y ese silencio es terapéutico: los picachos silenciosos, las rocas silenciosas, los árboles silenciosos, todo en majestuoso silencio. Toda buena

montaña es un sanatorio. Uno se siente acurrucado como un niño en su pecho. No creo en la Ciencia Cristiana, pero sí en las propiedades espirituales, curativas de los árboles antiguos y los lugares de montaña, no para sanar una clavícula fracturada o una piel infectada, sino para curar las ambiciones de la carne y las enfermedades del alma: cleptomanía, megalomanía, egocentrismo, halitosis espiritual, titulitis, prestamitis, dirigentitis (el deseo de dirigir a los demás), neurosis de guerra, versofobia, maldad, odio, exhibicionismo social, terquedad en general, y todas las formas de enfermedades morales.

III. DOS DAMAS CHINAS

El goce de la naturaleza es un arte, que depende mucho del ánimo y la personalidad de cada uno y, como sucede con todas las artes, es difícil explicar su técnica. Todo debe ser espontáneo y elevarse espontáneamente desde un temperamento artístico. Es difícil, pues, fijar reglas para el goce de este o de aquel árbol, esta o aquella roca y este o aquel panorama en un momento particular, porque ningún panorama es exactamente igual. Quien comprende sabrá cómo gozar de la naturaleza sin que nadie se lo diga.

Havelock Ellis y Van der Velde muestran sabiduría cuando dicen que lo permisible y lo no permisible, y lo que es de buen gusto y mal gusto en el arte del amor entre marido y mujer, en la intimidad de su dormitorio, no es algo que se pueda prescribir con reglas fijas. Lo mismo pasa con el arte de gozar de la naturaleza. El mejor sistema es probablemente el de estudiar la vida de las personas que tienen en sí el temperamento artístico. El sentimiento de la naturaleza, los sueños de un hermoso panorama visto un año antes, y el repentino deseo de visitar cierto lugar: todas estas cosas ocurren en los momentos más inesperados. Quien tiene

temperamento artístico lo demuestra por doquiera que vaya, y los escritores que en verdad gozan la naturaleza han de emprender descripciones de una hermosa escena nevada o de un atardecer de primavera, del todo olvidados del relato o el argumento. Las autobiografías de periodistas y estadistas suelen estar llenas de reminiscencias de acontecimientos pasados, en tanto que las autobiografías de literatos han de referirse sobre todo a reminiscencias de una noche feliz, o a la visita hecha con algún amigo a un valle hermoso. En este sentido me parecen decepcionantes las autobiografías de Rudyard Kipling y G. K. Chesterton.

¿Por qué consideran sin importancia las anécdotas importantes de sus vidas, y por qué consideran importantes las anécdotas sin importancia? Hombres, hombres, hombres por todas partes y ni una mención de flores y pájaros y colinas y arroyos.

Las reminiscencias de los literatos chinos, y también sus cartas, difieren en este sentido. Lo importante es decir a un amigo, en una carta, la hermosura de una noche en el lago, o registrar en la autobiografía un día perfectamente feliz y cómo pasó. En particular, los escritores chinos, al menos muchos de ellos, han llegado a escribir reminiscencias de su vida de casados.

De todos ellos, los mejores ejemplos son Mao Pichiang con Reminiscencias de mi concubina, (

[37]) Shen Sanpo con Seis capítulos de una vida flotante, y Chiang T'an con Reminiscencias bajo la-lámpara. Los dos primeros libros fueron escritos por los maridos, después de morir sus esposas, y el último en la ancianidad del autor mientras aún vivía su esposa. (

[38]) Comenzaremos con algunos pasajes selectos de Reminiscencias bajo la lámpara, que tienen por heroína a la esposa del actor, llamada Ch'iufu, y continuaremos con trozos de Seis

capítulos de una vida flotante, en que Yün es la heroína. Estas dos mujeres tenían el temperamento justo, sí bien no eran particularmente educadas ni buenas poetisas. No importa. Nadie debe tender a escribir poesía inmortal; se debe aprender a escribir poemas solamente como medio de registrar un momento significativo, un estado de ánimo personal, o para ayudar a gozar de la naturaleza.

A.) CH'UFU

Ch'iufu me decía a menudo: "La vida del hombre sólo dura cien años, y de este centenar se pasa la mitad en dormir y soñar, los días de enfermedad y de pesares ocupan la mitad, y los días de pañales y de ancianidad ocupan también la mitad. (

[\[39\]](#))

Lo que nos queda es una décima o una quinta parte. Además, quienes estamos hechos del material de los sauces no hemos de esperar que viviremos un centenar de años."

Un día en que estaba en su mejor

momento la luna de otoño, Ch'iufu pidió a una joven doncella que tomara un ch'in y la acompañara en un viaje en bote entre las flores de loto del Lago Occidental. Volví yo entonces del Río Occidental, y cuando llegué y vi que Ch'iufu se había marchado en bote compré algunos melones y salí tras ella. Nos encontramos en el Segundo Puente de la Orilla de Su Tungp'o, cuando Ch'iufu cantaba el triste refrán de "Otoño en el Palacio Han". Me detuve a escuchar, con la túnica recogida entre las manos. En ese momento, las colinas en torno estaban envueltas en la bruma del atardecer, y se veían en el agua los reflejos de las estrellas y la luna.

Llegaban a mi oído diferentes sonidos musicales, de modo que no podía distinguir si eran los sonidos del viento en el aire o los sonidos del jade retintineante. Antes de terminar la canción, la proa de nuestro bote ya había tocado la orilla meridional del Jardín de las Aguas en Remolino. Golpeamos entonces a la puerta del convento de la Nube Blanca, porque conocíamos a las monjas que había allí. Después de estar un rato sentados, las monjas nos sirvieron semillas de loto. recién recogidas y preparadas en sopa. Su color y fragancia eran bastante para refrescar los intestinos: un mundo diferente del sabor de carnes y comidas

aceitosas. De regreso, desembarcamos en el Puente de Tuan, donde tendimos una alfombrilla de bambú en el suelo y nos sentamos a conversar largo rato. El rumor distante de la ciudad nos molestaba los oídos, como el zumbido de las moscas... Después empezaron a escasear las estrellas del cielo y el lago quedó cubierto por una capa blanca. Oímos el tambor en lo alto de la muralla de la ciudad y comprendimos que ya era la cuarta guardia (alrededor de las tres de la madrugada) y tomamos el ch'in y volvimos en bote a casa.

Los bananeros que había plantado Ch'iufu ya tenían grandes hojas que hacían sombras verdes sobre el biombo.

Bastaba para quebrar el corazón haber oído las gotas de lluvia que golpeaban en las hojas en otoño, mientras uno estaba tendido y apoyado en una almohada. Un día escribí, jugando, tres versos en una de las hojas:

¿Qué entrometido plantó este retoño?

¡Golpetea por la mañana,
Y de tarde golpetea el biombo!

Al día siguiente vi otros tres versos junto a aquéllos, que decían:

¡Tú, solitario, eres quien protesta!
Quien bananas come
Y luego las lamenta.

Los caracteres estaban delicadamente formados y provenían de la juguetona pluma de Ch'iu-fu. Pero he aprendido algo de lo que escribió.

Una noche escuchamos el ruido del viento y la lluvia, y las almohadas y la ropa revelaron el espíritu más fresco, del otoño. Ch'iu-fu se estaba desvistiendo para la noche, y yo, sentado a su lado, acababa de recorrer un álbum de cien flores, con inscripciones que estaba haciendo. Oí el ruido de algunas hojas amarillas que desde la ventana caían al suelo, y Ch'iu-fu cantó:

Ayer era mejor que hoy;

Y este año soy más vieja que el pasado.

La consolé, diciendo: "Nadie vive cien años. ¡Cómo podemos tener tiempo para enjugar las lágrimas de los demás (las hojas caídas)?" Y con un suspiro dejé a un lado el pincel con que pintaba. Estaba avanzada la noche, y Ch'iu fu quiso beber algo; descubrí que el fuego en la estufa de tierra ya había muerto, y las mucamas estaban todas en la tierra de los sueños, caídas las cabezas. Entonces quité la lámpara de aceite de la mesa y la coloqué bajo la estufita del té y calenté un tazón de semillas de loto para Ch'iu fu. Ch'iu fu sufre una afección en los pulmones desde hace diez años, y siempre tose cuando avanza el otoño, y

sólo duerme bien cuando se recuesta en una almohada muy alta. Este año se halla más fuerte, y a menudo nos sentamos frente a frente, hasta muy tarde en la noche. Quizá se deba a los cuidados y la alimentación debidos.

Hice un vestido con un dibujo de flores de ciruelo para Ch'iu fu, con nieve fragante sobre todo el cuerpo, y a la distancia parecía un Hada de la Ciruela sola en un mundo de seres humanos. En los últimos días de la primavera, cuando sus verdes mangas descansaban en el balcón, las mariposas solían revolotear en torno 3 sus sienes, sin saber que la estación del Viento del Este ya se había marchado.

El año pasado las golondrinas volvieron más tarde que de costumbre, y cuando vinieron ya había florecido la mitad de los pimpollos del durazno junto al biombo. Un día cayó la arcilla de su nido y un pichón de golondrina cayó al suelo. Temerosa de que un gato lo sorprendiera, Ch'iufu lo recogió inmediatamente e hizo un soporte de bambú para el nido. Este año las mismas golondrinas han vuelto y canturrean en torno a la casa. ¿Recuerdan acaso a quien protegió a su pichón el año pasado?

Ch'iufu gusta jugar al ajedrez, pero no lo hace muy bien. Todas las noches me forzaba a jugar con ella "la

conversación de los dedos", a veces hasta el alba. Recordé, jugando, el verso de Chu Chuchia: "Has perdido ya a tirar la moneda y a medir las hojas de césped. Te pregunto: ¿qué vas a pagar esta noche?" Y ella, eludiendo la pregunta, interrogó a su vez: "¿Estás seguro de que no puedo ganar? Te apuesto este tigre de jade". Jugamos entonces, y cuando hubo unas veinte o treinta piedritas y ella iba de mal en peor, puso al gato sobre el tablero para que trastocara el juego. "¿Te consideras igual que Yang Kueifei (que jugó la misma treta al emperador T'ang Minghuang)?", pregunté. Ella no dijo nada, pero la luz de los candiles de plata

brilló en sus mejillas de color de durazno. Después de esa noche no jugamos más.

Hay varios árboles de acacia en el Manantial Hupao, muy bajas sus ramas sobre unas rocas. En su época, las flores amarillas cubren los peldaños de piedra, y el perfume hace pensar que se está visitando el Reino de la Fragancia Divina. Tengo debilidad por las flores, y a menudo he hecho té bajo ellas. (

[40]) Ch'iu fu recogía flores y se adornaba el cabello con ellas, pero a veces las ramas tan bajas se enredaban en sus cabellos, y los desordenaban. Yo se los arreglaba, y los peinaba con el

agua del manantial. Al partir, recogíamos unas pocas ramitas florecidas y las llevábamos a casa, poniéndolas detrás de nuestro coche al pasar por las calles de la ciudad, para que la gente supiera las últimas noticias del nuevo otoño.

B) YÜN

En los Seis capítulos de una vida flotante tenemos las reminiscencias de un oscuro pintor chino acerca de su vida matrimonial con Yün. Los dos tenían

almas sencillas y artísticas; ambos trataban de aprovechar todo momento de felicidad que se les cruzaba en el camino, y la narración está hecha en forma sencilla, sin afectación. No sé por qué me ha parecido Yün la mujer más hermosa en la literatura china. Triste fue la vida que vivieron los dos, y, sin embargo, fue una de las más alegres, con el júbilo que sale del alma. Es interesante ver cómo el goce de la naturaleza formó parte vital de su experiencia espiritual. Van más abajo tres pasajes que describen sus goces en los festivales del séptimo de la séptima luna y el décimo quinto de la séptima luna, y cómo pasaron un verano dentro

de la ciudad de Soochow:

En la séptima noche de la séptima luna de aquel año (1780) Yün preparó incienso, candiles y algunos melones y frutas, para que pudiéramos venerar juntos al Nieto del Cielo (

[\[41\]](#)) en el Templo llamado "De mi Corazón". Yo había labrado dos sellos con la inscripción "Paraque sigamos siendo marido y mujer de encarnación en encarnación". Yo guardaba el sello con caracteres positivos, y ella el de caracteres negativos, para emplearlos en nuestra correspondencia. Aquella noche lucia bellamente la luna, y al mirar el arroyo vi que las ondas pequeñas

brillaban como cadenas de oro. Llevábamos ligeros vestidos de seda y estábamos sentados juntos, con un abanico pequeño en las manos, ante una ventana que daba al arroyo. Al mirar al cielo vimos las nubes que surcaban cam—
—blando a cada instante en mil formas, y Yün dijo: "Esta luna es común al universo entero. ¿Quién sabe si hay otra pareja de enamorados tan apasionados como nosotros mirando esta noche a la misma luna?" Y yo dije: "Oh, mucha gente estará sentada en el fresco atardecer y mirará a la luna, y acaso muchas mujeres criticarán también, o gozarán de las nubes en sus alcobas; pero me cuesta creer que cuando un

marido y su mujer miren juntos a la luna sean las nubes el tema de su conversación". Poco a poco, las luces de los candiles se apagaron, se hundió la luna en el cielo y retiramos las frutas y fuimos a la casa.

El quinceavo día de la séptima luna era el Día de Todas las Almas. Yün preparó un poco de comida, para que pudiéramos comer y beber algo juntos con la luna de compañera, pero cuando llegó la noche se cubrió repentinamente el cielo de oscuras nubes. Yün frunció el ceño y dijo: "Si es deseo de Dios que vivamos juntos hasta que haya hebras de

plata en nuestros cabellos, la luna debe volver a aparecer esta noche". Por mi parte, yo también estaba descorazonado. Al mirar a través del arroyo vimos los fuegos fatuos que ambulaban de aquí para allí como mil candelas, tejiendo su camino entre los sauces y los juncos. Y entonces empezamos los dos a componer un poema; cada uno decía dos versos a su turno, el primero para completar el pareado que había comenzado el otro, y el segundo para iniciar otro pareado que el otro debía terminar, y a las pocas rimas, cnanto más continuamos tanto más tonto se hacía, hasta que fue una confusión de disparates. Para entonces, Yün estaba como sepultada por las

lágrimas y la risa, y se ahogaba sobre mi pecho, mientras yo sentía que la fragancia de los jazmines de su cabello me llegaba a la nariz. La palmeé el hombro y dije en broma: "Creía que las mujeres usaban el jazmín en el cabello como adorno, porque es redondo como una perla; no sabía que es porque su fragancia es tanto más fina cuando se mezcla con el perfume del cabello y los polvos de las mujeres. Cuando así huele, ni la azamboa se le puede comparar." Entonces cesó Yün de reír y dijo: "La azamboa es el caballero entre las plantas fragantes, porque su perfume es tan leve que apenas se le nota; en cambio, el jazmín es el hombre vulgar,

porque en parte quita su fragancia 3 los demás. Por lo tanto, la fragancia del jazmín es como la de un adulator sonriente." "¿Por qué, pues —dije—, te alejas del caballero y te asocias al hombre vulgar?" Y Yün respondió: "Me divierte el caballero que ama al hombre vulgar". Mientras así nos entreteníamos con palabras, se hizo medianoche y vimos que el viento había librado al cielo de nubes y que aparecía la luna llena, redonda como la rueda de una carroza, y nos alegramos mucho. Y así empezamos a beber junto a la ventana, pero antes de que hubiéramos saboreado tres copas escuchamos de pronto el ruido de un chapuzón bajo el puente,

como si alguien hubiera caído al agua. Miramos por la ventana y vimos que nada había, que el agua estaba tan lisa como un espejo pero oímos el ruido de un pato que revoloteaba en el pantano. Yo sabía que había allí el fantasma de alguien que se había ahogado a la vera del pabellón Ts'anglang, pero conociendo la gran timidez de Yün no me atreví a mencionarlo. Y Yün suspiró y dijo: "¡Ay! ¿De dónde viene este ruido?" Y se estremeció toda. Sin tardanza cerramos la ventana y entramos el jarrón de vino en la habitación. Ardía tan pequeña como una arveja una sola lámpara, y las cortinas se movían en la oscuridad, y nosotros temblábamos y

temblábamos. Apagamos entonces la luz y entramos dentro de las cortinas del lecho, y Yün ya sufría gran fiebre. Pronto tuve alta temperatura yo también, y nuestra enfermedad siguió durante unos veinte días. Bien cierto es que cuando se derrama la copa de la felicidad se produce el desastre, como dice el refrán, y esto fue también una señal de que no podríamos vivir juntos hasta la ancianidad.

El libro está literalmente sembrado de pasajes de igual encanto y belleza, que demuestran un enorme amor por la naturaleza, pero ha de bastarnos la siguiente descripción de cómo pasaron un verano:

Después de habernos mudado a la Calle Ts'angmi, llamé a nuestro dormitorio la "Torre de la fragancia de los huéspedes", como referencia al nombre de Yün (

[\[42\]](#)). y a la narración de Liang Hung y Meng Kuang que como marido y mujer eran siempre corteses uno con otro "cohuéspedes". Nos disgustaba quizá la casa porque las paredes eran demasiado altas y muy pequeño el patio. A los fondos había otra casa que conducía a la biblioteca. Mirando por la ventana del fondo se podía ver el viejo huerto del señor Lu, en ruinoso condición entonces. Los pensamientos de Yün todavía

estaban fijos en el hermoso escenario del Pabellón Ts'anglang.

Por aquella época vivía una vieja campesina al este del Puente de la Madre Oro y al norte de Kenghsiang. Su casita estaba rodeada por campos de verdura y tenía una puerta de troncos. Fuera de la puerta había un estanque de unos treinta metros de ancho, del todo rodeado por árboles... Unos pocos pasos al oeste de la casita había un montículo lleno de ladrillos rojos, y desde su cima se podía mirar a toda la campiña, que era campo abierto con silvestre vegetación en algunos trechos. Una vez,

la vieja mujer mencionó este lugar y Yün no hizo más que pensar en él... Al día siguiente fui hasta allí y noté que la casita sólo tenía dos piezas que podían ser divididas en cuatro. Con ventanas de papel y lechos de bambú, la casita sería un lugar delicioso para vivir...

Nuestros únicos vecinos eran dos viejos esposos que cultivaban verduras para el mercado. Supieron que íbamos a permanecer allí todo el verano y fueron a visitarnos, llevándonos pescado del estanque y verduras de sus huertos. Quisimos pagarles, pero como no quisieron aceptar dinero, Yün hizo zapatos para los dos, que finalmente pudimos persuadirles de que aceptaran.

Esto era en julio, cuando los árboles ponían su sombra sobre el lugar. La brisa de verano sopló sobre el agua del estanque, y las cigarras llenaron el aire con sus cantos durante el día entero. Nuestro vecino también nos hizo una línea de pesca, y solíamos pescar juntos bajo la sombra de los árboles. Muy avanzada la tarde, subíamos al montículo para contemplar el resplandor del crepúsculo y componer versos, cuando nos sentíamos inclinados a ello. Dos de los versos fueron:

Bestias-nubes tragan el sol caído,
Y el arco-luna dispara las estrellas fugitivas.

Al cabo de un rato, la luna cortaba su imagen en el agua, comenzaban a cantar los insectos en redor, y colocábamos un lecho de bambú cerca de la verja de plantas, para sentarnos o recostarnos. La vieja mujer nos informaba entonces que había calentado vino y preparado comida, y nos sentábamos a beber algo bajo la luna. Después de bañarnos, nos poníamos las chinelas y buscábamos un abanico, y nos sentábamos o nos acostábamos al aire libre, escuchando los viejos cuentos de retribución que nos narraba el vecino. Cuando entrábamos a dormir, a eso de medianoche, sentíamos todo el cuerpo

fresco y lindo, olvidados casi de que vivíamos en una ciudad.

Pedimos al jardinero que junto a la cerca plantara crisantemos. Las flores se abrieron en la novena luna, y permanecimos allí otros diez días. Mi madre estaba muy complacida también, y nos iba a visitar. Comimos cangrejos, pues, en medio de los crisantemos y dejamos pasar el día así. Yün estaba encantada con todo aquello, y me dijo: "Algún día debemos construir una casita aquí. Compraremos diez mow de terreno, y alrededor plantaremos verduras y melones para la comida. Tú pintarás y yo bordaré, y ganaremos así bastante dinero para comprar vino y

componer poemas en las comidas. Vestidos con sencillas túnicas y comiendo sencillos víveres, podremos vivir juntos y felices sin ir a ninguna parte. Convine en un todo con ella. Ahora, el lugar sigue allí, mientras que ha muerto aquella que conocía a mi corazón. ¡Ay, tal es la vida!

IV. DE ROCAS Y DE ARBOLES

No sé qué vamos a hacer ahora. Estamos construyendo casas cuadradas, todas en hileras, y tenemos calles rectas, sin árboles. No hay ya calles retorcidas, ni casas viejas, ni pozos en los jardines, y suele ser una caricatura el escaso

jardín particular que hay en una ciudad. Hemos podido separar a la naturaleza de nuestras vidas, y vivimos en casas sin techos, pues el techo es el descuidado extremo de un edificio, que se deja con cualquier forma después de cumplidos los propósitos utilitarios, pues el contratista del edificio está ya cansado y con prisa de terminar su trabajo. El edificio común parece una pila de cubos de madera construida por un niño displicente o caprichoso que se cansa del juego antes de haberlo terminado, y deja su pila sin concluir, sin coronar. El espíritu de la naturaleza ha dejado al moderno hombre civilizado, y parece que tratamos de civilizar a los mismos

árboles. Sí alguna vez nos acordamos de plantarlos en una avenida, solemos numerarlos en serie, desinfectarlos, cortarlos y podarlos para que asuman unas formas que los humanos consideren hermosas.

A menudo plantamos flores y las tendemos en un cantero de manera que parezcan un círculo o una estrella, o diferentes letras del alfabeto, y nos horroriza que alguna de las flores así plantadas se salga de la línea, como nos horroriza ver a un cadete militar que pierde el paso, y entonces procedemos a cortarla con una tijera. Y en Versalles plantamos esos árboles cortados en conos, de a pares, y los arreglamos con

perfecta simetría en un círculo perfecto, o en hileras perfectamente rectilíneas, en formación militar. Tal es la gloria humana, y el poder, y la capacidad de preparar y disciplinar a los árboles como preparamos y disciplinamos soldados uniformados. Si un árbol de un par crece más alto que el otro, nos pican las manos hasta que le cortamos la cima para que no perturbe nuestro sentido de la simetría y el poder y la gloria humanos.

Existe, por consiguiente, el gran problema de recobrar la naturaleza y de traerla de nuevo al hogar. Es un problema exasperante. ¿Qué puede hacer uno, con el más artístico de los

temperamentos, cuando vive en un departamento, lejos de la tierra? ¿Cómo va a tener uno algo de césped o un pozo o un bosquecillo de bambúes, aunque sea suficientemente rico como para alquilar un departamento con terraza? Todo está mal, absoluta e irreparablemente mal. ¿Qué queda por admirar, salvo los rascacielos y las ventanas iluminadas y en hileras, de noche? Al mirar estos rascacielos y estas hileras de ventanas iluminadas de noche, se envanece uno más y más por el poder de la civilización humana, y olvida qué criaturas pequeñas son los seres humanos. Me veo forzado, pues, a abandonar el problema, porque

desespero de encontrarle solución.

Por lo tanto, debemos comenzar por dar tierras al hombre, y muchas tierras. Cualquiera sea la excusa, es mala una civilización que priva de la tierra al hombre. Pero supongamos que en una civilización futura cada hombre pueda poseer una hectárea de tierra; entonces tendrá algo con que empezar. Podrá tener árboles, árboles suyos, y rocas, rocas suyas. Ejercerá el cuidado de elegir un sitio donde ya haya árboles crecidos, y si no hay árboles bien crecidos, plantará árboles que crezcan rápidamente, para él, como los bambúes y los sauces. Entonces no tendrá que tener pájaros en jaulas, porque los

pájaros irán a él, y cuidará que haya ranas en la vecindad, y también, de preferencia, algunos lagartos y arañas. Sus hijos podrán entonces estudiar la naturaleza en la Naturaleza y no en una caja de cristal. Por lo menos sus hijos podrán ver cómo salen los polluelos de los huevos, y no tendrán que ser tan horriblemente ignorantes acerca del sexo y la reproducción como lo son a menudo los hijos de las "buenas" familias. Y tendrán el placer de presenciar una lucha entre lagartijas y arañas. Y también tendrán el placer de ponerse sucios cómodamente.

Ya se ha explicado, o se ha aludido al sentimiento de los chinos sobre las

rocas, en una sección anterior.

[\[43\]](#)

Esa explicación basta para significar el amor que se tiene a los picos rocosos en la pintura panorámica china. Esta explicación es básica, pero no alcanza a dar razón por los jardines de rocas y el amor por las rocas, en general, que hay en China. La idea básica es que las rocas son enormes, fuertes, y sugieren la eternidad. Son silenciosas, inmóviles y tienen fuerza de carácter, como los grandes héroes, y son independientes y separadas de la vida como sabios en retiro. Son invariablemente antiguas, y

los chinos aman todo lo viejo. Sobre todo, desde el punto de vista artístico, tienen grandeza, majestad, aspereza, y rareza. Existe, además, el sentimiento de mei, que significa "peligroso" pero es en verdad intraducible. Un alto acantilado que se eleva abruptamente cien metros sobre el suelo es siempre un espectáculo fascinador, porque sugiere "peligro".

Pero es necesario ir más lejos. Como no se puede visitar la montaña todos los días, es necesario traer rocas al hogar. En el caso de los jardines de rocas y las grutas artificiales —tema que los viajeros occidentales en China tienen dificultades para comprender y apreciar— la idea sigue siendo la de

mantener una sugestión de las líneas rugosas, "peligrosas" y majestuosas de los picos rocosos. Los viajeros occidentales no pueden ser culpados, porque casi todas esas rocas están hechas con un gusto atroz, y no pueden dar la impresión de grandeza y majestad naturales. Las grutas artificiales construidas de varios trozos de roca suelen estar unidas con cemento, y el cemento se ve. Un conjunto artificial de rocas debe tener la composición y el contraste de una pintura. No hay duda de que la apreciación artística de los escenarios rocosos artificiales y de las peñas de una montaña en la pintura panorámica está estrechamente

asociada, como lo vemos en el pintor Sung, Mi Fei, que fue autor de un libro sobre piedras de tinteros. Y hubo un libro, Shihp'u, sobre rocas, por un autor Sung, Tu Kuan, que daba detalladas descripciones de la calidad de más de cien especies de rocas producidas en diferentes lugares y utilizadas en esas construcciones artificiales, lo cual demuestra que este arte ya estaba muy desarrollado en la época de los grandes pintores Sung.

Junto a esta apreciación de la grandeza de las rocas en los picos de las montañas, se desarrolló entonces una diferente apreciación de las rocas o peñas en los jardines, acentuando su

color, textura, superficie, grano y, a veces, el sonido que producían al ser golpeadas. Cuanto más pequeñas las piedras, tanto más se acentuaba la calidad de la textura y el color del grano. El progreso en este sentido se vio considerablemente ayudado por el pasatiempo de coleccionar las más bellas piedras de tinteros y sellos, dos cosas que el literato de China tenía diariamente asociadas consigo. La pulcritud, la textura, la luz o la translucidez y los matices de colores se hicieron entonces cosas de primera importancia, como pasó en el caso de los frascos de rapé, hechos de piedra, jade y jadeíta, que se conocieron más

tarde. Un buen sello de piedra, o un buen frasco de rapé, solía costar de seiscientos a setecientos dólares.

Para apreciar merecidamente todos los usos de la piedra en la casa y los jardines, no obstante, hay que volver a la caligrafía china. Porque la caligrafía no es otra cosa que un estudio del ritmo y la línea y la composición, en lo abstracto. Si bien las piezas verdaderamente buenas de roca deben sugerir majestad, o desapego de la vida, es aun más importante que las líneas sean correctas. Con "línea" no se quiere decir una línea recta, o un círculo, o un triángulo, sino las ásperas líneas de la naturaleza. Laotsé siempre destacó en su

Taote-king la roca no labrada. No nos entrometamos con la naturaleza, porque la mejor obra de arte, como el mejor poema o composición literaria, es la que no da señas de esfuerzo humano, tan natural como el recodo de un río o la carrera de una nube, o, según dicen siempre los críticos literarios chinos: "sin marcas de hacha o cincel". Esto se aplica a todos los terrenos del arte. La apreciación consiste en la belleza en irregularidad, en líneas que sugieren ritmo y movimiento y gesto. La apreciación de las retorcidas raíces de un roble, utilizadas a veces como banquetas en el estudio de un hombre rico, se basa en la misma idea. Por

consiguiente, casi todas las rocas que se encuentran en los jardines chinos son peñas sin cortar, que acaso sean la corteza fosilizada de un árbol de tres o cinco metros, parada verticalmente y sola e inmóvil como un grande hombre, o acaso rocas encontradas en lagos y cavernas, que generalmente presentan perforaciones y tienen grandes irregularidades en su contorno. Un escritor sugirió que si por acaso son perfectamente redondas las perforaciones, deben insertarse en ellas algunas piedrecillas para quebrar la regularidad del círculo. Cerca de Shanghai y Soochow estas requerías se construyen casi siempre de peñas del

Lago Taihu, que tienen marcas de antiquísimas olas del mar. Tales rocas fueron extraídas del fondo del lago y, a veces, cuando se necesitaba algo para corregir sus líneas, se las cincelaba hasta que quedaban perfectas, y se las metía otra vez en el agua por uno o dos años, de manera que las marcas del cincel se borraran por la acción del agua.

El sentimiento hacia los árboles es más fácil de comprender y es, claro está, universal. Las casas sin árboles a su alrededor están desnudas, como hombres y mujeres sin ropa. La diferencia entre los árboles y las casas está en que las casas son construidas,

mientras los árboles crecen y todo lo que crece es siempre más hermoso que lo que se construye. Ciertas consideraciones de conveniencia práctica nos obligan a construir las paredes rectas y los pisos a nivel, aunque en punto a pisos no hay razón alguna para que los pisos de piezas diferentes en una casa no estén a diferente nivel. No obstante, hay una tendencia inevitable a respetar las líneas rectas y las formas cuadradas, y tales líneas rectas y formas cuadradas solamente pueden presentarse en placentero relieve con la compañía de los árboles. En cuanto a colores, no nos atrevemos a pintar de verde una casa.

Pero la naturaleza se atreve, y ha pintado de verde a los árboles.

La sabiduría del arte consiste en ocultar el arte. ¡Estamos tan ansiosos de exhibirnos! En este sentido, debo rendir homenaje a un gran estudioso de la Dinastía Manchú, Yüan Yüan, que como gobernador hizo construir un islote en el Lago Occidental, conocido hoy como Islote del Gobernador Yüan, y se negó a poner un solo edificio humano en el lugar: ni un pabellón, ni una columna, ni un monumento siquiera. Se borró completamente como arquitecto. Hoy el Islote del Gobernador Yüan está en medio del lago, un trecho de tierra llana que tiene un centenar de metros de largo

y apenas se eleva treinta centímetros sobre el agua, y lleno de sauces. Y hoy, al mirar en un día brumoso, la isla mágica parece alzarse del agua y los sauces dejan sus reflejos en el agua, quebrando la monotonía de la superficie del lago, y armonizando con ella. Por lo tanto, el Islote del Gobernador Yüan está en perfecta armonía con la naturaleza. No molesta a la vista, como el monumento en forma de faro, contiguo a la isla, que construyó un estudiante a su regreso de los Estados Unidos, y que me causa una inflamación en los párpados cada vez que lo miro. He hecho pública promesa de que, si un día resulto ser un general de bandoleros y

me apodero de Hungchow, mi primer acto oficial será encargarme de un cañon y hacer volar en pedazos esa cosa con forma de faro. De las innumerables variedades de árboles, los críticos y poetas chinos "han llegado a pensar que hay unos pocos particularmente buenos para el goce artístico, debido a sus líneas y contornos especiales, que son estéticamente hermosos desde un punto de vista de calígrafo. Se entiende que, si bien todos los árboles son hermosos, algunos —tienen un gesto particular, o una gracia o una fuerza especiales. Se eligen esos árboles entre los otros, pues, y se les asocia con sentimientos definidos. Es claro que un olivo común

no tiene asperezas, para lo cual disponemos del pino, y si un sauce es gracioso, jamás podremos decir de él que es "majestuoso" o "inspirador". Hay, por eso, pocos árboles que se pintan constantemente en cuadros y se cantan en poemas. De ellos, los más destacados son el pino, que da placer por su grandiosidad; el ciruelo, por su romanticismo; el bambú, por la delicadeza **de** sus líneas y su sugestión de hogar, y el sauce, por su gracia y su sugestión de mujeres gráciles.

El goce del pino es probablemente el más notable y el **de** mayor significación poética. Representa mejor que otros árboles el concepto de la

nobleza de modales. Porque hay árboles nobles y árboles innobles, árboles distinguidos por sus modales graciosos y árboles de modales vulgares. Los artistas chinos, por lo tanto, hablan de la grandiosidad del pino, como habló Matthew Arnold de la grandiosidad de Hornero. Sería tan infructuoso buscar esta grandiosidad en los sauces como buscar grandiosidad en la poesía de Swinburne, entre los poetas. Hay tantas clases de belleza: belleza de ternura, de gracia, de majestad, de austeridad, de rareza, de reciedumbre, de pura fuerza, y de lo que sugiere antigüedad. Esta manera antigua del pino es lo que le da una posición especial entre los árboles,

igual que la manera antigua de un sabio recluso, vestido con una túnica muy suelta, con una caña de bambú en la mano, y que camina por un sendero de montañas, es lo que le presenta como el más alto ideal entre los hombres. Por esta razón dice Li Liweng que sentarse en un huerto lleno de perales y flores y sauces sin que haya cerca un pino es como sentarse en compañía de niños y mujeres sin la presencia de un austero maestro o un anciano a quien podamos mirar como ejemplo. Por esto sucede que cuando los chinos admiran los pinos, prefieren a los ya viejos; cuanto más viejos mejor, porque entonces son más majestuosos. En la misma clase del

pino está el ciprés, que tiene la misma manera, particularmente la especie conocida como selaginela involvens, de ramas retorcidas, en círculos, ásperas y que apuntan hacia abajo. En tanto que las ramas que se extienden para arriba, hacia el cielo, parecen simbolizar juventud y aspiración, las que señalan para abajo parecen simbolizar la postura de los hombres viejos que se doblegan hacia los jóvenes.

Digo que el goce de los pinos es más significativo artísticamente porque representa silencio y majestad y desprendimiento de la vida, cosas tan similares a la manera de ser del recluso. Este goce se asocia, pues, con las rocas

"estúpidas" y con las figuras de personas ancianas que ambulan sin sentido bajo su sombra, como vemos tan a menudo en las pinturas chinas. Cuando uno está bajo un pino, al mirarle se tiene la sensación de la majestad y la ancianidad y la extraña felicidad de este árbol por su propia independencia. Laotsé dice: "La naturaleza no habla", ni habla el pino. Allí permanece, silencioso e imperturbable; desde su altura nos mira pensando que ha visto crecer a tantos niños, y envejecer a tantas personas maduras. Como un viejo sabio, comprende todo, pero no habla, y en ello radica su misterio y su grandeza.

Se goza del ciruelo, en parte por su

manera romántica, visible en sus ramas, y en parte por la fragancia de sus flores. Es curioso que entre los árboles elegidos para nuestro placer poético, el pino, el ciruelo y el bambú estén asociados con el invierno, y se les conozca como "Tres amigos del invierno", porque el pino y el bambú no pierden el follaje y el ciruelo florece a fines de invierno y comienzos de primavera. Por lo tanto, el ciruelo, en particular, simboliza la pureza de carácter, la pureza que encontramos en el aire frío, punzante, del invierno. Su esplendor es un esplendor frío, y como el recluso, cuanta más fría es la atmósfera en que se encuentra, tanto más

prospera. Como la orquídea, es típico de la idea del encanto en el encierro. Un poeta y recluso Sung, que se llamó Lin Hoching, declaraba que tenía por esposas a los ciruelos, y a una cigüeña por hijo. Hoy, el sitio de su reclusión en el Kushan, en medio del Lago Occidental, es sitio de peregrinación para poetas y estudiosos, y bajo su tumba está la tumba de la cigüeña, su "hijo". La apreciación del ciruelo, de su tipo de fragancia y su contorno, fue expresada por este poeta en su famoso verso de siete sílabas:

Ah hsiang fou tung uing heng sheh

"Su leve fragancia flota en torno, su sombra inclínase al través." Todos los poetas admiten que la esencia de la belleza del ciruelo está expresada en esas siete palabras, y no se puede mejorar la expresión.

El bambú es amado por su delicadeza de tronco y de hojas y, por ser más delicado, donde más se le goza es en la intimidad de la casa de un sabio. Su belleza es más de la especie de belleza sonriente, y la felicidad que nos da es ligera y atemperada. Los bambúes dan mayor gozo cuando son delgados y gráciles y ralos, y por esta razón dos o tres árboles son tan buenos como un bosquecillo entero de bambúes,

tanto en la vida como en los cuadros. La apreciación de su fino contorno nos hace posible pintar dos o tres ramitas de bambú en un cuadro, como también es posible pintar una sola ramita de flores de ciruelo. No se sabe por qué sus líneas gráciles matizan muy bien con las ásperas líneas de las rocas; y por eso casi siempre se ve que hay una o dos peñas pintadas junto a unos pocos bambúes. Se pinta invariablemente esas rocas como dotadas de la belleza de delgadez. El sauce crece con facilidad en cualquier parte, y a menudo a la orilla del agua. (

[44])

Es el árbol femenino por excelencia. Por ese motivo Chang Ch'ao cuenta al sauce entre las cuatro cosas del universo que más profundamente tocan el corazón del hombre, y por eso dice que el sauce hace sentimental al hombre. De las damas chinas de grácil cintura se dice que tienen "cintura de sauce", y las bailarinas, con sus largas mangas y su túnica flotante, tratan de simular el movimiento de las ramas de sauce que se agitan y se inclinan al viento. Como los sauces crecen con tanta facilidad, hay en China lugares donde se ven sauces en kilómetros y kilómetros, y entonces, cuando sobre ellos sopla el

viento, se habla del efecto de la combinación diciendo liulang u "olas sauces". Además, como gusta tanto a las oropéndolas posarse en sus ramas, en la vida o en los cuadros se les asocia con la presencia de las oropéndolas, o con las cigarras, que también suelen descansar en ellas. Uno de los diez lugares escénicos del Lago Occidental se llama, pues, Liulang Wen Ting, o sea, "Escuchando a las oropéndolas entre olas-sauces".

Claro está que hay otros árboles, y muchos de ellos son admirados por otras razones, como el wufung (*sterculia platanifolia*), admirado por la limpieza de su corteza y la posibilidad de labrar

poemas a cuchillo en su suave superficie. Hay también un gran amor por las lianas gigantescas y viejas, que tienen dos o tres pulgadas de diámetro en la raíz y rodean árboles o rocas. Su movimiento cercador y ondulante contrasta placenteramente con los rectos troncos de los árboles erguidos. A veces una liana particularmente buena recuerda un dragón y lleva su nombre. Los árboles viejos, que tienen troncos en zigzag y más o menos inclinados, son también muy queridos y valorizados por esa razón. En Mutu, un punto del Lago Taihu, cerca de Soochow, hay cuatro cipreses a los que se ha dado, respectivamente, los nombres de "Puro",

"Raro", "Antiguo" y "Extraño". "Puro" alza un tronco largo, recto, y extiende su follaje en la cima como un paraguas; "Raro" se recuesta sobre la tierra y después sigue en zigzag como la letra Z; "Antiguo" es calvo y desnudo en la copa y ancho, con las ramas medio secas y extendidas como los dedos de una mano; y el tronco de "Extraño" se tuerce en una formación espiral hasta sus más altas ramas.

Sobre todo, el goce de los árboles no es sólo en y por ellos, sino en la asociación con otros elementos de la naturaleza, como rocas, nubes, pájaros, insectos y seres humanos. Chang Ch'ao dice que "plantar flores sirve para

invitar a las mariposas, apilar rocas sirve para invitar a las nubes, plantar pinos sirve para invitar al viento, plantar bananeros sirve para invitar a la lluvia y plantar sauces sirve para invitar a las cigarras". Se goza el sonido de los pájaros junto con los árboles, y se goza el sonido de los grillos junto con las rocas, porque los pájaros cantan donde hay árboles y los grillos cantan donde hay rocas. El goce chino del croar de las ranas, del chirrido de los grillos y el canto de las cigarras es inconmensurablemente mayor que su amor por los gatos y perros y otros animales domésticos. Entre todos los animales, el único que pertenece a la

misma categoría que los pinos y los ciruelos es la cigüeña, porque también ella es símbolo del recluso. Al ver a una cigüeña, o aun una garza, inmóvil en algún estanque escondido, digna, elegante y blanca y pura, el sabio desearía ser cigüeña.

El cuadro final de un hombre que armoniza con la naturaleza y que es feliz porque los animales son felices, ha sido cabalmente expresado por Cheng Panch'iao(1693-1765) en su carta a su hermano menor, para señalarle su desaprobación por la costumbre de tener enjaulados a los pájaros:

Con respecto a lo que he dicho acerca de no tener pájaros enjaulados,

deseo añadir que no es porque yo no ame a los pájaros, sino porque hay una forma de amarlos debidamente. La mejor forma de mantener pájaros es plantar centenares de árboles en tomo a la casa, y dejarles que a su verde sombra encuentren un reino de los pájaros y un hogar para pájaros. Al amanecer, cuando hemos despertado del sueño y todavía nos revolvemos en la cama, escuchamos un coro de cantos como una armonía celestial. Cuando nos levantamos y nos ponemos la túnica y nos estamos lavando la cara o enjuagando la boca o saboreando el té matinal, vemos sus gloriosos plumajes que revolotean de un lado a otro. y antes

de poder mirar a uno, ya otro atrae nuestra mirada: un goce que no se puede comparar con el de mirar a un solo pájaro en una sola jaula. Generalmente, el goce de la vida debe provenir de un criterio que considere al universo como un parque y a los ríos y lagos como un estanque, de manera que todos los seres puedan vivir según su naturaleza, y grande en verdad es tal felicidad. ¡Cómo comparar esto, en punto a bondad y crueldad, y en punto a la magnitud del goce, con el goce de un pájaro en una jaula, o un pececillo en un frasco!

V. DE LAS FLORES Y SU ARREGLO

Parece haber cierta vaguedad sobre el goce de las flores y el arreglo de las flores, en nuestros días. El goce de las flores, como el goce de los árboles, debe comenzar con la selección de ciertas variedades nobles, con una gradación de sus valores relativos, y con la asociación de sentimientos y ambientes definidos a determinadas flores. Para empezar, está la cuestión de la fragancia, desde la que es fuerte y persistente, como la del jazmín, hasta la delicada, como la de las lilas, y finalmente hasta las de especie más sutil y refinada, como la de la orquídea china. Cuanto más sutil y menos fácil de percibir sea su fragancia, tanto más

noble se ha de considerar a la flor. Tenemos después la cuestión del color y el aspecto y el encanto, y también esto varía mucho. Algunas son como robustas mozas y otras como damas frágiles, poéticas, calmosas. Las hay que parecen regalar sus encantos a la multitud, y otras son felices dentro de su propia fragancia y parecen contentas con dejar pasar las horas en sueños. Algunas prefieren un exceso de color, en tanto que otras tienen un gusto más dulce y más restringido. Sobre todo, las flores se asocian siempre con el ambiente que las rodea y las estaciones en que "se abren. La rosa se asocia naturalmente en nuestro ánimo con un día brillante y

soleado de primavera; el loto se asocia naturalmente con una fresca mañana de estío en un estanque; la casia se asocia, naturalmente, con la luna de la cosecha y las fiestas de medio otoño; el crisantemo se asocia con los cangrejos que se comen al terminar el otoño; el ciruelo se asocia, naturalmente, con la nieve, y junto con el narciso forma una parte definida de nuestro goce del Año Nuevo. Cada flor parece perfecta en su ambiente natural, y para quien ama las flores, lo más difícil es hacerlas presentes en su ánimo dentro de cuadros definidos de las estaciones diferentes, como el abeto representa a la Navidad.

Como el pino y el bambú, se elige a

la orquídea, el crisantemo y el loto por determinadas cualidades, y en la literatura china figuran como símbolos para el caballero, más particularmente la orquídea, que representa a una belleza exótica. La flor de ciruelo es probablemente la que más aman, entre todas las flores, los poetas chinos, y a ella nos hemos referido ya en parte en la sección anterior. Se dice que es la "primera" entre las flores, porque aparece con Año Nuevo y, por lo tanto, es la primera en el cortejo de las flores que se desarrolla en el año. Difieren las opiniones, claro está, y se ha considerado tradicionalmente a la peonía como "reina de las flores",

particularmente en la Dinastía T'ang. Por otra parte, la peonía, rica de color y de pétalos, es considerada más bien como símbolo del hombre rico y feliz, en tanto que la flor de ciruelo es la flor del poeta, y símbolo del sabio tranquilo, pobre; y, por lo tanto, la última es espiritual así como la primera es materialista. Un sabio expresó su simpatía por la peonía solamente por el hecho de que cuando la Emperatriz Wu de la Dinastía T'ang ordenó un día, en uno de sus caprichos megalomaniacos que todas las flores del jardín imperial florecieran cierto día en pleno invierno, sólo porque así se le antojaba, la peonía fue la única que osó ofender a su

Majestad Imperial, abriéndose unas horas más tarde, y por ello todos los miles de plantas de peonía fueron proscritos de Sian, la capital, a Loyang, por un decreto imperial. Aunque así perdió el favor imperial, se mantuvo el culto de la peonía, y Loyang pasó a ser un centro de estas flores. Creo que la razón por la cual los chinos no dan más importancia a la rosa, es la de que su color y forma pertenecen a la misma clase que la peonía, pero ha sido superada por la vistosidad de la última. Según antiguas fuentes chinas, se distinguían noventa variedades de peonía, y a cada una se le daba un nombre sumamente poético.

Lo contrario de la peonía, la orquídea, es como un símbolo de encanto escondido porque a menudo se la encuentra en un desierto valle umbrío. Se dice que tiene la virtud de "gozar de su propio encanto solitario", y que no le interesa si la mira la gente o no, y que tiene muy pocos deseos de ser llevada a la ciudad. Si consiente que se la traslade, se la debe cultivar según ella quiera, o morirá. Por eso hablamos a menudo de una hermosa doncella encerrada, o de un gran sabio que vive en las montañas desdeñando el poder y la fama, como si fueran "una escondida orquídea en un valle desierto". Tan sutil es su fragancia que no parece hacer

esfuerzos particulares por complacer a nadie, pero cuando hay quienes la aprecian, ¡cuan divina es su fragancia! Es así un símbolo del caballero que no se interesa por buscar al público, y también de la verdadera amistad, porque un libro antiguo dice: "Después de entrar y estar en una casa con orquídeas un largo rato, cesa uno de sentir la fragancia", al quedar penetrado de ella. Li Liweng aconsejaba que el mejor modo de gozar las orquídeas no es colocarlas en todas las habitaciones, sino en una sola, y sentir entonces el placer de su fragancia al pasar por ese cuarto. Las orquídeas americanas no parecen tener esa sutil fragancia, pero en

cambio son mayores y más suntuosas de forma y de color. En mi ciudad y mi provincia tenemos, según es fama, las mejores orquídeas de China, que se llaman "orquídeas de Fukien". La flor es de un verde pálido, con manchas púrpuras, y de un tamaño mucho más pequeño, pues los pétalos tienen apenas una pulgada de largo. La variedad mejor y más valiosa, la Ch'en Mengliang, tiene tal color que apenas es visible cuando se la sumerge en agua, pues su matiz es igual al de ésta. Contrariamente a lo que pasa con la peonía, cuyas variedades se denominan según su lugar de origen, las distintas variedades famosas de orquídeas se llaman, como tantas

variedades de • flores norteamericanas, como sus dueños: "General P'u", "Comandante Shun", "Juez Li", "Octavo Hermano Huang", "Ch'en Menglang", "Hsü Chingch'u".

No hay duda que la extrema dificultad del cultivo de las orquídeas y la gran delicadeza de la flor han contribuido a su nobleza de carácter. Entre todas las flores, la orquídea es la que más fácilmente se seca o se pierde al menor error de quien la cuida. Por eso, quien ama a las orquídeas las atiende siempre con su cuidado personal y no las deja a cargo de los sirvientes, y hasta he visto personas que cuidaban las orquídeas como a sus propios padres.

Una planta sumamente valiosa solía despertar tantos celos como una pieza de bronce o un jarrón particularmente bueno, y solía ser muy amargo el odio que despertaba un amigo al negarse a regalar brotes nuevos. En los libros chinos se registra el caso de un sabio a quien un amigo le negó brotes nuevos de una planta y fue condenado a la cárcel por robarlos. Shen Fu expresa muy bien este sentimiento, en Seis capítulos de una vida flotante, de la siguiente manera:

La orquídea era la más preciada entre todas las flores por su contenida fragancia y su gracioso encanto, pero resultaba difícil obtener variedades clásicas realmente buenas. Cuando

murió Lamp'o, me legó una maceta de orquídeas de primavera, cuyas flores tenían pétalos en forma de loto; el centro de las flores era ancho y blanco, los pétalos muy nítidos y parejos en los "hombros", y los tallos muy delgados. Este tipo era clásico, y yo aprecié la planta como una pieza de jade antiguo. Cuando yo trabajaba lejos de casa. Yü solía cuidarla personalmente y así creció muy hermosa. A los dos años murió repentinamente. Extraje las raíces y vi que estaban blancas como el mármol y tampoco había nada de malo en los brotes. Al principio no lo pude comprender y me limité a atribuirlo, con un suspiro, a mi mala suerte que me

hacía indigno de cultivar tales flores. Después supe que alguien había pedido flores de la misma planta y, ante la negativa, la mató derramando agua hirviendo sobre ella. Entonces juré que nunca volvería a cultivar otra orquídea.

El crisantemo es la flor del poeta T'ao Yüanming, como la flor de ciruelo fue la flor del poeta Lin Hochin, y el loto fue la flor del doctrinario confuciano Chou Liench'i. El crisantemo florece al terminar el otoño y comparte la idea de "fría fragancia" y "frío esplendor". Es fácil ver y comprender el contraste entre el frío esplendor del crisantemo y el vistoso esplendor de la peonía, digamos. Existen centenares de

variedades y, por lo que yo sé, un gran sabio Sung, Fan Ch'engta, inició la costumbre de registrar las diferentes variedades con los nombres más hermosos. La variedad parece ser la esencia misma del crisantemo, tanto la variedad de forma como la de color. Se considera el blanco y el amarillo como colores "ortodoxos" de la flor, en tanto que el púrpura y el rojo son tenidos por desviaciones y, por lo tanto, se les da menor categoría. Los colores blanco y amarillo dieron origen a variedades como "campanas de plata", "cuenco de jade", "campanas de jade", "bola bordada de jade". Se dio a algunas el nombre de bellezas famosas, como

"Yang Kueífei" y "Hsishih". A veces se parecen por su forma a la cabellera de una mujer, y a veces sus pétalos semejan rizos. Algunas variedades tienen más fragancia que otras, y las mejores deben tener el perfume del almizcle o de un incienso llamado "sesos de dragón".

El loto o lirio de agua forma de por sí una clase y me parece, personalmente, la más hermosa de todas las flores, si consideramos la flor, incluso su tallo y las hojas que flotan en el agua, como un todo. Es imposible gozar del verano sin tener flores de loto en las cercanías, y si no se dispone de una casa cerca de un estanque, se las puede cultivar en recipientes de barro. En este caso, sin

embargo, perdemos toda la belleza de un trecho de media milla de flores de loto cuyo perfume penetra el aire y cuyos pétalos blancos con las puntas rojas contrastan con las anchas hojas verdes sobre las cuales corre el agua como perlas líquidas. Chou, el sabio Sung, escribió un ensayo para explicar por qué amaba el loto y señalar que el loto, como un caballero, crece en el agua sucia pero no se contamina. Hablaba como un doctrinario. confuciano. Desde el punto de vista utilitario, sirven todas las partes de la planta. La raíz del loto se usa para hacer una bebida refrescante, sus hojas para envolver frutas o comida que se quiere hervir, sus

flores para gozar de su forma y su fragancia, y, finalmente, las semillas son consideradas como el alimento de las hadas, ya crudas, recién arrancadas de la vaina, o secas y azucaradas.

El peral hait'ang, cuyas flores se parecen a las del manzano. goza de tanta popularidad entre los poetas como cualquier flor, aunque Tu Fu no hizo una sola mención de estas flores que crecían en su provincia natal, Szechuen. Se han dado varias explicaciones, pero la más plausible es la de que Hait'ang era el nombre de su madre y por deferencia a ella evitó mencionarlo. Sólo hay dos flores por cuya fragancia estoy dispuesto a olvidar la orquídea, y son la casia y el

narciso. El último es también un producto especial de mi ciudad natal, Changchow, y el valor de su importación en los Estados Unidos, en forma de bulbos de cultivo, llegó en un tiempo a centenares de miles de dólares, hasta que el Departamento de Agricultura consideró prudente privar al pueblo norteamericano de esta flor de celestial fragancia a fin de protegerle de posibles gérmenes. Es fantástica la noción de que los blancos bulbos del narciso, limpios como un hada, que deben ser plantados, no en el barro, sino en un cuenco de cristal o de porcelana lleno de agua y con piedrecillas, y atendido con el mayor cuidado, puedan contener

gérmenes nocivos. De la azalea se supone que es una flor trágica, a pesar de su sonriente belleza, porque dice la leyenda que nació de las lágrimas de sangre del cuclillo que antes había sido un niño en busca de un hermano perdido a quien había echado del hogar la madrastra.

Tan importante como la selección y la clasificación de las flores es su arreglo en jarrones o floreros. Es este un arte **que se remonta** hasta el siglo XI. El autor de **Seis capítulos de una vida flotante**, escrito a comienzos del siglo XIX, en **so** capítulo sobre "Los pequeños placeres de la vida", da **una** descripción del arte de arreglar las

flores de modo que parezcan un cuadro de buena composición.

El crisantemo, sin embargo, era mi pasión en el otoño de cada año. Me gustaba arreglar estas flores en jarrones, pero no cultivarlas en macetas, no porque no quisiera tenerlas de esa manera, sino porque no tenía jardín en mi casa y no podía cuidarlas personalmente. Las que compraba en el mercado no estaban educadas a mi gusto. Cuando uno arregla crisantemos en los jarrones, debe tomar un número par, no impar, y cada jarrón debe tener flores de un solo color. La boca del jarrón debe ser ancha para que las flores puedan hallarse cómodamente juntas.

Haya media docena o aun treinta o cuarenta flores en un jarrón deben estar arregladas de manera que surjan juntas y rectas de la boca, que no estén muy apretadas ni demasiado sueltas, que no se extiendan mucho a los 'lados ni se inclinen contra la boca del jarrón. Esto se llama "mantener firme el mango". A veces pueden estar graciosamente erguidas, y a veces desplegadas en distintas direcciones. Al fin de evitar un efecto desnudo y monótono, se las debe mezclar con algunos pimpollos y concertarlas en una especie de estudiado desorden. Las hojas no deben ser demasiado espesas ni muy tiesos los tallos. Cuando se usan horquillas para

enderezar los tallos, hay que quebrar las más largas para que no se vean. Esto se llama "mantener despejada la boca del jarrón". Hay que colocar de tres a siete jarrones en una mesa, según el tamaño de ésta, porque si hubiera demasiados, estaría atestada y parecería un puesto de crisantemos en el mercado. Los soportes de los jarrones deben ser de distinta altura, desde tres o cuatro pulgadas hasta dos pies y medio, para que los distintos jarrones a diferentes alturas se equilibren y pertenezcan íntimamente uno al otro como en un cuadro con unidad de composición. Poner un jarrón muy alto en el centro y dos bajos a los costados, o poner uno bajo al frente y

uno alto detrás, o arreglarlos en pares simétricos, sería crear lo que se llama vulgarmente "un montón de vistosa basura". El espaciamiento y el arreglo adecuados deben depender de que el individuo comprenda la composición pictórica.

En el caso de los cuencos o floreros abiertos, el método para dar apoyo a las flores consiste en mezclar resina refinada con corteza de olmo, harina y aceite, y calentar la mezcla en cenizas de heno hasta que sea una especie de cola, y con ella pegar algunos clavos, con la cabeza hacia abajo, en un trozo de cobre. Esta lámina de cobre debe ser luego calentada y encolada al fondo del

cuenco. Cuando se enfría, se atan las flores en grupos por medio de un alambre y se las fija en esos clavos. Se debe permitir que las flores se inclinen a los costados y no que suban directamente del centro; también es importante que no estén muy juntos los tallos y las hojas. Después de hacer todo eso, se pone un poco de agua en el cuenco y se cubre el soporte de cobre con un poco de arena limpia, para que las flores parezcan brotar directamente del fondo del cuenco.

Cuando se recogen ramas floridas de los árboles para ponerlas en jarrones, es importante saber cómo hay que cortarlas antes, porque no siempre puede uno ir a

recogerlas personalmente, y a menudo son insatisfactorias las que recogen los demás. Hay que tener la rama en la mano y volverla en diferentes sentidos para ver cómo queda más expresiva. Después de haberse decidido, hay que podar las ramas superfinas, con la idea de hacer que parezca delgada y rala y extrañamente hermosa. Piénsese después cómo va a quedar el tallo en el jarrón y qué curva tendrá, de modo que al ponerlo muestre mejor las hojas y las flores. Si uno se limita a tomar cualquier rama que esté al alcance de la mano, corta una sección recta y la pone en un jarrón, la consecuencia será que el tallo quedará demasiado tieso, las ramitas

demasiado juntas y las flores y hojas vueltas en cualquier dirección, desprovistas de todo su encanto y expresión. Para torcer una rama recta hágasele una marca en el tallo e insértesele un trocito de ladrillo o de piedra. La rama derecha se torcerá entonces. En el caso de que el tallo sea demasiado débil, úsense horquillas para enderezarlo. Con este método, hasta las hojas de arce y los gajos de bambú y hasta las comunes hojas de césped y los cardos quedarán muy bien como adorno. Póngase una ramita verde de bambú junto a unas pocas bayas de viña matrimonial china o arréglense algunas hojitas de césped con rama de cardo.

Quedarán muy poéticas si se las arregla correctamente.

VI. LOS "JARRONES DE FLORES" DE YÜAN CHUNGLANG

Probablemente el mejor tratado sobre la forma de arreglar flores fue el que escribió Yüan Chunglang, uno de mis autores favoritos por otros motivos, que vivió a fines del siglo XVI. Su libro sobre el arreglo de flores en jarrones, llamado P'ingshih, es altamente considerado en el Japón, y se sabe que hay una Escuela Yüan de arreglo de las flores. Este autor comenzó su prefacio señalando que como las colinas y el

agua y las flores y los bambúes están afortunadamente fuera del alcance de quienes luchan por la fama y el poder, y además, como las gentes ocupadas en sus empresas no tienen tiempo para gozar de las colinas y el agua y las flores y bambúes, el estudioso que se recluye puede aprovechar esta oportunidad y monopolizar ese goce para sí. Explicaba, no obstante, que no debe considerarse jamás como normal el goce de los jarrones de flores, sino a la sumo solamente como un sustituto temporal para la gente que vive en las ciudades, y su goce no debe hacernos olvidar la felicidad mayor, el goce de las colinas y de los lagos.

Partiendo de la consideración de que es preciso tener cuidado cuando se admiten flores como adorno en el estudio, y que es mejor no tener flores que admitir variedades promiscuas, seguía describiendo los diversos tipos de jarrones de bronce y porcelana que se debían emplear. Se distinguen dos tipos. Quienes son ricos y poseen antiguos vasos de bronce de la dinastía Han y disponen de grandes salones, deben tener flores grandes y ramas muy altas, puestas en jarrones enormes.

En cambio, los sabios deben tener ramas de flores más pequeñas, con jarrones menores, que también deben ser cuidadosamente elegidos. Las únicas

excepciones que se permiten son la peonía y el loto que, por ser flores grandes, deben colocarse en vasos grandes.

Cuando se colocan flores en los jarrones:

Uno debe evitar que sean demasiado profusas o demasiado magras. A lo sumo, se pueden colocar en un jarrón dos o tres variedades, y sus alturas relativas y su arreglo deben tender a la composición de un buen cuadro. Al colocar floreros, se debe evitar su colocación en pares, o uniformes, o en una recta fila. También se debe evitar la costumbre de atar flores con cordel. Porque la nitidez de las flores reside

exactamente en su irregularidad y en la naturaleza de su manera, como la prosa de Su Tungp'o, que fluye o se detiene según le place, o como los poemas de Li Po, que no van necesariamente en pareados. Esto es verdadera nitidez. ¿Cómo se puede hablar de nitidez cuando las ramas y las hojas solamente hacen juego una con otra y se mezcla el rojo con el blanco? Esto semeja los árboles en el patio de un funcionario provincial **de** menor cuantía o las puertas de piedra que conducen a una tumba.

Al elegir y quebrar las ramas, debe uno elegir las gráciles y exquisitas y no ponerlas juntas en gran número. Se debe

usar solamente una clase de flores, a lo sumo dos, y las dos deben ser arregladas de tal modo que parezcan salir de una sola rama... Generalmente las flores deben hacer juego con los jarrones, y pueden ser cuatro o cinco pulgadas más altas que el jarrón mismo. Para un recipiente de dos pies de altura, ancho en el centro y en el fondo, las flores deben tener dos pies y seis o siete pulgadas desde la boca del vaso... Si el jarrón es alto y delgado, se debe disponer de dos ramas, una larga y una corta, y tal vez curvadas, y en este caso es mejor que las flores sean unas pocas pulgadas más cortas que el vaso mismo. Lo que más se ha de evitar es que las

flores sean demasiado delgadas para 'el jarrón. También se debe evitar la profusión, como, por ejemplo, cuando se atan las flores juntas como un manojo, carentes de todo encanto. Al poner flores en jarrones pequeños, se debe dejar que las flores salgan dos pulgadas más cortas que el cuerpo del jarrón. Por ejemplo, un vaso estrecho de ocho pulgadas de altura debe tener flores de sólo seis o siete pulgadas. Pero si los vasos son de aspecto robusto, las flores pueden ser dos pulgadas más largas que ellos.

L* habitación en que se colocan las flores debe contener una sola **mesa** y un lecho de cañas. La mesa debe ser ancha

y gruesa, y de fina **madera**, y de pulida superficie. Se deben eliminar todas las* mesas de laca **coa** márgenes adornados, los divanes dorados y los pedestales con dibujos florales coloreados.

Con respecto al "baño" de las flores, o sea a su riego, el autor demuestra una amante visión de los modos y sentimientos de las mismas flores:

Porque las flores tienen sus temperamentos de felicidad y de pena, y sus horas para dormir. Si se baña a las flores en su mañana y su atardecer, a la hora debida, el agua es para ellas como una buena lluvia. Un día de nubes ligeras y sol suave, y el atardecer y la luna hermosa, constituyen la mañana

para las flores. Una fuerte tormenta, una lluvia torrencial, un sol ardoroso y el frío intenso, son su atardecer. Cuando se entibian al sol y sus cuerpos delicados están protegidos del viento, las flores tienen temperamento feliz. Cuando parecen ebrias o quietas y fatigadas y cuando el día está brumoso, las flores tienen el temperamento pesaroso. Cuando sus ramas se inclinan y descansan a un lado como incapaces de mantenerse erguidas, es porque las flores sueñan dormidas. En su "mañana", se las debe colocar en un pabellón vacío o una casa grande; en su "noche", se las debe poner en una habitación pequeña o una cámara retraída; cuando están

contentas han de sonreír y gritar y hacerse bromas una a otra; durante su sueño han de bajar las cortinas, y una vez que despiertan han de atender a su tocado. Todo esto se hace para complacer su naturaleza y regular sus horas de levantarse y acostarse. Bañar las flores en su "mañana" es lo mejor; bañarlas cuando están dormidas es lo segundo, y bañarlas cuando se sienten felices es lo último. En cuanto a bañarlas durante su "noche" o durante sus pesares, más bien parecería esto una forma de castigar a las flores.

La forma de bañar las flores consiste en emplear agua fresca y dulce de un manantial y derramarla gentilmente en

pequeñas cantidades, como un breve chaparrón que despierta a un hombre ebrio, o como el suave rocío que solía penetrarles el cuerpo. Se debe evitar tocar las flores con las manos, o arrancarlas con los dedos, y esta tarea no puede ser confiada a sirvientes estúpidos o doncellas sucias. Las flores de ciruelo deben ser bañadas por sabios reclusos, el *hait'ang* por huéspedes encantadores, la peonía por jóvenes bellamente vestidas, la flor de granado por hermosas esclavas, la casia por niños inteligentes, el loto por fascinadoras concubinas, el crisantemo por personas notables que aman a los antiguos, y el ciruelo de invierno por un

grácil monje. Por otra parte, las flores que se abren en la estación fría no deben ser bañadas, sino protegidas con una delgada gasa de seda.

Según Yüan, ciertas flores se acompañan por ciertas flores como si fueran sus menores o "mucamas" en un jarrón. Como las doncellas personales que atendían a una dama durante toda su vida eran una institución en la vieja China, se llegó a la noción de que las damas hermosas parecían perfectas cuando tenían al lado a sus bonitas doncellas, como accesorios necesarios. Tanto las damas como las doncellas debían ser hermosas, pero hay un je ne

sais quoi que marca la distinción de la belleza entre la doncella y su ama. Las doncellas que no estaban en armonía con sus amas eran como establos que no hacen juego con la casa principal. Llevando la idea a las flores, Yüan vio que, como "doncellas" en su jarrón, las flores de ciruelo deben tener camelias, el *hait'ang* debe tener flores de manzano y lilas, la peonía debe tener rosas, la peonía albiflora debe tener margaritas y girasoles de Szechuen, la flor de granado debe tener mirtos rizados e *hibiscus syriacus*, el loto debe tener lirios blancos, la casia debe tener *hibiscus mutabilis*, el crisantemo debe tener "haif ang de otoño", y el ciruelo de

invierno debe tener narcisos. Cada doncella es exquisita a su modo, y todas difieren en sus encantos voluptuosos o elegantes, como sus amos. No es que se pretendiera disminuir a estas flores-doncellas, pues eran comparables a las famosas doncellas de la historia: etéreo hasta lo más profundo el narciso, como Liang Yüch'ing, la doncella de la Hilandera en el cielo; la camelia y la rosa frescas y juveniles como las doncellas Hsiangfeng y Chingwan de las familias Shih y Yang (de la Dinastía Chin); la flor de shuntan limpia y "romántica" como la doncella de la trágica monja-poetisa Yü Hsüanch'i; grácil la lila, fresco el lirio blanco, y

tímido el "hait'ang de otoño", pero con el sabor de un poco de pedantería, como la doncella de Cheng K'anch'— eng (estudioso de la Dinastía Han y profuso comentador de clásicos confucianos). (

[\[45\]](#))

Atenido a su idea central de que todo el que logre resultados notables en una línea, aunque sea en jugar al ajedrez, debe amarla hasta el punto de la locura, Yüan desenvuelve **la** misma idea con respecto al amor a las flores como pasatiempo:

He comprobado que las personas tediosas en su conversación, y poco atractivas al mirarles la cara, son las que no tienen pasatiempos... Cuando las personas de antaño que tenían debilidad por las flores oían decir que había alguna variedad notable, viajaban a través de altas montañas y hondas gargantas en busca de las flores, sin conciencia de la fatiga corporal, del frío amargo o el calor sofocante, de sus cuerpos llenos de barro y su tez resquebrajada. Cuando estaba por abrirse una flor, movían sus camas y sus almohadas para dormir bajo ellas, para mirar cómo pasaban las flores de la infancia a la madurez y finalmente caían

y morían. O las plantaban de a miles en sus huertos para estudiar cómo variaban, o guardaban apenas unas pocas en sus cuartos para agotar su interés. Algunos podían decir qué tamaño tenían las flores con sólo oler sus hojas, y algunos podían decir, por las raíces, el color de las flores. Estas eran las personas que amaban verdaderamente a las flores y que en realidad tenían debilidad por ellas.

Con respecto al "goce" (o shang) de las flores, se ha señalado especialmente que:

Gozarlas con el té es lo mejor; después, gozarlas con la conversación, y tercero, gozarlas con el vino. En cuanto

a todas las formas de ruidoso comportamiento y de parloteo vulgar y común, son un insulto para el espíritu de las flores. Debería uno sentarse, quieto y callado como un tonto, antes que ofenderlas. Hay un lugar y un momento adecuados para el goce de las flores, y gozar de ellas sin respeto por las circunstancias debidas sería un sacrilegio. En la estación fría se debe gozar de las flores al comenzar una nevada, o cuando se ha despejado el cielo después de nevar, o durante la luna creciente, o en una habitación tibia. Se debe gozar de las flores en la estación templada (primavera) en un día claro o en un día levemente frío, en un salón

hermoso. Las flores de verano deben ser gozadas después de la lluvia, en una brisa refrescante, a la sombra de árboles bellos, debajo de los bambúes, o en una terraza con estanque. Las flores de la estación fresca (otoño) deben ser gozadas bajo una luna fresca, al atardecer, al borde de un salón con piso de piedra, en el musgoso sendero de un jardín o en las vecindades de ásperas rocas rodeadas de viejas lianas. Si uno mira a las flores sin parar mientes en el viento y el sol y el lugar, o cuando vagan los pensamientos y no tienen relación con las flores, ¿qué diferencia hay entre ello y ver flores en casas de canciones y tabernas de vino?

Finalmente, Yüan expone las catorce condiciones "placenteras" para las flores, y las "veintitrés" (

[\[46\]](#)) condiciones vergonzosas o humillantes para las flores, que van a continuación:

*CONDICIONES QUE
COMPLACEN A LAS
FLORES*

Una ventana clara.

Un cuarto limpio.

Trípodes antiguos.

Tinteros de piedra Sung.

"Ondas de pinos" y sonidos de río.

El amo que ama pasatiempos y
poesía.

Un monje de visita que comprende el
té.

Un natural de Chichow llega con
vino.

Los huéspedes en el cuarto son
exquisitos.

Muchas flores abiertas.

Ha llegado un amigo despreocupado.

Copiar libros sobre cultivo de
flores.

La tetera canta muy tarde en la
noche.

La esposa y las concubinas que
corrigen historias de flores.

*CONDICIONES
HUMILLANTES PARA LAS
FLORES*

El dueño que recibe huéspedes
constantemente.

Un sirviente estúpido que pone
ramas de más y trastorna el arreglo.

Monjes ordinarios que hablan zen.

Perros que pelean ante la ventana.

Niños cantores de la Calleja de
Lientsé.

Tonadas de Yiyang (Kiangsi).

Mujeres feas que recogen flores y
se adornan los cabellos con ellas.
Discutir promociones y descensos
oficiales de la gente.

Falsas expresiones de amor.

Poemas escritos por cortesía.

Flores en plena floración antes de
que uno haya pagado sus deudas.

La familia que pide cuentas.

Escribir poemas consultando
diccionarios de la rima.

Libros en mal estado que se dejan al
descuido en cualquier parte.

Agentes de Fukien.

Pinturas espúreas de Kiangsu.

Excrementos de ratones y ratas.

Las huellas sucias que dejan los

caracoles.

Sirvientes tendidos cerca de las flores.

Cuando se termina el vino después de haber empezado los juegos de vino.

Vecindad de una venta de vinos.

Un trozo de escritura con frases como el "purpúreo aire matinal" (común en las loas imperiales) sobre el escritorio.

VII. LOS EPIGRAMAS DE CHANG CH'AO

Hemos visto que el goce de la naturaleza no reside solamente en el arte y la pintura. La naturaleza entra en

nuestra vida como un todo. Es toda color y sonido y forma y manera de ser y atmósfera, y el hombre, como artista que percibe la vida, comienza a seleccionar los modos de la naturaleza y armonizarlos con los suyos. Esta es la actitud de todos los escritores chinos, ya sea de poesía o de prosa, pero creo que su mejor expresión se encuentra en los epigramas de Chang Ch'ao (mediados del siglo XVII), en su libro Yu-mengying (o Dulces sombras soñadas). Es un libro de máximas literarias, de las que hay muchas compilaciones pero ninguna comparable a las que escribió el mismo Chang Ch'ao. Estas máximas literarias están, en relación con los proverbios

populares, como los cuentos de hadas de Andersen en relación con los viejos cuentos de hadas ingleses, o como las canciones de Schubert en relación con las melodías folklóricas. Tanto se ha querido su libro, que un grupo de sabios chinos ha sumado comentarios propios a cada una de sus máximas, en la más deliciosa vena familiar. Me veo obligado, empero, a traducir solamente algunas de las mejores de sus máximas acerca del goce de la Naturaleza. Unas pocas de sus máximas sobre la vida humana son tan buenas y forman parte tan vital del todo que he de incluir algunas de ellas al final.

DE LO QUE SE DEBE HACER

Es absolutamente necesario que las flores tengan mariposas, que las colinas tengan manantiales, que las rocas tengan musgos, que el agua tenga berros, que los árboles altos tengan lianas enredadas, y que los seres humanos tengan pasatiempos.

Se debe gozar de las flores en compañía de hermosas mujeres, embriagarse bajo la luna en compañía de amigos encantadores, y gozar de la luz de la nieve en compañía de sabios muy inteligentes.

Plantar flores sirve para invitar a las mariposas, apilar rocas sirve para invitar a las nubes, plantar pinos sirve para invitar al viento, tener un estanque de agua sirve para invitar a las algas, construir una terraza sirve para invitar a la luna, plantar bananeros sirve para invitar a la lluvia, y plantar sauces sirve para invitar a la cigarra.

Siempre se obtiene un sentimiento diferente cuando se mira a las colinas desde lo alto de una torre, cuando se mira a la nieve desde una muralla, cuando se mira a la luna a la luz de una lámpara, cuando se mira a las nubes coloreadas desde un bote, y cuando se mira a las mujeres hermosas en una

habitación.

Las rocas contiguas a un ciruelo deben parecer "antiguas", las que están cercanas a un pino deben parecer "estúpidas", las que están junto a bambúes deben parecer "gráciles" y las que están dentro de un cuenco de flores deben ser exquisitas.

Las aguas azules vienen de verdes colinas, porque el agua quita su color a las colinas; los buenos poemas vienen de perfumados vinos, porque la poesía extrae su inspiración del vino.

Cuando se encuentra el espejo con una mujer fea, cuando una rara piedra de tinta encuentra un dueño vulgar, y cuando una buena espada está en manos

de un general ordinario, no hay absolutamente nada ' que hacer.

DE FLORES Y MUJERES

Uno no debería ver cómo se agostan las flores, cómo se hunde la luna bajo el horizonte, o cómo mueren en su juventud las mujeres bellas.

Debe uno ver las flores cuando están en flor, después de plantarlas; la luna cuando es llena, después de esperarla; un libro cuando está terminado, después de empezar a escribirlo, y las mujeres bellas cuando están alegres y felices. De lo contrario, nuestro propósito es

fallido.

Se debe mirar a las mujeres bellas en su arreglo matinal, después de que se han empolvado.

Hay caras que son feas pero a las que se puede mirar, y otras caras que no pueden ser miradas, aunque no son feas; hay escritos que son hermosos aunque no gramaticales, y hay otros escritos que son muy gramaticales, pero repugnantes. Esto es algo que no puedo explicar a personas superficiales.

Si uno ama las flores con el mismo corazón que ama a las mujeres bellas, siente un especial encanto en ellas; si uno ama a las mujeres bellas con el mismo corazón que ama a las flores,

siente una especial ternura y un afecto protector.

Las mujeres hermosas son mejores que las flores porque comprenden el lenguaje humano, y las flores son mejores que las mujeres hermosas porque irradian fragancia; pero si no se puede tener ambas cosas a la vez, se debe renunciar a las fragantes y tomar las que hablan.

Al poner flores en jarrones de color de hígado, se las debe arreglar de modo que el tamaño y la altura del jarrón hagan juego con los de las flores, y que hagan contraste con ellas el matiz y la profundidad de su color.

Casi todas las flores seductoras y

hermosas no son fragantes, y son casi siempre mal formadas las flores que tienen capa tras capa de pétalos. ¡Ay, rara es una personalidad perfecta! Sólo el loto combina ambas cosas.

La flor de ciruelo hace que el hombre se sienta inteligente, la orquídea hace que el hombre se sienta recluso, el crisantemo hace que el hombre tenga el corazón sencillo, el loto hace contento al hombre, el haifang (

[\[47\]](#)) de primavera hace apasionado al hombre, la peonía hace caballeresco al hombre, el bambú y el bananero hacen encantador al hombre, el hait'ang de otoño hace gracioso al hombre, el pino

hace que el hombre se sienta como un recluso, el wut'ung (sterculia platanifolia) hace limpio de corazón al hombre, y el sauce hace sentimental al hombre.

Si una belleza tiene cara de flor, voz de pájaro, alma de luna, expresión de sauce, encanto de un lago en otoño, huesos de jade y piel de nieve, y corazón de poesía, yo estaría perfectamente satisfecho. (¡Ya lo creo!, Lin Yutang) ([\[48\]](#)).

Si no hay libros en este mundo, nada queda por decir, pero como los hay, es preciso leerlos; si no hay vino, nada queda por decir, pero como lo hay, es preciso beberlo; si no hay montañas famosas, nada queda por decir, pero como las hay, es preciso visitarlas; si no hay floret ni luna, nada queda por decir, pero como las hay, es preciso gozarlas y "jugarlas"; si no hay hombres de talento y mujeres hermosas, nada queda por decir, pero como los hay, es preciso amarlos y protegerlos.

La razón por la cual el espejo no llega a ser enemigo de las mujeres feas es que no tiene sentimientos; si los tuviera, se habría roto en pedazos.

Siente una ternura hasta por una flor en maceta cuando la acaba de comprar; ¡cuánto más tierno ha de ser hacia una "flor que habla"!

Sin vino y poesía no tendría propósito la existencia de las colinas y el agua; sin la compañía de mujeres hermosas se desperdiciarían las flores y la luna. Los hombres de talento que son guapos a la vez, y las mujeres hermosas que a la vez saben escribir, no podrán vivir largo tiempo. Esto no es solamente porque los dioses tengan celos de ellos, sino porque este tipo de personas no es sólo el tesoro de una generación sino el tesoro de todas las edades, de modo que el Creador no quiere dejarlas demasiado

tiempo en este mundo, por temor al sacrilegio.

*DE LAS COLINAS Y EL
AGUA*

De todas las cosas del universo, las que conmueven más profundamente al hombre son: la luna en el cielo, el ch'in en la música, el cuclillo entre los animales y el sauce entre las plantas.

Preocuparse por la luna a causa de las nubes, preocuparse por los libros a causa de la polilla, preocuparse por las flores a causa de las tormentas y preocuparse por los hombres de talento

y las mujeres hermosas a causa del duro destino, es tener el corazón de un Buda.

Sin pesares muere uno si en el mundo entero hay "un amigo del alma", o uno que "conoce su corazón".

Un escritor antiguo dijo que si no hubiera flores ni luna ni mujeres hermosas no querría nacer en este mundo, y yo podría agregar que si no hubiera pluma ni tinta ni ajedrez ni vino, no tendría objeto nacer como hombre.

La luz de las colinas, el sonido del agua, el color de la luna, la fragancia de las flores, el encanto de los hombres de letras y la expresión de las mujeres hermosas son todas cosas elusivas e indescriptibles. Hacen que no podamos

dormir por sonar con ellos y no podemos comer por pensar en ellos.

La nieve nos recuerda un estudioso muy inteligente; la flor nos recuerda damas hermosas; el vino nos recuerda buenos espadachines; la luna nos recuerda buenos amigos, y las colinas y el agua nos recuerdan buena poesía y buena prosa que complacen al mismo autor.

Hay panoramas en la tierra, panoramas en la pintura, panoramas en los sueños y panoramas en el pecho. La belleza de los panoramas en la tierra reside en la profundidad y la irregularidad de sus contornos; la belleza de los panoramas en la pintura

reside en la libertad y el lujo de acción del pincel y la tinta; la belleza de los panoramas en los sueños reside en sus vistas que cambian extrañamente, y la belleza de los panoramas en el corazón reside en que todo está en su debido lugar.

Para los lugares que pasamos durante nuestros viajes, no tenemos que ser exagerados en nuestras exigencias artísticas; pero debemos serlo para los lugares en que vamos a instalarnos.

El brote de bambú es un fenómeno-entre las verduras: el lich'i es un fenómeno entre las frutas; el cangrejo es un fenómeno entre los animales acuáticos; el vino es un fenómeno entre

nuestras comidas y bebidas; la luna es un fenómeno en el firmamento; el Lago Occidental es un fenómeno entre colinas y aguas, y los versos Sung (ts'e) y los poemas dramáticos Yüan (ch'ü) son fenómenos en la literatura.

A fin de ver colinas y ríos famosos, hay que tener suerte predestinada; a menos que haya llegado el momento fijado, no tiene uno tiempo para verlos aunque estén situados a una docena de millas.

Las imágenes en un espejo son retratos en colores, pero las imágenes (sombras) bajo la luz de la luna son esbozos a pluma. Las imágenes en un espejo son pinturas con sólidos

contomos, pero las imágenes bajo la luz de la luna son "pinturas sin huesos". Las imágenes de las colinas y las aguas en la luna son geografía del cielo, y las imágenes de las estrellas y la luna en el agua son astronomía sobre la tierra.

DE PRIMAVERA Y OTOÑO

La primavera es el estado de ánimo natural del cielo; el otoño es uno de sus modos pasajeros.

El pueblo antiguo consideraba el invierno como "extra" (o período de descanso) de las otras tres estaciones, pero creo que debemos considerar el

verano como la estación de los "tres extras": levantarse en un amanecer de verano es lo extra de la noche; sentarse en una noche de verano es lo extra del día; y una siesta de tarde es lo extra del intercurso social. A la verdad, "amo los largos días de verano", como dice un antiguo poeta.

Debe uno disciplinarse en el espíritu del otoño y tratar a los demás con espíritu de primavera.

La buena prosa y los "poemas T'ang" deben tener el espíritu del otoño; los buenos versos Sung y los poemas dramáticos Yüang deben tener el espíritu de primavera. (

DE LOS SONIDOS

Se debe escuchar el sonido de los pájaros en primavera, el sonido de las cigarras en verano, el sonido de los insectos en el otoño y el sonido de la nevada en invierno; se debe escuchar el sonido del juego de ajedrez de día, el sonido de la flauta bajo la luna, el sonido de los pinos en la montaña y el sonido de las olas en el agua. Entonces no se habrá vivido en vano. Pero cuando

un vagabundo comienza una pelea en la calle, o cuando nos empieza a retar nuestra esposa, bien podríamos ser sordos.

Escuchar el sonido de los gansos nos hace pensar en Nankín; escuchar el sonido de los remos nos hace pensar en Soochow, Ch'angchow y Huchow (

[150](#)); escuchar el sonido de las olas en la playa nos hace pensar en Chekiang, y escuchar el sonido de las campanitas atadas al pescuezo de flacos caballos nos hace pensar que estamos en el camino a Sian.

Se deben escuchar todos los sonidos a la distancia; sólo los sonidos del ch'in pueden ser escuchados a la distancia y de cerca.

Perciben los oídos un sabor especial cuando escuchan música de ch'in bajo los pinos, cuando escuchan una flauta bajo la luna, cuando escuchan una catarata junto a un arroyo y cuando escuchan cantos budistas en la montaña.

Hay cuatro clases de sonidos del agua: el de las cataratas, el de los manantiales cantarines, el de los rápidos y el de las acequias. Hay tres clases de sonidos del viento: el de las "olas de pinos", el de las hojas de otoño y el de la tormenta sobre el agua. Hay dos

clases de sonidos de la lluvia: el de las gotas sobre las hojas de wut'ung y loto y el sonido del agua de la lluvia que del alero cae en los baldes de bambú.

DE LA LLUVIA

Esto que se llama lluvia puede hacer que los días parezcan cortos y que las noches parezcan largas.

Una lluvia de primavera es como un edicto imperial que confiere un honor; una lluvia de verano es como un escrito de perdón para un criminal condenado; una lluvia de otoño es como una endecha.

Un día de lluvia en primavera es adecuado para leer; un día lluvioso en verano es adecuado para jugar al ajedrez; un día lluvioso en otoño es adecuado para revisar cosas en los arcenes o la buhardilla, y un día lluvioso en invierno es adecuado para beber.

Escribiría yo una carta al Dios de la Lluvia para decirle que las lluvias de primavera deben venir después del quince de la primera luna (cuando ha pasado el Festival de la Linterna) y continuar hasta diez días antes de ch'ingming (el tercer día de la tercera luna, época en que empiezan a florecer los perales) y venir también en kuyü (la época de plantar arroz); que las lluvias

de verano deben venir los primeros y últimos diez días de cada mes (para que no molesten nuestro goce de la luna); que las lluvias de otoño deben venir en los primeros y últimos diez días de la séptima y la novena luna (dejando la octava luna, o mediados de otoño, sin lluvia alguna, para gozar de la luna de la cosecha); y que en cuanto a los tres meses de invierno no se necesita lluvia alguna.

*DE LA LUNA, EL VIENTO
Y EL AGUA*

Se exaspera uno con la luna

creciente porque declina tan temprano, y se exaspera con la luna menguante en su tercer cuarto porque sale tan tarde.

Escuchar una lección budista bajo la luna hace más desprevenido el modo mental; discutir la habilidad con la espada bajo la luna hace más inspirado el coraje; hablar de poesía bajo la luna hace más encantador en la reclusión el sabor personal de cada uno, y mirar mujeres hermosas bajo la luna hace más honda la pasión.

El método de "jugar" la luna es mirarla desde un sitio bajo cuando la noche es clara y brillante, y mirarla desde una altura cuando la noche es brumosa y poco clara.

El viento de primavera es como el vino; el viento de verano es como el té; el viento de otoño es como fumar, y el viento de invierno es como jengibre.

*DE LA HOLGANZA Y LA
AMISTAD*

Solamente quienes toman sosegadamente aquello por lo cual se atarea la gente del mundo, pueden atarearse por aquello que la gente del mundo toma sosegadamente.

Nada hay que goce más el hombre que la holganza, y esto no quiere decir que uno no haga nada durante un tiempo.

La holganza permite leer, viajar a lugares famosos, formar amistades beneficiosas, beber vino y escribir libros. ¿Qué placeres mayores que éstos puede haber en el mundo?

Cuando una nube refleja el sol, se convierte en una nube coloreada (hsia), y cuando un manantial se derrama sobre una roca se convierte en una catarata. Por una asociación diferente cobra un nuevo nombre. Por eso es tan valiosa la amistad.

Cuando se celebra el Festival de la Linterna en el quinceavo día de la primera luna, se debe beber con amigos desaprensivos; cuando se celebra el Festival del Bote del Dragón en el

quinto día de la quinta luna, se debe beber con amigos guapos; cuando se celebra la reunión anual del Pastor y la Hilandera en el Cielo, al séptimo día de la séptima luna, se debe beber con amigos que tengan encanto; cuando se mira a la luna de la cosecha, en el Festival de Medio Otoño, se debe beber con amigos tranquilos o de dulce temperamento; cuando se sube a las altas montañas en el noveno día de la novena luna, se debe beber con amigos románticos.

Hablar con amigos cultos es como leer un libro raro; hablar con amigos poéticos es como leer los poemas y la prosa de distinguidos escritores; hablar

con amigos que son cuidadosos y de conducta apropiada es como leer los clásicos de los sabios, y hablar con amigos ingeniosos es como leer una novela o un cuento.

Todo estudioso tranquilo ha de tener algunos amigos íntimos. Con "amigos íntimos" no quiero decir necesariamente aquellos que tienen una amistad jurada, por la vida y hasta la muerte, con nosotros. En general, amigos íntimos son los que, si bien separados por centenares de miles de millas, tienen todavía una fe implícita en nosotros y se niegan a creer rumores que nos son adversos; aquellos que al escuchar un rumor tratan de explicarlo y

desvanecerlo por todos los medios; aquellos que en momentos dados nos aconsejan qué debemos hacer y qué no debemos hacer, y aquellos que en la hora crítica vienen en nuestra ayuda y, a veces sin nuestro conocimiento, se encargan por propio acuerdo de arreglar una cuenta financiera, o hacen una decisión sobre nosotros, sin pensar por un momento si al hacerlo se hacen pasibles de la crítica de que acaso lastiman nuestros intereses.

Es más fácil encontrar amigos íntimos ("aquellos que conocen nuestros corazones") entre los amigos que entre la esposa y las concubinas, y es aun más difícil encontrar un amigo íntimo en la

relación entre gobernante y ministros.

Un "libro notable" es el que dice cosas que jamás se han dicho, y un "amigo íntimo" es el que abre ante nosotros sus secretos de familia.

Vivir en el campo sólo es placentero cuando se tienen buenos amigos consigo. Pronto cansan los campesinos y leñadores que sólo saben cómo distinguir las distintas especies de cereales y predecir el tiempo. Asimismo, entre las diferentes clases de amigos, los que saben escribir poemas son los mejores, los que saben hablar o sostener una conversación vienen después, los que saben pintar después, los que saben cantar en cuarto término y

por último los que comprenden los juegos de vino.

*DE LIBROS Y DE
LECTURA*

Leer libros en la juventud es como mirar a la luna por una rendija; leer libros en la edad madura es como mirar a la luna desde el patio, y leer libros en la ancianidad es como mirar a la luna desde una terraza abierta. Esto se debe a que la profundidad de los beneficios de la lectura varía en proporción con la profundidad de la experiencia de cada uno.

Sólo quien sepa leer los libros sin palabras (o sea el libro de la vida misma) puede decir cosas que sorprendan por lo bellas; y sólo quien comprenda la verdad difícil de explicar con palabras puede captar la más alta sabiduría budista.

Toda literatura inmortal, de antiguos y modernos, fue escrita con sangre y con lágrimas.

Todos los Hombres son Hermanos (Shuihu) es un libro de ira, La Epopeya del Mono (Hsiyuchi) es un libro de despertar espiritual, y Ciruela en Jarrón de Oro (una novela pornográfica) es un libro de pesar.

La literatura es panorama en un

escritorio, y un panorama es literatura sobre la tierra.

Leer es la mayor de todas las alegrías, pero hay más ira que alegría cuando se lee historia. Más, al fin y al cabo, hay un placer en tal ira ([151](#)).

Debemos leer los clásicos en invierno, porque entonces es cuando está más concentrada la mente; leer historia en verano, porque entonces hay más tiempo; leer los antiguos filósofos en otoño, porque tienen ideas tan encantadoras, y leer las obras completas

de autores más recientes en primavera, porque entonces vuelve a la vida la Naturaleza.

Cuando los literatos hablan de asuntos militares, es sobre todo ciencia militar en el estudio (literalmente, "hablar de soldados sobre el papel"); y cuando los jefes militares hablan de literatura, es sobre todo de rumores recogidos de oídas.

El hombre que sabe leer bien, advierte que todo se convierte en un libro, por doquiera que vaya: montañas y arroyos son libros también, igual que el ajedrez y el vino, igual que la luna y las flores. Un buen viajero advierte que todo se convierte en panorama por

doquiera que vaya: los libros y la historia son panoramas, y también lo son el vino y la poesía, igual que la luna y las flores.

Un escritor antiguo dijo que le gustaría dedicar diez años a la lectura, diez años a los viajes y diez años a la conversación y arreglo de lo que hubiese obtenido. Creo que esa conversación no debe llevar diez años, que dos o tres serían bastantes. En cuanto a la lectura y los viajes, no creo que ni siquiera el doble, o aun el quintuplo del período sugerido, sería suficiente para satisfacer mis deseos. Para esto habría que vivir trescientos años, como dice Huang Chiuyen.

La gente de antaño decía que "la poesía llega a ser buena solamente después de que uno es pobre o derrotado", (

[1521](#)) por la razón de que un hombre vencido suele tener muchas cosas que decir, y es fácil que las diga bien. ¿Cómo puede ser buena la poesía de la gente rica y triunfante cuando no suspira por sus propiedades ni se queja de no avanzar, y cuando sólo escribe del viento, las nubes, la luna y el rocío? La única manera de que escriba poesía una persona así es viajar, de modo que todo lo que vea a su paso, las montañas y los ríos y las costumbres de la gente y sus

modos de vivir, y acaso el sufrimiento de la gente durante la guerra o durante un hambre, puedan entrar en sus poemas. Si abrevia así en los pesares de los demás, para el fin de sus propias canciones y sus suspiros, puede uno escribir buena poesía sin esperar a ser pobre o vencido.

DE LA VIDA EN GENERAL

La pasión sostiene el fondo del universo y el genio pinta su techo.

Es mejor ser insultado por gente

vulgar que despreciado por caballeros; es mejor ser reprobado por un examinador oficial que desconocido para un sabio famoso.

Debe vivir el hombre de modo que sea como un poema, y deben ser las cosas igual que un cuadro.

Hay escenas que parecen muy exquisitas pero que en verdad son tristes y desventuradas, como, por ejemplo, una escena de niebla y de lluvia; hay situaciones que parecen muy poéticas, pero que en realidad son duras de soportar, como, por ejemplo, la enfermedad y la pobreza; y hay sonidos que son encantadores cuando se les menciona pero en realidad son vulgares,

como, por ejemplo, las voces de las mozas que venden flores.

No puedo ser granjero, y todo lo que puedo hacer es regar el jardín; no puedo ser labrador, y todo lo que puedo hacer es quitar la cizaña.

Las cosas que lamento, o que me exasperan, son diez: 1. Que las bolsas para libros sean tan fácilmente comidas por la polilla; 2. Que los mosquitos arruinen las noches de verano; 3. Que tenga goteras una terraza de luna; 4. Que se agosten a menudo las hojas de los crisantemos; 5. Que las hojas de los pinos estén llenas de grandes hormigas; 6. Que las hojas de bambú caigan al suelo en grandes cantidades; 7. Que las

flores de casia y de loto se mueran fácilmente; 8. Qué la planta de pilo oculte a menudo serpientes; 9. Que tengan espinas las flores en un arriate, y 10. Que a menudo sean ponzoñosas los puercoespines al comerlos.

Es sumamente bonito estar fuera de una ventana y ver que alguien escribe caracteres en el papel de la ventana desde adentro.

Debería ser uno la *hsüan* (*hemerocalis flava*, una planta que se llama "olvida-pesar") entre las flores, y no el cuclillo (que tiene fama de derramar lágrimas de sangre que se convierten en azaleas) entre las aves.

Nacer en épocas de paz en una

región de colinas y lagos cuando el magistrado es justo y recto, y vivir en una familia de medios acomodados, casarse con una esposa comprensiva y tener hijos inteligentes: esto es lo que llamo una vida perfecta.

Tener montañas y valles en el pecho nos permite vivir en la ciudad como en un bosque de la montaña, y ser devotos de las nubes transforma el Continente Meridional en una isla de hadas.

Sentarse a solas en una noche calma... invitar a la luna y contarle nuestra pena; estar a solas en una buena noche... y llamar a los insectos y decirles nuestros pesares.

Quien vive en la ciudad debe

considerar las pinturas como su panorama, los escenarios en miniatura y en una maceta como su jardín, y los libros como sus amigos.

Pedir a un sabio famoso que enseñe a nuestros hijos, ir a una montaña famosa y aprender el arte de escribir ensayos para un examen, y pedir a un escritor famoso que sea nuestro huésped literario: estas tres cosas son totalmente malas.

El monje no necesita abstenerse del vino, sí sólo de la vulgaridad; una enagua roja no necesita comprender literatura, sólo lo que es artísticamente interesante.

Si nos incomoda la llegada de los

cobradores de impuestos, debemos pagar temprano los impuestos a la tierra; si nos place hablar de budismo con los monjes, no podemos menos que hacer contribuciones a los templos de vez en cuando.

Es fácil olvidar todo, excepto el pensamiento de la fama; es fácil hacerse indiferente a todo, salvo a tres copas de vino.

El vino puede tomar el lugar del té, pero el té no puede ocupar el lugar del vino; los poemas pueden ocupar el lugar de la prosa, pero la prosa no puede tomar el lugar de los poemas; los poemas dramáticos Yüan pueden ocupar el lugar de los versos Sung, pero los

versos Sung no pueden ocupar el lugar de los poemas dramáticos Yüan; la luna puede ocupar el lugar de las lámparas, pero las lámparas no pueden ocupar el lugar de la luna; la pluma puede ocupar el lugar de la boca, pero la boca no puede ocupar el lugar de la pluma; una doncella puede ocupar el lugar de un sirviente, pero un sirviente no puede ocupar el lugar de una doncella.

Un poco de injusticia en el pecho se puede ahogar con vino; pero una gran injusticia en el mundo sólo se puede ahogar con la espada.

El jardín privado de un hombre ocupado debe estar junto a su casa; pero un hombre de holganza puede tener su

jardín privado a gran distancia de su casa.

Hay personas que tienen ante sí los placeres de un recluso de la montaña y no saben cómo gozarlos: pescadores, leñadores, granjeros, jardineros y monjes; hay personas que tienen ante sí los placeres de jardines, pabellones y concubinas y no saben cómo gozarlos: ricos mercaderes y altos funcionarios.

Es fácil soportar un dolor, pero difícil soportar una picazón; es fácil sobrellevar un sabor amargo, pero difícil aguantar un sabor agrio. (

[53])

Es cierto que el tintero de un hombre de holganza debe ser exquisito, pero debe ser igualmente exquisito el tintero de un hombre ocupado; es cierto que debe ser bonita la concubina para el placer, pero también debe ser bonita la concubina para la continuación de la línea familiar.

La cigüeña da al hombre el modo romántico, el caballo da al hombre el modo heroico, la orquídea da al hombre el modo del recluso y el pino da al hombre el modo grandioso de los antiguos.

Quiero dar un día un gran baile nudista, primero para propiciar los

espíritus de los hombres de talento de todas las épocas, y segundo para propiciar los espíritus de las mujeres hermosas de todas las épocas. Cuando encuentre un monje verdaderamente elevado (

[\[54\]](#)) voy a dar este baile y le invitaré a que lo presida.

Va contra la voluntad de Dios comer de prisa alimentos delicados, pasar con premura junto a vistas gloriosas, expresar superficialmente sentimientos profundos, transcurrir un día hermoso lleno de comida y bebida y gozar de la

riqueza lleno de lujos.

CAPITULO XI

EL GOCE DE

VIAJAR

I. DE ANDAR POR AHÍ Y VER COSAS

Viajar solía ser un placer; ahora se ha convertido en industria. No hay duda que existen hoy mayores comodidades para viajar que hace cien años, y que los gobiernos con sus oficinas oficiales de

viajes han explotado el comercio de los turistas, con el resultado de que el hombre moderno viaja, en general, más que su abuelo. No obstante, viajar parece haberse convertido en un arte perdido. A fin de comprender el arte de viajar es preciso conocer primero los diferentes tipos de falsos viajes, que no son viajes.

El primer tipo de viaje falso es el de viajar para mejorar la educación. Se ha exagerado indudablemente esto de viajar para mejorar la educación. Dudo mucho que se pueda mejorar tan fácilmente el espíritu de cada uno. Por lo menos, hay muy pocas muestras de esa mejora, en los centros sociales y las conferencias.

Pero si solemos ser tan serios para dedicarnos a mejorar el espíritu, al menos durante unas vacaciones deberíamos dejar que quedara ociosa la mente, deberíamos darle esas vacaciones. Esta falsa idea de viajar ha dado origen a la institución de los guías de turismo, la especie más intolerable y parlanchina de entrometidos que se puede imaginar.

No se puede pasar por una plaza o frente a una estatua de bronce sin que uno de esos entrometidos recuerde de viva voz que Fulano nació el 23 de abril de 1792 y murió el 2 de diciembre de 1852. He visto hermanas de un convento que escoltaban a sus alumnas a un

cementerio, y cuando todo el grupo se detenía ante una tumba, leían de un libro la fecha del difunto, la edad a que se casó, el nombre y apellido de su esposa, y tantas tonterías llenas de cultura que, estoy seguro, dieron al traste con el placer del viaje para todas las niñas. Y también los grandes se convierten en grupos de escolares a quienes el guía vocifera una lección; y cuando los viajeros son de tipo más estudioso toman notas, muy asiduamente, como buenos alumnos. Los turistas chinos sufren como los turistas norteamericanos en Radio City, con la diferencia de que los guías chinos no son profesionales, sino vendedores de frutas, conductores

de asnos y mozos campesinos, cuyas informaciones resultan menos correctas, aunque sus personalidades sean más vivas. Después de visitar la Colina de Huch'iu, en Soochow, un día volví con una terrible confusión de fechas y consecuencias históricas, porque el pasmoso puente suspendido quince metros sobre el Estanque de la Espada, con dos orificios redondos en las losas de piedra del puente por los cuales voló una espada convertida en dragón, resultaba ser, según el vendedor de naranjas que me acompañaba, el lugar donde la antigua belleza Hsishih atendía a su tocado matinal. (El "tocador" de Hsishih estaba en realidad a unos quince

kilómetros de aquel lugar.) Todo lo que quería el mozo era venderme unas naranjas. Pero yo tuve una oportunidad de ver cómo se cambia y modifica y metamorfosea el folklore.

La segunda especie de viaje falso es el viaje para la conversación, o sea el que se hace para poder conversar después. He visto visitantes de Hupao, en Hangchow, lugar famoso por su té y el agua de sus manantiales, que se hacían sacar retratos en el acto de alzar tazas de té a los labios. Es cierto que hay un sentimiento sumamente poético en mostrar a los amigos un retrato obtenido cuando bebíamos té en Hupao. El peligro está en que piense uno menos en

el sabor del té que en la fotografía misma. Esto puede convertirse en una obsesión, especialmente para los viajeros provistos de cámaras fotográficas, como lo advertimos tan a menudo en los ómnibus de turistas que recorren París y Londres. Los turistas están tan atareados con sus cámaras que les falta tiempo para mirar los lugares que recorren. Es claro que tienen el privilegio de verlos en las fotografías, cuando vuelven a casa, pero es evidente que se puede comprar fotografías, de Trafalgar Square o de los Champú Elysées, en Nueva York o en Peiping. Y como estos lugares históricos se convierten en lugares de los que se

habla después, y no son lugares que hay que mirar, es natural que cuantos más lugares visite uno tanto más ricos serán los recuerdos, y tantos más lugares habrá de los que hablar más adelante. Esta manía de aprender y estudiar impele, pues, a los turistas a recorrer todos los puntos que sea posible en un día. Tienen en sus manos un programa de sitios que visitar, y al llegar a uno lo marcan con un lápiz en el programa. Sospecho que tales viajeros tratan de ser eficientes hasta en sus vacaciones.

Esta tonta manera de viajar produce necesariamente el tercer tipo de falsos viajeros, los que viajan a horario, sabiendo de antemano cuántas horas van

a pasar en Viena o en Budapest. Antes de partir, estos viajeros hacen un horario perfecto y lo respetan religiosamente. Atados al reloj y al calendario están en su casa, y siguen atados al reloj y al calendario cuando salen de ella.

En lugar de estos falsos tipos de viajes, estimo que los verdaderos motivos de los viajes son, o deben ser, otros. En primer lugar, el verdadero motivo debe ser el de viajar para perderse y ser desconocido. Más poéticamente, podríamos decir que es el de viajar para olvidar. Todos son muy respetables en su lugar natal, piensen lo que piensen de ellos en los círculos sociales más elevados. Están atados allí

por una serie de convenciones, reglas, costumbres y deberes. El banquero comprende que es difícil que se le trate como a un ser humano común, cuando está en su lugar de residencia, y que no logrará olvidar que es banquero, y me parece que la verdadera excusa de un viaje es la de que podrá encontrarse en una comunidad en la que es apenas un ser humano. Las cartas de presentación están muy bien para la gente en viaje de negocios, pero los viajes de negocios están, por definición, fuera de la categoría del viaje puro. Un hombre cualquiera tiene menos probabilidades de descubrirse como ser humano si lleva consigo cartas de recomendación, y de

saber exactamente cómo le hizo Dios, como ser humano, fuera de los accidentes artificiales de la posición social. Contra la comodidad de ser bien recibido por amigos en un país extranjero y de ser guiado eficientemente a través de las capas sociales de la clase de cada uno, existe una excitación mayor, la de sentirse explorador en la selva, reducido a sus propios medios. Tiene así la oportunidad de demostrarse que puede ordenar un pollo frito con el idioma de las manos, o de encontrar el camino en la ciudad, comunicándose, sin ayuda, con un agente de policía en Tokio. Al menos, este viajero puede volver a su

casa con el sentimiento de que es menos novato, que no depende tanto de su chofer y su mayordomo.

El verdadero viajero es siempre un vagabundo, con las alegrías, las tentaciones, y el sentido de aventura que tiene el vagabundo. Viajar es "vagabundear" o no es viajar. La esencia del viaje es no tener deberes, ni horas fijas, ni correspondencia, ni vecinos inquisidores, ni comisiones de recepción, ni destino fijo. Un buen viajero es el que no sabe adonde va, y un viajero perfecto es el que no sabe de dónde viene. No sabe siquiera su nombre y apellido. Este punto ha sido destacado por T'u Lung en su idealizado

esbozo de los Viajes de Mingliatsé, que he traducido en la próxima sección. Es probable que este viajero no tenga un solo amigo en una tierra extraña, pero como lo expresó una monja china: "No estimar a nadie en particular es estimar a la humanidad en general". No tener un amigo particular es tener a todos por amigos. Este viajero, que ama a la humanidad en general, se mezcla con ella y ambula observando el encanto de la gente y sus costumbres. Esta especie de beneficio se pierde completamente para los viajeros que hacen turismo en ómnibus, que permanecen en el hotel, conversan con sus compañeros de viaje y, como se da el caso de muchos

viajeros que van a París, se preocupan por comer en el sitio donde se reúnen sus compatriotas, donde están seguros de encontrar a quienes llegaron en el mismo barco, y de comer cosas que saben exactamente como en la patria. Los viajeros ingleses que llegan a Shanghai se preocupan de instalarse en un hotel inglés donde pueden comer jamón con huevos y tostadas con dulce en el desayuno, y permanecen siempre en el salón de cocktails, y se asustan cuando se trata de inducirles a que den un paseo en palanquín. Son terriblemente higiénicos, por cierto, pero entonces, ¿para qué van a Shanghai? Estos viajeros no se dan

tiempo jamás para entrar en el espíritu del pueblo, y así renuncian a uno de los mayores beneficios de los viajes.

Este espíritu de vagabundeo hace posible que las personas que salen de vacaciones se acerquen a la Naturaleza. Los viajeros de esta clase, pues, insistirán siempre en ir a los balnearios donde haya menos gente, y-donde podrán tener una verdadera soledad y una comunión con la Naturaleza. Los viajeros de esta especie, cuando se preparan para el viaje, no van a una tienda y dedican mucho tiempo a elegir un traje de baño azul o rojo. El lápiz para labios es admisible, porque quien sale de vacaciones, como sigue a Juan

Jacobo Rousseau, quiere ser natural, y ninguna mujer puede ser natural sin un buen lápiz para los labios. Pero esto se debe a que cuando uno va a las playas y balnearios adonde van todos, se pierde o se olvida todo el beneficio de una asociación más íntima con la Naturaleza. Vamos a una estación termal famosa, y nos decimos: "Ahora vamos a estar a solas", pero después de comer en el hotel recogemos el diario y descubrimos que el lunes llegó la señora B. A la mañana siguiente, en nuestra caminata "solitaria", encontramos a toda la familia de los Dudley, llegada en tren la noche anterior. El jueves por la noche descubrimos, con gran deleite, que

también el señor S. y su esposa están pasando sus vacaciones en este maravilloso valle escondido. La señora S. invita entonces a los Dudley a tomar el té, y los Dudley invitan a los esposos S. a un partido de bridge, y oímos a la señora S. que exclama: "¡Qué encantador es esto! Igual que en Nueva York, ¿verdad?"

Me atrevo a sugerir que hay otra manera de viajar, viajar para no ver nada ni a nadie, sino las ardillas y las ratas almizcleras y los picamaderos y los árboles y las nubes. Una amiga mía, una dama norteamericana, me contó cómo fue con algunos amigos chinos a una colina de las cercanías de

Hangchow, con el fin de no ver nada. Era una mañana brumosa, y al subir la colina la niebla se hacía cada vez más densa. Se oía el suave golpeteo de las gotas de humedad en el césped. No se veía nada más que la niebla. La dama norteamericana estaba desalentada. "Pero tiene que seguir con nosotros; hay una vista maravillosa allí en lo alto", insistieron sus amigos chinos. Siguió subiendo, y al cabo de un rato vio a la distancia una peña muy fea, envuelta en nubes, que había sido anunciada como una gran vista. "¿Qué es eso?", preguntó. "Es el Loto Invertido", respondieron sus amigos. Algo mortificada, se disponía a emprender el descenso. "Pero hay una

vista aun más maravillosa desde la cima", le dijeron. Tenía ya casi empapado el vestido, pero había renunciado a la lucha y siguió el ascenso. Por fin llegaron a la cumbre. Les rodeaba por todas partes un conjunto de nieblas y brumas, apenas visible en el horizonte el contorno de distantes montañas. "Pero si aquí no hay nada que ver", protestó mí amiga. "Precisamente. Subimos para no ver nada", le respondieron sus amigos chinos.

Hay una gran diferencia entre ver cosas y no ver nada. Muchos viajeros que ven cosas no ven nada en realidad, y muchos que no ven nada ven mucho. Me

divierte sobremanera enterarme que un autor va a un país extranjero "para obtener el material para su nuevo libro", como si ya hubiera agotado todo lo que hay que ver en la humanidad de su ciudad o su país, y como si el tema se pudiera agotar alguna vez. ¡Poco romántica ha de ser "Thrums" y muy aburrida la Isla de Guernsey para hacer una gran novela con ella! Llegamos, pues, a la filosofía de viajar consistente en la capacidad de ver cosas, que anula la distinción entre viajar a un país distante y andar por los campos vecinos una tarde cualquiera.

Las dos se convierten en una sola cosa, como insistió Chin Shengt'an. El

equipo más necesario para un viajero es "un talento especial en el pecho y una visión especial bajo las cejas", como lo expresó el famoso crítico teatral chino en su famoso comentario sobre el drama Cámara occidental. Lo que interesa es saber si uno tiene corazón para sentir y ojos para ver. Si no los tiene, sus visitas a las montañas son pura pérdida de tiempo y de dinero; en cambio, si tiene "un talento especial en el pecho y una visión especial bajo las cejas", podrá obtener el más grande júbilo de los viajes sin ir siquiera a las montañas, permaneciendo en su casa y mirando a su alrededor, y recorriendo los campos para contemplar una nube fugitiva, o un

perro, o una cerca, o un árbol solitario. Doy ahora una traducción de la disertación de Chin sobre el verdadero arte de viajar:

He leído relatos de viajes y comprendo que muy poca gente entiende el arte de viajar. A buen seguro, el hombre que sabe cómo viajar no se atemorizará ante un largo viaje para ver todas las cosas de la tierra y el mar y explorar toda su grandeza y misterio. Pero cierto talento en su pecho y cierta visión bajo sus cejas le dicen que no es necesario ir a todos los lugares bellos y famosos de la tierra y el mar a fin de explorar las maravillas y misterios de la naturaleza. Un día va a una caverna de

piedra usando una gran cantidad de la energía de sus piernas, sus ojos y su mente, y una vez que lo ha hecho va otra vez al día siguiente a otro lugar bendito y pierde algo más energía de las piernas, los ojos y la mente. Los que no le comprendan dirán: "¡Qué ratos maravillosos' habrá pasado usted, con sus visitas de estos días! Después de ver una caverna de piedra, ha ido a visitar otro lugar bendito". No han comprendido nada. Porque hay cierta distancia entre los dos lugares que ha visitado, acaso veinte o treinta /(), o quizá ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos li, o quizá un solo li, o apenas medio li. Con ese talento especial en el

pecho y esa visión especial bajo las cejas, ¿no ha mirado acaso a esa distancia de un li o medio li en la misma forma que ha mirado a la caverna de piedra y al lugar bendito?

Es cierto que hay algo que aterroriza la mirada y sorprende el alma, al ver que la Madre Naturaleza, con su gran habilidad y sabiduría y energía, ha producido de pronto algo como una caverna de piedra o un lugar bendito. Pero a menudo he contemplado' casualmente las cosas pequeñas de este universo: un pájaro, un pez, una flor, o una plan-tita, y aun la pluma de un ave, la escama de un pez, el pétalo de una flor y una hoja de césped, y he

comprendido que la Madre Naturaleza también las ha creado con su gran habilidad y sabiduría y energía. Se dice que el león emplea la misma energía para atacar a un elefante que para cazar a una liebre, y en verdad sucede lo mismo con la Madre Naturaleza. Emplea toda su energía para producir una caverna de piedra o un lugar bendito, pero también utiliza toda su energía para producir un pájaro, un pez, una flor, una mata de césped, o aun una pluma, una escama, un pétalo, una hoja. Por lo tanto, no es solamente la caverna de piedra o el lugar bendito lo que aterroriza la vida y sorprende al alma en este mundo.

Además, ¿hemos pensado alguna vez

cómo fueron producidos la caverna de piedra y el lugar bendito? Tschuangtsé ha dicho sabiamente:

"Comprender los diferentes órganos del caballo no es comprender el caballo mismo. Lo que llamamos caballo existe antes que sus diferentes órganos." Hagamos otra analogía: vemos los bosques que crecen en torno a los grandes lagos, y los árboles y las rocas que cubren las grandes montañas. Causa alegría al viajero saber que los grandes bosques, y los árboles y las peñas, se hallan reunidos para formar los grandes lagos y las grandes montañas. Pero los imponentes picos están formados por rocas pequeñas, y las cataratas están

formadas y nutridas por pequeños manantiales de agua. Si las examinamos una a una vemos que las piedras no son mayores que la palma de la mano, y los manantiales son apenas hilos de agua. Laotsé ha dicho: "Treinta rayos se agrupan alrededor de la taza de una rueda, y cuando pierden su realidad individual tenemos un carro en función. Damos a la arcilla forma de vasija, y cuando la arcilla pierde su existencia tenemos un utensilio. Hacemos un agujero en la pared para que sea ventana o puerta, y cuando las puertas y ventanas pierden su existencia, (

[\[55\]](#)) tenemos una casa para vivir." Y

de igual modo, cuando vemos una caverna de piedra o un lugar bendito y advertimos los picos que se elevan verticalmente, los pasos montañoso» que se extienden horizontalmente, los que se alzan y forman un precipicio, los que bajan y forman un río, los que están a nivel y forman una meseta, los que se inclinan y forman una ladera, los que cruzan y se convierten en puentes y los que se acercan y se convierten en quebradas, comprendemos que, por incomparablemente múltiples que sean en su grandeza y su misterio, esta grandeza y este misterio surgen cuando las partes pierden su existencia individual. Porque cuando pierden su

existencia no hay pasos, ni precipicios, ni ríos, ni mesetas, ni laderas, ni puentes, ni quebradas. Pero precisamente en su no existencia ambulan y flotan a sus anchas el talento especial de nuestro pecho y la visión especial bajo nuestras cejas. Y como este talento especial de nuestro pecho y esta visión especial bajo nuestras cejas pueden ambular y flotar a sus anchas solamente cuando son inexistentes estas cosas, ¿por qué, pues, hemos de insistir en visitar la caverna de piedra y el lugar bendito?

Si, por lo tanto, con el talento

especial en el pecho y la visión especial bajo las cejas puedo ambular y flotar a mis anchas solamente cuando estas cosas pierden su existencia individual, ¿no es innecesario que visite la caverna de piedra y el lugar bendito? Porque, como acabo de decir, en la distancia de veinte o treinta li, o aun de un li o medio li, ¿no hay también, por todas partes, cosas que pierden su existencia? Un torcido puentecito, un desvaído árbol solitario, un atisbo de agua, una aldea, una cerca, un perro: ¿cómo sé que no están también aquí el misterio y la grandeza de la caverna de piedra y el lugar bendito, en que puedo ambular y flotar a mis anchas?...

Además, no es necesario tener un talento especial en el pecho y una visión especial bajo las cejas: si se necesitara un talento especial para flotar por ahí y una visión especial para ambular a su antojo, podríamos no encontrar en el mundo una sola persona que comprendiera el arte de viajar. Según Shengt'an (el mismo autor), no hay talento especial ni visión especial: tener voluntad de flotar en el ambiente de cada uno ya es tener talento especial, y poder ambular a sus anchas ya es tener visión especial. Los criterios del Viejo Mi (Mi Fei) para juzgar las rocas son: hsiou, tsou, t'ou y sou (delicadeza, ondulación, claridad y delgadez). Pero

una charca de agua, una aldea, un puente, un árbol, una cerca o un perro, a una distancia de un U o de medio U tienen también gran delicadeza, gran ondulación, gran claridad y gran delgadez. Si no alcanzamos a verlo, es porque no comprendemos cómo debemos mirarlos, como el Viejo Mi miraba a las rocas. Y si vemos su delicadeza, su ondulación, su claridad y su delgadez no podemos menos que ambular y flotar en espíritu a nuestras anchas entre ellos. ¿Qué hay en la grandeza y el misterio de los picachos y de los pasos de la montaña y los precipicios y los ríos y las mesetas, las laderas, los puentes y las quebradas, en

la caverna de piedra y el lugar bendito, fuera de que son delicados, ondulantes, claros y delgados? Quienes insisten en visitar las cavernas de piedra y los lugares benditos, por lo tanto, han dejado mucho sin visitar; el mis, no han visitado nada. Porque quienes no llegan a ver el misterio y la grandeza de una simple cerca o un perro, han visto solamente lo que no es grandioso ni misterioso en las cavernas de piedra y los lugares benditos.

Toushan (amigo de Chin) dijo: "Quien mejor comprende el arte de viajar, en toda la historia, es Confucio, y el segundo es Wang Hsichih (reconocido como maestro de la caligrafía china)".

Al pedírsele que se explicara, Toushan dijo: "Lo sé, en cuanto a Confucio, por las dos frases de que para él «no puede ser bastante blanco el arroz, ni cortarse demasiado fina la carne picada», y lo sé en cuanto a Wang por haber visto ejemplos de su caligrafía. Hay en ella cosas que ni siquiera su hijo Hsienchih podía comprender." "Lo que has dicho es devastador para la humanidad entera", dije. Toushan me dijo una vez: "Cuando Wang Hsichih estaba en su casa, solía contar los pistilos de cada flor en cada rama de su patio, y estaba así ocupado el día entero, sin decir palabra, mientras sus discípulos le rodeaban con toallas". "¿Dónde has

encontrado la cita de tal afirmación?", preguntó Shengt'an. "La encontré en mi propio corazón", respondió Toushan. Tan maravillosa persona es Toushan. ¡Ay, el mundo no ha descubierto a Toushan ni admirado su romántica imaginación!

II. "LOS VIAJES DE MINGLIAOTSE" (

a) *la RAZÓN DE LA FUGA.*

Mingliaotsé fue funcionario en un tiempo, y se cansó de las costumbres del mundo, de tener que decir cosas contra su corazón y de cumplir ceremonias contra las buenas formas. ¿Qué es "decir cosas contra su corazón"? Un huésped y su visitante se hacen una gran reverencia y después de unas pocas frases triviales acerca del tiempo no se atreven a hacer más comentarios. Personas que encontramos por primera vez nos

estrechan la mano e insisten en que son nuestros amigos del alma, pero después de haberse separado de nosotros les somos y nos son completamente indiferentes. Cuando alabamos a una persona la comparamos al santo Poyi, y tan pronto como se marcha y nos da la espalda le comparamos al ladrón Cheh. Y cuando estamos sentados, cómodamente, gozando una conversación, tratamos de conservar una seca dignidad, aunque tenemos tanto que nos gustaría decir; y parloteamos acerca de nobles ideales, pero tenemos conductas inmorales. Por el temor de que abriremos el pecho sería revelarla verdad, y que decir la verdad haría

daño, echamos a un lado esos pensamientos y dejamos que la conversación derive sin objeto hacia temas triviales. A veces llegamos a ser actores y a suspirar o gritar para ocultar nuestros pensamientos, de manera que nuestros oídos, nuestros ojos, nuestra boca y nuestra nariz ya no son nuestros, y nuestro furor, nuestra alegría, nuestra risa y nuestras censuras ya no son auténticas. Tal es la convención establecida en la sociedad, y no hay manera de rectificarla. Y, ¿qué es "cumplir ceremonias contra las buenas formas"? Al tratar con nuestros semejantes, de cualquier rango que sean, hacemos reverencias y saludos el día

entero, aunque sean viejos amigos nuestros. Sin razón nos disociamos de algunos, como si fuesen enemigos mortales, e igualmente sin razón tratamos de acercarnos a otros, aunque no tengan verdadera afinidad con nosotros. Apenas ha abierto la boca un noble cuando ya decimos: "¡Sí, señor!", vociferando, porque sólo necesita alzar una mano para que rueden nuestras cabezas. Observamos a dos personas que se visitan recíprocamente, y aunque les indigne verse las caras pasan los días ocupados en desmontar de sus caballos y dejarse sus tarjetas uno al otro. Pero visitar a un amigo para preguntar por su bienestar no debería ser

solamente una fórmula vacía. ¿Quisieron que fuese así los reyes antiguos que establecieron estas ceremonias? Nos ponemos las túnicas y los cinturones, con la sensación de ser monos enjaulados, hasta el punto de que cuando un piojo nos pica en el cuerpo y sentimos comezón en la piel no podemos rascarnos. Y cuando marchamos ociosamente por las calles tememos desobedecer la ley. Inmediatamente, nuestros ojos miran a nuestra nariz, y no osamos dirigir la vista más allá de una breve distancia, y si miramos más allá de una breve distancia, otras personas nos mirarán para tratar de saber qué estamos haciendo. Cuando queremos

acomodarnos, y la sensación es intensa, no nos atrevemos a detenernos sin alguna excusa. Los funcionarios superiores siempre tienen presente la espada por delante y la crítica de los demás por detrás. Las estaciones fría y cálida les causan molestias en el cuerpo, y el deseo de posesiones y el temor de la pérdida les causan molestias en el corazón. Así sufren pérdidas mayores que las que vienen del simple temor de ser incorrectos. Hasta los espíritus más nobles y caballerescos, que tienen cierto sentido de sabio desencanto y se complacen en ser lo que son, caen en la trampa una vez que son funcionarios. Por eso, por el deseo de emancipar su

corazón y liberar su voluntad, Mingliaotsé se dispone a viajar por el País de los Indiferentes.

Acaso diga alguien: "He oído que el discípulo de Tao vive en la calma y no se siente solo, y vive en una muchedumbre y no siente el ruido. Vive en el mundo y no es del mundo, carece de esclavitud y no necesita la emancipación, y pronto crece de su axila izquierda un sauce, y un pájaro hace nido en la cima de su cabeza. Esto es lo más alto de la cultura de la quietud y la emancipación. Ser un sirviente en la cocina, o recoger desperdicios del suelo, es propio de las profesiones más bajas, pero el santo no se perturba por

ellas. ¿No hace usted que su espíritu sea sirviente de su cuerpo, cuando teme las restricciones de la vida oficial, y cede al deseo de viajar por lugares inusitados?"

Y Mingliaotsé responde: "Quien ha logrado el Tao puede meterse en el agua sin mojarse, saltar a las llamas sin quemarse, caminar sobre la realidad como si fuera un vacío y viajar por un vacío como si fuera la realidad. Puede estar cómodo doquiera se encuentre, y solo en cualquier ambiente. Esto es natural en él. Pero yo no he logrado el Tao; yo soy solamente un amante del Tao. Quien ha logrado el Tao es dueño de sí, y para él se disuelve el universo.

Arrojadle en la compañía de los ruidosos y los sucios, y será como una flor de loto que crece en agua fangosa, que es tocada por ella pero no sufre mácula. Por lo tanto, no tiene que elegir donde ir. No soy todavía competente para esto, porque soy como un sauce que sigue al viento: cuando está quieto el viento, quieto estoy yo, y cuando se mueve el viento, también me muevo. Soy como arena en el agua: limpia o fangosa según lo sea el agua. He logrado a menudo la pureza y la quietud por un día entero, y las he perdido luego en un momento; y a veces he logrado la pureza y la quietud por un año y las he perdido en un día. No me ha sido posible dejar

todo, y no perturbarme por las cosas materiales que me rodean. Si un emperador pudiera seguir el Tao, ¿por qué tuvieron que ir Ch'ao Fu y Hsü Yu a la colina Chi y al río Ying? Si un príncipe pudiera seguir el Tao, ¿por qué tuvo que ir Sakyamuni a los Himalaya? Si un duque pudiera seguir el Tao, ¿por qué tuvo Chang Liang que pedir licencia como enfermo? Y si un funcionario de menor cuantía pudiera seguir el Tao, ¿por qué tuvo que renunciar T'ao Yüanming a su cargo? Voy a emancipar mi corazón y a liberar mi espíritu y a viajar por el País de los Indiferentes."

"Hazme saber de tus viajes", dice el amigo, y Mingliaotsé responde:

"Quien viaja lo hace para abrir los oídos y los ojos, y distender el espíritu. Explora los Nuevos Estados (

[\[57\]](#)) y viaja por los Ocho Países Bárbaros, con la esperanza de poder juntar la Esencia Divina y conocer grandes taoístas, y poder comer de la planta de eterna vida y encontrar el tuétano de las rocas (

[\[58\]](#)) Cabalgando en el viento y navegando en el éter, va fríamente por doquiera el viento le lleve. Después de estas andanzas vuelve, se encierra y se sienta a mirar una lisa pared, y de esta manera termina su vida. No soy yo uno

de los que han logrado el Tao. Me gustaría alojar el espíritu dentro del cuerpo, nutrir mi virtud con dulzura y viajar por el éter convirtiéndome en un vacío. Pero no me es posible. Traté de alojar el espíritu dentro del cuerpo, pero de pronto desapareció fuera; traté de nutrir mi virtud con la dulzura, pero de pronto se convirtió en intensidad de sentimientos; y traté de ambular por el éter manteniéndome en el vacío, pero de pronto surgió en mí un deseo. Y así, pues, incapaz de encontrar la paz dentro de mí, utilicé el ambiente externo para calmar el espíritu, e incapaz de encontrar deleite dentro del corazón, pedí al panorama que lo deleitara.

Extraños, pues, fueron mis viajes."

b) la MANERA DE VIAJAR.

"Emprendo el viaje con un amigo que ama la bruma de las montañas, y cada uno lleva una calabaza y viste una sotana, y llevamos cien monedas. No queremos más, pero tratamos de tener siempre cien monedas para afrontar emergencias. Y los dos vamos mendigando por las ciudades y las aldeas, junto a puertas bermejas y blancas mansiones, ante templos taoístas y chozas de monjes. Tenemos cuidado de lo que mendigamos: pedimos arroz y no

vino, verduras y no carne. El tono de nuestro reclamo es humilde, no trágico. Si alguien nos da, le dejamos, y si no nos da, le dejamos también; porque el objeto es solamente prevenir el hambre. Si nos hacen una grosería, la aceptamos con una reverencia. A veces, cuando no hay lugar donde pedir y no nos queda otro medio, gastamos una o dos monedas de las cien que llevamos, y las reponemos apenas nos es posible. Pero no gastamos ninguna moneda a menos que nos veamos forzados a ello.

"Viajamos sin destino y nos detenemos donde nos encontremos, y marchamos muy lentamente, acaso diez U por día, acaso veinte, o quizá treinta,

cuarenta, cincuenta. No tratamos de hacer mucho, para no fatigarnos. Y cuando llegamos a montañas y arroyos, y nos encantan los manantiales y las blancas peñas y las aves acuáticas y los pájaros de la montaña, escogemos un lugar en una isleta del río y nos sentamos en una peña, y miramos a la distancia. Y cuando nos encontramos con leñadores o pescadores o aldeanos o rústicos ancianos, no les preguntamos nombres y apellidos, ni damos los nuestros, ni hablamos del tiempo, sino que conversamos brevemente de los encantos de la vida campestre. Al cabo de un rato nos separamos de ellos sin pesares.

"En épocas de gran frío o mucho calor tenemos que buscar albergue, para que no nos afecte el tiempo. En el camino nos hacemos a un lado y dejamos que pasen los demás, y al cruzar un río dejamos que los otros su'ban primero a la barca. Pero si hay tormenta no tratamos de cruzar el agua, o si aparece la tormenta cuando ya estamos a mitad de camino calmamos nuestro espíritu, y al destino dejamos todo, con una comprensión de la vida, y decimos: «Si nos ahogamos cuando cruzamos, es la voluntad del Cielo. ¿Nos salvaremos acaso si nos preocupamos?» Si no nos salvamos, allí terminará el viaje. Si, por fortuna, nos salvamos,

seguimos como antes. Si en el camino encontramos a algún joven pendenciero y tropezamos accidentalmente con él, y si el joven es grosero, le pedimos disculpas cortésmente. Si después de las disculpas no podemos salvarnos de una pelea, allí terminará el viaje. Pero si nos salvamos, seguimos como antes. Si uno de nosotros cae enfermo, nos detenemos a atender a su mal, y el otro trata de mendigar un poco para comprar remedios, pero lo toma con calma. Mira para sus adentros y no teme a la muerte. Y, así, una enfermedad grave se convierte en una enfermedad ligera, y una enfermedad ligera se cura inmediatamente. Si está decidido que

estén contados nuestros días, allí terminará nuestro viaje. Pero si nos salvamos, seguimos como antes. Es natural que durante nuestras andanzas podamos despertar la sospecha de policías o guardias y que se nos arreste como espías. Tratamos de escapar entonces, sea por astucia o por sinceridad. Y si no podemos escapar, allí terminará nuestro viaje. Pero si nos salvamos, seguimos como antes. Es claro que nos detenemos a pasar la noche en una choza de techo de estera o una casucha de piedras, pero si nos es imposible encontrar un lugar así, nos detenemos por esa noche junto a la puerta de un templo, o dentro de una

caverna de roca, o junto a la pared de una casa o bajo altos árboles. Quizá nos miren los espíritus de la montaña y los tigres o los lobos, y ¿qué hemos de hacer? Los espíritus de la montaña no pueden hacernos daño, pero somos incapaces de defendernos contra tigres o lobos. Pero, ¿no tenemos un destino dirigido desde el cielo? Lo dejamos todo, pues, a las leyes del universo, y no mudamos siquiera el color de la cara. Si nos comen, tal es nuestro destino y allí termina el viaje. Pero si nos salvamos, seguimos como antes..."

c) en AUSTERAS ALTURAS

.

"En cuanto a mis metas, visito sobre todo las Cinco Montañas Sagradas y las Cuatro Aguas Sagradas y generalmente los lugares sacros en lo alto de las montañas, y en segundo término incluyo también las famosas montañas y los ríos de los Nueve Estados. Pero me limito solamente a las regiones dentro de la jurisdicción de los Nueve Estados, y donde han puesto pie los seres humanos. En cuanto a las regiones que están fuera del Celeste Imperio, como los Himalaya y las Diez Islas Pequeñas y las Tres Islas Grandes del Mar de la China, no creo que podría ir hasta allí, porque no dispongo de un par de alas. Además, espero encontrar solamente estudiosos

viajeros de los lagos y los ríos, u hombres retirados en las montañas; en cuanto a los varios inmortales, no creo poder cruzarme con ellos, porque no dispongo de un cuerpo inmortal.

"Cuando subo a las Cinco Montañas Sagradas, allí permanezco muy por encima de los vientos celestes y miro a los Cuatro Mares, y los mil picos de montañas parecen caracoles, los mil ríos parecen ensortijados cinturones y los mil árboles parecen brezales. La Vía Láctea parece rozarme el cuello, blancas nubes me pasan por las mangas, las águilas del aire vuelan al alcance de la mano, y el sol y la luna me acarician las sienes y siguen de largo. Y allí tengo que

hablar en voz baja, no sólo por temor de asustar al espíritu de la montaña, sino para que no me escuche Dios en Su trono. Por encima tenemos el puro firmamento, sin una mácula de polvo en esa vasta extensión de espacio, y por debajo la lluvia y el trueno y la tormentosa oscuridad ocurren sin nuestro conocimiento, y el eco del trueno se oye apenas como el gorgoteo de un niño. En este momento mi vista está deslumbrada por la luz y mi espíritu parece volar allende los límites del espacio, y tengo la sensación de ir cabalgando en vientos que me llevan muy lejos, pero no sé adonde voy. O cuando el sol poniente está por ocultarse

y la luna naciente estalla desde el horizonte, la luz de las nubes resplandece en todas direcciones y el púrpura y el azul chispean en el cielo y los picos distantes y los cercanos cambian de matiz, de oscuro a claro, en breve instante. O quizá en medio de la noche escucho el sonido de las campanas del templo y el rugido de un tigre, seguidos por una ráfaga de viento, y como está abierta la puerta del salón principal del templo me pongo la túnica y me levanto y ¡ah! allí está reclinado el Espíritu del Conejo (

[\[59\]](#)) y algunos restos de la última nevada cubren todavía las laderas

superiores, la luz de la noche yace como una masa blanca e indefinida, y las montañas distantes presentan un contorno apenas visible. En un momento así, siento el cuerpo penetrado de aire fresco, y se han diluido todos los deseos de la carne. O acaso veo al Dios de la Montaña Sagrada sentado en su trono, dando audiencia a los espíritus inferiores. Hay una profusión de estandartes y doseles, y el aire se llena de la música de flautas y campanas, y los techos del palacio están envueltos en un manto de nubes y en gasas de bruma, y parecen tener y no tener un contorno visible, y da la ilusión de estar ora tan cerca y ora tan lejos. ¡Ah, triple

felicidad es escuchar la música de los dioses! Más, ¿por qué la interrumpe de pronto una ráfaga de frío viento?

"Además de estas Cinco Montañas Sagradas hay muchas otras montañas famosas, como Szeming, T'ient'ai, Chinhua, Kuats'an, Chint'ing, T'ienmu, Wuyi, Lushan, Omei, Chungnan, Chungt'iao, Wut'ai, T'aiho, Lofu, Kweich'i, Maoshan, Chiuhua y Linwu, y lugares sagrados innumerables, que han sido llamados albergues de hadas o moradas de espíritus. A ellos voy, calzando sandalias y portando una caña de bambú, y aunque acaso no pueda

visitarlos todos, ambulo tanto como dan mis energías. Bebo el agua de las Heces de los Dioses, inquiero el nombre de Hada Laucha, mastico granos de sésamo y bebo el rocío de los pinos. Cuando llego a un picacho empinado o a un peñón que se alza abruptamente hasta el cielo, jamás escalado por un hombre, me ato a una cuerda y trepo a la cumbre. Al llegar a un puente roto, o a una vieja puerta que inesperadamente descubro abierta, paso sin temor; o al llegar a una caverna rocosa tan oscura que no se puede ver el fondo, porque apenas hay un rayo de luz que pasa por una rendija en el techo, enciendo una antorcha y entro solo y sin temor, con la esperanza

de encontrar algún taoísta culto, o plantas inmortales, o quizá los restos mortales de algún taoísta que ha ido al cielo.

"Visito también los ríos y los lagos famosos, como el Tungt'ing, el Yünmeng, el Chüt'ang, el Wuhsie, (

[\[60\]](#)) el Chüch'ü, el P'engli, el Yangtsé, y el Ch'ient'ang. Estas profundas extensiones de agua son las moradas de peces, dragones, y de espíritus del agua. Cuando está en calma el aire y lisa como un espejo el agua, sabemos que el Dragón Divino duerme pacíficamente con una perla en el pecho. Cuando las luces del agua se funden con

el color del cielo bajo una clara luna, sabemos que la Princesa del Rey Dragón y la Señora del Río salen en cortejo lleno de doseles, flautas en mano y vestidas con sus nuevas túnicas de leve gasa, pisando con zapatos bordados las rizadas aguas. Este cortejo continúa un tiempo y luego desaparece. ¡Ah, cuan fresco está todo entonces! O un viento furioso azota el agua y se elevan olas gigantescas, y sabemos que está enfurecido el espíritu de Ch'ihyi (

[\[61\]](#)) ayudado por T'ienwu (

[\[62\]](#)). Entonces la gran tierra se revuelve como un molino y nuestra

terrena vivienda se conmueve y rueda como un cedazo, y nos parece ver al Viejo Dragón Chang que se abre paso hasta el cielo llevando en brazos a sus nueve hijos. ¡Ah, cuán magnífico es todo entonces! O si nos place la gentil belleza de mujeres bien vestidas, no hay lugar mejor que el Lado Occidental de Hangchow, donde los sauces bordean las márgenes y las flores de durazno miran a sus imágenes en el agua, y entonces sabemos que la Consorte Imperial Lihua abre su cofrecito de tocador por la mañana. Cuando florecen los abrojos de agua y las flores de loto están frescas y alegres en una límpida mañana y todo se llena de sutil

fragancia, sabemos que las bellezas Yichu y Hoteh salen de su baño. Cuando está claro el cielo y brilla el sol y todo tiene un resplandeciente encanto, y sale la gente por la mañana a sus balcones en las torres bermejas, o pasean por el lago al atardecer en botes con remos pintados, sabemos que está la Reina Yang Kweifei de ánimo sonriente. Cuando penden sobre el lago la bruma y la lluvia y las muchas colinas se envuelven de gris, para cambiar después a los colores más inesperados, también sentimos gran deleite, porque sabemos que Msishih, la Reina del Reino Wu, frunce el ceño."

*d) RETORNO A LA
HUMANIDAD.*

Minglíatsé camina despaciosamente, después, por los Seis puentes de Hsiling, y sube a T'ienchu y Lingch'iao, donde, tras visitar a algunos sabios ancianos, sale a buscar a la Cigüeña Salvaje Ting en alguna caverna de piedra entre las nubes. Además, existe Ch'aoyin (Poo-too), que es el hogar monástico de Mingliaotsé, y donde se halla situado el templo en honor de la Diosa de la Merced. Mingliaotsé va allí a recoger flores de

loto y a mirar al gran mar. ¡Ah, cuán grande es este placer!

Y así, ambulando, más y más lejos, feliz el corazón, Mingliaotsé prosigue siempre despacio, cubriendo una distancia de diez mil li a pie. Y cuando le complace lo que ve o escucha, permanece diez días en un lugar.

En un templo se sienta con las piernas cruzadas y quieto, para dominar los Tres Espíritus Preciosos. Las cinco mil palabras del Taoteking: ¿no es útil y bella esta filosofía? El Cofre Dorado de libros taoístas: ¿se ha perdido ya o todavía se le ha de encontrar? El Libro de Jade de Fusang: ¿preguntará a los vecinos por su paradero? Los Dos

Libros de Yin fu: ¿tendrá el secreto ante los ojos? El Supremo Rey guía su mente perceptiva, y el Antiguo Buda dirige su sabiduría espiritual. Y tratando de comprender la ley del universo cambiante no está solo durante su contemplación.

En el templo de Buda está la graciosa aparición de su cuerpo dorado, que irradia una gloriosa aureola. Los cirios están encendidos y el humo del incienso llena el aire de fragancia, y allí se sientan en orden, sobre sus cojines de paja, los taoístas o los monjes, a beber té y comer fruta y hojear los clásicos. Al cabo de un rato, cuando todos están cansados, dominan su respiración y

entran en la etapa de la quietud. Mucho tiempo después se levantan y ven que luce la luna detrás de las vistarias, en tanto que el universo yace callado, en silencio. Un acólito hace reverencias, con la cabeza contra el suelo, y un mozo sirviente duerme cerca de la estufa donde se hierve el remedio de las hadas. En este momento, ¿cómo puede permanecer en nuestro ánimo un pensamiento terreno, aunque esté allí?

Cuando sale a campo abierto, ve muros bajos que encierran chozas de barro techadas de paja. Un viento penetrante sopla por la puerta y un sol tibio brilla sobre los bosques. Las vacas y las ovejas vuelven de la colina, y los

pájaros hambrientos vuelan ruidosamente en los campos de la llanura. Un viejo labrador con ropas harapientas y cabellos despeinados toma el sol junto a una morera, y una anciana sostiene una vasija de barro llena de agua y sirve una comida de trigo. Cuando son tan tristes el panorama y el ánimo del momento, siente uno también que todo tiene la hermosura de un cuadro. Si un taoísta en viaje considerara ordinarias tales vistas, bien podría dejar de viajar.

Al entrar en una gran ciudad, donde se apeñuscan las multitudes y llena las calles la batahola de carros y caballos, Mingliaotsé sigue su marcha, cantando y

observando a la gente: tenderos, carniceros, troveros, adivinos, gente ocupada en discutir, juglares, domadores, jugadores y caballeros. Mingliaotsé mira a todos. Y cuando así lo quiere su espíritu entra en un tienda de vinos y pide algo de vino fuerte con pescado seco y verduras frescas, y con su amigo bebe en una mesa. Entrados así en calor, cantan la cancioncilla Buscando la Planta Inmortal, y miran en torno, supremamente satisfechos de sí mismos. Las gentes de la calle se extrañan al ver a estas dos almas harapientas que se conducen con tal aire de encanto y felicidad, y sospechan que quizá sean espíritus encarnados. Al poco

rato, desaparecen de pronto los dos.

En las grandes mansiones, tras altas puertas, duques y príncipes o funcionarios de alto rango se han reunido en un festín de vino. Se sirve la comida en platos de jade, y en torno a la mesa hay mujeres hermosas. Una orquesta toca en el salón y el sonido de las canciones horada las nubes. Un viejo sirviente con un bastón en la mano vigila la puerta. —Mingliaotsé entra a pedir comida. Con sus ojos brillantes, I muy abiertos, y su aire digno, grita a los comensales: "Basta de ruido, y escuchad a un taoísta que canta la canción de Gotas de rocío sobre las flores":

*s de rocío en las flores
cuánta alegría!
emáis el viento hiriente,
si el venidero día.
a el este fluye el Río,
este la Láctea Vía.
abrar el campo donde
orre de Bronce yacía.
or es tener ganado
ía con todo lopreciado
un futuro nombre no recordado.
otras podáis, ¡vivid la alegría!
s de rocío en las flores,
vedlas brillar!
unto duran, de las perlas
luz mañanera son el par,
otras graves están los montes*

*iento nocturno parece llorar;
lamos espectrales ved los buhos,
d lo» zorros aullar.
as hojas de otoño caer,
Acequia Fragante correr,
el Palacio Ch'inien ved el musgo
crecer.
vivid la alegría mientras la podáis
gozar!*

Cuando Mingliaotsé ha terminado esta canción, uno de los invitados parece enfurecerse y dice:

—¿Quién es este taoísta para interrumpir nuestros placeres en medio del festín? Dadle un trozo de torta de

sésamo y echadle.

Mingliaotsé recibe la torta y se marcha. Pero otro invitado llama a quien le atiende y le dice:

—¡Rápido! ¡Pide a ese taoísta que vuelva!

—Pero estábamos paladeando el vino —dice el primero— y ha venido a arruinar nuestro placer. Por eso le hice echar con un trozo de torta de sésamo. Es lo justo. ¿Para qué queréis que vuelva?

—Me parece —responde el otro— que hay algo extraordinario en este taoísta, y quiero pedirle que vuelva para mirarle bien.

—Pero —sostiene el primero—, ¡si

no es más que un mendigo! ¿Qué hay de extraordinario en él? Todo lo que necesita es un plato de sobras.

Pero otro invitado interviene:

—No parece, por la canción que cantó, que sea tan sólo un mendigo.

En este momento, una cantadora vestida de gasa roja se levanta de su asiento y dice:

—Según mi humilde opinión, este taoísta es un espíritu caído del cielo. Tiene los ojos y la frente delicadamente formados, y la voz es fuerte y clara. Está disfrazado de mendigo, pero algo en su porte revela su noble educación. La canción que cantó es graciosa y de hondo significado; más parece una

canción de las hadas en el cielo que de hombres en la tierra. Ningún mendigo podría hacer esa canción. Es un espíritu que anda disfrazado entre los mortales. Servios pedirle que vuelva, porque no debemos perderle.

—¿Para qué todo eso? —vuelve a decir el primero—. Tal vez lo único que quiera sea una copa de vino. Pedidle que vuelva, y ya veremos que es un tipo vulgar.

La joven de gasa roja no está convencida y afirma:

—Bien: todo lo que puedo decir es que no tenemos la suerte de encontrarnos con los inmortales,

Entonces otra joven vestida de gasa

verde se levanta de su asiento y dice:

—¿Quieren hacer los caballeros una apuesta conmigo? Pedid al taoísta que vuelva, y si es una persona extraordinaria (

[\[63\]](#)) ganarán la apuesta quienes dicen que es una persona extraordinaria, y si vemos que es un tipo vulgar ganarán quienes dicen que es un tipo vulgar.

¡Bien! —gritan a una los caballeros. Envían entonces un sirviente a que busque a Mingliaotsé, pero éste ha desaparecido del todo y el sirviente regresa con esta nueva.

—Ya sabía yo que no era tipo común —dice el segundo.

—¡Ay, acabamos de perder a un inmortal! —dice la niña de gasa roja—. No ha hecho más que cruzar la puerta y haI desaparecido del todo.

Mingliaotsé prosigue entonces con su caña y sale despaciosamente por las puertas de la ciudad. Cruza una docena de grandes ciudades sin entrar en una sola, hasta que llega a un sitio donde ve la muralla de una ciudad que se apoya en una cadena de montañas. Hay torres hermosas, altas, y templos espaciosos, magníficos, cuyos techos se tocan en formaciones irregulares, y dominan un claro estanque. Es un hermoso día de

primavera; cantan los pájaros en árboles esplendidos, y todas las flores están en su plena gloria. Los hombres y las mujeres de la ciudad, vestidos con ropas nuevas y subidos en lujosos carruajes o montados en sillas bordadas, han salido de la ciudad para "seguir el paso de la primavera", Beben algunos a la sombra de altos árboles, y otros han tendido una estera en el césped fragante, y otros han subido a una torre bermeja, o reman en botes "gorrión verde"; y otros más cabalgan juntos para visitar las flores, o caminan de la mano y cantan canciones populares. Mingliaotsé se siente sumamente feliz y permanece allí mucho tiempo.

Al cabo, un estudioso de limpia cara y bello color aparece cerca de él graciosamente, con su larga túnica. Se inclina profundamente ante Mingliaotsé y dice:

—¿También salen los taoístas a pasear la primavera?

Tengo unos amigos con quienes hemos tendido un festín bajo los cerezos, frente a la torrecilla que queda al otro lado del río. Es alegre compañía, y mucho me complacerá que se una usted a nosotros. ¿Puede venir?

Mingliaotsé sigue alegremente al joven, y cuando llega, ve a seis o siete estudiosos como él, todos guapos y jóvenes. El primer joven le presenta a

los demás con una sonrisa: —Amigos míos: esta es una fiesta de primavera entre nosotros. Acabo de ver a este caballero taoísta en el camino, y advertí que no era vulgar, y por lo tanto propongo que compartamos nuestras copas con él. ¿Qué os parece?

—¡Bien! —responden todos.

Entonces todos vuelven a ocupar sus asientos en orden y Mingliaotsé se sienta al extremo de la mesa. Cuando se ha servido vino suficiente y todos se sienten mareados y felices, la conversación se hace más y más brillante, y los comensales cambian ingeniosas ocurrencias acerca de la nobleza y de la demás gente. Algunos

declaman poemas para celebrar la primavera, otros entonan la canción de recoger flores, algunos discuten la política de la corte, y otros dicen del escondido encanto de bosques y colinas. Se entabla una excitante conversación en que cada uno trata de superar a los otros, en tanto que el taoísta se ocupa solamente en masticar su arroz. El primero de los mozos mira varias veces a Mingliaotsé en medio de esta confusa conversación y dice:

—Debemos oír algo de este maestro taoísta, también. Y Mingliaotsé responde:

—Pero, si estoy gozando las muchas cosas bellas y sabias que todos vosotros

habéis estado diciendo, y no he podido comprenderlas todas. ¿Cómo puedo contribuir en nada a vuestra conversación?

Al cabo de un rato, los comensales se levantan a caminar por los arrozales; algunos recogen flores y otros arrancan ramas de sauce que se cruzan en el camino. Está el lugar lleno de bellezas, y por donde vuelva uno los ojos ve hermosas peonías y miwa (

[\[64\]](#)). Pero Mingliaotsé camina solo por un sendero y vuelve después de un largo rato.

—¿Por qué ha ido solo? —pregunta el caballero.

—Fuí con dos naranjas y un galón de vino a escuchar las oropéndolas — responde Mingliaotsé.

—Es un hombre en verdad extraordinario, por la forma en que habla —dice uno de los caballeros, y Mingliaotsé responde con una frase cortés relativa a su falta de méritos.

Vuelven a sentarse los comensales, y dice uno:

—No estaría bien que volviéramos a casa de una fiesta así sin escribir algunos poemas. Y otro expresa su aprobación. Pronto termina una persona su poema, el primero, que dice:

Ebrios están los sauces con la
ambiente bruma,

Y las flores de durazno brillantes de
rocío.

No temas si vacías tu fragante copa;

Pues hay una taberna allende el claro
río.

Otro termina su poema, que dice:

*parte mi cocina de la montaña el aire;
corre húmeda de espuma está.*

*bebés hoy, en primavera,
pero el viento invernal llegará.*

Cuando otras personas han contribuido con sus versos, se invita a Mingliaotsé a que haga lo mismo. Se pone de pie, y después de algunas expresiones de modestia, ante la insistencia de los amigos, canta:

*ino por la arenosa orilla,
le hay nubes doradas, agua de cristal;
an sorprendidos los mastines de las
hadas...*

tro y me pierdo en medio del peral. (

Sorprendidos por este poema, los comensales se levantan de sus asientos y hacen honda reverencia a Mingliaotsé.

—¡Ah! ¡Ah! ¡Escuchar tan celestiales palabras a un monje! ¡Ya sabíamos que era una persona extraordinaria! Y todos se acercan a preguntarle nombre y apellido, pero Mingliaotsé sonríe, sin responder. Como insisten, Mingliaotsé dice;

—¿Para qué queréis saber mi nombre? Soy apenas una rústica persona que ambula entre nubes y aguas, y con una sonrisa nos hemos conocido. Podéis

llamarme "El Hombre Rústico de las Nubes y las Aguas".

Esto intriga aun más a los comensales, que expresan su deseo de invitarle a que vaya a la ciudad con ellos.

—No soy más que un pobre monje que goza un viaje de vagabundo, y el mundo entero es mi hogar —responde Mingliaotsé con una sonrisa—. Pero, como sois tan bondadosos, os acompañaré.

Vuelven juntos a la ciudad, y Mingliaotsé vive por turno en la casa de cada uno. Durante los días sucesivos, se encuentra ora en los salones de un hombre rico, ora en un estudio pequeño

y escondido, ora en un festín literario y ora contemplando danzas y oyendo canciones, y Mingliaotsé va a todos los lugares donde se le invita. La gente de la ciudad oye hablar del Hombre Rústico de las Nubes y las Aguas, y las personas de actividad social le llenan de invitaciones, y a todas visita él. Cuando le dan bebida, bebe; cuando hablan de poesía y literatura, habla de poesía y literatura; cuando salen en excursión, va con los demás; pero cuando le preguntan nombre y apellido, se limita a sonreír sin responder. En su discusión de la poesía y la literatura tiene frases muy cabales sobre los escritores antiguos y modernos, y da un análisis penetrante de

sus estilos y formas. A veces debate el orden político de los reyes antiguos y hace comentarios, al pasar, sobre cuestiones corrientes, y encanta aun más a quienes le oyen, por sus agudezas.

Especialmente versado es en la enseñanza del taoísmo con respecto a "nutrir el espíritu". A veces, cuando contempla danzas y cantos que lindan con lo impúdico y los demás placen bromas obscenas para descubrir su actitud sobre estas prosas, parece que Mingliaotsé gozara de ellas, como los sabios románticos. Pero cuando se trata de extinguir los cirios y el huésped le pide que se quede con alguna moza, y cuando la fiesta se convierte en un

desorden, se yergue en su asiento con austera prestancia y nadie puede sacar nada de él. Cuando duerme un poco durante la noche pide un cojín de paja al huésped y se sienta en él con las piernas cruzadas, y se limita a dormitar cuando está cansado. Por esta razón crece a su torno la admiración y la extrañeza.

Después de más de un mes de permanencia en la ciudad, se despide repentinamente un día, contra los ruegos persistentes de los demás. Sus amigos le dan dinero y ropas de regalo, y le escriben poemas de despedida. En la fiesta final, todos los caballeros quieren despedirle; tristemente, le tienen de las manos y algunos vierten lágrimas.

Mingliaotsé llega a la puerta exterior de la ciudad y, después de reservar cien monedas para sí, distribuye entre los pobres los regalos de los caballeros y se marcha. Cuando se enteran sus amigos, suspiran y se extrañan aun más, pues no saben qué creer de él.

e) filosofía DE LA FUGA.

Mingliaotsé sigue luego su sendero de montaña, y se encuentra en hondas, rugosas montañas. Miles de viejos árboles, cubiertos de enredaderas, tienden su profunda sombra de modo que quien camina por debajo no alcanza a ver el cielo. No hay traza de habitación

humana, y no se avista siquiera un leñador o un pastor. Sólo escucha Mingliaotsé los gritos de las aves y los monos a su alrededor, y una ráfaga de viento infernalmente frío le hace temblar. Mingliaotsé sigue con su amigo un largo rato, hasta que de pronto ven un anciano de frente majestuosa y rostro delicado y verdes venas que resaltan en la esfera de los ojos. Le cae la cabellera hasta los hombros, y está sentado en una roca, rodeadas las rodillas con los brazos. Mingliaotsé se adelanta y hace una reverencia. El anciano se pone de pie y le mira fijamente un rato, pero no dice una palabra. Caído de rodillas, Mingliaotsé le habla:

—¿Es, Padre, una persona extraordinaria quien ha logrado el Tao? ¿Cómo, si no, puedo encontrar el sonido de las pisadas en esta honda soledad de la montaña? Tu discípulo ha amado siempre el Tao, y en la edad madura no lo ha encontrado todavía. Me entristece la vanidad de esta vida que arde rápidamente como la chispa de un pedernal, o como aceite en una sartén. ¿Quieres apiadarte de mí y dispersar mi ignorancia?

El anciano finge no oírle. Pero cuando Mingliaotsé insiste en su solicitud, le enseña solamente unas pocas palabras acerca de ser despreocupado y tranquilo, y la idea de

la inacción, y al rato sigue su camino. Mingliaotsé le sigue con la mirada mucho rato, hasta que le ve desaparecer del todo. ¿Cómo se explica la existencia de un anciano así en esta honda soledad de la montaña?

Después, siguiendo su ambulante marcha, da de pronto, casualmente, con un viejo amigo. A veces, cuando piensa en estas gentes con quienes había formado amistad sobre la base del amor por la prosa y la poesía, o del respeto mutuo por el carácter de cada uno, o de las relaciones de negocios, o de la intimidad personal y recíproca comprensión del futuro, empieza a sentir deseos de verlos nuevamente. Entonces

va directamente a la casa de su amigo, sin ocultar su identidad. El amigo hace una reverencia para saludarle, y al ver que Mingliaotsé viste tan extraño ropaje se sorprende y le hace preguntas.

—Me he retirado ya del mundo, y Chichen de T'ungming es mí maestro — explica Mingliaotsé.

—¿Se han casado todos tus hijos y tus hijas? —pregunta el amigo.

—No, todavía no. Cuando estén todos casados, estaré libre de cuidados, como cuando se aclara el agua del Río Amarillo. Tsep'ing (

[166](#)) se marchó y no volvió a su casa, pero yo espero volver todavía a

las colinas de mí tierra, a fin de vivir en armonía con mi naturaleza original.

El huésped le sirve entonces comida vegetariana, y comienzan a hablar de los días de veinte o treinta años atrás, y recuerdan el pasado con una carcajada, y sienten que todo ha pasado como un sueño. Inclina luego su cabeza el amigo y suspira, expresando su envidia por la vida despreocupada que vive Mingliaotsé.

—¡Hombre despreocupado eres, por cierto —dice el amigo—. La riqueza y el poder y las glorias de este mundo son cosas en que se ahoga fácilmente la

gente. A veces veo a un anciano lleno de canas que marcha lentamente, encorvado, en un cortejo oficial, aferrado todavía a aquellas cosas, sin deseos de dejarlas ir. Si un día abandona su cargo, mira a su rededor con el ceño fruncido. Cuando pregunta si está pronto su carruaje, retrasa aún la partida, y al cruzar la puerta de la capital mira aún hacia atrás. Cuando vuelve a su finca, desdeña ocuparse de plantar arroz y cáñamo de fríjoles, y de mañana y de noche pide noticias de la capital. O sigue escribiendo cartas a sus amigos de la corte, y estas ideas cruzan incesantemente por su pecho hasta que lanza el último suspiro. A veces, cuando

está agonizando, llega una orden imperial que le llama nuevamente a su cargo, y a veces el mensajero oficial llega pocas horas después de que haya cerrado los ojos. ¿No es ridículo? ¿Cómo te has educado que puedes emanciparte de esas cosas a buen tiempo?

—He mirado a la vida en mis ocios —responde Mingliaotsé—. Parece que he llegado a despertar por haber sentido la tragedia de la vida. He mirado a los cielos, y me he extrañado de que el sol y la luna y las estrellas y la Vía Láctea corran hacia Poniente, día y noche, como personas atareadas. Hoy pasa y ya no vuelve, y aunque llegue mañana no es

ya hoy. Este año pasa y nunca vuelve, y aunque hay un año próximo, ya no es este año. Y así se alargan y despliegan los días de la Naturaleza, en tanto que los días de mi vida se abrevian diariamente, y fuera de las treinta y seis mil mañanas el tiempo no me pertenece. Los años de la Naturaleza se despliegan siempre, mientras los años de mi vida se abrevian siempre, y más allá de un ciento no me pertenecen. Además, lo que llamamos "un ciento de años" y lo que llamamos "treinta y seis mil mañanas", en la vida no son siempre como deseamos que sean, y entre los días y años casi todos transcurren en mal tiempo y pesares y preocupaciones y

tareas. ¿Cuántos momentos hay en que el día es hermoso y la compañía placentera, cuando la luna y el vino son buenos y tenemos el corazón tranquilo y feliz el espíritu, cuando hay música y canciones y vino y podemos gozar y dejar que pasen las horas?

—El sol y la luna —continúa diciendo— siguen su curso, veloces como una bala, y cuando sus ruedas están por caer más allá de los Precipicios de Occidente, los brazos del hombre más fuerte de la tierra no pueden sostenerlas y hacer que giren hacia Levante; ni la elocuencia de Su Ch'in y Chang Yi puede persuadirlas de que rueden hacia Levante; ni el ingenio y la

estrategia de Ch'ulitsé y Yen Ying pueden cambiar su parecer y hacerlas correr hacia Levante; ni la sinceridad de Chingwei que se golpeó contra el Arcoiris y se transformó en un pájaro, tratando de llenar de piedrecillas el mar de su pesar, puede conmover sus corazones y hacerlas girar hacia Levante. Los escritores de todas las edades que han discutido este punto lo han tenido siempre como motivo de eterno pesar.

—Y he mirado a la tierra, donde altas márgenes se han aplanado en los valles, y hondos valles se han alzado en montañas, y el agua de los ríos y los lagos fluye eternamente noche y día

hacia Levante, al mar. Fang P'ing (

[1671](#)) ha dicho: “Desde que tomé mis funciones, he visto tres veces que el mar se mudaba en campo de moreras, y viceversa.”

—He mirado también a las cosas vivas de este mundo: cómo nacen y envejecen y enferman y mueren, molidas en el molino de yin y yang como el aceite en una sartén que, calentado por el fuego, se seca en breve rato; o como un cirio que aletea al viento y pronto se extingue, secas ya sus lágrimas y caído su hollín en la mesa; o como un bote que

se deja a la deriva en la mar picada, adelantado por olas sucesivas y flotando no se sabe adonde. Además, los siete deseos del hombre siguen quemándole y le reducen los placeres de la carne; está a veces demasiado decepcionado y a veces demasiado entusiasmado, y por lo común demasiado preocupado. Sin más de un centenar de años a su disposición, proyecta vivir mil años, y mientras está sentado, como aceite al fuego, sus ambiciones se extienden allende el universo. ¿Por qué extrañarse, pues, de que su ser se deteriore rápidamente cuando llegue la ancianidad y se gaste su energía vital y su espíritu se aleje de su albergue?

—He visto príncipes y duques y generales y ministros cuyos techos complicados forman un horizonte como el de las nubes. Cuando suena la campana de la comida, se ve a mil personas que comen juntas, y cuando se abren sus portales de mañana, multitudes de visitantes entran por ellos. Día y noche dan fiestas y sus salones están llenos de mujeres pintadas. Cuando pasa de largo un monje, le gritan con voz de trueno, y ni siquiera se atreve a mirar a la casa. Pero al cabo de veinte o treinta años el monje pasa otra vez, y ve sólo césped silvestre y rotas tejas cubiertas de rocío y de helada, y un sol frío brilla sobre el lugar y pasa el gemido del

viento, y ni un solo techo ha quedado en pie. Lo que otrora fue escena de canciones y danzas y placeres es hoy campo de pastoreo para unos pocos animales. ¿Comprendieron acaso aquellos que reían y danzaban, cuando estaban en lo mejor de su prosperidad, que llegaría ese día? Y ¿por qué transcurrieron en un abrir y cerrar de ojos las grandes glorias de este mundo? ¿Fueron acaso solamente el Jardín de Chinku, la Torre de T'ung't'ai, el Palacio de P'ihsiang, y el Estanque de T'aiyí (

[\[68\]](#)) los que se convirtieron gradualmente en ruinas con el pasaje de centenares o millares de años? En mis

días de holganza, he salido de la ciudad y subido las colinas hasta donde veía unos montículos de tumbas. ¿Pertenece a Yen o a Han o a Chin o a Wei? ¿Eran príncipes y duques, o eran pajes y sirvientes? ¿Eran héroes o eran tontos? ¿Cómo puedo saberlo por un montón de tierra amarilla? Pensé que todos ellos, cuando vivían, se aferraban a la gloria y las riquezas, pujaban unos con otros en sus ambiciones y pugnaban por la fama; pensé cómo proyectaron cosas que jamás pudieron lograr, y adquirieron cosas que jamás pudieron usar. ¿Cuál de ellos no se preocupó y forjó proyectos y luchó? Una mañana se cerraron sus ojos para el sueño eterno, y tras ellos dejaron

todas sus preocupaciones.

—Me he detenido en las residencias de los funcionarios y me he preguntado cuántos han ocupado el lugar de otros como huéspedes de ellas. He mirado los archivos del personal de la corte y me he preguntado cuántas veces se han borrado viejos nombres e inscrito otros nuevos. He estado en pasos de montañas y en cruces de ríos, y he subido a una altura para mirar a la llanura, y he visto continuos cortejos de botes y carruajes y me he preguntado cuántos viajeros han conducido. Y así suspiraba yo en silencio, y a veces me caían las lágrimas

y los deseos de mi corazón se enfriaban como cenizas.

—He oído decir a Yentsé — responde el amigo— que Sangch'iu era feliz porque no había muerte, y que el Rey Ching de Ch'i vertía lágrimas y se afligía por causa de la muerte, y que la gente sabia criticábale por no comprender la vida. ¿No te falta también a tí la sabiduría de quienes comprenden la vida, cuando te entristeces y viertes lágrimas porque el tiempo transcurre veloz y porque la vida es inestable?

—No —asegura Mingliaotsé—. Me he entristecido por la Sensación de inestabilidad de la vida, pero he despertado de este sentimiento de

tristeza. El Rey Ching de Ch'i temía que su poder y su gloria fueran temporales y quería gozar de ellos para siempre y agotar la felicidad de la vida humana. Yo, por el contrario, siento la inestabilidad de la riqueza y el poder y quiero mantenerlos a distancia, a fin de seguir el curso normal de mi vida. Nuestros fines son diferentes.

—¿Has logrado ya el Tao, entonces?

—No, no he logrado el Tao. Sólo soy uno que lo ama.

—¿Por qué vagas así, si amas el Tao?

—Oh, no. No confundas mis andanzas de vagabundo con el Tao — responde Mingliaotsé—. Estaba cansado

de las restricciones de la vida oficial y las molestias de los asuntos mundanos, y viajo tan sólo para librarme de ellas. En cuanto a concluir el "gran negocio de la vida" (

[169](#)), tendré que esperar mi regreso y mi encierro.

—¿Te sientes feliz, al ambular como un vagabundo, con una calabaza y una sotana, mendigando y cantando por el sustento.

—He oído decir a mi maestro — responde Mingliaotsé— que el arte de lograr la felicidad consiste en tener

placeres apacibles. Cuando alguien llega a un festín donde se sirven corderos y terneras y todas las delicadezas que vienen de la tierra y del mar, goza de todo al principio, pero cuando alcanza el punto de la saciedad empieza a sentir repulsión. Mucho mejor es una comida de arroz sencillo y verduras, una comida suave y sencilla y buena para la salud, y que tiene un sabor duradero, después que uno se acostumbra.

También goza la gente, al principio, en las fiestas donde hay hermosas mujeres y mozos, donde algunos golpean el tambor y otros tocan el sheng y suceden muchas cosas en la sala. Pero

después de perdido el ánimo primero, se gana, por el contrario, una sensación de tristeza. Es mucho mejor encender incienso y abrir un libro y sentarse a solas y en holganza manteniendo la calma en el espíritu, pues el encanto se ahonda con el tiempo. Aunque en un tiempo de mi vida fui un funcionario, no tenía propiedades ni riquezas, fuera de unos pocos libros. Al principio viajé con estos libros, pero temeroso de que causaran envidia a los espíritus del agua los arrojé al río. Y ahora no tengo nada más que este cuerpo. ¿No perdura, pues, para mí el encanto de la vida, cuando han desaparecido mis cargas, cuando lo que me rodea es la calma, cuando está

libre mi cuerpo y ocioso mi corazón? Con una sotana y una calabaza voy por doquiera me plazca, me quedo en el lugar que elijo, y tomo lo que consigo. Cuando estoy en un lugar, no pregunto por su dueño, y cuando me marchó no dejo mi nombre. No me siento incómodo cuando se me desdeña, y no me contamina cuando estoy en ruidosa compañía. Por lo tanto, el propósito de mis ambulaciones es, también, aprender el Tao.

Después de oír esto, el amigo dice con una feliz sonrisa:

—Tus palabras hacen que me sienta como si hubiera tomado un remedio refrescante. La molesta fiebre ha salido

de mí cuerpo sin que yo lo supiera.

(Aquí sigue una discusión sobre la identidad de las Tres Religiones y la existencia de Dios y de Buda y de hadas y de duendes.)

Al cabo de un rato llega un hombre joven y, apuntando un dedo a Mingliaotsé, grita:

—¡Márchate de aquí, mendigo! Un monje debe irse en cuanto recibe su comida. Si sigues diciendo tonterías te he de considerar un brujo y te denunciaré a los tribunales.

El mozo se recoge una manga, como si fuera a golpear a Mingliaotsé, pero éste no hace más que sonreír, sin responder. Algún, transeúnte resuelve la

disputa.

Mingliaotsé se aleja entonando sus canciones. De noche se detiene en una hostería, y allí hay una mujer bien vestida que atisba por la puerta. Gradualmente se acerca la mujer y comienza astutamente a coquetearle. Mingliaotsé piensa para sus adentros que esta mujer debe ser un mal espíritu, y sigue sentado a solas.

—Soy un hada —dice la mujer— y he venido a salvarte porque sé que has tratado muy empeñosamente de aprender el Tao. Además, tuve una cita contigo en nuestra encarnación anterior. No dudes de mí, por favor. Te acompañaré a la Tierra Encantada.

Mingliaotsé recuerda que cuando Lü Ch'engtsé aprendía el Tao en Chingshan, fue engañado así por una tentadora, y quedó finalmente esclavizado por un mal espíritu. Perdió el ojo izquierdo, y murió sin poder lograr el Tao. Hasta los clásicos consideran que el fracaso de Lü Ch'engtsé se debió a su falta de dominio de la mente, y a la existencia de deseos malignos. Es natural que, cuando los duendes y los espíritus de los zorros tientan a alguien, destruyan su vida, y por ende se les debe evitar. Pero si hasta los sabios y los santos pueden errar y ser engañados de tal modo, ha de ser porque no alcanzaron a dominar su mente y conservar su espíritu.

Mingliaotsé sigue, pues, tan austero como antes, y la mujer desaparece repentinamente. ¿Quién podrá saber si era un duende o un espíritu de los zorros o una tentadora?

Durante más de tres años sigue Mingliaotsé sus viajes, ambulando por el mundo, casi por el mundo entero. Todo lo que ve con sus ojos o escucha con sus oídos y toca con su cuerpo, y todas las diferentes situaciones y encuentros son empleados por él para el fin de preparar su mente. Y por eso no resulta enteramente sin beneficios este viaje de vagabundo.

Vuelve entonces y se construye una choza en las colinas de Szeming, y no la

abandona ya.

CAPITULO XII

EL GOCE DE LA CULTURA

I. BUEN GUSTO EN EL CONOCIMIENTO

La meta de la educación, la cultura, es simplemente el desarrollo del buen gusto en el conocimiento y las buenas formas en la conducta. El hombre culto o el hombre educado ideal no es

necesariamente un hombre que ha leído o aprendido mucho, sino aquel a quien gustan y disgustan las cosas que le deben gustar y disgustar. Saber qué se debe amar y qué se debe odiar es tener buen gusto en el conocimiento. Nada exaspera tanto como conocer en una reunión a una persona cuya mente está atestada de fechas y datos históricos y que se halla muy enterada de las cuestiones corrientes en Rusia o Checoeslovaquia, pero cuya actitud o punto de vista es erróneo. He conocido personas así, y he visto que no había tema que pudiera surgir en el curso de la conversación sobre el cual no tuvieran algunos hechos o cifras que presentar, pero cuyos puntos

de vista eran deplorables. Estas personas tienen erudición, pero no discernimiento, y tampoco gusto. La erudición es simplemente cuestión de atestar hechos o información, en tanto que el gusto o el discernimiento es cuestión de juicio artístico. Al hablar de un sabio, los chinos distinguen entre la erudición, la conducta, y el gusto o discernimiento. (

[\[70\]](#))

Así ocurre, particularmente, con respecto a los historiadores; un libro de historia puede estar escrito con la más

detallada erudición, pero carecer de visión o discernimiento, y en su juicio o interpretación de personas y hechos de la historia el autor puede demostrar falta de originalidad o de profundidad de comprensión. Solemos decir que un autor así no tiene gusto en el conocimiento. Estar bien informado, o acumular hechos y detalles, es la cosa más fácil. En un período histórico dado hay muchos hechos que pueden ser metidos fácilmente en la mente, pero el discernimiento en la selección de los hechos significativos es una cosa sumamente más difícil, y depende del punto de vista de cada uno.

Un hombre educado, pues, es el que

tiene los amores y los odios justos. Esto es lo que llamamos gusto, y con el gusto viene el encanto. Tener gusto o discernimiento requiere capacidad para pensar las cosas hasta el fondo, independencia de juicio y resistencia a ser engañado por cualquier forma de embeleco: social, político, literario, artístico o académico. No hay duda que en nuestra vida adulta estamos rodeados por una cantidad de embelecocos o farsas: de fama, de riqueza, patrióticos, políticos; hay poetas de farsa, políticos de farsa, dictadores de farsa y psicólogos de farsa. Cuando un psicoanalista nos dice que la realización de las funciones intestinales durante la

infancia tiene una relación definida con las ambiciones y la agresividad y el sentido del deber en la edad madura, o que la constipación produce, a la larga, tacañería de carácter, todo lo que puede hacer un hombre de gusto es sentirse divertido. Cuando un hombre se equivoca, bien, se equivoca, y no hay necesidad de que nadie se impresione o quede pasmado por un gran nombre o por el número de libros ha leído él y nosotros no conocemos.

El gusto, pues, está íntimamente asociado con la valentía, los chinos siempre asocian shih con tan, y la valentía o independencia de juicio, como sabemos, es virtud muy rara la

humanidad. Vemos esta valentía o independencia intelectual durante la infancia de todos los pensadores y escritores que después han llegado a algo. Estas personas se niegan a que les guste un poeta determinado aunque sea la grande sensación de su época; pero cuando en realidad les gusta un poeta, pueden decir que les gusta, y esto es debido a su juicio íntimo. Esto es lo que llamamos gusto en literatura. También se niegan a prestar su aprobación a la escuela corriente de pintura, si choca con sus instintos artísticos. Esto es gusto en el arte. También se niegan a quedar impresionados por una filosofía de moda o una teoría reciente, aunque las

respalde el más grande de los nombres del momento. No se dejan convencer por ningún autor hasta que se convencen en lo íntimo; si el autor les convence, tiene razón el autor, pero si no les puede convencer, son ellos quienes tienen razón y no el autor. Esto es gusto en el conocimiento. No hay duda de que esta valentía intelectual o independencia de juicio requiere cierta confianza infantil, trivial, en sí mismo, pero ese yo es lo único a que se puede aferrar uno, y en cuanto un estudiante renuncia a su derecho al juicio personal ya está destinado a aceptar todos los embelecos de la vida.

Confucio parece haber pensado que

la erudición sin pensamiento era más peligrosa que los pensamientos sin el apoyo de la erudición; fue él quien dijo: "Pensar sin aprender nos hace caprichosos, y aprender sin pensar es un desastre." Debe haber visto buen número de estudiantes del último tipo en sus días para pronunciar esta advertencia, una advertencia muy necesaria en las escuelas modernas. Es bien sabido que la educación moderna y los modernos sistemas escolares, en general, tienden a alentar la erudición a expensas del discernimiento, y consideran el acaparamiento de información como un fin en sí mismo, como si una gran suma de erudición

podría formar a un hombre educado. Pero ¿por qué se desalienta, en la escuela, a quien quiere pensar? ¿Por qué ha torcido y falseado el sistema educacional la placentera búsqueda de conocimientos para convertirla en un mecánico, medido, uniforme y pasivo amontonamiento de informaciones? ¿Por qué concedemos más importancia al conocimiento que al pensamiento? ¿Cómo damos en decir que un universitario es un hombre educado, sólo porque ha cumplido las unidades u horas de estudio necesarias en psicología, historia medieval, lógica y "religión"? ¿Por qué hay clasificaciones y diplomas en las escuelas, y cómo ha

podido suceder que en el ánimo del estudiante las clasificaciones y los diplomas lleguen a ocupar el lugar de la verdadera meta de la educación?

La razón es sencilla. Tenemos este sistema porque educamos a la gente en masas, como en una fábrica, y todo lo que ocurre dentro de una fábrica debe suceder según un sistema muerto y mecánico. A fin de proteger su fama y "standardizar" sus productos, la escuela debe darles diplomas como certificados. Con los diplomas nace la necesidad de pasar de curso, y con esto vienen las clasificaciones, y a fin de que haya clasificaciones debe haber lecciones, exámenes y pruebas. Todo esto forma

una secuencia enteramente lógica y no hay forma de escapar de ella. Pero las consecuencias de los exámenes mecánicos son más fatales de lo que imaginamos. Porque inmediatamente se acentúa la necesidad de memorizar los hechos, más que el desarrollo del gusto o del juicio. Yo he sido maestro y sé que es más fácil hacer un conjunto de preguntas sobre fechas históricas que sobre vagas opiniones acerca de vagas cuestiones. También es más fácil clasificar así a los alumnos.

El peligro está en que después de instituir este sistema es fácil que olvidemos que ya nos hemos desviado, o que quizá desviemos, del verdadero

ideal de la educación que, como digo, es el desarrollo del buen gusto en el conocimiento. Es útil recordar todavía que Confucio dijo: "La erudición que consiste en la memorización de hechos no califica a nadie para ser maestro". No hay temas obligatorios, no hay libros, ni los de Shakespeare, que uno deba leer. La escuela parece proceder según la estúpida idea de que podemos delimitar un volumen mínimo de la enseñanza de historia y geografía que se puede considerar absolutamente indispensable para el hombre educado. Yo soy bastante educado, aunque me confundo antes de decir cuál es la capital de España y en una época pensé

que Habana era el nombre de una isla contigua a Cuba. El peligro de prescribir un curso de estudios obligatorios es que implica que un hombre que ha seguido el curso prescrito sabe ipso facto todo lo que debe saber un hombre educado. Es absolutamente lógico, pues, que un universitario recibido cese de aprender o de leer libros después de dejar sus estudios, porque ya ha aprendido todo lo que tiene que saber. (

[\[71\]](#))

Debemos abandonar la idea de que

los conocimientos de un hombre pueden ser probados o medidos en una forma cualquiera. Tschuangtsé ha dicho muy bien: "¡Ay, mi vida está limitada, y el conocimiento no tiene límites!" La busca de conocimiento es, después de todo, solamente como la exploración de un nuevo continente, o "una aventura del alma", como dice Anatole France, y ha de ser un placer en lugar de convertirse en tortura si se mantiene el espíritu de exploración con ánimo desaprensivo, interrogativo, curioso y aventurero. En lugar del amontonamiento medido, uniforme y pasivo de información, tenemos que mantener este ideal de un placer individual positivo y creciente.

Una vez abolidos los diplomas y las clasificaciones, o considerados solamente en lo que valen, la busca del conocimiento se— hace positiva, porque el estudiante se ve forzado al menos a preguntarse por qué estudia. Al presente, ya se ha respondido a la pregunta en su nombre, porque el estudiante no duda de que estudia en la escuela primaria para pasar a la secundaria y en la secundaria para pasar a la universitaria. Todas estas consideraciones ajenas a uno deben ser dejadas de lado, porque la adquisición de conocimientos no es cuestión de nadie más que de uno mismo. Al presente, todos los estudiantes estudian por el título, y muchos de los buenos

estudiantes estudian por sus padres o sus maestros o sus futuras esposas, para no parecer desagradecidos a sus padres que gastan tanto dinero para educarlos, o porque quieren parecer simpáticos a un profesor que es bueno y simpático con ellos, o para poder salir de la escuela a ganar un sueldo elevado con que alimentar a la futura familia. Sugiero que todas estas ideas son inmorales. La búsqueda del conocimiento no debe ser cuestión de nadie más que de uno mismo, y sólo entonces podrá ser un placer, y podrá ser positiva, la educación humana.

II. EL ARTE COMO JUEGO Y

PERSONALIDAD

El arte es, a la vez, creación y recreo. De las dos ideas, creo que la más importante es la del arte como recreo, o como puro juego del espíritu humano. Por mucho que aprecie, como aprecio, todas las formas de la labor creadora inmortal, sea en pintura, arquitectura o literatura, creo que el espíritu del verdadero arte puede hacerse más general y penetrar en la sociedad sólo cuando mucha gente goce del arte como pasatiempo, sin esperanzas de lograr la inmortalidad. Es más importante que todos los estudiantes de un colegio jueguen al fútbol o al tenis

con regular habilidad, y no que el colegio produzca unos cuantos campeones de atletismo o de fútbol para los torneos nacionales; también es más importante que todos los niños y todos los mayores puedan crear algo propio como pasatiempo, y no que la nación produzca un Rodin. Yo prefiero que todos los niños aprendan en la escuela a modelar arcilla, y todos los presidente de banco y peritos económicos dibujen sus tarjetas de Navidad, por ridículos que sean sus intentos, y no que haya unos pocos artistas que trabajen en el arte como en una profesión. Es decir, estoy por el amateurismo en todos los terrenos. Me gustan los filósofos

aficionados, los poetas aficionados, los fotógrafos aficionados, los magos aficionados, los botánicos aficionados y los aviadores aficionados. Tanto placer me causa escuchar a un amigo que toca ni bien ni mal una sonatina de noche, como escuchar a un concertista profesional de primera clase. Y a todos encantan los magos aficionados, los amigos que nos divierten en casa, más que los magos profesionales en un escenario, y todo padre goza más con el teatro de aficionados que hacen sus hijos que con una pieza shakesperiana en las tablas. Sabemos que eso es espontáneo, y sólo en lo espontáneo reside el verdadero espíritu del arte. Por eso

considero tan importante que la pintura china sea esencialmente el producto de los pasatiempos de los sabios y no de artistas profesionales. Solamente cuando se mantiene el espíritu de juego puede el arte escapar de la comercialización.

Cosa característica del juego es que uno juega sin razón, y que no debe haber razón para jugar. Jugar es razón suficiente. Este criterio está confirmado en la historia de la evolución. La hermosura es algo que no se puede explicar con la lucha por la existencia, y hay formas de hermosura que son destructivas hasta para el animal, como los cuernos excesivos del ciervo. Darwin advirtió que no podía explicar

las hermosuras de la vida animal y vegetal con la selección natural, y tuvo que introducir el gran principio secundario de la selección sexual. No alcanzamos a comprender el arte y la esencia del arte si no lo reconocemos simplemente como un exceso de energía física y mental, libre y sin trabas y que existe porque sí. Esto es la tan censurada fórmula de "arte por el arte mismo". Considero que es ésta una cuestión sobre la cual no tienen derecho a decir nada los políticos; creo que es solamente un hecho incontrovertible con respecto al origen psicológico de toda la creación artística. Hitler ha denunciado como inmorales muchas formas del arte

moderno, pero yo considero que los más inmorales entre todos los artistas son aquellos que pintan retratos de Hitler, para exhibirlos en el Museo con el fin de agradar al poderoso gobernante. Eso no es arte sino prostitución. Si el arte comercial lastima a menudo el espíritu de creación artística, el arte político ha de matarlo a buen seguro. Porque la libertad es el alma misma del arte. Los dictadores modernos intentan lo imposible cuando tratan de producir un arte político. No parecen comprender que no se puede producir el arte por la fuerza de la bayoneta, tal como no se puede comprar verdadero amor a una prostituta.

A fin de comprender la esencia del arte, hemos de retroceder a las bases físicas del arte como un exceso de energía. Esto es lo que se conoce como impulso artístico o creador. El empleo del término "inspiración" demuestra que el mismo artista apenas sabe de dónde viene el impulso. Es simplemente una cuestión de incitación íntima, como el impulso que siente el hombre de ciencia para descubrir la verdad, o el impulso del explorador por descubrir una nueva isla. No hay forma de explicarlo. Empezamos a ver hoy, con la ayuda del conocimiento biológico, que toda la organización de nuestra vida mental se regula por el aumento o disminución y

distribución de las hormonas en la sangre, que actúan sobre los diversos órganos y el sistema nervioso que maneja a esos órganos. Hasta el furor o el temor se reducen a una cuestión de abastecimiento de adrenalina. Me parece que el genio mismo es solamente un sobreabastecimiento de secreciones glandulares. Un oscuro novelista chino, sin el moderno conocimiento de las hormonas, adivinó correctamente el origen de toda la actividad al decir que se debe a "lombrices" en nuestro cuerpo. El adulterio es cuestión de lombrices que nos muerden los intestinos e impelen al hombre a satisfacer sus deseos. La ambición y la agresividad y el amor por

la fama o el poder se deben también a ciertas lombrices que no dejan descansar al hombre hasta que ha realizado el objeto de su ambición. Escribir una novela, digamos, es también el resultado de una especie de lombrices que impelen e incitan al autor a crear, sin ninguna razón explicable. Entre las hormonas y las lombrices, prefiero caer en las últimas. El término es más vivo.

Con una superexistencia, o también una existencia normal de lombrices, el hombre está destinado a crear una u otra cosa, porque no puede remediarlo. Cuando un niño tiene superexistencia de energía, su forma normal de caminar se

transforma en una serie de saltos o en una carrera. Cuando el hombre tiene una superexistencia de energía, su forma de caminar se transforma en baile. Así, pues, el baile no es nada más que una forma ineficiente de caminar, ineficiente en el sentido de que se pierde energía desde el punto de vista utilitario, no desde el estético. En lugar de ir directamente a un punto, que es el camino más rápido, un bailarín valsa y llega dando un círculo. En verdad, nadie trata de ser patriótico cuando está bailando, y ordenar a un hombre que baile según el ideario capitalista o fascista o proletario es destruir el espíritu de juego y la gloriosa

ineficiencia del baile. Si un comunista trata de lograr un objetivo político, o de ser un leal camarada, debe caminar y nada más, no bailar. Los comunistas parecen conocer lo sacrosanto del trabajo, y no lo sacrosanto del juego. ¡Cómo si el hombre en la civilización no trabajara ya en demasía, comparado con todas las demás especies y variedades del reino animal, y ese monstruo, el Estado, tuviera que invadir también con sus reclamos la poca holganza que el hombre tiene, su escaso tiempo para el juego y el arte!

Esta comprensión del verdadero carácter del arte, en tanto es simple juego, debe ayudarnos a aclarar el

problema de la relación entre el arte y la moral. La belleza es solamente buena forma, y hay buena forma en la conducta así como en la buena pintura o en un puente hermoso. El arte es mucho más amplio que la pintura y la música y el baile, porque en todo hay buena forma. Hay buena forma en un atleta que gana una carrera; hay buena forma en un hombre que lleva una hermosa vida de la niñez a la juventud, a la madurez y a la ancianidad, cada edad adecuada al momento; hay buena forma en una campaña presidencial bien dirigida, bien encauzada y que llega gradualmente a un final de victoria, y hay buena forma también en reír y en escupir, como lo

practicaban tan cuidadosamente los viejos mandarines en China. Cada actividad humana tiene una forma y una expresión, y todas las formas de expresión yacen dentro de la definición del arte. Es imposible, pues, relegar el arte de la expresión a los escasos terrenos de la música y la danza y la pintura.

Por lo tanto, con esta interpretación más amplia del arte, la buena forma en la conducta y la buena personalidad en el arte están íntimamente relacionadas y son de igual modo importantes. Puede haber un lujo en nuestros movimientos corporales, como en el movimiento de un poema sinfónico. Dada esa

superexistencia de energía, hay fluidez y gracia y respeto de las formas en todo lo que hacemos. La fluidez y la gracia provienen de un sentimiento de competencia física, un sentimiento de capacidad para hacer más que bien una cosa: para hacerla bellamente. En los terrenos más abstractos, vemos esta belleza en todo el que cumple una buena tarea. El impulso de hacer una bella tarea o una tarea limpia, es esencialmente un impulso estético. Hasta un buen asesinato, una conspiración bien cumplida, es cosa bella de ver, por condenable que sea el acto. En los detalles más concretos de nuestra vida también hay, o puede haber, fluidez y

gracia y competencia. Todas las cosas que llamamos "las amenidades de la vida" pertenecen a esta categoría. Hacer bien y apropiadamente un piropo es hacer bello piropo, y, en cambio, pronunciar un piropo con mal gusto es grosero.

Este desarrollo de las amenidades del discurso y de la vida y de los hábitos personales llegó a un punto muy elevado a fines de la Dinastía Chin (siglos III y IV de nuestra era) en China. Fue ésa la época en que estaban de moda las "conversaciones en holganza". Las mujeres vestían con sumo cuidado, y muchos hombres eran famosos por su elegancia. Hubo una moda de tener

"barbas hermosas", y los hombres aprendieron a andar vestidos con túnicas sumamente sueltas. Estaban diseñadas de tal modo estas ropas que no había en el cuerpo ningún sitio inalcanzable en caso de que uno quisiera rascarse una picazón. Todo se hacía graciosamente. El chu, un manojo de crines de cola de caballo atadas en torno a un mango para espantar los mosquitos y las moscas, llegó a ser un importante accesorio de la conversación, y aun hoy las conversaciones sin prisa, holgazanas, se llaman, en obras literarias, chut'an o sea "conversaciones chu". "Debía, uno tener el chu en la mano y agitarlo graciosamente en el aire durante la

conversación. El abanico pasó a ser también un bello adminículo en las conversaciones: los conversadores lo abrían y cerraban, tal como en Occidente los ancianos suelen quitarse los anteojos y volver a colocarlos durante un discurso, y era cosa digna de verse. En punto a utilidad, el chu o el abanico era poco más útil que el monóculo de un inglés, pero formaba parte del estilo de conversación, como un bastón es parte de un estilo de caminar. Entre las más bellas amenidades de la vida que he observado en Occidente se cuentan el choque de los tacos de un caballero prusiano cuando se inclina ante una dama en un salón, y

la reverencia de las jóvenes alemanas, con una pierna cruzada detrás de la otra. Considero que ambos son gestos supremamente bellos, y es lástima que esta costumbre haya pasado de moda.

Muchas son las amenidades que se practican en China. Se cultivan cuidadosamente los gestos de los dedos, manos y brazos. El método del saludo entre los manchúes, llamado tach'ien, es también muy bello. Una persona entra en una habitación y, con un brazo caído a un lado, dobla una de las piernas y hace una graciosa reverencia. En caso de haber varias personas sentadas en la habitación, hace un gracioso giro sobre el eje de su pierna recta, mientras se

encuentra en aquella postura, de manera que saluda a todos los presentes. También es digno de contemplar el culto jugador de ajedrez que coloca las piezas en el tablero. Cuidadosamente balanceada en el índice una de las piedritas blancas o negras que son las piezas del ajedrez chino, la empuja suavemente desde atrás con un movimiento hacia afuera del pulgar y un movimiento hacia adentro del índice, y la hace descender graciosamente en el tablero. Los cultos mandarines de antaño hacían gestos sumamente hermosos cuando se enojaban. Usaban túnicas con las mangas recogidas en los extremos, mostrando el forro de seda, las mangas

llamadas "mangas de cascos de caballo", y cuando estaban muy disgustados blandían el brazo derecho o los dos brazos hacia abajo y, con un sonoro tirón, echaban hacia abajo los "cascos de caballo" doblados, y salían graciosamente de la habitación. Esto se llama fohsiu o sea "limpiarse las mangas y salir".

También es hermoso oír el discurso de un funcionario culto entre los mandarines. Sus palabras surgen con bella cadencia, y los tonos musicales del acento de Pekín tienen un gracioso altibajo musical. Las sílabas se pronuncian con gracia y lentamente, y en el caso de los verdaderos eruditos, el

lenguaje está recamado de joyas del estilo literario chino. Y también debe verse cómo ríe o escupe un mandarín. Es delicioso, en verdad. El acto de escupir se hace generalmente en tres compases musicales; los dos primeros son los sonidos de aspirar y de despejar la garganta como preparación del compás final de escupir, que se ejecuta con rápida fuerza: staccato después de legato. No me importan en realidad los gérmenes que así pueblan el aire, si el acto de escupir se realiza estéticamente, porque he sobrevivido a esos gérmenes sin efectos apreciables sobre mi salud. La risa de un mandarín es también un proceso regulado y artísticamente

rítmico, con un dejo de artificial y estilizado, y rematado por un volumen cada vez más generoso, placenteramente suavizado por una blanca barba, cuando la hay.

Esta risa es un arte cuidadosamente cultivado en el actor, como parte de su técnica teatral, y quienes van al teatro se encantan y aplauden cuando aprecian una risa perfectamente ejecutada. Claro está que se trata de algo muy difícil, porque hay muchas clases de risas: la risa de la felicidad, la risa de ver que alguien cae en nuestra trampa, la risa de desdén o desprecio y, la más difícil de todas, la risa de la desesperanza, del hombre que es sorprendido y vencido

por la fuerza de circunstancias abrumadoras. Los espectadores chinos vigilan estas cosas y los gestos de las manos y los pasos del actor, llamados t'aipu o "pasos de escenario" los últimos. Cada movimiento del brazo, cada inclinación de la cabeza, cada giro del cuello, cada inclinación de la espalda, cada movimiento ondulante de la flotante manga y, naturalmente, cada paso del pie, es un gesto cuidadosamente practicado. Los chinos clasifican la acción teatral en las clases de canto y acción, y hay siempre piezas en que se acentúa el canto, y otros dramas en que se acentúa la acción de los personajes. "Acción" quiere decir en

este caso los movimientos del cuerpo, las manos y el rostro, tanto como la acción más general de las emociones y las expresiones. Los actores chinos tienen que aprender a sacudir la cabeza para manifestar desaprobación, a levantar las cejas para demostrar sospecha, y a mesarse suavemente la barba para expresar paz y satisfacción,

Ahora ya estamos prontos para discutir el problema de la moral y el arte. La absoluta confusión del arte y la propaganda en los países fascistas y comunistas, y su ingenua aceptación por tantos intelectuales en una democracia, hacen necesario que toda persona inteligente llegue a una clara

comprensión del problema. Los comunistas y los fascistas hacen una partida en falso, ya al comienzo, al pasar por alto el papel del individuo, tanto como personalidad creadora como en su papel de objeto de la creación, ya al colocar en su lugar los reclamos superiores del Estado o de la clase social. Si bien la literatura y el arte deben construirse sobre emoción» personales, individuales, los comunistas y los fascistas acentúan solamente las emociones de grupos o de clases, sin postular la realidad de las emociones en los diversos individuos. Expulsada así del tribunal la personalidad individual, no se puede empezar siquiera a discutir

con cordura el problema del arte y la moral.

El arte tiene una relación con la moral solamente en tanto la calidad peculiar de una obra de arte es una expresión de la personalidad del artista. Un artista de gran personalidad produce gran arte, un artista de personalidad trivial produce arte trivial, un artista sentimental produce arte sentimental, un artista voluptuoso produce arte voluptuoso, un artista tierno produce arte tierno, y un artista lleno de delicadeza produce arte delicado. Ahí tenemos, en dos palabras, la relación del arte y la moral. La moral, al fin y al cabo, no es cosa que se pueda

sobreimponer desde fuera, según los cambiantes caprichos de un dictador o el cambiante código ético del Jefe del Departamento de Propaganda. Debe crecer desde dentro como expresión natural del alma del artista. Y no es cuestión de elección, sino un hecho ineludible. El artista de mezquino corazón no puede producir una gran pintura, y el artista de gran corazón no puede producir una pintura mezquina, aunque estuviera en juego su vida.

La noción china del p'in en el arte es sumamente interesante: a veces se habla de ella como jenp'in ("personalidad del hombre") o p'inkeh ("personalidad del carácter"). Hay también una idea de

gradación, por cuanto hablamos de poetas del "primer p'in", o "segundo p'in", y también decimos que hacemos "p'in del té" cuando probamos buen té. Hay, además, toda una categoría de expresiones en relación con la personalidad de las personas según se muestra en una acción particular. En primer lugar, un mal jugador, o un jugador que demuestra mal talento o mal gusto, tiene un mal tup'in o una mala "personalidad de juego", según la expresión china. Se dice que el bebedor que suele comportarse vergonzosamente después de haber bebido mucho, tiene un mal chiup'in, o una mala "personalidad de vino". Se dice de un jugador de

ajedrez que tiene buen o mal ch'ip'in, o sea "personalidad de ajedrez". El primer libro chino de crítica poética se llama Shihp'in (Personalidades de la poesía) ([1721](#)), con una gradación de los diferentes poetas y, naturalmente, hay libros de crítica de arte que se llaman huap'in o "personalidades de la pintura".

Vinculada con esa idea del p'in, por lo tanto, está la creencia, generalmente aceptada, de que la obra del artista se halla determinada estrictamente por su personalidad. Esta "personalidad" es a la vez moral y artística. Tiende a

acentuar la noción de la comprensión humana, de la altura de ánimo, del desapego de la vida, de la ausencia de pequenez o trivialidad o vulgaridad. En este aspecto es similar a la voz occidental de "manera" o "estilo", en el sentido del modo de proceder del artista. Un artista díscolo o inconventional demostrará estilo díscolo o inconventional, y una persona de encanto demostrará, naturalmente, encanto y delicadeza en su estilo, y un gran artista de buen gusto no se allanará a los "amaneramientos". En este sentido, la personalidad es el alma misma del arte. Los chinos han aceptado siempre implícitamente la creencia de que no

puede ser grande un pintor a menos que sea grande su personalidad moral y estética; y al juzgar la caligrafía y la pintura, el patrón más alto no es el de si el artista demuestra buena técnica, sino el de si tiene o no alta personalidad. Una obra que demuestre técnica perfecta puede señalar de todos modos una "baja" personalidad, y entonces, como diríamos en este idioma, esa obra carece de "carácter".

Hemos llegado así al problema central de todo arte. El gran general y primer ministro chino Tseng Kuofán, dijo en una de las cartas a su familia que los únicos dos principios vivos del arte en la caligrafía son la forma y la

expresión, y que uno de los más grandes calígrafos de su tiempo, Ho Shaochi, aprobaba esta fórmula y apreciaba su visión. Como todo arte es concreto, hay siempre un problema mecánico, el problema de la técnica, que tiene que ser dominado, pero como el arte es también espíritu, el elemento vital en todas las formas de creación es la expresión personal. La individualidad del artista, contra su mera técnica, es lo único significativo en una obra de arte. En la literatura, lo único importante en un libro es el estilo y los sentimientos personales del autor, expuestos en su juicio y en lo que le place y le disgusta. Hay un constante peligro de que esta

personalidad o expresión personal se sumerja en la técnica, y la dificultad mayor para todos los principiantes, sea en la literatura o la pintura o el teatro, es la de ser personal. La razón, claro está, es que el principiante está asustado por la forma o la técnica. Pero no puede ser buena ninguna forma sin este elemento personal. Toda buena forma tiene un movimiento libre, y esto es lo que resulta bello, sea el movimiento del palo de un campeón de golf, o el de un hombre que sube velozmente al triunfo, o el de un jugador de fútbol que corre con la pelota por la cancha. Debe haber un flujo de expresión, y ese poder de expresión no debe ser trabado por la

técnica, sino que ha de poder moverse libre y felizmente en ella. Hay ese libre movimiento —cosa tan bella de ver— en un tren que da vuelta una curva, o en un yate que navega a plena velocidad con las velas izadas. Existe ese movimiento en el vuelo de una golondrina, o de un halcón que baja hacia su presa, o en un caballo de carrera que llega a la meta "en buena forma", según se suele decir.

Exigimos que todo arte tenga carácter, y el carácter no es nada más que lo sugerido o revelado por la obra de arte con respecto a la personalidad o el alma o el corazón o, como dicen los chinos, el "pecho" del artista. Sin ese

carácter o personalidad, una obra de arte está muerta, es muerta, y ninguna suma de virtuosismo o mera perfección de técnica puede salvarla de la carencia de vida o vitalidad. Sin esa cosa tan individual que se llama personalidad, la belleza misma se convierte en banal. Lo vemos en las muchas mozas que aspiran a ser estrellas del cinematógrafo y no lo saben, pues se contentan con imitar a Marlene Díetrich o a Jean Harlow, con lo que exasperan al director que busca personalidades nuevas. Hay ya demasiadas caras bonitas pero banales, y muy escasa belleza fresca, individual. ¿Por qué no estudian la manera de actuar de Marie Dressier? Todo el arte es uno y

se basa en el mismo principio de la expresión o la personalidad, ya sea el arte de un actor cinematográfico, o el de la pintura, o el de la literatura. En verdad, al ver actuar a Marie Dressier o Lionel Barrymore, se puede aprender el secreto del estilo del escritor. Cultivar el encanto de esa personalidad es la base importante de todo arte porque, haga lo que haga el artista, su carácter se muestra en su labor.

El cultivo de la personalidad es a la vez moral y estético, y requiere a la vez estudio y refinamiento. El refinamiento es algo más cercano al gusto, y puede ser innato en un artista, pero el más alto placer de mirar una obra de arte sólo se

siente con el apoyo del estudio. Esto es particularmente claro en cuanto a la pintura y la caligrafía. Por una muestra de caligrafía se puede decir si el autor ha visto o no gran cantidad de borradores de Wei. Si es así, tal estudio le confiere cierta manera antigua, pero además debe poner en la obra su propia alma o personalidad, que es variable, naturalmente. Si tiene un alma delicada y sentimental mostrará un estilo delicado y sentimental, pero si ama el poder macizo o la fuerza adoptará un estilo que destaque la fuerza y el poder macizo. Así, en la pintura y la caligrafía, especialmente en la última, podemos ver toda una categoría de calidades

estéticas, o diferentes tipos de belleza, y nadie podrá separar la belleza del producto terminado de la belleza del alma del artista. Puede haber belleza en el capricho y en la disconformidad, belleza de áspera fuerza, belleza de poder macizo, belleza de libertad espiritual, belleza de valentía e ímpetu, belleza de romántico encanto, belleza de refrenamiento, belleza de suave gracia, belleza de austeridad, belleza de sencillez y "estupidez", belleza de mera regularidad, belleza de rapidez, y, aun a veces, belleza de fingida fealdad. Sólo hay una forma de belleza que es imposible, porque no existe, y es la belleza del esfuerzo o de la vida

enérgica.

III. EL ARTE DE LEER

La lectura, o el goce de los libros, ha sido considerada siempre entre los encantos de una vida culta y es respetada y envidiada por quienes se conceden rara vez ese privilegio. Es fácil comprenderlo cuando comparamos la diferencia entre la vida de un hombre que no lee y la de uno que lee. El hombre que no tiene la costumbre de leer está apresado en un mundo inmediato, con respecto al tiempo y al espacio. Su vida cae en una rutina fija; está limitado al contacto y la

conversación con unos pocos amigos y conocidos, y sólo ve lo que ocurre en su vecindad inmediata. No hay forma de escapar de esa prisión. Pero en cuanto toma en sus manos un libro entra en un mundo diferente, y si el libro es bueno se ve inmediatamente en contacto con uno de los mejores conversadores del mundo. Este conversador le conduce y le transporta a un país diferente o una época diferente, o descarga en él algunos de sus pesares personales, o discute con él una forma especial o un aspecto de la vida de que el lector nada sabe. Un autor antiguo le pone en comunión con su espíritu muerto largo tiempo ha, y a medida que lee comienza

a imaginar qué parecería ese autor antiguo y qué clase de persona sería. Tanto Mencio como Ssema Ch'ien, el más grande historiador chino, han expresado la misma idea. Poder vivir dos horas, sobre doce, en un mundo diferente, y restar los pensamientos al reclamo del presente inmediato es, claro está, un privilegio que deben envidiar las personas que están encerradas en su prisión corporal. Tal cambio de ambiente es en verdad similar a un viaje, en su efecto psicológico.

Pero hay más que esto. El lector se ve llevado siempre a un mundo de pensamientos y reflexiones. Aunque se trate de un libro de hechos físicos, hay

una diferencia entre ver esos hechos en persona, o vivirlos, y leer sobre ellos en los libros, porque entonces los hechos asumen siempre la calidad de un espectáculo y el lector se convierte en un espectador desapasionado. La mejor lectura es, pues, la que nos lleva a este mundo contemplativo, y no la que se ocupa solamente del registro de los hechos. Considero que no se puede llamar leer a esa tremenda cantidad de tiempo que se pierde con los diarios, porque los lectores comunes de diarios se preocupan sobre todo de obtener noticias sobre hechos y acontecimientos.

La mejor fórmula sobre el objeto de la lectura, a mi juicio, fue dada por

Huang Shanku, un poeta Sung y amigo de Su Tungp'o, que dijo: "Un sabio que no ha leído nada durante tres días siente que su conversación no tiene sabor (que se hace insípida), y su cara se hace odiosa al mirarla (en el espejo)". Lo que quiso decir es que la lectura da al hombre cierto encanto y sabor, que es el objeto de la lectura, y sólo puede llamarse arte a la lectura con este objeto. No se lee "para mejorar el espíritu", porque cuando se comienza a pensar en mejorar el espíritu o la mente, desaparece todo el placer de la lectura. Estas son las personas que se dicen: "Debo leer Shakespeare, y debo leer Sófocles, y debo leer Cervantes, para

poder ser un hombre culto". Estoy seguro de que un hombre así no será culto jamás. Una noche se forzará a leer Hamlet de Shakespeare, y saldrá de ello como de un mal sueño, con el único beneficio de poder decir que ha "leído" Hamlet. Todo el que lea un libro con sentido de obligación es porque no comprende el arte de la lectura. Este tipo de lectura con fines de negocios es igual a la lectura de los archivos y antecedentes, por un político, antes de pronunciar un discurso. Es apenas pedir consejo e información de negocios, y no leer.

Leer para cultivar el encanto personal del aspecto físico y del sabor

en la palabra es, pues, según Huang, la única especie de lectura que se puede admitir. Este encanto del aspecto debe ser interpretado, evidentemente, como algo más que la belleza física. Huang no se refiere a la fealdad física en su frase. Hay caras feas que tienen un encanto fascinador y caras hermosas que son insípidas para quien las mira. Entre mis amigos chinos hay uno cuya cabeza tiene la forma de una bomba y, sin embargo, verle es siempre un placer. La cara más hermosa entre las de los autores occidentales contemporáneos, por cuanto he podido apreciar en las fotografías, era la de G. K. Chesterton. ¡Tenía tan diabólico conglomerado de

bigotes, anteojos, enmarañadas cejas y fruncido ceño! Al mirarla se sentía que dentro de esa frente había una buena cantidad de ideas en acción, prontas para saltar en cualquier momento por aquellos ojos extrañamente penetrantes. Esa cara era una de las que Huang llamaría hermosas, una cara que no estaba hecha por el polvo y el colorete, sino por la pura fuerza del pensamiento. En cuanto al sabor del discurso, todo depende de la forma de leer. Que uno tenga sabor o no cuando habla, depende de su método de lectura. Si un lector obtiene el sabor de los libros, demostrará ese sabor en sus conversaciones, y si tiene sabor en sus

conversaciones no podrá menos que tener sabor en lo que escribe.

Por ende, considero el sabor, o el gusto, como la llave de toda la lectura. Sigue necesariamente de ello que el gusto es selectivo e individual, como el gusto en la comida. La forma más higiénica de comer es, al fin y al cabo, la de comer lo que gusta, porque entonces tiene una seguridad de la digestión. Cuando se lee, como cuando se come, lo que hace bien a uno puede matar a otro. El maestro no puede forzar a sus discípulos a que gusten de lo que él gusta como lectura, y un padre no puede esperar que sus hijos tengan los mismos gustos que él. Y si el lector no

tiene gusto para lo que lee, pierde el tiempo. Ya lo dice Yüan Chunglang: "Podéis dejar de lado los libros que no os gustan, y que los demás los lean."

Por lo tanto, no puede haber libros que uno debe leer. Porque nuestros intereses intelectuales crecen como un árbol o fluyen como un río. Mientras haya savia adecuada ha de crecer de algún modo el árbol, y mientras haya agua del manantial el río seguirá corriendo. Cuando el agua choca con un escollo de granito no hace más que girar a su alrededor; cuando encuentra un valle bajo y placentero se detiene y se extiende por un rato; cuando se encuentra en un hondo estanque de la

montaña está contenta de quedar allí; cuando se encuentra en unos rápidos, corre adelante. Así, sin esfuerzo alguno, sin propósito determinado, llegará seguramente un día al mar. No hay en el mundo libros que se deban leer, sino solamente libros que una persona debe leer en cierto momento en un lugar dado dentro de circunstancias dadas y en un período dado de su vida. Llego a creer que la lectura, como el matrimonio, está determinada por el destino o yin-yüan. Aunque haya cierto libro que todos deben leer, como la Biblia, hay un momento para hacerlo. Cuando los pensamientos y la experiencia de una persona no han llegado a cierto punto

para leer una obra maestra, la obra maestra sólo le dejará mal sabor en el paladar. Confucio dijo: "Cuando se tienen cincuenta años se puede leer el Libro de los cambios", lo que significa que no se debe leer a los cuarenta y cinco años. El sabor extremadamente suave de las frases del mismo Confucio en las Analectas, y su madura sabiduría, no pueden ser apreciados hasta que el lector ha madurado.

Además, el mismo lector cuando lee el mismo libro en períodos diferentes logra un diferente sabor. Por ejemplo, gozamos más un libro cuando hemos tenido una conversación personal con el mismo autor, o después de haber visto

un retrato suyo; y se logra un sabor diferente, a veces, después de haber roto una amistad con el autor. El lector obtiene un sabor cuando lee el Libro de los cambios a los cuarenta años, y otra especie de sabor cuando se lee a los cincuenta, después de haber visto más cambios en la vida. Por lo tanto, todos los buenos libros pueden ser leídos con provecho y con renovado placer por segunda vez. En mis días de estudiante se me hizo leer Westward Ho! y Henry Esmond, pero si bien fui capaz de apreciar Westward Ho! cuando no tenía veinte años, el verdadero sabor de Henry Esmond me escapó completamente hasta que reflexioné,

años más tarde, y sospeché que había en este libro mucho más encanto que el que había sido capaz de apreciar yo.

La lectura, pues, no es un acto simple; tiene dos caras: el autor y el lector. La ganancia neta proviene tanto de la contribución del lector, por medio de su propia visión íntima y su experiencia, como del autor mismo. Con respecto a las Analectas de Confucio, el confucianista Ch'eng Yich'uan, de la época de Sung, dijo: "Hay lectores y lectores. Algunos leen las Analectas y sienten que nada ha ocurrido; a algunos complacen uno o dos renglones, y otros comienzan a sacudir las manos y a danzar inconscientemente".

Considero que el descubrimiento del autor favorito es para cada uno el acontecimiento más crítico en el desarrollo intelectual. Hay algo que se llama afinidad de espíritus, y entre los autores de los tiempos antiguos y modernos debe tratar uno de encontrar a aquél cuyo espíritu sea semejante al suyo. Sólo de esta manera se puede obtener algo realmente bueno de la lectura. Hay que ser independiente y buscar a los maestros. Nadie puede decir quién será el autor favorito de cada uno; quizá no lo pueda decir el mismo lector. Es como el amor a primera vista. No se puede decir al lector que ame a este o aquel autor; pero

cuando ha encontrado el autor que ama, lo sabe por una especie de instinto. Conocemos casos famosos de descubrimientos de autores. Hay sabios que han vivido en edades diferentes, separados por muchos siglos, pero con modos de pensar y de sentir tan semejantes que al reunirse en las páginas de un libro parecían ser una sola persona que encontraba su propia imagen. En la fraseología china decimos de estos espíritus semejantes que son reencarnaciones de la misma alma, como se decía de Su Tungp'o que era una reencarnación de Tschuangtsé o de T'ao Yüan-ming, (

[73]) y de Yüan Chunglang que era una reencarnación de Su Tungp'o. Su Tungp'o dijo que cuando por primera vez leyó a Tschuangtsé tuvo la sensación de que desde la niñez había estado pensando las mismas cosas y asumiendo los mismos puntos de vista. Cuando Yüan Chunglang descubrió una noche a Hsü Wench'ang, un autor contemporáneo a quien no conocía, en un librito de poemas, saltó de la cama y llamó a gritos a su amigo, y su amigo empezó a leer y gritóla su vez, y luego ambos leyeron y gritaron de tal modo que el sirviente quedó muy intrigado. George Eliot dice que su primera lectura de Rousseau fue un choque eléctrico.

Nietzsche sintió lo mismo acerca de Schopenhauer, pero Schopenhauer era un maestro enojadizo y Nietzsche un discípulo de mal talante, y era natural que el alumno se rebelara más adelante contra el maestro.

Sólo esta clase de lectura, este descubrimiento del autor favorito, puede hacer bien. Como un hombre que se enamora a primera vista, todo es como debe ser. La novia tiene la estatura exacta, el rostro exacto, el cabello del color exacto, la voz de exacta calidad, y la forma exacta de hablar y sonreír. Lo mismo ocurre con el autor: su estilo, su

gusto, su punto de vista, su modo de pensar, son exactamente lo que se esperaba encontrar. Y luego el lector procede a devorar cada palabra y cada línea que escribe el autor, y como hay una afinidad espiritual, absorbe y digiere todo lo que lee. El autor ha puesto su magia sobre él, y a él le alegra estar bajo el sortilegio, y, con el tiempo, su voz y sus modales y la manera de sonreír y de hablar se van haciendo como las del autor. Así se impregna en su amante literario y de sus libros extrae el sustento para el alma. Al cabo de unos años desaparece el sortilegio y se cansa un poco de este amante y busca otros amantes literarios, y una vez que

ha tenido tres o cuatro y lo ha devorado completamente surge él mismo como autor. Hay muchos lectores que nunca se enamoran, como esos jóvenes o esas jóvenes que coquetean mucho y son incapaces de sentir un cariño profundo por una persona particular. Pueden leer todos y cualquier autor, y jamás consiguen arribar a algo.

Tal concepto del arte de leer destruye por completo la idea de la lectura como deber u obligación. En China, se alienta a menudo a los estudiantes a que "estudien amargamente". Hubo un famoso sabio que estudiaba amargamente y que se clavaba un punzón en la pantorrilla

cuando se dormía de noche mientras estudiaba. Hubo otro que hacía que una sirvienta estuviera a su lado mientras él estudiaba, de noche, para despertarle cada vez que se dormía. Esto es una insensatez. Si alguien tiene un libro ante los ojos y queda dormido mientras un sabio autor antiguo le está hablando, hace bien en irse a la cama. Ni el pinchazo de un punzón en la pantorrilla ni las sacudidas de la sirvienta le harán bien alguno. Un hombre así ha perdido todo sentido del placer de la lectura. Los sabios que valen algo no saben qué quiere decir "estudiar con empeño". Aman los libros y los leen porque no pueden evitarlo, nada más.

Resuelta esta cuestión, también se da respuesta a la del momento y el lugar en que se debe leer. No hay momento ni lugar especiales para leer. Cuando se tiene ánimo de leer, se debe leer en cualquier parte. Si se conoce el goce de la lectura, se leerá en la escuela o fuera de ella, y a pesar de todas las escuelas. Se puede estudiar así en las mejores escuelas. Tseng Kuofán, en una de las cartas a su familia, al referirse al deseo expresado por uno de sus hermanos menores de ir a la capital y estudiar en una escuela mejor, respondió que: "Si se tiene deseo de estudiar, se puede estudiar en una escuela de campo, o aun en un desierto o una calle llena de gente,

y hasta como leñador o porquero. Pero si no se tiene deseo de estudiar, entonces no solamente es inadecuada para el estudio la escuela de campo, sino también una quieta casa de campo o una isla de hadas." Hay personas que adoptan posturas importantes frente al escritorio cuando quieren leer un poco, y se quejan luego de que no pueden leer porque el cuarto está demasiado frío, o la silla es muy dura, o muy fuerte la luz. Y hay escritores que se quejan de no poder escribir porque hay demasiados mosquitos, o porque el papel es demasiado brillante, o mucho el ruido de la calle. El gran sabio Sung llamado Ouyang Hsiu confesó los "tres en" donde

hacía sus mejoras obras escritas: en la almohada, en el lomo de un caballo y en el toilet. Otro famoso sabio Ch'ing, Ku Ch'ienli, era conocido por su costumbre de "leer clásicos confucianos desnudo" en verano. En cambio, si no nos gusta leer, hay una buena razón para no leer en ninguna de las estaciones del año:

Estudiar en primavera es una traición;

Y del sueño es el estío la mejor razón;

Si el invierno apresura al otoño, no estudies

Hasta que la primavera sea la nueva estación.

¿Qué es, pues, el verdadero arte de

la lectura? La respuesta, muy sencilla, consiste en tomar un libro y leer cuando se tiene ánimo. Para gozarla cabalmente, la lectura debe ser del todo espontánea. Toma uno un volumen de Lisao o de Ornar Khayyam, y se va de la mano de su amor a leer a la orilla de un río. Si hay buenas nubes en el cielo, se puede leer las nubes y olvidar los libros, o leer los libros y las nubes a la vez. A ratos, una buena pipa o una buena taza de té hace el momento más perfecto. O acaso en una noche nevosa, sentado ante el fuego, cuando canta una marmita de agua en el hogar y hay una buena bolsa de tabaco al alcance de la mano, uno reúne diez o doce libros de filosofía,

economía, poesía, biografía, y los apila en el diván, y después, holgazanamente, los hojea y se enfrasca suavemente en aquel que más atrae su atención en ese momento. Chin Shengt'an considera que uno de los más grandes placeres de la vida es leer un libro prohibido tras puertas cerradas y en una noche de nieve. El ánimo para leer ha sido perfectamente descrito por Ch'en Chiju (Meikung): "La gente antigua llamaba «volúmenes flojos» y «volúmenes suaves» a los libros y pinturas; por lo tanto, el mejor estilo para leer un libro o abrir un álbum es el estilo holgazán." Con este ánimo, se tiene paciencia para todo. Ya lo dice el mismo autor: "El

verdadero maestro tolera errores de impresión cuando lee historia, tal como un buen viajero tolera los malos caminos al trepar una montaña, o quien va a contemplar la nieve tolera un puente muy frágil, o quien elige vivir en el campo tolera la gente vulgar, o quien se dedica a mirar las flores tolera el mal vino."

La mejor descripción del placer de la lectura la he encontrado en la autobiografía de la más grande poetisa de China, Li Ch'ingchao (Yi-an, 1081-1141). Ella y su marido solían ir al templo, donde se vendían libros de segunda mano y copias de inscripciones en piedra, el día que él recibía su

estipendio mensual como estudiante en la Academia Imperial. Entonces compraban un poco de fruta, al regreso, y una vez en casa empezaban a pelar la fruta y a examinar juntos las otras compras, o a beber té y comparar las variaciones en ediciones diferentes. En su esbozo autobiográfico conocido como Postdata de Chinshihui (libro sobre inscripciones en bronce y en piedra), la poetisa dice:

Yo tengo mucha memoria y, sentados a solas después de comer en el Salón del Regreso a Casa, solíamos hacer un pote de té y, señalando a las pilas de libros en los estantes, decíamos en qué línea de qué página de qué volumen de

cierta obra se presentaba un pasaje determinado, para ver quién acertaba, y el que ganaba tenía el privilegio de beber primero su taza de té. Cuando uno de los dos adivinaba, alzábamos muy alto la taza y rompíamos en carcajadas, tanto que a veces se derramaba el té sobre nuestros vestidos y no lo podíamos beber, ¡ Qué contentos estábamos de vivir y envejecer en un mundo así.! Por eso teníamos alta la cabeza, aunque vivíamos en la pobreza y el pesar... Con el tiempo nuestra colección aumentó y aumentó, y los libros y objetos de arte se apilaron en mesas y escritorios y camas, y los gozábamos con los ojos y con la mente,

y proyectábamos y discutíamos sobre ellos, saboreando una felicidad muy superior a quienes gozan de los perros y los caballos y la música y las danzas...

Li escribió esto en sus últimos años, muerto ya su marido, cuando era una anciana solitaria que huía de un lugar a otro, durante la invasión del Norte de China por las tribus Chin.

IV. EL ARTE DE ESCRIBIR

El arte de escribir es mucho más amplio que la técnica de escribir. Por cierto que sería mejor, para todo principiante que aspira a ser escritor, anular primero todo exceso de

preocupación por la técnica de escribir, y decidirse a no ocuparse de cosas tan superficiales y llegar a lo hondo de su alma, con el fin de desarrollar una auténtica personalidad literaria, como cimientamiento de su personalidad de autor. Cuando se establece debidamente ese cimientamiento y se cultiva una auténtica personalidad literaria, el estilo sucede como consecuencia natural y los puntos de la técnica se cuidarán por sí solos. En realidad, no importa que se encuentre algo confundido por detalles de retórica y gramática, siempre que pueda producir buen material. En las casas editoras hay siempre lectores profesionales cuya misión es atender a las comas, puntos y

otras cosas. En cambio, por mucho que sea su pulimento gramatical o literario, ningún escritor puede llegar a algo si descuida el cultivo de la personalidad. Dijo Buffon:

"El estilo es el hombre". El estilo no es un método, un sistema, ni siquiera un adorno de lo que cada uno escribe; es la impresión total que obtiene el lector de la calidad de la mente del escritor, su profundidad o superficialidad, su visión o falta de visión, y otras cualidades como ingenio, humor, mordacidad, comprensión, ternura, delicadeza, bondadoso cinismo o cínica bondad, empecinamiento, sentido común y actitud general hacia las cosas. Es

evidente que no puede haber un manual para mejorar la "técnica humorística", o un "curso de tres horas sobre la bondad cínica", o "quince reglas para llegar al sentido común", o "doce reglas para la delicadeza de los sentimientos".

Tenemos que ir más abajo que la superficie del arte de escribir, y en cuanto lo hacemos, —notamos que la cuestión del arte de escribir comprende a toda la cuestión de la literatura, el pensamiento, el punto de vista, el sentimiento, la lectura y la escritura. En mi campaña literaria en China para restaurar la Escuela de la Autoexpresión (hsingling) y desarrollar un estilo más vivo y personal en la prosa, me he visto

obligado a escribir ensayo tras ensayo para dar mis opiniones sobre la literatura en general y sobre el arte de escribir en particular. También intenté escribir una serie de epigramas literarios bajo el título general de "Cenizas de cigarro". Aquí van algunas de las cenizas:

a) técnica Y PERSONALIDAD.

Los profesores de composición hablan de literatura como los carpinteros hablan del arte. Los críticos analizan una composición literaria por la técnica con que está escrita, como los ingenieros miden la altura y estructura de Taishan por medio de compases.

No existe tal técnica de escribir.

Todos los buenos escritores chinos que a mi juicio valen algo, la han repudiado.

La técnica de escribir es a la literatura lo que los dogmas a la iglesia: ocupación en cosas triviales por mentes triviales.

El principiante se enceguece generalmente por la discusión de la técnica: técnica de la novela, del drama, de la música y del actor teatral. No comprende que la técnica de escribir no tiene nada que ver con el nacimiento de un autor, y que la técnica del teatro no tiene nada que ver con el nacimiento de un gran actor. No sospecha siquiera que existe algo que se llama personalidad, y que es el fundamento de todos los

triumfos en el arte y la literatura.

b) la APRECIACIÓN DE LA LITERATURA.

Cuando uno lee una cantidad de buenos autores y considera que un autor describe las cosas muy vividamente, que otro exhibe gran ternura o delicadeza, que un tercero expresa las cosas exquisitamente, que el cuarto tiene un encanto indescriptible, que el libro del quinto es como buen whisky, y el del sexto como vino añejo, no debe privarse de decir que todos le gustan y a todos aprecia, si su apreciación es auténtica. Después de tan amplia experiencia en la lectura tiene **la** debida base experimental para saber qué es la

suavidad, el sabor, la fuerza, el poder, la brillantez, la mordacidad, la delicadeza y el encanto. Cuando ha paladeado todos estos sabores, sabe qué es la buena literatura, sin leer un solo manual.

La primera regla para el estudiante de literatura es aprender a distinguir los sabores diferentes. El mejor sabor es el de la madurez y la moderación, pero es el que más difícilmente logra un escritor. Entre la moderación y la chatura hay un margen delgadísimo.

El escritor cuyas ideas carecen de profundidad y originalidad, puede tratar de escribir en estilo sencillo y terminar por ser insípido. Sólo el pescado fresco puede ser cocido en **su** propio jugo; el

pescado pasado debe tener la sazón de salsa de anchoas y mostaza y pimienta: cuanto más, mejor.

Un buen escritor es como la hermana de Yang Kueifei, que podía ir a ver al mismo Emperador sin polvo ni colorete. Todas las demás bellezas del palacio los requerían. Esta es la razón por la cual tan pocos escritores se atreven a escribir en lenguaje sencillo.

c) estilo Y PENSAMIENTO.

Lo que se escribe es bueno o malo, según su encanto y sabor, o carencia de encanto y sabor. Para este encanto no pueden fijarse reglas. El encanto surge de lo escrito como sube el humo del hornillo de una pipa, o se eleva una nube

de la cima de una colina, sin saber adonde va. El mejor estilo es el de "las nubes flotantes y las aguas fluentes", como la prosa de Su Tungp'o.

El estilo es un compuesto de lenguaje, pensamiento y personalidad. Algunos estilos están hechos exclusivamente de lenguaje.

Muy rara vez se encuentran pensamientos claros vestidos con lenguaje oscuro. Más a menudo se encuentran pensamientos oscuros expuestos claramente; este estilo es claramente oscuro.

Los pensamientos claros expresados en lenguaje oscuro son el estilo de un soltero empedernido. Nunca ha tenido

que '• explicar nada a su esposa. Ejemplo: Manuel Kant. Hasta Samuel Butler se muestra a menudo tan raro.

El estilo del hombre está coloreado siempre por su "amante literario". Cada vez se le parece más en modos de pensar y en métodos de expresión. Esta es la única manera en que un principiante puede cultivar un estilo. Más avanzada la vida, uno encuentra el estilo propio, porque se encuentra a sí mismo.

Jamás se aprende nada de un libro si se odia al autor. ¡Ojalá los maestros de escuela tuvieran presente este hecho! El carácter de un hombre es en parte innato, y también lo es su estilo. La otra parte

no es más que contaminación.

Un hombre sin un autor favorito es un alma perdida. Sigue siendo un óvulo sin impregnar, un pistilo sin fertilizar. El autor favorito, o el amante literario, es polen para el alma.

Para todo hombre existe en el mundo un autor favorito, sólo que muchos no se toman el trabajo de buscarlo.

Un libro es como un cuadro de la vida o de una ciudad. Hay lectores que miran cuadros de Nueva York o París, pero jamás ven a Nueva York o París. El hombre sabio lee libros, pero también la vida misma. El universo es un gran libro y la vida una gran escuela.

El buen lector vuelve al revés y al

derecho a un autor, como el mendigo que da vuelta su chaqueta en busca de pulgas.

Algunos autores provocan a sus lectores constantemente, y plazeramente, como al mendigo las pulgas de su chaqueta. Una picazón es una gran cosa.

El mejor medio de estudiar cualquier tema es comenzar a leer libros tomando un punto de vista desfavorable con respecto al tema. De ese modo es seguro que no se aceptarán engaños. Después de leer un autor que no es favorable al tema, el lector está mejor preparado para leer autores que le son favorables. Así es cómo se puede

desarrollar una mente crítica.

El escritor tiene siempre un interés instintivo por las palabras como tales. Cada palabra tiene una vida y una personalidad, que generalmente no registra el diccionario.

Un buen diccionario es siempre bueno de leer.

Hay dos minas del idioma, una nueva y una vieja. La vieja mina está en los libros y la nueva en el idioma de la gente común. Los artistas de segunda categoría excavan las viejas minas, pero sólo los artistas de primera calidad pueden obtener algo de la mina nueva. La ganga de la mina vieja ya está refinada, pero no lo está la de la mina

nueva.

Wang Ch'ung (27-100 de nuestra era, aproximadamente), distinguía entre "especialistas" y "sabios" y entre "escritores" y "pensadores". Creo que el especialista llega a ser sabio cuando se amplía su conocimiento, y que el escritor se recibe de pensador cuando se ahonda su sabiduría.

Lo que escribe el erudito consiste en frases de otros eruditos, y cuantas más sean las autoridades y fuentes que cite, tanto más erudito parecerá. Lo que escribe el pensador consiste en las ideas de sus propios intestinos, y cuanto más pensador es un hombre tanto más depende de su jugo intestinal.

Un erudito es como el cuervo que alimenta a sus pichones escupiendo lo que ha comido. Un pensador es como un gusano de seda que no nos da hojas de morera sino seda.

Hay un período de gestación de las ideas antes de escribir, como el período de gestación del embrión en la entraña de la madre antes del nacimiento. Cuando nuestro autor favorito ha encendido la chispa en nuestra alma, e iniciado la corriente de ideas vivas, es como la "fecundación". Cuando un hombre corre a la imprenta antes de que sus ideas pasen ese período de gestación, se trata de diarrea, confundida con los dolores del parto.

Cuando un escritor vende su conciencia y escribe cosas contrarias a sus convicciones, comete aborto artificial, y el embrión nace muerto. Cuando un escritor siente violentas convulsiones, como una tormenta eléctrica en la cabeza, y no conoce la felicidad hasta que expulsa las ideas de su sistema y las fija en el papel y siente un inmenso alivio, eso es el parto literario. Por eso el escritor siente un afecto maternal por su producto literario, como lo siente la madre por el hijo recién nacido. Por ende, lo escrito es siempre mejor cuando es de uno, y la mujer es siempre más hermosa cuando es la esposa de otro.

La pluma se agudiza con la práctica, como el punzón del zapatero, y adquiere gradualmente la agudeza de una aguja de bordar. Pero las ideas se redondean cada vez más, como las vistas que se advierten cuando se sube de un pico a otro más alto.

Cuando un escritor odia a una persona y piensa tomar la pluma para escribir acerbas invectivas, pero no ha concebido todavía el lado bueno de esa persona, debe dejar otra vez la pluma, porque no está calificado todavía para escribir tales invectivas.

**d) la ESCUELA DE LA
AÜTOEXPRESIÓN.**

La "Escuela de Hsingling", iniciada por los tres hermanos Yüan (

[174](#)) a fines del siglo XVI, o la "Escuela Kungán", como también se llama (Kungán es el distrito donde nacieron los hermanos), es una escuela de autoexpresión. Hsing significa "la naturaleza personal" y ling significa el "alma" o "espíritu vital".

Escribir no es más que dar expresión a la naturaleza propia de cada uno, o a su carácter y el juego de su espíritu vital. Lo que se ha dado en llamar "estro divino" no es más que el flujo de ese

espíritu vital, y es causado, en realidad, por una superafluencia de hormonas en la sangre.

Al mirar el cuadro de un antiguo maestro o al leer a un autor antiguo no hacemos más que contemplar el flujo de su espíritu vital. A veces, cuando 'se seca esta corriente de energía o cuando está uno abatido, hasta lo que escribe el mejor calígrafo o el mejor autor carece de espíritu o de vitalidad.

Este "estro divino" se produce por la mañana, cuando uno ha dormido bien, con dulces sueños, y se despierta por sí solo. Luego de la taza de té matinal, lee uno los diarios y no encuentra noticias perturbadoras, y va lentamente a su

estudio y se sienta ante una clara ventana y una mesa limpia, y ve que afuera hay un sol placentero y una brisa gentil. En ese momento puede escribir buenos ensayos, buenos poemas, buenas cartas, pintar buenos cuadros y escribir buenas inscripciones en ellos.

Ese algo que se llama "yo" o "personalidad" consiste en un manojito de miembros, músculos, nervios, razón, sentimientos, cultura, comprensión, experiencia y prejuicios. Es en parte naturaleza y en parte cultura, en parte innato y en parte cultivado. La naturaleza de cada uno está determinada en el momento de nacer, o aun antes. Algunos son naturalmente mezquinos y

duros de corazón; otros son naturalmente francos y rectos y caballerescos y bondadosos; y otros son naturalmente flojos y débiles de carácter, o entregados a las preocupaciones. Estas cosas están en la "médula" de cada uno y el mejor maestro o el padre más sabio no pueden modificar el tipo de personalidad de cada uno. Otras cualidades se adquieren después de nacer, por la educación y la experiencia; pero en tanto las ideas y los pensamientos y las impresiones provienen de las más diversas fuentes y las más distintas corrientes de influencia en diferentes períodos de la vida, las ideas, prejuicios y puntos de vista

presentan una inconsistencia en verdad pasmosa. Hay quienes aman a los perros y temen a los gatos, y quienes aman a los gatos y tienen terror de los perros. Por ende, el estudio de los tipos de personalidad humana es la más complicada de todas las ciencias.

La Escuela de Autoexpresión exige que expresemos por escrito solamente nuestros pensamientos y sentimientos, nuestros amores genuinos, odios genuinos, temores genuinos y caprichos genuinos. Hay que expresar todo esto sin intentar siquiera ocultar lo malo y presentar lo bueno, sin temores de despertar la burla del mundo, y sin miedo de contradecir los sabios antiguos

o las autoridades contemporáneas.

Los escritores de la Escuela de Autoexpresión gustan del párrafo más característico de un escritor en un ensayo, de su frase más característica en un párrafo, y de su expresión más característica en una frase. Al describir o narrar una escena, un sentimiento o un hecho, aborda la escena que él mismo ve, el sentimiento que él siente y el hecho tal como lo comprende. Lo que se conforma con esta regla es literatura y lo que no se conforma con ella no es literatura.

La moza Lin Taiyü, en Sueño de la cámara roja, pertenecía también a la Escuela de Autoexpresión al decir:

"Cuando un poeta presenta un buen verso, no importa si los tonos musicales de las palabras caen o no en el patrón establecido".

En su amor por los sentimientos genuinos, la Escuela de Autoexpresión tiene un desprecio natural por los adornos del estilo. Por ende, es siempre partidaria del sabor puro y suave en la literatura. Acepta el principio de Mencio de que "la única meta del escritor es la expresividad".

La belleza literaria es sólo expresividad.

Los peligros de esta escuela consisten en que el estilo del escritor degenera en chatura (Yüan Chunglang),

o que el escritor cobre excentricidad en sus ideas (Chin Shengt'an), o que sus ideas difieran violentamente de las de las autoridades establecidas (Li Chowu). Por eso fue tan odiada por los críticos confucianos la Escuela de Autoexpresión. Pero, en rigor de verdad, estos escritores originales fueron quienes salvaron el pensamiento y la literatura chinos de la uniformidad absoluta y la muerte. Han de ser reconocidos en lo que valen dentro de pocas décadas.

La literatura ortodoxa china tendía expresamente a manifestar las mentes de los sabios y no las mentes de los autores y, por lo tanto, estaba muerta; la escuela

shingling de literatura tiende a expresar las mentes de los autores y no las mentes de los sabios, y por lo tanto está viva.

Hay un sentido de dignidad e independencia, en los escritores de esta escuela, que les impide salirse de su camino para decir cosas que asombren a la gente. Si ocurre que Confucio y Mencio han estado de acuerdo con ellos, y si su conciencia presta aprobación, no se esforzarán por disentir con los sabios; pero si su conciencia desapruueba, no cederán a Confucio y a Mencio el derecho de paso. No se les puede sobornar con oro ni amenazar con el ostracismo.

La literatura genuina no es más que

una sensación de extrañeza y de maravilla frente al universo y la vida humana.

Quien mantenga su visión cuerda y clara tendrá siempre esta sensación de extrañeza, y, por lo tanto, no necesitará torcer la verdad para hacerla parecer extraña y maravillosa como el universo. Las ideas y puntos de vista de los escritores de esta escuela parecen siempre tan nuevos y extraños, solamente porque los lectores están acostumbrados a la visión falseada.

Las debilidades del escritor son las que le ganan el cariño de un crítico hsingling. Todos los escritores de la escuela hsingling están en contra de la

imitación de los antiguos o los modernos, y en contra de una técnica literaria de reglas fijas. Los hermanos Yüan creían en "dejar que la boca y la muñeca vayan solas, de lo que resulta naturalmente la buena forma", y sostenían que "lo importante en literatura es la autenticidad". Li Liweng creía que "lo importante en literatura es el encanto y el interés". Yüan Tsets'ai creía que "no hay técnica para escribir". Uno de los primeros escritores Sung, Huang Shanku, creía que "las líneas y la forma de escribir se producen tan accidentalmente como los agujeros en la madera minada por los insectos".

e) el ESTILO FAMILIAR.

Quien escribe en estilo familiar es como quien habla desabrochado. Expone completamente sus debilidades y, por lo tanto, desarma a los demás.

La relación entre el escritor y el lector no debe ser la que hay entre el austero maestro de escuela y sus alumnos, sino la que existe entre amigos familiares. Sólo de este modo se puede generar tibieza.

Quien teme usar un "yo" en lo que escribe no será jamás un buen escritor.

Me gusta más un mentiroso que quien dice la verdad, y un mentiroso indiscreto más que otro discreto. Sus indiscreciones son signos de que ama a sus lectores.

Confío en un tonto indiscreto y desconfío de un abogado.

El tonto indiscreto es el mejor diplomático de una nación. Gana el corazón de la gente.

Para mí, la mejor revista sería una revista quincenal, oral: reuniríamos en una habitación pequeña a un grupo de buenos conversadores, para dejarles charlar juntos una vez cada dos semanas. Los "lectores" escucharían esas charlas, unas dos horas por vez. Sería como tener una buena conversación nocturna.

Y después de ella el "lector" se iría a la cama, y a la mañana siguiente, cuando se levantase para atender sus deberes como empleado de banco o

contador o director de escuela, sentiría que el sabor de la charla de la noche pasada todavía persiste junto a sus mejillas.

Hay restaurantes para dar grandes comidas en salones con espejos de marcos dorados, y hay pequeños restaurantes apropiados para beber un poco. Todo lo que yo quiero es reunir dos o tres amigos íntimos y beber un poco, y no ir a las comidas de gente rica e importante. Pero el placer que tenemos en un pequeño restaurante, al comer y beber y charlar y burlarnos unos de otros, y volcar copas y derramar vino sobre los trajes, es algo que no comprenden las gentes que van a los

grandes banquetes, y que ni siquiera pueden echar de menos.

Hay jardines y mansiones de hombres ricos, pero también hay chozas en las montañas. Aunque a veces estas casitas de las montañas están amuebladas con gusto y refinamiento, la atmósfera es muy distinta de la que hay en las mansiones de los hombres ricos, con puertas bermejas y ventanas verdes y un batallón de sirvientes y mucamas. Cuando uno pasa la puerta no escucha el ladrido de perros fieles ni ve la cara de pretenciosos mayordomos y porteros, y al salir no ve un par de "impúdicos leones de piedra" junto al portal. La situación ha sido perfectamente descrita

por un autor del siglo XVII: "Es como si Chou, Ch'eng, Chang y Chu (

[\[75\]](#)) estuvieran sentados y haciéndose reverencias mutuas en el Salón de Fuhsi y de pronto entraran Su Tungp'o y Tung-fang Su, semidesnudos y descalzos, y comenzaran a golpearse las manos y a cruzarse bromas. Los curiosos quedarían pasmados seguramente, pero estos caballeros se mirarían uno al otro en silenciosa comprensión."

f) ¿QUÉ ES LA BELLEZA?

Lo que se llama belleza en la literatura y belleza en la cosa, depende

en grado sumo del cambio y del movimiento y se basa en la vida. Lo que vive tiene siempre cambios y movimientos, y lo que tiene cambios y movimientos tiene naturalmente belleza. ¿Cómo puede haber reglas fijas para la literatura o para escribir, cuando vemos que los picachos y las gargantas y los arroyos de la montaña poseen una belleza de lo díscolo y lo áspero muy superior a la de los canales, pese a estar formados sin los cálculos de un arquitecto? Las constelaciones de estrellas son la wen o literatura de los cielos, y las famosas montañas y los grandes ríos son la wen o literatura de la tierra. Sopla el viento y las nubes

cambian y ya tenemos el diseño de un brocado; llega la helada y caen las hojas y ya tenemos el color del otoño. Pero, ¿piensan alguna vez las estrellas, que describen sus órbitas en el firmamento, en cómo las aprecian los hombres de la tierra? Y, sin embargo, el Perro y el Pastor en el cielo son percibidos por nosotros gracias a un accidente. La corteza de la tierra se encoge y estira y levanta montañas y cava hondos mares. ¿Creó conscientemente la tierra las Cinco Montañas Sagradas para que las veneráramos? Y, sin embargo, las Montañas T'aihua y las K'uenlun se alzan con su ritmo magnífico y la Doncella de Jade y el Niño Duende

están a nuestro alrededor en picos pasmosos, aparentemente para que los gocemos. No son más que pinceladas libres y al descuido hechas por el Creador, el gran maestro de Arte. ¿Acaso las nubes, cuando zarpan de las cimas de las colinas y enfrentan el latigazo de furiosos vientos de montaña, tienen tiempo para pensar en sus enaguas y sus chales, para que los miremos nosotros? Y, sin embargo, se conciertan como una obra maestra de la literatura, ora iguales a las escamas de un pez, ora como el dibujo del brocado, ora como perros a la carrera y leones rugientes o un fénix danzante y unicornios encabritados.

¿Acaso los árboles de otoño, que sienten la punzada del calor y del frío y la devastación de la helada, y se dedican afanosamente a contener el aliento y a conservar sus energías, pueden tener tiempo para pintarse y empolvarse a fin de que los vea el viajero que pasa por la antigua carretera? Y, sin embargo, se nos presentan frescos y puros y tristes y desventurados, y muy superiores a las pinturas de Wang Weí y Mi Fei.

Y de igual modo todas las cosas vivas en el universo tienen su belleza literaria. La belleza de una viña seca es mayor que la de la caligrafía de Wang Hsichíh, y la austeridad de un acantilado es más imponente que las inscripciones

en piedra de la tumba de Chang Menglung. Por lo tanto, sabemos que la wen o belleza literaria de las cosas surge de su naturaleza, y aquellas que cumplen su naturaleza se visten de líneas wen o bellas. Por lo tanto, wen, o sea la belleza de la línea y la forma, es intrínseca y no extrínseca. Los cascos del caballo están diseñados para un veloz galope; las garras del tigre, para caer sobre la presa; las patas de la cigüeña, para vadear pantanos, y las manazas del oso para caminar sobre el hielo. ¿Piensan alguna vez el caballo, el tigre, la cigüeña o el oso en la belleza de sus formas o proporciones? Todo lo que tratan de hacer es funcionar en la

vida y adoptar una apropiada postura para el movimiento. Desde nuestro punto de vista, vemos que los cascos del caballo, las garras del tigre, las patas de la cigüeña y las manazas del oso tienen una sorprendente belleza, ya sea en la plenitud de su contorno y en su sugestión de poder, o en la delgadez y la fuerza de sus líneas, o en la claridad de su perfil, o en la aspereza de sus junturas. Las patas del elefante son como el estilo lishu de la literatura, la melena del león como el feipo, las serpientes que combaten escriben maravillosos y enredados ts'aoshu ("escritura de césped"), y los dragones flotantes escriben chuanshu ("caracteres de

sello"), las patas de la vaca semejan pafen (escritura comparativamente robusta y simétrica), y el ciervo parece hsiaok'ai (elegante "escritura pequeña"). Su belleza proviene de su postura o movimiento, y sus formas corporales son el resultado de sus funciones corporales, y éste es también el secreto de la belleza de lo escrito. Cuando el shih o postura de movimiento lo requiere, no debe ser reprimida, y cuando no lo requiere, debe detenerse. Por eso, una obra maestra de la literatura es como un trozo de la misma naturaleza, bien formada en su carencia de forma, y su encanto y belleza ocurren por accidente. Porque esto que llamamos shih es la belleza del

movimiento, y no la belleza de las proporciones estáticas. Todo lo que vive y se mueve tiene su shih y, por lo tanto, tiene su hermosura, fuerza y wen, o belleza de forma y de línea.

CAPITULO XIII

RELACIÓN

CON DIOS

I. LA RESTAURACIÓN DE LA RELIGIÓN

Tantas personas presumen conocer a Dios y saber lo que Dios aprueba y desaprueba, que es imposible abordar este tema sin hacerse pasible de ataques, como sacrilego por algunos y como

profeta por otros. ¡Las criaturas humanas, que individualmente constituimos menos de una billonésima parte de la corteza de la tierra, que a su vez es menos de una billonésima parte del gran universo, presumimos conocer a Dios!

Pero ninguna filosofía de la vida es completa, ningún concepto de la vida espiritual adecuado, a menos que nos pongamos en relación satisfactoria y armoniosa con la vida del universo que nos rodea. Asaz importante es el hombre; es el tema más importante de nuestros estudios: esta es la esencia del humanismo. Pero el hombre vive en un magnífico universo, tan maravilloso

como el hombre mismo, y no puede decirse que tenga una vida verdaderamente satisfactoria quien ignora el mundo mayor que le rodea, su origen y su destino.

Lo malo de la religión ortodoxa es que, en el proceso de su desarrollo histórico, se ha mezclado con muchas cosas estrictamente ajenas al reino moral de la religión: física, geología, astronomía, criminología, el concepto del sexo y la mujer. Si se hubiera limitado al reino de la conciencia moral, la obra de reorientación no sería hoy tan enorme. Es más fácil destruir una noción favorita de "Cielo" e "Infierno" que destruir la noción de Dios.

Por otra parte, la ciencia abre para el cristiano moderno una visión más nueva y más honda del misterio del universo y una nueva concepción de la materia, en tanto es un término convertible con la energía, y en cuanto a Dios, según las palabras de Sir James Jean, "el universo parece estar más 'cerca de un gran pensamiento que de una gran máquina". El mismo cálculo matemático demuestra la existencia de lo matemáticamente incalculable. La religión tendrá que retraerse y, en lugar de decir tantas cosas como solía decir en el reino de las ciencias naturales, admitir sencillamente que no son asuntos de religión; mucho menos aun debe

permitir que la validez de la experiencia espiritual dependa de temas totalmente irrelevantes, como el de si la edad del hombre es de unos cuatro mil años o de un millón, o si la tierra es chata, o redonda, o de la forma de una mesa plegadiza, o sí la sostienen en el aire unos elefantes hindúes o unas tortugas chinas. La religión debería limitarse, y se limitará, al reino moral, al reino de la conciencia moral, que tiene una dignidad propia comparable al estudio de las flores, los peces y las estrellas. San Pablo realizó la primera operación quirúrgica en el judaísmo, y al separar la cocina (comer animales con pezuñas) de la religión, la benefició

inmensamente. La religión ha de ganar inmensamente si se la separa, no solamente de la cocina, sino también de la geología y de la anatomía comparada. La religión debe cesar de aventurarse en la astronomía y la geología y de ser una conservadora de antiguas costumbres populares. Si la religión tiene respetuosamente cerrada la boca cuando hablan los maestros de biología, parecerá infinitamente menos tonta, y ganará inconmensurablemente en cuanto a respeto de la humanidad por ella.

Cada individuo tendrá que rescatar de las iglesias, por sí solo, la religión que pueda existir en la vida moderna. Existe siempre la posibilidad de que nos

rindamos al Gran Espíritu en un ambiente de ritos y cultos, al arrodillarnos a rezar sin palabras y a mirar ventanas de cristales pintados, a pesar de todo lo que podamos pensar de los dogmas teológicos. En este sentido, el culto se convierte en una verdadera experiencia estética, una experiencia estética que es de uno mismo, muy similar, por cierto, a la experiencia de ver que el sol se oculta detrás de un horizonte de árboles y colinas. Para un hombre así, la religión es un acto final de conciencia, porque ha de ser una experiencia estética muy semejante a la poesía.

Pero ¡qué desprecio ha de sentir por

las iglesias según son al presente! Porque el Dios que él venere no será este a quien se puede halagar con pequeños regalos cotidianos. No ordenará al viento que sople hacia el norte cuando navega al norte, ni ordenará al viento que sople hacia el sur cuando navega al sur. Agradecer a Dios por el viento favorable es pura insolencia, y egoísmo también, porque ello implica que Dios no ama a la gente que navega hacia el sur cuando UNO, el individuo importante, va hacia el norte. Esa religión será una comunión de espíritus sin que una de las partes trate de pedir favores a la otra. Este hombre no podrá comprender el significado de

las iglesias tales como son. Le extrañarán las raras metamorfosis que ha sufrido la religión. Se sorprenderá cuando trate de definir las religiones en su forma presente. ¿Es religión una glorificación del statu quo con mística emoción? ¿O está hecha de ciertas verdades morales tan mixtificadas y adornadas y disfrazadas que el sacerdocio pueda ganarse el sustento con ellas? ¿No está la revelación en la misma relación con la religión que "un procedimiento secreto y patentado" está con ciertos remedios industriales? ¿O es la religión un manipuleo de lo invisible y lo incognoscible porque lo invisible y lo incognoscible se prestan tan

convenientemente a que los manipulen?
¿Ha de basarse la fe en el conocimiento,
o sólo comienza la fe donde termina el
conocimiento? ¿O es la religión una
pelota de baseball que la Hermana
Aimée Mac Pherson puede arrojar
contra el auditorio con un palo de
baseball, algo que cualquiera puede
captar y poseer en la forma en que
intercepta una pelota? ¿O es la religión
una preservación de la sangre aria,
nórdica, o es solamente una oposición al
divorcio y al birth-control y la
obligación de llamar a todo reformista
social un "rojo" o un "comunista"?
¿Tuvo Jesucristo que recibir en realidad
a Tolstoi en Sus brazos en medio de una

tremenda tormenta de nieve, después de que le excomulgó la Iglesia Ortodoxa Griega? ¿O va a estar Jesús junto a la ventana de la catedral del obispo Manníng, y llamar a los niños de los hombres ricos que se hallan en sus bancos, y repetir Su dulce pedido: "Dejad que los niños vengan a mí"

Quedamos, pues, con el sentimiento incómodo pero extrañamente satisfactorio, para mí, de que la religión que quede en nuestras vidas será un sentimiento mucho más simplificado de reverencia por la belleza y la grandeza y el misterio de la vida, con sus responsabilidades, pero estará privada de las viejas, las buenas y alegres

certidumbres y agregados que la teología ha acumulado y tendido sobre su superficie. La religión en esta forma es sencilla y, para muchos hombres modernos, suficiente. La teocracia espiritual de la Edad Media retrocede decididamente, y en cuanto a la inmortalidad personal, que es la segunda gran razón del atractivo de la religión, muchos hombres de hoy se muestran contentos de no ser más que muertos cuando mueran.

Nuestra preocupación por la inmortalidad tiene algo de patológico. Es comprensible que el hombre desee la inmortalidad, pero si no fuese por la influencia de la religión cristiana no

habría asumido jamás una proporción tan exageradamente grande de nuestra atención. En lugar de ser una bella reflexión, una noble fantasía, yacente en el reino poético entre la ficción y la realidad, se ha convertido en una cuestión sumamente seria y, en el caso de los monjes, la idea de la muerte, o de la vida después de ella, ha pasado a ser la principal ocupación de esta vida. En rigor de verdad, casi todas las personas que ya han pasado de los cincuenta años, sean paganos o cristianos, no temen a la muerte, razón por la cual no se les puede asustar con el Cielo y el Infierno, y piensan menos en ello. Muy a menudo les oímos charlar animadamente acerca

de sus epitafios y sus futuras tumbas, y los méritos de la cremación. No me refiero con esto solamente a quienes están seguros de ir al cielo, sino también a muchos que asumen el criterio realista de que, cuando mueran, la vida se extinguirá como la llama de una vela. Muchas de las mejores mentes de nuestros días han expresado que no creen en la inmortalidad personal, y no se preocupan mucho —H. G. Wells, Albert Einstein, Sir Arthur Keith, y muchos otros—, pero no creo que se necesite tener una mente de primera categoría para vencer este temor a la muerte.

Mucha gente ha reemplazado esta

inmortalidad personal por inmortalidad de otra especie, mucho más convincente: la inmortalidad de la raza, y la inmortalidad de la labor y de la influencia. Es suficiente que, cuando lleguemos a la muerte, la obra que dejemos siga influyendo en otros y desempeñe un papel, por pequeño que sea, en la vida de la comunidad en que hemos vivido. Podemos arrancar la flor y arrojar sus pétalos al suelo: su sutil fragancia sigue en el aire. Es una especie de inmortalidad mejor, más razonable y menos egoísta. En este sentido, tan real, podemos decir que Louis Pasteur, Luther Burbank y Thomas Edison viven todavía entre nosotros.

¡Qué importa que sus cuerpos hayan muerto, por cuanto el "cuerpo" no es nada más que una generalización abstracta que se refiere a una combinación constantemente variable de constituyentes químicos! El hombre comienza a ver su vida como una gota en un río que fluye siempre, y se alegra de contribuir con su parte a esa gran corriente de la vida. Si fuera tan sólo un poco menos egoísta estaría muy contento con eso.

II. POR QUÉ SOY PAGANO

La religión es siempre una cosa individual, personal. Toda persona debe

formarse sus propios puntos de vista sobre la religión, y si es sincero. Dios no le culpará, cualquiera sea el resultado. La experiencia religiosa de cada hombre es válida para él, porque, como he dicho, no es algo sobre lo cual se puede discutir. Pero la narración de la lucha de un alma honesta con los problemas religiosos, relatada en forma sincera, será siempre de beneficio para los demás. Por eso, al hablar de religión, debo apartarme de generalidades y narrar mi relato personal.

Soy pagano. Esta declaración puede ser tomada como implícita de una revuelta contra el cristianismo; pero

"revuelta" parece una palabra cruda y no describe exactamente el estado de ánimo de un hombre que por una evolución muy gradual, paso a paso, se ha alejado del cristianismo, una evolución durante la cual se aferró desesperadamente, con amor y con piedad, a una serie de dogmas que, contra su voluntad, se iban alejando de él. Por lo tanto, es imposible hablar de rebelión, porque jamás hubo odio.

Como nací en la familia de un pastor protestante y se me preparó en un tiempo para el ministerio cristiano, mis emociones naturales estuvieron de parte de la religión durante toda la lucha, y no contra ella. En este conflicto de

emociones y comprensión llegué gradualmente a una posición, por ejemplo, en que había renunciado decididamente a la doctrina de la redención, una posición que no podía ser calificada sencillamente de paganismo. Era, y es todavía, una condición de creencia con respecto a la vida y el universo en la que me siento natural y cómodo, sin tener que estar en guerra conmigo mismo. El proceso fue tan natural como el destete de un niño o la caída de una manzana madura a tierra; y cuando llegó el momento de que cayera la manzana, no quise inmiscuirme en la caída. En fraseología taoísta, esto no es más que vivir en el Tao, y en la

fraseología occidental no es más que ser sincero consigo mismo y con el universo, según las luces que uno tiene. Creo que nadie puede ser natural y feliz, a menos que sea intelectualmente sincero consigo mismo, y ser natural es estar en el cielo. Para mí, ser pagano es ser natural.

"Ser pagano" no es más que una frase, como "ser cristiano". No es más que una afirmación negativa, porque para el común de los lectores ser pagano significa solamente no ser cristiano; y como "ser cristiano" es un término muy amplio y ambiguo, el significado de "no ser cristiano" está igualmente mal definido. Peor es definir a un pagano

como una persona que no cree en la religión ni en Dios, porque tendríamos que definir todavía qué áe quiere decir con los términos "Dios" o "una actitud religiosa hacia la vida". Los grandes paganos han tenido siempre una actitud profundamente reverente hacia la naturaleza. Por lo tanto, tendremos que tomar la palabra en un sentido convencional y significar sencillamente un hombre que no va a la iglesia (salvo para una inspiración estética, de la que soy capaz todavía), no pertenece al rebaño cristiano y no acepta sus dogmas usuales, ortodoxos.

Del lado positivo, un pagano chino, la única especie de que puedo hablar

con algún sentimiento de intimidación, es el que empieza esta vida terrena pensando que ella es todo lo que puede o debe preocuparnos, desea vivir de firme y con felicidad tanto como dure la vida, tiene a menudo una punzante tristeza por esta vida y la afronta alegremente, tiene aguda apreciación de lo bello y de lo bueno en la vida humana cada vez que lo encuentra, y considera que hacer el bien lleva en sí su recompensa más satisfactoria. Admito, sin embargo, que alienta una leve piedad o desdén por el hombre "religioso" que hace el bien para llegar al cielo y el que, por inferencia, no lo haría si no tuviera el reclamo del cielo o la amenaza del

infierno. Si esta afirmación es exacta, creo que en este país hay muchos más paganos, más que los que ellos mismos creen. El cristiano liberal moderno y el pagano están en verdad muy cerca uno de otro, y sólo difieren cuando empiezan a hablar de Dios.

Creo conocer las profundidades de la experiencia religiosa, porque creo que se puede tener esa experiencia sin ser un gran teólogo como el cardenal Newman; de lo contrario, el cristianismo no valdría la pena, o debe haber sido terriblemente mal interpretado ya. Tal como lo veo al presente, la diferencia en la vida espiritual entre un creyente cristiano y

un pagano es sencillamente ésta: el creyente cristiano vive en un mundo gobernado y vigilado por Dios, con quien tiene una constante relación personal, y, por lo tanto, en un mundo presidido por un padre bondadoso; su conducta se eleva también a menudo hasta un nivel consonante con esta conciencia de ser hijo de Dios, un nivel, sin duda, difícil de mantener constantemente en todos los períodos de la vida de un mortal, o aun de la semana, o aun del día; su vida real varía entre la vida en el nivel humano y el religioso.

Por su parte, el pagano vive en este mundo como un huérfano, sin el beneficio de ese consolador sentimiento

de que hay siempre en el cielo alguien que se ocupa de él y que, cuando se establezca esa relación personal que se llama rezo, atenderá a su bienestar privado y personal. No hay duda que es un mundo menos animado; pero existe el beneficio y la dignidad de ser un huérfano que, por necesidad, ha aprendido a ser independiente, a cuidar de su persona, y a ser más maduro, como lo son todos los huérfanos. Esta sensación, más que cualquier creencia intelectual —esta sensación de caer en un mundo sin el amor de Dios— fue lo que me asustó en realidad hasta el último momento de mi conversión al paganismo; creía, como muchos

cristianos natos, que si no existiera un Dios personal el universo perdería su base.

Y sin embargo, el pagano puede llegar a un punto en que mira a ese mundo, acaso más tibio y más alegre, como un mundo a la vez más infantil, más adolescente, me siento tentado a decir; útil y aprovechable, si uno mantiene sin tacha la ilusión, pero ni más ni menos justificable que una manera de vivir verdaderamente budista; un mundo más bellamente coloreado, también, pero por consiguiente menos sólidamente cierto y, por ello, de menos valor. Para mí, personalmente, es fatal la sospecha de que algo está coloreado o

no es sólidamente verdadero. Uno debe estar decidido a pagar un precio por la verdad; cualesquiera sean las consecuencias, venga la verdad. Esta posición es comparable, es psicológicamente igual que la del asesino: si ha cometido un asesinato, lo mejor que puede hacer después es confesarlo. Por eso mismo digo que se necesita poca valentía para llegar a ser pagano. Pero, después de haber aceptado lo peor, queda uno sin temores. La paz de la mente es la condición mental de haber aceptado lo peor. (Aquí veo por mí mismo la influencia del pensamiento budista o taoísta.)

Os podría señalar la diferencia entre

un mundo pagano y uno cristiano de esta manera: el pagano en mí renunció al cristianismo por orgullo y humildad a la vez, orgullo emocional y humildad intelectual, pero quizá en total menos por orgullo que por humildad. Por orgullo emocional, porque odiaba la idea de que tuviese que haber alguna razón para comportarnos como hombres decentes, buenos, fuera de la sencilla razón de que somos seres humanos; teóricamente, y si queréis dedicaros a las clasificaciones, clasificad esto como un pensamiento típicamente humanista, Pero más por humildad, por humildad intelectual, sencillamente porque, con nuestros conocimientos astronómicos, ya

no puedo creer que un ser humano individual sea tan terriblemente importante a los ojos de ese Gran Creador, viviendo como vive el individuo, átomo infinitesimal en esta tierra que es un átomo infinitesimal del sistema solar, que a su vez es un átomo infinitesimal del universo de sistemas solares. Lo que me asombra es la audacia del hombre, y su presuntuosa arrogancia. ¿Qué derecho tenemos a concebir el carácter de un Ser Supremo, de cuya obra apenas podemos ver una millonésima parte, y a postular acerca de Sus atributos?

La importancia del individuo humano es indudablemente uno de los

dogmas básicos del cristianismo. Pero veamos a qué ridícula arrogancia conduce eso en la práctica usual de la diaria vida cristiana.

Cuatro días antes del funeral de mi madre hubo una lluvia torrencial, y si continuaba, como solía ocurrir en Changchow en julio, la ciudad se inundaría y no habría funeral. Como casi todos nosotros habíamos llegado de Shanghai, el retraso significaría inconvenientes. Una de mis parientas — un ejemplo algo extremado pero no desacostumbrado del creyente cristiano en China— me dijo que tenía fe en Dios, que siempre atendería a Sus hijos. Rezó, y cesó la lluvia, aparentemente con el

fin. de que una pequeñita familia de cristianos pudiera tener su funeral sin tardanza. Pero la idea implícita de que, si no hubiese sido por nosotros. Dios habría sometido voluntariamente a decenas de miles de habitantes de Changchow a una inundación devastadora, como ocurría a menudo, o que no detuvo la lluvia por ellos, sino porque nosotros queríamos tener un funeral sin barro, se me ocurrió que era un tipo increíble de egoísmo. No puedo imaginar que Dios atienda a hijos tan egoístas.

Hubo también un pastor cristiano que escribió la historia de su vida, dando fe de las muchas pruebas de la

acción de Dios en su vida, con el propósito de glorificar a Dios. Una de las pruebas que aducía era la de que, cuando había reunido seiscientos dólares de plata para comprar el pasaje a los Estados Unidos, Dios redujo la tasa de cambio el día mismo en que este individuo tan importante debía comprar el pasaje. La diferencia en la tasa de cambio sobre seiscientos dólares de plata pudo haber sido a lo sumo diez o veinte dólares, y Dios estaba dispuesto a conmover las bolsas de París, Londres y Nueva York a fin de que este curioso hijo Suyo pudiera ahorrarse diez o veinte dólares. Recordemos que esta forma de glorificar a Dios no es cosa

desacostumbrada en ninguna parte de la cristianidad.

¡Oh, insolencia y envanecimiento del hombre, cuyo lapso de vida es apenas de tres veintenas de años! La humanidad, en conjunto, puede tener una historia significativa, pero el hombre, como individuo, según las palabras de Su Tungp'o, no es más que un grano de mijo en un océano o un insecto fuyu que nace por la mañana y muere al atardecer, comparado con el universo. No quiere ser humilde el cristiano. No se satisface con la sumada inmortalidad de su gran corriente de la vida, de la que es ya una parte, que fluye a la eternidad como un poderoso río que se vacía en el gran mar

y cambia y no cambia. Una vasija de arcilla preguntará al alfarero: "¿Por qué me has dado esta forma y por qué me has hecho tan quebradiza?" La vasija de arcilla no queda satisfecha de poder dejar otras vasijas más pequeñas de su especie cuando se quiebra. El hombre no se satisface con haber recibido este cuerpo maravilloso, este cuerpo casi divino. ¡Quiere vivir para siempre! Y no deja tranquilo a Dios. Ha de decir sus plegarias y ha de rezar diariamente para recabar pequeños dones personales a la Fuente de Todas las Cosas. ¿Por qué no puede dejar tranquilo a Dios?

Hubo una vez un sabio chino que no creía en el budismo, y cuya madre creía.

Era una mujer devota y pretendía adquirir méritos musitando "¡Namu omitabha!" mil veces de día y de noche. Pero cada vez que empezaba a pronunciar el nombre de Buda, su hijo la llamaba: "¡Mamá!" La madre se enojó al fin. "Bien —dijo el sabio— ¿no crees que Buda se enojaría también si pudiera oírte?" (

[\[76\]](#))

Mi padre y mi madre eran devotos cristianos. Bastaba oír a mi padre cuando dirigía los rezos nocturnos de la familia. Y yo era un niño sensitivamente

religioso. Como hijo de un pastor, recibí las facilidades de la educación de los misioneros, aproveché sus beneficios y sufrí sus debilidades. Siempre he estado agradecido a esos beneficios, y convertí en fuerza mía sus debilidades. Porque, según la filosofía china, no hay en la vida buena o mala suerte.

Se me prohibía asistir a teatros chinos, jamás se me permitía escuchar a los troveros chinos, y se me separó enteramente de la gran tradición y la mitología populares. Cuando ingresé en un colegio de misioneros se descuidó por completo el escaso fundamento de chino clásico que me había dado mi padre. Quizá haya sido mejor así, para

que más tarde, después de recibir una educación completamente occidentalizada, pudiera volver yo al chino con la frescura y el vigoroso deleite de un hijo de Occidente que se adentra en el país de maravilla oriental. La mayor suerte que he tenido jamás fue la sustitución completa del pincel de escribir por la pluma estilográfica durante mi período de colegial y de adolescente, pues conservó sin mengua para mí la frescura del mundo mental oriental, hasta que estuve pronto para él. Si el Vesubio no hubiera cubierto a Pompeya, Pompeya no estaría tan bien conservada, y las huellas de las ruedas de los carros en sus calles no habrían

quedado tan claramente marcadas hasta hoy. La educación en un colegio de misioneros fue mi Vesubio.

Pensar era siempre peligroso en aquel entonces. Más aún, pensar era siempre aliarse con el diablo. Durante mi período de colegial-adolescente que, según es costumbre, fue mi período religioso, ya ocurría el conflicto entre un corazón que sentía la belleza de la vida cristiana y una cabeza que tendía a razonarlo todo. Curiosamente, no puedo recordar momentos de tormento o desesperación, como los que casi llevaron a Tolstoi al suicidio. En cada etapa me sentía un cristiano unificado, armonioso en mi creencia, pero un poco

más liberal que en la etapa anterior, y aceptando menos algunas doctrinas cristianas. De todos modos, siempre podía volver al "Sermón de la Montaña". La poesía de un dicho como "Considerad los lirios del campo" era demasiado buena para no ser cierta. Esto, y la conciencia de la íntima vida cristiana, fue lo que me dio fuerzas.

Pero las doctrinas se alejaban terriblemente. Primero comenzaron a molestar las cosas superficiales. La "resurrección de la carne", desmentida mucho tiempo ha, cuando no se produjo la esperada segunda aparición de Cristo en el siglo I y cuando los Apóstoles no se levantaron de sus tumbas, estaba

todavía en el Credo de los Apóstoles. Esto era una de esas cosas.

Después, enrolado en una clase teológica e iniciado en lo más sagrado de lo sagrado, supe que otro artículo del credo, el parto de la Virgen, estaba en duda, pues diferentes deanes de seminarios teológicos occidentales sostenían criterios distintos. Me enfureció que se exigiera a los creyentes chinos la categórica creencia en este artículo antes de ser bautizados, en tanto que los teólogos de la misma iglesia lo consideraban en duda. No me pareció sincero, y no me pareció bien.

Otros estudios sobre comentarios sin significado, como el paradero de la

"puerta de agua" y otras minucias así, me relevaron completamente de la responsabilidad de tomar en serio esos estudios teológicos, y tuve malas clasificaciones. Mis profesores consideraron que yo no estaba hecho para el ministerio cristiano, y el obispo opinó que bien podría marcharme. No iban a desperdiciar en mí su instrucción. También esto me parece una bendición disfrazada. Dudo que si hubiera seguido adelante y hubiese vestido el ropaje clerical me habría sido tan fácil ser honesto conmigo mismo más tarde. Pero ese sentimiento de rebelión contra la discrepancia de creencias que se exigía al teólogo y al converso común, fue la

sensación más cercana a la "revuelta" que tuve jamás.

Para entonces ya había llegado a la posición de que los teólogos cristianos eran los mayores enemigos de la religión cristiana. Jamás pude pasar por encima de dos grandes contradicciones. La primera era que los teólogos habían hecho que toda la estructura de la creencia cristiana dependiese de la existencia de una manzana. Si Adán no hubiera comido una manzana no habría pecado original, y si no hubiera pecado original no habría necesidad de redención. Esto me resultaba claro, cualquiera fuese el valor simbólico de la manzana. Pero me pareció

absurdamente injusto con las enseñanzas de Cristo, que jamás dijo una palabra acerca del pecado original o la redención. De todos modos, por seguir estudios literarios, siento, como todos los occidentales modernos, que no tengo conciencia del pecado, y no creo en él, sencillamente. Todo lo que sé es que, si Dios me ama apenas la mitad de lo que me ama mi madre, no me enviará al Infierno. Este es un acto final 'de mi conciencia íntima, y por ninguna religión podría yo negar su verdad.

Aun más absurda me pareció otra proposición. Se trata del argumento de que cuando Adán y Eva comieron una manzana durante su luna de miel, se

enfureció tanto Dios que condenó a su posteridad a sufrir de generación en generación por ese pequeño pecado, pero que cuando la misma posteridad mató al único Hijo del mismo Dios, Dios quedó tan encantado que a todos perdonó. Por mucho que me expliquen y me discutan, no puedo eludir esta sencilla falsedad. Esta fue la última de las cosas que me turbaron.

Pero aun después de recibirme, yo era un celoso cristiano y dirigía voluntariamente una escuela dominical en Tsing Hua, un colegio no cristiano en Pekín, con gran desmayo para muchos miembros de la facultad. La reunión de Navidad en la escuela dominical era una

tortura para mí, porque impartía a los niños chinos el cuento de los ángeles que cantaban a medianoche para pregonar el acontecimiento, y yo no lo creía. Todo había desaparecido con el razonamiento y sólo quedaban el amor y el temor: una especie de pegadizo amor hacia un Dios omnisapiente, que me hacía sentir feliz y pacífico, y sospechar que no habría sido tan feliz y pacífico sin ese amor confortante; y el temor de entrar en un mundo de huérfanos.

Finalmente vino mi salvación.

—Es que —razoné con un colega— si no hubiera Dios, la gente no haría el bien y el mundo se trastornaría.

—¿Por qué? —respondió mi colega

confuciano—. Viviríamos una decente vida humana, sencillamente porque somos seres humanos decentes.

Este llamamiento a la dignidad de la vida humana cortó mi último lazo con el cristianismo, y desde ese momento he sido pagano.

Ahora todo me resulta muy claro. El mundo de la creencia pagana es una creencia más sencilla. Nada postula, y "no está obligado a postular nada. Parece hacer más inmediatamente atractiva la buena vida, porque apela a la buena vida por sí sola. Justifica mejor el bien, pues hace innecesario, para hacer el bien, justificarlo de algún

modo. No alienta a los hombres, por ejemplo, a hacer un pequeño acto de caridad mediante una serie de postulados hipotéticos —pecado, redención, la cruz, hacerse un lugar en el cielo, obligación mutua entre los hombres a causa de la relación con un tercero en el cielo— que son innecesariamente complicados y ninguno puede ser demostrado con la prueba directa. Si se acepta la afirmación de que hacer el bien lleva en sí la justificación, no puede uno dejar de considerar que todos los cebos teológicos para la buena vida son redundantes y tienden a nublar el lustre de una verdad moral. El amor entre los

hombres debería ser un hecho final, absoluto. Deberíamos poder mirarnos y amarnos, sin recordar a un tercero en el cielo. El cristianismo, me parece, hace que la moralidad se presente como cosa innecesariamente difícil y complicada, y el pecado como cosa tentadora, natural, y deseable. En cambio, el paganismo es lo único que parece capaz de rescatar a la religión de la teología y restaurarla en su hermosa sencillez de creencia y dignidad de sentimiento.

En verdad, me parece poder ver cuántas complicaciones teológicas surgieron en los siglos I, II y III, y convirtieron las simples verdades del Sermón en la Montaña en una estructura

rígida, total, para sostener a un conjunto de sacerdotes como si fuera una institución becada. La razón está contenida en la palabra revelación: la revelación de un misterio especial o un plan divino, hecha a un profeta y mantenida por una sucesión apostólica, que se consideró necesaria en todas las religiones, desde el mahometanismo y el mormonismo hasta el lamaísmo del Buda Viviente, y la ciencia cristiana de Mrs. Eddy, a fin de que cada uno de ellos manejara exclusivamente un monopolio especial y patentado de la salvación. Todos los sacerdotes viven de la comida común de la revelación. Las sencillas verdades de las

enseñanzas de Cristo en la Montaña deben ser adornadas, y el lirio que tanto le maravilló debe ser dorado. Por eso tenemos el "primer Adán" y el "segundo Adán", y así todo lo demás.

Pero la lógica paulina, que parecía tan convincente e incontrovertible en los primeros días de la era cristiana, parece débil e inconvincente a la moderna conciencia crítica, que es más sutil; y en esta discrepancia entre la rigurosa lógica deductiva asiática y la más flexible, más sutil apreciación de la verdad del hombre moderno, reside la debilidad del atractivo de la revelación cristiana, o cualquier revelación, para el hombre moderno. Por lo tanto, sólo con

un retorno al paganismo y la renuncia a la revelación puede uno volver al cristianismo primitivo (para mí más satisfactorio).

Está mal, pues, hablar de un pagano como de un hombre irreligioso; irreligioso es solamente como hombre que se niega a creer en una variedad especial de la revelación. Un pagano cree siempre en Dios, pero no le gusta decirlo, por temor a que no se le comprenda. Todos los paganos chinos creen en Dios, y la designación más común que se le da en la literatura china es el término chaowa, o sea, el Creador de las Cosas. La única diferencia consiste en que el pagano chino es tan

honesto que deja al Creador de las Cosas en una aureola de misterio, y siente por él una especie de pasmada piedad y reverencia. Lo que es más, este sentimiento le basta. Tiene conocimiento también de la belleza de este universo, de la habilidad artística de las mil cosas de esta creación, el misterio de las estrellas, la grandeza del cielo, y la dignidad del alma humana. Pero también esto le basta. Acepta la muerte como acepta el dolor y el sufrimiento, y los pesa contra el don de la vida y la fresca brisa campestre y la clara luna de la montaña, y no se queja. Considera que doblegarse ante la voluntad del Cielo es la actitud verdaderamente religiosa y

pía, y la llama "vivir en el Tao". Si el Creador de las Cosas quiere que muera a los setenta años, muere complacido a los setenta años. Cree también que "el camino del cielo siempre da la vuelta",- y que no hay una injusticia permanente en el mundo. No pide más.

CAPITULO XIV

EL ARTE DE

PENSAR

I. LA NECESIDAD DEL PENSAMIENTO HUMANIZADO

Pensar es un arte, no una ciencia. Uno de los mayores contrastes entre el estudio chino y el occidental es que en Occidente hay un conocimiento tan especializado, y un conocimiento tan poco humanizado, en tanto que en China

preocupan más los problemas de vivir, y no hay ciencias especializadas. Vemos en Occidente una invasión del pensamiento científico en el reino del conocimiento humanizado, que se caracteriza por una alta especialización y por el profuso empleo de terminologías científicas o semicientíficas. Hablo de pensamiento "científico" en su sentido vulgar, y no del verdadero pensamiento científico, que no se puede divorciar del sentido común por un lado y de la imaginación por otro. En su sentido común, este pensamiento "científico" es estrictamente lógico, objetivo, sumamente especializado y "atómico" en

su método y visión. El contraste entre los dos tipos de estudio, el oriental y el occidental, se remonta a la oposición entre la lógica y el sentido común. La lógica, privada del sentido común, se hace inhumana, y el sentido común, privado de la lógica, es incapaz de penetrar en los misterios de la naturaleza.

¿Qué encuentra uno al recorrer el terreno de la literatura y la filosofía chinas? Comprueba que no hay ciencias, ni teorías extremas, ni dogmas, y en realidad no hay escuelas de filosofía muy divergentes. El sentido común y el espíritu razonable han aplastado todas las teorías y todos los dogmas. Como el

poeta Po Chüyi, el sabio chino "utilizó el confucianismo para ordenar su conducta, utilizó el budismo para limpiar su mente, y después utilizó la historia, la pintura, las montañas, los ríos, el vino, la música y las canciones para calmar su espíritu". (

[\[77\]](#)) Vivía en el mundo, pero estaba fuera del mundo.

China, por lo tanto, llega a ser una tierra donde nadie trata mucho de pensar, y todos tratan mucho de vivir. Se convierte en una tierra donde la filosofía misma es una cosa tan sencilla y llena de

sentido común que puede ponerse tan convenientemente en dos versos como en un pesado volumen. Se convierte en una tierra donde no hay sistema de filosofía, en términos generales, ni lógica, ni metafísica, ni jerga académica; donde hay mucho menos dogmatismo académico, menos fanatismo intelectual o práctico, y menos términos abstractos y palabras extensas. No es posible jamás ninguna suerte de racionalismo mecanicista, y se odia profundamente la idea de la necesidad lógica. Se convierte también en una tierra donde no hay abogados en la vida de negocios, ni lógicos en filosofía. En lugar de sistemas de filosofía muy

ponderados, sólo tienen un íntimo sentimiento de la vida, y en lugar de un Kant o un Hegel sólo tienen ensayistas, epigramistas y escritores de acertijos budistas y de parábolas taoístas.

La literatura de China, en conjunto, nos presenta un desierto de poemas breves y ensayos cortos, al parecer interminables para quien no los aprecia, pero tan llenos de variedad y de inagotable belleza como un panorama silvestre. Sólo tenemos ensayistas y escritores de cartas que tratan de poner sus sentimientos de la vida en una breve nota o en un ensayo de trescientas o quinientas palabras, por lo común mucho más corto que una composición

escolar en Occidente. En estos escritos al descuido, cartas, diarios, notas literarias y ensayos, se encuentran, aquí un breve comentario sobre las vicisitudes de la fortuna, allí la historia de una mujer que se suicidó en la aldea vecina, o el relato de una placentera fiesta primaveral, o un festín en la nieve, o un paseo en bote durante una noche de luna, o un atardecer pasado en un templo mientras fuera brama la tormenta, y generalmente con la inclusión de las frases cruzadas en la conversación, que hicieron memorable la ocasión. Encontramos una hueste de ensayistas que a la vez son poetas, y poetas que son a la vez ensayistas, y que nunca escriben

más de quinientas o setecientas palabras, en que toda la filosofía de la vida se expresa en realidad por una sola línea. Encontramos escritores de parábolas y epigramas y cartas de familia que no intentan coordinar sus pensamientos en un sistema rígido. Esto ha impedido el surgimiento de escuelas y sistemas. El intelecto es mantenido siempre a distancia por el espíritu de lo razonable, y aun más por la sensibilidad artística del escritor. En verdad, se desconfía del intelecto.

Apenas es necesario señalar que la facultad lógica es un arma muy poderosa de la mente humana, que hace posibles las conquistas de la ciencia. También sé

que el progreso humano en Occidente sigue esencialmente controlado por el sentido común y por el espíritu crítico, que es mayor que el espíritu lógico y que, creo, representa la forma más alta de pensar, en Occidente. Me es innecesario añadir que hay un espíritu crítico mucho más desarrollado en Occidente que en China. Al señalar las debilidades del pensamiento lógico sólo me refiero a una deficiencia particular del pensamiento occidental, y a veces de la política occidental también, como por ejemplo, la *Machtpolitik* de los alemanes y los japoneses. La lógica también tiene su encanto, y considero el desarrollo de la novela policial como un

producto sumamente interesante de la mente lógica, una forma de literatura que no ha podido desarrollarse en China. Pero también tiene sus inconvenientes la pura preocupación por el pensamiento lógico.

La característica sobresaliente del estudio occidental es su especialización y su división del conocimiento en departamentos diferentes. El exceso de desarrollo del pensamiento lógico y la especialización, con su fraseología técnica, ha producido un hecho curioso de la civilización moderna: el de que la filosofía ha sido tan relegada a un segundo plano, muy atrás de la política y la economía, que el hombre común

puede pasarla por alto sin un resquemor de conciencia. El hombre común, y aun el hombre educado, siente que la filosofía es una "materia" sin la cual se puede pasar muy bien. Es por cierto una extraña anomalía de la cultura moderna, porque la filosofía, que debería estar junto al pecho y a la actividad de los hombres, es lo que se ha alejado más de la vida. No ocurría así en la civilización clásica de los griegos y los romanos, y no fue así en China, donde el estudio de la sabiduría de la vida formaba la principal ocupación de los estudiosos. O el hombre moderno no se interesa en los problemas de la vida, que son el tema propio de la filosofía, o nos hemos

apartado mucho del concepto original de la filosofía. Se ha ensanchado tanto el alcance de nuestro conocimiento, y tenemos tantos "departamentos" de conocimiento celosamente guardados por sus respectivos especialistas, que la filosofía, en lugar de ser el primero de los estudios del hombre, sólo tiene ahora como campo aquel en que nadie quiere especializarse. Típico del estado de la educación moderna es el anuncio hecho por una universidad norteamericana: "El Departamento de Psicología se ha servido abrir las puertas del cuarto curso de Psicología a los estudiantes del tercer curso de Economía." El profesor del tercer curso

de Economía, pues, encarga el cuidado de sus alumnos al profesor del cuarto curso de Psicología, con su cariño y bendición, mientras que, como canje de cortesías, permite que los alumnos del cuarto curso de Psicología pisen el sagrado recinto del tercero de Economía. En tanto, la Filosofía, Reina del Conocimiento, «i8 como el Emperador Chino de los tiempos de los Reinos en Guerra, que en lugar de recibir tributo de los Estados vasallos vio que su autoridad y su dominio disminuían diariamente, y retuvo tan sólo la fidelidad de un pequeño grupo de subditos muy leales pero pobremente alimentados.

Porque hemos llegado a un estado de la cultura humana en que tenemos compartimientos del conocimiento, pero no conocimiento mismo; especialización pero no integración; especialistas pero no filósofos de humana sabiduría. Esta superespecialización del conocimiento no difiere mucho de la superespecialización en una cocina imperial china. Una vez, al caer una dinastía, un rico funcionario chino pudo conseguir como cocinera a una sirvienta que había escapado de las cocinas del palacio. Orgulloso de ella, envió a sus amigos una invitación para que fueran a saborear una comida preparada por quien le parecía que era una cocinera

imperial. Al acercarse el día, pidió a la sirvienta que preparara una comida imperial. La sirvienta respondió que no podía prepararla.

—¿Qué hacías, entonces? — preguntó el funcionario.

—Ah, ayudaba a hacer las pastas para la comida —respondió la mujer.

—Bien, entonces, prepara unas lindas pastas para mis huéspedes.

—Oh, no —respondió la sirvienta con gran consternación del amo—, no sé hacer pastas. Me especializaba en picar la cebolla para el relleno de las pastas de la comida imperial.

Una condición parecida existe hoy en el campo del conocimiento humano y

del estudio académico. Tenemos un biólogo que sabe un poco de la vida y la naturaleza humana; un psiquiatra que sabe otro poco; un geólogo que conoce la historia primaria de la humanidad; un antropólogo que conoce la mente del salvaje; un historiador que, si tiene espíritu genial, puede enseñarnos algo de la sabiduría humana y de la tontería humana, según se reflejan en la historia del pasado; un psicólogo que a menudo nos puede ayudar a comprender nuestro comportamiento, pero que también suele decirnos una imbecilidad académica, como la de que Lewis Carroll, el autor de Alicia en el País de las Maravillas, era, un sadista, o sale de su laboratorio,

después de hacer experimentos con una cantidad de polluelos, y anuncia que el efecto de un fuerte ruido sobre los pollos es el de hacerles saltar el corazón. Algunos psicólogos educacionales me dejan estupefacto cuando se equivocan, y aun más estupefacto cuando tienen razón. Pero junto con el proceso de especialización no se ha producido el proceso, urgentemente necesario, de la integración, el esfuerzo por integrar todos estos aspectos del conocimiento y hacerlos servir al fin supremo, que es la sabiduría de la vida. Quizá estemos ya dispuestos para cierta integración del conocimiento, como se revela en

algunos signos recientes. Pero a menos que los hombres de ciencia de Occidente procedan a esta tarea con un modo de pensar más sencillo y menos lógico, esa integración no se podrá realizar. La sabiduría humana no puede ser simplemente la suma de conocimientos especializados, ni puede ser obtenida por un estudio de promedios estadísticos; sólo se la puede realizar con la visión íntima, con el predominio general del sentido común, de la agudeza y de una intuición más sencilla, pero sutil.

Hay, claramente, una distinción entre pensamiento lógico y pensamiento razonable, que se puede expresar

también como la diferencia entre el pensamiento académico y el pensamiento poético. Tenemos buena cantidad de pensamiento académico, pero hallamos muy pocas muestras de pensamiento poético en el mundo moderno. Aristóteles y Platón son sorprendentemente modernos, y sucede así, no porque los griegos se parecían a los modernos, quizá, sino porque eran, estrictamente, los antepasados del pensamiento moderno. A pesar de su punto de vista humanista y de su doctrina del Medio de Oro, Aristóteles fue estrictamente el abuelo de los modernos autores de textos, pues fue el primero que separó al conocimiento en

compartimientos distintos: desde la física y la botánica hasta la ética y la política. Como era casi inevitable, fue también el primer hombre que lanzó la impertinente jerga académica incomprensible para el hombre común, y que están dejando muy atrás los sociólogos y psicólogos modernos. Y si bien Platón tenía verdadero discernimiento humano, en cierto modo fue el responsable de la veneración de las ideas y las abstracciones, como entre los neoplatónicos, una tradición que, en lugar de ser atemperada por un mayor discernimiento, nos es tan familiar ahora en los escritores que hablan de ideas e idearios como si tuvieran una existencia

independiente. Sólo la psicología moderna, en días muy recientes, nos está privando de los compartimientos estancos de la "razón", la "voluntad" y la "emoción", y nos ayuda a matar el "alma", que era una entidad tan real para los teólogos medievales. Hemos matado el "alma", pero hemos creado un millar de lemas sociales y políticos ("revolucionario", "contrarrevolucionario", "burgués", "capitalista-imperialista", "escapista"), que tiranizan nuestros pensamientos, y hemos creado seres similares, como "clase", "destino", "estado", y procedemos, lógicamente, a transformar el estado en un monstruo que se traga al

individuo.

Parece que es sumamente deseable una forma regenerada de pensar, un pensamiento más poético, que pueda ver la vida firmemente, y verla toda. Ya nos advierte James Harvey Robinson: "Algunos observadores cuidadosos expresan la convicción muy fundada de que, a menos que el pensamiento sea elevado a un plano muy superior al de ahora, es inevitable un gran revés para la civilización." El profesor Robinson señalaba oportunamente que "La conciencia y el discernimiento parecen recelarse mutuamente, y bien podrían ser amigos". Los economistas y los psicólogos modernos me dejan la

impresión de que tienen exceso de conciencia y falta de discernimiento. Este es un punto que quizá no acentuemos bastante, este peligro de aplicar la lógica a los asuntos humanos. Pero la fuerza y el prestigio del pensamiento científico han sido tan grandes en la edad moderna, que, a pesar de todas las advertencias, esta especie de pensamiento académico se inmiscuye constantemente en el reino de la filosofía, con la estéril creencia de que la mente humana puede ser estudiada como un sistema de aguas corrientes y las ondas del pensamiento humano medidas como las ondas de radio. Las consecuencias son levemente

perturbadoras en nuestro pensar de todos los días, pero desastrosas en la política práctica.

II. EL RETORNO AL SENTIDO COMÚN

Los chinos odian el término de "necesidad lógica" porque no hay necesidad lógica en los asuntos humanos. La desconfianza de los chinos por la lógica comienza con la desconfianza de las palabras, sigue con la desconfianza de las definiciones y termina con un odio instintivo hacia todos los sistemas y teorías. Porque sólo palabras, definiciones y sistemas han

hecho posibles las escuelas de filosofía. La degeneración de la filosofía comenzó con la preocupación por las palabras. Un escritor chino, Kung Tingan, dijo: "El sabio no habla, los talentosos hablan y los estúpidos discuten"; esto a pesar de que al amigo Kung le encantaba discutir.

Porque ésta es la triste historia de la filosofía: que los filósofos pertenecieran al género de los Habladores y no al de los Callados. A todos los filósofos les gusta escuchar sus propias voces. El mismo Laotsé, que nos enseñó primero que el Creador (el Gran Callado) no habla, fue persuadido de que dejara cinco mil palabras a la posteridad antes

de retirarse, fuera del Paso Hankukuan, a pasar el resto de su vida en sabia soledad y olvido. Más típico del género del filósofo hablador fue Confucio, que visitó "setenta y dos reinos a fin de obtener audiencias de sus reyes; o más aun, Sócrates, que iba por las calles de Atenas y detenía a los transeúntes para hacerles preguntas con el propósito de escucharse al dar ingeniosas respuestas. La afirmación de que el "Sabio no habla" es, por lo tanto, sólo una afirmación relativa. Pero de todos modos existe una diferencia entre los Sabios y los Talentosos, porque el Sabio habla de la vida, tal como la advierte directamente; los Talentosos hablan de

las palabras del Sabio, y los estúpidos argumentan sobre las palabras de los Talentosos. En los sofistas griegos tenemos el tipo puro de Habladores interesados en el juego de las palabras como tales. La filosofía, que era el amor por la sabiduría, se convirtió en el amor por las palabras, y en la proporción en que creció esta tendencia sofista se hizo más y más completo el divorcio entre la filosofía y la vida. Al correr el tiempo, los filósofos comenzaron a emplear cada vez más palabras y frases más y más largas; los epigramas de la vida cedieron su lugar a las frases, las frases a los argumentos, los argumentos a los tratados, los tratados a los comentarios y

los comentarios a la investigación filológica; se necesitaron más y más palabras para definir y clasificar las palabras que se empleaban, y más y más escuelas para que se diferenciaron y separaron de las escuelas ya establecidas; el proceso continuó hasta que ahora se ha perdido enteramente de vista el sentimiento inmediato, íntimo, o el conocimiento de la vida, y el lego tiene perfecto derecho a preguntar: "¿De qué estáis hablando?" Entretanto, a través de la subsiguiente historia del pensamiento, los pocos pensadores independientes que sintieron el impacto directo de la vida —un Goethe, un Samuel Johnson, un Emerson, un

Willíam James— se han negado a hablar en la jerga de los Habladores, y siempre se han opuesto decididamente al espíritu de clasificación. Porque son los sabios los que han mantenido para nosotros el verdadero significado de la filosofía, que es la sabiduría de la vida. En casi todos los casos han renunciado a los argumentos y retornado al epigrama. Cuando el hombre ha perdido la capacidad de hablar en epigramas, escribe párrafos; cuando no se puede expresar claramente en párrafos, desarrolla un argumento, y cuando todavía no puede hacerse entender en un argumento, escribe un tratado.

El amor del hombre por las palabras

es su primer paso hacia la ignorancia, y su amor por las definiciones es el segundo. Cuanto más analiza, tanto más necesidad tiene de definir, y cuanto más define tanto más tiende a una imposible perfección lógica, porque el esfuerzo de tender a la perfección lógica es solamente una muestra de ignorancia. Como las palabras son el material de nuestro pensamiento, el esfuerzo de definir es enteramente loable, y Sócrates inició la manía de las definiciones en Europa. El peligro es que, después de tener conciencia de las palabras que definimos, nos veamos aún forzados a definir las palabras definidoras, de modo que al fin, además de las palabras

que definen o expresan la vida misma, tenemos una clase de palabras que definen otras palabras, que entonces se convierten en la preocupación principal de nuestros filósofos. Hay evidentemente una diferencia entre las palabras útiles y las palabras ociosas, palabras que cumplen un deber en nuestra vida diaria de trabajo y palabras que sólo existen en los seminarios de los filósofos, y también hay una distinción entre las definiciones de Sócrates y de Francis Bacon y las definiciones de nuestros escritores modernos. Shakespeare, que tenía el más íntimo sentimiento de la vida, lo pasó muy bien, por cierto, sin tratar de definir nada, o

más bien porque no trató de definir nada, y por esa razón sus palabras tenían un "cuerpo" de que carecían las de los otros escritores, y su lenguaje estaba imbuido de ese sentido de la tragedia y la grandeza humana que tan a menudo falta hoy. No podemos sujetar sus palabras a una función particular, tal como no podemos sujetarle a una concepción particular de la mujer. Porque en la naturaleza de las definiciones está esa misma tendencia a ahogar nuestros pensamientos y a privarlos de ese color resplandeciente, imaginativo, característico de la vida misma.

Pero si las palabras, por necesidad,

recortan nuestros pensamientos en el proceso de la expresión, el amor por un sistema es aun más fatal para quien quiere advertir agudamente la vida. Un sistema no es más que una bizca mirada a la vida, y cuanto más lógicamente se desarrolla ese sistema tanto más horrible se hace ese estrabismo mental. El deseo humano de ver solamente una fase de la verdad que percibimos, y de elevarla a un sistema lógico perfecto, es una de las razones por las cuales nuestra filosofía está destinada a ser cada vez más ajena a la vida. El que habla de la verdad, la lastima con ello; el que trata de demostrarla la mutila y la falsea; el que le pone una etiqueta de una escuela

de pensamiento, la mata; y quien se declara creyente la entierra. Por lo tanto, toda verdad que ha sido erigida en sistema está tres veces muerta y enterrada. La endecha que todos cantan en el funeral de la verdad es: "Yo tengo toda la razón y tú te equívocas del todo". No importa nada qué verdad entierren, pero es esencial que hagan el entierro. Porque así la verdad sufre a manos de sus defensores, y todas las facciones y todas las escuelas de filosofía, antiguas y modernas, se ocupan solamente de demostrar un punto: "Yo tengo toda la razón y tú te equivocas del todo." Los alemanes, con su Gründlichkeit, que escriben un pesado volumen para

demostrar una verdad limitada hasta que la han convertido en un absurdo, (

[\[78\]](#)) son quizá los peores pecadores, pero la misma enfermedad del pensamiento puede verse o notarse más o menos en casi todos los pensadores occidentales, y se hace peor y peor a medida que se ponen más abstractos.

Como resultado de esta lógica deshumanizada, tenemos la verdad deshumanizada. Tenemos hoy una filosofía que se ha hecho más extraña a la vida, que ha desconocido casi toda intención de enseñarnos el significado

de la vida y la sabiduría de la vida, una filosofía que ha perdido ese sentimiento íntimo de la vida, o ese conocimiento de la vida, de que hablamos como esencia misma de la filosofía. Este íntimo sentimiento de la vida es lo que William James ha llamado "el material de la experiencia". A medida que pasa el tiempo, creo, la filosofía y la lógica de William James se harán cada vez más devastadoras para la moderna manera de pensar en Occidente. Antes de que podamos humanizar la filosofía occidental, debemos humanizar la lógica occidental. Tenemos que volver a una manera de pensar que tenga más impaciencia por entrar en contacto con

la realidad, con la vida y, sobre todo, con la naturaleza humana, que por ser meramente correcta, lógica y consistente. Tenemos que reemplazar la enfermedad de pensar tipificada por el famoso descubrimiento de Descartes: "Pienso, luego existo", por la declaración más humana y más sensata de Walt Whitman: "Soy suficiente como soy". La vida o la existencia no tiene que ponerse de rodillas y pedir a la lógica que demuestre que existe, o que está allí.

William James pasó la vida tratando de demostrar y defender el modo chino de pensar, sin saberlo. Sólo hay esta diferencia: que si William James

hubiera sido chino, no habría escrito tantas palabras para argüir su posición, sino que la habría expuesto simplemente en un ensayo de trescientas o quinientas palabras; o en una nota de su diario, escrito en la holganza, habría dicho que así lo creía porque así era. Habría tenido timidez de las palabras mismas, por temor a que, cuantas más palabras usara, tanto mayor sería la probabilidad de que no se le comprendiera. Pero William James era un chino en cuanto estaba agudamente advertido de la vida y de las variedades de la experiencia humana, en su rebelión contra el racionalismo mecanista, su ansiedad por mantener constantemente fluido el

pensamiento, y su enojo con la gente que cree haber descubierto la única verdad importante, "absoluta" y universal, y haberla encerrado en un sistema acabado. Era chino, también, en su insistencia sobre la importancia del sentido artístico de la realidad perceptiva, sobre y contra la realidad conceptual. El filósofo es un hombre que mantiene sus sensibilidades en el más alto punto de foco, y contempla el flujo de la vida, pronto para quedar sorprendido por nuevas y extrañas paradojas, inconsistencias e inexplicables excepciones a la regla. En su negativa a aceptar un sistema, no porque sea incorrecto sino porque es un

sistema, echa a pique todas las escuelas de filosofía de Occidente. En verdad, como dice James, la diferencia entre la concepción monista y la concepción pluralista del universo, es una distinción muy fecunda en la historia de la filosofía. James ha hecho posible a la filosofía olvidar hermosos castillos en el aire y retornar a la vida misma.

Confucio dijo: "La verdad no puede abandonar a la naturaleza humana; si lo que se considera una verdad abandona la naturaleza humana, no se puede considerar que es una verdad". Y también dice, en una frase ingeniosa que podría haber salido de boca de James: "No es la verdad lo que hace grandes a

los hombres, sino los hombres los que hacen grande a la verdad." No, el mundo no es un silogismo o un argumento, es un ser: el universo no habla, vive; no discute: llega, y nada más. Lo ha dicho un escritor inglés bien dotado: "La razón es apenas un ítem del misterio; y detrás de la conciencia más orgullosa que jamás reinó, la razón y la extrañeza se sonrojaban frente a frente. Lo inevitable se enfrancia, en tanto que la duda y la esperanza son hermanas. No sin fortuna, el universo es silvestre, con sabor de caza, como el ala de, un halcón. La naturaleza es un milagro total: lo mismo no vuelve sino para ser diferente". Parece que los lógicos occidentales

necesitan precisamente un poco de humildad; su salvación radica en que alguien les cure de esa hegeliana hinchazón de la cabeza.

III. SED RAZONABLES

En contraste con la lógica existe el sentido común o, aun mejor, el Espíritu de lo Razonable. Creo que el Espíritu de lo Razonable es el ideal más alto y más cuerdo de la cultura humana, y el hombre razonable el tipo más alto del ser humano culto. Nadie puede ser perfecto; sólo se puede tender a constituir un ser agradable, razonable. En verdad, espero el día en que el

pueblo del mundo estará informado de este espíritu razonable, tanto en sus asuntos personales como en los nacionales. Las naciones razonables viven en paz, * y los maridos y esposas razonables viven con felicidad. En la selección de maridos para mis hijas sólo tendré un patrón: ¿es un hombre razonable? No podemos imaginar maridos y esposas perfectos, que jamás disputen; sólo podemos imaginar maridos y esposas razonables que disputen razonablemente y se reconcilien razonablemente. Sólo en un mundo de seres razonables podemos tener paz y felicidad. La Era Razonable, si alguna vez se produce, será la Edad

de la Paz. Será la edad en que predomine el Espíritu de lo Razonable.

El Espíritu de lo Razonable es lo mejor que puede ofrecer China a Occidente. No quiero decir que los señores de la guerra chinos sean razonables cuando cobran impuestos con cincuenta años de adelanto; sólo quiero decir que el Espíritu de lo Razonable es la esencia y el mejor aspecto de la civilización china. Vi accidentalmente confirmado este descubrimiento mío por dos norteamericanos que habían vivido largo tiempo en China. Uno, que estaba allí desde hacía treinta años, dijo que el fundamento de toda la vida social china está en la palabra *chiangli*, o sea: "hable

razonablemente". En una discusión entre chinos, el argumento final, decisivo, es: "Ahora bien, ¿es razonable esto?" y la censura peor y más común es la de que un hombre "pu chiangli", o sea, "no habla razonablemente". El hombre que admite ser "irrazonable" está ya vencido en la discusión.

He dicho en Mi patria y mi pueblo que: "Para un occidental, por— lo común es suficiente que una proposición sea lógicamente firme. Para un chino, no es suficiente que una proposición sea lógicamente correcta, sino que a la vez debe estar de acuerdo con la naturaleza humana. En realidad, estar «de acuerdo con la naturaleza humana», ser

chinch'ing (es decir, ser humano), es una consideración mayor que ser lógico." La palabra china por "razonabilidad" es ch'ingli, compuesta de dos elementos, ch'ing (jench'ing) (

[1791](#)) o naturaleza humana, y li (t'ienli) o razón eterna. Ch'ing representa el elemento flexible, humano, en tanto que li representa la ley inmutable del universo. Un hombre culto es quien comprende cabalmente el corazón humano y las leyes de las cosas. Si vive en armonía con los modos naturales del corazón humano y de la naturaleza, sostiene el confucianista que puede llegar a ser sabio. Pero entonces el

sabio no es más que una persona razonable, como Confucio, a quien se admite sobre todo por su llano sentido común y sus calidades humanas naturales, es decir, por su gran humanidad.

El pensamiento humanizado, es exactamente el pensamiento razonable. El hombre lógico es siempre recto y por lo tanto inhumano y por lo tanto está equivocado, en tanto que el hombre razonable sospecha que quizá se equivoque, y por lo tanto siempre está en lo cierto. El contraste entre el hombre razonable y el hombre lógico se

demuestra a menudo en las postdatas de las cartas. Me encantan las postdatas en las cartas de mis amigos, especialmente las que contradicen enteramente lo que se ha dicho en el cuerpo de la carta. Contienen todos los pensamientos razonables posteriores, las vacilaciones y los chispazos de ingenio y de sentido común. El pensador genial es el que, después de proceder empecinadamente a demostrar una proposición con argumentos de alto vuelo, llega de pronto a una intuición y, con un chispazo de sentido común, aniquila sus argumentos precedentes y admite que se ha equivocado. Esto es lo que llamo pensamiento humanizado.

Podemos imaginar una carta en que el hombre lógico habla en el cuerpo de la misma, y el hombre razonable, el espíritu verdaderamente humano, habla en la postdata. Acaso un padre escriba a su hija, que le ha estado pidiendo razones perfectamente valederas, "primero, segundo, tercero", por las cuales no puede enviarla al colegio, con una especie de lógica consecuente, acumulativa, irrefutable; razones como la de que ya tiene tres hijos que sostener en el colegio, que la madre enferma necesita alguien que la acompañe en casa, y otras más. Después de firmar, añade el padre apenas una línea: "Qué diablos, Julia, prepárate para ir al

colegio este otoño. No sé cómo, pero lo haré."

O imaginemos un marido que escribe a su esposa, anunciándole su decisión de pedir el divorcio, y dando una irrecusable serie de razones: primero, que su esposa le ha sido infiel; segundo, que jamás puede lograr que se le dé una Comida caliente cuando llega a casa, y otras más. Son razones perfectamente válidas, hasta justas, y si contrata a un abogado para que atienda el asunto, la lógica será aun más perfecta, y el tono más justo todavía. Pero después de escribir la carta, algo le ocurre en la mente, y garabatea una nota apenas legible: "Al diablo, Sofía querida, yo

tampoco soy muy santo. Iré a casa con un ramo de flores."

Si bien los argumentos en las dos cartas son perfectamente justos y válidos, es el hombre lógico quien habla en ellos, en tanto que en la postdata habla un espíritu verdaderamente humano: un padre humano y un marido humano. Porque el deber de la mente humana es tal que no se ve llamada a hacer un argumento estúpidamente lógico, sino que debe tratar de mantener un cuerdo equilibrio en un mar sin cesar cambiante de impulsos, sentimientos y deseos en conflicto. Y la verdad es tal en los asuntos humanos, que es verdaderamente aquello que deseamos

que lo sea. El argumento irrefutable puede ser rebatido siempre con algo de compasión, y la misma validez invalidada por el amor. En los asuntos humanos, a menudo el curso ilógico de la conducta es el más convincente. La misma ley admite que es incompleta su pretensión de justicia absoluta, cuando tiene que volver a menudo a la "interpretación razonable" de una cláusula, o cuando concede al jefe del poder ejecutivo la gracia del perdón, tan bien ejercido por Abraham Lincoln con el hijo de una madre.

El espíritu razonable humaniza todo nuestro pensamiento, y nos hace estar menos seguros de que estamos en lo

correcto. Tiende a redondear nuestras ideas y a atenuar los ángulos de nuestra conducta. Lo opuesto del espíritu razonable es el fanatismo y el dogmatismo de todas clases en el pensamiento y el comportamiento, en nuestra vida individual o nacional, en el matrimonio, la religión y la política. Sostengo que tenemos menos fanatismo y dogmatismo intelectuales en China. Si bien una multitud china es fácilmente excitable (la prueba está en los Boxers de 1900), el Espíritu de lo Razonable ha humanizado en grado sumo nuestra autocracia monárquica, nuestra religión y lo que se llamó "supresión de las mujeres". Todo esto se debe tomar con

ciertas reservas, pero de todos modos es cierto. Ese espíritu hace que nuestros emperadores, nuestros dioses, nuestros maridos, sean meramente seres humanos. El emperador chino no era un ser semidivino como el del Japón, y los historiadores chinos han desarrollado la teoría de que el emperador gobierna por un mandato del Cielo, y que cuando gobierna mal pierde ese "mandato celestial". Cuando gobierna mal le cortamos la cabeza, y hemos cortado la cabeza a demasiados reyes y emperadores de las muchas dinastías que surgieron y cayeron, para que creamos que son "divinos" o "semidivinos". Nuestros sabios no están

canonizados como dioses, sino que son mirados siempre como maestros de sabiduría, y nuestros dioses no son modelos de perfección, sino venales y corrompidos, y dispuestos a que se les halague y se les soborne, tal como nuestros funcionarios. Todo lo que va más allá de lo razonable es condenado inmediatamente como puch'in jench'ing ("que se mueve muy lejos de la naturaleza humana"), y un hombre que es demasiado santo o demasiado perfecto puede ser un traidor (

[\[80\]](#)) porque es psicológicamente anormal.

En la esfera de la política, hay algo terriblemente inhumano en la lógica de las mentes de los hombres y la conducta de los negocios en ciertos Estados de Europa. Y me atemoriza menos la teoría del fascismo y del comunismo que el espíritu fanático que las preña, y el método por el cual los hombres llevan empecinadamente sus teorías hacia absurdos lógicos. El resultado es una confusión de valores, una rara mezcolanza de la política con la antropología, el arte con la propaganda, el patriotismo con la ciencia, el gobierno con la religión y, sobre todo, un trastorno completo de la debida relación entre los derechos del Estado y

los derechos del individuo. Sólo una mente insana puede erigir en dios al Estado y hacer de él un fetiche que se traga el derecho del individuo a pensar y a sentir, y a buscar su felicidad.

El comunismo y el fascismo son productos de la misma mente. Ya lo dice Albery Pauphilet: "Ningún tipo de mente es tan parecido a la extrema derecha, como el de la extrema izquierda." Son características de ambos regímenes e idearios, primero, la creencia pura en la fuerza y el poder, que considero la manifestación más estúpida y hueca de la mente occidental, y segundo, la creencia en la necesidad lógica, porque, al fin y al cabo, el fascismo, tanto como

el comunismo, se basa en la dialéctica marxista, que está basada a su vez en la lógica de Hegel. ¡Ojalá alguien comprendiera cuánto sufre el hombre, en la primera mitad del siglo XX, por los pecados en lógica que cometieron sus padres hace un centenar de años.

En cierto sentido, podemos decir que Europa no está hoy regida por el espíritu razonable, ni siquiera por el espíritu de la razón, sino más bien por el espíritu del fanatismo. Mirar el cuadro de Europa de hoy produce una sensación de nerviosidad, una nerviosidad que no nace tanto de la simple presencia de conflictos de propósitos nacionales y fronteras de Estados y reivindicaciones

coloniales, pues para eso bastaría el espíritu de la razón, sino de la condición de ánimo de los hombres que son los gobernantes de Europa. Es como entrar en automóvil en una ciudad extraña y sentir una repentina desconfianza del conductor. No es tan malo que el conductor parezca no estar enterado del plano de la ciudad y no nos pueda llevar a destino por la ruta mejor; más alarmante es cuando el pasajero oye que el conductor habla incoherentemente, y empieza a sospechar de su sobriedad. Esta nerviosidad aumenta, decididamente, cuando el conductor ebrio está armado de revólver, y el pasajero no tiene probabilidades de

escapar. Tiene una razón para creer que esta caricatura de la mente humana no es la mente humana misma; que se trata de aberraciones, de meros momentos de demencia temporal, que desaparecerán como todas las olas de peste. Tiene una razón para expresar su confianza en las capacidades de la mente humana, para creer que la mente humana mortal, limitada como es, en realidad es algo infinitamente más alto que el intelecto de los temerarios conductores de Europa, y que eventualmente podremos vivir pacíficamente porque habremos aprendido a pensar razonablemente.

APÉNDICE A CIERTOS NOMBRES CHINOS

Los estudiosos o sabios chinos tienen siempre varios nombres: un nombre personal (ming), un nombre literario o de cortesía (tse) y un nombre de fantasía (hao), que se han dado ellos mismos o les han dado los demás. En el curso de la vida, a medida que se desarrolla su gusto o se ahonda su sabiduría, se encaprichan a menudo con cierta palabra o frase preñada de significado, y se dan otro nombre para indicar su progreso espiritual o una experiencia particular y significativa: por eso una persona puede tener varios

hao o nombres de fantasía. Además, a menudo se llama a una persona ilustre con el nombre de su lugar natal, y a los grandes se les confiere títulos postumos. De ahí proviene la sorprendente confusión de nombres para quienes quieren estudiar la historia y la literatura chinas. Es imposible atenerse consecuentemente a los nombres personales o a los nombres literarios en este libro, porque ello no sería natural ni aconsejable. Algunos personajes son más conocidos por sus nombres de fantasía, y otros por sus apellidos; estas cosas ocurren así, y lo natural es utilizar el nombre que constituya la forma más común de referencia en chino. Si el

autor llama Mi Fei a Mi Fei, tendrá que llamar, para ser consecuente, Su Shih a Su Tungp'o, o Lí Chi a Li Chowu, cosas que no se hacen, sencillamente. Y nadie, naturalmente, puede llamar K'ung Ch'iu a Confucio, o Li Erh a Laotsé, si ha de ser consecuente.

Por eso se ha hecho la siguiente tabla de referencias, que no tiene pretensiones de ser completa, sino que da solamente las personas históricas más importantes a que se hace referencia en este libro. He creído conveniente dar también las fechas. Los apellidos están en mayúsculas. El asterisco indica el nombre que se usa comúnmente en el libro.

Según la costumbre china, el apellido está antes que el nombre de pila.

APELLIDO Y NOMBRE —
NOMBRE LITERARIO — NOMBRE
DE FANTASÍA, ETC. — DATA

CHANG Tai *

Tsungtsé

T"ao-an Apr. 1600

CHANG Ch'ao *

Shanlai

Hsintsai Apr. 1676

CH'EN Chiju *

Chunghsün

Meikung * 1558-1639

CH'EN Yün

Suchen

1763-1803

CHENG Hsieh

K'ehjon

Panch'iao * (Puente de Madera)

1693-1765

CHENG Hsüan

K'angch'eng * 127-200

CHIANG T'an*

Aich'ing

1ª mitad s XIX

CHIN Wei

Jenjuí

Shengt'an * (El Suspiro de los
Sabios m. 1661

CHUANG Chou

Tschuangtsé *, Ch'iyuan m. apr.
275a.c.

HSIEH Lingyün *

K'anglo 385-433?

W HSÜ Wei w

Wench'ang *

Ch'ingt'en (El Hombre de la
Montaña de Viña

Verde") 1521-1593

HUANG T'ingchien

Luchih

Shanku * (Recluso del Valle) 1045-
1105

KUAN Ing

Ch'iufu *

1ª mitad s XIX

K'UNG Chí

Tsessé *

492-431AC AC

K'UNG Ch'in

Chungni

K'ungfutsé, Confucio* (Maestro
Kung) 551-479 AC

U Chih

Chowu *

Wenling apr. 1567

LI Ch'ingchao *

Yi-an * (Recluso de Paz y Quietud)
1081-1141

LI Erh

Jan

Laotsé*, Laojan 571?-¿ AC

LI Yü

Liweng * (Anciano con Sombrero de Bambú) 1611-1679

LI Po*

T'aipo

Ch'inglien (Loto Verde) 701-762

LIN Pu

Chünfu

Hoching * Paz y Quietud, póstumo)

967-1028

LIU Tsungyüan *

Tsehou

Liuchou (rango oficial) 773-819

MAO Hsiang

Pkhiang *

Ch'aomin (Morador de Caverna)

1611-1693

MI Fei

Yüanchang

Mi Tiene (Mi el Chiflado,

sobrenombre

1051-1107

MENG K'ó

Tseyü

Mengtsé, Mencio

372-289 AC

PO (PAI) Chüyi

Lot'ien

Hsiangshan

772-846

SHEN Fu

Sanpo

1763-desp.1808

SU Shih

Tsechan

Tungp'ó (Recluso de la Colina
Oriental)

1036-1101

SSEMA Ch'ien

Tsech'ang

T'aishihkung (Gran Historiador)

145-desp. 85 AC

T'AO Ch'ien

Yüanming

Liangchieh (Brillante Integridad,
póstumo)

372-427

TU Fu

Tsemei

Kungpu (rango oficial)

712-770

T'U Lung

Ch'angch'ing

Ch'ihshui

aprox. 1592

WANG Anshih

Cheihfu

Chingkuang

1021-1086

WANG Ch'ung

Chungjen

27— desp. 107

WANG Hsichih

Yishao

Yuchün (Rango oficial)

321-379

YEN Huei

Tseyen

521-490 AC

YEN Yüan

Yishih

Hsitsai

1635-1704

YÜAN Hungtao

Chunglang

Shihkung

(Maestro Roca)

aprox. 1600

YÜAN Mei

Tsets'ai

Shiyüan (Que sea Jardín)

1716-1797

YÜAN Tsi

Tsetsung

Puping (rango militar)

APÉNDICE B UN VOCABULARIO CRÍTICO CHINO

En mis esfuerzos por traducir literatura china, por ejemplo en la traducción de Los epigramas de Chang Ch'ao, me he encontrado constantemente con frases o términos que son muy difíciles de verter a los idiomas occidentales. Esto me ha hecho pensar que quizá sería útil e ilustrativa una lista de los términos críticos chinos, con comentarios explicativos. Será ilustrativa también porque los críticos chinos parecen haber logrado una

técnica para el goce de la naturaleza y el arte y la literatura, y un examen de su vocabulario crítico revelará esta técnica y sus sentimientos estéticos acerca de las cosas. Se ve uno obligado a escribir mal en otro idioma cuando trata de expresar ideas o nociones estéticas chinas, como por ejemplo cuando se habla de "gozar la nieve", "cantar el viento", "esperar la luna", "jugar agua", "enfrentar vino", "dormir flores", "recorrer la luna", "recorrer la primavera", "almohadonar agua", "viajar postrado", y otras más. Es preciso explicar que "esperar la luna" quiere decir que se sale al patio después de la comida para mirar a la luna, pero no ha

salido y hay que esperarla, o que "viajar postrado" significa emprender un viaje mental mientras se está en cama. Y cuando se habla de "la luna suspendida en el rincón del techo", o "sobre las copas de los árboles", es claro que la frase es una figura. Pero hay ideas más abstractas y esquivas, más difíciles de traducir, como, por ejemplo, cuando un artista habla de los "cinco grados de ch'ing" (pureza) y dice: "puro e inspirado", cuando mira la luna sobre las colinas y le desagrada la vida llena de ocupaciones y piensa convertirse en un recluso; "puro y encantador", cuando uno tiene libros en el estudio y flores bien arregladas en un jarrón; "puro y

pobre", cuando está algo triste y solitario, cuando vive en un triste valle y le han olvidado los parientes; "puro y loco", cuando le gustan los lugares escondidos y las personas y los libros raros; y "puro y raro", cuando ha leído los clásicos de todas las edades y se encuentra a sus anchas entre peñas y manantiales, y "sus escritos huelen a bruma y nubes coloreadas, y su conducta está muy alejada del polvo del mundo que trabaja".

En lo que sigue trato de interpretar brevemente algunas de esas nociones estéticas, bajo siete títulos. Primero, las emociones y personalidad del hombre; segundo, nociones estéticas que se

extraen de los objetos físicos en general; tercero, tipos de belleza característicos de la primavera; cuarto, tipos de belleza característicos del verano; quinto, tipos de belleza característicos del otoño; sexto, tipos de belleza característicos del invierno; séptimo, la belleza de la naturalidad perfecta, que es la más alta forma de belleza asequible para los artistas humanos. Claro es que la lista está muy distante de ser completa, y se refiere principalmente a las ideas estéticas más características. Pero si bien un estudio intenso de este vocabulario crítico aumentará la comprensión y el goce de las pinturas chinas, una gran mayoría de los términos

tienen también connotaciones morales. Todas las personalidades humanas pueden ser descritas en términos estéticos, y lo suelen ser en idioma chino. (
[\[81\]](#))

I. EL ARTISTA QUE PERCIBE

Toda la pintura, toda la poesía y todo el arte se basan en dos elementos, que se llaman, en chino, ching (N° 31) o escena, el cuadro; y ch'ing (N° 16), o el sentimiento o el ánimo del hombre.

A. expresiones RELATIVAS AL ESTILO DEL HOMBRE Y A LOS ENCANTOS ESPECÍFICOS DE LA CULTURA:

1. yün: significaba originalmente rima, ahora significa encanto. Se dice que un hombre sin encanto no tiene yün. Se la usa en unión de la palabra N° 2 en la frase fengyü, o "encanto del viento", que significa "encanto de la atmósfera", o "estilo". En combinación con ch'i, en la frase ch'iyün (ch'i, N° 40, significa "atmósfera"), expresa el fin supremo de los pintores chinos, "vitalidad rítmica".

2. fen: viento o estilo. Fengtiao significa el "estilo" de una persona o de una obra de arte. Fengyueh ("viento y

luna") significa "temas sentimentales".
Fengkeh significa "estilo y carácter".

3. tiao: tono o estilo, según se explica en N° 2, en fengtiao.

4. t'ai: expresión de un hombre o una mujer, particularmente en la frase tset'ai o t'aitu, que significa "actitud" física o espiritual.

5. tse: encanto de expresión, especialmente de una mujer atrayente, pero también de un escrito gracioso.

6. chih: intraducible, significa originalmente "líneas bellas y delicadas"; y ahora: "la cualidad de ser interesante para que se la mire", también "belleza", "sabor", "encanto caprichoso", "encanto delicado".

Cuando un hombre o un escrito tiene un delicado encanto, decimos que tiene chih o fengchih. Muy aproximado al N° 19.

7. ya: refinado, elegante, no vulgar, exquisito. Ya jen significa un sabio encantador o culto. En general, ya contrasta con shu, o vulgar. Cuando se bebe té en un manantial famoso, sentado en una peña con los pies descalzos, se dice que esto es ya. Esta elegancia es siempre de buena crianza; wenyu, erhya, significan elegancia de buena crianza.

8. sao; poético, sentimental. Se llama saojen o "persona sentimental", al poeta. Fengsao significa "amoroso".

9. ye romántico, separado de la vida,

fugitivo, ocioso. Uno puede ser ch'ingyi, o "puro y romántico", kaoyi o "elevado y romántico", kfuangyi o "expansivo y romántico". Esta es la cualidad de la gente que ya ha visto la vida y comienza a tomarla cómodamente, holgadamente. Es también una importante cualidad en la pintura. Quede entendido que todas las palabras de esta lista pueden usarse indiferentemente como sustantivos o adjetivos, y a veces como verbos. Ch'aoyi es "ser superior", o "planear por encima del hombre común", o "ser eminente".

10. ta: la cualidad de comprensión y la consiguiente capacidad de tomar las cosas a la ligera. Un hombre que toma

todo demasiado en serio o está demasiado enfrascado en los negocios, "no es ta" o "pu-ta". Takuan significa "haber visto a través de la vida", lo cual permite al hombre ser menos ambicioso y soportar las desventajas temporales o la oscuridad y la pobreza. Pero ta no significa necesariamente "escape"; significa sencillamente "comprensión". Uno puede significar "ta el corazón humano", o "los caminos del mundo". Asimismo, tach'ing representa el más alto ideal de la moral y la filosofía política confucianas, y significa "permitir a los hombres y mujeres que satisfagan sus emociones o sentimientos.

11. t'ung: similar en su significado a

ta, con variaciones específicas. T'ungta significa "tener comprensión*" del corazón humano, o de cualquier objeto particular. Un hombre que tiene comprensión se llama t'ungjen o tajen, indistintamente; t'ungjen se refiere específicamente también a un hombre que ha leído mucho y pensado cabalmente en las cosas. Originalmente, t'ung significa "atravesar" o "tener el paso libre". Se dice del hombre estúpido que "tiene el paso obstruido en el estómago o los intestinos". Es interesante notar que ser t'ung se considera en general el criterio y el verdadero fin de la educación. Solemos preguntar: "¿Ha leído Fulano sus libros

t'ung⁷", "¿Es ya t'ung lo que escribe?", con lo cual se quiere saber si Fulano ha llegado al punto en que tiene las ideas en orden y ha adoptado una actitud inteligente con respecto a las cosas. Por ende, un trozo literario que demuestre pensamientos confusos o ideas superficiales o complicadas o no responde al idioma en sus términos, no es "t'ung", o sea "put'ung". Esta es la cualidad de la confusión mental. En cambio, el hombre que ha pensado bien las cosas, y, por lo tanto, puede tomarlas a la ligera, o que demuestra rápida comprensión, es t'ungt'uo (pues t'uo significa "echar").

B. con RELACIÓN AL TALENTO

O CARÁCTER O ESPÍRITU:

12. ts'ai: talento, capacidad innata.

La noción deriva originariamente de "madera", de la que se hacen vasijas. Hay diferentes clases de talento, o sea talento poético (tuats'ai). Ch'ingts'ai o "talento puro" corresponde a la voz "talento", y ch'its'ai o "talento raro" corresponde casi al término "genio", que se expresa también como tients'ai o "talento celestial". Tsaitse, "un hombre talentoso", es una noción importante si acompaña a chiajen o "una mujer hermosa". La idea es que un sabio talentoso debe estar acompañado por una mujer bella. Tsaitiao significa "talento y estilo". Ts'aich'i (ch'i: vasija)

quiere decir "talento con respecto a la competencia" para tareas grandes o pequeñas. Un hombre cuyo ts'aích'i es pequeño no está calificado para grandes tareas, y no podrá obtenerlas o retenerlas, sencillamente por las deficiencias de su carácter.

13. p'in: carácter, personalidad, grado, cualidad. Un pintor debe tener buen jemp'in, o "personalidad humana". P'inkeh significa "carácter moral". P'in es también un verbo: "p'in té" es probar su sabor, o sencillamente beberlo en forma tranquila y ociosa. Más explicaciones se dan en la sección "El arte como juego y personalidad".

14. shen: espíritu. Cuando un hombre

o un trozo literario carece de espíritu o expresión, se dice que le falta shents'ai ("espíritu y color"). Shench'i significa "espíritu y fuerza", o "expresión de fuerza", o "dignidad". Hubo una escuela de poesía llamada "la escuela de shenyün" que destacaba las condiciones fugaces del encanto y del espíritu. Se dice que tiene shenyün un hombre o una mujer de espíritu encantador.

C. con RELACIÓN A LAS EMOCIONES Y SENTIMIENTOS HUMANOS:

15. yt; modo, inclinación, intención. Se dice que es piyi o "intención del pincel", la intención del pintor o el calígrafo, o su concepto general previo a

la labor del pincel. Se atribuye a menudo esta "intención" a la naturaleza, como cuando decimos "los cielos tienen yüyi" o "intención de llover; o que "hay un ch'iuyi, intención, o espíritu de otoño", cuando al terminar el verano sentimos que refresca el aire y las hojas empiezan a amarillear. Similarmente, hay ch'unyi o "intención de primavera" cuando comienza a desleírse el hielo y las plantas se aprontan para brotar.

16. ch'ing: sentimiento, pasión, amor, simpatía, sentimiento amistoso. Poder comprender a la gente o al corazón humano es "conocer jench'ing o los sentimientos humanos". Un hombre inhumano, austero en exceso, o ascético,

es puchin jench'ing, o sea que "ha abandonado la naturaleza humana o los sentimientos humanos". Toda filosofía que se ha separado de los sentimientos humanos es una falsa filosofía, y todo régimen político que vaya contra los instintos humanos naturales, religiosos, sexuales, o sociales, está condenado al fracaso. Un trozo literario debe tener, a la vez, belleza de lenguaje y belleza de sentimiento (wen ch'ing ping mou). Se dice que es wuch'ing o que "no tiene corazón", el hombre frío, o duro, o desleal. Es un gusano, o "tiene el corazón y los intestinos hechos de hierro y piedra".

17. ch'ang: intestinos, sentimientos,

emociones. De la persona muy triste se dice que tiene "los intestinos rotos", o "atados en cien nudos". Los intestinos son anchos o estrechos, según sea generoso o mezquino el hombre. Del hombre cuyas ideas se agotan, y se detiene constantemente mientras escribe, se dice que tiene "intestinos secos".

18. hsing: inspiración, ánimo feliz, entusiasmo por hacer algo. Se puede tener shih-hsing o "ánimo de poesías", o chiuhsing, "ánimo de beber".

19. ch'ü: interesante, con sabor, la cualidad de ser interesante para quien mire. Una escena o un hombre poseen o carecen de este ch'ü. En particular, ch'ü denota un placer artístico, como beber

té, o contemplar las nubes. Se dice de una persona vulgar que "no comprende ch'ü.

20. sse: pensamiento, anhelo, idea. Al juzgar algo escrito, decimos que es bueno o malo el wensse del autor, o "el flujo de sus pensamientos", o "ideas literarias". Puede uno tener "pensamientos o sentimientos de primavera" (ch'unsse). o "pensamientos o sentimientos de otoño" (ch'iusse),

21. mu

22. yüan

23. lien

24. hen

25. hsi

íntimamente relacionados con esta

noción de sse, están varios sentimientos peculiares y diferentes. Mu, amante admiración, anhelo desde una distancia; yüan, inquietud, queja, odio; y particularmente tres palabras encantadoras: lien, piedad, tierno amor, amor por lo que es pequeño y hermoso; hen, pesar, exasperación, odio por lo amado. asi', ser tierno, ser cuidadoso en los gastos, preocuparse por el temor de que algo se vaya o se pierda. Todos estos verbos se pueden emplear con referencia a mujeres, niños, flores o la primavera. Así, se puede decir que uno "odia a la primavera" por ser tan breve; que "lamenta la primavera", por llegar tan tarde; "economiza la primavera",

para que no se pierda; o "se aflige por la primavera", que significa caer con "fiebre d primavera", o sentirse solo y triste, o anhelar al amado ausente.

D. algunas IDEAS GENERALES ACERCA DE LA CULTURA:

26. fu: suerte, felicidad predestinada. Se supone que todo hombre tiene al nacer una cantidad determinada de suerte, que se le concede para que la goce, y algunos tienen más que otros. Se dice del hombre cuyos hijos mueren jóvenes, o del que posee una hermosa casa en el campo pero no puede vivir en ella, que "no tiene suerte para gozarla". En cambio, del hombre que goza mucho, o que goza

desordenadamente, o que goza lo que no es debido, como, por ejemplo, cuando le hace una reverencia un caballero más anciano que él, se dice que con ello chehfu, o que "reduce su suerte", o abrevia **su** vida.

27. yüan: una feliz predestinación, el matrimonio predestinado. Un hombre puede desear su enlace con una joven, pero a menos que tenga yüan o yinyüan no lo conseguirá jamás. Otras personas, con este yinyüan, se enamoran a primera vista y se casan a pesar de todos los obstáculos. Un yüanchia (yüan escrito con otro carácter) significa "enemigo predestinado": es decir, amante.

28. shih: juicio, discernimiento,

gusto. Esto se halla en contraste con el simple estudio o aprendizaje: hsüeh. Un hombre culto y erudito pero sin discernimiento o juicio o buen gusto en el conocimiento es un tipo inferior de estudioso, como se explica en la sección "Buen Gusto en el Conocimiento". Aparece también en la frase shihchien, o chientsih, que significa lo mismo.

29. Too, el Camino, verdad, religión: intraducible en realidad. Este es el Tao del taoísmo, que significa en general los caminos o las leyes de la naturaleza misma, y el objeto de la sabiduría humana es estar de acuerdo con el Too, o los caminos y las leyes de la Naturaleza, y vivir en armonía con

ellos. Un hombre que logra este feliz estado "ha logrado el Tao", o tehtao. Muy ligado con tehtao está tseteh, o "haberse encontrado a uno mismo". Quien ha encontrado el Tao se encuentra también a sí mismo con ello. Tseteh, o "haberse encontrado uno mismo", significa ser feliz.

En contraste con estas cualidades cultas, hay unas pocas que expresan desaprobación y que merecen ser mencionadas. Algunas son: fu (podrido, mohoso), yü (camisa de fuerza), suan (agrio), todas ellas relativas al doctrinario o al que sigue como un esclavo las reglas y convenciones; suan, o "agrio", en particular, se refiere a la

pedantería. Pan (de madera), chih (recto) y tao (estancado) se refieren a la "tiesura de estilo o de conducta". Lu (que se pronuncia comúnmente lou en Pekín, y significa "expuesto") se refiere a la "sencillez no artística en la escritura, la pintura o la diplomacia". Del buen pugilista se dice que no es lou, o pulou, es decir, que no deja que los demás sepan cuan bueno es hasta que llega la oportunidad de poner en juego toda su habilidad. La primera condición en el entrenamiento de un boxeador es "no mostrarse fanfarrón". Fou, de la idea de "flotar en el agua", significa superficialidad más inestabilidad, falta de profundidad y falta de seriedad. Lou,

shu, p'i, son términos comunes por "vulgaridad" en contraste con ya, "refinamiento" o "elegancia". Esto parece referirse especialmente al estado inculto, como la tierra sin desbrozar, según aparece en la frase de un sabio Chin: "Después de no haber visto por tres días a cierto amigo culto, el p'ilou de uno, o sea la vulgaridad, brota de nuevo".

II. NOCIONES ESTÉTICAS

DERIVADAS DE OBJETOS FÍSICOS EN GENERAL

30. wen: originalmente "granos de guijarros, rizos en el agua, ondeadas

líneas de objetos (por ejemplo, del brocado)"; significa ahora "literatura". La idea fundamental es la de las líneas naturales del movimiento, o la belleza de las líneas y la forma, y cuando se aplica a lo escrito se refiere al movimiento de los pensamientos y el lenguaje del autor. También hablamos de "remolinos" y "remansos" de la composición literaria (wen-chang p'olan), para describir la curiosa repetición y dobleces y vuelcos de los pensamientos del autor. Además, existe la idea del adorno o refinamiento, contenida en la idea del "vestido", y particularmente del brocado o el bordado. En relación con wen, la idea

de tsao, "berro", se refiere a los "embellecimientos" o a las "bellezas intrínsecas" del lenguaje de un escritor.

31. ching: un cuadro, una escena, especialmente una escena hermosa, como las nubes de verano o las estrellas de noche. La idea del "cuadro" es sumamente subjetiva, y recibe su encanto de los pensamientos y sentimientos humanos. Si uno decide ver una cosa como un cuadro, ésta se convierte en un cuadro. Una narración de la convalecencia, o de una tormenta en el mar, es a menudo más hermosa que la experiencia misma.

32. kuang: luz. Es ésta una cualidad esquiva, por ejemplo: "la luz del agua",

o la "luz de primavera". Está relacionada con lo siguiente.

33. ts'ai: color, un grupo de colores brillantes: brillantez. Lo que se escribe puede carecer de brillantez, o kuants'ai. Es claro que se puede tener "brillantez literaria", "brillantez moral" ("virtud resplandeciente") y brillantez en la cualidad de la tinta y el pigmento en una pintura.

34. wei: sabor, perfume. El buen sabor es lo que resulta bueno para "rumiar"; es "profundo y largo", y generalmente suave. Un libro o una frase superficial carece, pues, de wei, porque no resistirá que se la "rumie". Hweiwei, o "sabor de vuelta" o "sabor de retorno",

es lo que se siente un rato después de comer aceitunas o saborear el té. Un hombre puede carecer de "sabor" (o ser poco interesante) y la amistad puede oler dulcemente.

35. ying: sombra, imagen en un espejo, reflejo en el agua; algo que sugiere el original. En la novela Sueño de la cámara roja, ciertas doncellas son las sombras, yingtse, de ciertas mozas de la clase superior, iguales en calidad, como flores pequeñas junto a las flores principales en un jarrón. Se dice también que un personaje de novela es la "sombra" de la persona verdadera, su original.

36. ching: un estado, condición,

particularmente de vivir y tal como lo siente la persona; atmósfera creada en un cuadro o un poema; a menudo chingchieh. Yiching (yi, N° 15), literalmente "condición de la mente", es un estado de ánimo o un ambiente creado por el arte, que es de gran importancia en la poesía; también se lo expresa por shenching, o literalmente "atmósfera espiritual".

37. U: razón, orden íntimo, forma íntima, naturaleza íntima de las cosas. Los pintores subjetivos (particularmente de la Dinastía Sung) solían acentuar este U. Intimamente vinculado con wen (N° 30), especialmente en la frase wenli (también es el nombre del idioma

clásico), en que wen denota la forma y U denota la sustancia del pensamiento, o su movimiento.

38. t'i: cuerpo, literal y figuradamente, forma general, armazón, estructura.

39. ku: hueso, esqueleto, ser interior, en contraste con los aspectos temporales. Lo importante es lo que tiene un hombre "dentro de los huesos", es decir, como demócrata o aristócrata, o hedonista. La filosofía íntima o la actitud de un escritor es lo que da "los huesos" a su obra, y un escritor superficial que toca temas triviales puede carecer de "huesos". En caligrafía, ku o kuchia significa el

armazón básico, o el patrón de los caracteres, contenido en unos pocos trazos principales y que sirven de apoyo a los demás.

40. ch'i: espíritu, fuerza, éter, gas, atmósfera general. Hay ch'unch'i (espíritu o atmósfera de primavera), chiuchi (espíritu o atmósfera de otoño), y un anciano puede tener laoch'i si trata con demasiada frecuencia de recordar a la gente su edad y su autoridad. Como el espíritu de las estaciones, el ch'i de una dinastía reinante puede dominar y desvanecerse; cuando declina este ch'i, todo marcha mal: por ejemplo, quizá no haya herederos. Yiianch'i significa "fuerza vital" en el universo y en el

individuo, y sería conveniente nutrirla o buscarla. Se dice que una obra maestra literaria o artística ha robado los secretos de la naturaleza, con lo cual hay un escape del yianch'i", y es cosa que no se debe intentar con demasiada frecuencia. En relación con yün (destino, suerte), ch'iyün, o el destino dominante de una persona o una casa, es algo que "gira", precipitando diferentes acontecimientos en diferentes momentos dados (ver también bajo el N° 1). Así, un hombre puede tener ts'aich'i (ch'i del dinero) bueno o malo para un año cualquiera, y ese destino determina si va a ganar o a perder dinero. Tanto en el confucianismo como en el taoísmo existe

la importante enseñanza de yuangch'i, o "nutrir este ch'i". siendo bondadoso, o generoso, o no trabajando de más, no hablando de más.

41. li: energía, fuerza. Una pintura o una obra literaria puede tener o puede carecer de energía, que se demuestra en fuerza, expresada como ch'ili.

42. shih: gesto, postura, posición social, formación de batalla, aquello que da ventajas de posición en cualquier lucha. Esta noción es extremadamente importante y se vincula con todas las formas de belleza dinámica, contra la simple belleza de equilibrio estático. Así, una roca puede tener una "postura de roca", una rama extendida tiene su

postura de rama (que puede ser buena o mala, elegante u ordinaria); y también hay "postura de golpe", "postura de carácter" y "postura de pincel", en la escritura y la pintura, y "postura de una colina", "postura de una nube", etc. Una colina que tiene un gesto abrazador o cercador (huanpao) es elegante. Se concibe una situación como estática, en tanto que un shih denota lo que va a ser la situación, o "la forma en que parece que ha de ser"; se habla del shih del viento, la lluvia, la inundación o la batalla, como de las apariencias que presentan el viento, la lluvia, la inundación o la batalla para el futuro, si aumentará o disminuirá su fuerza, si

cesará pronto o continuará indefinidamente, si ganará o perderá, en qué dirección, con cuánta fuerza, etc.

III. TIPOS DE BELLEZA

CARACTERÍSTICA DE PRIMAVERA

De todos los tipos de belleza comúnmente asociados con las diferentes estaciones, los de la primavera y el verano son comparativamente menos llamativos y peculiares, como nociones estéticas, que los del otoño y el invierno. Casi todas estas palabras se emplean indiferentemente como adjetivos y sustantivos.

43. ming: brillante (una luna brillante, una mujer brillantemente vestida). Hablamos de "brillantes colinas y aguas graciosas", shan ming shui hsiu. Ver mei, debajo.

44. mei: seductivo, incitante, belleza de la suavidad. Esta cualidad se aplica frecuentemente a las mujeres, la luna y las flores, y hasta a los ríos. "Cuando las rocas contienen jade, la colina se hace huí (resplandeciente); y cuando el agua contiene perlas, el río se hace mei (incitante) ", según Lu Chi.

45. chiao: hermoso y desvalido, incitante: algo similar a la palabra anterior, mei.

46. hsiu: delicado, gracioso, delicado y bello. Un tipo de belleza simbolizado por el bambú. Una niña o una mujer debe tener, sobre todo, un "aire de delicadeza", o hsiuch'i. Para la mujer sin este aire de delicadeza (por ejemplo, la que habla en voz muy alta), todo el tiempo que pase en un salón de belleza es tiempo perdido. Nada se puede hacer con una mujer de voz poderosa. Algunas clases de árboles y ríos tienen también esta delicada belleza.

47. yen: sonriente, elegantemente bonito: casi siempre se dice de las flores, pero también de las mujeres, el agua o las colinas.

48. yen: voluptuoso, gloriosamente bello, pasmosamente bello, apasionado. Por ejemplo, la peonía, Mae West.

49. lun: lustroso, terso al tacto, suave en la garganta, nutritivo en cuanto a líquidos, no áspero. Se dice, así, del color o la luz del buen jade que es lun, o lustroso. Como verbo, la lluvia lun, o nutre los campos, y la sopa de almendras nutre la garganta. Un bosque recién bañado por la lluvia es kuanglun, o brillante y lustroso. Esta es una cualidad atmosférica.

50. ling (huo, shengch'i, shengtung): vitalidad característica de la primavera. Un cuadro es linghuo cuando es vitalmente animado. El exceso de

material en la composición impide esta cualidad. De ahí proviene la importante noción de k'ungling, "vacío y vivo", una cualidad a que se tiende en las buenas pinturas y en las colecciones de rocas, mediante el uso generoso del espacio.

IV. TIPOS DE BELLEZA CARACTERÍSTICA DEL VERANO

En general, el verano sugiere algo lujurante y lleno de poder. Algunas de las ideas clasificadas bajo el título de verano, como ch'i, tsiao (Nos. 57, 59), pueden pertenecer también al otoño.

51. hua: florido, esplendor floral. El "Reino Florido". Se dice de una bonita composición, que no tiene sustancia, que

es "florida sin semillas", pues "semillas" se asocia con la cosecha de otoño (ver N° 72).

52. mou: rico, lujuriente: de árboles, bosques, y sentimientos.

53. ch'ang: lujuriente, de fuerza en la expresión, que **da** un goce pleno. Originalmente se refiere a las plantas, y ahora a las composiciones literarias. Estas composiciones ch'ang pueden curar el dolor de cabeza, como se decía de la filípica de Ch'en Lin. Se siente el placer del alivio cuando quedan satisfechos los intestinos y bien expresados los sentimientos.

54. ivei: grande, grandioso, en el sentido común de estos términos. Esta

palabra y las cuatro que siguen son utilizadas juntas, por lo común, en diversas combinaciones.

55. hun: total, fuerte, macizo: de la escritura que es honda y madura, y de la labor de pincel que es maciza.

56. hsiung: heroico, poderoso, majestuoso.

57. ch'i: raro: en realidad, una palabra intraducible. Literalmente, significa "notable", "extraño", "extraordinario", pero tiene asociaciones definidas, que no se expresan cabalmente con la voz "notable". Debe haber junto con ella un amor subjetivo hacia lo inusitado, lo anticonvencional y lo inasequible para

los hombres comunes. Un ch'ishu es más que un libro notable: es una de las pocas obras maestras del mundo que no pueden tener paralelo. "Raro" es el término más cercano. Cansados de los engaños del mundo y del común de los hombres y las cosas, estamos siempre a la busca de libros, rocas, picos, flores, perfumes, delicadeza, joyas, curiosidades, etc., que sean ch'i o "raros".

58. chung: fuerte, poderoso. La combinación peichung. "triste y fuerte", denota un modo trágico.

59. ts'iao: empinado, áspero, abrupto: se dice de los panoramas y de la manera literaria.

60. mei: literalmente, "peligroso",

pero en realidad "pasmoso". Así, un frágil puente a través de una garganta o un precipicio que cae a pico, es mei. o sea que causa encanto y temor mirarlo,

61. bao (fang): el modo caballeresco, libre y despreocupado, desembarazado. Se distinguen dos tipos de manera poética: el haofang o romántico, que es el expansivo estilo de Li Po, y el wanyüeh, que es el estilo sereno, continente, de Tu Fu. A este respecto, hay muchas expresiones de frecuente uso en las biografías chinas para el elogio de las personas románticas: t'it'ang ("inconvencional"), t'ung't'uo ("emancipado"), puchi ("sin freno"), etc. Un poeta o escritor que

escribe con todo el vuelo y la maestría de su capacidad es comparado a "un caballo celestial que galopa en el cielo".

V: TIPOS DE BELLEZA CARACTERÍSTICA DEL OTOÑO

En general, la estación del otoño significa sencillez, madurez y conservación; en contraste con el verano lujuriente, la escena otoñal indica lo delgado y quebradizo en el éter, y la frescura penetrante, pero vivificante, del viento de otoño. Aquí, la imagen de una clara luna de otoño y de un tentador lago de otoño desempeña indudablemente un papel importante. El otoño sugiere también el ánimo trágico. Se presume

que en otoño uno ha dejado atrás ya la exuberancia del verano y comenzado a amar la sencillez, la paz y el contento. Como el labrador, ya no trabaja uno la tierra ni corre por los campos bajo el sol ardiente, sino que comienza a recoger y a contar lo que ha recogido. ¡Ah, si pudiéramos aprender a vivir en armonía con el ritmo de la naturaleza! Pero no lo hacemos. Queremos correr siempre bajo el sol ardiente.

El sentimiento que inspira la lóbrega belleza del otoño fue perfectamente expresado por uno de los grandes dramaturgos Yüan:

Viñas secas, viejos árboles, cae la tarde...

Puente pequeño, corre el agua,
planas orillas...

Viejo camino, flaco caballo, sopla el
viento a levante...

Y al morir el sol hacia el ocaso

Amor perdido, allá a lo lejos, nadie
sabe.

62. tan: suave, de color pálido,
como un lago brumoso. Quizá la
cualidad de una pintura o una obra
literaria que cause mayor placer al
hombre de gusto maduro es ch'ingtan
(lúcida y suave), pingtan ("pareja y
suave", el aroma natural de la escritura
sencilla) o tanyuan (yüan. N° 65): de
tono suave y "distante" en la
perspectiva, ya sea en una pintura o un

estilo de pensamiento). Un hombre de temperamento suave y retraído es t'ientan (quieto y fácilmente contento, o que ama las alegrías sencillas); adopta una actitud, hacia el dinero y la fama, que se llama tanpo (suave y delgada).

63. p'u: de gusto sencillo, sin adorno, sin complicación, cercano a la naturaleza. Shunp'u (sencillo y no mimado) es el carácter simple y la forma de vivir de las personas ancianas, caracterizadas por su hospitalidad y su bondad naturales, por no estar aún echadas a perder por la civilización. Su importancia ha sido indicada ya en todo este libro.

64. kao (shen): alto, etéreo, fino

(kao), y profundo (shen). Se habla del "alto otoño", que es un sentimiento semejante a la alta inteligencia (kaoyi, "alto y romántico). Se dice que el interés o la ambición de un hombre es kaoyüan, "alto y distante", sí tiende a las cosas superiores del instinto. O es kaok'uang (ver N° 65), que se puede emplear con referencia a un panorama de otoño y a una persona de ánimo elevado y amplio.

65. k'uang (yüan): tolerante, emancipado, expansivo por su carácter (del hombre) o por sus vistas (del panorama). Yüan significa distante, que tiene una perspectiva distante, Kuanghuai es tener un "pecho expansivo", o asumir un criterio

desaprensivo de la vida.

66. hsiao (su): delgado y ralo, como un bosque de otoño, lóbrego. Esta idea está íntimamente ligada a la de tan (Nº 62), como en la frase sutan, "ralo y de tono suave", como se debe pintar a los árboles de otoño. A menudo un panorama de otoño debe ser apreciado por su lobreguez, como en el poema de Ma Chihyüan que he reproducido más arriba. Esta cualidad, precisamente, es la que se describe a menudo como ch'iuyi, o "intención o espíritu del otoño".

67. sou: delgado, grácil. Es ésta una palabra extrañamente hermosa del idioma chino. Se pinta siempre junto a

los bambúes y las peñas gráciles.
Expresa una belleza no sensual.

68. chien: simple, escaso en palabras o en pinceladas. Se dice que la situación política ideal es la de un estado en que "la administración es simple (chien) y los castigos leves". El concepto opuesto es fan o complicado, como, por ejemplo, el impuesto a los réditos. Chwntan significa "simple y suave". Un escritor que no usa muchas palabras tiene la cualidad chientan (simple y suave).

69. ch'ing: claro, lúcido, puro, limpio, no profuso, no obstruido, no cargado de detalles, como un panorama de otoño. Ch'ingliang (claro y fresco),

ch'ingtan (lúcido y suave), cb'ingp'in (puro y pobre), son combinaciones comunes. Ch'inghsin (limpio y nuevo) expresa la cualidad de "originalidad" o "frescura" en el pensamiento o la expresión.

70. hsien: holganza, holgazanamente, ocio. Palabra muy empleada. Así, las "manos" y la "mente" pueden ser "holgazanas", o pueden estarlo, o las manos pueden estar en holganza mientras se halla ocupada la mente, o en holganza la mente mientras se ocupan las manos. El hijo de Ch'en Meikung da indicaciones sobre lo que deben hacer los sabios en las situaciones diferentes. Otras expresiones son "asuntos ociosos"

(hsienshih), "conversación holgazana"
(hsient'an), "sentimientos sosegados"
(hsiench'ing), "placeres de ocio"
(hsiench'ü), "chismes de holganza"
(hsienhua), "suerte de la holganza"
(hsienfu). Ch'inghsien significa a la vez
"gozar la suerte de la holganza" y
(eufemísticamente) "estar sin trabajo".
El libro de Li Liweng sobre el arte de
vivir se llama Hsiench'ing-Ouchi
(Ocupaciones Causales de Sentimientos
en Holganza). "Matar el tiempo" es
hsiaohsien, o "consumir" la holganza.

71. liang (shuang): lindo y fresco,
asociado sobre todo con la desaparición
del calor o de cualquier especie de
opresión. Una filosofía que consiste en

desprenderse de las preocupaciones es comparada a una "dosis de remedio refrescante". Un hombre que atiende rápidamente a un pedido de ayuda, o firma un contrato sin negociar mucho sobre los detalles, es shuangli, "directo, y placenteramente agudo", como el viento de otoño.

72. shih: sustancia, tener sustancia; originalmente, "semillas", características del otoño. El lenguaje florido sin ideas es "hua" y no "shih": flores sin semillas.

VI. TIPOS DE BELLEZA

CARACTERÍSTICA DEL INVIERNO

La belleza del invierno es

principalmente la de la ancianidad, del frío esplendor, de la quietud y la reclusión.

73. han (leng): frío, pobre. Opuesto a calor y excitación. Lengyen significa "frío esplendor", característico del crisantemo y de la flor de ciruelo. Las blancas flores del peral, aunque aparecen en primavera, tienen también esta característica. Hanching es un cómodo estado de "frío y quietud". En el sentido del rigor invernal, han significa también "pobreza".

74. ching: quietud o calma, quieto, soledad, serenidad, una cualidad muy apreciada, tanto como la idea de la holganza, y utilizada a menudo como

arte del nombre de una niña o de un jardín particular. Ch'ingching es tener quietud y retraimiento, o no tener demasiados visitantes.

75. ku: anciano, antiguo, de tiempos antiguos, de manera antigua, maduro. Casi todo lo que es ku es bueno en China. Un pino viejo, rugoso, o un viejo campesino, sencillo, bueno, tiene "la manera de los antiguos" (kuyi). La idea de "antiguo" se asocia también con la de sencillez (kup'u), de elegancia (huya), y de excentricidad (kukuai).

76. loo (mai): viejo, maduro, experimentado. Laolien significa "ser experimentado". Un estilo maduro, se dice, es laotao ("viejo y que ha

llegado"), y se dice que es kulao lo que parece antiguo y precioso. Hay una fascinación en lo viejo, que se expresa en la frase tsanglao cuando se habla, por ejemplo, de un árbol grande y viejo.

77. ku: seco, bellamente desolado o desoladamente bello, se asocia con la idea de ku (Nº 75).

78. yu: recluso, retirado, encantador en el encierro, con la manera de un recluso, contento de sí mismo. Un sabio encantador y retraído es yuyün. "Elegancia retraída" se expresa con yuya. Es típica de esta cualidad la "orquídea retraída" que crece en un valle desierto, "contenta de sentir su solitaria fragancia".

79. wen (hanhsü): recluso, oculto al mundo, escondido en su significado, no expuesto al público. La verdadera sabiduría es aquella que esconde la sabiduría; según lo expresó Laotsé: "La gran sabiduría; es como la estupidez". El arte verdadero oculta el arte. La buena literatura deja algo sin decir para que lo piense el lector. La cualidad opuesta, lou, o "expuesta", es una señal de inmadurez, o de vulgaridad lisa y llana.

80. chueb (yü): la belleza de la estupidez, de que son tipo las rocas y las raíces de árbol, elegidas a menudo por el placer que causan. Las rocas parecen significar un retorno absoluto a la naturaleza. Esto no es más que una

formulación extrema del culto de la belleza no sensual, como una reacción contra el culto de la belleza sensual, por ejemplo, la belleza de las flores. Hay tipos de caligrafía que tienden a propósito a ser chüeh (estúpidos), o kuchueh (antiguos y estúpidos), que demuestran en realidad un mayor refinamiento de espíritu que el amor por la caligrafía sensual. Este tipo de caligrafía imita las líneas de las peñas, de las raíces retorcidas y de las viñas secas.

VII. LA BELLEZA DE LA NATURALEZA COMPLETA

El arte más elevado es como la

naturaleza. Por eso se deben borrar todas las trazas de "marcas de hacha y cincel". Tales obras sólo pueden ser hechas por un maestro, con una completa candidez aparente, y una ausencia de esfuerzo, como si al leer un poema sintiéramos que no se ha procurado embellecerlo, porque la sencilla belleza de los sentimientos es ya bastante.

81. hua: cambiado, transformado, anulada toda la artificialidad. Este es el más alto elogio que se puede hacer de un poema o una pintura. A veces se usa shenhua, que significa "divinamente transformado". Es una alabanza muy superior a otros epítetos como miao (exquisito), neng (hábil). Al graduar

diferentes maestros u obras de arte, el grado huap'in o shenp'in está siempre en lo más alto de la lista. Se dice que una obra así está hecha por "el hacha de un duende y la pericia de un dios". La mejor prosa, como la de Su Tungp'o, se compara a "nubes fugitivas y agua fluente", que marchan o se detienen de acuerdo con sus leyes íntimas.

*This file was created
with BookDesigner program
bookdesigner@the-ebook.org
21/02/2011*